

LA CHICA QUE TOCABA EL CIELO

LUCA DI FULVIO

Una novela sobre la esperanza y el poder de los sueños.



Lectulandia

Venecia, 1515. Mercurio, un joven amante de la libertad, huye de Roma a causa de un terrible incidente. Aunque parece un ladrón, en el fondo es una persona honesta y buena. Esa es quizá la razón por la que Giuditta —quien ha llegado a Venecia junto con su padre Isaac de Ponte di Negro, un judío que ha dejado su tierra natal— se enamora de él.

A partir de entonces, sabemos que Giuditta y Mercurio no podrán estar el uno sin el otro, forjando una relación basada en un sincero afecto mutuo así como en un complejo sentimiento de celos.

Mientras Mercurio intenta ganarse el dinero con honestidad, Giuditta empezará a despuntar con su influyente talento para la moda. En el laberinto de calles y canales que se extiende junto a la misteriosa Laguna, entre el esplendor de San Marcos y la penumbra del puente de Rialto, Mercurio y Giuditta comprenderán que a veces los sueños pueden hacerse realidad, aunque terribles secretos del pasado los persigan y ni en las callejas más oscuras de la ciudad consigan ocultar la verdadera razón de su historia.

Lectulandia

Luca Di Fulvio

La chica que tocaba el cielo

ePub r1.1

x3l3n1o 25.04.14

Título original: *La ragazza che toccava il cielo*

Luca Di Fulvio, 2013

Traducción: Patricia Orts

Editor digital: x3l3n1o

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Carla

Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles...
Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los
misterios y la ciencia; y aunque mi fe fuese tan grande como
para trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada.

PABLO, *Carta a los Corintios*

Primera parte

Roma – Narni – Apenino Central
Mar Adriático – Desembocadura del Po
Territorios de Adria – Mestre – Venecia – Rímini

Anno Domini 1515

El carro de la mierda, como lo llamaban en el barrio del Angelo, pasaba una vez a la semana. El lunes.

Ese lunes, después de cinco días de lluvia ininterrumpida, el carro de la mierda avanzaba a duras penas por el angosto callejón de la Pescheria, por el que apenas pasaba, al punto que los ejes de las ruedas rayaban de vez en cuando las paredes de las casas. Los seis galeotes encadenados a los tiros del carro se hundían en el barro hasta los tobillos y gemían cuando debían esforzarse para sacar las ruedas de los agujeros en que quedaban atrapadas. Sus calzones de lana miserable, gruesos y agujereados, estaban embarrados hasta la ingle. Delante del carro caminaban otros dos forzados, encadenados entre ellos, cuya tarea consistía en recoger los sacos llenos de basura y excrementos que estaban a las puertas de las casas o en los patios y vaciarlos en el gigantesco cubo que había en la plataforma del carro. Cuatro soldados vigilaban a los galeotes, dos de ellos iban a la cabeza de la nauseabunda procesión, los otros dos detrás.

Detrás del carro se apelotonaba un grupo heterogéneo de personas, más extranjeros que romanos, como, por otra parte, era frecuente en la Ciudad Santa. Había dos eruditos alemanes, cargados con unos voluminosos libros bajo el brazo, tres monjas tocadas con unas grandes capuchas fruncidas hacia arriba, que caminaban con la cabeza inclinada; un norteafricano cuya piel recordaba a las avellanas tostadas; dos soldados españoles vestidos con unas mallas con una pierna amarilla y la otra roja, que caminaban guiñando los ojos para combatir el dolor de cabeza, después de una noche en una taberna, y que se dirigían temblorosos a sus alojamientos para que no los declararan desertores; un hindú con un turbante, acompañado de un camello que rezongaba, irritado por el frío, mientras se dirigía al circo que se había instalado en la otra orilla del Tíber, y un comerciante judío, reconocible por el gorro amarillo prescrito por la ley. Todos, sin distinción alguna, tenían en la cara una expresión de disgusto debido al terrible hedor, que iba empeorando a medida que se aproximaban a la plaza de Sant'Angelo in Pescheria, donde a la peste del carro de la mierda se unía la de los desechos de los puestos de pescado que llevaban seis días pudriéndose en el suelo.

Cuando llegaron a la plaza la gente que iba detrás del carro de la mierda lo adelantó y se perdió en la pequeña Babel de personajes que abarrotaba Sant'Angelo in Pescheria.

También el comerciante, que se llamaba Shimon Baruch, apretó el paso mirando inquieto alrededor, poniendo en evidencia su temperamento temeroso. Acababa de

cerrar un magnífico trato en el vecino mercado de las cuerdas, donde había vendido una gran partida de sogas trenzadas recién llegadas a bordo de una embarcación que estaba anclada en el puerto de Ripa Grande, y, en lugar del habitual crédito, había cobrado el correspondiente importe en efectivo. Por ese motivo caminaba agachado, cerrándose la capa con ambas manos; le preocupaba tener que ir por las calles de Roma con la bolsa de cuero llena de monedas que se había colgado al cincho.

Shimon Baruch observó al dignatario de un exótico país cualquiera, dueño de un gran bigote rizado, que iba escoltado por dos moros gigantescos con unas cimitarras cargadas de adornos y el mango de colmillo de elefante. Vio unos malabaristas de tez olivácea, quizá de origen macedonio o albanés. Y un grupo de viejos sentados delante de sus casas en unas sillas de paja, que jugaban a los dados lanzándolos en una caja de madera que había en el suelo. Y también a tres pobres mujeres que deambulaban alrededor de los puestos de pescado sobre los que languidecían ya varias cestas de mimbre llenas de caballas de Isola Sacra y de percas de Bracciano. Las mujeres hurgaban en la basura desperdigada por el suelo buscando una cabeza o una cola para sazonar el caldo de hierbas campestres, que era lo único que iban a servir en la mesa por la noche. Dos de ellas debían de tener unos cuarenta años, y sus labios, apretados por el frío, se fruncían de forma innatural evidenciando una gran penuria de dientes en la boca. La tercera, en cambio, era muy joven. Tenía el pelo rojizo, más bien oscuro, y un cutis que se intuía tan blanco y transparente como el alabastro bajo la suciedad que lo cubría. Shimon Baruch pensó que se parecía a la Susana asediada por los vejestorios del libro del profeta Daniel.

—Levantaos, fulanas, si no queréis que os tire también al cubo —dijo uno de los galeotes del carro de la mierda a la vez que se acercaba a los restos de pescado empuñando una pala. Los soldados se rieron e hicieron una señal a las mujeres para que se apartasen.

Shimon Baruch se dirigió con la cabeza gacha hacia el teatro Marcello, donde, por fin, iba a poder poner a buen recaudo la bolsa de dinero. Pero, al volverse a mirar por última vez a la atractiva joven de pelo cobrizo, observó que esta miraba a un muchachito andrajoso con la piel amarillenta y una larga melena sucia, casi pegada a la cabeza, que estaba sentado a cierta distancia, entre las ruinas del pórtico de Ottavia, y tiraba piedras a una cabra que comía ortigas y parietaria. Mientras lo escrutaba, curvándose aún más, el niño se dio cuenta de que lo estaba mirando y le gritó:

—¡La tela de su gorro es buena, señor judío! ¡Prosperidad! ¡Prosperidad!

Shimon Baruch se volvió de golpe sin responder y vio que un muchachote, que estaba apoyado con aire atontado en una pared al otro lado de la plaza, se precipitaba hacia ellos alargando una mano. Era un gigante grande y rojo, con una cabellera tupida y descolorida como el forraje de los burros y el nacimiento bajo, animalesco, que casi borraba su frente. Iba vestido con harapos y movía torpemente sus piernas

robustas y cortas ondeando su tronco macizo. También los brazos eran cortos, desproporcionados. Parecía un enano gigantesco, pensó el comerciante. Le bastó verlo para comprender que estaba loco. Corroboró su intuición cuando el gigante, guiñando los ojos como si temiese que lo apalearan, habló con una voz gutural, sin matices, en una lengua extravagante en que las sílabas peleaban entre sí:

—Doe monedas, señor... Tenga la bondad, doe monedas de limosna, senioría lustrísima.

—Déjame en paz —le dijo, expeditivo, el comerciante, agitando una mano en el aire como si estuviera espantando una mosca.

El gigante se tapó asustado la cara, pero siguió pegado a él, sin dejar de repetir:

—Una pequeña, excelentísimo señor..., una pequeña nada más.

Luego, justo delante de la fachada de la iglesia de Sant'Angelo, le agarró un brazo con exagerada vehemencia.

Shimon Baruch se volvió alarmado.

—¡No me pongas las manos encima, sucio asqueroso! —gruñó tratando de disimular el miedo que lo ahogaba.

En ese preciso momento un muchacho de unos dieciséis años, con la tez oscura y el pelo negro como la pez, delgado y desarticulado, y con un gorro amarillo calado descaradamente de través en la frente, dobló la esquina de la iglesia corriendo. El muchacho casi tropezó con el comerciante y se aferró a sus hombros para no caer.

—Perdone, señor —se disculpó enseguida, pero después, al ver el gorro amarillo que llevaba el otro, añadió—: *Shalom Alejem*. —E inclinó la cabeza en señal de respeto.

—*Alejem Shalom* —contestó mecánicamente Shimon Baruch, en parte relajado al ver un correligionario, aunque aún agitado porque no lograba zafarse del demente.

—¡No, li he visto primero que tú! —protestó el gigante encolerizado dirigiéndose al recién llegado—. ¡Y el buen señor me dará la limosna a mí! —Sin soltar el brazo del comerciante dio un violento empujón al joven tocado con el gorro amarillo—. ¡Vete!

—¡Suéltame, desgraciado! —gritó Shimon Baruch al demente, con una punta de temor en la voz.

—¡Suéltalo! —gritó a su vez el muchacho, y se abalanzó valerosamente sobre el gigante, que, sin embargo, le dio un puñetazo en el estómago y lo dobló en dos. Pero el joven no se rindió y se tiró encima de él pegándole en la cara.

El gigante lanzó un sonido gutural, soltó al comerciante y agarró iracundo al muchacho, lo volteó en el aire y lo lanzó contra Shimon Baruch tirando al suelo a los dos.

Los guardias, que en un principio se habían puesto en alerta para reprimir la pelea, se echaron a reír al ver a los dos tipos con gorro amarillo en el barro, como si

estuvieran luchando entre ellos. También se reían las pescaderas, con las manos apoyadas a la cintura y balanceando los senos, y el dignatario del Gran Visir y los dos moros con las cimitarras. Los dos malabaristas albaneses habían dejado de lanzar al aire sus pelotas y los dos soldados españoles, sin frenar el paso, retrocedían para no perderse el espectáculo. Incluso los eruditos alemanes se habían parado y se habían puesto las gafas.

—¡Mátalos! —gritó el muchachito que apedreaba a la cabra a cierta distancia, incitando al demente.

Los forzados se echaron a reír a su vez y uno de ellos gritó al gigante:

—¡Dales una lección! ¡Dales unas cuantas coces!

El tonto dio una patada en la barriga al muchacho con el gorro amarillo, que estaba ayudando al comerciante a levantarse. El chico gimió, se volvió hacia Shimon Baruch y le dijo con ojos aterrorizados:

—¡Escape, por el amor de Dios!

Luego se abalanzó vociferando sobre el gigante, movido por la fuerza de la desesperación. Lo golpeó de nuevo y puso pies en polvorosa.

El gigante echó a correr en pos del muchacho del gorro amarillo, en dirección a la orilla del Tíber, secundado por el chico con la piel ictérica, que gritaba:

—¡Judío de mierda! ¡Estás muerto, judío de mierda!

Shimon Baruch pensó que debía ayudar a su correligionario. Pero solo por un instante, porque después el miedo que tiranizaba su vida lo venció y lo hizo escapar en dirección contraria, hacia el teatro Marcello.

Las pescadoras, los galeotes, los soldados y todas las personas reunidas en Sant'Angelo in Pescheria se reían mirando al muchachito y al gigante que perseguían al joven con el gorro amarillo.

Aprovechando la confusión, la muchacha con la tez de alabastro que rebuscaba en la basura alargó una mano hacia una cesta de mimbre, que estaba en el borde de una placa de mármol, sustrajo todas las caballas que pudo y se alejó sin que las pescadoras la viesan.

Mientras tanto, el joven con el gorro amarillo había doblado la esquina. Sus dos perseguidores le pisaban los talones insultando a voz en grito la raza de los judíos. Un borracho trastabillante se plantó en medio del callejón con los brazos abiertos y gritó al muchacho que se acercaba a él:

—¡Detente, judas repugnante!

El joven se paró a un paso del borracho.

—Responde a esta pregunta: de uno a diez, ¿hasta qué punto eres imbécil? —le preguntó.

El borracho se quedó parado con una expresión alelada en el rostro.

El joven se quitó el gorro y le golpeó con él la cabeza, riéndose.

—Más vale que te bebas otra copa mientras piensas —le dijo. Guardó el gorro y se volvió hacia el muchachito de piel amarillenta y el gigante, que a esas alturas le habían dado ya alcance—. Moveos —les ordenó.

El borracho los miró sin comprender.

—Idiota —le dijo el muchachito con la piel amarillenta, y le escupió.

Caminaron apretando el paso, en silencio. Al doblar la siguiente esquina el joven dio un codazo al gigante.

—Estúpido, a ver si aprendes a golpearme como se debe —le dijo.

El gigante lo miraba asustado y confuso.

—Perdona... —lloriqueó.

El joven se volvió hacia el muchachito.

—Y tú trata de controlar a tu pedazo de bestia. —Se inclinó—. Me has destrozado el estómago con la patada, idiota —dijo.

—Pídele perdón —ordenó el muchachito al demente.

—Perdóname, Mercurio... —lloriqueó el gigante—. No cuchillos, Ercole, te rueigo.

—No, no te acuchillaré, capullo —dijo Mercurio poniéndose de pie.

El niño dio un empujón al gigante.

—¿Te acordarás alguna vez de que tienes la fuerza de un elefante? —le dijo.

—Sí, Zolfo... —asintió mortificado el gigante—. Ercole capullo.

—Sí nada —gruñó Zolfo. Acto seguido se volvió hacia Mercurio—. Ya verás como mejora...

En ese momento llegó un grito procedente de la plaza de Sant'Angelo in Pescheria.

—¡Me han robado! ¡Al ladrón! —gritaba el comerciante. Se oyeron las risotadas de la gente, que había entendido lo que había ocurrido y que se estaba divirtiendo aún más que antes—. ¡Estoy arruinado! ¡Al ladrón! ¡Malditos! ¡Yo os maldigo! —Cuanto más gritaba Shimon Baruch desesperado más fragorosas eran las carcajadas que llegaban de la plaza, como un boato, parecía un teatro.

—Vámonos de aquí —dijo Mercurio.

Franquearon el malecón que había frente a la isla Tiberina y mientras bajaban hacia un refugio escondido entre las zarzas, la chica con el pelo cobrizo y la tez de alabastro les dio alcance.

—Tenemos la cena —anunció ufana mostrando las cinco caballas que había robado.

—Tenemos mucho más que eso, Benedetta —replicó Zolfo.

Mercurio extrajo el saquito lleno de monedas que habían robado al comerciante. Notó que en la piel había pintada una mano roja. Deshizo el lazo, se acuclilló y tiró las monedas al suelo. El sol del crepúsculo las hizo brillar como si fueran brasas

resplandecientes.

—¡Son de oro! —exclamó Zolfo.

Mercurio se quedó boquiabierto. Contó a toda prisa las monedas y las dividió en una proporción de dos para él y una para los demás.

—Pero nosotros somos tres... —protestó Zolfo.

—La idea del golpe fue mía —lo atajó Mercurio con aspereza—. El estafador soy yo, si estuviérais en mi lugar os pillarían enseguida. —Los miró con suficiencia—. Sois tan solo dos compadres, mejor dicho, uno y medio, porque el lelo vale la mitad. Y un rompesquinas mujer. —Metió sus monedas en el saquito y lo volvió a cerrar. A continuación se levantó y señaló las monedas que había en el suelo.

—Esa es vuestra parte, y he sido más que generoso. Si no os parece bien siempre podéis hacerlo por vuestra cuenta. —Los miró desafiante.

—Así está bien —dijo Benedetta sosteniéndole la mirada.

Zolfo se inclinó para recoger el dinero.

—Al menos ha quedado claro quién manda entre vosotros tres —comentó Mercurio riéndose.

—¿Quieres comer el pescado con nosotros? —le preguntó Benedetta.

Zolfo miró a Mercurio esperanzado.

—No me gusta comer acompañado —respondió Mercurio con brusquedad—. Si os necesito sé dónde buscaros. —Abrió la tapa—. Y no digáis nada a Scavamorto a menos que queráis que os robe.

—Podríamos quedarnos contigo —sugirió Zolfo.

—Esfúmate —dijo Mercurio—. Yo estoy bien como estoy, y este sitio es mío.

A continuación se metió en el tramo de alcantarilla donde vivía.

2

Cuando Mercurio oyó que los muchachos se alejaban en silencio arrastrando los zapatos por el barro, cerró la tapa y avanzó a gatas por la galería baja y angosta, hecha de piedras pequeñas y cuadradas, inconexas y cubiertas de algas viscosas. Apenas sintió bajo las manos la losa que tan bien conocía, se puso de pie y ladeó la cabeza hacia la izquierda, porque sabía que en la bóveda había un saliente que debía evitar.

El clamor de la Ciudad Santa no lograba llegar hasta allí abajo. Allí reinaba el silencio. Un silencio espeso, únicamente profanado por el constante goteo del agua y por los pasos apresurados de las ratas. Mercurio sintió un vacío en su interior. Una especie de frío en el estómago. Retrocedió hasta la tapa para decir a los chicos que podían pasar la noche juntos. Pero cuando se asomó al malecón Benedetta, Zolfo y Ercole ya no estaban. «Eres un imbécil orgulloso», se dijo. Regresó y avanzó por el camino abovedado, de toba, con unos pilares de ladrillos cada diez pasos. En el centro fluía perezosamente un arroyuelo de líquido pútrido. Tras dejar a su espalda tres pilares de ladrillos se metió por una estrecha abertura que había en la toba. Frotó la llave de chispa que llevaba en el bolsillo y encendió una antorcha que estaba clavada en la pared.

La llama temblorosa que producían los trapos empapados de brea iluminó una estancia cuadrada, de más de una pértiga de altura. En el centro se erigía un andamio toscamente construido y de aspecto no muy estable, cuatro largueros y ejes de través formaban la plataforma, cuya anchura era de dos pasos por dos y en cuya cima dormía Mercurio al amparo de la humedad del terreno, en un jergón con dos mantas para caballos bordadas con el escudo pontificio, que había robado en un establo de la ciudad. Una parte del andamio estaba cubierta con una pesada tela, desgarrada en varios puntos, que parecía una vela vieja.

Mercurio subió la escalera de mano. Clavó la antorcha en el agujero que había excavado en la pared con un cincel. Abrió el saquito que había sustraído al comerciante y tiró las monedas a las tablas de madera del palafito. Una fortuna. Pero, en lugar de alegrarse, en sus oídos retumbó la maldición del comerciante. Tuvo miedo de que la desgracia cayese sobre él. Se decía que los judíos hacían pactos con el diablo y que eran brujos. Mercurio se hizo la señal de la cruz. Miró la mano roja que estaba pintada en el saco de piel. El dibujo lo atemorizó. Tiró el saquito y metió las monedas en otro de tela, más ligero.

Sacó un mendrugo de una bolsa de cuero. Se arrebujó en las mantas y empezó a mordisquear el trozo de pan luchando contra la tentación de salir de allí. Desde hacía tres meses el silencio y la soledad de la alcantarilla lo angustiaban. Se asomó por el palafito, mirando hacia abajo, al fondo húmedo del sumidero. «No hay peligro», se

dijo en voz alta. Masticó un poco más de pan y se volvió a asomar para escrutar el suelo. Apretó aún más las mantas alrededor de su cuerpo. «Duerme», se ordenó. Pero no podía. En sus oídos retumbaba el terrible ruido que había oído hacía tres meses, cuando el agua había invadido la alcantarilla. Y los chillidos de las ratas que buscaban una vía de escape. Abrió desmesuradamente los ojos y se incorporó jadeando. Miró hacia abajo. No había agua. La alcantarilla no se estaba inundando. Mercurio lo sabía de antemano. Hacía ya un año que había escapado de Scavamorto, pero aún no se había acostumbrado a la soledad. Y seguía sin querer reconocerlo.

—Mercurio... —oyó. De nuevo—: Mercurio... ¿estás ahí?

El joven bajó de un salto del palafito empuñando la antorcha. Se asomó a la entrada de su refugio y vio a Benedetta, Zolfo y Ercole.

—¿Qué queréis? Os advertí que os marcharais —dijo. No lograba decirles que se alegraba de verlos. No estaba acostumbrado a expresar ciertas cosas.

—En la taberna de Poeti... —empezó a contarle Benedetta con los ojos anegados en lágrimas—, pues bien, el tabernero...

—¡Nos ha robado las monedas de oro! —concluyó Zolfo.

—No me interesa —dijo Mercurio agitando la antorcha delante de sus caras.

—Regalamos el pescado a unos mendigos —prosiguió, en cambio, Benedetta—. No queríamos comer como los ricos... Así que fui a la taberna y pedí unos platos deliciosos, y el tabernero... me preguntó si tenía con qué pagarle. Entonces le enseñé una moneda de oro. Él quiso probarla con los dientes para comprobar si era auténtica. Después me dijo: «Esta moneda es mía. Llama si quieres a la guardia de Su Santidad y denúnciame, siempre y cuando puedas explicar de dónde sale, dado que tienes toda la pinta de ser una ladrona. Desaparece». Se echó a reír, y mientras me alejaba no dejaba de oír sus carcajadas.

—¡Maldito ladrón! —exclamó Zolfo.

Mercurio los miró fijamente.

—¿Y qué queréis de mí?

Benedetta lo miró, casi sorprendida.

—Yo... —empezó a decir.

—Nosotros... —balbuceó Zolfo.

Mercurio los observaba en silencio.

—Ayúdanos —dijo, por fin, Benedetta.

—Sí, ayúdanos —repitió Zolfo.

—¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó Mercurio.

Los muchachos miraron al suelo. Se hizo un breve silencio.

—Vámonos —dijo Benedetta—. Nos hemos equivocado.

Mercurio los miró sin decir palabra. Parecían tres perros callejeros, como los que se veían deambular cautelosos por las calles de Roma, en medio de la noche,

famélicos, cuyo pelo se erizaba al oír el menor crujido, y que huían incluso de las sombras. Al igual que los perros, enseñaban los dientes con la esperanza de que los tomasen por unos animales feroces, cuando, en realidad, tenían únicamente miedo de recibir una pedrada. Mercurio sabía lo que sentían. Porque él lo sentía también.

—Esperad —dijo mientras los tres se volvían para marcharse—. ¿Quién es el tabernero que os ha robado la moneda de oro?

—¿Y a ti qué narices te importa? —preguntó Benedetta.

Mercurio sonrió. Quizás había encontrado la forma de retenerlos. Y de transigir con su orgullo.

—A mí nada, pero sería divertido encontrar la manera de darle por culo.

—Nos lo pensaremos —dijo Benedetta dándose tono.

—Venid —les ordenó Mercurio entrando en el refugio—. No obstante, que quede claro que solo os ayudaré a recuperar la moneda, después cada uno seguirá por su camino.

—Me alegro de que lo digas —replicó Benedetta—, porque no soportaría la idea de tener que cuidar de otro mocoso.

Mercurio se rio y le señaló la apertura:

—Las señoras primero.

Al entrar en el palafito los muchachos se quedaron boquiabiertos.

—¿Qué hay detrás de la tela? —preguntó Zolfo.

—No te metas donde no te llaman —contestó Mercurio poniéndose de pie en el palafito—. Y no olvidéis que este sitio es mío.

—Es un sumidero, apesta a mierda. Es todo tuyo. ¿Quién estaría dispuesto a vivir en un sumidero? —le dijo Benedetta siguiéndolo.

—Yo —respondió Mercurio.

—Por mí hasta puedes ahogarte —afirmó Benedetta.

—¡No lo vuelvas a decir! —soltó Mercurio con rabia abriendo desmesuradamente los ojos.

La chica dio un paso hacia atrás. El palafito se balanceó. Los muchachos callaron.

—Menuda idea estúpida he tenido —rezongó Mercurio recuperando la calma. Se metió bajo una manta y arrojó la otra a los chicos—. Compartidla, es lo único que tengo. Y no os peguéis a mí.

Benedetta arregló la paja e hizo tumbarse a Zolfo y a Ercole. Luego se echó también.

—¿No apagas la antorcha? —preguntó a Mercurio.

—No —dijo él.

—¿Te asusta la oscuridad? —Benedetta se rio entre dientes.

Mercurio no contestó.

—Ercole no tiene miedo de la oscuridad —dijo el demente con un orgullo

infantil.

—Cállate —lo regañó Zolfo.

Se hizo un silencio embarazoso. Solo se oía el crepitar de la antorcha y los pasos apresurados de las ratas en las galerías.

—Odio sus patitas de mierda —comentó Mercurio como si estuviese hablando para sus adentros.

Ninguno de los chicos le contestó.

—Hace tres meses el río creció de improviso... —inició en voz baja Mercurio. Ninguno habló. Por lo que sabía, podían incluso dormir. Pero le daba igual, necesitaba contárselo. Era la primera vez que lo hacía—. El agua asquerosa del Tíber inundó la alcantarilla. No sabía qué hacer... El agua subía y subía... Las ratas nadaban y emitían esos sonidos horribles..., había decenas..., cientos de ellas... —Se detuvo. La respiración se quebraba en su garganta, las lágrimas se le saltaban a los ojos. Tenía miedo. Como entonces. Pero no quería que lo notaran.

—¿Y luego...? —preguntó Benedetta.

Zolfo se acurrucó contra el cuerpo de Ercole.

—Las ratas se dirigían al punto por el que entraba el agua —prosiguió Mercurio con un hilo de voz—. Me daban mucho asco, nunca había visto tantas... así que fui en dirección contraria... y luego... me encontré con un desgraciado..., un borracho... Lo conocía porque le robaba todo lo que tenía cada vez que empinaba el codo... Y él... él me aferró la chaqueta y me gritó que debía seguir a las ratas. «Las ratas —decía—, las ratas saben adónde ir. Nada con ellas». Y yo... no sé por qué le hice caso... Era solo un borracho de mierda... «Sigue a las ratas», gritaba. Así que, a pesar de que me impresionaban, las seguí..., algunas subían por mi espalda, y a la cabeza... y chillaban de esa manera... repugnante...

Benedetta se estremeció. Zolfo se pegó a Ercole.

—Después el agua lo inundó todo y las ratas se sumergieron... No veía nada, pero las sentía mientras nadaba en el agua... Las sentía con las manos... y pensaba que me iban a estallar los pulmones... —Mercurio jadeaba, como si estuviese reviviendo esa larga apnea—. Llegué a la tapa, la empujé y subí a la superficie... Alcancé la orilla con las ratas y me quedé allí esperando al borracho... para darle las gracias. Estaba arrepentido de haberle robado tantas cosas a ese pobre imbécil que me había... en fin, que me había salvado... Pasé allí todo el día... en vano. Una semana después, cuando el río se retiró, volví aquí. Mientras buscaba mis cosas subí por un ramal periférico, hacia el este... —Mercurio se calló.

Ninguno de los chicos habló.

—Estaba allí —continuó Mercurio al cabo de un rato bajando aún más la voz—. No había seguido a las ratas porque no sabía nadar. Se había metido en la alcantarilla. Había seguido el camino que pretendía hacer yo antes de encontrarlo. Estaba

hinchado, tenía la lengua hinchada y morada..., los ojos abiertos y rojos, parecían de cristal..., las manos seguían agarradas a una tapa que no se había abierto.

Ni siquiera se oía la respiración de los chicos.

Pero la historia no se acababa ahí. A Mercurio aún le quedaba algo por decir. Una imagen que lo atormentaba. Respiró hondo.

—Las ratas estaban volviendo... y estaban hambrientas...

Reinó el silencio. Y en el silencio se oyó:

—Ahora Ercole tiene miedo de la oscuridad.

3

La galera se abrigó del viento a las nueve.

La tripulación estaba compuesta en su mayor parte por macedonios. Sus caras oscuras, quemadas por la sal y el hielo, estaban surcadas por unas profundas arrugas. En algunos puntos de su piel de color café claro —también entre el pelo negro, que se marchitaba y caía a mechones— se veían unas manchas grumosas, como fresas pisoteadas. Y cuando algunos de ellos hablaban dejando ver las encías, una mezcla de color rojo claro compuesta de sangre aguada con saliva les rallaba los dientes amarillos, que habían perdido su estabilidad debido a la enfermedad que los grandes viajeros del agua denominaban escorbuto. Existía un sinfín de métodos para intentar erradicarlo. Pero hasta hacía unos cuantos años los marineros estaban convencidos de que el único remedio era un amuleto especial: el Qalonimus.

Una antigua leyenda contaba la historia de una santa que, tras ser martirizada por los bárbaros, había sido asistida por un médico piadoso, que había dulcificado su muerte y había recogido su última voluntad. La santa le había pedido que sus restos fueran devueltos a su patria para recibir allí una digna sepultura. Pero, dado que temía que el escorbuto matase a los marineros a los que se iban a confiar sus restos mortales, antes de morir había susurrado al oído del médico piadoso una milagrosa fórmula herborista. Y había decretado que los marineros que la llevasen, fuese cual fuese el credo al que perteneciesen, estarían protegidos del escorbuto. La leyenda había olvidado el nombre de la santa, pero no el del médico, Qalonimus, de forma que el amuleto había empezado a llamarse así.

Nadie sabía que la leyenda no era, en manera alguna, antigua, sino que se había inventado hacía menos de veinte años. Tampoco sabía nadie que ni la santa ni el médico habían existido de verdad. El único que lo sabía era el fantasioso autor de la susodicha leyenda, quien se había enriquecido vendiendo a los crédulos y supersticiosos marineros el amuleto de su invención, consistente en un saquito de cuero que contenía un simple amasijo de hierbas apestosas y una pesada placa de hierro. Desde hacía una semana lo sabía también su hija de quince años, a la que el estafador había querido revelar la verdad.

El nombre del estafador, que se proclamaba descendiente del médico de la leyenda fruto de su imaginación, era Yits'aq Qalonimus de Negroponte, y el de su hija, Yeoudith.

En ese momento, padre e hija estaban en la toldilla de la galera, cogidos de la mano, tiesos, preparados para recibir el saludo del capitán y de la chusma de macedonios que los había llevado hasta allí, a esa zona del mar Adriático poco profunda y poco salada que se encontraba frente a la desembocadura del río Po.

—Su viaje acaba aquí —dijo el comandante, un hombre de aire poco fiable—. Ya

conoce la ley veneciana. Los judíos no pueden entrar en puerto a bordo de una embarcación.

El timador se inclinó respetuosamente.

—Gracias, ya ha hecho más de lo que me esperaba.

—Su fama le ha valido el respeto de todos nosotros —respondió el comandante.

Yits'aq sabía de sobra que el comandante estaba mintiendo. Se volvió hacia la chusma. Todos los marineros estaban deseando quitárselos de encima.

El comandante hizo una señal a dos de ellos, que empezaron a bajar una chalupa. Las poleas de madera gimieron emanando un ligero olor a quemado.

—Baja... baja... —ritmó la voz del encargado de la maniobra, que, asomado a la barandilla, comprobaba que la chalupa de cuatro remeros y un timonel se apoyase en el mar.

—Mis hombres los llevarán a la orilla en ese brazo del río —dijo el comandante señalando una amplia zona de agua costada de cañaverales—. Están cerca de la antigua ciudad de Adria. En esos *campos* hay una posada donde podrán pasar la noche. Luego diríjense hacia el noreste. Venecia está allí.

—Mi hija y yo estaremos en deuda con usted por el resto de nuestras vidas —dijo pomposamente Yits'aq Qalonimus di Negroponte. A continuación posó la mirada en los tres grandes baúles cerrados con cadenas y candados.

—Sus bienes serán entregados a Asher Meshullam, en su palacio de San Polo, tal y como ha dispuesto —dijo el comandante—. No se preocupe.

—Me fío ciegamente de usted —contestó Yits'aq sin dejar de mirar, con todo, los tres baúles como si no quisiese separarse de ellos. A continuación echó una ojeada a los marineros y notó sus expresiones de impaciencia y codicia. Miró de nuevo al capitán, que, pese a mostrarse incluso demasiado amable, parecía también ansioso, como revelaba el movimiento nervioso de la pierna derecha y de las manos, que no dejaban de entrelazarse como dos arañas en celo.

—Me fío de usted... —repitió, como si, en lugar de una afirmación, se tratase de una pregunta. O de una súplica.

El capitán esbozó una sonrisa, pero su cara se contrajo aún más en un tic, que manifestaba a la vez nerviosismo y placer.

—Márchense... o la noche les sorprenderá en el camino. Y el mundo está lleno de malas personas —concluyó con un gesto de irritación.

—Sí —asintió Yits'aq con la cabeza inclinada, resignado. Luego empujó a su hija hacia la escalera de cuerda trenzada que los marineros habían bajado—. Vamos, hija.

En ese instante un marinero viejo, rojo debido al escorbuto, se separó del resto de la tripulación y se echó a los pies de Yits'aq.

—Toque mi Qalonimus, señor, para que pueda curarme de este mal —suplicó.

El comandante dio una patada al viejo sin poder contener la rabia y gruñó:

—Idiota. —Después se volvió hacia Yits'aq intentando restar importancia a lo acaecido—. Tienen que marcharse...

—Permítame, comandante, solo será un momento —dijo Yits'aq. Se inclinó hacia el hombre. Le miró los dientes, las encías y la equimosis del cuello—. ¿Aún tiene fe en el Qalonimus? —le preguntó, sorprendido.

—Por supuesto, señoría —contestó el viejo marinero.

—Muy bien —suspiró el estafador pensando con nostalgia en los buenos tiempos pasados en que todos los marineros creían en los milagrosos poderes del Qalonimus y pagaban tres sueldos de plata por llevarlo al cuello.

—Toque el Qalonimus, ilustrísimo —dijo el viejo.

Los miembros de la tripulación se movieron impacientes, como si una vibración estuviese pasando de uno a otro. Pero nadie habló.

Yits'aq Qalonimus di Negroponte se inclinó hacia el marinero y cogió entre las manos el amuleto que lo había enriquecido durante varios años. Contenía la gruesa placa de hierro que lo hacía pesar tanto y las sencillas hierbas campestres que crecían detrás de su casa, lo había cosido a cambio de una miseria una vieja que ya había muerto. Yits'aq cerró los ojos y murmuró en voz baja:

—Por la autoridad de la santa cuyo nombre se ha perdido y en virtud de mi sangre, que es la misma que la de mi prodigioso antepasado, el médico Qalonimus, confiero a esta milagrosa prescripción nueva fuerza para que cure. —Abrió los ojos, soltó el amuleto y apoyó las dos manos en la cabeza del marinero—. Aquí tienes mi *berakha* —dijo con solemnidad—. Yo te bendigo y te salvo. —Acto seguido se volvió hacia su hija, esbozó una sonrisa tan fugaz como el arañazo de un gato, entre apurada y cómplice, dado que ella lo sabía ya, y le dijo—: Vamos.

Yeoudith se puso en bandolera la bolsa que se había hecho ella misma con un kilim cicim persa de llamativos colores, se levantó la falda hasta la rodilla, atrayendo las miradas de la chusma, y bajó por la empinada escalera que colgaba a un lado de la galera. Con un salto ágil subió a la chalupa. Su padre se despidió de nuevo del comandante y se reunió con ella.

—Remo —anunció el timonel. Los marineros metieron los remos en el agua de manera sincronizada. La chalupa avanzó lentamente haciendo crujir la madera en las chumaceras, luego, en un abrir y cerrar de ojos, adquirió velocidad y se deslizó por el agua, rumbo al perezoso río.

Yeoudith miró la galera y vio que el comandante y la chusma se arrojaban sobre los baúles cargados de objetos valiosos. Miró preocupada a su padre.

—Lo sé, hija mía. Las langostas han empezado ya —le dijo Yits'aq en voz baja para que los remeros no lo oyesen.

—Pero ¿y nuestras cosas? —objetó Yeoudith, angustiada.

Su padre le cogió con delicadeza la cara y la obligó a volverla hacia la

desembocadura del Po.

—Mira hacia delante —dijo.

Yeoudith no lo comprendió. La respiración se le quebraba en el pecho, donde el vestido había empezado a quedarle estrecho hacía ya un año. Cabeceó, como si pretendiese rebelarse contra la injusticia.

—Son unos ladrones, padre —susurró inquieta.

—Sí, cariño —contestó Yits'aq.

Yeoudith intentó desasirse del abrazo de su padre.

—¿Cómo puedes soportar que te hagan algo así? —silbó.

Yits'aq la retuvo a la fuerza.

—Basta ya —le dijo en tono severo.

—Pero, padre...

—He dicho que basta. —La miró. Tenía los ojos tan negros como los de ciertos carneros.

Yeoudith forcejeó de nuevo, pero su padre la retuvo haciéndole casi daño, hasta que la joven se dio por vencida.

La barca abandonó el mar abierto y enfiló la desembocadura del Po superando con facilidad la ligera encrespadura donde el agua salada se encontraba con la dulce.

El río se abrió ante sus ojos, misterioso y fecundo, como su futuro. Los malecones eran fangosos, inconstantes, y flotaban en un marjal de cañas. Un pájaro de cuello largo y fino levantó el vuelo cuando pasaron por su lado. Una barca llana y sin remos, empujada por una larga pértiga, arrastraba unas redes, semejante a un caracol que va dejando a sus espaldas un rastro húmedo. Y entre los marjales se divisaba una cabaña para pescar construida con palos, paja y cañas.

El sol empezaba a ponerse deprisa tiñendo el paisaje de un color ámbar rosáceo. El agua emanaba los vapores de la niebla, que el gran frío mantenía baja.

Yits'aq, tras volverse rápidamente hacia la galera, dijo con una punta de indiferencia en la voz:

—Los candados y las cadenas han resistido bastante, raza de inútiles.

Yeoudith notó que su padre la soltaba. Se volvió también hacia la galera y vio que el capitán, convertido ya en un puntito oscuro, braceaba en dirección a ellos tratando de llamar la atención de los remeros y del timonel. Detrás de él, como un animal tentacular, braceaban también los marineros e incluso cabía la posibilidad de que gritasen, pero estaban ya demasiado lejos para que se les pudiera oír. Confusa, Yeoudith miró a su padre.

Yits'aq, sin sonreír y con sus habituales maneras secas, dijo:

—Siento dejar a esos estúpidos piratas tres baúles tan bonitos. —Exhaló un suspiro—. Y todas esas piedras preciosas de nuestra isla...

—¿Piedras?

—¿Habrías preferido que los llenase con oro y plata? —La abrazó sin añadir nada más.

Yeoudith miró el perfil de su padre, tenía una nariz aguileña, noble y afilada, y una barbilla imperiosa, cubierta por una barbita rizada y puntiaguda. El mundo de Yits'aq Qalonimus di Negroonte era mucho más complejo de lo que había imaginado. Pero bastó ese abrazo, vigoroso y cálido, para que se sintiese al seguro, pese a que hacía pocos días que había descubierto que era un charlatán y un timador. Frunciendo sus cejas espesas, negras como el carbón, inclinó la cabeza y la apoyó en un hombro de su padre.

Su vida pasada había terminado y ahora iniciaba una nueva. Con nuevas reglas.

—Piedras —repitió riéndose quedamente.

Los habían dejado en un muelle torcido que se balanceaba en el agua. El timonel había apuntado un brazo hacia el noreste y había dicho: —Ciudad Venecia—. Luego, en tanto que los marineros de la chalupa se alejaban, ansiosos por repartirse el botín con sus compañeros, el timonel había vuelto a señalar el noreste y había gritado: —Sendero. Dos millas. Posada del Oso. —Al final se había dado dos manotazos en la cabeza—. ¡Gorro amarillo! ¡Judíos!

Yits'aq y Yeoudith permanecieron en el muelle contemplando la barca que desaparecía en la niebla. Estaban solos. En un mundo desconocido. Yits'aq apuntó el brazo hacia el noreste y dijo, remedando al timonel: —Ciudad Venecia.

Yeoudith se echó a reír, pero tenía la mirada perdida.

—*Ribono Shel Olam*, el Señor del mundo, nos ampara a la sombra de sus alas —afirmó Yits'aq—. No te preocupes.

Yeoudith apuntó el brazo hacia el noreste y repitió:

—Posada del Oso. Hambre.

Yits'aq le sonrió con una expresión atormentada.

—Lo siento, cariño. No vamos a la posada del Oso.

—Pero ¿por qué...?

—Al capitán no le va a gustar mucho la broma de las piedras —explicó Yits'aq—. Los he entretenido con los baúles para evitar que nos cortasen el cuello. Creían que tenían un tesoro al alcance de la mano y que, por tanto, no valía la pena correr el riesgo de que los ahorcasen. ¿Entiendes?

—No... —La voz de Yeoudith era fina, rayana en el llanto, y veía el rostro de su padre a través de un velo de lágrimas que trataba de contener.

Yits'aq la abrazó.

—Cariño, podrían desembarcar y buscarnos en la posada del Oso para hacérmola pagar. Y nosotros no queremos que una manada de macedonios malolientes se salga con la suya, ¿verdad?

Yeoudith sacudió la cabeza incapaz de dominar por más tiempo las lágrimas.

—No...

—Bien —dijo Yits'aq—. En consecuencia, iremos a un sitio donde no nos buscarán.

—¿Adónde?

—Nos alejaremos de Venecia.

—Pero...

—Y volveremos dentro de unos días. Es un tanto tortuoso como itinerario, pero mucho más saludable, ¿no te parece?

Yeoudith asintió con la cabeza y después la apoyó en un hombro de su padre a la

vez que sorbía por la nariz.

—¿Me estás llenando de mocos la casaca? —preguntó Yits' aq.

Yeoudith se apartó de golpe.

—¡Padre! ¡Qué asco! ¡Deberías haber tenido un hijo!

—¿Me has llenado de mocos o no?

—¡No!

—¿No?

—¡No!

—¿Echo un vistazo?

—¡Padre! —En el semblante asustado de Yeoudith se dibujó una tímida sonrisa.

—Ven aquí —dijo Yits' aq.

—No... —Pero, poco a poco, Yeoudith se acercó a él, balanceándose, con las manos a la espalda.

Yits' aq sacó algo de su bolsa de terciopelo y se lo dio a su hija.

—Has oído, ¿no? —Se dio dos golpecitos en la cabeza—. Gorro amarillo. Judíos. —A continuación, con cierta solemnidad, se encasquetó el gorro y esperó a que su hija lo imitase—. A partir de este momento somos oficialmente judíos de Europa —dijo—. Y a partir de este momento me llamo Isacco di Negroponte y tú Giuditta.

—Giuditta...

—Suena bien.

—Sí...

—Y tú estás encantadora con ese gorro estúpido en la cabeza.

Giuditta se ruborizó.

—¡No, eh! ¡Por el amor de Dios! No te comportes como una mujer, porque nunca las he soportado —dijo Isacco.

Giuditta miró a su padre intentando comprender si estaba bromeando.

—No bromeo.

Giuditta se ruborizó de nuevo.

—Perdona, no quería —dijo de inmediato.

Isacco emitió un sonido, poco menos que un gruñido, y alzó la mirada al cielo. Después señaló un sendero estrecho y embarrado en dirección al Oeste.

—A algún sitio nos llevará. —Pero antes dejó varias huellas en el camino que conducía a la posada del Oso. Regresó caminando por la hierba de la orilla—. Estarán borrachos y furiosos. No se darán cuenta. En cualquier caso, siempre es mejor hacerlo todo bien, recuérdalo.

—¿Dónde has aprendido esas cosas, padre? —preguntó Giuditta.

—No es necesario que lo sepas todo —contestó Isacco apurado. Se encaminó hacia el Oeste, pero sin pisar el barro del sendero—. Sígueme. Caminaremos un poco entre las cañas para no dejar...

Se oyó un ruido sordo, de agua, y un gemido ahogado.

Isacco se volvió.

Giuditta había dado un paso en falso y había hundido en el agua la pierna izquierda.

—¡Ah! ¡Qué latosa eres! —la imprecó Isacco. La agarró con fuerza y la levantó para dejarla en tierra firme—. Escucha... —le dijo sintiéndose en culpa por su intolerancia y gesticulando—, yo... estaba bromeando.

—En ese caso, disculpa si no me he reído —respondió Giuditta fríamente—. ¿Podemos retomar el camino?

Isacco la miró, la respiración se aceleraba en su interior, pero se contuvo y echó a andar. Apenas había dado unos pasos se detuvo. Se volvió hacia su hija resoplando por la nariz como un toro. Estaba morado.

—¡De acuerdo! —soltó—. ¡No bromeaba! ¿Contenta?

Giuditta lo miraba en silencio. Trataba de demostrar orgullo, pero su padre vio en sus ojos el miedo que sentía.

Isacco pensó que se parecía extraordinariamente a su madre. Y también que era una lástima que Giuditta no la hubiese conocido.

—Oye, lo siento —dijo—. No sé cómo hay que comportarse con una hija. Debería haberte criado yo, pero no lo hice. Así fue. Y ahora ¿podemos zanjar el asunto?

Giuditta arqueó una ceja.

—¿Eso es un sí o un no?

Giuditta se encogió de hombros.

—Sí.

—Bien —gruñó Isacco sintiéndose cada vez más culpable. Se dio media vuelta y echó de nuevo a andar—. Atenta a donde pones los pies —dijo con rudeza—. Es decir... —corrigió enseguida el tono mordiéndose un labio—, intenta seguirme. —Respiró hondo—. Es decir, quiero decir... si puedes... Bueno, me comprendes, ¿no?

Giuditta no contestó.

Isacco se volvió.

—¿Lo has comprendido?

—Sí.

Guardaron silencio durante más de una milla. Luego el sendero se ensanchó en un camino que, sin embargo, estaba también lleno de barro. El sol avanzaba lentamente hacia el horizonte, débil y velado por la niebla.

Durante todo el recorrido, Giuditta no dejó de pensar un solo instante en la pregunta que la oprimía. Una pregunta que se había ya planteado un sinnúmero de veces, desde que era pequeña.

—Padre...

Pero nunca había tenido el valor suficiente.

—¿Qué?

Eran incontables las veces en que había querido hacerle esa pregunta, pero siempre había tenido miedo. Miedo de preguntar. Miedo de la respuesta. Miedo de perder lo poco que tenía.

—Padre...

—Vamos, ¿qué quieres? —preguntó Isacco con su consabida rudeza.

Giuditta miró alrededor. Miró el mundo nuevo que prometía una nueva vida. Miró los hombros de su padre. La había llevado consigo. No se había marchado solo. Giuditta inspiró hondo. El corazón le latía en la garganta.

—Padre, tengo que hacerte una pregunta —dijo de improviso con los ojos cerrados y una voz sutil, que le temblaba en la garganta. Y prosiguió veloz, antes de sucumbir de nuevo al miedo persistente, antes de que Isacco se volviera—. ¿Estás enfadado conmigo porque maté a mi madre? ¿Por eso crecí con la abuela y nunca te veía?

Isacco, que había hecho ademán de volverse, se quedó petrificado al oír la pregunta. Hundió la cabeza entre los hombros, como si hubiese recibido un golpe tremendo e inesperado. Abrió desmesuradamente los ojos y los labios, boqueando, sin aliento. Daba la espalda a Giuditta, pero no lograba volverse. Tenía el corazón encogido.

—Caminemos —dijo a duras penas sin ánimos para mirarla—. Dentro de nada oscurecerá y... Caminemos, vamos. —Tras dar unos pasos empezó a hablar lentamente, con la voz ronca, pero, en todo caso, sin mirar a su hija, que lo seguía con la cabeza inclinada—. Tu madre... murió de parto. No la mataste tú. La diferencia es enorme... y confío en que puedas entenderla, dentro de ti. Yo nunca he pensado que... Yo no estaba allí, porque... bueno, porque llevaba una vida... en fin, la vida que ya te he contado... más o menos... Si creciste con tu abuela materna no fue porque no te quería ver, sino porque me fiaba de ella... y tú... tú... —Isacco se detuvo. Aún no podía volverse. Sentía a su hija detrás de él. Sentía que estaba conteniendo la respiración y solo en ese momento lograba ver a esa niña, que siempre había creído independiente, como era en realidad. Una niña que había crecido pensando que su padre la odiaba—. No sé cómo pude ser tan estúpido —añadió en voz baja. Dio medio paso—. ¡La verdad es que no lo sé! —gritó parándose en seco.

Giuditta se había movido detrás de su padre, de manera que cuando este se paró alargó una mano y la apoyó en su espalda para no chocar con él. Al sentir que Isacco se tensaba arqueando un poco la espalda, levantó de inmediato la mano, como si el cuerpo de su padre estuviese ardiendo.

—Perdona —murmuró.

—No... —dijo Isacco.

Permanecieron allí, inmóviles. Isacco incapaz de volverse. Giuditta con la mano con la que había tocado a su padre suspendida en el aire.

—Te he contado que mi padre era médico... —continuó Isacco, consciente de que ese tema le iba a causar un dolor que no quería afrontar—. Un buen médico, el mejor de la isla de Negroponte. El médico personal del gobernador veneciano... el *bailo* como lo llaman ellos. Yo nunca he visto ese mundo... Nací en 1470, cuando los turcos ocuparon la isla y expulsaron a los venecianos. Mi padre sobrevivió. Los turcos le permitieron ejercer como médico, pero en el interior, donde solo vivían los miserables, los pastores. Y él se adaptó... muriendo por dentro, nutriendo rabia y nostalgia por su vida pasada. Era el hombre más orgulloso, altivo, arrogante y tozudo que jamás ha existido... —Isacco se detuvo—. ¿Te recuerda a alguien que conoces? —Sonrió melancólicamente, pensando en sí mismo.

Giuditta alargó la mano hacia la espalda de su padre, con timidez.

—No —dijo.

Isacco sintió una punzada de conmoción en el pecho. Y calor en la espalda, donde Giuditta había apoyado la mano.

—Nos hizo vivir durante años en un chamizo asqueroso, a mi madre y a mis tres hermanos, con dos cabras que nos procuraban la leche. La gente que curaba no tenía dinero para pagarle. Pero luego se pasaba las noches hablando de Venecia, de las alhajas y de la civilización superior, de los brocados y las deliciosas especias. Nos enseñó también a hablar veneciano... el muy canalla. Empezó a sacar dientes, a cortar abscesos, a traer niños y corderos al mundo, a castrar animales y a amputar piernas infectadas a los cristianos. En pocas palabras, se convirtió en un barbero. Él, el gran médico del *bailo* de Venecia. Y me llevaba consigo... porque decía que yo era el único de sus hijos al que no le asustaba la sangre. Luego añadía, con desprecio... el muy canalla, añadía siempre la misma frase mientras hablaba con los pacientes que curaba: «No le asusta la sangre porque este hijo mío no tiene ni Dios ni conciencia». ¿Y sabes por qué? Pues porque había descubierto que me las arreglaba como podía y que frecuentaba el puerto, donde me agenciaba comida, incluso robando, para mi madre, que cada vez estaba más débil. Pero él jamás aceptó un compromiso. El señor médico del gobernador de Venecia... el muy canalla.

Giuditta se acercó aún más a su padre y lo abrazó por detrás, apoyando la cabeza en la delgada espalda de él.

Isacco apretó los labios y frunció el ceño tratando de contener las lágrimas de rabia que pugnaban por salir.

—Un buen día me marché. Acababa de inventarme la leyenda de la santa y del Qalonimus. Y conocí a tu madre. Su padre, que era como el mío, la había echado de casa. Quizá por eso la comprendía, porque sabía lo que llevaba dentro. Un año después se disponía a dar a luz a nuestra hija... a ti. Pero algo se torció. La

comadrona... —Isacco se dobló—. ¡Oh, Señor del Mundo, ayúdame a soportarlo!

Giuditta se inclinó con él sin soltarlo.

—¿Cómo puede matar un recién nacido inocente a su madre? —dijo Isacco con la voz quebrada por la emoción—. Aunque quisiera, no podría. ¿Cómo se te puede haber ocurrido, niña mía? Yo, en cambio... yo no pude ayudarla... pese a que creía haber aprendido todo del gran canalla, del medicucho del *bailo*... Si alguien la... si alguien es responsable de su muerte, soy yo. —Isacco se enderezó y encontró la fuerza necesaria para volverse hacia su hija. Le cogió la cara con las manos—. Me decía a mí mismo que no estaba en casa porque llevaba una vida difícil... —Sonrió melancólico—. Te lo dije hace poco tiempo... —Atrajo a Giuditta hacia él. No lograba mirarla a los ojos durante demasiado tiempo—. Estaba poco en casa porque me sentía en culpa contigo... por haberte privado de tu madre... porque no había sido capaz de...

Se abrazaron en silencio.

—Padre...

—Chito... no digas nada, pequeña.

Siguieron abrazados. Isacco al dolor y al sentimiento de culpa, que había conseguido reconocer por primera vez. Giuditta a su padre, que era muy distinto a lo que siempre había imaginado. Porque era un charlatán y un timador. Y porque no estaba enfadado con ella por la muerte de su madre.

—Padre... —repitió Giuditta al cabo de un buen rato.

—Chsss... no es necesario que me digas nada.

—Al contrario, padre.

—En ese caso, dime.

—Los mosquitos me están devorando viva.

Isacco se separó de ella.

—Te pareces a tu madre, pero tienes mi espíritu —dijo soltando una sonora carcajada. La abrazó de nuevo y añadió—: Vamos, movámonos. Parecemos dos mujeres.

—¡Yo soy una mujer!

—¡Ah, es cierto! —exclamó Isacco sin dejar de reírse, le bajó el gorro amarillo a Giuditta tapándole los ojos—. Mira dónde metes los pies, pesada.

El sol se acababa de poner cuando divisaron un caserío bajo, por cuya chimenea salía un humo denso. En la fachada destacaba el dibujo torpe y desconchado de un anguila, si bien recordaba más a un monstruo marino. La puerta estaba cerrada.

Isacco se paró y miró a Giuditta.

—Escúchame, no te cambiaría por ningún hijo varón de este mundo —le soltó de golpe.

Giuditta, que no se lo esperaba, enrojeció.

—¡No es posible! —exclamó Isacco.

Giuditta enrojeció aún más.

—No sé si lo conseguiré —gruñó Isacco.

A lo lejos, una campana sonó las vísperas.

—Entremos y olvidémoslo —dijo Isacco. Llamó a la puerta y abrió.

Al asomarse padre e hija fueron azotados por un chorro de aire agradablemente tibio. Olía a comida y a establo. La sala, enorme, estaba destinada en parte a los parroquianos y en parte al establo, de manera que un muro bajo y una puertecita de madera la dividían en dos. Vieron dos vacas de leche y un burro. El techo era bajo y oprimente. Las ventanas minúsculas. En la larga mesa de tablas que había en el centro ardía una lámpara de aceite de un metal pobre; una simple caja que hacía las veces de depósito y una mecha, que ardía flanqueada por dos pequeños espejos de mercurio, ya opacos. Algo más atrás otra lámpara, grande, pero igualmente sencilla, colgaba de una viga del techo. El fondo de la habitación estaba casi en penumbra.

A la mesa estaban sentados dos clientes con la mirada perdida en el vacío, y una jarra de vino delante. Apenas se volvieron para mirar a los recién llegados.

—Buenas noches, gente de bien —dijo Isacco en voz alta para llamar la atención del tabernero, dondequiera que estuviese.

En el piso de arriba se oyó un gemido que fue cobrando fuerza hasta convertirse en un grito. Era una voz infantil. El grito duró unos instantes.

—Buenas noches, gente de bien —repitió Isacco dirigiéndose al piso de arriba.

Oyeron que se abría y se cerraba una puerta, después una mujer joven, aunque ajada ya por el cansancio, se asomó a la barandilla. Su mirada estaba preñada de angustia. Empuñaba una linterna cerrada con una vela de sebo en el interior.

—Buenas noches, buena mujer —dijo Isacco—. Somos viajeros y nos gustaría pasar aquí la noche y comer algo caliente, si es posible.

La tabernera los miró con aire ausente, como si estuviese pensando en otra cosa. Luego dijo mecánicamente: —Cuesta medio sueldo de plata.

—Perfecto —dijo Isacco.

—Pero no tengo nada de comer —especificó la mujer—. Solo puedo ofrecerles pan y vino.

—Eso nos bastará.

La tabernera asintió con la cabeza, pero no se movió. A continuación, un nuevo gemido, que no llegó a convertirse en grito, la obligó a volverse. Se llevó una mano a la boca, aún más angustiada. Bajó la escalera, hecha con unas simples tablas alisadas, abrió el aparador que había en el rincón más oscuro de la sala, sacó un pan envuelto en un trapo de lino tosco y llenó una jarra con el vino tinto de una botella. Puso la mesa y luego les llevó dos vasos desportillados y un cuchillo para el pan.

—Hoy no he cocinado —dijo desfallecida—. Mi única hija se ha puesto

enferma...

—Lo siento —dijo Isacco.

—Y yo estoy enloqueciendo —prosiguió la mujer con una mirada que, al desenfocarse, revelaba toda la pena que sentía.

—¿Qué ha dicho el médico? —inquirió Isacco.

La tabernera lo miró atónita. Acto seguido cabeceó, ensimismada.

—Ningún médico viene hasta aquí —dijo—. Nosotros parimos solos a nuestros hijos en la cama y en ella morimos también solos cuando llega nuestra hora.

Giuditta miró a la mujer sintiendo que su dolor la invadía.

Un nuevo gemido les llegó de la habitación del piso de arriba.

La mujer se sobresaltó y apretó los labios. Su cara, poco agraciada, mostraba casi con indecencia el sufrimiento que la estaba desgarrando.

Sin pensárselo dos veces, Giuditta le dijo:

—Mi padre es médico.

—Mi madre era actriz —dijo Mercurio bajando del palafito cuando se hizo de día—. Mejor dicho... actor. —Miró a los tres muchachos que bajaban de un salto y lo escuchaban—. ¿Sabéis que las mujeres no pueden ser actrices?

Benedetta y Zolfo se miraron.

—Claro que sí —mintió Benedetta.

—Sí, cómo no —replicó Mercurio—. Pues bien, para poder recitar mi madre se disfrazó de hombre durante años. Y resultaba tan atractivo como hombre que le daban papeles de mujer.

Benedetta y Zolfo lo escuchaban extasiados, pero confundidos por todos esos cambios de sexo que no acababan de entender.

Mercurio cogió el borde de la tela sucia y remendada que estaba colgada bajo el palafito.

—¿Estáis listos? —dijo, y a continuación tiró de ella con un ademán teatral descubriendo lo que ocultaba.

Benedetta, Zolfo y Ercole se quedaron boquiabiertos.

Parecía que estaban en una sastrería. O en un gran almacén. Había una sotana de sacerdote, un hábito de fraile, un vestido negro de escribano y uno a rayas, de criado. Además de uno de caballero del Papa, con la chaqueta de cuero reforzado en el pecho. Y también unas mallas de soldado español, con una pierna de color carmesí y la otra azafrán, y un chaleco brillante con lazos y las mangas abullonadas. Un delantal de herrero, una capa negra y una bata encerada, de viaje. De un cesto de mimbre asomaban sombreros, pelucas, gafas, monóculos, barbas postizas y carteras. Y en otro cesto se amontonaban varios instrumentos: una espada corta, un martillo de herrero y uno más estrecho de caballero, un cinturón de cuero con cinceles y gubias de tallador, una navaja de barbero, sierras de carpintero y sellos secantes de secretario, plumas de oca, tinteros. Zapatos planos, botas, zapatillas y zuecos de pescador. Y, por último, un traje de cortesana, de color azul cobalto, adornado con piedras preciosas falsas de cristal; otro verde oscuro, digno, de joven de buena familia; y otro más modesto, gris y marrón, con un delantal con un gran bolsillo delante, de criada, acompañado de una cofia blanca.

—¡Coño...! —exclamó Benedetta.

Mercurio se regodeaba, encantado.

—Pongámonos manos a la obra —dijo—. Se me ha ocurrido una idea para quitarle la moneda de oro al tabernero.

—¿Dónde has encontrado todas estas cosas? —preguntó Benedetta como si no lo hubiera oído.

—Las heredé de mi madre —explicó Mercurio—. Ella me enseñó a disfrazarme.

Solo que yo soy un tipo de actor... diferente de ella —concluyó riéndose.

—Pero ¿no eras huérfano? —preguntó Zolfo.

—Sí, pero mi madre, al morir, pidió al empresario que me buscara y que me entregara todo esto con su bendición. —Mercurio miró a los chicos que estaban colgados de sus labios—. Escuchad, es una larga historia. Para abreviar os diré que mi madre se acostó con un actor de la compañía, que había comprendido que ella era, en realidad, una mujer. Así nació yo y mi madre se vio obligada a...

—Abandonarte en el torno, como a Ercole y a mí —concluyó Zolfo escupiendo al suelo.

—El torno —repitió Ercole risueño.

—Calla, idiota —le dijo Zolfo.

—No. Mi madre jamás me habría abandonado. Me confió a una mujer y le dio dinero para que me criara. Pero esa mujer me dejó en el torno del orfanato de San Michele Arcangelo y se quedó con el dinero.

—¡Canalla!

—En fin, después mi madre enfermó y murió. El empresario de la compañía me encontró y me dio sus pertenencias, que son estos vestidos... de todos los papeles que ella recitaba... y me contó su historia. Me dijo, además, que era la mejor actriz de su compañía y que...

—¿Que siempre te había querido? —preguntó Zolfo con los ojos llenos de esperanza y de envidia.

—Así es —asintió Mercurio.

—Pero ¿cómo hizo el empresario para encontrarte y saber que eras tú? —terció Benedetta.

—Es una historia complicada —atajó Mercurio—. Ahora pensemos en el mesonero. Lávate la cara y las manos —dijo a Benedetta—. En ese cubo de agua.

—Una mierda, yo no me lavo —soltó Benedetta.

—Lávate —repitió Mercurio.

—¿Por qué tengo que lavarme?

—Porque forma parte de mi plan.

—¿Qué plan?

—Lávate y verás. —Cogió el vestido verde de muchacha de buena familia—. Debería quedarte bien —le dijo tendiéndoselo.

—Está fría —protestó Benedetta a la vez que se enjuagaba los ojos con dos dedos.

—Debe parecer que estás limpia —le dijo Mercurio—. No te quejes.

—Odio lavarme —contestó Benedetta enfurruñada.

—No hace falta que lo digas. —Mercurio se echó a reír.

Benedetta lo fulminó con la mirada. Después hundió las manos en el agua y se

restregó la cara con rabia.

—Muy bien, ahora cámbiate de vestido —le dijo Mercurio después de haber comprobado que también había desaparecido el negro bajo las uñas.

—¿Dónde? —preguntó Benedetta.

Mercurio puso expresión de asombro.

—¿Cómo que dónde?

—¿Pretendes que me desnude delante de ti? —dijo Benedetta.

—Bueno, no tengo otra habitación, ya lo sabes —respondió Mercurio.

—Date media vuelta y no se te ocurra mirar —ordenó la muchacha. Se oyó el crujido de la ropa y a continuación dijo—: Ya está.

Zolfo y Ercole se quedaron estupefactos.

—Estás guapísima —dijo Zolfo.

Ercole repitió:

—También Ercole dice que estás guapísima.

Benedetta se puso roja como un tomate.

—Sois un par de imbéciles —dijo mirando a Mercurio.

—Empezad a salir —les ordenó este sin hacer ningún comentario—. Yo llegaré enseguida y os explicaré el plan.

Al cabo de media hora estaban en la calle.

Mientras caminaban a buen paso, Benedetta se acercó a Mercurio.

—¿Qué papel representaba con este vestido?

—¿Quién?

—Tu madre.

—Ah, sí... Hacía... la duquesa.

—¿La duquesa? —repitió Benedetta. Acarició el vestido, encantada. Dio unos cuantos pasos más, muy tiesa, y añadió—: Oye, lamento lo de anoche.

—¿A qué te refieres?

—No hablaba en serio... esto es, lo que te dije sobre ahogarnos en tu alcantarilla... no sabía que...

—No te preocupes.

Benedetta le apoyó una mano en un hombro.

Mercurio no la rechazó.

—No quiero tener amigos.

—Imagínate yo —dijo Benedetta. Luego lo observó risueña—. Pareces un auténtico cura.

Mercurio sonrió complacido. Lucía una larga sotana negra con botones rojos y un corazón ensangrentado y coronado de espinas bordado en el pecho. Además iba tocado con un sombrero negro y brillante.

—Aún no es perfecto —dijo. Se acercó al pesebre de dos burros, cogió un puñado

de heno, hizo una pelota con él y se lo metió bajo la túnica, a la altura de la barriga—. Los curas desayunan, comen y cenan todos los días. No como nosotros. Por eso están tan gordos. —Acto seguido, aprovechó que pasaban al lado de un puesto de fruta para robar al vuelo una manzana, cortó dos trozos y se los metió en la boca, entre los dientes y las mejillas—. Ya está, ahora *fí que eftoy perfecto* —dijo riéndose—. *Bafta caminar con un pafo más grave...* —concluyó cambiando el ritmo de su andar.

—¡Es increíble! —exclamó Benedetta.

—*Para diffrazarfe no bafta ponerfe...*

—No te entiendo —dijo Benedetta.

Mercurio se sacó los trozos de manzana de la boca y los tiró.

—No, en cambio no funciona. Otra regla: no exagerar. Si el tabernero no me entiende todo se irá a la mierda. Decía: para disfrazarse no es suficiente ponerse un vestido distinto del habitual. Tienes que convertirlo en el vestido de siempre. Debes moverte con él como si fuera el que te pones todas las mañanas.

—En ese caso, ¿cómo debería moverme yo con este traje de duquesa? —preguntó Benedetta.

—Bueno, deberías contonearte.

—Vete a la mierda —dijo Benedetta, pero tras dar un par de pasos se echó a reír y empezó a contonearse.

Enfilaron el callejón de' Funari.

—Espera aquí y quédate a la vista —ordenó Mercurio a Benedetta—. Vosotros dos, escondeos.

El tabernero del callejón de' Funari era un hombre robusto, con la cara sonrosada de tanto beber y aire de suficiencia. Estaba en medio de dos grandes aberturas cuadradas con unas puertas de hojas plegables que en ese momento estaban fijando tres criados. La taberna de los Poetas era amplia y luminosa. En el pasado había sido un almacén. En la pared de la derecha había dos enormes toneles de vino, expuestos para demostrar la riqueza de su dueño.

—Buenos días, hermano —oyó decir a su espalda.

—Yo no tengo ni hermanos ni hermanas —respondió arisco el tabernero al encontrarse de cara con el sacerdote joven.

—Nuestro Señor quiere darte hoy una oportunidad —explicó Mercurio esbozando una leve sonrisa.

El tabernero lo miró de pies a cabeza.

—Si vas buscando ofrendas te has equivocado de puerta —respondió e hizo amago de volverse.

—No me has comprendido, buen hombre. Es Nuestro Señor quien, en su inmensa generosidad, te ofrenda algo a ti —dijo Mercurio.

El tabernero lo miró frunciendo el entrecejo.

—¿Qué ofrenda?

—Te está brindando la posibilidad de remediar un error, hermano.

El tabernero desconfió. Cruzó los brazos y arqueó la espalda hacia atrás. Apretó los labios mirando al curita.

Mercurio no habló y le sostuvo la mirada.

—¿De qué error me hablas? —preguntó por fin el tabernero, cediendo.

Mercurio sonrió radiante.

—Su ilustrísima señoría, el obispo de Carpi, monseñor Tommaso Barca di Albissola, a quien tengo el altísimo honor de servir como secretario, *in saecula saeculorum atque voluntas Dei...*

—Deja ya de escupir en latín y habla de una vez. Apresúrate a decirme lo que quieres —dijo el tabernero, que había perdido el aplomo al oír el interminable nombre.

—No hace falta que hable. Te bastará ver a una jovencita para entenderlo. —Mientras hablaba se volvió hacia la esquina del callejón y señaló a Benedetta—. ¿La reconoces?

—¿Por qué debería? —preguntó el tabernero a la defensiva.

—Porque anoche te quedaste con una moneda de oro que poseía legítimamente —explicó Mercurio.

—Que me condene si eso es cierto...

Mercurio empezó a cabecear y frunció los labios en señal de disgusto.

—Nuestro Señor, por mano de su humilde servidor, te está brindando una oportunidad ¿y tú la desperdicias de esa manera? Yo represento la mano de Dios y la bolsa de su señoría. La moneda que sustrajiste a la muchacha es del obispo, que se encuentra en Roma para ver al Santo Padre, como todos los años. Y el obispo aún no sabe nada de todo esto...

El tabernero titubeaba. Por un lado temía que fuese un enredo, pero a la vez no quería correr el riesgo de enemistarse con un poderoso prelado. Por un lado no quería desprenderse de una moneda de oro que había ganado con suma facilidad, pero por otro conocía la ferocidad de la justicia que administraban los poderosos.

—Parecía una ladrona, estaba muy sucia y andrajosa... —protestó.

—Sí, claro. Acababa de salir del orfanato de San Michele Arcangelo, donde Su Excelencia elige a sus... criadas. Y la de ayer era la primera prueba que la muchacha debía superar. Su señoría ilustrísima la llama la «prueba de la moneda». Estoy obligado a entregar a cada nueva criada una moneda de oro y mandarla a comprar comida. Si vuelve con la cena podemos educarla, si, en cambio, desaparece, los guardias salen a buscarla y recibe el castigo que merece por ladrona... —Se levantó el sombrero, sonriendo para sus adentros. Sabía que al quitárselo el tabernero se fijaría en otra cosa, para la cual tenía la respuesta preparada, no le permitiría

concentrarse.

—¿Y quién me asegura que no eres un liante? Eres muy joven... —dijo, como había previsto, el tabernero, con la mirada vacilante, moviéndose de derecha a izquierda—. Además, si de verdad eres un sacerdote, ¿dónde está la tonsura?

—Soy un *novizium saecolaris* —contestó Mercurio recurriendo a la categoría inexistente que había inventado, muchas estafas anteriores.

Sacó el saquito de tela en que había metido las monedas robadas al comerciante, lo hizo tintinear y deshizo el lazo que lo cerraba. Acto seguido lo abrió, lo colocó en la palma de su mano, y lo puso bajo la nariz del tabernero.

—El precepto de la misericordia me obliga a hacer esto, tabernero desconfiado. Mira estas monedas. ¿No son acaso idénticas a la que robaste a la muchacha? ¿No tienen todas un lirio a un lado y a san Juan Bautista al otro? Estas monedas no son comunes en Roma.

El tabernero alargó la nariz y echó un vistazo. A continuación se metió la mano en el bolsillo y extrajo la moneda robada.

—¿Cómo podía saberlo? —masculló. Tiró la moneda al aire, nervioso, y la cogió al vuelo.

Mercurio no dijo nada.

El tabernero volvió a lanzar la moneda al aire y miró a Benedetta.

—¿Cómo podía saberlo? —repitió, a punto de ceder. Lanzó de nuevo la moneda, esta vez más alto, tratando de posponer el momento de deshacerse de ella.

En ese momento, un grito feroz retumbó en el callejón de' Funari.

—¡Ladrones! ¡Malditos ladrones!

El tabernero se volvió de golpe y vio que un judío señalaba a Benedetta y a otros dos muchachos. Tuvo la certeza de que habían tratado de timarlo.

Pero la moneda seguía en el aire.

Veloz como un gato, Mercurio la cogió al vuelo adelantándose por un instante al tabernero.

—Imbécil —dijo riéndose en su cara mientras ponía pies en polvorosa.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —gritó el tabernero corriendo en pos de él.

Si bien Mercurio era más rápido que el tabernero, la única dirección en que podía escapar era hacia el comerciante, que seguía gritando contra Benedetta, Zolfo y Ercole. Mercurio se escabulló por el estrecho hueco que había entre la pared del callejón y el comerciante. Mientras corría, el forraje de los burros que había usado como barriga iba resbalando por la sotana.

En un primer momento, Shimon Baruch no le prestó atención.

Mercurio logró pasar.

Pero inmediatamente después el comerciante se fijó en el forraje que iba dejando Mercurio a su espalda, lo reconoció e invirtió la dirección de su carrera para

perseguirlo.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Detrás de él, el tabernero también gritaba.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Dado que todos daban la caza a Mercurio, los tres muchachos se encontraron sanos y salvos sin haber hecho nada. Benedetta se alejó en dirección opuesta, seguida de Zolfo y de Ercole, que tenía los ojos asustados de un niño. Apenas dieron unos pasos y doblaron la esquina Benedetta se paró y miró a Zolfo.

—Debemos ayudarlo —dijo.

Mercurio corría como alma que lleva el diablo intentando despistar al comerciante, pero la sotana lo frenaba. El tabernero había desistido casi enseguida. Mercurio lo había visto inclinarse, jadeando, ya en los primeros callejones. Pero en ese momento, cada vez que se volvía para mirar, veía que el comerciante estaba más cerca. Dobló hacia San Paolo alla Regola. Pensó que allí iniciaba un dédalo de callejones donde podía desaparecer sin dejar rastro. Pero vio que el comerciante había ganado más terreno. Por si fuera poco, le pareció ver también a lo lejos a Benedetta corriendo como un rayo, levantándose la falda con las manos. La imitó, levantó la sotana, apretó los dientes y bajó la cabeza. Sus pies se hundían en el barro y sentía que los pulmones le ardían. Si tiraba el saco con el dinero el comerciante se pararía a cogerlo y él se podría poner a salvo. Pero no quería desprenderse de él. Al doblar hacia San Salvatore in *campo* se dio cuenta de que cada vez corría con mayor dificultad. «No tires la toalla», pensó. Enfiló una serie de calles angostas. Se volvió para vigilar. No se veía al comerciante, pero Mercurio sabía que aparecería de un momento a otro. Embocó un callejón lleno de basura. Nada más entrar en él comprendió que había caído en una trampa. Era un callejón sin salida. Oyó los pasos del comerciante que se acercaban. Se aplastó contra la pared, en un hueco entre dos columnas de ladrillos rojos. Contuvo la respiración.

Shimon Baruch llegó al cruce de los callejones. A pesar de que los judíos no podían poseer armas, había comprado una espada corta de doble hoja con el mango largo. Frente a él se abrían tres callejones, dos a la derecha y uno a la izquierda, minúsculo y lleno de desechos del vecino mercado de verdura.

—¡Maldito seas! —gritó. Embocó el callejón sin salida. Se detuvo, desesperado por haberlo perdido—. ¡Maldito! —gritó. Salió del callejón, pero enseguida oyó un crujido de verduras pisoteadas. Lo enfiló de nuevo hecho un basilisco.

Mercurio se había desplomado removiendo la alfombra de residuos que había atraído al mercante.

—¡Ya te tengo, ladrón! —exclamó Shimon Baruch—. ¡Devuélveme mi dinero!

A espaldas del comerciante aparecieron Benedetta, Zolfo y Ercole. Benedetta ordenó con un ademán a Mercurio que se callase. Después susurró algo al oído de

Ercole. Mercurio vio que el gigante negaba con la cabeza. Sus ojos delataban un gran miedo.

Shimon Baruch avanzó, ajeno a lo que estaba sucediendo detrás de él.

—Maldito asqueroso, querías arruinarme, ¿eh? ¡Dame mi dinero o te mato! —Dio un paso apuntando con la espada al pecho de Mercurio. Se movía a golpes, indeciso, como si dudase entre destriparlo o escapar, asustado de la locura que se había adueñado de él. Su cuerpo temblaba mientras avanzaba con los ojos muy abiertos y la garganta seca, apuntando el arma contra su enemigo, que había quedado atrapado al fondo del callejón con la espalda pegada a la pared. Para darse ánimos gritó tan fuerte como pudo.

Mercurio estaba aterrorizado. Cerró los ojos.

Benedetta empujó a Ercole.

—¡Ercole tiene miego! —lloriqueó el gigante.

El comerciante se volvió de golpe tendiendo la espada, en el preciso momento en que Zolfo daba una patada a Ercole. El gigante echó a andar alargando las manos para desarmar al comerciante. Pero, ya fuese por miedo o por torpeza, tropezó y empezó a caer sobre el judío que, tan asustado como él, le clavó la espada.

Mercurio oyó un gemido ahogado, como una expresión de asombro. Abrió los ojos y vio la punta de la espada ensangrentada, que asomaba por la espalda de Ercole, a quien había atravesado de parte a parte.

Shimon Baruch retrocedió y extrajo el arma mirando fijamente a Ercole, que agonizaba por su culpa.

—No quería... Yo no quería... —balbuceó.

El gigante cayó al suelo lentamente.

—Ercole... tiene... daño...

—¡No! —gritó Zolfo.

—No quería... —repitió Shimon Baruch. Luego, como si hubiese perdido el juicio, miró a Mercurio con un odio renovado—. ¡La culpa es tuya! ¡La culpa es solo tuya! —vociferaba el comerciante.

Apretándole la muñeca, Mercurio giró sobre sí mismo haciendo palanca con la cadera en la pierna del comerciante. Shimon Baruch cayó y al hacerlo arrastró a Mercurio. Los dos hombres rodaron por la basura. Mercurio solo tenía una idea en la cabeza: no debía soltar la espada bajo ningún concepto. No pensaba en otra cosa. De improviso, la espada del comerciante cedió y golpeó contra la pared. Su codo se dobló de manera innatural y la muñeca se giró. El peso de Mercurio lo empujó hacia abajo sin pretenderlo.

La hoja se hundió en la garganta del comerciante.

Mercurio oyó el ruido que hacían los cartílagos, parecido al que emitían los escarabajos al ser pisoteados. Se levantó aterrorizado, sus ojos se reflejaban en los de

Shimon Baruch, que se iban apagando poco a poco. Lo miró fijamente. Inmóvil. Aún empuñaba la espada. La soltó. Al caer al suelo el arma produjo una vibración metálica.

—No... —susurró Benedetta.

Como si hubiese despertado de un prolongado letargo Mercurio sacó la bolsa de tela que contenía las monedas robadas.

—¿Era esto lo que querías? —gritó fuera de sí—. ¿Era esto? —Lanzó con violencia el saco al comerciante, que agonizaba en el suelo aferrándose la garganta con las manos—. ¡Cógelas! ¡Son tuyas! ¡Cógelas ahora mismo!

—Sal de ahí, Mercurio —le dijo Benedetta tocándolo.

Mercurio se volvió, al principio no la vio. La miró callado, enfocándola gradualmente. La iba reconociendo poco a poco. Miró también a Ercole. Una mancha de sangre se extendía por su casaca, a la altura del estómago. Lo ayudó a ponerse de pie.

—Sujétalo por el otro lado —dijo a Zolfo.

Zolfo lloraba.

—¡Sujétalo! —ordenó Mercurio. Miró a Benedetta—. Vamos.

Tras dejar al comerciante a sus espaldas se perdieron en el laberinto de callejones de Roma.

Cuando llegó la guardia, una vieja asomada a un ventanuco que daba al callejón dijo: —Lo ha matado un sacerdote.

Uno de los guardias se inclinó sobre Shimon Baruch.

—No está muerto —anunció.

—Lo ha matado un sacerdote —repitió la vieja.

6

La tabernera movió la cabeza de golpe mirando vivamente a los ojos a Giuditta. Su expresión era casi de temor. El temor que sienten los miserables cuando la suerte los favorece como jamás habrían imaginado.

—¿Cómo has dicho? —preguntó con un hilo de voz.

—Mi... mi padre... es... —balbuceó Giuditta.

La tabernera se volvió lentamente hacia Isacco.

—Buena mujer... —empezó a decir Isacco sacudiendo levemente la cabeza y buscando las palabras apropiadas para salir del apuro.

Pero la mujer lo interrumpió soltando un torrente de palabras.

—¿Es usted médico? No le haré pagar la habitación, le cocinaré lo que quiera, pero, se lo ruego, salve a mi hija —dijo con énfasis—. Sálvela, doctor.

Isacco lanzó una mirada de reprobación a su hija, se sentía acorralado.

—Haré todo lo que pueda, buena mujer —dijo titubeante—. Permita que la vea.

La tabernera corrió hacia la escalera.

Isacco miró a los dos borrachos que estaban en la mesa de al lado.

—Ven conmigo —dijo a Giuditta esquivando su mirada.

—Mi marido murió el año pasado de malaria —le contó la tabernera mientras recorrían el pasillo corto y angosto que había en lo alto de la escalera—. Solo me queda ella. —Abrió una puerta.

—Espera aquí —dijo Isacco a Giuditta, y entró en una habitación cuyo techo era tan bajo que tuvo que agacharse.

Se quitó el gorro amarillo y se lo puso en el cinturón. Vio una vieja vestida de negro sentada en un rincón, en una silla baja, que hilaba casi a oscuras. Tenía la máscara que suelen tener los viejos, que simulan no ver la muerte cuando esta trajina cerca de ellos para que no note su presencia. Isacco supuso que era la madre de la tabernera, o del marido muerto. Después vio un fraile de espaldas, vestido con un hábito áspero, que en su día debía de haber sido negro, y una cuerda atada a la cintura, los pies descalzos, sucios. Estaba arrodillado al lado de la cama en que yacía la niña enferma, que gemía y se agitaba. Sintió cierto malestar. Nunca le habían gustado los sacerdotes. Antes de acercarse a la cama se volvió hacia la puerta y miró a Giuditta en la penumbra. Asombrado, comprobó que no estaba enojado con ella. Al contrario, experimentó una sensación que habría podido definir como gratitud. Y calor.

El fraile tenía la frente apoyada en el jergón y no alzó la cabeza cuando oyó al recién llegado sino que siguió murmurando sus oraciones.

Isacco tocó la frente de la niña, que debía de tener unos diez años. Ardía. Apartó las sábanas. La niña estaba acurrucada sobre un costado. Se preguntó qué habría

hecho su padre. Intentó girarla y estirarle las piernas. La niña chilló de dolor y se llevó las manos a la barriga.

El fraile alzó la mirada. No tenía más de treinta años, pero parecía tener la cara momificada, hasta tal punto se adhería la piel a los huesos. Tenía las mejillas hundidas y surcadas por unas profundas arrugas que parecían cicatrices. Su aspecto era el de un hombre que llevaba ayunando muchas semanas. Sus ojos, pequeños y de un color azul intenso, vivaces, y con los bulbos resquebrajados por la tela de araña roja que formaban los capilares, se posaron de inmediato en el gorro amarillo que Isacco llevaba en el cinturón. Se puso en pie de un salto y apuntó el crucifijo que llevaba colgado al cuello hacia el médico.

—¡Satanás! —rugió—. ¿Qué haces aquí?

Isacco dejó de palpar el abdomen de la niña.

—Es un médico, padre —explicó la tabernera—. Está aquí para ver a mi hija.

El fraile se volvió hacia la mujer y la escrutó con severidad, como si acabase de pronunciar una blasfemia.

—Es un judío —dijo con voz grave.

—Es un médico —repitió la tabernera.

El fraile alzó la mirada.

—Padre, ¿por qué mandas la serpiente viscosa a la débil Eva? —Clavó sus ojos enloquecidos en Isacco—. Mándamela a mí, que yo la aplastaré con mi talón.

—¿Qué le ocurre a mi hija, doctor? —preguntó la tabernera a Isacco en tono apremiante, como si comprendiese que quedaba poco tiempo para poder hacer algo.

Isacco había visto a su padre enfrentarse a esa inflamación, que afectaba en especial a los niños.

—Hay que cortar y atar... —empezó a decir mirando fijamente al religioso.

—¡Calla, impío! —gritó el fraile, que luego se dirigió de nuevo a la madre de la enferma—. ¿Has perdido el juicio, mujer? ¿Cómo puedes dejar que toque a tu hija, consagrada a Cristo, con sus sucias manos de judío? El contacto con este cáncer no hará sino empeorar su enfermedad, mujer ignorante. ¿No comprendes que le robará el alma y que la venderá a su amo Satanás, necia? Si Nuestro Señor ha decidido salvar a la niña la salvará gracias a mis oraciones; si, en cambio, ha decidido llamarla a su lado es para que pueda sentarse en un coro angelical, mujer ingrata. Pero si muere a manos del judío impío iré al infierno, a asarse con los cerdos como él. —El fraile se detuvo, apuntó el crucifijo hacia Isacco y se acercó a él recitando—: *Vade retro, Satanás*. Quita tus patas de esta enferma. *Vade retro, Satanás*. Nunca tendrás el alma de esta inocente criatura.

—Hay que cortar, mujer —dijo Isacco reculando. Miraba a la tabernera como si pretendiese decirle que ella era la que tenía la última palabra.

—Salga —le dijo la mujer a su pesar.

—Y no alojarás al impío, está escrito en las Sagradas Escrituras —declamó el predicador con vehemencia—, para evitar que sus pecados reblandezcan tu casa.

Apenas se quedaron a solas en el pasillo en penumbra la mujer, con la cabeza inclinada, dijo a Isacco: —Vaya enseguida a su habitación con su hija. No seré yo la que tire a la calle por la noche a un cristiano... bueno, aunque sea judío.

—Hay que cortar, mujer —dijo Isacco.

La tabernera negó vigorosamente con la cabeza, como si tratase de expeler de sus oídos las palabras de Isacco.

—Que no os vean por ahí —les advirtió. Después les dio una vela de sebo y una llave de chispa.

Isacco y Giuditta se encerraron en la habitación.

—La culpa es mía —dijo Giuditta.

Isacco no respondió, no la acarició, no la miró. Se echó en el jergón en silencio.

Al alba, la niña había muerto.

Isacco lo supo al oír los gritos desesperados de su madre, que retumbaban en la taberna. En ese momento, como si compartiesen su dolor, las campanas anunciaron las Laudes. Los débiles tañidos reverberaban en la niebla densa. Como fondo se oía la voz del fraile recitando una oración fúnebre en latín.

—Levántate, deprisa —dijo Isacco a su hija—. Tenemos que irnos.

Abrieron la puerta de la habitación, bajaron sigilosamente la escalera y se encaminaron hacia la salida.

Cuando llegaron al patio, delimitado por unos cuantos palos clavados entre ellos y una red de juncos cuyo único fin era marcar un perímetro a las gallinas que escarbaban en el suelo, la tabernera se asomó a la ventana de la habitación de arriba, que había abierto para dejar volar el alma de la niña. Al ver que se estaban marchando a hurtadillas, aturdida por el dolor y casi sin darse cuenta de lo que decía, imitando al fraile con el que se había pasado la noche rezando, gritó: —¡Malditos judíos! ¡Habéis traído la desgracia a mi casa! ¡Que Dios os maldiga!

—No te vuelvas y sigue andando —ordenó Isacco a Giuditta mientras se cruzaban con unos campesinos que acudían de las casas vecinas para consolar a la madre.

—¡Que Dios os maldiga! —vociferó la tabernera, fuera ya de sí.

Un campesino con unas manos gruesas como layas, los miró con rencor y escupió al suelo.

A la tabernera se añadió el fraile que, con el crucifijo en la mano y asomándose tanto a la ventana que casi parecía que se fuera a caer de ella, gritó con su voz atronadora de predicador: —¡Gente de Satanás! ¡Gente de Satanás!

Isacco vio que Giuditta hacía amago de mirar hacia atrás.

—No te vuelvas —le ordenó de nuevo con voz queda y firme—, ni camines demasiado deprisa.

—Judíos, gente de Satanás —repitió una vieja que formaba parte del reducido cortejo de campesinos. A sus insultos se unieron los del resto del grupo.

Después una piedra golpeó a Isacco en la nuca. Las piernas le flaquearon por unos segundos. Nada más. Isacco se enderezó el gorro amarillo y siguió andando sin escapar, como le indicaba su experiencia de estafador, como se debía hacer con el oso y con los perros pastores. Con el rabillo del ojo observó a su hija, que avanzaba rígida y sumisa, con el rostro surcado de lágrimas.

—¡Marchaos, malditos! —retumbó por última vez la voz de la tabernera.

El padre y la hija doblaron la esquina y enfilaron el camino principal.

Debían de haber recorrido un cuarto de milla, a paso sostenido, en absoluto silencio y sin mirarse a la cara, cuando Isacco, al acercarse a un bosque, dijo: —Sígueme—. Atajó por los *campos* y se adentró en la espesura. Al llegar al tronco grueso de un árbol que había sido abatido por un rayo, se sentó encima y con un ademán invitó a Giuditta a que hiciese lo mismo. Sacó de la bolsa el trozo de pan de la noche anterior y lo partió. —Come —dijo—. Es lo único que tengo.

Giuditta extrajo de su bolsa tres galletas duras de harina de centeno con uvas pasas y almendras.

—Aún nos quedan estas —dijo con los ojos anegados en lágrimas.

Su padre la abrazó.

—Jamás habría pensado que unas galletas viejas podían procurarme tanta felicidad —comentó.

En cuanto acabaron de comer el frugal desayuno oyeron unos gritos procedentes del camino.

—Quítate el gorro —dijo Isacco.

—Pero la ley... —repuso Giuditta.

—¡Quítate el maldito gorro! —silbó Isacco.

Acto seguido se levantó y se dirigió a un punto desde el que podía vigilar el camino sin ser visto. Se arrodilló detrás de un arbusto. Giuditta se reunió con él. Vieron al fraile caminando a la cabeza de un reducido grupo de campesinos armados con hoces y horquillas.

—¡Son los herejes que niegan que nuestro Señor Jesucristo es el cordero de Dios! —gritaba el predicador con su voz estentórea.

—Amén —respondían a coro los campesinos.

—¡Son los impíos que se burlan de la Anunciación y de la Inmaculada Concepción!

—¡Amén!

—¡No son dignos de vivir en presencia de Nuestro Padre!

—¡Amén!

Separándose del coro, un campesino gritó:

—¡Raptan a nuestros recién nacidos para beber su sangre!

Entonces todos, en un coro inconexo, vociferaron:

—¡Que mueran los judíos!

Asustada, Giuditta se acurrucó al lado de su padre.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

Isacco la escrutó muy serio con sus ojos de carnero.

—A pesar de que te llamo «niña mía», en realidad ya no eres una niña —dijo con dureza en voz baja—. Deja ya de lloriquear.

Giuditta se apartó de su padre. Pensó que lo odiaba. Pero luego se dio cuenta de que había dejado de llorar. Y de que tenía menos miedo.

Entonces Isacco se aproximó a ella y le dijo:

—Ahora te enseñaré cómo vive el zorro cuando el cazador ha soltado a los perros.

—Doblemos hacia allí —propuso Mercurio jadeando mientras sostenía a Ercole, quien, a medida que se iba desangrando, pesaba cada vez más.

Embocaron la calle del Orto di Napoli.

Mercurio se volvió para mirar hacia atrás, preocupado.

—No nos sigue nadie, tranquilo —dijo Benedetta.

—¿Tranquilo? —estalló Mercurio—. ¡He matado a un hombre! Le he robado y matado. Si me atrapan me condenarán a muerte. —Se volvió de nuevo. Tropezó.

—Yo miraré —se brindó Benedetta—. Me quedaré un poco rezagada.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Y tú deja de llorar, que no sirve de nada —dijo a Zolfo—. Aprieta la herida.

Zolfo sorbió por la nariz y apretujó el trapo que tapaba la herida de Ercole, que lanzó un gemido.

—Perdona... —dijo asustado.

Cuando vieron que los guardias estaban al fondo de la calle del Cavalletto se escondieron en el callejón de Margutta, una vía que apestaba a estiércol de caballo, a la que daban los establos de los palacios. Mercurio se había quedado sin aliento. Echó un vistazo al Cavalletto. Las campanas de Santa Maria del Popolo entonaron las Vísperas.

—Dentro de poco pasará un carro de Scavamorto. Echaremos a Ercole en él.

Benedetta lo miró perpleja.

—¿Se te ocurre una idea mejor? —preguntó Mercurio.

Benedetta sacudió la cabeza con una mirada insegura en cuyo fondo Mercurio percibió el miedo que Scavamorto suscitaba a todos los niños que trabajaban para él.

Cuando entrevieron el carro Mercurio se dio a conocer al chico que lo conducía. Lo seguía una pequeña procesión de miserables, que los miraron con ojos apagados, cegados por el dolor. Alrededor de ellos la ciudad corría. Y todos, incluidos los guardias, apartaban la mirada del carro de los parias, que no tenían derecho a un funeral. En él se apilaban las putas, los judíos y los actores, que estaban destinados a ser sepultados en tierra desconsagrada.

—Ayúdame a subirlo —ordenó Mercurio.

Cogieron a Ercole y lo pusieron en la plataforma del carro.

—Bendice a mi hija, sacerdote —suplicó una joven con los ojos hinchados por el llanto mientras besaba la mano de Mercurio y señalaba a un ser minúsculo e inanimado que iba en el carro, atrapado entre dos cadáveres rugosos, que parecían embalsamados.

Mercurio trazó una fugaz señal de la cruz en el aire. Después azotó a los burros.

—Zolfo, sube al carro y apriétale la herida —ordenó—. ¿Cuántas veces debo

repetírtelo?

Mientras avanzaban por la calle abarrotada, Benedetta se acercó a él y le dijo: — Gracias.

Mercurio no le contestó. Era él el que debía dar las gracias a la muchacha, pero no era capaz.

—Ten —dijo Benedetta.

Mercurio miró la mano de Benedetta. Apretaba el saco de tela con las monedas que mercurio había arrojado al comerciante. Cogió el dinero en silencio.

Benedetta tampoco dijo nada.

Dejaron a sus espaldas la iglesia de Santa Maria del Popolo y pasaron por debajo de la gran Puerta del Popolo, sujeta por las murallas de la ciudad en las que habían meado un sinfín de generaciones de romanos. Después de atravesar la calle Flaminia doblaron a la derecha, en dirección al río, y llegaron a un terreno más bajo, donde el hedor de los cuerpos en descomposición se hizo insoportable.

Ante sus ojos se abrían las fosas comunes.

Los muchachos de los muertos, según los llamaban en la ciudad, estaban esperando el carro. En cuanto lo vieron se pusieron manos a la obra, cada uno de ellos se colocó en su posición de trabajo. Pero cuando los más viejos reconocieron a Mercurio bajo la ropa del joven religioso se detuvieron. Lo miraban en silencio, como si no tuvieran valor para saludarlo, llenos de admiración. También Benedetta y Zolfo habían oído hablar siempre de Pietro Mercurio de los huérfanos de San Michele Arcangelo. Era famoso entre los niños de las fosas comunes en las que trabajaban los huérfanos que habían sido rescatados de los religiosos por unas cuantas monedas. Se decía que Mercurio era el único capaz de enfrentarse a Scavamorto. Y era uno de los pocos que se había marchado de allí.

Mercurio saludó a los más viejos.

—Bajemos a Ercole —dijo.

Los chicos subieron a toda prisa al carro. Bajaron a Ercole, que cada vez estaba más pálido, y lo metieron en una burda camilla, hecha con dos palos de madera revestidos de una tela sucia.

—Llevadlo a la chabola —ordenó Mercurio.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Volved a descargar el carro, ablandahigos! —gritó una voz de barítono.

Los chicos que estaban ayudando a Mercurio se encogieron instintivamente.

—Está herido, Scavamorto —explicó Mercurio sin mostrar el menor temor por el hombre alto y delgado, vestido de manera llamativa, que llevaba un cuchillo curvado, al estilo turco, metido en una funda naranja anudada al cinturón, bajo una casaca morada.

Scavamorto irguió la cabeza y al verlo su expresión de crueldad se transformó en

una sonrisa aún más feroz.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó, y a continuación soltó una carcajada teatral—. Fray Mercurio, qué placer inesperado me causa su visita. —Se acercó sin dejar de mirarlo un solo momento. Y solo cuando llegó a su lado, superándolo en un palmo en estatura, se volvió hacia Ercole—. Ah, el idiota... —dijo a la vez que examinaba la herida—. Podéis llevarlo a la fosa —dijo dirigiéndose a los muchachos—. Está acabado.

Zolfo rompió a llorar.

—Ayúdalo —dijo Mercurio—. Cúralo.

—Por lo visto no me has entendido. Está acabado —respondió Scavamorto con una sonrisa velada, como si el hecho le procurase un sutil placer.

—Te puedo pagar —dijo Mercurio sosteniéndole la mirada.

El rostro enjuto de Scavamorto asumió una expresión grave.

—Chico, puede que hayas oído muchas leyendas sobre ti entre estos desgraciados y hayas acabado creyendo en ellas. —Le soltó el aliento a la cara—. No puedes comprar a Scavamorto, piojoso —silbó desenfundando el cuchillo—. Si quisiera tu dinero no necesitaría ganármelo. Podría quitártelo.

—Te lo ruego —dijo Benedetta.

Scavamorto la miró.

—El cura es él, de manera que es a él a quien corresponde rogar, ¿no? —dijo riéndose divertido de su juego de palabras.

—Te lo ruego —repitió Mercurio.

Scavamorto guiñó los ojos abriendo los orificios nasales, como si estuviera olfateando algo exquisito. Miró alrededor con ojos crueles, que parecían no ver a los niños que lo circundaban. Examinó de nuevo a Ercole, que había dejado de agitarse. Lo golpeó con los nudillos en la frente.

—Toc, toc, ¿hay alguien ahí? —Se rio cuando Ercole le respondió respirando desfallecido. A continuación repitió—: Está acabado. Tiradlo a la fosa.

—¡No! —gritó Zolfo abalanzándose sobre Ercole.

—Ayúdalo —dijo Benedetta a Scavamorto.

Scavamorto miró a Mercurio.

—Ayúdalo... por favor —dijo Mercurio sin un ápice de desafío en la mirada.

—Llévalo al cobertizo —ordenó Scavamorto.

Los niños de los muertos levantaron la camilla y se dirigieron al cobertizo, un gran edificio hecho de madera y piedra, que habían erigido sin ningún proyecto previo, a medida que iban necesitando más espacio.

Benedetta y Zolfo siguieron a la camilla.

Scavamorto escrutaba a Mercurio.

—Es inútil. Está acabado —le dijo cabeceando.

Mercurio no respondió.

—Tráeme un cuenco de pulpa de aquilea y de equiseto, y la pócima de centinodia —dijo Scavamorto—. ¿Recuerdas dónde guardo las medicinas?

—Recuerdo todo de ese sitio —contestó Mercurio. Acto seguido se volvió y corrió hacia un cobertizo más pequeño, que tenía una chimenea torcida.

—Muy bien, Mercurio —susurró Scavamorto, y luego se dirigió hacia el cobertizo de los muchachos. Ordenó que cortaran la camisa de Ercole y que dejaran la herida a la vista. La miró sin hacer el menor comentario.

Zolfo contenía el aliento, abrazado a Benedetta.

Scavamorto lo miró.

—Ve a trabajar si quieres cenar esta noche, enano —le dijo con dureza.

Zolfo hizo amago de hablar, con los ojos hinchados por el llanto y la rabia.

Antes de que pudiese pronunciar una palabra Scavamorto le dio una bofetada.

—Hay que descargar un carro —dijo—. A trabajar.

Benedetta atrajo a Zolfo hacia ella y le dijo al oído.

—Ve.

Scavamorto ya no los miraba. Hundió un dedo en la herida de Ercole. El demente gimió. Scavamorto sacó el dedo y lo olfateó. Sacudió la cabeza.

Zolfo salió del cobertizo llorando.

—Ve a trabajar tú también —dijo Scavamorto a Benedetta.

La niña inclinó la cabeza y salió. Al tropezarse con Mercurio en la entrada le dijo: —Lo odio.

Mercurio siguió adelante sin decir nada. Entregó a Scavamorto lo que le había pedido.

—¿Sabes dar la extremaunción, sacerdote? —preguntó Scavamorto riéndose. Incorporó a Ercole y le hizo beber un sorbo de pócima de centinodia. Acto seguido abrió el tarro que contenía la pulpa de aquilea y equiseto, cogió un poco con la punta de un dedo y untó con ella la herida. Ercole lanzó un nuevo gemido, pero más débil. Scavamorto apuntó el índice aún sucio de unguento y sangre hacia Mercurio.

—Es un despilfarro. No sé por qué lo hago. —Miró a Ercole—. No llegarás a mañana, lo sabes, ¿verdad, idiota?

Ercole tenía dibujada una sonrisa torpe en el rostro.

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos —dijo Scavamorto—. Tapadle la herida con un trapo para alejar a las moscas, y repartíos su ropa. Mañana lo tiraremos a la fosa. —Se levantó y se marchó.

Mercurio temblaba de rabia.

—Dadle una manta y si uno de vosotros intenta quitarle una sola prenda antes de que se muera se las verá conmigo —dijo con voz sombría. Salió y buscó a Zolfo. No lo vio. Se acercó entonces al carro que estaban descargando.

Cuatro muchachos, de los más fuertes, cogían los cadáveres —que habían desnudado antes las muchachas encargadas de recuperar la ropa destinada a la venta o a los huérfanos—, dos por los brazos y dos por las piernas, los balanceaban en el aire, como si fuese un juego, y una vez alcanzada la inercia necesaria los lanzaban al vacío. Los cadáveres aterrizaban con un ruido sordo en la fosa.

Mercurio se asomó. Vio a Zolfo al fondo del agujero. Esperaba que alineasen el cadáver que acababan de lanzar. Mercurio entró en la fosa y le quitó la pala de la mano.

—Ve a ver a Ercole —le dijo.

Zolfo se echó a llorar. Mercurio no lo consoló. Zolfo subió por el terraplén y desapareció. Mercurio, con la pericia propia del que conoce el oficio, mezcló la cal viva con la tierra. Trabajó hasta el anochecer, sin detenerse un solo momento, con un brío que le ayudaba a no pensar. Después volvió al cobertizo y comió un cuenco de sopa de col negra, acuosa, en la que flotaban varios trozos de cebolla deshechos.

Benedetta y Zolfo estaban sentados al lado de Ercole, que deliraba.

Mercurio salió del cobertizo y caminó lentamente por el *campo* de las fosas comunes mirando el interior de las mismas a la tenue luz de una luna menguante, velada por unas nubes sutiles.

—¿Sigues teniendo el viejo vicio, muchacho? —preguntó una voz a su espalda.

Mercurio se volvió hacia la figura enjuta de Scavamorto.

—¿Qué vicio?

—Cuando te compré a los frailes de San Michele Arcangelo pasabas horas mirando las fosas. Un día te pregunté por qué lo hacías y me contestaste que querías ver si encontrabas en una a tu madre —explicó Scavamorto sin el menor asomo de sarcasmo en la voz.

Mercurio no dijo nada, pero se puso tenso.

Scavamorto soltó una carcajada.

—¿No te acordabas?

—Déjame en paz —dijo Mercurio.

—Decías que aunque nunca la habías visto la reconocerías porque era tu madre.

—Fantasías infantiles —contestó lúgubre Mercurio.

—Puede ser. Pero lo más interesante era que la buscabas entre los muertos, y no entre los vivos. Tu rabia era formidable.

—Me importa un carajo, Scavamorto.

—¿Qué quieres decir? ¿Que ya no la buscas entre los muertos?

—No la busco y basta.

Scavamorto se volvió a reír, pero quedamente, sin la habitual maldad.

—Vamos... ¿Quién es tu madre, Mercurio? —Le apoyó una mano en la nuca sin apretar, a la manera de un padre, o de un maestro.

Mercurio no se rebeló. Sintió un nudo en la garganta.

—Era una dama... —empezó a decir, como si estuviese recitando un canto fúnebre—. Estaba triste y tenía un marido de mierda que viajaba por el mundo combatiendo en todas las guerras... De manera que ella acabó acostándose con un criado joven y apuesto, y se quedó embarazada. Antes de que volviese su marido se deshizo del bastardo y ordenó que matasen al criado...

—¿O?

—Mi madre era una criada triste que tenía un amo de mierda que nunca iba a la guerra y que la violaba todas las noches. Cuando supo que esperaba un hijo la despidió y la dejó en la calle. Ella me abandonó en el torno, acuchilló a su amo y la ahorcaron en la plaza del Popolo.

—¿O?

—Estoy harto de este juego, Scavamorto —dijo Mercurio apartándose de él—. Ya no soy un niño.

—¿O...?

—Mi madre... —Los ojos de Mercurio se velaron de tristeza.

—Era una huérfana... —sugirió Scavamorto.

—Y un cura se la folló... —dijo Mercurio—. Y por eso su hijo se vestía con esta estúpida sotana de cura.

Scavamorto se rio.

—O era...

—Basta. Es un juego de mierda...

—«Quién era mi madre» es un juego precioso —dijo Scavamorto—. Lo hago también con los demás huérfanos, pero ninguno es tan bueno como tú. Los muy imbéciles se obsesionan con una historia y no consiguen llegar muy lejos. Tú, en cambio, eres capaz de inventarte una madre distinta cada día.

—Scavamorto...

—No tienen fantasía...

—Hoy he matado a un hombre —confesó Mercurio de un tirón.

Scavamorto removi6 un poco de tierra con la punta de una bota.

—Me ahorcarán —añadió Mercurio en voz tan baja que ni siquiera él mismo se oyó.

Los dos se callaron. Las nubes, al deslizarse silenciosas por delante de la luna, hacían aparecer y desaparecer los cadáveres de la fosa.

Mercurio cerró los ojos y dijo:

—Tengo miedo.

—Lo comprendo —dijo Scavamorto.

—Tengo miedo de morir —repitió Mercurio.

Scavamorto cogió un puñado de tierra y lo tiró a la fosa.

—No es necesario que mueras, muchacho.

Mercurio no se volvió para mirarlo.

—Debes huir. Cruzar la frontera del Reino Pontificio.

—¿Y después?

—Siempre has sido el mejor de mis muchachos. —Scavamorto le dio pescozón—. Emprende una nueva vida. Es tu ocasión. ¿O crees que añorarás la alcantarilla que hay frente a la isla Tiberina?

—¿Sabías que estaba allí? —preguntó Mercurio maravillado—. ¿Por qué no viniste a buscarme? Me compraste...

Por toda respuesta, Scavamorto esbozó una sonrisa.

Mercurio bajó la mirada.

—Mañana por la mañana, al amanecer, me robarás un carro ligero. El de los dos caballos, el de los burros no, son demasiado viejos y lentos —dijo Scavamorto—. A esa hora Ercole estará ya muerto. Llévate también a esos dos.

—Ni siquiera los conozco...

—Deja ya de hablar como un imbécil —lo atajó Scavamorto—. ¿De qué te sirve hacerte el sentimental al contrario?

—¿Qué quiere decir sentimental al contrario?

—Uno como yo —contestó Scavamorto con ligereza—. El hecho de que uno viva sin nadie... no significa que no tenga necesidad de compañía. —Golpeó suavemente la frente de Mercurio con la punta del dedo índice—. Pero, si te acostumbras, mala cosa... porque después ya no puedes cambiar. Cambia, ahora que estás a tiempo. —Se volvió para regresar a su cobertizo—. Zolfo es lo que es. Un débil. Pero la chica es buena. Ha sobrevivido a la vida que le impuso su madre... A veces el hecho de ser abandonado en el torno puede ser una fortuna.

Mercurio permaneció en silencio.

—No sueltes el vestido de cura. Os servirá en caso de que os crucéis con algún bandido. Dirígete al Norte. No te quedes en el *campo*. Un estafador de ciudad como tú acabaría en un cepo de caza. Yo te veo bien en dos ciudades. Milán o Venecia. —Scavamorto se encaminó hacia su cobertizo, pero, tras dar dos pasos, se detuvo y volvió al lado de Mercurio—. Me olvidaba de un detalle. Yo dejo que me robes el carro, pero me tienes que pagar. ¿Cuánto tienes?

Volvieron a medirse, como siempre habían hecho.

—Un sueldo —dijo Mercurio.

—¿Un sueldo de plata? —Scavamorto escupió al suelo.

—De oro —dijo Mercurio.

Scavamorto lo miró fijamente.

—No basta, necesitas al menos tres.

—No los tengo.

—Memeces.

—Dos.

—Y el tercero lo ponen tus socios.

—Ellos no tienen un sueldo.

Scavamorto se rio.

—Eres un payaso. Seguro que les has dado su parte. Eres un timador honesto.

—De acuerdo, tres. —También Mercurio escupió al suelo—. Usurero.

La mano de Scavamorto se abrió delante de él, con la palma hacia arriba y los largos dedos de araña hormigueando en el aire. Mercurio metió una mano en la sotana y sacó tres monedas.

Como si hubiese vuelto a entrar en su personaje, Scavamorto dijo con su habitual voz maligna, cargada de veneno: —En cualquier caso, acabarán matándote, muchacho.

Mercurio lo miró. Esbozó una sonrisa.

—Gracias.

Scavamorto se marchó.

Mercurio oyó que abría la puerta de su cobertizo. Luego el silencio fue roto por un sonido obscuro, a caballo entre un eructo y un acceso de tos. Inmediatamente después Zolfo gritó: —¡No!

—La muerte se lo ha llevado antes de lo previsto —comentó Scavamorto—. Vete enseguida, muchacho. —Cerró la puerta.

Mercurio se estremeció en la oscuridad de la noche.

Se dirigió al recinto. Cogió por las bridas los dos caballos bajos y macizos que estaban ya atados al carro que usaba Scavamorto para recorrer las calles de Roma. Los llevó al cobertizo de los muchachos de los muertos. Entró.

—Ercole no acabará desnudo en la fosa —dijo en voz alta midiendo las palabras—. Era uno de nosotros.

Los muchachos de los muertos asintieron lentamente con la cabeza.

Solo se oía el llanto ahogado de Zolfo.

Mercurio se acercó a él y a Benedetta.

—Vosotros, venid conmigo.

Cuando el fraile predicador y su zarrapastrosa banda de campesinos hubieron pasado, Isacco indicó a Giuditta con un ademán que se quedara quieta.

—No lo seguirán hasta el fin del mundo —dijo.

De hecho, al cabo de una media hora vieron regresar a los campesinos, más tranquilos sin el predicador, y arrepentidos de haber perdido unas horas preciosas de trabajo por algo que no acababan de comprender.

—Ya verás que Venecia es una ciudad amiga de los judíos —dijo Isacco.

Reiniciaron el viaje costeando el camino del bosque, a la manera de los animales salvajes. Caminaron casi hasta el atardecer, en silencio, y solo se pararon una vez para comer un trozo de pan. Cuando anocheció Isacco explicó a su hija que el zorro no dormía en las posadas, sobre todo si había perros. Así pues, cortó varias hojas y ramas, construyó una especie de jergón cubierto e invitó a su hija a tumbarse a su lado.

—Cuanto más pegados estemos menos frío sentiremos —le dijo.

Al alba se levantaron ateridos y, tras cruzar el camino, volvieron por donde habían llegado la noche anterior, pero por el otro lado, donde el bosque era más tupido.

—Soy una estúpida —dijo Giuditta al cabo de un rato parándose—. Si no hubiese dicho a esa pobre mujer que eras médico ahora iríamos por el camino principal.

Isacco se volvió

—Soy una estúpida —repitió Giuditta furiosa, y se mordió con fuerza el labio inferior por miedo a echarse a llorar.

Su padre se acercó a ella con aire serio. Le aferró los hombros mirándola a los ojos.

—Sí —dijo.

Giuditta inclinó la cabeza atormentada.

Isacco le apoyó un dedo bajo la barbilla y la obligó a alzar la cara.

—Cometiste una estupidez. —La miró con sus ojos profundos—. Intenta comprenderlo. La gente como yo... quiero decir, los que viven como yo... bueno, la gente como yo quiere ser dueña de su destino y de sus engaños. ¿Lo entiendes?

—Sí, padre —asintió Giuditta—. Lo siento. —Hizo amago de arrojarle en sus brazos.

Isacco se lo impidió y la mantuvo distante para poder mirarla a los ojos.

—Te equivocaste. Eres una pésima compañera. —De repente se echó a reír de buena gana, con una ligereza que asombró a Giuditta—. Pero, por otra parte, hiciste una cosa extraordinaria que solo ahora, después de leguas y leguas de camino logro aceptar...

—¿De qué se trata? —preguntó Giuditta sorprendida.

La mirada de Isacco pareció perderse en un pasado remoto y en viejas emociones. Miró a su hija.

—Eres guapa, niña mía —le dijo—. Tan guapa como tu madre, que era una auténtica belleza. —Le acarició la cara—. ¿Sabes qué fue la cosa extraordinaria que hiciste?

—¿Qué? —repitió Giuditta.

—Me diste un futuro —dijo Isacco.

—¿Qué quieres decir, padre? —preguntó Giuditta confusa.

Antes de que Isacco pudiese responderle se oyó un ruido, constante, aunque aún indefinido, del que parecían emerger de cuando en cuando unos cantos. La tierra vibraba. El padre y la hija se guarecieron en la sombra.

Isacco apoyó un dedo en los labios y murmuró:

—Silencio.

Al cabo de un instante por una curva apareció una procesión de carros, caballeros e infantes. Algunos llevaban puesta la armadura, otros solo el protector de hombros, otros llevaban unas vendas manchadas de sangre, ciertos andaban con dificultad, el resto iba en los carros. Usaban las espadas y las lanzas como muletas. A los lados de los carros o de las sillas de los caballos colgaban ballestas y arcos, y las aljabas estaban llenas de flechas. No parecía que se estuvieran retirando después de una derrota, porque cantaban. Los caballeros tenían aire orgulloso. Cabalgaban sin abandonarse al balanceo del animal, erguidos a pesar de las heridas. A la cabeza de la columna se agitaban las banderas de la Serenísima.

—Venecianos —susurró Isacco.

Había una decena de carros, y entre los caballeros y los soldados a pie no sumaban más de cien. Isacco pensó que no era prudente pedirles si podían unirse a ellos hasta llegar a Venecia. No con una joven tan atractiva como compañera de viaje. Pensó que el deseo de festejar era, en ocasiones, peor que la rabia. Por eso permanecieron agazapados en el bosque y dejaron que los soldados se alejasen.

—Los seguiremos a distancia —dijo Isacco haciendo un ademán a su hija para que se moviese—. Una caravana de soldados es como una escoba en un suelo lleno de escarabajos, limpia el camino.

Salieron del bosque y atravesaron un *campo* cenagoso. Cuando llegaron al margen del camino vieron una piedra miliar de granito, cuadrada. La piedra indicaba que quedaban treinta y nueve millas para Venecia.

—Aún estamos lejos —afirmó Isacco. Notó la mirada extraviada de Giuditta—. *Hashem*, el Señor, el Santo Bendito, nos guiará.

Aún se oían los cantos de los soldados.

—Vamos —dijo Isacco.

Al echar a andar dos caballeros de la retaguardia emergieron de la nada y se acercaron a ellos al galope con la espada desenvainada. Detuvieron los caballos cuando estaban casi encima de Isacco, que retrocedió circunspecto sin caerse.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno de los caballeros.

—Me llamo...

—¿Por qué nos seguís? —lo interrumpió el otro caballero con aspereza.

—Nos dirigimos a Venecia y nos sentimos más seguros viajando detrás de las tropas de la Serenísima República, valeroso guerrero —explicó Isacco con un tono tan rígido que casi resultó pomposo.

Los caballeros se echaron a reír al oírlo.

—Es evidente que no sois venecianos, pese a que habláis nuestra lengua —dijo uno de ellos—. Tenéis la piel más oscura que la nuestra y el pelo y los ojos también oscuros. A primera vista diría que sois judíos. Tú, en especial, con esa barba de chivo. Pero no sois judíos, ¿verdad? No lleváis el gorro amarillo que prescribe la ley.

El caballero que había desenvainado la espada la dirigió hacia la bolsa de terciopelo de Isacco y enganchó el gorro. El otro caballero, que tenía la espada baja, con la punta hacia el suelo, se acercó con el caballo a Giuditta y la rodeó escudriñándola.

—No hagáis daño a mi hija —dijo Isacco palideciendo. Dio un paso hacia el caballo que pisoteaba inquieto el barro con los cascos y añadió—: Se lo suplico, caballero.

Riéndose, el soldado acercó la espada al trasero de Giuditta, como habría hecho un pastor para llevar de nuevo una oveja al rebaño, y rozó la falda suave de la joven, tejida por las viejas en los montes de la isla de Negroponte. Giuditta dio un brinco hacia delante y se quedó en el centro del camino, justo donde quería el caballero.

—Vamos —ordenó el otro soldado a Isacco. Pero lo dijo sin agresividad.

Los escoltaron hasta que alcanzaron la bandera de los heridos. Una vez allí los entregaron al capitán Andrea Lanzafame, un hombre apuesto de unos cuarenta años, fuerte, con los ojos claros y penetrantes, el pelo enmarañado por la guerra, y una barba puntiaguda. El capitán bajó del caballo y miró a Isacco a los ojos. Isacco pensó que era un hombre impaciente. Por eso consideró que le convenía responder en consecuencia, sin rodeos.

—¿Sois judíos? —preguntó el capitán.

—Sí, señor —respondió Isacco.

—¿Por qué no lleváis el gorro amarillo?

—Porque nos perseguían para matarnos.

El capitán Lanzafame lo observó en silencio, asintiendo ligeramente con la cabeza.

—¿Quiénes sois?

—Me llamo Isacco di Negroponte. —Se volvió hacia Giuditta, que lo miraba aterrorizada. Le sonrió imperceptiblemente. Le agradecía que hubiese dicho que era médico. Ella, tan parecida a H'ava, la mujer que la había dado a luz, la mujer a la que Isacco había amado con ternura. H'ava, cuya muerte se reprochaba. Mientras Isacco se acercaba a la niña en la taberna, se había vuelto hacia Giuditta, que lo observaba desde la penumbra del pasillo. Y le había parecido que su mujer, a través de esa hija extraordinariamente parecida a ella, lo bendecía. Giuditta había hablado por boca de H'ava. Y H'ava había dicho a Isacco que no lo consideraba culpable de su muerte y le había indicado su ocasión. Un nuevo destino. Sonrió y a continuación se dirigió al capitán.

—Me llamo Isacco di Negroponte, médico, conocedor de los humores internos y de la cerusa —dijo orgulloso.

—¿Eres sastre? —soltó de buenas a primeras el capitán Lanzafame.

—¿Sastre? —repitió perplejo Isacco.

—¿Cortas y coses? ¿Eres cirujano? —lo apremió el capitán.

Después de la invasión de los turcos el padre de Isacco se había visto obligado a realizar trabajos médicos más humildes, incluso cruentos, como los que se solían dejar en manos de los barberos o de los matarifes. E Isacco lo acompañaba siempre. El hijo que no tenía miedo de la sangre porque no tenía ni Dios ni conciencia.

—Sí, también soy sastre —asintió Isacco. Tuvo la impresión que el capitán lo miraba entonces con mayor respeto, a diferencia de lo que habría hecho cualquier otro médico o aristócrata.

—¿Tienes aquí tu instrumental, doctor? —le preguntó el capitán pasando de inmediato a tratarlo como un subalterno a sus órdenes.

—No... —dudó Isacco.

—En ese caso usarás el de Candia, el cirujano de *campo*, que murió de fiebre hace dos días —dijo el capitán. Después añadió—: Espero que no te traiga mala suerte.

Isacco volvió la cabeza hacia su hija.

—No le sucederá nada —dijo el capitán.

—¿Con todos estos soldados? —preguntó inquieto Isacco.

—Son mis soldados. Y yo soy su capitán —dijo el militar.

Isacco lo observó. Nadie mejor que un timador sabía leer el corazón de los hombres. Era una cualidad indispensable en un oficio a decir poco incierto y carente de reglas. Y la cara del capitán Lanzafame, dura y orgullosa, reflejaba un corazón sincero.

—Le creo —dijo Isacco.

—Está bajo mi protección —corroboró el capitán—. Ahora ve a ejercer tu oficio. En los carros están los niños que quieren volver a ver a sus familias. —Rodeó la boca

con las manos—. ¡Donnola!^[1] —gritó.

En menos que canta un gallo apareció un hombre pequeño, con una cabeza aún más pequeña y dos ojitos minúsculos que parecía, si no del todo una comadreja, sí un extraño animal, puntiagudo y calvo. Tenía tan solo un poco de vello rojizo sobre el labio superior y en la punta de la barbilla. La piel que le rodeaba los ojos estaba tan arrugada como un fruto seco, en tanto que en las mejillas imberbes era grasa y brillante. Parecía un niño viejo.

—Te presento al doctor Negrofonte. Dale el instrumental de Candia —ordenó el capitán—. Y oblígalo a escupir en él delante de los hombres para ahuyentar a la maldición de la fiebre que lo mató. Si se niega ordena que lo azoten o dale unas cuantas patadas en el culo, tú decides. Pero después de que lo hayas hecho, estarás bajo su mando. No le discutas. —Se volvió hacia Isacco—. Acamparemos aquí. Quiero que empieces enseguida. Sigue a Donnola.

Isacco se acercó a su hija.

—Gracias —le dijo.

—Padre... —empezó a decir Giuditta.

Pero Isacco la abrazó y la hizo callar. A continuación le susurró a un oído: —Cuando bajes de un barco o subas a un carro no te subas la falda y enseñes las piernas como sueles hacer.

—Espero que sepas usar la sierra —dijo el capitán.

Isacco siguió a Donnola, quien se encaminó al primer carro, del que emanaba un fuerte olor a podrido. La sierra, había dicho el capitán. «Gangrena», pensó Isacco.

—¡Tengo hambre! —gritó en ese momento el capitán.

Mientras subía al carro Isacco vio que el militar decía a un soldado: —Y también la muchacha tendrá hambre. Nada de cerdo. Moveos, encended el fuego.

Al sumergirse en la pila de cuerpos humanos que se amontonaban en el carro —cubierto por una tela desgarrada en varios puntos— Isacco pensó que si recitaba su papel hasta el fondo todo saldría a pedir de boca. Se sentó al lado del primer soldado —un joven que no debía de tener aún veinte años, con los ojos dilatados por el miedo—, le tocó la pierna destrozada por los cascos de un robusto caballo de guerra y observó las esquilas de hueso que amarilleaban ya, al igual que los bordes desgarrados de la herida. Sabía qué hacer. Su padre había sido un buen maestro. «Gracias, cabrón», pensó.

—Escupe en el instrumental para ahuyentar a la maldición —dijo Donnola a la vez que abría bajo su nariz un estuche de piel malgastado, tan grande como una maleta, y abarrotado de instrumentos quirúrgicos.

Isacco escupió sin vacilar y luego dijo en voz alta, de forma que todos los heridos del *campo* lo pudieran oír: —La maldición de la fiebre de Candia ya no existe.

Donnola puso una expresión de asombro.

—Los médicos se niegan siempre a hacer estas prácticas... —dijo en voz baja con desconfianza—. Las consideran contrarias a la ciencia.

—¿Así que no soy un médico? —le preguntó Isacco mirándolo fijamente sin bajar los ojos, con la seguridad que toda una vida dedicada a estafar le había enseñado a mostrar.

Donnola lo escrutó sin decir una palabra.

—Dale algo fuerte de beber, mejor aguardiente que vino, átaló bien y dame una sierra recta y una curva. Y calienta un hierro plano —dijo Isacco—. Hazlo cuando hayas decidido que soy un verdadero médico, claro está.

Donnola se estremeció, se inclinó sobre el estuche y sacó dos instrumentos.

—Sierra recta y sierra curva. A su servicio... señor médico.

Isacco empuñó los instrumentos. «Guía mis manos, H'ava, si es esto lo que deseas para mí», suplicó.

Mientras el capitán Lanzafame ofrecía a Giulia un trozo de pan y carne salada de buey, el grito del joven retumbó en el *campo* estremeciendo a sus habitantes.

Los cantos se interrumpieron por un instante, luego reiniciaron con renovado brío.

A la vez que mordía la pierna del muchacho con los dientes de la sierra, Isacco sintió que una violenta emoción estallaba en su interior. Las lágrimas le saltaron a los ojos y sintió una opresión en la garganta.

«Permanece a mi lado, amor mío», rogó mentalmente a su mujer. «Ayúdame».

Isacco pasó la mitad del día en el primer carro, después cambió al segundo. Las horas que pasaba inclinado sobre los heridos transcurrían idénticas, y todas eran terribles, medidas por las campanas del *campo* que, con sus quejosos tañidos, anunciaban las oraciones cristianas. Al anochecer Isacco no había dejado de cortar carne, serrar huesos, cauterizar amputaciones y hemorragias, componer fracturas, coser desgarros, sacar puntas de flecha, y aplicar emplastos en las heridas. Pero, por fin, acabó también en el segundo carro.

Tras bajar por la escalera de madera tambaleante seguido de Donnola, que llevaba el estuche con los instrumentos quirúrgicos, y salir al aire libre, frío, húmedo y cortante, Isacco se masajeó la espalda y la arqueó de cara al sol pálido, velado por la neblina. Su ropa estaba empapada de sangre.

Donnola llevó dos tazas de caldo caliente, dos salchichas y dos trozos de pan duro. Isacco cogió el caldo y el pan.

—Ah, es cierto, su religión le prohíbe comer cerdo —dijo Donnola—. No sabe lo que se pierde —añadió mordiendo la primera salchicha.

Isacco, acostumbrado a esos comentarios, asintió distraídamente con la cabeza, y mojó el pan en el caldo para reblandecerlo. Comieron de pie allí mismo, en silencio, soportando el frío. Después Isacco se forzó a respirar hondo dos, tres veces.

—Nunca prestamos atención, pero el aire huele bien —dijo. Se volvió a llenar los pulmones, como si pretendiese almacenar el aire puro antes de volver a sumergirse en el hedor de los carros—. Tengo que satisfacer una necesidad —añadió mirando a su ayudante.

Donnola le devolvió la mirada, inexpresiva. Luego, al ver que el médico seguía escrutándolo, dijo:

—Acomódese.

—¿No hay un retrete? —preguntó Isacco desconcertado.

Donnola abrió los brazos.

—El mundo es un retrete —dijo risueño y, dado que Isacco no se movía y seguía mirándolo, añadió indeciso—: ¿Es usted tímido, doctor?

Isacco se agitó y miró alrededor. Divisó un arbusto que quedaba bastante lejos del campamento y se encaminó hacia él.

Donnola se reía del pudor del médico.

—Hasta los mejores de nosotros cagan, doctor. No hay por qué avergonzarse —gritó.

Isacco no se volvió para contestarle. Llegó al arbusto, lo inspeccionó y se aseguró de que nadie pudiese verlo desde el campamento. Cuando consideró que estaba bien escondido se desabrochó la bata verde, se bajó los pantalones y los calzones de lana y

se agachó. En su cara, además de la expresión de esfuerzo, se dibujó otra de dolor. Isacco apretó los dientes. Cerró los ojos y redobló el esfuerzo. Emitió un leve gemido y a continuación exhaló un suspiro de alivio. Después, sin levantarse, metió las manos bajo su cuerpo y rebuscó en la tierra. Cogió un pequeño envoltorio y lo limpió en la hierba. Desató el lazo que lo cerraba. Era un intestino de oveja, en su interior guardaba cinco piedras preciosas que brillaron a la luz del atardecer cuando Isacco se las puso en la palma de la mano. Dos esmeraldas grandes, dos rubíes también de buen tamaño, y un diamante, más pequeño que las otras cuatro gemas, pero mucho más valioso.

En ese momento oyó un crujido en el bosque, próximo al arbusto. Se sobresaltó y se apresuró a esconder las piedras cerrando la mano. Miró alrededor alarmado. «¿Quién está ahí?», dijo. Aguzó de nuevo las orejas, pero no hubo más ruidos. «Habrà sido un animal», pensó Isacco, y se relajó. Acabó de hacer lo que debía, se limpió con unas hojas grandes y ásperas, volvió a poner las gemas en el intestino, ató fuertemente la cuerda y, por último, haciendo un poco de esfuerzo, metió de nuevo el precioso paquete donde nadie lo podría encontrar.

—¿Se siente mejor? —preguntó Donnola cuando lo vio regresar.

Isacco no le contestó, subió al tercer carro, escupió en el instrumental, anunció que la fiebre que había matado al cirujano precedente estaba exorcizada y se dedicó a los heridos.

El capitán Lanzafame subió al carro en plena noche. Iluminó la cara demacrada de Isacco con un farol.

—Ve a echarte —le ordenó—. No puedo evitar que la guerra mate a mis hombres, pero sí que lo haga un sastre medio dormido.

Como en sueños, Isacco acabó de vendar a un herido.

El capitán Lanzafame lo esperaba fuera. Le señaló el carro de los víveres.

—Tu hija está allí. Hay una manta y un calentador de carbón —dijo.

Isacco caminaba como un fantasma.

Cuando llegaron al carro el capitán Lanzafame añadió:

—Los hombres dicen que eres un carnicero.

Isacco bajó la cabeza.

Había serrado cinco piernas por la rodilla, una hasta casi la cadera —y el soldado no había superado la hemorragia—, dos brazos a la altura del codo y una mano. Había cortado una docena de dedos. Había usado los tres carretes de hilo para suturar las heridas y, después, cuando se habían acabado, había ordenado a Donnola que descosiera una camiseta para tener algo que enhebrar en la aguja curvada. A fin de cuentas, habían muerto tres y dos estaban en condiciones críticas.

—Dicen que eres un carnicero —repitió el capitán Lanzafame mirando en la oscuridad de la noche—. Pero dentro de unos días, cuando vuelvan a abrazar a sus

familias, se darán cuenta de que les has salvado el pellejo —añadió con una mueca de satisfacción—. Vete a dormir. Te lo has merecido.

Isacco miró al capitán agradecido. No dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza. Después, subió pesadamente los tres peldaños que llevaban al interior del carro de los víveres. Abrió la puerta. Giuditta estaba iluminada por una pequeña lámpara de aceite. Se despertó sobresaltada. Al verlo gritó, dio un salto y se refugió entre dos cajas.

—Soy yo, tu padre —dijo Isacco.

—Parecías un soldado —dijo Giuditta, que, pasado el susto, sentía admiración por el hombre manchado de sangre, como un héroe—. He guardado un poco de carne para ti, pero no es pura —le dijo—. Túmbate, estarás cansado.

Isacco se echó en el jergón, casi desfallecido, y agradeció la manta tibia y la estufa. Giuditta le dio el trozo de buey seco. Isacco se llevó la carne a la boca e intentó masticarla, pero se durmió al instante. Giuditta le sacó el trozo de carne de la boca y lo abrazó.

Isacco se despertó al alba.

—Tengo que marcharme —dijo a su hija. Se levantó y se asomó fuera del carro.

Donnola estaba ya allí, sentado en la escalera, envuelto en la manta de un caballo y con la cabeza apoyada en la maleta del instrumental. Se puso de pie de un salto, cogió dos tazas de vino, dos trozos de pan, una salchicha de cerdo y un pedazo de buey, y desayunaron.

Después subieron al tercer carro para acabar el trabajo que habían dejado pendiente. En esas pocas horas uno de los heridos había muerto desangrado.

—Habría podido salvarlo —dijo Isacco quedamente.

Donnola tapó la cara del muerto y ordenó a dos soldados que llevaran el cadáver al carro de los difuntos.

—Devolvemos a los venecianos a sus familias para que tengan una sepultura cristiana —le explicó.

—Amén —susurró un soldado en un rincón.

Los heridos de ese carro estaban menos graves. Isacco solo usó la sierra con el soldado que había dicho «Amén», que sobrevivió.

Hacía ya un poco que había sonado la hora novena cuando Isacco y Donnola acabaron con el tercer carro. Cansados e intoxicados por el olor a la sangre y a los excrementos de los heridos, salieron al aire libre. Todo estaba en penumbra. El sol, próximo al ocaso, ya no podía horadar la espesa capa de nubes, de manera que se estaba alzando una neblina molesta. El *campo* tenía un aspecto espectral. Los carros y las figuras humanas aparecían velados. Los hombres habían dejado de cantar.

En ese silencio denso retumbó de pronto un gemido, seguido de un grito:

—¡Ah! ¡Te he pillado, asqueroso ladrón!

Isacco y Donnola dieron un paso hacia el lugar de donde procedía la voz.

—Es el cocinero —explicó Donnola.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —vociferó un niño. Su voz sonaba más rabiosa que asustada.

A escasa distancia del carro de los víveres y del gran tonel barrigudo y abierto que contenía el buey con sal y que estaba cerca de una hoguera, Isacco y Donnola vieron a un hombretón que agarraba por el cogote a un chico esquelético, bajo, con el pelo largo y sucio, y la tez amarillenta.

—¡Estate quieto! —ordenó el cocinero al chico. Pero este se revolvía como un obseso tratando de desasirse y le dio una patada en una espinilla. El cocinero, con la mano que le quedaba libre, le asestó una sonora bofetada. En el aire espeso se oyó el gemido del niño.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán Lanzafame, alertado por el ruido.

Giuditta se asomó desde el carro de los víveres. Vio a su padre a lo lejos y sonrió. No bajó la escalera. El capitán le había ordenado que se quedase en el carro y que no deambulase por el campamento. Una joven guapa como ella paseando entre la tropa podía causar problemas.

—Me había parecido verlo, capitán —explicaba el cocinero—. Y ahora he confirmado mis sospechas. Tenemos un ladronzuelo.

El capitán Lanzafame miró al crío. Le salía sangre por la nariz.

—Suéltalo —ordenó al cocinero.

El hombretón sintió la tentación de replicar, pero obedeció. Soltó al chico. El pequeño saltó de inmediato, listo para escapar. Pero el capitán Lanzafame esperaba que lo hiciese, de manera que, con la velocidad del rayo, se inclinó, alargó un brazo, como si estuviera clavando la espada, y golpeó al chico en la pierna que este había levantado para echar a correr. Eso bastó para hacerle perder el equilibrio. El niño hizo una pirueta y cayó al suelo. El capitán se abalanzó sobre él, lo aferró por el pecho y lo levantó sin hacer el menor esfuerzo. Luego lo dejó de nuevo en tierra, como si lo estuviese plantando.

—No te muevas —le ordenó. Su voz era firme y autoritaria.

El niño se quedó inmóvil.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el capitán.

El muchachito apretó los labios y miró en derredor.

—¿Cómo te llamas? —repitió el capitán en tono más agresivo.

—Se llama Zolfo —dijo una voz a su espalda.

Un sacerdote emergió de la oscuridad, lucía una larga sotana negra con botones rojos, y un corazón sangrante y aprisionado por una corona de espinas bordado en el pecho. Iba tocado con un sombrero negro y brillante, que se quitó al acercarse. Detrás de él iba una chica bastante joven y radiante con un vestido verde. El capitán notó la

piel, blanca como el alabastro, y la larga melena cobriza.

—¿Quién eres? —preguntó el capitán Lanzafame al ver que el sacerdote era sumamente joven.

—Me llamo Mercurio de San Michele —respondió el joven acercándose al capitán sin temor alguno. Acto seguido señaló a Zolfo—. Perdónelo, no ha podido resistir el hambre. Llevamos andando todo el día y la niebla nos ha impedido encontrar una taberna. Unos bandidos nos robaron los caballos y el carro, es un milagro que sigamos con vida y...

—¿Eres sacerdote?

—No, soy un *novizium saecolaris*, un prometido a Cristo Nuestro Señor —respondió Mercurio sonriendo—. Y además soy el secretario de su ilustrísima señoría el obispo de Carpi, monseñor Tommaso Barca di Albissola, que nos espera en Venecia para ver a estos dos pobres hermanos de la pía obra de los huérfanos de San Michele Arcangelo, a los cuales...

—En Venecia no conozco a ningún obispo que responda a ese nombre —dijo el capitán con desconfianza.

—Porque reside en Carpi —contestó al vuelo Mercurio—. Pero en este momento su ilustrísima señoría está de visita en Venecia y debemos reunirnos con él allí.

El capitán lo escudriñaba en silencio.

—Tenemos dinero para pagar la carne que este muchacho os ha robado —añadió Mercurio.

El capitán Lanzafame no pareció interesado por la cuestión.

—¿Y por qué tu obispo está tan ansioso por ver a estos dos huérfanos? —preguntó, en cambio.

—Bueno... es un asunto... eclesiástico —contestó Mercurio—. Y privado.

El capitán Lanzafame no le quitaba los ojos de encima.

—Estás diciendo que esos dos son los bastardos del obispo —dijo el cocinero riéndose, secundado por el resto de los soldados.

El capitán fulminó a sus hombres con la mirada.

—¿Quién de vosotros conoce con certeza a su padre? —preguntó—. Y, pese a ello, yo nunca os he llamado bastardos.

Los soldados bajaron la mirada.

Los ojos azules del capitán Lanzafame buscaron por un instante a la muchacha del cutis de alabastro.

Benedetta no le sonrió, si bien lo miraba con respeto.

El capitán se dirigió de nuevo a Mercurio. Parecía más relajado.

—Deberíais haber sido más prudentes y habernos pedido la comida. Como mucho os habríais arriesgado a que os la negáramos, pero no a la muerte. Os podríamos haber confundido con unos espías o con enemigos, ¿os dais cuenta?

—No sabíamos si en esta parte del mundo las personas son temerosas de Dios o bárbaras —dijo Mercurio.

—¿Bárbaras? —El capitán Lanzafame se rio—. Me pareces algo confuso, muchacho. —Después se volvió hacia el cocinero—. Dales algo de comer. —Hizo amago de marcharse, pero enseguida se detuvo, retrocedió y apoyó una mano en un hombro de Mercurio para hacer un aparte con él—. ¿Eres cura o no?

—Aún no, excelencia.

—Sea como sea, mis hombres se sentirán reconfortados si alguien los bendice —dijo el capitán Lanzafame—. Se debaten entre la vida y la muerte y ven fantasmas. Están asustados, sienten el aliento del demonio en el cuello. Bendícelos y absuélvelos de sus pecados. Digo yo que sabrás alguna oración, ¿no?

—Sí, excelencia.

—Y deja de llamarme excelencia, soy un capitán de la Serenísima.

—Sí, capitán.

Lanzafame sonrió. El joven religioso le gustaba. Pensó que era un desperdicio que un muchacho así se dedicase al sacerdocio. Pero no era asunto suyo.

—Donnola —gritó. Cuando apareció el hombrecillo le ordenó—: Acompaña al cura.

—Venga, padre —dijo Donnola. Pero luego pensó que era demasiado joven—. Quiero decir, hijo...

—Llámalo sacerdote, Donnola —dijo el capitán—. Si no dentro de poco lo llamarás Espíritu Santo.

Los soldados se rieron. Donnola y Mercurio subieron al carro donde Isacco se había puesto ya manos a la obra.

Mercurio se arrodilló al lado de un hombre al que estaba curando el médico y se puso a rezar.

—Te suplicamos, oh arcángel Miguel, que junto a todo el coro de los arcángeles y con los nueve coros de ángeles, cuides de este hombre en la vida presente para que, permaneciendo bajo tu protección, vencedor de Satanás, llegue a gozar de la divina bondad contigo, en el Santo Paraíso.

—Amén —susurró el herido con el rostro más sereno—. Gracias, padre.

Acto seguido Isacco se levantó y se acercó a otro soldado, que estaba inconsciente. Mercurio se arrodillo a su lado.

—Lo haces muy bien, muchacho —susurró Isacco a Mercurio—. Pero tengo buen ojo y sé que no eres lo que aseguras ser.

Mercurio lo miró inquisitivamente, con cierta tensión.

—Eres un estafador —prosiguió Isacco en voz baja.

Mercurio no contestó, se limitó a mirar al médico.

—Pero no diré nada —continuó Isacco—. Estos desgraciados necesitan un

sacerdote.

—Gracias —dijo Mercurio. Su rostro se iluminó con una leve sonrisa—. Estaba en el bosque cuando se apartó para hacer sus necesidades corporales —dijo.

Esta vez fue Isacco el que lo miró en silencio.

—Y yo tampoco diré nada. —La sonrisa de Mercurio se ensanchó—. Estos desgraciados necesitan un médico.

Isacco escrutó al joven timador. La suya no era una amenaza. Servía simplemente para dejar bien claro que no era idiota, al contrario. Isacco soltó una risotada.

Mercurio se rio con él.

—¿Por qué se ríen? —preguntó Donnola.

Isacco y Mercurio no le contestaron. Se miraban a los ojos y se reconocían, divertidos.

—Vamos, hagamos nuestro trabajo —dijo después Isacco.

—Sí —asintió Mercurio—. Hagamos nuestro trabajo.

Benedetta y Zolfo habían sido llevados al carro de los víveres.

—No vaguéis por el campamento —les había dicho el capitán Lanzafame a los dos, aunque mirando solo a Benedetta.

La chica había asentido con la cabeza. El capitán se había alejado y los dos muchachos habían subido la escalera.

El carro era grande, todo de madera, incluso las paredes y el techo. La luz diurna se filtraba tímidamente por los dos ventanucos que había a los lados. Parecía una pequeña casa semoviente. Por todas partes se amontonaban unos toneles oscuros y cajas. En el centro había una gigantesca tinaja de terracota espesa, sujeta por una jaula de cuerda áspera atada a cuatro palos clavados en el suelo y el techo. En tiempos de guerra el vino se protegía más que la comida.

Benedetta y Zolfo miraron alrededor y entrevieron a Giuditta entre dos hileras de cajas. La joven los miraba también, sonriendo vacilante. Después dio un paso hacia delante y cogió un plato abollado de metal fino. Se lo tendió a los dos recién llegados.

—Buey salado y pan negro —dijo—. Comed. —A continuación, a la manera de una buena ama de casa, les señaló los dos jergones improvisados en el suelo—. Tenemos también un calentador. Sentaos.

Benedetta esbozó una sonrisa.

—¿Quién eres?

—La hija del médico.

—Tengo hambre. —Zolfo se arrojó sobre el plato y se sentó al lado del calentador. Mordió la carne salada—. ¿No hay salchichas? —preguntó con la boca llena alzando los ojos hacia Giuditta.

La joven se encogió de hombros.

—¿No tienen salchichas? —insistió Zolfo.

—No lo sé —respondió Giuditta encogiendo de nuevo los hombros.

—¿Que eres judía? —preguntó Zolfo riéndose a la vez que hundía la cabeza en el plato. Pero después se detuvo y miró fijamente a la joven, que tenía una expresión seria y los ojos oscuros más abiertos de lo habitual. La mirada de Zolfo recorrió rápidamente el carro al mismo tiempo que dejaba de masticar. Al ver dos bolsas de viaje, dejó el plato, se extendió hacia la de Isacco y sacó un gorro amarillo. Se levantó con él en la mano. Escupió lo que estaba masticando. —Eres judía —dijo con agresividad acercándose a Giuditta con el gorro tendido hacia ella—. ¡Eres judía! —repitió casi gritando, y se lo tiró.

Giuditta retrocedió asustada.

—¿Qué te pasa, Zolfo? —preguntó Benedetta asombrada.

—¡Sois unos pedazos de mierda! —espetó Zolfo a Giuditta—. ¡Asquerosos

judíos!

—¡Zolfo, cálmate! —Benedetta se interpuso entre él y Giuditta. Lo miró a los ojos. Eran los ojos de un loco y estaban cargados de odio—. ¿Qué te ocurre?

—¡Mataron a Ercole, eso es lo que me ocurre! —gritó Zolfo dándole un empujón para poder acercarse a Giuditta.

Benedetta se interpuso de nuevo entre ellos.

—Ella no ha hecho nada —dijo alzando la voz para que su amigo razonase.

—¡Son unos asesinos! ¡Asquerosos judíos! —gritó Zolfo.

La puerta del carro se abrió de improviso.

—¿Qué sucede? —preguntó el capitán Lanzafame.

Zolfo se volvió de golpe.

—¡Es una judía!

—Cálmate, jovencito —dijo el capitán tirando de él—. Cálmate.

Zolfo lo miró sin verlo.

—¡Es una judía! —repitió—. ¡No quiero estar en un carro donde hay judíos asquerosos!

El capitán Lanzafame miró a Benedetta. Cogió a Zolfo y lo bajó a rastras del carro. Le dio un empujón.

—En ese caso dormirás al aire libre —le dijo en tono autoritario—. No quiero problemas. Y cuando nos pongamos en marcha nos seguirás a pie.

Mercurio e Isacco se asomaron desde su carro. El joven se aproximó al capitán corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó. Acto seguido se volvió hacia Benedetta, que estaba en la escalera del carro de los víveres y tenía una expresión indescifrable.

Isacco lo había seguido.

Zolfo lo apuntó con un dedo.

—¡Es un judío, Mercurio! —Tras escupir con rabia al suelo añadió con voz trémula—: ¡Mataron a Ercole! —Al final estalló en un llanto irrefrenable, que lo sacudía como una tormenta.

Benedetta corrió a abrazarlo y lo estrechó contra su pecho. Mercurio no sabía qué hacer. Miró primero a Isacco, después a Giuditta y por último al capitán Lanzafame. Luego abrió los brazos.

—Era amigo suyo... —dijo quedamente, pese a que era consciente de que su frase no significaba nada para esa gente. Desde que habían dejado las fosas comunes Zolfo nunca había llorado. Había subido al carro de Scavamorto y el frío de la noche le había congelado las lágrimas en las mejillas. Y puede que también en el corazón. A partir de ese momento no había vertido una sola lágrima ni había dicho una palabra sobre Ercole—. Se le pasará enseguida —dijo al capitán, que aguardaba en silencio irguiendo su cuerpo imponente.

Lanzafame sacudió la cabeza y apuntó a Zolfo con un dedo.

—No quiero problemas, chico. ¿Me has entendido? En caso contrario te tiraré de aquí a patadas en el culo —dicho esto se alejó.

Benedetta empujó a Zolfo a un lado. El muchacho no podía dejar de llorar. Mercurio dio un paso hacia ellos, pero Benedetta lo detuvo con un ademán de la mano.

Entonces Mercurio se volvió hacia Isacco.

—Lo siento —le dijo. Miró a Giuditta. Su mirada era de orgullo, tenía las cejas ligeramente arqueadas en una expresión que era casi de desafío.

Isacco subió los peldaños y la abrazó.

Si bien tenía frío y estaba cansado, Mercurio se alejó y deambuló por el campamento solo. Al final, tras coger una salchicha y un trozo de pan negro, se sentó en una barrica vacía, tirada en el campamento, al otro lado del camino. Oyó unos pasos a su espalda, pero no se volvió.

—¿Te apetece beber algo, medio cura? —le preguntó el capitán Lanzafame. Llevaba en las manos dos jarras de metal llenas de vino.

—Sí —dijo Mercurio.

—Todos los curas beben —comentó risueño el capitán mirando hacia delante, hacia el bosque, que se estaba transformando en una quebrada mancha negra.

—Pues sí...

—La sangre de Cristo —prosiguió el capitán sin dejar de reírse, y de un sorbo bebió más de la mitad de su jarra. A continuación chasqueó los labios—. No te ofendas, medio cura. Soy un soldado, mi oficio me obliga a reírme de todo. No tengo nada contra ti ni contra la Iglesia.

Mercurio sonrió y bebió.

—¿Puedes controlar a ese chico?

Mercurio asintió con la cabeza, pese a que no estaba mínimamente convencido.

—Mañana nos pondremos en marcha y pasado mañana estaremos en Venecia —dijo el capitán—. Y, con todo el respeto por tu voto de castidad, medio cura, lo único que necesito para recuperarme es una cama y una mujer. —Se rio. Un instante antes de marcharse dijo—: El médico ha terminado. —A continuación, con voz seria y queda, añadió—: No soportaba más sus gritos. No sé por qué, pero es distinto que en la batalla. —Dio una brusca palmada en la espalda a Mercurio y se dio media vuelta para marcharse.

—Capitán... —dijo Mercurio como si las palabras salieran solas por su boca—, ¿qué se siente cuando se mata a una persona? —La voz de Mercurio temblaba imperceptiblemente.

—Nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera la primera vez?

—No me acuerdo. Ha pasado demasiado tiempo. ¿Por qué?

—Por nada...

El capitán lo observó en silencio.

—¿Tienes algo que decirme?

Mercurio sentía la necesidad de compartir su pesar con alguien, pero el capitán era un soldado y podía arrestarlo.

—¿Hay alguna razón especial por la que decidiste vestir la sotana, muchacho?

Mercurio respiró hondo. El capitán no era la persona adecuada para confiarse. Giró en la mano la jarra de vino, titubeante.

—Mi madre era... una borracha. Cuando le creció la barriga no recordaba quién era mi padre. Me entregó a los curas... por eso me hice cura. No conozco otro oficio. Eso es todo.

El capitán lo miró atentamente. Asintió con la cabeza y se marchó.

Mercurio se quedó solo. El poco vino que había bebido se le había subido a la cabeza. Sentía el estómago revuelto, así que se apresuró a comerse el último trozo de salchicha y el pan negro. Entornó los ojos. En la oscuridad emergieron las imágenes de los soldados heridos, el olor a sangre, la carne cortada y recosida, sus miradas, más de asombro que de dolor, el miedo a la muerte que se leía en sus ojos. Se levantó de golpe. No quería quedarse solo en el campamento. Se acercó a paso resuelto al carro de los víveres.

Encontró a Benedetta y Zolfo a los pies de la escalera.

—¿Te has calmado? —preguntó a Zolfo sin el menor asomo de reproche.

Zolfo lo miró. Tenía los ojos enrojecidos. Parecía, más que nunca, un niño.

—No quiero dormir con esos judíos —dijo—. Odio a los judíos.

Mercurio se metió en el carro.

—Te cojo una manta. —Cuando se asomó por la puerta con la manta en la mano dijo a Benedetta—: El capitán no quiere que estés fuera, sobre todo por la noche.

Benedetta asintió con la cabeza.

—Voy enseguida.

Mercurio miró a Zolfo.

—Buenas noches.

Zolfo sorbió por la nariz, cogió la manta y se la echó a los hombros.

Mercurio le ofreció también la jarra de vino.

—Te ayudará a entrar en calor.

Zolfo cogió la jarra y le entraron de nuevo ganas de llorar, pero se contuvo y apuró el vino de un sorbo. Tosió.

Mercurio entró en el carro. El aire era tibio y olía a comida. Miró a Isacco y a su hija, que se había aovillado en brazos de su padre.

—Partimos mañana —dijo a Isacco, pero su mirada se desviaba siempre hacia la

muchacha. Jamás le habían interesado las mujeres, los adultos decían que solo traían problemas. Pero esa chica tenía algo que lo atraía irremediabilmente.

—Bien —dijo Isacco.

—El capitán ha dicho que dentro de dos días estaremos en Venecia —añadió Mercurio para romper el violento silencio que se había producido después. O puede que con la única intención de sonreír a la joven. Si bien sabía que no la había visto en su vida, habría jurado que en su corazón la conocía.

—Bien —repitió Isacco.

Mercurio se tumbó en el jergón y se tapó.

«Las mujeres solo causan problemas», pensó tratando de mantener los ojos apartados de la hija del médico.

—Coge el calentador para tu amigo —le dijo Isacco.

La puerta del carro se abrió. Mercurio se incorporó apoyándose en un codo.

—Lleva el calentador a Zolfo —dijo a Benedetta.

Benedetta lo cogió y se lo pasó a Zolfo, que se había acurrucado en los peldaños como un perro.

—No quiero nada de esos judíos —le dijo.

—La idea es de Mercurio, imbécil —dijo Benedetta.

A continuación cerró la puerta. Miró alrededor. No sabía dónde tumbarse. Las noches anteriores había dormido siempre abrazada a Zolfo y Mercurio se había quedado siempre a cierta distancia de ellos. Pero Zolfo estaba fuera y no sabía dónde dormir. Notó que la hija del médico miraba a hurtadillas a Mercurio. Así que se sentó al lado de él, como si pretendiese dejar bien claro que era suyo. Pero ese simple gesto le hizo sentir algo que no quería pensar. Tuvo miedo de que Mercurio la echase de allí, de manera que se apartó y se arrebujó en la manta.

—Buenas noches a todos —dijo apresuradamente.

—Buenas noches —le respondieron los demás, uno tras otro.

Isacco sopló el farol y el carro se sumió en la oscuridad.

A Mercurio le habría gustado decirle que lo dejara encendido, pero no quería que lo tomaran por un niño. No cerró los párpados. Sabía adónde llevaban las imágenes espeluznantes de los soldados heridos. Abrió bien los ojos y miró fijamente el ventanuco que tenía delante de él con la esperanza de que la débil luminiscencia de la noche aclarase la oscuridad. En cualquier caso, no pudo detener los pensamientos que poblaban su mente. Además, mientras trataba de resistir, se formó ante él la imagen que trataba de rehuir desde hacía varios días. Vio la garganta del comerciante desgarrándose. Oyó el ruido viscoso de la hoja penetrando en la carne y el crujido de la tráquea al romperse. Se sentó de golpe apretando los puños. No sabía cuánto tiempo había pasado. A su derecha Benedetta respiraba con regularidad. Dormía. Y le pareció que también el médico y su hija respiraban profundamente.

—¿No puedes dormir? —susurró Isacco.

—¿Y usted? —respondió Mercurio al cabo de un instante.

—No —contestó Isacco.

Siguió un largo silencio. Después Mercurio oyó un crujido. En unos segundos Isacco estaba a su lado.

—Tu amigo, el que se ha quedado fuera, ¿conoce mi secreto? —dijo Isacco bajando la voz todo lo que pudo.

Mercurio no respondió enseguida.

—No se preocupe —dijo.

—Eso no es ni un sí ni un no.

—Somos unos ladrones y unos estafadores —dijo entonces Mercurio—. Como ustedes. A ninguno nos conviene que nos descubran.

—Pero nosotros somos judíos —apuntó Isacco.

Mercurio sabía lo que eso significaba. Y tenía razón. Sentía una gran simpatía por ese hombre.

—No sabe nada de su tesoro, puede estar tranquilo... doctor.

—Gracias —dijo Isacco, y volvió a tumbarse—. Venecia —dijo al cabo de un instante con voz soñadora.

—Sí... Venecia —repitió Mercurio.

Pero esta palabra no significaba nada para él.

Shimon Baruch abrió los ojos.

Se sintió perdido. No sabía dónde estaba.

Luego recordó.

Desde hacía una semana, todas las mañanas le sucedía lo mismo. Desde que se había despertado. Desde cuando, como decían los médicos y su mujer, *Hashem*, el Omnipotente, el Santo Bendito, había decidido salvarlo. Se despertaba y no sabía dónde estaba ni quién era. Él, que siempre había sabido todo, hasta el menor detalle. Él, que había llevado una vida mínima, procurando no llamar la atención, no tener problemas. Él, desde hacía una semana, se despertaba y no se reconocía. Porque algo radical se había producido en su interior. Algo que Shimon Baruch no lograba dominar. Y apenas recordaba quién era y dónde estaba aparecía en su mente la imagen del chico que le había engañado y robado. La cara delgada, el pelo oscuro y los ojos negros, la sonrisa descarada. Y después Shimon veía resplandecer la hoja de la espada. Y una sensación sombría, pesada como una capa lo envolvía forzando un poco más todavía la transformación que se estaba operando en él desde hacía una semana.

Shimon se movió lentamente en la cama. A su lado oía la leve respiración de su esposa. Apenas esta se daba cuenta de que estaba despierto se apresuraba a ponerse de pie, le preparaba el desayuno, lo colmaba de atenciones, lo lavaba, lo afeitaba. Y no dejaba de hablar y de llorar ni un solo momento.

Pero Shimon Baruch tenía ganas de estar solo.

Sobre todo esa mañana. Porque, tal vez, iba a ser la última mañana como hombre libre. A la mañana siguiente se iba a celebrar la primera audiencia del proceso contra él. Apenas habían considerado que estaba en vías de curación el hacha de la justicia había caído sobre él. Si no estaba ya en la cárcel de Curia Savella era porque el abogado que se ocupaba de su defensa tenía buenas relaciones. Y por estos privilegios se hacía pagar sustanciosamente.

Pero las relaciones, fuesen cuales fuesen, no iban a poder salvar a Shimon de la condena. Y Shimon lo sabía. Era un judío, armado y acusado de homicidio. Poco importaba que le hubiesen robado. En sus mismas condiciones, un cristiano podía cometer una masacre y beneficiarse después de los atenuantes. Porque el cristiano mataba a un delincuente. Él, en cambio, al ser judío, había matado a una oveja del rebaño y el Sumo Pastor se lo haría pagar muy caro. El abogado decía que se las arreglaría con cuatro o cinco años de prisión y una sanción pecuniaria más que elevada. «Se las arreglaría», esas habían sido sus palabras.

—¿Llevas mucho tiempo despierto, marido mío? —le preguntó su mujer, que estaba a su lado, al ver que tenía los ojos abiertos.

Shimon no la miró. Contuvo un gesto de irritación.

—¿Qué quieres comer hoy para recuperar las fuerzas? —prosiguió su mujer levantándose de la cama y meando en el orinal.

Shimon no movió un solo músculo.

—¿Arenque, pan ácimo? ¿O prefieres otra cosa? —La mujer del comerciante se bajó el camisón y tiró el contenido del orinal por la ventana. Dio la vuelta a la cama y se detuvo frente a su marido—. ¿Entonces? Dime.

Shimon la miró. Le habría gustado decirle que se fuese al infierno. Le habría gustado decirle que se ahogase con el arenque y el pan ácimo. Le habría gustado decirle que no quería ir a la cárcel, que no sabía cómo pagar al abogado ni la sanción que lo esperaba. Le habría gustado soltarle un chorro de palabras.

Pero no podía.

Porque Shimon Baruch se había quedado mudo cuando la hoja de la espada se había clavado en su garganta.

Se levantó de la cama y se encaminó hacia la mesa, donde su esposa había organizado un escritorio, al igual que en el resto de habitaciones de la casa, con pergamino, una pluma de oca y un tintero siempre lleno. Porque Shimon Baruch solo podía comunicarse ya de esa forma.

«Caldo», escribió.

Su mujer entró a toda prisa en la cocina dando órdenes, agitada, a la criada.

Shimon se tocó el cuello. La venda aún estaba mojada de sangre. Se puso delante de un espejo de azogue. Se miró.

Su mujer regresó a la habitación.

—Ahora te ayudaré a vestirme, marido mío. Pero antes te ayudaré a lavarte. Y si quieres te ayudo también a rezar. —Se acercó a su espalda y se echó a llorar—. ¿Qué haremos, marido mío? Menudo drama. ¿Por qué tuvo que ocurrirnos esto? ¿Qué mal hemos hecho? ¿Por qué *Hashem* ha decidido ponernos a prueba? —Lo abrazó.

Shimon la apartó con rabia. Abrió la boca para gritar con todo el aliento que tenía en la garganta, pero solo emitió un silbido. Terrible. Más temible que cualquier grito. La sangre de la venda aumentó. Shimon se la arrancó. Volvió a gritar hasta que las venas del cuello se hincharon. La herida salpicó de sangre el espejo.

—No, marido mío... —lloriqueó la mujer.

Shimon se volvió para mirarla. Con ojos de desprecio. Y de odio. Se dirigió al escritorio.

«No sabes lo que tengo dentro», escribió. «Yo ya no soy yo».

La mujer estalló en sollozos.

«Vete», escribió Shimon.

Casi arrastrándose, la mujer salió de la habitación.

Al quedarse solo sintió que el odio y la rabia que experimentaba lo hacían sentirse

más fuerte. Más vivo. «Es lo único que tengo», pensó. Mientras se enrollaba una nueva venda limpia al cuello volvió al espejo. «Odio y rabia», repitió. Se miró a los ojos y vio algo más. «Miedo». Trató de desviar la mirada, pero estaba como paralizado. Y cuanto más se miraba más sentía disminuir la rabia y el odio y aumentar el miedo. No tardaría en sentir solo miedo, a menos que lograra apartarse del espejo. Pero no podía mover los pies ni las piernas. Entonces, justo unos segundos antes de que el miedo borrara definitivamente el odio y la rabia, hizo el único movimiento del que era capaz. Se inclinó hacia delante, de golpe, con todas sus fuerzas, y golpeó el espejo con la frente. Sintió el impacto, el ruido, las esquirlas que le cortaban la piel, la sangre caliente que le caía por los ojos y lo cubría por completo de rojo.

La puerta de la habitación se abrió. Su esposa gritó, se tapó la boca con las manos e hizo ademán de acercarse a su marido.

Shimon la miró fijamente y se echó a reír. Después la sacó a empujones de la habitación y cerró la puerta dando un violento portazo.

«No volverás a mirarte al espejo», se dijo Shimon.

Cogió un borde de la sábana en la que había dormido y se taponó la herida de la frente. Al cabo de un momento dejó de sangrar. La herida no debía de ser muy profunda. Apenas un arañazo, se dijo. Nada que pudiese impresionar a un hombre que podía meterse el dedo índice en la garganta y sentir el aire que entraba y salía por ella.

«No volverás a escuchar al miedo», se dijo.

Se vistió y acto seguido abrió la puerta del dormitorio. Con un ademán ordenó a su esposa que le llevara el caldo caliente y se callara. Saboreó el caldo y el silencio.

«Di a los guardias que he ido al río a suicidarme», escribió.

—¡No! ¡No, marido mío! —exclamó la mujer rompiendo a llorar.

Shimon alzó una mano, como si tuviera intención de darle una bofetada. La mujer reculó. Shimon nunca la había tocado hasta ese momento, pero pensó que no le disgustaría hacerlo. Y que tampoco sentiría placer. Bajó la mano sin golpearla y hundió de nuevo la pluma de oca en el tintero, pero se dio cuenta de que no tenía nada que decirle. Ya no. Arrojó la pluma sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta sin coger el gorro amarillo. Aunque sí todo su dinero.

Anduvo hasta la iglesia de San Serapione Anacoreta. Era una iglesia pequeña de periferia, frecuentada por gente miserable que traía hijos al mundo con la fecundidad propia de los conejos.

Shimon había calculado que a esa hora el templo debía de estar desierto. Entró en la sacristía. Era un cuartucho frío, pese a que la chimenea estaba encendida. El párroco, un sacerdote viejo y rechoncho con las uñas tan negras como el carbón, estaba bebiendo vino acodado a la superficie carcomida de una mesa. El ama de

llaves estaba sentada a su lado, bebiendo también. El religioso se mostró irritado por la visita, pero cuando Shimon le enseñó una moneda de plata se levantó enseguida y lo siguió adulándolo.

Shimon escribió al párroco que se había quedado mudo a raíz de un accidente y que este le había privado también de la memoria. No obstante, sabía que había nacido en esa parroquia, continuó, y por eso debía de quedar en ella un rastro de su identidad.

—¿Te bautizaron aquí, hijo? —preguntó el párroco.

Shimon asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas en qué año?

«Mil cuatrocientos setenta y cuatro», escribió Shimon.

—De manera que tienes cuarenta y un años —afirmó el párroco mirándolo.

—Pues sí que los lleva mal —comentó el ama.

—Calla, desgraciada —la regañó el párroco.

—Usted también lo piensa.

—Perdónala, el vino no le sienta bien —dijo el párroco y entró en la habitación contigua. Sacó un grueso libro lleno de polvo de un estante arqueado por el peso de los documentos que albergaba. En la tapa rígida del volumen aparecía escrito «1470-1475». Lo puso en la mesa. Se rascó la cabeza.

—Pero ¿cómo te vamos a encontrar si no recuerdas tu nombre?

Shimon se golpeó el pecho como si pretendiese decir que él se ocuparía de eso. Abrió el voluminoso libro y empezó a pasar las decenas y decenas de nombres que figuraban en él. De vez en cuando encontraba una hoja suelta y amarillenta metida entre las páginas. Gesticulando preguntó qué eran.

—Certificados de bautismo que no han sido retirados —explicó el párroco suspirando—. Ya sabe lo ignorante que es la gente del pueblo. No comprenden que el certificado de bautismo vale más que cualquier otro documento.

Shimon asintió con la cabeza. Él, en cambio, sí que lo sabía. Se puso a hojear de nuevo el libro. A cierto punto encontró lo que necesitaba. Cogió un certificado y se señaló, después señaló otra vez el documento.

—¿Eres tú, hijo? —preguntó el párroco. Cogió el certificado y leyó—. ¿Eres Alessandro Rubirosa? Pero aquí dice que naciste en mil cuatrocientos setenta y uno y no en mil cuatrocientos setenta y cuatro.

Shimon se encogió de hombros. Volvió a señalar el certificado y luego se golpeó el pecho.

—Me parece extraño, hijo —farfulló el párroco—. Además, ¿por qué no retiraste nunca el certif...?

—¿Alessandro Rubirosa? —terció el ama de llaves—. ¡Imposible! Sé quién es ese tipo.

Shimon se alarmó.

—Lo recuerdo porque murió hace... ¿Cuánto será? No hace más de un par de meses —continuó el ama, y acto seguido dio una palmada en el hombro al párroco—. Vamos, usted también debe recordarlo. Es el tipo que murió asesinado en la pelea de la taberna del *Ippocampo*.

—¿Ese? —preguntó el párroco guiñando los ojos por el esfuerzo de hacer memoria—. ¿Estás segura de que se llamaba Alessandro Rubirosa?

—Tan segura como que tengo el culo hecho polvo por las hemorroides —dijo el ama de llaves cruzando los brazos en el pecho.

El párroco cabeceó sin escandalizarse mínimamente por la forma de hablar del ama. Se volvió hacia Shimon agitando el certificado en el aire.

—No te llamas así, hijo. ¿Lo ves? Este pobre desgraciado está muerto. —Se dirigió a la chimenea—. Y, a buen seguro, no vendrá a reclamar su certificado. Bueno, un papelucho menos. —Hizo amago de tirar la hoja a la chimenea.

Shimon saltó y se la arrancó de la mano.

—No eres tú, hijo —dijo el párroco—. Lo siento...

Shimon dobló el certificado y se lo metió en el bolsillo.

—Pero ¿qué haces, hijo? Resígnate, no eres tú.

Shimon cogió la pluma y escribió en una página del enorme libro: «Es cierto, no soy yo».

—¿Entonces? —El párroco parecía perplejo.

Shimon arrancó la página en que había escrito y la tiró a la chimenea.

—Eh, no, mi querido hijo. Eso no se hace...

Shimon empuñó con fuerza el atizador, se volvió y golpeó al párroco en la frente. El sacerdote gimió y se desplomó al suelo. El ama se quedó petrificada mientras Shimon remataba al sacerdote. Solo cuando le llegó el turno trató de huir. Recibió el primer golpe en la nuca. El segundo le rompió el cráneo.

Shimon Baruch puso en su sitio el voluminoso libro, vació el cepillo y se puso la sotana del párroco. Sería un religioso durante varios días. Así llamaría menos la atención en una ciudad como Roma. Ni su propia mujer lo reconocería, pensó sonriendo. Leyó por última vez el certificado de bautismo de Alessandro Rubirosa, que le concedía una nueva vida.

«No volverás a ser judío», se dijo saliendo de San Serapione Anacoreta. Dejó que el odio y la rabia crecieran en su interior. «Y no tendrás un momento de paz hasta que no hayas encontrado a ese maldito joven y lo hayas hecho sufrir».

Al alba las órdenes del capitán Lanzafame retumbaron en el campamento.

Mercurio se volvió enseguida hacia Giuditta, que lo miró también. Como si no esperase otra cosa. Mercurio pensó que lo natural habría sido sonreírle, pero no lo hizo. La escrutaba con ojos serios. Intensamente. Y no dejaba de preguntarse por qué tenía la impresión de conocerla. O de reconocerse en ella. Algo los unía, pensó, pero no sabía dar un nombre a ese vínculo.

Benedetta le dio una brusca palmada en un hombro y dijo: —Voy a ver cómo está Zolfo. ¿Me acompañas?

Mercurio asintió con la cabeza y se puso de pie. Apartó la mirada de Giuditta sintiéndose culpable.

Fuera, Zolfo ya estaba despierto. Se había echado la manta a los hombros y charlaba con los soldados. Empuñaba una espada tan grande que apenas podía levantarla. Se reía. A Mercurio le pareció que tenía una expresión extraña.

Cuando llegaron a su lado les mostró el arma.

—Con un golpe bien dado podría cortar limpiamente la cabeza a esos judíos —dijo esbozando una sonrisa maligna.

—Olvida ya esa idiotez —dijo Mercurio.

—Los judíos son unos pedazos de mierda —afirmó Zolfo casi retándolo.

—Ven aquí, muchacho —terció un soldado en tono de reproche a la vez que le quitaba la espada. El resto de los soldados también había dejado de reírse—. Ese cirujano ha salvado la vida a muchos de nosotros. Haz caso a tu amigo y olvídalos.

Mientras los soldados se alejaban Zolfo escupió al suelo. Ya no parecía un niño, pensó Mercurio. Su mirada era dura. Le recordó un *campo* arrasado por las llamas, árido, pero aún hirviendo. Zolfo se volvió hacia el carro de los víveres. Mercurio lo imitó y vio que Isacco y su hija estaban saliendo para comer algo.

Zolfo masculló algo entre los dientes.

—Basta ya —silbó Mercurio.

Zolfo lo desafió con la mirada.

—A vosotros dos os importa un comino, pero a mí no —dijo rencoroso—. Mataron a Ercole y nunca se lo perdonaré.

—Ellos no lo mataron —replicó Benedetta—. Razona.

—Y el hombre que lo mató ha muerto, tú mismo lo viste —añadió Mercurio—. Lo maté yo...

—No era un hombre, era un judío —insistió con voz lúgubre Zolfo.

—Escúchame. —Mercurio le dio un empujón—. No podemos permitirnos el lujo de estar solos.

Poco antes de llegar a la frontera del Reino Pontificio los había detenido un grupo

de bandidos. Les habían requisado, tal y como habían dicho, el carro con los caballos y las provisiones. No habían encontrado las monedas de oro. Habían palpado a Benedetta, pero no habían ido más lejos. Puede que, como había dicho Scavamorto, la sotana les hubiera frenado.

—Mírame, idiota —gruñó Mercurio—. No sabemos si hay bandidos en esta zona. ¿Quieres que se la follen hasta matarla por culpa de tus memeces?

Zolfo cambió de expresión por un instante. Luego volvió a mirar a Giuditta e Isacco y esbozó una sonrisa.

—De acuerdo... —dijo dando un paso hacia el médico y su hija—. Voy a pedirles perdón.

Mercurio sentía que algo iba mal. Hizo amago de seguir a Zolfo, pero Benedetta se lo impidió.

Zolfo estaba a dos pasos de Giuditta. Seguía sonriendo de manera extraña.

De repente, uno de los soldados con los que Zolfo había charlado antes dijo en voz alta: —¿Dónde está mi navaja?

Mercurio se volvió de golpe hacia el soldado y acto seguido hacia Zolfo.

—¡No! —gritó Mercurio dando un salto hacia delante.

Mientras Mercurio se interponía entre Zolfo y Giuditta recordó al comerciante.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas.

Zolfo asestó el golpe con mayor histerismo que violencia. La hoja cortó la túnica de Mercurio en la muñeca y siguió su recorrido hasta clavarse superficialmente en el dorso de su mano, entre el pulgar y el índice.

Giuditta chilló asustada.

Benedetta chilló.

Mercurio gimió y cayó al suelo.

Zolfo tenía aire extraviado, daba la impresión de no estar allí. Seguía empuñando la navaja.

Desde el suelo, Mercurio le dio una patada en la barriga.

Zolfo se dobló y antes de que pudiera erguirse de nuevo el capitán Lanzafame se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo tremendo que lo hizo saltar por el aire. Se oyó un ruido sordo. Zolfo se desplomó, inconsciente. Benedetta corrió en su auxilio. Zolfo tosió y escupió un diente.

—¡Atadlo y metedlo en un carro! —gritó Lanzafame. Luego buscó entre sus hombres a aquel a quien el muchacho había robado la navaja. Cuando lo identificó lo apuntó con un dedo—. ¿Y tú eres un soldado?

Giuditta se liberó del abrazo de su padre y se reunió con Mercurio, que se estaba levantando. Tenía un pañuelo en la mano. Le taponó la herida a la vez que lo miraba aterrorizada. Con una emoción que no alcanzaba a definir. Era algo que la dejaba sin aliento, que hacía latir su corazón. Se dio cuenta de que le estaba apretando la mano y

que, al mismo tiempo, se perdía en sus ojos. Pero no lograba decirle nada.

Mercurio estaba igualmente confundido. No había razonado. Se había movido por instinto y ahora jadeaba. La herida no le dolía. El contacto con Giuditta solo le producía un calor reconfortante.

—No soy sacerdote —susurró—. No soy sacerdote.

Isacco se acercó a su hija. La apartó.

—Deja que me ocupe yo —dijo.

Giuditta se hizo a un lado, ensimismada. Apretaba con la mano el pañuelo con el que había taponado la herida de Mercurio y no lograba apartar la mirada de sus penetrantes ojos.

—Gracias —fue todo lo que alcanzó a decir.

—Sí, gracias —repitió Isacco—. Ven aquí, muchacho. —Lo llevó al carro donde guardaba los ungüentos y las vendas.

—¿Puedo fiarme de un médico que en realidad no lo es? —preguntó en voz baja Mercurio a la vez que Isacco le curaba la herida.

Isacco sonrió.

—Si hubiese un auténtico cura por aquí le pediría que rezase por tu alma.

—Lo siento —dijo Mercurio.

Isacco cabeceó.

—Gracias, muchacho.

Antes de que hubiese pasado media hora se oyeron sonar las trompetas seguidas de un grito.

—¡En marcha!

Avanzaron lentamente, las ruedas de los carros se hundían en el barro. Esa noche durmieron a escasas millas de Mestre.

Benedetta había obtenido el permiso del capitán Lanzafame para hablar con Zolfo en presencia del soldado a quien este había robado la navaja, que luego se había convertido en su guardián. Pero Zolfo no había dicho una sola palabra. Se había encerrado en un obstinado y rabioso mutismo.

—No lo reconozco —dijo Benedetta a Mercurio mientras se acostaban—. Tengo la impresión de que ya no sé quién es.

Mercurio conocía la rabia. Era como tener un animal feroz en el interior, que se alimentaba de la misma carne que lo albergaba. En ocasiones a él también le costaba dominarla, en otras, la bestia lo vencía.

—Tengo sueño —dijo a Benedetta.

Se giró y le dio la espalda. En la penumbra del carro buscó la cara de Giuditta. Ella parecía estar esperando su mirada, un saludo de buenas noches. Pero su padre también lo miraba, de forma que Mercurio se apresuró a cerrar los ojos. Al poco los abrió de nuevo. Giuditta dormía. O, al menos, eso parecía. Y Mercurio pensó que le

gustaría curiosear en sus sueños. Más aún, inmiscuirse en ellos. Entrar en su mente. «¿Por qué piensas esas idioteces?», se dijo volviéndose. Su respiración era breve y experimentaba una agradable sensación de inquietud. «Las mujeres solo traen problemas», se repitió.

Al amanecer volvieron a sonar las trompetas del campamento. Mercurio y Benedetta salieron del carro para ir a desayunar. Mercurio había lanzado una mirada furtiva a Giuditta y esta le había sonreído. A Mercurio le había dado vueltas la cabeza. «Las mujeres solo traen problemas», se dijo una vez más, pese a que cada vez creía menos en ello.

Apenas Mercurio y Benedetta hubieron salido, Giuditta se levantó. Sentía un terrible retortijón en la barriga. Gimió. Isacco se dio cuenta. Giuditta cerró los ojos y apretó los dientes. Después sintió que algo caliente resbalaba por sus piernas. Sin preocuparse por la presencia de Isacco se levantó la falda y vio un arroyuelo de sangre.

—¡Padre! —gritó.

Isacco se dio media vuelta. Cuando vio a su hija con la falda levantada y la sutil raya roja que resbalaba desde la ingle por el muslo izquierdo se volvió de espaldas, azorado.

—¡Giuditta...!

—Padre —dijo Giuditta preocupada—, estoy sangrando...

—¡Claro que sangras! —respondió Isacco alzando demasiado la voz. Luego cayó en la cuenta de que Giuditta no tenía la menor idea de lo que significaba la sangre—. ¿Nunca... quiero decir... nunca has... nunca has sangrado?

—No, padre... —La voz de Giuditta parecía más serena. Había comprendido que se trataba de algo natural, tanto por la reacción de su padre como por cierta sensación interior.

—¡Qué diablos! Pero tu abuela no... —Isacco se agitaba, dándole aún la espalda—. Maldita sea, ¿tu abuela nunca te explicó? ¡Mierda! —Pisoteó con violencia las tablas del suelo.

Giuditta se sobresaltó.

—Disculpa, pequeña... —dijo Isacco volviéndose.

Giuditta aún tenía la falda levantada.

Isacco se volvió de nuevo enseguida.

—¡Bájate la falda! —soltó—. Perdona, niña mía... Escucha, ponte algo... en fin, ponte un paño... ¿Entiendes dónde? Ahí... ahí... —resopló disgustado—. Espérame aquí —le dijo—. Es una cuestión... Oh, al infierno, espérame aquí.

Buscó a Benedetta, hizo un aparte con ella y le preguntó a bocajarro: —¿Has tenido ya la menstruación, muchacha?

Benedetta se ruborizó. Alzó la mano para darle una bofetada.

—¡Cerdo asqueroso!

Isacco enrojeció y abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Es por mi hija! —dijo—. Le ha venido la menstruación y... en fin, es una cuestión de mujeres. Explícaselo tú. —Inspiró hondo—. Gracias.

Cuando Benedetta llegó al carro Giuditta se había bajado la falda.

—Tienes la menstruación. Te has convertido en mujer —le explicó Benedetta—. ¿Sabes lo que eso significa?

Giuditta negó con la cabeza.

—Pues que a partir de este momento corres el riesgo de traer al mundo un bastardo —dijo Benedetta. No sentía ninguna simpatía por ella—. Ponte un paño entre los muslos —añadió—. En un par de días dejarás de sangrar. Y volverá a suceder dentro de un mes. ¿Quieres saber algo más?

Giuditta volvió a sacudir la cabeza.

Benedetta se marchó sin añadir nada más.

Cuando se quedó sola Giuditta se dejó caer en el jergón. Se ovilló y se tapó la barriga con la manta. Cerró los ojos. Habían sido unos días intensos. Emocionantes. Pavorosos. Excitantes.

«Soy mujer», se dijo.

Sintió una punzada en la barriga. Tenía el pañuelo en la mano. Metió la mano bajo la falda e hizo presión con él entre las piernas. En ese momento cayó en la cuenta de que era el mismo que había usado para taponar la herida de Mercurio. En ese pañuelo estaba la sangre del joven que la había salvado. Y ahora también la suya.

«Me he convertido en mujer por él», pensó.

Su sangre se había unido y, al hacerlo, se había convertido en la señal de un destino, de una promesa.

«Soy suya».

Después se durmió.

—¿Qué será de Zolfo? —preguntó Mercurio a la mañana siguiente al capitán Lanzafame, antes de que se pusieran en marcha. Benedetta estaba detrás de él, angustiada.

—Intentó asesinar a la chica —respondió gravemente el capitán. Miró a Benedetta—. Debe someterse a la ley marcial.

—No... —Benedetta se mordió el labio.

—Tenía una navaja y si no hubiese intervenido... —continuó Lanzafame. Benedetta lo interrumpió.

—No quería matarla, capitán. Usted no conoce a Zolfo. ¡No haría daño a una mosca!

—Puede que a una mosca no, pero a un judío, sí. —Lanzafame la miró de nuevo. Pensó que era guapa. Quizá demasiado joven.

—¿Qué será de él? —repitió Mercurio.

El capitán no respondió enseguida. Miró de nuevo a Benedetta.

—Tengo que pensarlo —dijo marchándose.

Mercurio corrió en pos de él.

—Capitán, se lo ruego...

Lanzafame se paró. Bajó la voz.

—Ese chico es débil —afirmó.

Mercurio recordó que Scavamorto había dicho lo mismo.

—Conozco a los seres humanos mejor que nadie, porque los miro a la cara mientras intentan matarme —prosiguió Lanzafame—. Ese chico es débil, y un traidor. No te fíes de él. Jamás. —Hizo amago de marcharse.

—Capitán... —Mercurio lo retuvo—. Quería asustarla... puede que desfigurarla. Pero no matarla.

El capitán lo miró fijamente.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Hágalo por Benedetta...

Lanzafame miró a la joven de tez de alabastro. Tenía la cabeza inclinada y la luz jugueteaba con su cabellera cobriza. Una vez más, pensó que muy hermosa. Y muy joven.

—Puede que atemos mal al chico cuando embarquemos...

—Gracias, capitán —dijo Mercurio.

—¿De qué? —preguntó Lanzafame, y se alejó—. ¡En marcha! —gritó a sus hombres.

La noche anterior había mandado un mensaje a Mestre para anunciar su llegada. De manera que esa tarde, cuando llegaron a la Fedelissima, tal y como llamaban a la

antesala de Venecia, Mestre, los supervivientes fueron recibidos por una multitud festiva, pese a que solo se trataba de una pequeña caravana de heridos que regresaba a su patria. Los comandantes en jefe y el grueso de las tropas aliadas a los franceses del rey Francisco I de Valois seguían en pie de guerra. Pero después del miedo que había pasado en los años anteriores, el pueblo solo deseaba celebrar la victoria de Marignano que había tenido lugar hacía diez días y que parecía haber dado un vuelco a la terrible crisis veneciana devolviendo a su Serenísima buena parte de los territorios en tierra firme.

El capitán Andrea Lanzafame encabezaba la columna seguido de los hombres condecorados. Iba muy tieso en su silla, con la mano derecha apoyada en la espada enfundada en el lado izquierdo, y sonriendo desde lo alto de su poderoso caballo castrado a la gente que ensalzaba a los supervivientes. Lucía la armadura de combate, abollada por los golpes del enemigo. Encima de la armadura ondeaba la túnica sin mangas con los colores y los emblemas de su ciudad y de su estirpe: un *campo* rojo en cuyo centro destacaban dos bandas amarillas, una vertical y otra horizontal, que formaban una cruz. Y dos sarmientos de vid con racimos de oro para indicar que descendía de los señores de Capo Peloro, linaje del reino siciliano que en el pasado había sido conquistado por los normandos, y de los que Andrea Lanzafame había heredado el pelo rubio y los ojos azules.

Asomados a los ventanucos laterales del carro de los víveres, Mercurio, Benedetta, Isacco y Giuditta contemplaban a la abigarrada multitud. Tras dejar atrás un brazo del río Marzenego, atravesaron la puerta Belfredo del Castenuovo, situada al norte del burgo de Mestre, antes de embarcarse rumbo a Venecia, donde iba a tener lugar la auténtica fiesta.

Mercurio contó once torres, una de ellas tenía un gran reloj. Los muros estaban en mal estado, en ellos se veían las profundas huellas que había dejado un incendio. Mientras la procesión enfilaba la planta en forma de escudo cuyo perímetro era de más de media milla, pensó que el castillo era gigantesco. En el centro del mismo se erigía una torre mayor que las demás, el Mastio, sede de la Superintendencia, frente a la cual las mayores autoridades de Mestre, vestidas de ceremonia, esperaban el regreso de las primeras tropas de héroes.

Giuditta estaba a su izquierda, tan absorta en la contemplación de todo que le apretó excitada la mano herida, puede que confundiéndolo con su padre. Mercurio se tensó al principio a causa de la sorpresa y el dolor. Pero después le devolvió el apretón calurosamente. Giuditta se volvió sorprendida. Mercurio se había ruborizado y la escrutaba; el corazón le latía acelerado, sacudido por una intensa emoción. Al sentir el contacto el joven había comprendido por qué se decía que las mujeres solo traían problemas.

Giuditta trató de soltar la mano.

Mercurio la retuvo.

Y Giuditta dejó que lo hiciese sin poner mayor objeción.

Se miraron prolongadamente. Alrededor todo pareció sumirse en el silencio.

En ese momento Isacco se volvió hacia su hija exclamando:

—¡Y esto no es nada, ya verás Venecia!

Las manos de Giuditta y Mercurio se soltaron al instante.

Mercurio se volvió embarazado dando la espalda a Isacco. Su mirada se cruzó con la de Benedetta, que lo observaba enfurruñada. También ella se había ruborizado. Pero de rabia, pensó Mercurio. Y eso también lo sorprendió. Eludió los ojos de la joven, solo que no sabía dónde posarlos.

Entretanto, Giuditta seguía sonriendo exageradamente a su padre con las mejillas ardientes.

—¿Por qué pones esa cara de idiota? —preguntó Isacco con desconfianza.

—Tengo calor —contestó Giuditta abanicándose con la mano.

Isacco vio que tenía sangre en los dedos. Le cogió la mano y la examinó. No estaba herida. Entonces miró a Mercurio, que seguía de espaldas, obstinado.

—Límpiate los dedos —dijo severamente a su hija y la apartó interponiéndose entre ella y Mercurio.

En ese momento, la puerta del carro se abrió.

—Baje a festejar, doctor —dijo Donnola.

Por un instante la tensión se diluyó en la luz del día, en el vocerío de la gente y la atmósfera festiva. Mientras se apeaban Mercurio y Giuditta se rozaron de nuevo y se ruborizaron. Isacco agarró a su hija y la llevó a rastras con él. Mientras se alejaba, Giuditta lanzó una ojeada furtiva a Mercurio, que le sonrió levemente, cada vez más desconcertado de sus emociones.

—No nos separemos —le dijo Benedetta con rabia, y se acercó a Zolfo, que tenía las manos atadas a un caballo. Mercurio la siguió esquivando su mirada.

Rodeado por la multitud, el capitán Lanzafame sujetaba como podía a su caballo. Apuntó a Isacco con un dedo.

—Saca el gorro amarillo. Aquí hay que respetar la ley.

Luego se acercaron a las autoridades, que guiaron a los valerosos supervivientes a la Fossa Gradeniga, donde tres grandes barcos mercantiles típicos de la laguna, los *peate*, los esperaban para transportarlos a la plaza de San Marco, al corazón de las celebraciones.

—Subid con nosotros —dijo Lanzafame a Isacco, e invitó también a Mercurio con un ademán—. En tiempos de guerra los extranjeros no pueden embarcarse para ir a Venecia, pero vosotros os habéis ganado el viaje.

En la orilla había una pasarela larga de tablas de haya, colocada a cierta altura del suelo para garantizar una mayor visibilidad a los valientes y para simplificar la carga

de los carros y de los inválidos. Las nubes se habían esparcido, aquí y allí, en el cielo gris, y el sol se filtraba por las hendiduras iluminando el Camino del Agua.

Mientras Isacco y Giuditta subían a la pasarela, seguidos de Mercurio, Benedetta y Zolfo, siempre atado, se oyó un grito.

—¡Satanás! ¡Te he encontrado!

—No te vuelvas —ordenó Isacco a su hija al reconocer la voz.

En cambio, la multitud, los militares, todos se volvieron.

El fraile predicador que Isacco y Giuditta habían conocido en la taberna y que los había acosado al día siguiente, avanzaba ahora a grandes zancadas abriéndose paso a empujones con el crucifijo en la mano. Tenía el pelo sucio, pegado al cráneo, y la barba enmarañada y llena de migas.

—¡Gente de Satanás! ¡Impíos, pecadores, no sembréis vuestro cáncer en nuestras tropas! —gritaba. Después, no encontrando un insulto mejor, vociferó—: ¡Judíos!

Isacco empujó a su hija para que se escondiese detrás del caballo del capitán Lanzafame.

—¡Herejes! —gritó el fraile precipitándose hacia la pasarela.

El caballo del capitán Lanzafame se espantó, nervioso.

—¡Han traído ya la desgracia a pocas millas de aquí! ¡Por su culpa murió una niña inocente, una criatura de Dios! —gritó el fraile arengando al gentío—. Se me han escapado ya una vez, pero hoy Satanás no me gastará otra de sus jugarretas.

—¿Qué quieres, fraile? —le preguntó el capitán Lanzafame.

Mercurio notó que los ojos de Zolfo se habían vuelto a encender. Le dio un pescozón.

—¡No dejes que ese cáncer apeste a tus valerosas tropas! —dijo con énfasis el fraile.

El capitán Lanzafame dejó vagar la mirada entre la gente que, esclava de las supersticiones religiosas, no sabía qué partido tomar.

—Este hombre ha curado a mis soldados —dijo de forma que todos lo pudieran oír—. Y gracias a él ahora pueden reunirse de nuevo con sus familias.

La multitud comprendió el valor de esta última frase. Aplaudió al capitán, incluso al médico.

El fraile había perdido terreno. Pero la Iglesia y, sobre todo, la vida, lo habían moldeado para la batalla. No tenía el sentido de la derrota ni el de la victoria, como cualquier mercenario, sino una propensión constante a la lucha, rasgo propio de los fanáticos.

—¿Has liberado ya a tus diablos, Satanás? —Saltó a la pasarela y trató de rodear el caballo del capitán Lanzafame—. ¡En ese caso estaré aquí para combatirte sin retroceder un solo paso!

El capitán Lanzafame desenvainó la espada y la hizo vibrar en el aire con una

expresión rabiosa. La multitud contuvo el aliento. Después la espada voló y se clavó entre los pies del predicador tras haber traspasado su grueso hábito, dejándolo anclado a la pasarela.

—¡Quieto ahí, pájaro de mal agüero! ¡Me estás torturando los oídos y yo lo único que quiero oír es la alegría de mi gente!

La muchedumbre aplaudió, divertida a la vez que escandalizada.

—¡Que el último recupere mi espada, a menos que el fraile se la trague! —gritó el capitán Lanzafame espoleando su caballo—. Apresúrate a subir al barco —dijo a Isacco.

—¡Gente de Satanás! —vociferaba el fraile.

Los marineros, tras soltar los cabos que sujetaban los *peate*^[2] —anchos, planos, y con los flancos bajos pintados de color negro brillante— apoyaron los largos remos en el amarre para empujarlos hasta el centro del canal.

A ese punto, tal y como había dicho el capitán, los nudos que aprisionaban a Zolfo se deshicieron cuando el soldado que lo vigilaba tiró de ellos.

—Márchate, capullo —gruñó el soldado.

Apenas se vio libre, Zolfo, en lugar de escapar de inmediato, dio un paso en dirección a Isacco.

—¡Gente de Satanás! —gritó. Y antes de que alguien pudiese intervenir subió a la barandilla, saltó a tierra y huyó.

Benedetta miró a Mercurio. Después, al ver que el barco se empezaba a alejar del muelle, saltó a tierra y corrió en pos de Zolfo.

Mercurio permanecía inmóvil. Le habría gustado tener aún la mano de Giuditta en la suya. Vio que el barco se estaba apartando demasiado del atracadero para poder dar un salto.

Rodeada de la gente que se agolpaba en el muelle, Benedetta lo miraba.

Mercurio se volvió hacia Giuditta.

—Te encontraré —le dijo.

El capitán Lanzafame lo miraba contrariado.

—¡Idos al infierno! —exclamó Mercurio y se tiró al agua.

La gente que estaba en tierra se rio y aplaudió.

Mercurio alcanzó el muelle con unas cuantas brazadas. El agua estaba helada y era cenagosa. Olía a fango. Después, varias manos y brazos robustos lo izaron. Lo miraban riéndose sarcásticamente. Mercurio los empujó y se volvió hacia el barco. Giuditta lo estaba mirando. «Te encontraré», silabeó esperando que ella pudiese leerle los labios y acto seguido echó a correr tras Benedetta. Cuando le dio alcance la joven estaba con Zolfo delante del predicador.

—¿Qué quieres? —preguntó el fraile a Zolfo mirándolo con ojos enloquecidos, encendidos por el fanatismo.

—¡Odio a los judíos! —contestó el chico como si fuese una contraseña.

El fraile lo sopesó. Era el único, entre toda esa gente, que le hacía caso. Señaló con un dedo los *peate*, ya lejanos, en el centro del canal.

—¿Hasta ese punto los odias? —preguntó con aire grave.

—¡Sí! —contestó Zolfo con un entusiasmo que parecía valer también para Mercurio y Benedetta, que, sin embargo, callaban, sorprendidos y cohibidos.

Mercurio goteaba y seguía mirando hacia la Fossa Gradeniga, donde los barcos se estaban alejando. Giuditta era ya un minúsculo puntito en el horizonte.

—¡Seguidme, soldados de Cristo! —exclamó el religioso alzando las manos al cielo. Se dio media vuelta y echó a andar abriéndose paso entre la multitud.

Cuando Mercurio se había tirado al canal Giuditta había sentido la tentación de retenerlo. O de tirarse con él. No quería renunciar a la sensación de tener la mano del joven en la suya. No quería renunciar a él. Ya en las noches precedentes, en el carro, había sentido una fuerte atracción por los ojos de ese extraño muchacho. Jamás había mirado así a los chicos de la isla de Negroponte. Ni había sentido nunca nada parecido cuando ellos la miraban. Y ninguno de ellos la había salvado de un navajazo. Ninguno de ellos había unido su sangre a la suya. De repente, se quedó sin aliento. Estaba asustada. ¿Qué le estaba pasando por la mente?, se preguntó. ¿Quién era ese chico? No era un sacerdote, él mismo se lo había confesado. En ese caso, ¿quién era? ¿Por qué iba vestido de cura? ¿Qué le había dicho antes de saltar del barco? Casi no se acordaba. Su cabeza se tornaba ligera. «Te encontraré», le había dicho. Se aferró a su padre.

—Mira —le dijo Isacco abrazándola y sacándola del laberinto de emociones en que se estaba perdiendo. Extendió un brazo—. Mira —repitió.

Al fondo del canal, como un fantasma, velada por la niebla y con unos contornos difusos, Giuditta la vio.

—Venecia —dijo Isacco como si estuviese pronunciando una palabra sagrada.

Los remeros de los *peate* estaban ya en agua profunda. Los pesados barcos se deslizaban silenciosos, surcando el agua salobre.

—Doctor Negroponte —dijo Donnola a espaldas de Isacco con aire oficial—. Quería despedirme de usted y desearle lo mejor.

—Gracias, Donnola. Has sido un magnífico ayudante —dijo Isacco con idéntica formalidad.

Donnola balanceaba su cabeza puntiaguda, como si estuviese asintiendo. De improviso, abandonando las formalidades, se acercó un poco más a Isacco y le dijo en voz baja:

—Si aún necesita un ayudante me encontrará siempre detrás de Rialto, en el mercado del pescado. Puedo asegurarle la clientela.

Isacco se quedó sin saber qué decir, atónito. Azorado. No había hecho proyectos hasta ese punto.

—Me parece un buen trato —respondió vagamente—. En ese caso iré yo a buscarte. A Rialto.

—No, a Rialto no —puntualizó Donnola—. Al mercado del pescado. Detrás de Rialto.

—Justo —corroboró Isacco—. Detrás de Rialto. Lo recordaré.

—Y si quiere comprar el instrumental que ha utilizado estos días —prosiguió Donnola en voz baja—, podría dárselo por una cifra ventajosa.

—No, gracias, Donnola. —Isacco rechazó la oferta instintivamente. Aún no había tomado una decisión definitiva. Temía que en una ciudad como Venecia cualquiera pudiese comprender que no era un verdadero médico. Después sintió que Giuditta le apretaba el costado con una mano. La miró.

—¿Por qué no... doctor? —Los ojos negros e inteligentes de su hija parecían estarle ordenando que aceptase.

—Al menos haga correr la voz entre sus colegas. Quizás haya alguien que esté buscando instrumental —insistió Donnola.

—Bueno, pensándolo bien —se desdijo Isacco—, podría convenirme... —Guiñó un ojo a Giuditta—. Siempre y cuando me lo dejes por un buen precio.

El rostro de Donnola se iluminó con una sonrisa fugaz, porque el hombre adoptó enseguida una expresión grave.

—Le puedo ofrecer un precio ventajoso, eso sí... —empezó a decir—, pero tendré que dar la mayor parte del dinero a la familia de Candia y me restará muy poco...

Isacco lo miró en silencio. No pensaba decir una sola palabra. Donnola estaba tratando de aumentar el precio todo lo posible, pero él pensaba dejarlo que se ahorcase con su misma cuerda.

—Por otra parte... —continuó Donnola rompiendo el silencio—, el cirujano tampoco tenía una familia tan numerosa... —Se rio. Sabía reconocer un hueso duro de roer y el médico lo era. Le convenía dar su brazo a torcer y apretarle las tuercas en otras cuestiones—. Fije usted el precio, doctor —dijo—. Ya pensaremos después en una pequeña comisión por cada cliente que le encuentre.

Isacco sonrió complacido. Donnola era un estafador de calidad. Sabía lo que se llevaba entre manos. Lo había puesto entre la espada y la pared. Ahora se veía casi obligado a aceptar su colaboración. Pero sería un buen socio.

—De acuerdo, Donnola —dijo—. Trato hecho. —Diciendo esto, como si su destino, o el canto de una sirena, lo estuviese llamando, Isacco sintió que debía volverse hacia la Ciudad Prometida, para no perderse un solo instante de ese evento prodigioso.

Cuando la Serenísima empezó a desvelarse, los mármoles de los palacios le parecieron a Isacco mucho más brillantes de lo que había imaginado, pero se dio cuenta de que, en cambio, no había previsto las barbas de algas que ondeaban a ras del agua, similares a unas banderas verdes mojadas. Igual que tampoco había imaginado la sutileza de las columnas y los capiteles, de los montantes, de los rosetones, de las cabezas de animales y de las figuras mitológicas esculpidas en el mármol que sostenían los balcones. Además había chimeneas por todas partes, altas y finas, como las patas huesudas de un gigantesco cangrejo con la barriga al aire. Sintiendo una emoción creciente e incontrolable al pensar que estaba realizando un

sueño que su padre había perseguido durante toda su vida, Isacco contemplaba los cristales soplados de las ventanas, emplomados entre ellos, y las gruesas cortinas a rayas grandes y vivaces, con penachos y colgantes, y las redes de palos de madera negra decoradas con hojas y botones dorados. Y, pese a que ya había oído hablar de ellas, se asombró igualmente al ver las barcas particulares que solo se veían en Venecia, largas y finas, capaces de maniobrar con agilidad en espacios estrechos, arqueadas tanto en la popa, donde se remaba con un solo remo, como en la proa, coronada por una especie de serpiente estilizada de metal que representaba al Canal Grande y a todos los barrios de la Serenísima. Miró maravillado el gran puente de Rialto, que en ese momento se estaba abriendo para dejar pasar una galera de dos palos. Y, por último, en el punto en que el Canal Grande se ensanchaba en una suerte de mar de pequeñas dimensiones, vio a su izquierda la plaza de San Marco, el campanario, el palacio ducal y una multitud desmesurada que, apenas vio arribar a los *peate* con los escudos de la batalla, empezó a gritar.

Giuditta percibía el estado de ánimo de su padre y vibraba con él, en sintonía con la emoción que la embargaba a ella, cegada por la majestuosidad de la ciudad, por su mitológica absurdidad arquitectónica. Y agradeció a su padre que hubiera decidido dar ese paso. Se sintió sacudida por una intensa pasión, que jamás había experimentado. Se dijo que en Venecia encontraría el amor y su imaginación voló hacia el hermoso rostro de Mercurio. Quizá, pensó, ahora tenía menos miedo. Quizá, se dijo, era porque Mercurio ya no estaba allí, a su lado. Enrojeció y se volvió hacia su padre, que miraba conmovido la gran plaza atestada de gente, y le dijo:

—Gracias.

Isacco no la oyó. En sus oídos se entremezclaban las trompetas y los tambores de la Serenísima.

Los *peate*, con una maniobra suave y sin corregir los remos, como si se deslizaran por el aceite, después de haber apuntado la proa a los amarres de la plaza, que eran de granito y estaban cubiertos de algas, viraron y con un ligero choque de madera, bajo y sordo, se apoyaron en los palos y en los grandes sacos de protección hechos de cuerda y rellenos de trapos. En un abrir y cerrar de ojos las respectivas tripulaciones lanzaron los cabos y bajaron unas anchas pasarelas con una guía de paño rojo en el centro.

El capitán Lanzafame no había bajado del caballo. En un primer momento miró la muchedumbre que los aclamaba, y después a sus hombres, con una expresión de orgullo y alegría. Desenvainó la espada y la agitó en el aire sin decir una palabra, dado que no habría servido de nada y que, además, no lo habrían oído. Todos los hombres, incluso los heridos y los inválidos, le contestaron alzando las armas. Después el capitán se volvió hacia Isacco y le sonrió. El médico vio que los ojos de Lanzafame brillaban, como si tuviera fiebre alta, y comprendió que su mirada era

idéntica.

—Has llegado —le dijo el capitán y, antes de que Isacco pudiera contestarle, espoleó con tanta fuerza a su caballo que este casi se encabritó. El caballo saltó sin vacilar a la pasarela. Con la espada aún en alto el capitán Andrea Lanzafame guio su cabalgadura por el pavimento mojado de la plaza.

La multitud lanzó un grito de excitación.

Después de la caballería bajaron los soldados que aún lograban caminar. A ellos se unieron Isacco y Giuditta. Detrás de ellos iban los carros de los heridos y los inválidos.

Como una gigantesca aureola, un sinfín de velas de todos los colores resplandecían alrededor de la cabeza cortada del San Giacomo Pater Domini, una de las más de cien reliquias que poseía la Serenísima. La santa cabeza, con su relicario, estaba en lo alto de un palo de oro, de una altura de dos pértigas y cuatro palmos, y se conservaba con una mandíbula y casquete de plata. El resto de las santísimas reliquias —manos, pies, momias, clavos y astillas de la Santa Cruz, el brazo de santa Lucía, el ojo de san Zorzi, la oreja de san Cosme— eran llevadas en procesión por un grupo de religiosos de San Salvador y de San Giorgio Maggiore, que se habían peleado por desempeñar esa parte tan importante de la fiesta.

Como poseídos, los espectadores, se desvivían por tocar las reliquias y los soldados que protegían la seguridad de los objetos sagrados apenas podían contenerlos. Inmediatamente después iban los obispos, con paramentos sagrados, y el vicario de San Marco, que llevaba en la mano el evangelio del apóstol, escrito de su mismo puño y letra. Al fondo del pasillo humano que se balanceaba soportando los empujones de los que se inclinaban para mirar y tocar, el octogenario dux Leonardo Loredan y el Patriarca de Venecia, Antonio II Contarini, aguardaban a los héroes para darles el abrazo de la patria.

Isacco y Giuditta apenas habían dado unos pasos entre las dos hileras compactas de gente cuando cuatro guardias ducales, al mando de un funcionario de la Serenísima ataviado con uniforme de gala, los detuvieron.

—Seguidme, no podéis estar aquí —dijo el funcionario.

A empujones, los guardias ducales los obligaron a abandonar la procesión.

El capitán Lanzafame, que se había vuelto para animar a sus hombres, vio la escena. Su mirada se cruzó con la de Isacco. No movieron la cabeza ni fruncieron los labios, ni alzaron las manos. Se limitaron a mirarse como dos hombres orgullosos, en silencio. El capitán sabía que solo los estaban apartando, que no los iban a arrestar. Los dos gorros amarillos debían desaparecer de la procesión, eso era todo. El médico no sería mencionado en los actos oficiales. Como si no existiese. Pero al mirar a sus hombres, que agitaban en el aire los muñones ensangrentados, tan espantosos como las santísimas reliquias —y, como tales, aclamados por el pueblo— pensó que, a

despecho de las relaciones militares, un hábil médico había trabajado con pericia en los días y noches pasados.

—Me importan un carajo todas estas tonterías —dijo en ese momento Donnola separándose del cortejo y uniéndose a Isacco y Giuditta, que estaban aturridos por el boato de la orgiástica procesión—. Vengan —añadió cogiendo a Isacco de un brazo y llevándolo a un callejón más tranquilo—. Apuesto a que necesitan una posada donde poder comer y dormir —dijo risueño.

—Y yo apuesto a que ya has pensado en ella —concluyó Isacco riéndose.

—La mejor de la ciudad, se lo juro —aseguró Donnola llevándose la mano derecha al corazón—. Camas limpias, pocas ladillas, comida sana y barata. La mejor posada de la ciudad, en serio... —Se calló por un momento, apurado—. Y no harán el menor caso a los gorros amarillos.

—Creía que esta ciudad estaba libre de los prejuicios del mundo cristiano —dijo Isacco.

—Lo está, doctor, se lo juro. —Donnola volvió a apoyarse la mano en el corazón—. Pero, si he de ser franco, debe comprender que, en cualquier caso, son ustedes judíos.

—¿Por qué vamos con él y con el otro deficiente? —preguntó Mercurio a Benedetta mientras seguía al fraile y a Zolfo. Después de tirarse al canal se había quedado congelado. Mientras caminaba iba dejando a sus espaldas una estela de agua salobre.

Benedetta se encogió de hombros.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mercurio al religioso en voz alta, enfurruñado.

—A un sitio donde podrás secarte y cambiarte de ropa —contestó el fraile sin dejar de andar. Dio unos cuantos pasos más y después se volvió mirando fijamente a Mercurio con sus ojos pequeños y agudos—. Supongo que no pretenderás que yo también me trague que eres un sacerdote, ¿verdad?

Mercurio se paró sorprendido. Los ojos del fraile lo inquietaban.

—No... —balbuceó—. Yo... mientras veníamos hacia aquí nos asaltaron unos bandidos... Me robaron la ropa y... encontré esta... —Señaló la sotana. A sus pies se extendía un charco de agua—. Eso fue lo que sucedió —dijo mirando a Benedetta con la esperanza de que le echase una mano.

Pero Benedetta no dijo una sola palabra.

—Vamos —dijo el fraile echando de nuevo a andar.

Mercurio se inclinó y miró a Benedetta.

—Ese fraile no me gusta —dijo en voz baja.

—A mí no me gusta ningún fraile —afirmó Benedetta.

A Mercurio le pareció notar cierta crispación en la voz.

—¿Yo tampoco? —bromeó.

Benedetta no respondió. Dio unos pasos y dijo:

—Gracias por no habernos dejado solos.

Mercurio simuló que no la había oído. El comerciante no lo había matado en el callejón de Roma gracias a ella. Por ese motivo se sentía obligado a mostrarle su gratitud. En parte. Porque por esa misma razón la detestaba con toda su alma, ya que odiaba sentirse en deuda. Le recordaba demasiado la sensación que le había suscitado el borracho que lo había salvado en las alcantarillas. Además, la detestaba porque no quería separarse de Giuditta. Al margen de lo que esta pudiese significar. Quizá, se dijo, Benedetta sabría explicárselo. Era una mujer. Solo que él no estaba acostumbrado a hablar con las mujeres. Por otra parte, tal vez Benedetta no estaría muy dispuesta a hablarle de Giuditta, se dijo. Fuese como fuese, el terreno parecía cenagoso y convenía evitarlo a toda costa.

Se dirigieron hacia el sur y salieron del pequeño centro habitado de Mestre. Se encontraban en una especie de arrabal integrado por unas cuantas casas alineadas a la derecha del camino, separadas entre ellas por una distancia de unos cincuenta pasos. Todas eran bajas y macizas, y tenían un huerto. A la izquierda corría un canal de

márgenes irregulares flanqueado por arbustos de juncos.

El fraile llamó a la puerta de una casa. La puerta era ligera, como la de los heniles, hecha con tablas de madera sujetas por unos largueros claveteados.

Se oyó una cadena deslizarse por la guía y una mujer de unos cuarenta años con dos profundas ojeras, como si llevase toda la vida llorando, se asomó.

—Bienvenido, hermano Amadeo —dijo con voz monótona, aunque agradable. Cuando vio a los tres jóvenes su rostro se iluminó. Luego, al notar la sotana empapada de Mercurio, exclamó—: ¡Virgen santa! Entra y acércate al fuego, muchacho. —Dio un paso fuera de la puerta y lo cogió de la mano con delicadeza, pero resuelta.

Mercurio sintió una inmediata simpatía por la mujer. Se dejó arrastrar a la única habitación que había en la planta baja, hacia la gran chimenea encendida, tan alta como una persona.

La mujer cogió una silla y la puso frente al hogar, al lado de una de las paredes de ladrillos.

—¿Qué te has hecho en la mano? —preguntó al ver el vendaje.

Mercurio se encogió de hombros sin contestar y miró a Zolfo.

Pero Zolfo estaba exclusivamente concentrado en el predicador y no se dio cuenta.

La mujer examinó el vendaje.

—Te lo ha hecho una persona que entiende de heridas —afirmó—. Sé de qué hablo. —Miró la herida—. No es nada, se curará enseguida.

Mercurio se volvió a encoger de hombros.

—Desnúdate antes de que se resientan los pulmones —ordenó la mujer y se puso ella misma a desabrocharle la sotana.

Mercurio le detuvo las manos, embarazado.

—Vamos, no te hagas el tímido. —Se rio la mujer—. He visto muchos hombres desnudos, incluido mi pobre marido —dijo. A continuación se santiguó a toda prisa—. No me malinterpretes, muchacho. Siempre he sido una mujer honrada y temerosa de Dios. —Se rio y empezó a desabrochar de nuevo la túnica—. Desde que me quedé viuda alquilo camas a los jornaleros estacionales y te aseguro que después de pasar un día bajo la lluvia el mejor remedio es calentar la piel al fuego.

Benedetta comprendió al vuelo. Se acercó a ellos y, a la vez que cogía el saquito con las monedas de oro que Mercurio le estaba tendiendo, dijo:

—Vamos, tiene razón, desnúdate. —Se metió las monedas en el fajín con un movimiento rápido y natural, como si lo estuviese ajustando.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Mercurio, y en un abrir y cerrar de ojos se quedó en calzones.

Benedetta se echó a reír y Mercurio se tapó lo mejor que pudo.

También la mujer se rio mientras se dirigía hacia un baúl. Lo abrió, sacó una manta y se la echó a Mercurio a los hombros.

—Bueno, ahora te puedes quitar también los calzones, muchacho. —Le guiñó un ojo. Cuando Mercurio se desprendió de ellos la mujer los cogió a la vez que la sotana, y los colgó a dos clavos curvados que había clavados en la pared de la chimenea, entre los ladrillos rojos. A continuación puso los zapatos abiertos hacia el calor.

—Necesitará ropa —dijo el fraile.

La mujer lo miró inquisitivamente.

—Puede que en el futuro se convierta en un buen sacerdote —le explicó el religioso—. Pero por ahora es solo un chico y la sotana no es suya.

La mujer miró de nuevo a Mercurio. Se acercó a él y le atusó el pelo mojado apartándole un mechón de la frente. Sonrió. Cogió un trapo que colgaba del mango de una gran sartén y, sin preámbulos, le frotó la cabeza. Por último, lo peinó de nuevo.

Mercurio se quedó atónito. Jamás habría imaginado que permitiría a alguien hacer algo así.

—Me llamo Anna del Mercato, así es como me conocen todos —dijo la mujer a Mercurio, que no parecía decidirse a hablar—. Mojado como un pollito y mudo. —Se rio la mujer dirigiéndose al fraile—. ¿A quién me has traído, hermano Amadeo?

—Pietro Mercurio de los huérfanos de San Michele Arcangelo —dijo de un tirón Mercurio.

La mujer soltó una sonora carcajada, pero sin la menor malicia. Lo único que emanaba de ella era un calor tan agradable como el de la chimenea, pensó Mercurio.

—¡Menudo nombre! —exclamó Anna del Mercato—. Es tan largo como el de un noble español, si bien no creo que lo seas, porque san Michele Arcangelo es el patrón de Mestre. Por eso has ido a parar a la ciudad adecuada, muchacho.

Mercurio esbozó una sonrisa. El calor empezaba a entorpecer su mente. Sentían que los párpados le pesaban.

—Descansa, que es bueno para la salud —dijo Anna del Mercato y atizó la llama removiéndola con una larga caña ennegrecida. Después subió al piso de arriba.

Benedetta se sentó en el borde de la chimenea al lado de Mercurio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó en voz baja. Con el rabillo del ojo vigilaba al predicador y a Zolfo.

El fraile estaba sentado a la mesa y se había escanciado un vaso de vino tinto. Zolfo estaba a su lado.

—Parece su clérigo —rezongó Mercurio.

Anna del Mercato bajó de nuevo con unas prendas de vestir en la mano. Mercurio notó que tenía los ojos brillantes, como si hubiese llorado o estuviese conteniendo las lágrimas. Con todo, seguía sonriendo a su manera, nítida y alegre.

—Aquí tienes —dijo Anna exhalando un suspiro—. Deberían quedarte bien. La casaca es de fustán, pero la forré con piel de conejo. Es abrigada, ya lo verás. — Sonrió una vez más—. Los calzones no están de moda, pero la lana es buena. —Su mirada se perdió en los recuerdos. Pero no añadió nada más. Dejó la ropa, incluida una camisa de lino basto y una camiseta de lana cocida, en el respaldo de la silla. Miró los zapatos de Mercurio, que se estaban secando cerca de las brasas—. Son un poco ligeros, pero no tengo zapatos —dijo. Miró de nuevo a Mercurio, ensimismada en sus recuerdos, ya lejanos, y se sobrepuso—. Hay un poco de sopa. Os sentará bien tomar algo caliente, chicos. —Cogió los cuencos de madera y los llenó. Se los ofreció a los jóvenes y al sacerdote—. No tengo cucharas, arreglaos como podáis, esta no es una fonda de lujo —dijo sin dejar de sonreír.

Mercurio bebió su porción en menos que canta un gallo. Era sabrosa, de col y rapónchigo.

Anna del Mercato removió la olla y sacó media costilla de cerdo con un poco de tocino y de carne aún pegados al hueso y se la pasó.

—Era la última, lo siento —dijo a los demás, que la miraban esperanzados—. Él la necesita más —añadió. Vio que los calzones estaban secos y se los tiró a Mercurio—. Vamos —le dijo—. Veamos cómo te queda la ropa.

Mercurio se puso los calzones y luego la camiseta, la camisa, los pantalones y la casaca. Le quedaban un poco holgados, pero, en conjunto, eran de su talla.

Anna asintió con la cabeza con los ojos resplandecientes.

—Ahora descansa —dijo señalando el jergón que había en el suelo.

El fraile no se levantó de la mesa y Zolfo no se despegó de él. Benedetta cogió la manta de Mercurio, se la echó a los hombros y se tumbó en un jergón de paja que había en un rincón lanzando una mirada torva a Zolfo. Mercurio, en cambio, se sentó de nuevo en la silla que había frente a la chimenea. Aún no se había liberado del frío.

Anna cogió un taburete, lo puso al lado de él y se sentó. Por unos segundos miró las brasas en silencio. Después, en voz baja, empezó a hablar sin apartar los ojos de la llama.

—A él no le sentaban tan bien como a ti —dijo.

Mercurio se volvió y vio que en sus labios se dibujaba una sonrisa remota y que tenía de nuevo los ojos brillantes.

—Mi marido era un hombre de aspecto ordinario, no tan guapo como tú — continuó Anna—. Pero era mi hombre. Y era un buen hombre. Jamás me pegó, ni siquiera una vez. —Se volvió hacia Mercurio. Tocó la casaca que había forrado con piel de conejo—. El buen Dios no nos concedió la gracia de tener un hijo, pero no me lo reprochaba y nunca se acercó a otra mujer. Decía que deberíamos haber adoptado un huérfano, que nos habría ayudado a roturar la tierra y en el mercado. Pero lo cierto es que le habría gustado tener uno. —Acarició una mejilla de Mercurio—. Le

alegraría ver a un chico tan guapo como tú vestido con su ropa.

Mercurio deseaba decirle algo afectuoso, pero en ese momento no podía hablar.

—Sí... —se limitó a decir.

Permanecieron un rato más en silencio contemplando el fuego.

Después Mercurio le preguntó susurrando:

—La primera vez... tu marido y tú... os... ¿os cogisteis la mano?

La mirada de Anna se perdió de nuevo en el pasado. Después soltó una risotada.

—Bueno... no precisamente. —Siguió riéndose, de una forma que animaba a Mercurio—. Algo por el estilo, chico. ¿Me entiendes?

—Bueno...

Anna del Mercato sonrió y le volvió a revolver el pelo.

—Claro que no, qué estúpida soy. Aún eres un crío... En fin, quiero decir que las manos... de los dos... pues bien, de una forma u otra... tenían que ver.

—Ah, sí —dijo Mercurio fingiendo que la había entendido.

Anna del Mercato se rio avergonzada.

—Pero bueno, chico... menudas cosas me obligas a decir. —Bajó la mirada y se perdió de nuevo en los recuerdos. Acarició la casaca—. Ya verás cómo te abriga.

—Sí.

—Eran las últimas cosas que guardaba —dijo Anna—. Ahora ya no me queda nada suyo. —Volvió a mirar el fuego—. Me regaló un collar —susurró, como si estuviese hablando consigo misma—. Era precioso. Un hilo de oro bajo trenzado y una cruz del mismo metal con una piedra verde en el centro. —Se levantó—. Me voy a dormir. E intenta hacerlo tú también, muchacho. —Pero no se movió. Permaneció de pie, dentro de la gran chimenea, contemplando las brasas—. Murió hace dos años, ¿sabes? —dijo, por fin—. Aplastado por un carro, en el mercado. Ni siquiera era suyo. Era el carro de un desconocido. Se había quedado atascado y él lo estaba ayudando. Una de las ruedas cedió y el carro se volcó y le aplastó el pecho, y ese corazón tan grande que tenía.

Su expresión no podía ser más digna, pensó Mercurio. Se volvió hacia Zolfo, que estaba hablando por los codos con el fraile, con los labios tensos, casi haciendo rechinar los dientes. También él había perdido a alguien muy importante, pero reaccionaba con rabia al dolor. Miró a la mujer. Ella no. Y eso que ni siquiera parecía fuerte para sobrellevarlo, pensó.

—Me gasté el poco dinero que tenía para pagar un ataúd como Dios manda. Y un funeral —dijo Anna del Mercato—. Traté de reiniciar el trabajo que hacía cuando había conocido a mi marido. Organizaba las compras de víveres para varias familias importantes de Venecia que se habían quedado sin dinero. Dado que vivía en Mestre, podía garantizarles mejores precios. Aquí la mercancía cuesta menos. Pero nadie me quiere ya. Las familias se enriquecieron de nuevo y se avergonzaban de tenerme por

medio, porque les recordaba los malos tiempos, como un pájaro de mal agüero. — Anna exhaló un suspiro—. De manera que salí adelante alquilando camas a los jornaleros, pero en invierno nadie trabaja la tierra y este año el hielo me ha quemado el huerto. —Se tocó el pecho, justo debajo del cuello, como si buscara algo que siempre había estado allí. Las lágrimas se le saltaron a los ojos—. He tenido que empeñar el collar, pese a que juré que jamás lo haría. Isaia Saraval, el usurero que está en la plaza grande, me ha dado veinte monedas de plata por él. —Anna bajó los ojos avergonzándose de nuevo por haber tomado esa decisión—. Nunca conseguiré ganar todo ese dinero para recuperarlo.

Era una lástima que esa mujer no hubiese tenido un hijo, pensó Mercurio. Jamás lo habría abandonado en el torno de un asqueroso orfanato.

«Mi madre era una verdulera que iba todas las mañanas al mercado...», pensó. Si hubiese nacido de esa mujer no se habría convertido en un estafador y no habría matado al comerciante. Pero no había sido así, y de nada servía darle vueltas.

—Lo siento —dijo con frialdad tratando de guardar las distancias entre la mujer y él.

Anna del Mercato asintió levemente con la cabeza, mirándolo sin el menor asomo de rencor.

—Ya te he aburrido bastante, muchacho —dijo. Le atusó de nuevo el pelo y se marchó.

—¿Qué quería? —le preguntó Benedetta cuando Mercurio se tumbó en el jergón a su lado.

—Nada —contestó Mercurio. No obstante, se dio cuenta de que no había logrado abatir el muro que se erigía entre él y Anna del Mercato. Le pareció sentir aún la mano de ella en su pelo.

—Esos dos no han dejado de hablar ni un momento —dijo Benedetta señalando a Zolfo y al fraile con la barbilla.

—Tengo sueño —la atajó Mercurio girándose. Cerró los ojos.

«Mi madre era una verdulera y vendía en el mercado. Me subía a su carro, al lado de los rapónchigos y las cebollas. Me había cosido una casaca de fustán y la había forrado con piel de conejo para protegerme del frío...».

Simon Baruch estaba sucio y cansado. Ni siquiera él sabía cuántos días había permanecido escondido en la cantera de toba, en la periferia de la Ciudad Santa. Además, durante todo ese tiempo había dormido poco. Apenas había comido. Estaba aterido. La sotana del párroco que llevaba puesta estaba empapada con la mucosidad característica de la toba, clara y pegajosa.

Había vivido como un animal acosado. Se había guarecido en los recovecos excavados por el hombre en la ladera de la colina. Escuchando todos los ruidos, todos los crujidos. Pero el miedo jamás había llevado las de ganar. Al contrario, cuanto más padecía y percibía el peligro, más aumentaban la rabia y el odio. Además, había comprendido que nada era capaz de nutrir a un hombre como la rabia y el odio. Nada podía robustecerlo tanto.

Todos los viejos valores, los objetivos, los días de su vida pasada carecían ya de sentido. Shimon se daba cuenta de que habían sido simples fantasmas, quimeras, imposiciones. El que había vivido su vida precedente no era él sino un comparsa, guiado y subyugado por los lugares comunes y los imperativos de la comunidad.

Él era otro, y ahora que lo había encontrado nunca volvería a abandonarlo.

Llevaba en el bolsillo su nueva vida, su nuevo destino. De cuando en cuando, en los momentos de mayor debilidad, cuando su voluntad se tambaleaba, su mano se alargaba hacia el trozo de pergamino que certificaba que era Alessandro Rubirosa, cristiano, bautizado en la pequeña iglesia de San Serapione Anacoreta, en el año de Dios mil cuatrocientos setenta y uno.

Cuando se sintió preparado se cubrió la cabeza con la capucha, se encaminó hacia la ciudad y llegó a la plaza de Sant'Angelo in Pescheria, el lugar donde todo había iniciado.

Miró alrededor. La plaza estaba exactamente igual que el día en que lo habían robado.

Sintió crecer el odio y la rabia. Volvió a ver los detalles de la escena. En primer lugar a la muchacha pelirroja que había turbado sus sentidos, después al chico de tez amarillenta que le gritaba algo y, de inmediato, al gigantesco demente que le había salido al encuentro fingiendo que pedía limosna. Solo ahora Shimon podía ver todo lo que debería haber visto ese día. Las miradas con que los chicos coordinaban sus movimientos. El plan había sido perfectamente trazado. Y el jefe era, sin lugar a dudas, al que más odiaba Shimon. El chico con el gorro de judío que le había deseado la paz en su lengua, que había fingido que peleaba con el demente, que había simulado que lo defendía. Por un instante Shimon había sentido la tentación de intervenir a favor del joven judío. Qué estúpido había sido. Pero en ese momento recordaba sobre todo el miedo que lo había estrangulado. Qué idiota, se repitió. El

plan de los delincuentes se basaba, sobre todo, en el miedo del judío miedoso.

«No volverás a tener miedo», se dijo. «Y no volverás a ser judío».

Shimon recordaba la dirección por la que habían escapado los tres chicos simulando que se perseguían entre ellos. Enfiló el mismo camino. Dobló a la derecha, pero enseguida se encontró de nuevo en un laberinto de callejones que se perdían en el corazón de Roma y pensó que los ladrones debían de haber buscado un lugar aislado donde refugiarse. De manera que volvió atrás y dobló a la izquierda. La calle se estrechó enseguida y se llenó de barro, hasta que desembocó en el terraplén del Tíber, frente a la isla Tiberina.

Shimon contempló el río meditabundo. Pensó que no podían tener una barca. Hizo ademán de retroceder. Así no los iba a encontrar, se dijo con cierta crispación.

Pero mientras se volvía oyó un ruido que llamó su atención. Miró hacia la mitad del terraplén, en dirección a una zarza que se movió y rodó hacia la orilla, que quedaba abajo.

—¡Ah, maldición! —exclamó la figura larguirucha que apareció de repente, como salida de la nada. Era un hombre de aspecto inquietante, sombrío, vestido de forma llamativa, con un cuchillo a la turca envainado en un fajín de color naranja que llevaba atado a la cintura, bajo la casaca morada—. Vaya sitio de mierda —masculló; a continuación se volvió hacia la alcantarilla de la que había salido y gritó con una voz desagradable—: ¡Daos prisa, idiotas!

Shimon vio que a cierta distancia había un carrito negro, de dos ruedas, completamente nuevo y atado a un pequeño caballo árabe, nervioso y ágil.

El hombre que había salido del sumidero escupió al suelo y se dirigió hacia el carro.

Al cabo de un instante cuatro niños andrajosos salieron de la misma boca de la alcantarilla. Tenían unos diez años y escalaban el terraplén fangoso con dificultad, resbalando, y cargados de vestidos y cestas de mimbre.

—¡Vamos, daos prisa! —gritó el hombre, que se había sentado ya en el carro y había empuñado el látigo.

Los niños apretaron el paso. Los primeros dos llegaron al carro y metieron las prendas de vestir en la parte posterior de cualquier manera. Otro se cayó poco antes de llegar y se levantó enseguida. El cuarto, el más pequeño, iba cargado como un mulo, llevaba tantas cosas encima que apenas podía ver por dónde iba. Tropezó con un arbusto, perdió el equilibrio y, para sostenerse en pie, soltó lo que transportaba. Los vestidos y la gran cesta de mimbre rodaron por el suelo.

—¡Imbécil! —gritó el hombre desde el carro. Acto seguido hizo chasquear el látigo sobre los dos recién llegados—. Id a ayudarlo —les ordenó.

Shimon había observado con curiosidad la escena. ¿Cómo era posible que saliesen tantas cosas de esa alcantarilla? La pregunta le había puesto los pelos de

punta. Así pues, se había acercado a ellos y había visto en la cesta volcada, entre una peluca, unos cuantos gorros de cocinero y de pintor, varios pares de gafas y barbas postizas, un gorro amarillo de judío. Excitado, se había aproximado aún más.

Mientras tanto, los dos niños habían llegado ya y estaban ayudando a su amigo. Recogieron todo y echaron a correr hacia el carrito. Pero el más pequeño vio que algo había ido a parar detrás del arbusto. Algo que nadie había visto.

Con el corazón en un puño, Shimon saltó hacia el niño y le arrancó de la mano lo que había cogido.

Era un saquito de cuero con un lazo. Un saquito especial, porque tenía un *hamsa* rojo pintado encima. Una mano estilizada. Una protección contra el mal de ojo y la desgracia.

—¿Qué haces, padre? ¡Suéltalo enseguida! —gritó el hombre desde la carroza.

Conmovido, Shimon miraba el saquito con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Me has oído, cura? —dijo el hombre apeándose del carro y acercándose a él con andar agresivo.

Shimon pasó el pulgar por la superficie áspera de la mano estilizada que él mismo había pintado.

—Es mío. Suéltalo enseguida —dijo el hombre arrancándole de la mano el saquito que había contenido las treinta y seis monedas de oro florentinas que Shimon había ganado en una sustanciosa compraventa de cuerdas.

Shimon miró al hombre. Su expresión era dura, pero Shimon ya no tenía miedo. De nadie. Habría sido capaz de quitarle el cuchillo curvo que llevaba en el fajín y de degollarlo allí mismo, delante de todos. Y si hubiese podido hablar, mientras asistía a su muerte le habría susurrado al oído: «No. Es mío». Y se habría reído.

—¿Qué miras, padre? —dijo el hombre de nuevo con agresividad.

Pero Shimon notó en su mirada cierta vacilación. Sonrió.

—¿Qué quieres? —repitió el hombre.

Shimon no podía responder ni quería hacerlo. Siguió escrutándolo. Sin miedo.

El hombre se volvió, quizá cohibido, y se dirigió al carro. Hizo chasquear el látigo y gritó furioso a los niños:

—Os espero en las fosas. ¡No perdáis tiempo! —El caballito árabe hizo un movimiento extraño y después partió a toda prisa.

Shimon sentía una gran paz en su interior.

«Te he encontrado», pensaba.

Esperó a que los niños echaran a andar y a continuación, manteniéndose a cierta distancia de ellos para que no lo vieran, los siguió.

Cuando llegó a las fosas comunes olfateó el aire. Así pues, este era el olor que ahora debían de tener el párroco y su ama de llaves. La idea lo puso de buen humor. Se sentó en un pequeño saliente desde el que podía vigilar todo sin ser visto. Divisó a

lo lejos al hombre. Los niños lo temían. Incluso los más mayores. A esa distancia toda la zona parecía una fábrica en funcionamiento en la que todos desempeñaban sus tareas con eficiencia. La muerte era un trabajo como cualquier otro.

Al anoecer, Shimon se levantó, se masajeó las nalgas ateridas y bajó a las fosas comunes después de haber cogido un bastón robusto y corto. Se golpeó con él un par de veces la palma de la mano para habituarse a él y luego entró en la chabola del hombre. Cuando este se levantó de la mesa donde estaba comiendo y empuñó su cuchillo turco, Shimon le golpeó en la sien. Le asestó un golpe feroz con frialdad, sin experimentar la menor emoción. El hombre se desplomó inconsciente. Shimon le desató el fajín de la cintura y se valió de él para atarle las muñecas a la viga central de la chabola. Luego ocupó el asiento del hombre y dio buena cuenta de la sopa, se comió el pollo a mordiscos y apuró el vino.

Cuando hubo acabado vio que el hombre había vuelto en sí y lo miraba en silencio. Shimon buscó un trozo de papel y una pluma. Encontró todo en el cajón de un mueble torcido que había en un rincón de la chabola. Hojeó el libro. Era un registro de los muertos. O, al menos, eso parecía. La pluma estaba medio despuntada y la tinta era de mala calidad, o quizá le habían echado agua para ahorrar.

«¿Cómo te llamas?», escribió.

—Scavamorto.

«¿Dónde está el joven que vive en la alcantarilla?».

—¿Quién?

Shimon golpeó a Scavamorto en la boca con el bastón. Después le mostró de nuevo la pregunta que había escrito.

Scavamorto la miró sin temor alguno.

—Se ha marchado.

«¿Cómo se llama?».

—Mercurio.

«¿Y adónde ha ido?».

—¿Qué te hace suponer que lo sé?

Scavamorto esbozó una sonrisa.

Shimon sonrió a su vez. En el fondo, el hombre le gustaba. Era como él.

«¿No te asusta morir?»., le escribió.

—La muerte es mi mejor amiga, me ha dado para vivir.

Shimon asintió con la cabeza. Sí, ese hombre merecía respeto. Volvió a enseñarle la pregunta que le apremiaba.

«¿Adónde ha ido?».

—A Milán o a Venecia —contestó Scavamorto—. Puedes sacarme los ojos con las uñas si quieres, porque no tengo ni idea de cuál de las dos ciudades ha elegido.

Shimon lo miró fijamente. Estaba diciendo la verdad, aunque quizá podía

sonsacarle algo más. Había leído algo en sus ojos.

«Aprecias a Mercurio, ¿verdad?».

Scavamorto no respondió, pero la luz de sus ojos cambió. Shimon sabía que eso equivalía a un sí.

«Él escucha lo que le dices». No había puntos interrogativos.

Scavamorto siguió escudriñándolo sin contestar.

Shimon escribió su pregunta.

«¿Qué opinas, Milán o Venecia?».

Scavamorto bajó la mirada por primera vez. Shimon pensó que había mentido.

—Venecia.

Shimon asintió con la cabeza. Después le golpeó en la sien con el bastón. Aprovechando que Scavamorto se había desvanecido lo desnudó y se puso su ropa. Si bien se había prometido que no lo volvería a hacer, se dejó vencer por la curiosidad y se miró en un gran espejo que había apoyado en el suelo y que debían de haber arrancado de un armario cualquiera. Le gustaba cómo le quedaba la ropa. Un judío jamás se habría puesto unas prendas tan vulgares.

Mientras se miraba al espejo vio que la venda que llevaba atada al cuello se estaba tiñendo de amarillo. Sintió un escozor. Pero sombrío, lívido. Se la quitó. La herida se estaba infectando. Olfateó la venda. Apestaba. Se frotó con ella la herida quitando toda la materia amarillenta que se había formado sobre ella. Aunque sabía que esto no sería suficiente, porque se formaría de nuevo. Shimon inspiró y gritó a pleno pulmón. La herida se abrió y de ella salió sangre y pus. Gritó repetidas veces, hasta que de la herida solo brotó sangre, roja y resplandeciente. Miró alrededor. Sabía lo que debía hacer. Iba a ser muy doloroso, pero no tenía otra alternativa.

Empezó a abrir todos los cajones de los muebles, pero no encontró lo que necesitaba. Dio una patada a una silla, encolerizado. En ese momento notó algo que antes había pasado por alto. Metió la mano en la bota derecha que le había quitado a Scavamorto. Palpó el interior, justo donde había oído el extraño ruido, y encontró el escondite, cosido a un lado. En él había tres monedas. De oro. Florentinas. Sus monedas.

Las miró y comprendió que había encontrado lo que necesitaba para la herida. Por ironías de la suerte. Se rio y de la herida manó un poco de sangre.

Abrió la estufa que ardía en el centro de la chabola. Encontró la pinza que usaba Scavamorto para remover la leña y el carbón. Apretó la moneda de oro entre los dos extremos de metal y la metió en el fuego. La mantuvo allí hasta que la vio enrojecer, a punto de fundirse.

Entonces la sacó por la boca de la estufa. Se arrodilló y, con un movimiento rápido y desesperado, se puso la moneda en la herida. Si hubiese podido gritar se le habría oído en toda Roma. Cayó al suelo, casi inconsciente. Respiró hondo tratando

de resistir el dolor. Después pensó en lo que iba a ver cuando pudiese mirarse. Con los ojos anegados en lágrimas, hizo acopio de todas sus fuerzas para levantarse y llegar hasta el espejo. Se acercó una lámpara de aceite al cuello.

La herida estaba empezando a hincharse y a llagarse, pero la quemadura no tardaría en curarse y entonces la herida se cerraría y cicatrizaría. Aproximó un poco más la lámpara. Se echó a reír. Se veía ya lo que en unas semanas sería evidente. Un lirio. Grabado al revés en la carne. Al igual que estaba grabado en negativo el borde con relieve de la moneda. Todas las mañanas, al despertarse, su garganta le recordaría cuál era su tarea. Shimon se rio de nuevo.

—Estás loco —dijo a su espalda Scavamorto, que había vuelto en sí y ahora se estremecía, desnudo.

Shimon se volvió con una expresión iracunda en el rostro. Acto seguido agitó las tres monedas de oro ante los ojos de Scavamorto.

—No te mató... —dijo lentamente Scavamorto comprendiendo en ese momento a quién tenía delante—. ¡Eres el judío!

Shimon desvió la mirada, cohibido. Como si, por un instante, hubiese vuelto a ser el comerciante asustadizo de siempre.

«No volverás a tener miedo», se repitió mentalmente. «Y no volverás a ser judío».

Miró a Scavamorto. Le gustaba ese hombre, pero no podía dejarlo con vida.

Dio una patada a la estufa y la volcó al suelo. Acto seguido se precipitó hacia el carro y azotó con violencia al caballo árabe.

Mientras dejaba atrás las fosas comunes se volvió. De la chabola salía un humo denso y oscuro.

Los alaridos de Scavamorto empezaban a subir al cielo, como una terrible súplica.

La noche pasó tranquila en casa de Anna del Mercato. El fuego siguió chisporroteando quedamente en el hogar. Antes del amanecer Anna lo atizó de nuevo y puso el caldo a calentar.

Apenas el fraile se ausentó para ir al retrete que había al otro lado del huerto, Mercurio, mordiéndose media cebolla cruda y un trozo de pan mojado en el caldo, se acercó a Zolfo y le dijo: —Cuando vuelva te despides de él y nos vamos.

—No, yo me quedo con él —contestó Zolfo.

—¿Eres idiota? —le espetó Mercurio—. ¿Qué pretendes hacer? ¿El clérigo?

—Quédate tú también, Benedetta —dijo Zolfo sin hacer caso a su amigo.

—Yo no voy con curas —dijo Benedetta resuelta.

—Combatiremos juntos a los judíos y vengaremos a Ercole.

—¿Se puede saber qué se te ha metido en la cabeza? —preguntó Mercurio.

—Fray Amadeo ha dicho que podrá contar mi historia para que los cristianos comprendan que los judíos son un azote peor que las langostas que Dios envió al faraón —contestó de un tirón Zolfo—. He encontrado un padre y un ideal.

—Pero ¿te das cuenta de cómo hablas? —dijo Benedetta—. Ese fraile te tiene sorbido el seso...

—Déjalo, es un bobalicón —dijo Mercurio. A continuación se volvió hacia Zolfo apuntándole a la cara con un dedo—. Nuestros padres ni siquiera se enteraron de que habíamos nacido y nuestras madres nos tiraron a la calle, les importaba un carajo si llegábamos vivos a la mañana siguiente. Si buscabas un padre podrías haberte quedado con Scavamorto.

—No me interesa lo que dices —respondió Zolfo cruzando los brazos en el pecho. Después se volvió a Benedetta—: ¿Te quedas conmigo?

La joven lo miró en silencio. Sus ojos se colmaron de pesar.

—Mi madre me vendió a un cura —explicó en voz baja—. Era mi primera vez. —Se mordió los labios para contener las lágrimas—. Yo no me quedo.

Mercurio sintió que se le encogía el estómago. Zolfo, en cambio, la miró como si la confesión no le afectase. Con todo, Mercurio sabía que era tan solo una forma de combatir el miedo.

—Ven con nosotros —le dijo tocándole un brazo.

Zolfo se apartó bruscamente. Su voz era dura.

—Quiero mi parte —dijo.

Benedetta miró a Mercurio. Este asintió con la cabeza. Benedetta contó seis monedas de oro y las puso sobre la mesa. Zolfo las cogió de inmediato.

Al entrar de nuevo, fray Amadeo notó la tensión que flotaba en el ambiente. Se acercó a Zolfo y le puso una mano en un hombro como si pretendiese dejar bien claro

que lo poseía. Benedetta y Mercurio le plantaron cara. Zolfo abrió la mano y mostró el dinero al predicador desafiando abiertamente a sus amigos.

Fray Amadeo se quedó boquiabierto al ver las monedas.

—El Señor bendice nuestra santa cruzada con este dinero —dijo.

—Al menos Scavamorto lo habría aceptado sin hipocresía, memo —dijo Mercurio. Puso un cuarto de plata sobre la mesa—. Esta es para Anna del Mercato. No te la metas en el bolsillo, fraile. —Sostuvo la mirada al religioso, pasó por delante de él y se dirigió a la puerta—. Vamos, Benedetta.

La muchacha miró a Zolfo. Sabía que detrás de la máscara de dureza se ocultaba un niño, pero no sabía cómo arrancársela. Cabeceó y a continuación se reunió con Mercurio en la calle.

Anna del Mercato estaba en la huerta cuando vio que se marchaban. Siempre sucedía lo mismo, llegaban por la noche y se iban a la mañana siguiente. Pero ese chico no era como los demás, porque ahora vestía la ropa de su marido. Al verlo desaparecer sintió una punzada en el corazón. Levantó la azada y cuando la bajó con los ojos velados erró el golpe y partió en dos una col negra que había sobrevivido al hielo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Benedetta al poco que caminaban.

Mercurio estaba turbado por lo que Benedetta le había confesado a Zolfo. La vida era un asco para todos ellos, Mercurio lo había comprendido demasiado pronto. En ese momento entendía también lo que pretendía decirle Scavamorto cuando le había explicado que el hecho de haber sido abandonados por sus madres podía ser una suerte para algunos de ellos. No contestó.

—¿Entonces? ¿Adónde vamos? —preguntó de nuevo Benedetta.

Mercurio la miró.

—¿Sabes lo que me dijo esta mañana Anna del Mercato apenas me desperté? Me preguntó si tenía un proyecto.

—¿Qué significa eso?

—Dijo que los seres humanos deben tener siempre un proyecto si quieren vivir de verdad.

—¿Y ella, qué proyecto tiene? —preguntó Benedetta, polémica.

—Su proyecto era su marido. —La voz de Mercurio vaciló—. Pero ha muerto. Así que me dijo que, de alguna forma, ella también está muerta.

—¿Y a nosotros qué nos importa?

—No lo sé... —Mercurio dio una patada a una piedra—. Solo que me dio por pensar que yo nunca he tenido un proyecto. O, al menos, eso creo.

—Bah, bobadas de vieja.

—Sí...

Caminaron en silencio. Mercurio pateaba todas las piedras que encontraba.

Benedetta se encogía de hombros con un estremecimiento.

—¿Y qué proyecto tenemos nosotros ahora? —preguntó la joven al cabo de un rato.

Mercurio se volvió para mirarla. Pero, en lugar de ver a su amiga, veía a Giuditta.

—Encontrar una barca que nos lleve a Venecia —dijo—. Vamos a la plaza central.

La plaza del mercado y de los negocios aún no se había despertado a esas horas. Mercurio preguntó a varios barqueros, pero todos le dijeron que en tiempos de guerra los forasteros no podían entrar en Venecia. Mientras vagaban por la plaza Mercurio vio una tienda con un toldo azul. Observó que los pocos clientes que la frecuentaban tenían un aire triste. Intrigado, se acercó a ella y vio que se trataba de una casa de empeños.

—¿Quién es el usurero? —preguntó a un transeúnte.

—Isaia Saraval —le contestó el hombre.

Mercurio escudriñó el interior de la tienda. Vio a un hombretón que lo miraba fijamente. Lo saludó, pero el tipo no le contestó, pese a que no le quitaba los ojos de encima. Mercurio comprendió que era una especie de vigilante. Después un hombre de unos cincuenta años, con una cara alargada y afilada, y aire amable salió de la tienda adamsada. Llevaba al cuello una larga cadena de la que colgaba una lente de aumento. Con toda probabilidad era la misma lente que el usurero había utilizado para valorar el collar de Anna del Mercato, pensó Mercurio.

—¿Y ahora qué hacemos?

Mercurio vio una taberna delante de la casa de empeños y se encaminó hacia ella. Benedetta comió a dos carrillos. Mercurio, en cambio, dejó la cabeza de cerdo asada con coles hervidas en el plato. Al ver que un joven entraba con aire circunspecto en la tienda de empeños dijo a Benedetta: —Quédate aquí.

Salió y esperó delante del establecimiento.

Al poco el energúmeno que vigilaba los valores de Isaia Saraval echó al joven de la tienda dándole un empujón.

—La próxima vez que aparezcas por aquí mi patrón te denunciará a la policía.

—Pedazo de mierda —rezongó el joven alejándose de allí.

Mercurio se le acercó.

—Buenos días, amigo —dijo.

El joven lo miró, suspicaz.

—Has tratado de empeñar algo que no es tuyo, ¿verdad? —dijo Mercurio.

—¿Quién eres? Desaparece.

—Soy uno como tú, compadre —lo tranquilizó Mercurio—. Y estoy buscando un barco que me lleve a Venecia. Puedo pagar.

El joven pareció repentinamente interesado.

—Podrías habérmelo dicho enseguida, amigo —dijo—. ¿Cuánto puedes pagar?

—Somos dos personas —contestó Mercurio.

—Una moneda de plata por cada uno.

—Una por los dos.

—De acuerdo —accedió el joven. Parecía un ratón. Tendió la mano a Mercurio—. Dame la moneda de plata y mañana nos vemos en el Canal Salso.

—¿Me tomas por idiota? —dijo Mercurio riéndose.

—Tengo que encontrar el barco...

—Te daré el dinero cuando esté a bordo —afirmó Mercurio—. ¿Te interesa el trato o no?

El joven cabeceó.

—Está bien. Mañana por la mañana en el Canal Salso —a continuación añadió—: ¿Dónde duermes? Si quieres por medio sueldo te puedo encontrar una habitación en una casa segura.

Mercurio supuso que si aceptaba el joven y sus amigos los desplumarían esa misma noche.

—Al amanecer en el Canal Salso —dijo.

—En el amarre del pescado. La barca se llama *Zitella*. Di que te manda Zarlino, así me llamo —dijo el joven malhechor—. No te puedes equivocar.

—No me equivocaré, Zarlino. —Mercurio volvió a la taberna, donde Benedetta también había dado buena cuenta de la cabeza de cerdo y había bebido demasiado vino—. Tenemos que encontrar un sitio donde dormir —le dijo.

—Me gustaría que Zolfo estuviese aquí —farfulló Benedetta.

Mercurio preguntó al tabernero si tenía una cama para él y su hermana. Este le respondió que se acababa de quedar libre una habitación. Tenía unos colchones de salvado y poquísimos piojos, le aseguró.

Mercurio llevó a Benedetta al piso de arriba, casi a hombros. Apenas se dejó caer en el colchón la joven exhaló un suspiro de placer y se durmió enseguida. Mercurio se asomó a la ventana del cuarto y miró la plaza.

Frente a él, el toldo azul de la casa de empeños de Isaia Saraval ondeaba ligeramente.

Mercurio salió cuando estaba a punto de anochecer, después de haber sacado del fajín de Benedetta el saquito con las monedas de oro, sigilosamente, para no despertarla. Deambuló un poco por la plaza y después, tras haber tomado su decisión, entró en la casa de empeños.

Benedetta se había despertado al oír que Mercurio cerraba la puerta. Le dolía la cabeza por el vino, pero enseguida se dio cuenta de que ya no tenía el dinero. Se levantó de un salto y se asomó a la ventana. No vio a Mercurio. «Canalla», imprecó. Se enjuagó la cara con el agua helada de la palangana que había al lado de la cama.

Volvió a mirar por la ventana y vio que Mercurio doblaba la esquina de la plaza y enfilaba un callejón. «Canalla», repitió mientras salía como un rayo de la habitación y se lanzaba en su búsqueda.

Lo siguió sin que la viese, nutriendo pensamientos cargados de rencor y estudiando todas las formas posibles para matar a Mercurio, el ladrón. Peor aún, el traidor. Pero se quedó de piedra al ver que su amigo entraba con aire furtivo en casa de Anna del Mercato y que después salía de ella a toda prisa.

Lo esperó agachada detrás de un árbol marchito y cuando Mercurio estuvo lo suficientemente cerca salió de su escondite y se plantó delante de él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mercurio con una expresión de sorpresa que Benedetta consideró de culpabilidad.

—Soy yo la que debería preguntarte eso.

—No te concierne.

—Tienes mi dinero. Vaya si me concierne.

Mercurio trató de dejarla atrás. Tenía prisa y sus maneras eran bruscas.

Benedetta no comprendía nada. Le bloqueó el camino. En ese momento se oyó un grito procedente de la casa. Benedetta reconoció la voz de Anna del Mercato.

—¿Qué has hecho? —preguntó preocupada.

El grito se repitió. Pero Benedetta se dio cuenta de que era de alegría.

—¡Virgen Santa! —gritaba Anna del Mercato—. ¡Mi collar! ¡Mi collar! — Después la oyeron llorar.

Mercurio empujó a Benedetta detrás del árbol. Desde allí vieron que Anna del Mercato salía corriendo de la casa mirando a derecha e izquierda. La mujer se enjugó las lágrimas y besó el collar que apretaba en la mano.

—Dondequiera que estés, te has ganado el Paraíso, muchacho —gritó.

—¿Qué collar es ese? —preguntó Benedetta después de que Anna del Mercato entrase de nuevo en la casa.

—Vamos a la fonda —dijo Mercurio.

—¿Tiene que ver con la historia del proyecto? —preguntó Benedetta.

—No seas pesada y métete en tus asuntos. —Mercurio se dirigió apretando el paso hacia el centro de Mestre.

—Creía que me querías abandonar —dijo al cabo de un rato Benedetta haciendo un esfuerzo para seguirlo.

—No seas tan pegajosa —respondió Mercurio con ordinareiz.

Benedetta se rio quedamente, a hurtadillas.

A despecho de su nombre, Fray Amadeo da Cortona había nacido en un figón de la ciudad alta de Bérgamo. Su madre solo tenía quince años y había muerto en el parto. Era la hija del dueño del figón.

El cantinero, destrozado por el dolor, había envuelto al recién nacido en una manta, aún sucia de sangre, y había desafiado el frío de la noche haciendo oídos sordos al llanto y a las súplicas de su esposa. Todos los parroquianos lo habían seguido, tanto hombres como mujeres, y todos sabían quién era el padre del niño. Al llegar al convento de los Dominicos, la orden de frailes predicadores, el cantinero había llamado con rabia al portón hasta que el fraile guardián, que se había despertado con el estruendo, había abierto la mirilla y había escudriñado fuera. El cantinero, vociferando, había obligado al fraile guardián a que despertase de inmediato al hermano herborista. El fraile guardián, asustado, había entrado corriendo en el convento, donde se estaban encendiendo ya las primeras velas, y había contado que una multitud de exaltados exigían que saliese el fraile herborista.

—¡Aquí tienes a tu bastardo! —había gritado el cantinero con los ojos casi fuera de las órbitas cuando el hermano herborista, acompañado de buena parte de los religiosos del convento, se había asomado asustado a la mirilla.

»¡Mató a su madre para nacer! ¡Que su delito recaiga dos veces sobre ti, dado que lo has generado! ¡Que ardas durante toda la eternidad en el fuego del infierno! ¡Yo te maldigo, fraile canalla! ¡Y maldigo también a este bastardo! —Al decirlo había dejado en el suelo al recién nacido, que gemía cada vez más débil, casi aterido. Después el cantinero se había dado media vuelta y mientras regresaba al figón había estallado en llanto por la muerte de su única hija, que se había dejado seducir por el religioso.

El fraile herborista se llamaba Reginaldo da Cortona.

Cuando la multitud se marchó, dispersada por el frío, recogió al recién nacido y lo llevó a un sitio más cálido cruzando el pasillo bajo las miradas severas de sus hermanos. Después lo alimentó con leche de cabra. El niño sobrevivió, así que los frailes se preguntaron qué podían hacer con él. La primera opción era meterlo en un orfanato, como se solía hacer. Pero el hermano Reginaldo da Cortona preguntó si podía quedarse con él para que le recordase siempre su debilidad y su pecado. «Como si fuera una cruz», dijo, pensando exclusivamente en sí mismo, al igual que muchos ministros fanáticos, y sin considerar que, de esa forma, estaba condenando al niño.

De manera que el pequeño, al que habían bautizado con el nombre de Amadeo —lo que había suscitado la hilaridad de muchos frailes, que lo llamaban *Ama-Deo-e-non-le-donne*,^[3]— creció como la pecaminosa excreción del padre, que lo llevaba consigo a todas partes. Los pocos que no estaban al corriente de la escandalosa

historia, se enteraron de ella en los años sucesivos. Amadeo estaba acostumbrado a las miradas constantes de los demás clavadas en él y si por casualidad su padre se encontraba con un forastero, como acto de expiación se apresuraba a contarle de cabo a rabo toda la historia delante de él, sin dejarse en el tintero ningún detalle y golpeándose el pecho. El resultado de tanto ejercicio pio fue que el hermano Reginaldo da Cortona, al cabo de muchos años, logró reconquistar el respeto de los habitantes de Bérgamo, quienes le perdonaron el pecado de juventud en virtud de la tortura con la que afligía al pequeño Amadeo y que hacía pasar por penitencia. El niño, en cambio, siguió siendo siempre la «cruz», al punto que todos acabaron llamándolo de esa forma. A decir verdad tampoco tuvo la oportunidad de convertirse en otra cosa.

Una tarde, cuando tenía diez años, Amadeo se escapó del convento. Tenía una meta precisa: el figón en el que había nacido y en que había muerto su madre. Cuando se asomó al local, oscuro y miserable, identificó enseguida al dueño, su abuelo, y a su esposa, su abuela. Se acercó al hombre tímidamente, en tanto que los escasos parroquianos, que lo habían reconocido, se callaron y lo miraron. También el cantinero sabía quién era el niño.

—Siento lo que le hice a mi madre —dijo Amadeo con una vocecita fina, arrodillándose, porque a lo largo de esos años lo único que había aprendido de su padre era a expiar sus pecados.

El cantinero había titubeado unos segundos, como si estuviera a punto de conmoverse —como había hecho su mujer, que se había tapado la boca con una mano—, pero después había dicho al niño:

—Fue mi hija durante quince años y madre tuya durante los escasos segundos que tardaste en matarla. No tolero que digas que es tu madre en mi presencia.

El niño se sintió herido al oír esas palabras. Inclino la cabeza, se tragó la humillación y encontró la fuerza de decir:

—Lamento lo que le hice a tu hija.

La abuela rompió a llorar sin poderse contener por más tiempo, y habría corrido a abrazar a su nieto —que tenía los mismos ojos pequeños, azules y penetrantes de su hija— si no hubiese sido porque su marido la detuvo con la mirada. Después el cantinero se mostró aún más duro, miró al niño apuntándolo con un dedo.

—Vete, ser inmundo —le dijo y, no encontrando nada mejor para expurgar el odio que sentía por el pequeño y sin saber por qué lo decía, dado que no era algo que lo atormentase, añadió—: En este mundo solo los judíos son más repugnantes que tú.

Amadeo fue castigado cuando regresó al convento. Pero a partir de ese día empezó a informarse sobre los judíos y descubrió, por encima de todo, que eran los asesinos de Nuestro Señor Jesucristo, los que lo habían crucificado, y que, desde entonces, cargaban con el tremendo pecado del calvario. De esta forma, en su sencilla

mente infantil se hizo la luz. Era lógico que los judíos fueran peor que él. En el fondo, habían matado al Hijo de Dios, y él solo a una pobre muchacha. Por primera vez en su breve existencia experimentó cierta sensación de alivio. Había dejado de ser el peor excremento de la sociedad. Por primera vez tenía alguien a quien despreciar con todas sus fuerzas, igual que hacían los demás con él.

Los judíos podían ser su moneda de rescate. Así pues, no habían tardado en convertirse en la razón de su vida. El odio que podía volcar en ellos lo ayudaba a sentirse mejor y, por primera vez, en lo correcto. Se había convencido de que el odio que sentía por los judíos era, en realidad, un acto de amor hacia Dios, de manera que se había dedicado en cuerpo y alma a este santo odio y había decidido consagrar su vida a la lucha contra la gente de Satanás. Con el pasar del tiempo, Amadeo se había convertido en predicador, como su padre. Para entonces había olvidado ya a su abuelo y lo que este le había dicho sin ton ni son. Al cabo de unos años olvidó cuál era el origen de su odio. Lo había asimilado como si fuese algo natural y, sobre todo, justo.

Por eso sabía usar las palabras adecuadas para alimentar el odio de Zolfo.

El hermano Amadeo da Cortona sabía reconocer tanto la bondad como la debilidad. Por la primera razón había podido alojarse en casa de Anna del Mercato. Por la segunda sabía que lograría convertir a Zolfo en el abanderado de su batalla.

—Contaré tu historia para mostrar al mundo los caminos que recorre Satanás del brazo de sus siervos judíos —dijo una vez más al chico mientras se dirigían al muelle del Canal Saldo—. Pero será necesario efectuar unas cuantas... correcciones a tu historia. Por ejemplo, no hace falta que digas que robasteis al comerciante. Así el pecado del pueblo judío será más evidente, ¿comprendes?

Zolfo asintió con la cabeza, dispuesto a jurar en falso con tal de vengarse de los judíos, que eran más culpables del asesinato de Ercole que de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

—Ahora debemos embarcarnos para ir a Venecia —prosiguió el hermano Amadeo—. Venecia es la ciudad de los judíos. Allí celebran sus *sabbats* y organizan sus pecaminosos negocios. Allí es donde necesitan más que nunca nuestra acción purificadora.

Una vez en el muelle el fraile se acercó a un gran barco en el que estaban cargando el pescado destinado al mercado de Rialto.

—Buen hombre —dijo fray Amadeo a uno de los pescadores—, ¿estarías dispuesto a llevarnos a Venecia?

El pescador lo miró indeciso. Sus ojos se posaron en una gran cesta de mimbre que había en popa, cubierta por una tela apestosa y manchada con la sangre que manaba de las vísceras de los pescados.

—Podemos pagar —dijo Zolfo, que había intuido la idea del pescador.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre a la vez que miraba fijamente al religioso.

—¿Cuánto quieres? —preguntó Zolfo, que parecía más capacitado que el sacerdote para regatear, y miró la cesta. Por unos segundos tuvo la impresión de que esta se movía imperceptiblemente. Después vio dos dedos o, al menos eso le parecieron, que asomaban por las redes de mimbre. Dio un paso hacia delante en el muelle y bajó uno de los peldaños viscosos para mirarla mejor. Los dedos se retiraron al interior de la cesta.

El pescador parecía inquieto.

—¿Cuánto quieres? —le preguntó de nuevo Zolfo.

El pescador estaba en un tris de responder, pero antes miró alrededor. Vio que dos guardias se acercaban a ellos.

—Marchaos —dijo de repente en voz alta.

Zolfo miró hacia los guardias que estaban ya a una decena de pasos de ellos.

—Vamos, ¿cuánto? —lo apremió mirando de nuevo la cesta. Estaba casi seguro de que no contenía pescado—. Si no me contestas diré a los guardias que tienes un fugitivo escondido en la cesta —lo amenazó.

El pescador palideció.

—Marchaos, os lo ruego —dijo.

—¿Cuánto? —repitió Zolfo inclinándose hacia la cesta. Si alargaba una mano podía volcarla. En ese momento oyó una voz procedente de la misma.

—Zolfo —susurró—. No nos traiciones.

Zolfo reconoció la voz, era Benedetta. Reculó sorprendido. Miró al pescador y a fray Amadeo. Ninguno de los dos la había oído.

Benedetta se estremeció en el interior de la cesta.

Acurrucado a su lado, Mercurio le apretó la mano.

—No te muevas —susurró.

Habían pagado al pequeño delincuente que habían conocido en la plaza del mercado y se habían embarcado al amanecer. Hacía más de una hora que estaban ovillados en la cesta, envueltos en el nauseabundo olor a pescado. Observaban la escena a través de la red de mimbre, temiendo que no tardasen en descubrirlos.

Vieron que Zolfo daba un paso hacia detrás y que decía tirando de una manga del fraile:

—Busquemos otro barco.

—¡No, quiero que este hombre nos lleve a Venecia! —exclamó el hermano Amadeo alzando demasiado la voz.

—No se puede ir a Venecia —le dijo uno de los guardias, que estaba lo bastante cerca como para oírlo.

—¡Debo hacerlo! —vociferó el fraile con arrogancia—. ¡Por deseo de Nuestro Señor!

—A Venecia se va por deseo del Dux —respondió el guardia.

—¿Impedirías a un ministro de la Santa Iglesia...? —empezó a decir el hermano Amadeo apuntando al cielo con un dedo.

Pero el guardia lo interrumpió de inmediato.

—A un espía no le costaría mucho ponerse una sotana. —Lo miró gravemente—. En tiempos de guerra la laguna está cerrada a los forasteros.

—¿Pretendes impedírmelo? —El fraile se acercó amenazador al guardia confiando en la protección del crucifijo que llevaba al cuello—. Yo me embarcaré.

—Y yo te arrestaré, hermano.

—Quiero ver si eres capaz.

Desde su escondite, Mercurio y Benedetta vieron que el guardia pedía a su compañero que se acercase con un ademán.

—Coge al chico —le dijo. Después aferró un brazo del fraile con fuerza—. Estás arrestado, en nombre de la Serenísima, sospechoso de ser un espía —dijo con dureza, y lo empujó en dirección a la prisión de Mestre.

—¿Qué hacemos? —preguntó Benedetta, angustiada.

—No te muevas —le ordenó Mercurio mirando a hurtadillas a través del mimbre.

La barca se estaba alejando del muelle. Aprovechando la confusión, el pescador había ordenado a sus hombres que soltasen amarras.

—Pero lo han arrestado —protestó Benedetta viendo que el otro guardia se llevaba a Zolfo.

—No te muevas —silbó de nuevo Mercurio.

Los remadores habían empujado el barco para separarlo del muelle, después se habían sentado en sus bancos y habían metido los remos en las chumaceras.

Benedetta se movió un poco, como si pretendiese salir de la cesta.

—Debería ayudarlo —dijo.

Mercurio no le repitió que no se moviese. El barco se había alejado ya del muelle. A través de la red de mimbre vio que los guardias se paraban y que soltaban a Zolfo y a fray Amadeo. El chico y el fraile se marcharon con la cabeza gacha. Probablemente se dirigían a casa de Anna del Mercato, pensó Mercurio. Zolfo se volvió antes de enfilarse el sendero y miró hacia la cesta.

A Benedetta le pareció que su expresión era triste.

—Ese fraile no me gusta —dijo quedamente.

—Ese fraile es el demonio —afirmó Mercurio.

—¡Soltad los remos! —oyeron Mercurio y Benedetta desde debajo de la cesta de pescado, donde se habían escondido para viajar a Venecia.

—No quiero problemas —dijo el pescador.

—Pero el medio sueldo lo has cobrado ya —le respondió con dureza una voz que Mercurio reconoció como la de Zarlino, el joven criminal que había organizado el viaje clandestino.

—Canalla —murmuró entre dientes Mercurio.

—¿Quién es? —preguntó Benedetta, alarmada.

Mercurio no contestó. Cogió el saquito del dinero y, haciendo el menor ruido posible, sacó todas las monedas de plata que había cambiado en la fonda para no tener que pagar siempre con oro y levantar sospechas. A continuación hurgó bajo las tablas del barco y escondió el saquito. Por último arrancó una punta del chaleco, puso dentro el dinero y lo anudó. Pasó el paquete a Benedetta y le indicó con un ademán que se lo metiese en el escote.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Benedetta.

En ese momento se oyó un choque de maderas. Los habían abordado.

—No quiero problemas —dijo el pescador lloriqueante.

—Entonces cállate —contestó Zarlino—. ¿Dónde los has escondido?

Un momento después una violenta patada hacía volar por los aires la cesta bajo la cual estaban escondidos Mercurio y Benedetta.

—Hola, amigo —dijo riéndose Zarlino empuñando una navaja y dirigiéndose a Mercurio—. Parecéis ratones, más que pescados.

Sus tres compañeros, que estaban a bordo del otro barco, pequeño y medio roto, se echaron a reír. Tenían unas caras desagradables, marcadas por la indigencia, y pocos dientes en la boca, pese a lo jóvenes que eran. Se mantenían pegados al barco del pescador gracias a una rampa.

Mercurio y Benedetta se pusieron de pie y les hicieron frente.

El pescador y sus dos hombres miraban al suelo.

—¿Qué quieres? —preguntó Mercurio. Sentía que la rabia le subía a las sienes haciéndolas pulsar.

—He pensado que necesito más dinero —dijo Zarlino.

—Pues búscate un trabajo —contestó Mercurio. Miró alrededor. Estaban en un canal periférico de la laguna. Alrededor no se veía un ser vivo. El pescador había elegido el lugar para evitar posibles encuentros con la guardia. Y quizás había cometido la estupidez de decírselo a Zarlino. O tal vez se habían puesto de acuerdo de antemano. Junto a ellos crecían matas de juncos altos, con los penachos pelados.

No tenían escapatoria. Nadie pasaría por allí y, en caso de que alguien lo hiciese, era muy probable que se desentendiese de ellos y los abandonase a su destino.

—Las bromas nunca me han divertido —dijo Zarlino.

—Porque eres tan estúpido que no las entiendes —replicó Mercurio.

Con un ademán, Zarlino ordenó a dos de sus compañeros que subieran a bordo. El tercero se quedó en su sitio para mantener unidos los dos barcos.

—Tienes dos posibilidades, amigo —dijo cuando oyó que sus hombres estaban detrás de él—. O nos das el dinero o lo cogemos nosotros. En el primer caso podrás proseguir rumbo a Venecia, en el segundo te degollaremos y luego te tiraremos al canal. Tú eliges.

—Casi estoy tentado de creerte —dijo Mercurio sonriendo—. En el fondo, ¿por qué no debería fiarme de un caballero como tú?

—Por lo que veo sigues haciendo el juglar, ¿eh?

—Soy así —dijo Mercurio encogiéndose de hombros y recorriendo el barco con la mirada. Cuando vio lo que necesitaba saltó con su rapidez habitual, como había aprendido a hacer para sobrevivir a Scavamorto en las alcantarillas romanas. Cogió una red y la lanzó hacia los tres pillándolos desprevenidos. Con ello ganó ventaja. Arrancó a uno de los marineros un remo de la mano y los golpeó con todas sus fuerzas. El golpe dobló en dos a uno de los hombres y dio en la cabeza a Zarlino, que gimió a la vez que caía al suelo.

Entretanto, Benedetta, sin esperar órdenes de Mercurio, había cogido un pequeño mazo redondo que los pescadores usaban para los peces más grandes, y golpeó al tercer agresor, que se retorció tratando de liberarse de la red. Pero el golpe no dio en el blanco, la barca se balanceó, Benedetta tropezó, perdió el equilibrio y cayó en brazos de Zarlino que, mientras tanto, había hecho un agujero en la red y estaba saliendo de ella.

Zarlino la cogió con fuerza, le rodeó el cuello con un brazo y le apuntó la navaja a la garganta.

—Se acabó el juego, amigo —dijo a Mercurio con una risa maligna—. Ahora te vas a dormir, a menos que quieras que la sangre de esta hermosa muchacha salpique tu casaca de fustán.

Mercurio temblaba de rabia. Respiraba como un toro enfurecido, pero dejó caer el remo con un gesto de irritación.

—No tenemos más dinero —dijo jadeando—. Somos dos muertos de hambre como tú...

Zarlino se rio.

—Con ese vestido de campesino pareces un muerto de hambre, desde luego —dijo liberándose de la red de pescar sin soltar a Benedetta, que miraba fijamente a Mercurio con expresión de tormento—. Pero no tanto como pretendes hacerme creer.

—Regístrame —dijo Mercurio abriendo la casaca y sacando el forro de los bolsillos—. No tengo más dinero.

Zarlino lo escudriñó en silencio, con aire serio, razonando. Después su espantosa cara se ensanchó en una sonrisa.

—Te creo, ¿sabes? Es cierto. Tú no llevas dinero encima. —Metió una mano por el escote de Benedetta a la vez que gruñía y palpaba a la joven—. Tienes dos tetitas pequeñas, pero sabrosas...

—¡Déjala! —dijo Mercurio.

—No se estropeará si la toqueteo un poco. ¿La quieres toda para ti? —Mientras hablaba seguía palpando el vestido hasta que, por fin, emitió un sonido de satisfacción—: ¡Ah! ¿Qué tenemos aquí? —Sacó el lío anudado y lo lanzó a uno de sus hombres sin apartar la navaja del cuello de Benedetta.

—¡Diecisiete piezas de plata! —exclamó su compañero tras abrir el envoltorio.

—Vaya, vaya —dijo Zarlino socarrón—. Para ser un muerto de hambre tenías unos cuantos ahorros. Y hasta puede que tengáis más. —Obligó a volverse a Benedetta. La estrechó contra su cuerpo doblándole un brazo detrás de la espalda. Se metió la navaja en el fajín y le metió una mano bajo la falda.

—¡Canalla! —gritó Mercurio—. ¡Era todo lo que teníamos!

Benedetta trató de desasirse, pero Zarlino le retorció con más fuerza el brazo. La joven gimió de dolor y de rabia.

—Bueno, sea como sea encontraré algo interesante aquí abajo, ¿verdad, hermosura? —Sacó la mano, se lamió el dedo medio y volvió a hurgar bajo la falda jadeando en el cuello de Benedetta. Con un movimiento rudo hundió la mano—. Aquí está. ¿Te gusta, guapetona?

—¡Suéltala, canalla! —gritó Mercurio.

En ese mismo instante Benedetta mordió a Zarlino en una oreja clavándole los dientes con ferocidad. El joven gritó de dolor y la soltó. Benedetta lo empujó hacia atrás, contra sus hombros, y reculó. Entretanto Mercurio había recogido de nuevo el remo y lo blandía en el aire, listo para golpear.

—Marchaos —dijo—. Ya tenéis lo que buscabais.

—Antes del mordisco nos habríamos ido —respondió Zarlino con una expresión de dolor dibujada en el semblante. El borde superior de la oreja colgaba como el de ciertos perros después de un combate—. Antes nos habríamos ido, de verdad. Ahora, en cambio, solo nos marcharemos cuando hayas probado mucho más que mi dedo. —Se volvió hacia sus secuaces—. ¿Qué decís?

Los tres hombres se rieron. El que sujetaba la rampa se llevó una mano a la ingle y se la palpó ostentosamente.

—Ayudadnos —pidió Mercurio al pescador.

El pescador y los dos remeros no habían alzado los ojos en ningún momento, ni

siquiera un segundo. Tampoco lo hicieron en ese momento.

Mercurio los miró con desprecio.

—No sois mejores que ellos —dijo—. Sois aún más infames.

—Entonces —dijo Zarlino—. ¿Nos concedes a tu chica sin tantas historias o debemos cortarte el cuello?

—Tendréis que cortarme el cuello. —En la voz de Mercurio no había un ápice de vacilación.

—Peor para ti. Quizá te habrías divertido mirando. —Se rio Zarlino.

—¿Mirar qué? —preguntó alguien.

Un barco largo y rápido, de color negro, apareció como surgido de la nada tras salir de un cañaveral. A bordo viajaba un joven de unos veinte años. Alto, delgado y vestido de negro. Atildado. Pero lo que más llamaba la atención de él era su larga melena lisa, peinada con esmero, y la cinta roja que llevaba atada a un mechón en el lado derecho. Era tan artificialmente claro que parecía más blanco que rubio. Calzaba además unas botas altas hasta las rodillas, ceñidas, con una hebilla de plata. Sonrió, pero su sonrisa no tenía nada de amistosa.

A Mercurio le pareció un lobo mostrando los dientes. Se quedó petrificado.

—¿Qué pasa, miserable, no contestas? —preguntó el joven apoyando distraídamente una mano en la espada corta que llevaba a la cintura, metida en un fajín verde manzana que destacaba en su atuendo negro. Estaba de pie, en proa. Parecía que no tuviese la menor dificultad en mantener el equilibrio.

En la embarcación viajaban otros cuatro jóvenes de aspecto poco recomendable, pero mucho menos desnutridos y groseros que los hombres de Zarlino, que había palidecido.

—Hola, Scarabello —dijo con la voz crispada por el temor—. ¿Qué haces por aquí?

El barco negro se deslizó silenciosamente y metió su proa puntiaguda entre los otros dos barcos. Scarabello mantuvo un pie en el suyo y puso el otro en el del pescador para sujetarse.

—La pregunta pertinente es otra. ¿Qué haces tú en mi zona, miserable?

—Bueno, verás, Scarabello... estos dos me debían dinero y yo... pues bien, he venido a recuperarlo y... en fin, estábamos bromeando con la chica... Es mona, ¿no te parece? —farfulló casi de un tirón Zarlino.

Scarabello lo escrutaba en silencio sin prestar atención a los demás. Como si no existieran. Después, siempre en silencio, alargó una mano con la palma abierta. Tenía los dedos llenos de anillos de todas las formas.

Zarlino se rio entre dientes, azorado. Se encogió de hombros, carraspeó, se masajeó el cuello y por fin hizo un ademán al hombre que había cogido el dinero. Sin vacilar, el hombre puso el envoltorio con las monedas en la palma de Scarabello.

—¿Cuántas? —preguntó este sin mirar el dinero.

—Diecisiete —contestó Zarlino—. De plata.

—¿Y qué tipo de favores puede ofrecer un pordiosero como tú para recibir diecisiete monedas de plata? —preguntó Scarabello.

—Son dos forasteros y los estaba ayudando a ir a Venecia.

Scarabello miró a Mercurio con indiferencia, fugazmente. Después volvió a escrutar a Zarlino.

—No pagarían tanto aunque los sentases al lado del Dux en el Bucintoro.

—La cifra pactada era un sueldo de plata —terció Mercurio—. Y se lo habíamos dado ya.

—Pero no te bastaba, ¿verdad, miserable? —Scarabello no apartaba los ojos de Zarlino. Hablaba con tanto sosiego que helaba la sangre.

—No, Scarabello... esto... debes saber...

—Estos dos me importan un comino —lo interrumpió Scarabello—. Pero que vengas a mi zona y creas que puedes hacer lo que te parezca me molesta mucho. Lo entiendes, ¿verdad?

—Escucha, lo siento, pero...

—¿Lo entiendes? ¿Sí o no?

—Sí... —contestó Zarlino quedamente mirando al suelo.

—Sí —repitió Scarabello en voz baja.

Mercurio observaba la escena en silencio. La fuerza de Scarabello le fascinaba. Y su frialdad. Su capacidad de dominarse a sí mismo, además de los acontecimientos. No demostraba cólera alguna.

—¿Qué me sugieres que haga? —preguntó Scarabello.

—Te lo ruego...

—De acuerdo, comprendo. Eres tan estúpido que ni siquiera sabes qué proponerme para demostrarme que has entendido que no puedes entrar en mi territorio y salir bien parado —dijo Scarabello—. Tendré que pensarlo yo, como de costumbre. Nadie me echa nunca una mano —concluyó suspirando de forma teatral.

—Métele un remo en el culo —propuso Benedetta—. Es más, permíteme que lo haga yo.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, zorra —dijo Scarabello.

—Discúlpala —dijo Mercurio.

Scarabello miró de nuevo a Zarlino.

—Vuelve a bordo de tu bañera —le ordenó.

Mientras Zarlino y sus amigos obedecían, se volvió hacia sus hombres, que habían entendido ya lo que pretendía y que le pasaron un hacha. Con la gracia de un bailarín, Scarabello subió al barco de sus competidores, alzó el hacha en el aire y la clavó con fuerza en el fondo.

—No, te lo ruego... —lloriqueó Zarlino.

Scarabello asestó otros dos golpes precisos alrededor de la primera grieta. El agua salinosa empezó a entrar copiosamente en el casco. Scarabello agarró los dos remos y los lanzó lejos. Después, con un brinco, volvió a su bonito barco.

—Tienes suerte, miserable. Piensa en todas las cosas que podías haber perdido. Una mano, un brazo, la lengua, los ojos... Sigue tú con la lista mientras nadas. —Empujó el barco hacia el centro del canal. A continuación se volvió hacia el pescador—. Y ahora nos toca a nosotros dos. ¿Cuánto te ha dado por hacer algo que deberías haberme pedido a mí?

—Medio sueldo, señor.

—Bien, me daré por satisfecho si me das dos sueldos —dijo Scarabello y, dado que el pescador no se movía, gritó—: ¡Ahora!

El pescador rebuscó en sus bolsillos y reunió la suma.

—Bien —dijo Scarabello—, podéis marcharos. —Se volvió hacia Mercurio y Benedetta—: Supongo que vosotros dos ibais bajo esa cesta, he notado que apestaís como bacalao podrido. Volved a meteros ahí, pero antes dadme al menos las gracias.

—¿Y nuestro dinero? —preguntó Mercurio.

Benedetta le dio un codazo.

Scarabello se echó a reír.

—Eres un caradura, ¿sabes?

—De acuerdo, quédatelo —dijo Mercurio con aire arrogante.

—¿Me estás dando permiso, muchacho? —preguntó Scarabello sin saber si tomárselo a broma o responder a la ofensa.

—Quédatelo en pago de nuestra afiliación —prosiguió Mercurio.

—¿Afiliación? —preguntó Scarabello estupefacto.

—Sí. Acéptanos en tu banda. Soy un buen estafador y ella una buena rompesquinas —explicó Mercurio.

Scarabello parecía divertido por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿De dónde venís?

—De Roma —respondió Mercurio—. Y ella no es mi novia. Es mi hermana.

Scarabello miró a Benedetta.

—Qué extraño, se diría que tenéis la misma edad.

—Yo soy casi dos años más pequeña que él —terció Benedetta—. Mi hermano siempre se ha ocupado de mí y me ha enseñado todo lo que sabe de la calle.

Mercurio pensó que Benedetta era, a decir poco, una buena compañera.

—¿Por qué os marchasteis de Roma? —preguntó Scarabello.

—Por razones higiénicas —contestó Mercurio.

Scarabello se rio.

—¿Robaste la tiara al Papa?

—Puede —respondió Mercurio.

Scarabello sonrió mientras lo sopesaba. Después se volvió hacia el pescador.

—Llévalo a Rialto y explícale dónde está la Lanterna Rossa. —Miró a Mercurio—. Pide una habitación. Es una mierda, pero con dos sueldos de plata no te puedes permitir más por un par de semanas.

—No tengo dos sueldos de plata —replicó Mercurio.

Scarabello sonrió y lanzó al aire dos monedas. Mercurio las cogió al vuelo.

—Puede que vaya a buscarte —le dijo. Empujó el barco para alejarlo y desapareció silenciosamente en la densa tela de araña de juncos, de donde había emergido.

—¡Ahógate, canalla! —gritó Benedetta a Zarlino, que intentaba llegar a nado a la orilla con sus secuaces, dado que la embarcación en que viajaban se había hundido.

—Yo... no sabía... —susurró el pescador.

Mercurio lo fulminó con la mirada.

—Muérete, villano. —Después hizo que Benedetta se agachase a su lado y ordenó al pescador que los escondiese de nuevo bajo la cesta de mimbre.

—Lo siento. Perdóname —dijo Mercurio cuando el barco se movió.

—Sabías que sucedería, ¿verdad? —dijo Benedetta en tono sombrío.

Mercurio recuperó el saquito con las monedas de oro. Lo hizo tintinear suavemente.

—Era la única manera de salvar estas.

—¿Por qué tenía que llevarlas yo y no tú?

—Porque te habría palpado de cualquier forma y si no hubiese encontrado nada habría sido peor.

—Eres un pedazo de mierda —gruñó Benedetta.

Mercurio no dijo nada. Al cabo de un rato le preguntó:

—¿Te hizo mucho daño... ahí abajo?

—Eres un pedazo de mierda —repitió Benedetta, sin rabia ya. Acto seguido añadió—: Hermanito.

—¿Tienes una habitación para mi hermana y para mí? —preguntó Mercurio entrando en la Lanterna Rossa, un tugurio situado en Ruga Vecchia di San Giovanni, no muy lejos del mercado del pescado de Rialto.

El dueño de la fonda estaba sentado en una silla medio hundida. Era muy menudo, tenía unos sesenta años, poco pelo en la cabeza y apenas unos cuantos dientes en la boca. Además, tenía cara de pocos amigos y se rascaba sin cesar las piernas y las ingles. Los piojos se lo estaban comiendo vivo, pensó Mercurio.

El viejo no respondió. Escupió en un orinal que había al lado de la silla. La sangre teñía de rojo su saliva.

—Oléis como dos arenques marinados y podridos —dijo a continuación.

—¿Tienes miedo de que apestemos tu palacio? —le respondió Mercurio—. ¿Tienes una habitación o no?

—¿Y tú? ¿Tienes dinero? —preguntó el viejo.

—No, ¿por qué? —contestó Mercurio con aire displicente—. ¿Se paga por estar en un sitio así?

Benedetta se rio.

—Cuesta un sueldo a la semana, bromista —dijo el viejo y volvió a escupir en el orinal.

—¿Me llevo los piojos de los colchones y encima quieres que te dé una moneda a la semana? —preguntó Mercurio.

—Algunos viven bajo los puentes. Ciertos sobreviven. Podéis probar si queréis.

—Te daré una moneda al mes —propuso Mercurio.

El viejo escupió y cerró los ojos.

—Vamos a buscar un sitio mejor que esta mierda —dijo Mercurio a Benedetta—. Scarabello nos encontrará de todos modos.

El viejo abrió los ojos de golpe.

—¿Quién? —preguntó.

—¿No estabas durmiendo? —dijo Mercurio.

—¿Scarabello? Podías haberlo dicho antes, muchacho. En ese caso... una moneda por dos semanas, dado que sois amigos de Scarabello.

Mercurio se metió la mano en el bolsillo y lo escrutó en silencio.

El viejo se agitó en la silla, inquieto, y se volvió a rascar la ingle.

—Un sueldo por tres semanas. Pero dile a Scarabello que te he hecho este precio de favor.

—Se lo diré, sí. Él me aseguró que en esta pocilga se podía dormir por una sola moneda al mes —contestó Mercurio.

Benedetta se escondió detrás de él conteniendo la risa.

El viejo reflexionó por un segundo.

—¡De acuerdo, maldita sea! Eres un ladrón, muchacho.

—Gracias por el cumplido —dijo Mercurio. Se inclinó hacia delante y escupió en el orinal del viejo—. Esto también va incluido en el precio, ¿verdad?

Rezongando, el viejo los acompañó a su habitación, un cuartucho donde apenas cabía un colchón de salvado, sucio a más no poder. En un rincón había un orinal tan viejo que debía de haber sido usado por Matusalén. La habitación no tenía ventanas.

—Aquí dentro te ahogas —afirmó Mercurio—. Voy a dar una vuelta.

—Te acompaño —se apresuró a decir Benedetta.

Mercurio jamás había visto una ciudad tan extraña.

—Hay demasiada agua —dijo con desasosiego. Pero luego, poco a poco, se fue dejando cautivar por la magia del lugar, único e inimaginable, por las calles abarrotadas de gente, de tiendas, de talleres, de mercados, de puestos.

Para empezar quiso subir al puente de Rialto, majestuoso, compuesto de dos rampas de alerce y de un artefacto extraordinario que abría el puente cuando pasaban las galeras más grandes. Los operarios, a las órdenes de un capataz, hacían correr las cuerdas y los tirantes que había dentro de un mecanismo de poleas y engranajes, y el puente se abría chirriando. Parecía un juego de prestidigitación. Algo jamás visto. Cuando el puente empezaba a abrirse, los dueños de las tiendas que había a los dos lados del mismo aseguraban la mercancía con cuerdas, pero en el curso de una de esas operaciones unos picaruelos se habían divertido desatándolas y el puente se había visto invadido por un sinfín de rollos de preciadas telas. Mercurio y Benedetta se habían reído con los muchachitos, como si todos fueran amigos, en tanto que los comerciantes se afanaban para recuperar la mercancía.

Pero lo que más impresionaba a Mercurio era el enorme número de embarcaciones de todo tipo que surcaban los canales. Jamás había visto un tráfico similar. Por todas partes se oían gritos, discusiones y el choque de la madera. Había más barcas en Venecia que carros en las calles de Roma.

Nada más atravesar el puente, en la orilla donde se encontraba el mercado del pescado, junto a la iglesia de San Giacomo, vieron una amplia zona, denominada de las Fabbriche Vecchie, en plena efervescencia. Un barbero, que sacaba dientes en la calle, les contó que hacía un año las fábricas habían sido arrasadas por un terrible incendio, pero que ya las estaban reconstruyendo. Mercurio se dedicó a observar a los cortadores de piedras y a los carpinteros que trabajaban sin descanso, y pensó que debía de ser una fatiga inmensa transportar todas esas piedras y ladrillos con las barcas. Los mozos de cuerda se movían de un lado a otro con sus carros de ruedas de madera, anchas y planas, cantando en su extraño dialecto.

Le pareció que todos vendían algo. Había una cantidad inimaginable de tiendas,

de comercios, de intercambios. Los establecimientos más ricos tenían en la fachada unas ménsulas de piedra de Istria y unos toldos de llamativos colores. Había también un soportal denominado Banco Giro, donde los comerciantes no necesitaban llevar encima el dinero, porque un banquero señalaba las transacciones en su registro y las garantizaba oficialmente, evitando de esta forma que tanto los vendedores como los compradores fueran robados. Nada más doblar la esquina estaba la calle de la Sicurtà donde, en un palacio de dos pisos con ventanas puntiagudas y cristales de colores, que a Mercurio le recordaron un glaseado dulce, se aseguraban los barcos y los cargamentos de telas, especias y todo tipo de mercancías que entraban o salían de la ciudad.

Pero, en general, todas las calles y los soportales estaban invadidos por una marea variable de gente. Una multitud de comerciantes nómadas, vendedores ambulantes con productos miserables colgados del brazo, prostitutas, y un sinfín de mendigos; Mercurio jamás había visto tantos en Roma, ni siquiera en época de Cuaresma. Como no podía ser menos, entre la gente identificó también a los ladrones y los estafadores. Pensó que las estrategias para robar eran iguales en todas partes. El brazo de tela que permitía usar el verdadero para birlar a hurtadillas una cartera o un pañuelo. Ciegos de pega que tropezaban con sus víctimas y que aprovechaban la circunstancia para dejarlas sin blanca. Ladrones de baja estofa que cogían la mercancía y echaban a correr con la esperanza de ser más rápidos que su perseguidor.

—Tenemos competencia —comentó a Benedetta.

Rialto era el corazón comercial de la ciudad, pensó, y, sin lugar a dudas, era también el mejor sitio para un estafador como él. Se convertiría en su cuartel general. Había con qué divertirse.

—Quiero un vestido nuevo —dijo Benedetta al caer la tarde—. Este apesta. He visto una tienda donde venden unos preciosos.

—¿Tienes un plan? —le preguntó Mercurio.

—¿Qué plan?

—¿Cómo piensas apoderarte de esos vestidos?

—Pagándolos —contestó Benedetta estupefacta—. Tenemos un montón de dinero.

Mercurio negó con la cabeza.

—Eres muy astuta, ¿sabes? —Ese día había notado que cada vez que pronunciaba el nombre de Scarabello la gente se encogía. Todos lo conocían y lo temían—. ¿Y si un hombre de Scarabello nos estuviese siguiendo y nos viese, aunque solo fuera por casualidad? Ese no es el tipo que se echa a reír sin más cuando descubre que le han tomado el pelo.

—¿Entonces? —preguntó Benedetta desconcertada.

—Entonces tendremos que vivir como si no tuviésemos ese dinero. Es sencillo —

contestó Mercurio. Miró a Benedetta—. ¿Qué haríamos si no lo tuviésemos?

—¡Oh, no! —exclamó Benedetta.

—Oh, sí.

—No, no, no...

—Sí, sí, sí, hermanita.

—¿Nos sobra el dinero y debemos correr el riesgo de ir a la cárcel por robar?

—Debemos usar ese dinero para realizar nuestro proyecto.

—¡Estás obsesionado con esa historia! —soltó Benedetta—. ¡No tenemos ningún proyecto!

—Lo tendremos. Al menos, eso espero. Además, el dinero se acabaría tarde o temprano y lo único que sabemos hacer es robar, reconócelo.

—Oh, no... —dijo Benedetta desfalleciendo.

—Oh, sí.

—Entonces por hoy me quedo con esta piel de pescado —dijo desconsolada Benedetta señalando el maloliente vestido—. Comemos algo y nos vamos a dormir. Estoy agotada, tengo los pies hinchados y los zapatos llenos de barro.

—Me gustas cuando estás tan alegre —comentó Mercurio riéndose.

—Jódete.

Entraron en una taberna. Comieron pescado cocinado de una extraña manera. Estaba pegajoso. Al resto de los parroquianos parecía gustarles. Después regresaron a la fonda.

Mercurio escudriñaba la multitud. ¿Cómo iba a poder encontrar a Giuditta entre toda esa gente?

—¿Buscas a alguien? —le preguntó Benedetta cuando llegaron a la Lanterna Rossa.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Mercurio entrando en la fonda.

El viejo seguía sentado en su silla, a la entrada. Los miró con ojeriza y escupió en el orinal.

—En mi opinión no es una silla —dijo Mercurio—. Es el culo, que ha echado raíces.

Benedetta se echó a reír.

—¿Entonces? ¿A quién buscas? —le volvió a preguntar.

—A nadie.

Mercurio encendió una vela e inspeccionó la habitación. Quitó con delicadeza una tabla de madera de la pared lateral y con una cuchara que había robado en la taberna excavó un agujero en la pared. Metió en él el saquito con las monedas y puso de nuevo la tabla en su sitio. —Buscan siempre en el suelo —dijo a Benedetta.

Se miraron azorados.

—Bueno, durmamos —dijo Benedetta—. ¿A qué estás esperando?

—¿A qué lado quieres dormir?

—Ni se te ocurra acercarte a mí —lo advirtió ella. Se tumbó en el lado izquierdo de la cama y se tapó con la única manta que había—. La manta la cojo yo, porque tú tienes las pieles de conejo.

Mercurio se echó en el lado derecho.

—¿Apago la luz?

—Apágala —asintió Benedetta.

—¿No prefieres que la deje encendida?

—Apágala.

Mercurio sopló la vela y la oscuridad los envolvió. Guardaron un silencio forzado durante un rato.

—¿Duermes? —preguntó Mercurio en voz baja al cabo de un rato.

—No. ¿Qué quieres? —contestó Benedetta con brusquedad.

—Quería decirte que cuando los ladrones nos quitaron los caballos y todo lo demás...

—¿Qué...?

—No... pues que fuiste muy valiente.

—De acuerdo, ya lo has dicho. Ahora durmamos.

—Sí, eso es. Buenas noches.

Benedetta no contestó.

—¿Puedo pedirte una cosa? —preguntó Mercurio.

—¿Qué más quieres?

—¿Piensas alguna vez en Ercole y en el hombre que maté?

Benedetta calló durante unos segundos. Después, con una voz menos arisca, le preguntó: —¿Cómo se llamaba el borracho que murió ahogado?

—No lo sé...

—¿Y piensas alguna vez en... No-Lo-Sé?

—Continuamente —contestó susurrando Mercurio. Luego añadió—: Y también en el comerciante.

—Yo también pienso en Ercole. Y en ese estúpido de Zolfo —dijo Benedetta en tono amistoso—. ¿Y qué piensas?

Mercurio no respondió enseguida.

—Pues que tengo miedo...

—Ah...

—Además siento un gran frío dentro.

Los dos muchachos se volvieron a callar durante un buen rato.

—Mercurio... —dijo después Benedetta.

—¿Eh?

—Si quieres puedes acercarte, bajo la manta —propuso Benedetta, y se apartó

hacia el centro de la cama dándole la espalda.

Mercurio se quedó quieto durante unos segundos, después se aproximó a ella cohibido.

—Ni se te ocurra besarme —le advirtió Benedetta.

—No —dijo Mercurio.

Benedetta resopló, alargó una mano hacia atrás, cogió la de Mercurio y la apoyó en su costado.

—Si no te acercas no entraremos en calor —dijo—. Pero no me toques...

—No.

—Y vigila esa cosa que tienes entre las piernas... en fin, dile que se comporte.

—Sí —dijo Mercurio ruborizándose.

Al cabo de cierto tiempo Benedetta le preguntó: —¿Te impresiona que me haya acostado con un cura y con unos cuantos asquerosos más?

—La vida es una mierda. —La voz de Mercurio delataba rabia y embarazo.

—¿Por qué estás siempre enfadado?

—Yo no estoy siempre enfadado.

—Sí que lo estás.

Mercurio reflexionó.

—No me apetece hablar de eso.

Benedetta se calló un momento, luego le preguntó: —¿Entonces? ¿Te impresiona que no sea virgen?

—¿Qué más da que seas virgen o no?

—Los hombres solo respetan a las mujeres vírgenes, ¿no lo sabías?

—Esto... sí, claro, sí que lo sabía...

Benedetta se rio quedamente.

—Nunca has hecho el amor, ¿verdad?

—Sí, alguna que otra vez.

—¿Ah, sí? —le preguntó Benedetta con una punta de malicia—. ¿Y cómo fue?

—Bueno, esto... digamos que las manos de los dos... tenían algo que ver, ¿lo entiendes? —farfulló Mercurio cohibido.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—En fin, que no fue nada del otro mundo..., es decir, que hay cosas mejores...

—Mentiroso —dijo Benedetta risueña—. Nunca lo has hecho.

—Tengo sueño, durmamos.

Benedetta sonrió.

—Sí, durmamos. —Después metió una mano bajo la de Mercurio.

Al sentir el contacto, Mercurio se tensó.

—Relájate, solo quiero calentarla.

Mercurio no contestó. Era cierto. Jamás había hecho el amor. De hecho, no sabía

nada del amor. Permaneció inmóvil durante un tiempo que le pareció interminable, con los ojos abiertos. Solo se rindió al cansancio cuando oyó que la respiración de Benedetta se hacía más pesada. Cerró los ojos. Apenas lo hizo se acordó de Giuditta. Recordó cuando se habían cogido de la mano, en el carro de los víveres, en Mestre. Le pareció sentir ese calor especial. Supuso que eso debía de ser el amor. Igual que le había sucedido a Anna del Mercato y a su marido. Y si el amor era ese revoltijo en la barriga, bueno, debía reconocer que no estaba nada mal, pensó. Pensó en Giuditta sin oponer resistencia. Quizá podía convertirla en su proyecto. Se imaginó de nuevo en el carro, a su lado.

Y apretó la mano de Benedetta.

Benedetta le devolvió el apretón y se acercó un poco más a él.

Mercurio sintió que enrojecía de vergüenza.

—Perdóname —susurró embarazado.

—¿Por qué? —dijo Benedetta

—Creía que estabas durmiendo.

—No —dijo Benedetta con dulzura—. Perdona, ¿por qué?

Mercurio apartó la mano y se separó de ella volviéndose hacia el otro lado.

—Nada, olvídalo... —dijo con brusquedad—. Tengo calor.

Después de salir de Roma, Shimon Baruch había abandonado la vía Flaminia. Se había adentrado en los bosques que crecían alrededor de Rieti, se había escondido, después de hacer provisiones y luego, al cabo de una semana, había regresado, había vuelto a tomar la vía Flaminia y se había desplazado hacia el norte, sin saber aún si iría a Milán o a Venecia. Durante la semana en que había estado escondido Shimon había reflexionado sobre la respuesta de Scavamorto. En un principio Shimon había pensado que mentía. Pero Scavamorto era un buen hombre y saltaba a la vista que sentía afecto por Mercurio. Por eso podía haber dicho la verdad, convencido de que Shimon habría pensado que mentía. Shimon se dijo que quizás era eso lo que había sucedido.

La vía Flaminia atravesaba los Apeninos, llegaba a la costa adriática y luego, tras dejar atrás Rímini, un puerto que antaño había sido favorable a los judíos, proseguía en dirección a Venecia convirtiéndose en la vía Emilia. Todo ello en territorio pontificio. Shimon, apretando «su» certificado de bautismo, pensaba que incluso en el caso de que lo buscasen nunca se les ocurriría pensar que podía demorarse tanto en un territorio que pertenecía a la Iglesia.

Al anoecer, mientras se acercaba a Narni, Shimon se topó con una carroza penitenciaria, negra, con dos ventanucos estrechos y reforzados por dos barras de hierro cruzadas, arrastrada por cuatro caballos flamencos con unos culos enormes y musculosos, que avanzaba lentamente. Shimon tiró las riendas del caballito árabe y se acercó a ella, porque el camino era demasiado estrecho para adelantarla.

Los dos guardias carcelarios a caballo que escoltaban la carroza se aproximaron a él al verlo.

—¿Adónde vas? ¿Quién eres? —le preguntaron.

Shimon se metió una mano en el bolsillo y les tendió el certificado de bautismo. Era la primera prueba.

—Alessandro Rubirosa —leyó uno de los guardias—. ¿Eres español?

Shimon negó con la cabeza y se señaló la garganta para darles a entender que era mudo.

—¿Eres mudo? —preguntó el guardia para confirmarlo alzando la voz, como si fuera también sordo.

Shimon asintió con la cabeza.

—¿Y adónde vas? —preguntó el otro guardia.

Shimon no sabía cómo explicarlo. Trató de dibujar en el aire una góndola.

—¿Zapatos turcos? ¿Qué tiene que ver eso? —preguntó el guardia.

—Cuchillo turco —le corrigió su compañero señalando la navaja de Scavamorto que Shimon llevaba en el fajín.

Shimon cabeceó. Pensó en la manera en que podía explicarse.

—Bueno, qué más da —dijo el primer guardia.

Shimon trató de decirles con un gesto que quería comer y dormir.

—Narni está lleno de fondas... —empezó a decir el primer guardia.

—Pero corre el riesgo de perderse. Casi es de noche —terció el otro guardia—. Puedes venir a la fonda del Generale. Es barata, limpia y se come bien.

Shimon titubeaba. Algo le decía que no podía fiarse de ellos. Pero después pensó que era el viejo comerciante asustadizo el que hablaba así. De manera que, sobre todo por reacción a esa idea, que lo había irritado profundamente, asintió con la cabeza a los guardias.

Al cabo de un par de millas enfilaron un sendero estrecho y llegaron a una explanada cubierta de hierba que quedaba delante de una casa de dos pisos pintada de color rojo ladrillo y con buena parte de los postigos cerrados.

La carroza penitenciaria se detuvo en el centro de la explanada. Lloviznaba y hacía frío. Los guardias abrieron la puerta. Shimon, que mientras tanto se había apeado del carro, percibió la oleada de humores corporales que salía de la carroza. Al mirar dentro vio a cinco hombres sentados en dos bancos de madera encadenados de pies y manos a unos gruesos anillos de hierro. Uno de los prisioneros se quejaba apretándose la barriga.

—¡General! —gritó uno de los guardias.

En un abrir y cerrar de ojos se produjo un agitado ir y venir. Los guardias debían de constituir un buen negocio para la posada. Llegaron dos mozos cargados con unos cubos llenos de agua. En cuanto los guardias hicieron bajar a los prisioneros, los mozos echaron el agua en el interior de la carroza para limpiar el suelo de excrementos. Los prisioneros fueron conducidos a un henil. Shimon vio que este hacía las veces de prisión. Los ataron uno a uno a un grueso palo horizontal que iba de una pared a otra. Les dejaron las muñecas flojas para que pudieran comer. A continuación aparecieron dos viejas con un caldero de cobre y unos cuencos de terracota. Los llenaron con un caldo acuoso y se los pasaron a los prisioneros.

—Ese me parece que no tiene hambre —dijo uno de los prisioneros señalando al hombre que gemía con las manos en la barriga.

Un guardia se rio de manera un poco estúpida. Luego gritó en dirección a la posada:

—¡General! ¡Tienes un cliente!

De la posada salió un hombre viejo, pero aún vigoroso, con el pelo cano, corto y liso, y una joven que podía ser su nieta, a juzgar por la edad, guapa, pero de aspecto vulgar.

—Buenas noches, general —dijeron los guardias al viejo en un tono obsequioso con el que, sin duda, no se habrían dirigido a un simple posadero—. Este pobre

hombre es mudo. Es un viajero. Necesita comer y una buena habitación.

El viejo miró a Shimon.

—Ven —le dijo, y se encaminó hacia la posada—. ¡Preparad algo para los muchachos! —gritó a las dos criadas que se habían ocupado de los prisioneros.

Shimon escrutó a la muchacha que, contoneándose de manera excesiva, seguía al general. Pero, por lo visto, la joven ni siquiera se dio cuenta.

La posada parecía limpia, aunque modesta. Uno de los mozos invitó con un ademán a Shimon a sentarse a la mesa. Los guardias, tanto los dos que iban a caballo como los que viajaban en la carroza, tomaron asiento en otra, estaban de buen humor y se abalanzaron sobre una jarra de vino tinto. Casi al instante las dos viejas salieron de la cocina con dos grandes fuentes llenas de comida para los guardias y un plato para Shimon. Había pan fresco, pollo asado, salchichas y cebollas en vinagre.

Shimon miró las salchichas.

Cogió una rebanada de pan, la dobló y metió dentro una. Mordió la carne de cerdo por primera vez en su vida.

«No volverás a ser judío», repitió. Se sintió fuerte.

Entretanto, la joven, tras bajar la escalera por la que había desaparecido el misterioso general, se sentó a la mesa de los guardias moviéndose con lánguida sensualidad.

Shimon jamás había visto una muchacha tan hermosa y provocadora. O quizá, se dijo, jamás se había concedido la posibilidad de verla. Pese a que no dejaba de sentir cierta sensación de peligro, se sentía irresistiblemente atraído por la joven. La miró mientras, sentada al lado de los guardias, de espaldas a él, se reía y bebía. Ignorándolo.

Solo mucho después, cuando los guardias dieron muestras de tener sueño y de haber bebido bastante, la joven se levantó y, volviéndose, lo miró.

El judío se sobresaltó.

—Sígueme —le dijo la muchacha al pasar por su lado para salir de la posada.

Uno de los guardias soltó una carcajada.

Shimon se quedó paralizado, atontado, estupefacto. Pero luego se levantó de un salto y salió de la posada justo a tiempo de verla doblar la esquina del edificio, una figura negra contoneándose en el fondo negro, un poco menos oscuro que la noche. Entonces, antes de que desapareciese del todo, se puso a seguirla como un animal doméstico.

Al alzar la mirada vio al general asomado a una ventana del primer piso. Shimon se estremeció. Lo temía instintivamente. Pero quizá no lo había visto, pensó. Porque la noche era oscura, y él era viejo.

Shimon llegó a la parte trasera de la posada. Vio una puertecita abierta y una tenue luz en el interior. Se acercó frenando las piernas, que deseaban echar a correr.

La joven estaba de espaldas, pero apenas Shimon se asomó a la puerta con la respiración entrecortada se volvió y le salió al encuentro. Si bien su boca sonreía, su mirada ardía presa de un deseo que Shimon, pese a su escasa experiencia, supo interpretar sin dudar. La chica lo hizo entrar tirándole de un brazo, cerró la puerta y, haciendo una suerte de pirueta, se dejó caer de espaldas sobre ella.

—Todas las noches me obligan a acostarme con un viejo —dijo a bocajarro—. Pero esta noche el general está ocupado con los guardias. No me buscará.

Shimon se sentía turbado por la belleza embriagadora de la muchacha. La camisa de gasa que le velaba el escote del vestido se había corrido hacia un lado y dejaba entrever la piel, sombreada por la cavidad que formaban los pechos. La miró fijamente en silencio.

La joven se movió para coger una jarra de vino.

—Ven aquí —le dijo arrodillándose en el jergón.

Shimon se movió como un pez que ha mordido el anzuelo. Se sentó en el jergón. Con suma lentitud se acercó al rostro de ella. Olfateaba el fuerte olor de su boca, una mezcla de carne y de vino tinto. Estaba anclado a sus ojos, oscuros y enigmáticos.

La joven lo miró intensamente, ladeando apenas la cabeza, luego, con extrema lentitud, le apoyó la jarra en los labios.

—Bebe —le dijo.

Y Shimon bebió. Sintió que el vino tibio gorgoteaba en su garganta. Tenía un sabor ligeramente amargo. Y sintió el cálido aliento de la muchacha cerca de sus labios.

—¿Te gustaría hacer el amor conmigo? —le preguntó ella.

El corazón de Shimon se aceleró.

La joven se quitó la camisa de gasa. El escote del vestido dejaba a la vista una generosa porción de pecho. La muchacha sonrió, se levantó y le quitó las botas. Luego le ofreció otro sorbo de vino.

Shimon bebió y volvió a sentir un ligero gusto amargo en la garganta.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la joven.

Shimon gesticuló para explicarle que era mudo.

—¿Eres un comerciante?

Shimon asintió con la cabeza. Tenía la cabeza cargada. El cansancio de esos días empezaba a hacer mella en él.

—¿Eres rico?

Shimon se dio cuenta de que cada vez sentía la cabeza más pesada, pese a que intentaba resistirse. Se daba cuenta de que se había comportado como un idiota.

La muchacha lo miró en silencio.

Shimon notó que cada vez se sentía más confuso.

La joven lo registró. En un abrir y cerrar de ojos encontró el bolsillo secreto en las

botas de Scavamorto y sacó varias monedas de oro. Se metió una en la boca y la mordió. Después volvió a mirarla con aire de satisfacción.

—Siete monedas de oro —dijo.

Shimon no podía moverse. Se le cerraban los ojos. La cabeza le daba vueltas. Los objetos que había en la habitación ondeaban, se difuminaban, cambiaban de tamaño. Era un mundo inestable, en ciertos momentos demasiado coloreado, en otros apagado, podía ser tanto silencioso como chillón. Shimon sentía una opresión en el pecho que casi le impedía respirar. Y un cansancio contra el que no podía hacer nada. «No harás el amor conmigo, ¿verdad?», consiguió pensar.

La joven apoyó la cabeza de Shimon en su pecho. Le acarició la piel bajo la camisa. Acto seguido le cogió una mano y se la besó. Le besó los dedos, el dorso, la palma, con parsimonia. Después metió la mano en el escote de su vestido y la guio por su pecho, caliente y suave. Empujó una yema hasta bordear un pezón.

—Lo siento —le susurró con la voz ronca y jadeante.

Unos segundos antes de perder el conocimiento Shimon vio sangre. Por todas partes. Vio sangre en el pecho del demente que había asesinado, sangre en el suelo de la sacristía donde había matado al párroco y a su ama de llaves, sintió sangre en la boca, su sangre, que gorgoteaba cada vez que respiraba.

Como cuando había creído que se moría.

Pero esta vez Shimon no tenía miedo.

«Qué idiota», se limitó a pensar.

Y después todo se sumió en la oscuridad.

A la mañana siguiente, poco antes de amanecer, se despertó aterido, con la cabeza cargada y la vista ofuscada. Le faltaban las botas y el abrigo. Tenía los tobillos encadenados al palo del henil. A su lado estaban los cinco prisioneros. Vomitó.

—Por lo visto te has divertido esta noche —comentó riéndose uno de los galeotes. Sus compañeros lo secundaron, al igual que los guardias.

—Alessandro... Rubirosa —dijo el capitán de los guardias leyendo el certificado de bautismo—, se te acusa de haber violado a una muchacha virgen y de haber intentado matarla. Por ello serás conducido a la prisión de Tolentino, donde te juzgará un tribunal eclesiástico. —Lo miró—. ¿No tienes nada que decir en tu defensa, mudo? —Soltó una carcajada y se volvió hacia sus hombres—. Subidlo a la carroza. Nos marchamos.

—Vamos, de pie —dijeron los guardias a los prisioneros y, a la vez que uno de ellos desenvainaba la espada, el otro abría los candados que los encadenaban al palo. A continuación los pusieron en fila y los empujaron hacia la carroza penitenciaria.

Nada más salir del henil Shimon vio a la muchacha, que estaba a cierta distancia de ellos, buscándolo con la mirada. Sus ojos se encontraron. La joven dio varios

pasos hacia delante y se puso a su lado.

—Prométeme que pensarás en mí —le dijo.

Shimon la miró con ojos gélidos. Pensó que a la luz del día parecía más demacrada que la noche anterior. Tenía unas ojeras algo más oscuras que la tez blanca de la cara y delimitadas por unas pequeñas arrugas. Sus labios eran menos rojos y menos abultados. Se comportaba con menos descaro, o puede que solo estuviese más cansada. Sus hombros estaban menos erguidos y sus ojos brillaban con una luz remota, triste y misteriosa al mismo tiempo.

Shimon abrió la boca como si pretendiese gritar. El silbido desgarrador que emitió golpeó a la joven en la cara.

La muchacha reuló asustada.

Un guardia lo empujó. Otro lo golpeó con el mango de su espada en la cara.

Mientras se dirigía a la carroza penitenciaria, atado al resto de los prisioneros que se reían y hacían comentarios obscenos, su cuerpo temblaba de frío y de cansancio, y tenía la mente aún ofuscada por la droga. Sus pies descalzos, que se hundían en el barro al andar, estaban congelados. Además sentía en la boca el sabor de la sangre, que ya le resultaba tan familiar.

«Sí, pensaré en ti», dijo mentalmente a la muchacha volviéndose para mirarla.

Los guardias lo hicieron subir a la carroza y lo encadenaron a un banco.

—Deberíamos haberlo matado —dijo la muchacha al viejo, lo suficientemente alto para que Shimon pudiese oírla.

—¿Tanto miedo te ha dado? —le preguntó el viejo riéndose.

—Me da asco.

—Ya sabes que es demasiado peligroso matarlos.

La joven escrutaba a Shimon. Y Shimon la escrutaba a ella.

Los guardias cerraron la puerta de la carroza.

«Pensaré en ti», se dijo de nuevo Shimon.

La carroza partió. Al cabo de un rato el prisionero que la noche anterior se lamentaba se acurrucó en el banco y empezó a respirar con dificultad.

—A ver si te mueres enseguida, guapo, que me molestas —dijo uno de los prisioneros.

Los demás se rieron. Todos menos Shimon.

Media hora después los lamentos se hicieron más fuertes.

—A ver si es verdad que te mueres enseguida —dijo otro de los prisioneros.

—¿Necesitas ayuda para morir? —dijo el que estaba a su lado dándole un codazo en el estómago.

Todos se volvieron a reír. Excepto Shimon.

—¿No te divierte, mudo de mierda? —le preguntó el prisionero que estaba sentado delante de él e, inclinándose hacia delante, le escupió en la cara.

Shimon permaneció impasible.

Al final, cuando llegaron a lo alto de una loma inmersa en un hayal, la respiración se redujo a un estertor. El hombre expiró prolongadamente por última vez y se quedó inerte, sacudido por el movimiento de la carroza.

—¡Eh, por fin ha estirado la pata! —gritó el prisionero que estaba encadenado a su lado—. ¡Echadlo a los lobos! ¡No quiero viajar con un cadáver!

La carroza se detuvo. La puerta se abrió.

En ese momento una flecha atravesó el cuello del guardia que había abierto. En el interior de la carroza Shimon y los prisioneros oyeron unos gritos, golpes sordos, la tierra que temblaba bajo los cascos de numerosos caballos, maldiciones y rezos. Después se hizo el silencio.

Una cara hundida por el hambre, fea e inexpresiva, se asomó a la carroza. Detrás de ella había una decena de hombres, en su mayoría manchados de sangre.

—Estás libre, jefe —dijo el de la cara hundida.

El hombre que todos creían muerto se levantó.

Uno de los bandidos saltó al interior de la carroza y le liberó los tobillos.

—Me alegro de volver a verte, jefe —dijo.

El hombre no le contestó. Extrajo la navaja de su cinturón y, sin mediar palabra, degolló al prisionero que le había dado un codazo en el estómago. A continuación se apeó de la carroza y dijo a sus hombres:

—Matadlos a todos.

Sin pensárselo dos veces uno de los bandidos subió al carro y hundió la espada en el pecho del primer prisionero, que estaba sentado al lado de Shimon.

—A ese no —dijo el jefe de los bandidos apareciendo de nuevo a lomos de un caballo y señalando a Shimon—. No sé por qué no te reíste, mudo... pero hoy es tu día de suerte.

Los bandidos dejaron secos a los demás prisioneros y acto seguido lanzaron las llaves de la cadena a Shimon. Después se marcharon al galope.

Shimon abrió el candado, bajó del carro y buscó al capitán de la guardia. Una flecha de ballesta estaba clavada en su ojo derecho y salía por el cráneo, en la parte posterior. Shimon pensó que resultaba cómico. Le registró los bolsillos. Recuperó el certificado de bautismo. Además encontró una moneda de oro. Un florín. Lo reconoció. Era uno de sus siete florines y, a todas luces, formaba parte del botín que había correspondido al capitán. Rebuscando en los bolsillos del resto de los guardias encontró un segundo florín que, supuso, se habrían repartido más tarde, puede que gastándolo en una taberna, en compañía de una puta. Eso significaba que el general y la joven tenían los otros cinco.

Le quitó las botas al capitán y se las probó. Pisoteó el terreno. Las espuelas tintinearón. Le quedaban bien. Acto seguido cogió los guantes de piel y se echó a los

hombros el abrigo con las divisas de capitán del ejército pontificio. Por último se encasquetó el yelmo ligero.

Oyó un quejido. Se volvió. Uno de los guardias tenía un brazo tendido hacia él.

—Socorro... ayúdame...

Shimon se aproximó a él. Era solo un muchacho. Se hincó de rodillas y le sujetó la cabeza con las manos, apoyándola en su regazo.

Luego la retorció con violencia.

Desató a los caballos del tiro de la carroza, les dio una palmada en sus poderosas ancas y esperó a que se alejasen. Cogió una espada ensangrentada, una ballesta y varias flechas. Tomó por las bridas a uno de los caballos de la guardia. Era un castrado de color blanco. Tenía el cuello surcado de sangre. Shimon se lo limpió. Lo calmó y montó en la silla. A continuación le dio un ligero golpecito con las espuelas del capitán. El caballo se movió.

«Voy para allí», pensó Shimon dirigiéndose hacia la fonda.

A la mañana siguiente, mientras vagaban por el puente de Rialto estudiando la manera de robar ropa nueva, un joven con un ojo vendado se acercó a Mercurio y Benedetta.

—Seguidme, vamos a ver a Scarabello —dijo el tuerto.

Nada más bajar del puente doblaron a la izquierda costeano el Canal Grande, a lo largo de Riva del Vin. Para no hundirse en el barro trataban de caminar por las viejas planchas de madera que estaban en buena parte atascadas por el tráfico de los toneles de vino que se descargaban en la zona para abastecer casi todas las casas y tabernas de Venecia. Subieron el rio Terrà del Fontego, pasaron junto a la iglesia de San Silvestro, doblaron a la izquierda y salieron al *campo* homónimo.

Scarabello estaba de pie, con los brazos abiertos y extendidos, delante de la tienda de un peletero. Un hedor terrible a ácidos para curtir se difundía en el aire húmedo. Scarabello lucía un grueso abrigo de piel. Dos mozos trajinaban alrededor de él con un pincel en la cabeza, que mojaban en una lata llena hasta el borde de pintura negra. Mercurio notó que en ciertos puntos, en los que insistían, precisamente, los mozos, la piel era marrón. No se comprendía de qué animal se trataba. El pelo era hirsuto. Podía ser tanto de perro como de oso. Scarabello tenía un trozo de carne atravesado en el cuchillo que empuñaba en la mano izquierda, y lo mordía de vez en cuando. Sus hombres, tres, a los que se añadió el tuerto, estaban sentados a un lado, en las piedras blancas que sobresalían de las paredes de una casa.

—¿Qué te parece Venecia? —preguntó Scarabello cuando Mercurio se detuvo delante de él. No se dignó a mirar a Benedetta.

—Por lo que veo está llena de inocentones —contestó Mercurio. Una vez más le impresionó el color del pelo de Scarabello, que era casi blanco.

—¿Y quién te dice que puedes desplumarlos? —preguntó Scarabello.

—Supongo que necesito tu permiso.

Scarabello sonrió complacido. Se volvió hacia los dos mozos con un ademán de impaciencia.

—Vamos, ¿cuánto os falta?

Ninguno de los dos respondió, pero el peletero salió a toda prisa de la tienda para verificar el trabajo. Cabeceó.

—Señor Scarabello, no está bien hecho —se lamentó—. Hay que fijar el tinte.

—No tengo tiempo —respondió Scarabello irritado—. ¿Cuánto falta?

—Casi han acabado —dijo el peletero sumisamente.

Scarabello le indicó con un ademán que podía marcharse. Acto seguido, mordió un trozo de carne.

—Vamos, explícame qué quieres hacer —dijo a Mercurio.

—Necesito dos vestidos nuevos —explicó Mercurio sonriente—. Con estos encima nos huelen a una milla de distancia.

Scarabello no dijo una palabra.

—Soy un buen timador, ya te lo he dicho, y ella una buena rompesquinas —prosiguió Mercurio—. Tú dinos que...

Scarabello lo obligó a callar alzando una mano.

—Estoy harto —dijo a los mozos.

—Hemos acabado, señor Scarabello —dijo uno de ellos.

—Pero tenga cuidado... —empezó a decir el otro.

—Vete al infierno —lo atajó Scarabello, y haciendo un gesto a Mercurio para que lo siguiese, embocó la angosta calle del Luganegher pasando por delante de una tienda de salchichas. Sus hombres lo seguían. Y también Benedetta.

Scarabello caminó a toda prisa hasta llegar al *campo* Santo Aponal. Una vez allí se detuvo e indicó a Mercurio una tienda miserable, desierta.

—Hace cinco años nació ahí dentro un monstruo con dos cabezas, cuatro brazos y tres piernas. Un niño y una niña, pegados. Eran hijos del herborista. —Apuntó con el cuchillo, donde aún tenía clavado el trozo de carne, a un hombre que estaba inclinado sobre el mostrador—. A la niña la llamaron Maria, al niño, Alvisé. Vivieron una hora. Después un médico se llevó al monstruo y lo embalsamó. A partir de ese día nadie volvió a entrar en la tienda.

Mercurio miró al herborista.

—Siendo así, ¿por qué sigue teniéndola abierta?

—Porque ahora trabaja para mí. Traerás aquí un tercio de lo que ganes, y él me lo dará a mí.

—Un quinto —propuso Mercurio.

El cielo se nubló de repente. Se alzó un viento húmedo y retumbó un trueno, similar a un lamento sombrío.

—No estás en condiciones de negociar, muchacho.

—Un cuarto.

—¿Eres duro de oído?

Mercurio cabeceó.

—De acuerdo...

—Aunque no creo que gane mucho contigo. —Scarabello sonrió y se volvió hacia sus hombres, que se rieron divertidos—. No me pareces un gran ladrón. Y salta a la vista que no tienes las ideas claras.

—Soy un magnífico estafador —dijo Mercurio ofendido—. Y un mago del disfraz.

—¡Igual que todos los romanos, su modestia es... papal!

Los hombres se Scarabell se rieron de nuevo.

Unas cuantas gotas de lluvia cayeron tímidamente del cielo plumizo.

—Sois una pésima pareja —afirmó Scarabello como si acabase de notar la presencia de Benedetta—. ¿Cuál es la primera regla de un rompesquinas? —preguntó a Mercurio.

El joven se encogió de hombros, dando a entender que la cosa no le interesaba.

—Que no escape dejando a su compañero en la mierda cuando las cosas se tuercen —contestó.

—Esa regla vale para cualquier rompesquinas —dijo Scarabello—. Pero un buen rompesquinas... debe pasar inadvertido.

—Por supuesto —dijo Mercurio, fingiendo que lo daba por descontado.

La lluvia arreció, pero Scarabello no se movió del centro del *campo*. Se volvió hacia Benedetta y le dijo: —Tú no pasas inadvertida. Eres demasiado guapa.

Benedetta se iluminó y sonrió complacida.

—Es un defecto, idiota —le dijo Scarabello.

—Idiota —repitió Mercurio dándose aires.

—¿Y qué se supone que hay que hacer si un rompesquinas llama demasiado la atención? —preguntó Scarabello mientras la lluvia se intensificaba.

—Pues cambiar de rompesquinas —respondió Mercurio riéndose. Pero vio que Scarabello no lo secundaba—. Estoy bromeando. Quiero decir... está bien, lo entiendo...

—Fanfarrón —dijo Scarabello.

—No, de acuerdo... Si es vistoso... —farfulló Mercurio buscando la solución para no verse obligado a reconocer su ignorancia—, si es demasiado guapa... siempre puedes desfigurarla con la navaja, ¿no?

—Debes aprovechar el defecto, idiota —dijo Scarabello.

—Idiota —repitió Benedetta.

—Aprovechar el defecto. Eso era lo que quería decir —dijo Mercurio ruborizándose.

Scarabello sacudió la cabeza. Su pelo, empapado ya por la lluvia, que caía incesante, se movió en el aire como si fueran los tentáculos de una extraordinaria bestia albina.

—Debes resaltarlo para que se convierta en una distracción. Ese tipo de rompesquinas no vigila a los tontos, como es habitual; los vigila... procurando que los tontos se concentren en él. ¿Me sigues?

—No —admitió Mercurio dándose por vencido—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Scarabello se acercó a Benedetta y le soltó la melena.

—Eh... —protestó Benedetta.

—Cállate —le ordenó Scarabello en tono autoritario. Con la mano que le quedaba

libre le desabrochó la camisa que llevaba bajo el vestido y la enrolló hacia dentro, de manera que el escote quedase a la vista. No contento con ello, arrancó después un borde del vestido y enrolló abriendo aún más el escote, por el que se entreveían ya los menudos pezones de color rosa. Se volvió hacia Mercurio.

—¿Lo entiendes ahora? Usa lo que tienes. Es la primera regla. Le mirarán las tetas y tú tendrás vía libre... fanfarrón.

Mercurio asintió con la cabeza. Estaba empapado. Vio que los hombres de Scarabello no apartaban los ojos del escote de Benedetta.

—Tenéis que respetarla. Es virgen —dijo.

Benedetta lo miró atónita. Enrojeció. Después, sin saber qué hacer, le dio un puñetazo en el hombro.

Scarabello cabeceó.

—Estoy hasta los huevos de mojarme por vuestra culpa —dijo, y a continuación entró en la tienda del herborista.

Al ver entrar a Scarabello y sus secuaces en el establecimiento, el hombre se inclinó en señal de respeto. En el interior apenas si había mercancía. Se trataba de una habitación grande y fría, con el suelo cubierto de tablas de madera, las paredes encaladas y unas cuantas verduras en unas cestas tan negras como el carbón. Mercurio tuvo la impresión de que el herborista no tenía miedo de Scarabello. Al contrario, lo miraba agradecido. Cogió una caja cerrada con un extraño candado cilíndrico, la abrió y tendió un puñado de monedas a Scarabello.

Este se las metió en el bolsillo sin contarlas. A continuación cogió cuatro piezas de plata y se las dio al herborista.

—Considérate pagado —dijo.

El herborista le besó la mano con ojos resplandecientes.

—Gracias, que Dios te bendiga, siempre y por la eternidad —dijo.

Scarabello levantó la mano, si bien el suyo no era un gesto de irritación. Señaló a Mercurio con el cuchillo.

—Paolo, no creo que este fanfarrón nos haga ganar mucho. Aun así, lo hemos reclutado. —Se llevó a la boca un trozo de buey y lo mordió. Al sentir que el jugo le resbalaba por la barbilla, se limpió con la manga del abrigo. Al bajar de nuevo el brazo tenía un gran bigote negro bajo la nariz.

La lluvia había disuelto el tinte del abrigo de piel que, en ciertos puntos, volvía a ser marrón. Mercurio miró al suelo. El abrigo estaba formando una mancha negra a sus pies.

—Te sienta bien el bigote —comentó soltando un carcajada.

Ninguno de los hombres de Scarabello se atrevía a hablar.

Scarabello lo miró sorprendido, sin comprender.

El tuerto fue el primero que se movió. Se plantó delante de Mercurio, le cogió la

pechera y le dio un empuellón.

—Cállate, capullo —le dijo. Agarró a Mercurio por los costados y lo hizo chocar contra uno de sus amigos, que lo aferró por el cuello y lo maltrató. Mercurio se aferró también a este, poco menos que abrazándolo, para no caerse. El hombre lo empujó molesto hacia otro de ellos diciendo—: Deja de reírte, imbécil. —El tipo que lo tenía entre las manos cogió a Mercurio como si fuese una pelota, lo apretó, lo tiró al aire y luego al suelo, delante de Scarabello—. ¡Pídele perdón, bastardo!

Scarabello solo miró al suelo en ese momento.

Benedetta contenía el aliento. El herborista se había vuelto de espaldas. Mercurio metió un dedo en el charco negro y se dibujó un bigote.

—Ahora somos iguales. —Soltó una carcajada sin poder contenerse—. Pero el tuyo es más grande.

—¡Cállate, imbécil! —gritó el tuerto, pero cuando estaba a punto de dar una patada a Mercurio, Scarabello sacó el trozo de carne del cuchillo y se lo tiró a la cara.

El tuerto gruñó.

—Pero, Scarabello...

—¡Eres tú el que debe callarse! —Scarabello apuntó el cuchillo hacia Mercurio—. Levántate —le ordenó. Se volvió hacia el herborista—: Tráeme un espejo, Paolo.

El hombre se precipitó hacia la trastienda y volvió con un viejo espejo.

Scarabello se miró, después escrutó al tuerto.

—¿Quién es el imbécil? ¿Tú o él? —dijo sombrío—. ¿Me habrías dejado salir así por miedo a decírmelo, idiota? —gritó. Miró al resto de sus hombres—. ¡Idiotas!

Estos bajaron la mirada.

Scarabello se limpió con el paño que le había dado Paolo. Después se lo pasó a Mercurio esbozando una sonrisa divertida.

—Ve a la sastrería del teatro del Anzelo. Es mío. Di que te mando yo. Si encuentras algo que te sirva, cógelo. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Adiós, fanfarrón.

—Un momento, Scarabello —dijo Mercurio. —¿Podemos empezar a hacer cuentas? Debo pagarte un tercio de lo que robe, ¿no es así?

Scarabello lo miró sorprendido.

Mercurio se encaminó hacia el mostrador y dejó encima de él una navaja, un saquito de terciopelo verde, en el que tintinearón unas monedas, y un pañuelo rojo. Miró al herborista.

—¿Cuánto es, Paolo?

—¡Eh, ese saquito es mío! —exclamó el tuerto.

—¡Y el pañuelo es mío! —dijo otro de los hombres.

—¡Mi navaja, hijo de la gran perra! —gritó el tercero.

Scarabello se dio una palmada en un muslo y soltó una sonora carcajada.

—¡Me parece que este fanfarrón nos va a hacer ganar, y cómo! —Se volvió hacia sus hombres—. ¡Os ha engañado como a unos idiotas! ¡Creíais que lo habíais asustado y él, en cambio, os ha vaciado los bolsillos! ¡Capullos! —Los cogió por la barbilla y, uno a uno, les pasó la manga por la cara untándosela de negro—. Y no se os ocurra limpiaros. ¡Nos vemos esta noche! Coged vuestras cosas, lelos. —Acto seguido salió de la tienda.

La lluvia había cesado y un sol caprichoso se asomaba por las nubes, que se iban abriendo. La risa divertida de Scarabello retumbaba en el *campo* Santo Aponal.

—Nunca lo había visto reírse tan a gusto —dijo Paolo cuando los hombres de Scarabello hubieron salido—. Pero por un momento pensé que te iba a matar, muchacho. —El herborista miró las cuatro monedas de plata que tenía en la palma de la mano—. No me malinterpretes, no estoy hablando mal de Scarabello. De no haber sido por él a estas alturas estaría muerto. Nadie compra hierbas al padre de un monstruo. Creen que la maldición caerá sobre ellos si hacen negocios conmigo. —Sus ojos se velaron—. Y mi mujer, temiendo lo que le aguardaba, dijo a los curas que la culpa de que hubiera nacido el monstruo era mía, porque negociaba con el diablo. Me excomulgaron, declararon nulo el matrimonio, y ahora ella trabaja como ama de llaves en los Frari, imagínate. Dio a luz a Maria y a Alvisé, mis hijos, que nacieron pegados, pobres criaturas. —Paolo no se enjugó las lágrimas, como si estuviese acostumbrado a sentir las mejillas mojadas—. Scarabello fue el único que no me abandonó. Es una buena persona, mejor que cualquiera de los que lo rodean. ¿Crees que un hombre como él necesita a uno como yo?

Mercurio y Benedetta estaban azorados. No sabían qué decir. Después de farfullar unas cuantas frases de circunstancias pidieron al herborista que les explicase dónde estaba el teatro del Anzelo y a continuación se adentraron en las calles atestadas de gente.

—Scarabello ha dicho que soy guapa —dijo Benedetta.

—No, dijo que eras idiota —replicó Mercurio riéndose.

—A ti también.

—Puede, pero gracias a este idiota tendremos ropa que no apestará a pescado.

—Has tenido suerte, que no se te suba a la cabeza.

Se empujaron riéndose. Si alguien los hubiese visto sin saber sus respectivas historias habría pensado que eran dos muchachitos despreocupados. Cuando llegaron a Campiello dei Sansoni, en medio de la multitud que se apiñaba alrededor de un vendedor ambulante de pájaros raros que procedían directamente del Paraíso Terrenal, como él mismo pregonaba, Mercurio vio un cabeza puntiaguda, calva y familiar. Sintió que el corazón se le aceleraba.

—¡Donnola! —gritó

Donnola no lo oyó y siguió andando a buen paso.

—¡Donnola! —Mercurio volvió a llamarlo a la vez que agitaba un brazo en el aire—. ¿Has entendido quién es? Sigámoslo —dijo a Benedetta.

—¿A qué viene tanto interés por ese lerdo?

—Quiero saludarlo. Era el ayudante del médico.

—¿Y qué más te da el doctor? Vamos al teatro del Anzelo. —Tiró de Mercurio en dirección contraria.

—¡Suéltame! —Mercurio se zafó de ella con excesivo ímpetu—. Ve tú, luego me reuniré contigo. —Echó a correr detrás de Donnola. Podía llevarlo hasta Giuditta, pensó.

Mercurio se abrió paso a empujones y enfiló una calle estrecha con el suelo viscoso. De vez en cuando entreveía la cabeza puntiaguda de Donnola, y entonces lo llamaba a voz en grito y se agitaba aún más.

Cuando estaba a punto de darle alcance, Donnola se volvió y vio a un joven que gritaba su nombre y gesticulaba de una forma que, a primera vista, le pareció agresiva. Apretó el paso y, dado que conocía las calles y los atajos como la palma de su mano, lo despistó.

Cuando Mercurio llegó a la Riva del Vin vio que Donnola había subido a una barca. Ya no podía alcanzarlo. En la barca, que se encontraba casi en el centro del Canal Grande, viajaba el médico. Y a su lado iba su hija.

—Giuditta... —dijo Mercurio en voz baja mientras el corazón le daba un vuelco. Echó a correr por los muelles llenos de barro, braceando—. ¡Giuditta! —gritaba—. ¡Giuditta!

La joven se volvió.

Mercurio no pudo comprender si lo había reconocido, pero pensó que sí, porque sus miradas se entrelazaron por un instante, pese a la distancia. O, al menos, eso fue lo que quiso creer cuando se paró, exhausto y manchado de barro hasta las rodillas.

—¡Giuditta! —gritó a pleno pulmón.

La muchacha no dejaba de mirarlo, pero no hacía ninguna señal, ningún gesto.

—Giuditta... —repitió Mercurio con la respiración entrecortada.

Benedetta había contemplado la escena desde lejos. Contuvo con rabia las lágrimas que le anegaban los ojos. Se mordió los labios, hasta casi hacerlos sangrar.

Y sintió un odio profundo por la hija del médico.

—Padre, ¿te acuerdas del joven sacerdote que viajó con nosotros? —preguntó Giuditta mientras la barca viraba abandonando el Canal Grande.

—Mercurio, sí —contestó Isacco distraído.

—Me ha parecido verlo en la orilla gesticulando... —explicó Giuditta—. Solo que ya no iba vestido de sacerdote.

Isacco se volvió, repentinamente atento.

—Ah... —asintió tratando de ganar tiempo—. Bueno... a esa distancia todos los jóvenes se parecen, niña mía. Con todo, es imposible que fuese él.

Giuditta, en cambio, sabía que era Mercurio. Estaba segura, porque en cuanto lo había visto había notado una opresión en el pecho, como si alguien se lo hubiese apretado con una mano, y había sentido una gran alegría. Sabía que era Mercurio porque desde que se habían cogido de la mano no había dejado de pensar en él, por mucho que intentase borrarlo de su mente. Aun así, no replicó a su padre. Se limitó a mirar hacia el Canal Grande, que casi no se veía ya, oculto tras un palacio de mármol amarillo y verde. No comprendía por qué no había contestado a los gestos de Mercurio. Si bien deseaba hacerlo con todas sus fuerzas, se había quedado petrificada.

Donnola, que, por su parte, había comprendido por fin quién era el joven que lo había seguido, sintió ganas de echarse a reír al pensar que había tenido miedo de él. Cuando se disponía a contárselo a los demás, corroborando la suposición de Giuditta, notó que le tiraban de una manga.

—Evitemos a ese chico —le susurró Isacco al oído—. Trae mala suerte. —Después se volvió hacia su hija. Giuditta no lo estaba mirando—. ¿Cuánto falta? —preguntó en voz alta al barquero.

—Ya hemos llegado. A mitad del río de la Madoneta bajaréis y recorreréis un tramo de la Salizada San Polo. La casa de Anselmo del Banco es la más grande y la más rica. —Cabeceó y a continuación masculló entre dientes—: Sanguijuela.

—Así sabes a quién llamar si necesitas una sangría —dijo Donnola—. Y ahora rema y cállate, que el doctor no te paga para oírte insultar a sus amigos, imbécil.

La barca se arrimó a los muelles, cerca de un atraque, y los pasajeros bajaron de ella. Tras dar unos cuantos pasos llegaron al *campo* San Polo, que estaba enlosado y en cuyo centro había un bonito pozo cubierto. Varios barrenderos se afanaban recogiendo la basura con sus enormes escobas y unas grandes palas de madera.

—El miércoles es día de mercado —explicó Donnola. A continuación apuntó con un dedo a un bonito palacio de tres pisos que se erigía casi delante de la iglesia—. Ahí vive Anselmo del Banco. Es un hombre muy poderoso, además de rico —dijo con aire conspirador—. Hace cinco años, en este mismo *campo*, el fraile Ruffin

predicó contra los israelíes ante dos mil personas y se dice que su querido banquero fue al Consejo de los Diez para protestar y esos... si me permite, se lo metieron por el culo, al fraile. Pregúnteselo.

Cuando llegaron al portón del palacio Isacco miró apurado a Donnola.

—Lo siento, pero... —empezó a decir.

Donnola se rio.

—Sé que no soy judío y que por eso no puedo entrar en casa del banquero. —Se volvió a reír—. No se preocupe, doctor. No creo que pase nada si, por una vez, no es un judío sino un cristiano el que no puede entrar en un sitio, ¿no cree?

Isacco esbozó una sonrisa. Donnola le gustaba. Llamó al portón. Le abrió un criado en librea.

—Soy Isacco di Negroponte y esta es mi hija Giuditta. Asher Meshullam nos espera.

El criado se inclinó, se hizo a un lado para dejar entrar a Isacco y a Giuditta, y sin siquiera dignarse a mirar a Donnola, cerró de nuevo el portón. Acto seguido, siempre en silencio, se dirigió a un patio interior en el que crecían varios cedros y naranjos. En medio de él, bajo un toldo de seda de color amarillo y rojo, estaba sentado un hombre delgado y menudo. Tenía las palmas de las manos abiertas sobre una mesa, en cuyo centro había un brasero que emanaba un agradable olor.

—Siéntate —dijo el hombre a Isacco. Su voz era fina, casi femenina, pero transmitía una gran fuerza.

—Asher Meshullam, es un honor que nos reciba en su casa —dijo Isacco.

—Siéntate —repitió el banquero dando palmadas al sillón adamascado que tenía a su lado. Luego se volvió hacia Giuditta—. A lo mejor te apetece ver de cerca esas plantas exóticas. Los árboles más altos son los cedros. Los otros son naranjos dulces. El clima de Venecia no es el más adecuado para estas plantas, porque aman el sol. Por eso los ves tan raquíuticos. Pero, al igual que nosotros, los judíos, son fuertes y capaces de adaptarse.

Con un ademán, Isacco ordenó a Giuditta que se acercase a ellos, y luego tomó asiento.

Giuditta esbozó una sonrisa forzada. No le interesaban las plantas de Asher Meshullam. Pero le alegraba poder quedarse a solas, con sus pensamientos. «Te encontraré», le había dicho Mercurio. Y ese día la había encontrado. Había gritado su nombre. ¿Por qué no le había contestado? ¿Por qué no había gritado el nombre de Mercurio? ¿Por qué no le había dicho a su padre que arrimara la barca?

Giuditta no sabía responder a ninguna de esas preguntas.

—Porque tengo miedo —susurró acariciando la hoja lisa de un naranjo. Después la arrancó, iracunda—. Porque soy una cría —dijo. Se volvió hacia su padre y Asher Meshullam. No la habían visto. Dejó caer al suelo la hoja de naranjo—. Porque soy

un cría —repitió, ya sin rabia. Luego pensó que en Venecia se iba a convertir en una mujer.

Apenas se quedó a solas con Isacco, el banquero retomó la conversación.

—¿Sabes cómo se llaman las naranjas? Los *portogalli*. Ciertos médicos ilustres, colegas tuyos, sostienen que comer *portogalli* durante la navegación puede ayudar a los marineros a evitar el escorbuto. ¿Tú qué piensas?

Isacco sabía que el jefe indiscutible de la comunidad israelí veneciana, además del banquero más importante de los territorios de la Serenísima, tanto los de la laguna como los de tierra firme, nunca preguntaba algo sin tener una razón para hacerlo.

—Si los ilustres científicos sostienen esa teoría ¿cómo puede refutarla un simple médico como yo?

El banquero lo escudriñó sin sonreír, pese a que su aire tampoco era grave.

—En el mundo marítimo prevalecen las supersticiones sobre la ciencia. He oído hablar de unos amuletos prodigiosos... —De nuevo escrutó a Isacco con sus ojos minúsculos y penetrantes, tan negros como el carbón.

Isacco se encogió de hombros, como si pretendiera decirle que no sabía nada al respecto. Pero la alusión al Qalonimus no podía ser casual. El banquero le había mandado un mensaje.

Asher Meshullam hizo un ademán al criado, quien cogió una jarra de plata repujada, con el mango de hueso, y escanció vino en dos copas de finísimo cristal soplado con el borde de oro puro.

El banquero alzó la suya.

—Es *casher* —dijo—. Supongo que respetas la Ley.

También esta pregunta era una prueba, pensó Isacco, y se dijo que si Asher Meshullam gobernaba a su pueblo y trataba con los poderosos de Venecia casi de igual a igual debía de saber ver más allá de sus narices. Así que no le convenía mentir descaradamente.

—Asher —dijo con modestia y orgullo a la vez, porque había aprendido que era la mezcla ideal para simular sinceridad—, si debiese seguir al pie de la letra las seiscientos trece *mitzvot* y ponerlas en práctica todos los días no me quedaría tiempo para trabajar, puede que ni siquiera para respirar. *El Shaddai*, el Omnipotente, es misericordioso con su siervo. Sabe que mi corazón es puro... en la medida en que puede serlo. Y si en ocasiones tengo en mi cáliz vino que no es *casher*, le confieso que lo bebo de igual forma. Pero, por descontado, no como cerdo ni carne impura.

El banquero sonrió complacido. Mojó apenas los labios en el vino y dejó la copa en la mesa.

—Hace varios días, en el puerto había una tripulación macedonia —dijo con su manera casi casual de afrontar los temas, como quien no quiere la cosa—. Hablaban de un estafador judío que tenía una hija de tu edad.

—¿Ah, sí?

—Decían que no había pagado y que los había timado.

—Ah, espere... —dijo Isacco tocándose la frente con un dedo y agitándolo a continuación en el aire, como si acabase de recordar algo—. Sí, qué coincidencia, yo también oí hablar de él nada más llegar. Solo que a mí me contaron otra cosa. Me dijeron que el judío había pagado con tres baúles llenos de piedras.

Asher Meshullam se rio entre dientes, satisfecho. Empezaba a comprender a quién tenía delante.

—Qué raros son los macedonios —comentó—. ¿Qué harán con todas esas piedras?

—¿Quién sabe? Cada país tiene sus costumbres.

Asher Meshullam se rio divertido, pero enseguida se volvió a poner serio.

—Lo único que me preocupa es que el judío en cuestión sea realmente un estafador. El equilibrio que hemos establecido con los venecianos es bastante inestable, sobre todo en los últimos tiempos. No nos conviene tener problemas.

—Entiendo. Pero yo tuve la impresión de que dicho judío no existe de verdad y que es solo fruto de la fantasía de ciertos macedonios borrachos. Creo que cuando parta la galera no se volverá a hablar de él.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Escoldado por la bendición de *Hashem*, siempre sea loado, y rompiendo un buen par de zapatos por el camino, dado que sabía que no se nos permite atracar en laguna.

—¿Por tierra, entonces?

—Por tierra —repitió Isacco sin bajar la mirada y sin esquivar los pequeños ojos de Asher Meshullam, que lo escudriñaban.

Se produjo un prolongado silencio. Al final, el banquero lo rompió:

—Eso es lo que diré de ti a la comunidad y a los *cattaveri*.

—Lo diréis porque es así.

—Lo diré, Isacco —dijo Asher Meshullam apretándole un brazo con una mano—, porque así debe ser.

Isacco asintió con la cabeza. El mensaje era claro. Asher Meshullam no había creído una sola palabra de lo que le había contado.

—Que así sea entonces. Amén.

—*Amen Sela* —respondió el banquero, apartó la mano del brazo de Isacco y le sonrió—. Eres el hijo del médico del señor de la isla de Negroponte. Esa es tu garantía aquí.

Isacco inclinó la cabeza en señal de respeto y humildad.

—Que el Santo le bendiga, Asher Meshullam —dijo.

—Aprende a llamarme Anselmo del Banco, como hacen todos aquí —dijo el

banquero—. Tú tampoco te llamas Isacco di Negrofonte, pero a los venecianos les gustan las mascaradas, recuérdalo.

—No lo olvidaré.

—Busca una casa entre tu gente —prosiguió el banquero—. Hoy en día la mayor parte de los nuestros están en los barrios de Sant'Agostin, de Santa Maria Mater Domini o aquí, en San Polo. Hazme caso, busca una casa entre los tuyos y, dado que eres médico, procura que sea grande. Así serás un gran médico. También a nosotros nos gustan las mascaradas.

—Gracias... Anselmo.

—Y ahora enséñame las piedras de las que me hablabas en tu mensaje y veré cuánto te puedo dar —dijo Anselmo del Banco, y entornó los ojos suspirando, como si lo afligiese una pena—. Aunque, por desgracia, tengo que decirte que son tiempos duros...

Isacco pensó que hacer negocios con un banquero tenía su precio. Dejó sobre la mesa dos esmeraldas, dos rubíes y el diamante.

—Viéndolas así no lo parece, pero me ha pesado mucho traer hasta aquí esas piedras, créame.

—Te creo, Isacco di Negrofonte. —Anselmo del Banco lo miró con una amplia sonrisa, casi infantil—. ¿Por qué crees que dicen que a los judíos nos dan siempre por el culo? —Soltó una carcajada.

—Anselmo del Banco dice que la Serenísima está pensando en crear un barrio exclusivo para los judíos de Venecia —dijo Isacco apenas salió de la casa del banquero, que había considerado las piedras menos preciosas de lo que eran en realidad, pero que, en todo caso, había valorado en una considerable cifra.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Giuditta.

—No, niña mía —contestó Isacco—. La idea es organizar un *chazer*.

—¿Un qué? —terció Donnola.

—Un recinto —respondió Isacco—. Una judería.

—Ah, tonterías —afirmó Donnola—. Eso nunca sucederá.

Isacco lo miró enarcando una ceja.

—Me gusta comprobar que estás más enterado de los asuntos de la República que Anselmo del Banco, que suele frecuentar a los nobles de la Serenísima.

Donnola no dio muestras de haber captado la ironía y respondió: —La posición de privilegio del usurero, doctor, solo demuestra que cierta gente, a despecho de toda lógica, acaba situándose por encima de los cristianos como yo, a pesar de las proclamaciones de la Serenísima. De ello se deduce que lo que afirma la República no siempre corresponde a la verdad sino que es sencillamente una cortina de humo cuyo fin es controlar al pueblo. Otra consecuencia es que la idea de establecer una judería me parece una soberana idiotez, se lo digo yo.

—Si lo dices tú no puedo por menos que creerte —dijo Isacco—. Comunicaré a Anselmo del Banco que puede estar tranquilo.

Donnola se encogió de hombros.

—Puede creer lo que le parezca, doctor. Yo he dicho simplemente lo que pienso.

—Vamos, no te ofendas —dijo Isacco riéndose y guiñando un ojo a Giuditta.

—Pero ¿quiere saber una cosa? El usurero nunca le hará caso. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Pues porque, con todo respeto, a usted le gusta hacerse la víctima.

—¿Tú crees? —preguntó Isacco con una punta de irritación.

—Sí. Como a todos los comerciantes. Puede que ustedes no sean más comerciantes que los demás, pero tampoco lo son menos.

Isacco pensó en Anselmo del Banco y en la manera en que había tasado las piedras. Había pensado lo mismo, pero nunca lo admitiría delante de un *goy*.

—No lo sé... —dijo.

Donnola se echó a reír cabeceando.

—Lo sabe, lo sabe...

—Me parece que el que lo sabe todo eres tú, Donnola.

—Vamos, no se ofenda —dijo Donnola remedando la entonación con la que había

hablado el médico.

Giuditta rompió a reír.

—Con todo respeto, doctor —prosiguió Donnola—, ustedes, los judíos, están convencidos de ser el último mono...

—¿Y no es así? —preguntó Isacco—. Responde con sinceridad.

Donnola lo miró. De repente, su afirmación tenía un peso superior a la que había pretendido atribuirle. La suya era una manera de hablar, sin más.

—Bueno, por ejemplo...

—Te escucho.

—Los turcos son peores —afirmó Donnola, contento de haber encontrado una escapatoria.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Siempre estáis en guerra contra los turcos!

—Precisamente. Y los consideramos peores que los judíos.

—Pero ¡si en Venecia casi no hay turcos, Donnola!

—Justo. En cambio hay muchos judíos. Por eso el último mono son los turcos y no los judíos —concluyó satisfecho Donnola.

Isacco sacudió la cabeza.

—Ah... contigo no se razona.

Giuditta sonreía divertida.

—¿Te burlas de tu padre? —le preguntó Isacco.

—Jamás me lo permitiría —contestó Giuditta sin dejar de sonreír.

—Pero ¿qué piensas de nuestra discusión? —terció Donnola.

Giuditta miró a su padre y lo abrazó.

—Pienso que el doctor Isacco di Negroponte ha encontrado la horma de su zapato.

—Busquemos una casa, que es mejor —dijo Isacco abrazando alegremente a su hija.

—No, doctor, antes tenemos que ir a hablar con el capitán Lanzafame, se lo he dicho esta mañana —dijo Donnola—. El capitán me dijo que fuéramos hoy a mediodía a su cuartel general. Necesita de sus servicios.

—¿Y dónde está ese cuartel general? —preguntó Isacco.

—Aquí mismo, detrás de Rialto, doctor.

—Por lo visto todo gira alrededor de Rialto.

—Porque Rialto es el corazón de la ciudad.

—Creía que era San Marco.

—San Marco es para los políticos, los intrigantes y los visitantes.

—Bueno, vayamos entonces al cuartel general —dijo Isacco—. Pero no recuerdo haber visto cuarteles por aquí.

—¿Y quién ha hablado de cuarteles? —preguntó Donnola riéndose—. En tiempos

de paz el cuartel general del capitán es la fonda de las Spade.

Llegaron a la calle que estaba detrás de las Spade, a espaldas de la Pescheria Grande, en la calle de la Scimia, donde había una fonda que administraban las monjas de San Lorenzo, según les explicó Donnola disgustado.

—¡Una fonda limpia! —exclamó escandalizado.

No obstante, al ver un borracho en el suelo y una prostituta que le rebuscaba tranquilamente en los bolsillos delante de la entrada, Isacco pensó que la fonda de las Spade no parecía en absoluto estar en manos de religiosos.

—Quizá sea mejor que su hija espere fuera, doctor —dijo Donnola.

—Ni lo sueñes —dijo Isacco con firmeza—. Mi hija viene conmigo. ¿A quién se le ocurre? Mira alrededor...

—Sí, pero dentro...

—Ni hablar. Asunto zanjado —dijo Isacco en tono categórico—. No quiero dejarla aquí fuera.

Donnola se encogió de hombros, abrió la puerta de la fonda y entró. Isacco y Giuditta lo siguieron.

Apenas entraron los azotó un olor nauseabundo, aún peor que el del callejón. Era un hedor en el que se entremezclaba el olor a sudor, a dátiles podridos, a plátanos aplastados en el suelo y cocinados por la humedad y la sal, a pescado putrefacto, a brea y a madera, además del que emanaba de un retrete que no habían limpiado en varias semanas. A todo ello se superponía el olor a vino rancio. El local era enorme, pero oscuro, pese a que estaban en pleno día. En las ventanas colgaban unas gruesas cortinas oscuras y las lámparas de aceite tenían una llama tan baja que apenas se podían distinguir las facciones de los parroquianos. Giuditta vio en un rincón a un borracho meando contra la pared sin que nadie protestara. De vez en cuando, mientras avanzaba detrás de su padre, veía un pecho o una falda que se levantaba dejando a la vista un culo blanco. En el aire flotaban frases obscenas, risotadas groseras, suspiros y maldiciones. Parecía la antesala del infierno, pensó Giuditta inquieta. Se detuvo al ver que la mano de una mujer se insinuaba por debajo del sobretodo de su padre y le palpaba el miembro a través de la tela de los pantalones.

—Lo tienes grande, amor mío —dijo una voz ronca que parecía estar recitando una cantilena. De la penumbra emergió el rostro de una mujer con la cara pintada de blanco, y las mejillas y los labios de color púrpura—. Si quieres te la chupo por un cuarto de tinto y un sueldo de seis *bagattini*^[4]. Seguro que nunca has probado un beso como el mío. Sonrió mostrando una boca desdentada, con las encías enrojecidas. Giuditta retrocedió sobresaltada y gritó. La mujer fue absorbida de nuevo por la oscuridad y solo se oyeron sus risotadas roncadas, seguidas de las de un borracho.

—Mi hija no puede estar aquí. Pero ¿dónde nos has traído? —pregunto Isacco a Donnola.

—Que conste que se lo advertí, doctor —respondió Donnola.

—¡Deberías de haberte explicado mejor! —estalló Isacco—. Espérame fuera —dijo a Giuditta guiándola a toda prisa hacia la entrada de la fonda—. No tardaré nada. No te alejes de aquí ni des confianzas a nadie. —Miró a Giuditta. Estaba pálida—. Donnola es un imbécil y tú un estorbo —masculló. Se asomó a la puerta—. ¡Capitán Lanzafame! —gritó.

La fonda se sumió en el silencio por un instante. Acto seguido reinició el habitual barullo. Pero un cuerpo imponente emergió de la oscuridad.

—Ah, eres tú —dijo Lanzafame con la voz pastosa a causa del vino. Tenía la camisa fuera de los pantalones y abierta en el pecho. La luz que se filtraba desde la calle dejaba a la vista unas cicatrices moradas.

Donnola apareció a su espalda.

—Dijo que quería vernos, capitán.

El capitán asintió con la cabeza.

—Salgamos.

Una vez fuera, Isacco miró a Lanzafame con una vaga expresión de pesar.

—No me juzgues, judío —dijo con aspereza el capitán, apuntándolo con un dedo.

Isacco miró la fonda y se encogió de hombros. Había visto decenas de sitios así. Había pasado un sinfín de horas de su vida en lugares como ese. Y había visto cientos de hombres ahogando sus penas en el vino, como el capitán Lanzafame. Él también había sido uno de ellos.

—No me interesa lo que hace.

Lanzafame exhaló un suspiro y dijo con voz grave:

—En cambio, yo te lo quiero decir. Y también a tu hermosa hija. Hago lo que hago porque el que ha estado en la guerra ha perdido su alma, se la ha vendido al diablo, los remordimientos lo atormentan y debe ensuciarse hasta el final de sus días para expiar los pecados que ha cometido. —Lanzafame miró a Isacco, luego a Giuditta. Al final se echó a reír sonoramente—. ¿Son estas las estupideces que quieres oírme decir, judío?

—Deja de llamarme judío —dijo Isacco.

El capitán Lanzafame asintió levemente con la cabeza sin decir nada.

—Necesito tu ciencia —dijo después—. Hay una persona que está... muy mal. —Le apoyó una mano en un hombro y le habló al oído. El aliento le olía a vino especiado. Le apretó el hombro con agresividad—. Si la matas, te mataré... doctor. —Lo miró. Tenía los ojos velados por el exceso de vino—. Ah, y no puedes negarte. Esta es la otra condición —volvió a decir el capitán riéndose de nuevo. Después, trastabillando como un borracho, echó a andar sin volverse—. ¡Vamos! —gritó.

Cuando llegaron a Ruga dei Speciali entraron en un portal ruinoso y subieron cuatro pisos por la escalera, que era angosta y oscura. La casa del capitán Lanzafame

era una buhardilla sucia y desordenada. Les abrió una criada vieja y gruesa, que se movía con dificultad. Parecía un ama de llaves y su aspecto era aún más sucio que el de la casa. El suelo de madera sin pulimentar estaba cubierto por un dedo de polvo y barro reseco. La casa apestaba a humores corporales y a comida podrida.

—Es muda —explicó el capitán señalando a la vieja.

La criada miró a Isacco y se llevó un dedo a una oreja.

—Nos importa un comino si nos oyes o no —dijo Lanzafame—. No tenemos la menor intención de hablar contigo. Muévete, culona. —El capitán se volvió hacia Donnola y Giuditta—. Vosotros esperad aquí.

La vieja escoltó a Isacco y al capitán a una habitación que había al fondo de un pasillo corto. Allí el olor era aún más fuerte. En la cama yacía una mujer de unos treinta años con aspecto atormentado. Sudaba y estaba pálida. Tenía una mano fuera de la manta. En el dorso se extendía una llaga, abierta de forma que casi se veía el hueso. Un poco más arriba, en el brazo, tenía otra pústula sangrante, pero menos profunda.

—¿Es su esposa? —preguntó Isacco.

—¿Quién? ¿Esa? —Lanzafame se rio groseramente, casi con desprecio. Pero después, con los ojos conmovidos, como si se le hubiese pasado la borrachera, dijo en voz baja—: Sálvala, te lo ruego.

Shimon había decidido que no cabalgaría por el camino para evitar cualquier posible encuentro con los guardias, dado que iba vestido de capitán del ejército de Su Santidad. Pero el bosque era más espeso de lo que había imaginado, de manera que llegó de noche a la fonda.

Decidió que esperaría hasta que amaneciera. Acampó en una roca, junto al torrente. Encendió una hoguera. No tenía nada para comer, pero no se sentía débil. Bebió y abrevó también al caballo. Se preparó para pasar la noche.

Recordó lo que le había sucedido en la fonda. Recordó a la muchacha, a la impresionante facilidad con la que le había hecho picar el anzuelo. Con la misma facilidad con la que Mercurio lo había hecho picar también. Shimon pensó que, a pesar de todo el odio y la rabia que sentía, y de que se había convertido en un hombre totalmente distinto, que había perdido el miedo que lo había paralizado siempre, seguía sin tener la menor experiencia sobre la vida. Mercurio y esa joven habían luchado con uñas y dientes desde que eran niños. Habían comprendido muy pronto que si querían sobrevivir debían convertirse en unas fieras. Él, en cambio, había creído que la única dificultad a la que iba a tener que enfrentarse era el hecho de haber nacido judío. Había heredado la profesión y los contactos comerciales de su padre que, al igual que él, era judío. Y su padre, a su vez, había heredado los clientes y la profesión de su abuelo. Ninguno de ellos había padecido la pobreza. Y todos ellos, indistintamente, habían sido unos hombres temerosos. Dominados por el miedo. El miedo a perder lo que tenían, el miedo a ser judíos en un mundo cristiano, el miedo a no respetar las reglas de la comunidad religiosa y de la sociedad en que vivían. Miedo a tener una mujer, además de la esposa, que, en la mayor parte de los casos, elegían los padres. Miedo a sentir pasión y cólera, pero también alegría. En ciertas ocasiones se había dicho que tenía miedo del miedo. Pero en ese momento, creía que, en realidad, siempre había tenido miedo de no tener miedo. El miedo era un compañero fiel, reconfortante, que guiaba la vida por las vías por las que esta debía discurrir. El miedo impedía los cambios, las ideas distintas a las oficiales. El miedo garantizaba la inmovilidad.

Shimon sonrió mientras la luz del alba empezaba a filtrarse por las hayas. Ya no quería seguir paralizado. Su destino había cambiado, y quizá se lo debía también a Mercurio, que, al robarle, lo había dejado en la ruina. Que lo había obligado a afrontar su naturaleza, sofocada durante años. En el fondo, gracias a Mercurio había infringido la ley, se había procurado un arma, la había clavado en el cuerpo de un enemigo, había expresado a voz en grito su odio, su rabia, su rebelión. A los hombres y a Dios. En el fondo, gracias a ese delincuente, que con su misma arma le había elevado la voz, Shimon tenía ahora una voz aún más fuerte, que salía de su corazón,

de sus entrañas, de su ser de carne y sangre.

Sí, todo eso se lo debía a Mercurio. Se lo agradecería como correspondía.

Pero ahora debía dar las gracias a la joven que lo había hecho sentirse tan estúpido, dándole una lección. Porque Shimon, por fin, después de años y años de letargo, sabía lo que significaba estar vivo. Había sentido lo que se puede experimentar de verdad por una mujer. Había sentido que la carne que tenía entre las piernas se llenaba de sangre y de pasión. Había sentido incluso la embriaguez que produce desobedecer al propio miedo. Arriesgarse. Sí, el riesgo estaba en el centro de la nueva embriaguez de Shimon. Y los hechos habían demostrado que los dioses ayudan al hombre que se arriesga. Puede que no fuese el caso del dios de los judíos. Puede que a ese dios le habría gustado decirle que se estaba equivocando. Pero Shimon había cerrado también esa puerta. Hacía oídos sordos al dios de sus padres. En cambio, los nuevos dioses, paganos, sanguinarios, animalescos, lo habían protegido. Le habían hecho un extraordinario regalo. Estaba condenado a ser encarcelado por una injusticia. En cambio, había sido liberado por unos acontecimientos que, en apariencia, no guardaban ninguna relación con él. Y lo habían agraciado de nuevo. Se había reconocido en el bandido que le había salvado la vida. En ese momento no había temido la muerte. Quizás había sentido cólera, porque debía llevar a cabo una tarea. Pero miedo, no. Había superado un límite, atravesado un confín, se dijo, y ya no podía volver atrás.

Se levantó y se enjuagó la cara. Pensó también en lavar la espada. Pero la hoja oscurecida por la sangre seca le daba sensación de poder. Montó en el caballo y lo espoleó.

Una vez en la fonda ató su montura a una encina y se sentó a pensar. Además del general y de la joven, en la fonda estaban las dos viejas y los tres mozos. Pero a él solo le interesaba la muchacha.

Al cabo de un rato vio que dos mozos subían a un carro tirado por un mulo y se alejaban. Inmediatamente después el tercero se adentraba con una carretilla en el bosque. Era el momento de actuar, se dijo Shimon.

El general se había sentado delante de la fonda, bajo una pérgola, y había pedido que le sirvieran una jarra de vino. Bebió y se enjugó la barba blanca. A continuación sacó una pipa corta del chaleco y la llenó.

Mientras la encendía, Shimon se abalanzó sobre él. Cogió el mechón de pelo que le caía por la frente, le levantó la cabeza y apoyó la hoja de la espada en su cuello rugoso. Acto seguido movió hacia atrás la espada con un movimiento rápido. La hoja penetró en la carne vieja del general.

Una de las dos viejas, que había salido con la comida para el general, gritó y dejó caer el plato y los cubiertos. Después, sorprendiendo a Shimon, se inclinó, cogió el cuchillo e intentó apuñalarlo. Shimon le dio un golpe en la cabeza con la empuñadura

de la espada. La vieja lanzó un gemido y cayó al suelo. Sin prestarle la menor atención, Shimon entró en la fonda. La otra vieja, al verlo, se hincó de rodillas, se hizo la señal de la cruz y se puso a rezar. Shimon ni siquiera la miró. Buscaba a la joven. Al pasar por delante de una ventana vio que estaba escapando.

Salió como un rayo de la fonda y empuñó la ballesta, que había cargado de antemano. Jamás había usado una. Inspiró hondo, apoyó una rodilla en el suelo y apuntó. La joven había cruzado casi todo el patio y se estaba acercando al henil. Si llegaba a él dejaría de estar en el radio de tiro. Shimon apoyó el dedo índice en el gatillo y lo apretó.

La flecha saltó con violencia, vibrando en el aire.

Un instante después la joven se levantó la falda. Lanzó un grito, pero no se detuvo. La flecha la había rozado y se había clavado en la pared del henil.

Cuando Shimon vio que la joven se adentraba en el bosque tiró la ballesta al suelo y corrió hacia su caballo. No tardó en darle alcance. Le dio una patada. La joven cayó al suelo y no se volvió a levantar. Jadeaba. Tenía el pelo revuelto y en sus ojos se leía un profundo miedo.

—¿Quieres el dinero? Está en la habitación del general —dijo asustada—. No quería... no quería... me obligó...

Shimon le ordenó con un ademán que se levantase, después le agarró el pelo y echó a andar hacia la fonda. La muchacha lo seguía gimiendo y agarrando con fuerza la mano con la que Shimon le tiraba el pelo para reducir el dolor.

Pasaron por delante del cadáver del general. La joven chilló y rompió a llorar.

—No... no... te lo ruego...

Shimon desmontó y la miró. Le dio una violenta bofetada. Pensaba matarla, pero solo después de haberla atormentado. No moriría rápidamente como el general. Debía sufrir. Al igual que sufriría Mercurio. Porque ellos lo habían humillado.

La empujó hacia la habitación que había en la parte trasera, donde lo habían drogado.

—¿Quieres hacer el amor? —lloriqueó la joven—. ¿Quieres hacer el amor?

Shimon abrió la puerta de una patada. Empuñaba la espada, que goteaba sangre. Empujó dentro a la muchacha, con violencia, y cerró la puerta a su espalda.

La joven se arrodilló delante de él juntando las manos.

—¡No me mates! No me mates, te lo suplico... —Después, con un ademán repentino, se abrió el vestido arrancando los botones y dejando a la vista su generoso pecho—. ¿Quieres hacer el amor? —Se acercó a él, siempre de rodillas, y le restregó el pecho por las piernas—. ¿Quieres hacer el amor? —repitió—. Tómame... tómame... —Se arrastró hasta la cama en que Shimon había perdido el conocimiento la noche anterior y se tumbó tocándose los pechos con las manos—. Mírame. ¿Te gusto? ¿Soy guapa? ¿Quieres hacer el amor?

Shimon pensó que debería haberla matado en el bosque. Se sentía débil. Tan débil como cuando ella lo había seducido. La miraba y pensaba en la mañana anterior, cuando lo habían obligado a subir a la carroza penitenciaria y la había visto ajada. La imagen le volvió a la mente y lo turbó. Porque ya no era la joven que nunca se habría podido permitir. Esa mañana había visto a una mujer que podía haber sido suya. Eso era lo que había sentido en lo más hondo. Y en ese momento, viéndola así, vencida, en su poder, se sintió aún más débil. Porque, antes incluso de admitirlo, sabía que la deseaba con todas sus fuerzas.

Tiró al suelo la espada y dio un paso hacia la joven.

Ella se levantó la falda.

—Sí, ven... sí... —murmuró abriendo las piernas y descubriendo una mancha de vello claro—. Ven... te deseo... mira cómo te deseo... —prosiguió la joven, se llevó una mano a la boca, se lamió los dedos, y la hizo resbalar hasta metérsela entre las piernas.

Shimon sintió que la sangre le corría por las venas, a oleadas y con resaca. Le subía a la cabeza y luego volvía a bajar, rauda, hasta las ingles. Su corazón se aceleraba. Jadeaba. Se acercó aún más a ella.

La muchacha alargó una mano y le desató los pantalones con destreza. Rápida, hábil. Estaba acostumbrada a hacerlo, pensó Shimon. Y, una vez más, se sintió débil. Y solo. La mano de la joven le aferró el pene. Empezó a moverlo, con brío, tratando de que la carne creciese. Pero la sensación que experimentaba había dejado petrificado a Shimon.

«Nunca has tenido una mujer», se decía. «Tu esposa no era una mujer y tú nunca has sido un hombre. Un verdadero hombre». Sintió en lo más profundo su debilidad. Decidió apartarse y empuñar la espada de nuevo, pero la joven, como si hubiese intuido lo que pensaba, lo aferró por la cintura y lo atrajo hacia ella.

Shimon se encontró tumbado en la cama. La joven le bajó los pantalones, se levantó la falda hasta las caderas y montó a horcajadas sobre él. Le cogió una mano y se la apoyó en un seno. Después empezó a moverse, arriba y abajo, frotando el pene blando de Shimon.

—Oh, sí... así... ¿Sientes cuánto te deseo? —jadeaba—. Así me haces gozar... así...

Pero el pene de Shimon no parecía dispuesto a hincharse y a crecer. Shimon pensó que con su esposa, que no era una mujer, nunca había fallado. En cambio, no podía hacer el amor con esa hermosísima joven. Era absurdo. Sentía que el miedo se asomaba de nuevo a su alma. Y, con él, la soledad que nunca había querido admitir. Se sentía una nulidad.

La muchacha, sin dejar de gemir, se separó de su cuerpo y deslizó sus labios por las piernas de él. Shimon sintió el calor. El movimiento. Jamás había pensado que

sería capaz de hacerlo. Algunos hablaban de ello, pero él jamás lo había probado. Era maravilloso, podía imaginárselo, pero, aun así, no sucedía nada. Cerró los ojos y se llevó una mano a la frente.

¿Por qué se sentía tan débil, tan insignificante?

En ese momento notó un movimiento anómalo. Algo que lo alertó. Abrió los ojos de golpe.

La joven empuñaba la espada, si bien no parecía que se dispusiese a golpearlo con ella. Shimon le dio un golpe con la rodilla, se puso de pie y la desarmó. Le arrebató la espada y la levantó.

La muchacha sabía que iba a morir. Había perdido su oportunidad.

Shimon sujetaba la espada sobre su cabeza y miraba hacia abajo, hacia la muchacha que se protegía instintivamente con las manos. Entonces se vio. Vio su pene, blando, mojado con la saliva de la joven. Se imaginó con la espada en el aire y los pantalones bajados. Y sintió dolor. Por sí mismo. Porque iba a matar a la joven con el pene flácido y al aire. Porque había deseado, solo entonces se lo confesaba, hacer el amor con ella desde la primera vez que la había visto e incluso después de que lo hubiese engañado, robado, y se hubiese reído de él. Incluso cuando le había dicho al general que él le daba asco, Shimon la había deseado. Ella siempre había sido más fuerte. Y lo sería incluso si le cortaba la cabeza de un tajo. Debido a su pene flácido, que había tenido miedo de una mujer que no se podía permitir.

Shimon se llevó una mano al pene, avergonzado. A continuación bajó el arma.

La muchacha lo miró sin comprender.

Shimon se abrochó los pantalones, arrancó la sábana, la hizo a tiras y ató con ella a la joven de pies y manos.

No, no la mataría. No tenía valor para hacerlo.

Salió sin mirarla, se encaminó hacia la fonda, subió a la habitación del general y la puso patas arriba hasta que encontró sus botas, su abrigo y las monedas de oro. Las cinco que eran suyas, otras cinco de oro y unas veinte de plata. Y varias joyas masculinas y femeninas. Miró en los armarios, cogió las prendas que podían resultarle cómodas y las cargó en el carro tirado por el caballito árabe de Scavamorto que había encontrado en el henil.

Volvió a la fonda. Las viejas habían desaparecido. Fue a la cocina y arrambló con todos los víveres que pudo. A continuación cogió papel y pluma. Solo entonces se dio cuenta de que quería escribir algo a la joven.

Se le saltaron las lágrimas a los ojos. «Qué débil eres», pensó.

Salió, desesperado, sintiéndose solo, como nunca se había sentido, montó en el carro y azotó al caballito, que saltó de inmediato, nervioso.

Cuando volvió a pasar por el lugar donde había sido atacada la carroza penitenciaria estaba anocheciendo.

En la pequeña explanada, rodeada de hayas seculares, vagaban, inquietos y furtivos, dos grandes lobos. Al oír el carro se escondieron en el bosque. Shimon seguía llorando, sin sollozar. El caballito estaba nervioso, no dejaba de pisotear el terreno con los cascos y de relinchar. Shimon encendió el farol del carro. Alrededor de él, en el bosque, brillaron una decena de ojos rojos. Los dos lobos que había visto eran los más valientes, pensó Shimon. Los demás estaban al acecho en la oscuridad. Aguzó las orejas. Los lobos aullaban, atormentados por el olor a sangre.

Shimon abrió la boca y gritó su espantoso silbido. A continuación hizo chasquear el látigo en el aire.

En el bosque, los lobos gruñeron.

Shimon abandonó la explanada preguntándose si tendría fuerzas para continuar, para llevar hasta el final su búsqueda y su venganza, que conllevaba la muerte de Mercurio.

La muchacha le había mostrado toda su debilidad.

Los gruñidos feroces de los lobos que peleaban por la carne humana retumbaron entre las hayas y se alzaron hacia la luna.

Pero Shimon no los oyó. En sus oídos solo retumbaba la risa de la joven. Porque estaba seguro de que en ese momento se estaba riendo de él.

La vieja, vacilante y ayudada por una hermosa joven, entró en la tienda del orfebre del *campo* San Bartolomeo. Se paró a dos pasos del mostrador apoyándose en el bastón con expresión doliente. Apretó los dientes, entornó los ojos y enrojeció.

—¿Se encuentra mal, señora? —preguntó el orfebre.

La vieja hacía rechinar los dientes, cabeceaba.

—¿Se encuentra mal? —repitió el orfebre, preocupado.

De repente, la vieja soltó un pedo fragoroso.

El orfebre se ruborizó. Miró a la hermosa joven que acompañaba a la vieja. Esta sonrió.

—¡Ah, qué liberación! —dijo la vieja suspirando. Sus facciones, ocultas por el sombrero que llevaba calado hasta la frente y por el maquillaje recargado, a base de albayalde, se relajaron. Se apoyó en el mostrador y habló dejando a la vista sus dientes negros y podridos—: Enséñame un anillo valioso, date prisa.

El orfebre se quedó de piedra. No podía por menos que reconocer que a la vieja no parecía faltarle el dinero. Es más, bajo el velo se entreveían varios collares de piedras enormes que debían de valer una fortuna. Pero nunca la había visto hasta entonces. El orfebre miró a la joven que la acompañaba.

Esta le volvió a sonreír, de forma casi descarada.

—¡Putas! —gritó la vieja, que se había vuelto justo en ese momento y la había visto esbozar la sonrisa. Alzó el bastón y, sin la menor consideración, golpeó con él la espalda de la joven, que se había apresurado a volverse—. ¡Putas, más que putas!

—Señora... si me permite —terció tímidamente el orfebre.

La vieja lo miró con expresión furibunda y el bastón en el aire.

El orfebre retrocedió de manera instintiva.

La vieja se volvió de nuevo hacia la joven.

—Putas —repitió con un silbido maligno. Después se dirigió una vez más al orfebre—. No es una criada, es una puta, querido. Y pretende engatusarte también, apuesto lo que quieras. Ten cuidado. No sabe mantener la falda bajada y las piernas juntas.

El orfebre tragó saliva, azorado.

—¿Entonces, el anillo? —rezongó la vieja—. ¿Tengo que ir a otro orfebre? Supongo que no serás el único de Venecia.

—Creo que no la conozco, señora —dijo tímidamente el orfebre—. ¿Puedo saber quién la ha enviado a mi humilde tienda? —No podía apartar los ojos de la criada, quien, fingiendo que tenía calor, se había desabrochado un botón de la blusa.

La vieja no parecía haberse dado cuenta. Apuntó el bastón, que manejaba como un arma, en dirección al orfebre.

—Si la suya es una tienda humilde también lo serán las joyas, de manera que no me sirven —dijo con su voz ronca y desagradable—. Nos han aconsejado mal.

—Espere, señora... —dijo el orfebre para detenerla, quizá movido por la expresión ceñuda de la criada—. Dígame en qué puedo servirla y trataré de contentarla. Me parece que es usted forastera y... —El orfebre se calló, presa de una repentina sospecha—. A propósito, ¿cómo ha logrado entrar en la laguna? Los extranjeros no tienen permiso...

La vieja golpeó el mostrador con el bastón.

—Me estás hartando. Soy Cornelia Della Rovere, descendiente de Papas, y no soy extranjera en ninguna parte del mundo gracias a mi nombre y a mi linaje, desgraciado. ¿Quieres enseñarme uno de tus asquerosos anillos? ¿Sí o no?

La criada, sin dejar de sonreír al orfebre, asintió con la cabeza, como si pretendiese corroborar lo que había dicho su señora.

—Disculpe, noble dama...

—¡El anillo!

—Enseguida. —El orfebre miró a la criada y abrió una caja grande de hierro, blindada, de la que sacó un cajón donde guardaba los anillos.

La vieja ni siquiera los miró.

—He dicho anillos. Estos van bien para una puta como esta —dijo dando un bastonazo gratuito a la criada, que se quejó y miró fijamente al orfebre con aire atormentado.

El orfebre se mordió un labio. Volvió a poner en su sitio el cajón y se acercó a una caja fuerte que tenía tres candados diferentes. Los abrió uno a uno y a continuación extrajo un cajón con otros anillos, sin lugar a dudas más valiosos. Los puso delante de la vieja. Esta cerró los ojos.

—¿Tampoco le sirven estos? —preguntó el orfebre.

La vieja hizo rechinar los dientes, enrojeció y se tiró otro pedo.

—Maldita vejez —refunfuñó. Acto seguido miró los anillos. Cogió uno que tenía un diamante engastado. Frunció la nariz y lo tiró de mala manera al cajón.

El orfebre lo puso de nuevo en su sitio con delicadeza. Luego miró a la criada, que se había desabrochado otro botón de la blusa.

La vieja cogió otro anillo, que tenía una esmeralda del tamaño de un escarabajo. De nuevo lo tiró despectiva al cajón.

—Dame las gafas, puta —ordenó con brusquedad a la criada.

Mientras le pasaba las gafas, la joven se inclinó hacia el mostrador, de manera que el orfebre pudo entrever sus menudos pezones de color rosa.

La vieja se puso las gafas y, a continuación, con manos temblorosas, cogió todo el cajón y se volvió hacia el escaparate.

—En esta tienda no hay luz —rezongó y dio un paso hacia delante sin valerse del

bastón. Antes de que la criada pudiese sujetarla, vaciló y estuvo en un tris de tropezar. El cajón le resbaló de las manos y las joyas rodaron por el suelo.

Lanzando un gemido, el orfebre se tiró al suelo y empezó a recogerlas. La criada se había agachado también para ayudarlo y le pasaba los anillos que iba recuperando. Cada vez que lo hacía le rozaba la mano mirándolo a los ojos, tan cerca de él que el orfebre podía sentir su cálida respiración.

La vieja no se dignó disculparse por el incidente. Rebuscó en la bolsa que llevaba y sacó un monedero de seda. Lo abrió con mano trémula a la vez que el orfebre acababa de recoger las joyas y regresaba al mostrador, después de haberse cerciorado de que no faltaba nada y de acariciar furtivamente a la criada.

—Veamos... —dijo la vieja con aire distraído—, ¿cuánto cuesta la esmeraldita?

Cuando el orfebre se disponía a contestar a la vieja, a esta le temblaron de nuevo las manos y se le cayó el monedero. Las monedas rodaron por el suelo al igual que antes habían rodado los anillos. El orfebre y la criada se pusieron a cuatro patas para recogerlas. Mientras acariciaba otra vez la mano de la criada, el orfebre vio que eran de oro. Se levantó y se las devolvió a la vieja, que las contó y las volvió a meter en el monedero.

—Falta una —dijo la vieja.

—¿Qué? —preguntó el orfebre.

—Ah, ¿te has vuelto sordo de repente?

—Noble dama...

—¿Cuánto dinero tenía cuando salí, puta? —preguntó la vieja a la criada.

Esta miró al orfebre.

—No me acuerdo...

El orfebre estaba tenso.

—No pensará...

—¡Putas asquerosas! ¿No te acuerdas? —gritó la vieja golpeando el mostrador con el bastón. Al hacerlo tocó el cajón de los anillos. Este se volcó y los anillos cayeron sobre el mostrador y al suelo.

El orfebre se apresuró a recogerlos otra vez. La vieja le dio un bastonazo en la mano.

—¡Llamaré a los guardias, ladrón!

—Noble dama...

—¡Noble una mierda! ¡A mí no me engañas! —Volvió a blandir con fuerza el bastón inclinándose hacia el orfebre y apoyándose en el mostrador—. ¡Guardias! —gritó al mismo tiempo que se encaminaba con paso vacilante hacia la salida.

Mientras la sujetaba, la criada miraba al orfebre con ojos tristes y melancólicos, como si estuviese despidiéndose de un amante.

Apenas salió de la tienda y dejó el escaparate a su espalda la vieja se zafó de la

criada, se subió la falda y echó a correr. La criada la siguió riéndose.

—¡Idiota! —gritó Mercurio quitándose el sombrero que le tapaba la mitad de la cara.

—¡Putero! —gritó Benedetta.

El orfebre había tardado unos segundos en darse cuenta de que faltaba el anillo con el diamante. Salió como una exhalación de la tienda. Miró a derecha e izquierda, buscándolos entre la multitud.

—¿Habéis visto a una vieja y a una criada? —preguntó desesperado a todos. Pero nadie le respondió. Corrió hacia la Salizada del Fontego dei Tedeschi. Había demasiada gente. Era imposible encontrar a la vieja y a la criada. Y no podía dejar la tienda sin nadie que la vigilase. Regresó a ella. De improviso, sintió algo bajo el pie. Al pisarlo vio que se trataba de una vejiga de cerdo hinchada de aire.

El aire salió con violencia produciendo una estruendosa vibración.

—¡Vaya pedo, hermano! —exclamó un transeúnte.

—El mal napolitano...

—¡De eso nada! El mal portugués...

—¡Memeces! Los franceses de Carlos VIII lo llevaron a Nápoles con sus putas. Por eso se llama mal francés, sin lugar a dudas.

—Perdonadme, colegas, en cambio, es el mal español, todos sabemos que los marineros de Cristóbal Col...

—¡Basta, idiotas! —dijo el capitán Lanzafame a voz en grito—. ¡No me interesa cómo se llama!

El farmacéutico, el dueño de la farmacia de la Cabeza de Oro, se calló a la vez que alargaba el cuello, ofendido y asombrado. Las comisuras de su boca se doblaron hacia abajo. Las gafitas resbalaron hasta la punta de la nariz. Su joven ayudante se apresuró a inclinarse para cogerlas. Los dos médicos que habían animado la discusión con el farmacéutico arquearon al mismo tiempo una ceja, como si fueran hermanos siameses.

El capitán Lanzafame, despeinado y con barba de varios días, empujó a Isacco hacia delante.

—Dadle al doctor Negrofonte lo que pide —dijo—. Y ahorraos el ceremonial.

—Dígame —dijo entonces el farmacéutico a Isacco mirándolo de arriba abajo. Se volvió hacia los otros dos médicos con una sonrisita de través dibujada en sus labios exangües—. No sabe de qué enfermedad se trata pero conoce el remedio. Bien, en ese caso aprenderemos algo nuevo.

—Una mujer está mal. ¿Qué tiene de divertido? —dijo Isacco—. ¿Queréis ayudarme o no?

El capitán Lanzafame clavó su cuchillo en el mostrador.

—Te ayudarán, estoy seguro.

Los cuatro eruditos reularon.

—No sirve de nada, capitán —dijo Isacco sacando el cuchillo de la madera del mostrador y tendiéndoselo a Lanzafame—. Me ayudarán porque son hombres de ciencia y han hecho un juramento. ¿Verdad?

El farmacéutico balanceó la cabeza con afectación, como si esta estuviese pegada de mala manera al cuello. Los dos médicos se metieron los pulgares en los pliegues del corsé, a la altura de las axilas, como si fueran una pareja de bailarines muy compenetrada. La comedia que les dictaba su orgullo preveía que no diesen su brazo a torcer de inmediato. Pero el joven ayudante, menos experto en el arte de negarse, dijo: —¡Por supuesto, señor!— dijo con un entusiasmo estúpido que los otros tres consideraron reprochable. Pero, dado que el guion se había ido ya al traste, asintieron con la cabeza secundando al ayudante.

—Además del nombre... nunca he visto esta enfermedad —dijo Isacco—. Por una parte parece peste, por otra alopecia, por otra sarna...

—No la conoce porque es nueva —dijo uno de los médicos con aire sumamente grave.

—Y, en cierto sentido, tiene razón, colega —dijo el otro—, dado que, si bien es distinta de las enfermedades que acaba de citar, en esencia pertenece a la categoría del *ignis persicus* que describió Galeno.

—En ese caso, ¿cuáles son las causas? —preguntó Isacco.

—Las causas superiores hay que buscarlas en la conjunción astral de Júpiter y Marte de noviembre del año mil cuatrocientos noventa y cuatro. Y también en la de Saturno y Marte del mes de enero de mil cuatrocientos noventa y seis —afirmó uno de los dos médicos en tanto que el otro asentía con la cabeza con los párpados entreabiertos.

Isacco tuvo que dominar la irritación.

—¿Y las causas... inferiores? —preguntó apretando los dientes.

—Tienen su origen en el descubrimiento de las Américas, ya se sabe —terció el farmacéutico inclinándose ante los dos médicos—. Los indígenas de esos lugares se unieron carnalmente a los monos... por eso se dice que se parecen de forma increíble, dado que ellos mismos no hace mucho que bajaron de los árboles. Esos animales les transmitieron la enfermedad, sobre todo a las mujeres, quienes, a través de sus repugnantes prácticas sexuales se la contagiaron después a los marineros de Colón... —abrió los brazos, desconsolado—, quienes la propagaron después por toda Europa.

—En cualquier caso, Dios se vale de esta enfermedad para castigar a las depravadas naciones cristianas —dijo el joven ayudante del farmacéutico, quien le dirigió un gesto de aprobación.

—¿No hay nada más... inferior? —preguntó Isacco—. ¿O concreto?

—¿Concreto? —El farmacéutico pronunció la palabra con una especie de disgusto, como si fuese una obscenidad.

El capitán Lanzafame se volvió hacia Isacco.

Isacco, dejándose llevar por su temperamento, le arrancó el cuchillo de la mano y lo clavó iracundo en la madera del mostrador.

—¡Maldita sea! —gritó.

El farmacéutico lanzó un estridente chillido de miedo.

—Es una enfermedad contagiosa —se apresuró a decir uno de los dos médicos—. Hay que abstenerse de mantener relaciones sexuales con las mujeres afectadas por ella. Pero la corrupción de los humores internos se debe también a la excesiva exposición a la intemperie del aire y a la humedad.

—Y es epidérmica. Arraiga en las partes vergonzosas del cuerpo con pústulas malignas que luego se propagan a la cabeza y al resto del cuerpo —concluyó el otro

médico bajando la cabeza.

El capitán Lanzafame tenía los ojos encendidos por el exceso de vino y por la pena. No lograba seguir los discursos de los médicos. Se volvió hacia Isacco y lo escrutó con aire inquisitivo.

—En pocas palabras, no han entendido nada de la enfermedad —dijo Isacco.

Ninguno de los presentes reaccionó por miedo.

—¿Y cómo lo curan? —preguntó Isacco.

—¡Contestad! —los intimó el capitán.

—Dieta —dijo el primer médico.

—Una sangría... —dijo el otro.

—Y una purga —concluyó Isacco desconsolado.

—Exactamente —corroboraron al unísono los dos médicos.

—Y la triaca que preparo yo —añadió orgulloso el farmacéutico.

Isacco miró a Lanzafame.

—Dieta, sangría y purga. —Exhaló un suspiro—. Para el mal de corazón y las hemorroides, para el cáncer y los callos... para cualquier cosa dieta, sangría y purga.

—Y triaca elaborada en esta farmacia —reiteró el farmacéutico.

—¡Cállate, imbécil! —gruñó Lanzafame. A continuación se volvió hacia Isacco—. ¿Entonces?

Isacco sacudía la cabeza. Durante ese primer y penoso día, en más de una ocasión había pensado confesarles que no era un verdadero médico. Por respeto, porque sentía que se lo debía. Pero no lo había hecho. Y la razón era que, a fin de cuentas, sabía lo mismo que los cuatro hombres que estaban presentes en la farmacia de la Cabeza de Oro. Estaba dispuesto a hacer todo lo que le sugerían con tal de salvar a la mujer que gemía y se quejaba en la cama del capitán Lanzafame. Pero ellos tampoco sabían cómo curarla. Esa era la realidad.

—Deme un ungüento de milenrama y cola de caballo —pidió Isacco al farmacéutico recordando, más que los remedios paternos, los de las viejas de la isla de Negroponte, que los cristianos quemaban tras acusarlas de brujería—. Y garra del diablo, raíz de bardana, incienso y caléndula. En tintura madre.

—¿Y nada de triaca? —preguntó el farmacéutico, escandalizado.

—Métetela en el culo —refunfuñó Isacco—. Date prisa.

El farmacéutico miró a los dos médicos.

—¡Date prisa! —le gritó Lanzafame.

En menos de media hora Isacco y Lanzafame salían de la farmacia.

—He oído decir que el fraile que se la tiene jurada a los judíos ha desembarcado en Venecia —dijo Lanzafame mientras regresaban.

—¿Ah, sí? —contestó Isacco.

—Ha empezado a predicar de nuevo sus tonterías —prosiguió Lanzafame—. Por

ahora nadie lo escucha... pero también Venecia, como cualquier otro sitio, está llena de idiotas.

—Ya...

—Y en estos tiempos se dicen muchas cosas de los judíos.

—Ya...

—Vete a la mierda, doctor. Tú y tus ya.

—Gracias, capitán.

—No hay de qué.

Caminaron en silencio, apretando el paso, hasta llegar a la buhardilla.

La criada muda los esperaba agitada. Había preparado el caldo de gallina con canela y clavos de olor, tal y como le había ordenado Isacco. Pero la enferma se había negado a comer, les explicó gesticulando. El capitán Lanzafame se volvió angustiado hacia Isacco.

—Capitán... —dijo Isacco.

—Manos a la obra, doctor —lo interrumpió de inmediato el militar. Después se volvió hacia la criada—. Tráeme la malvasía y ve a comprar un poco más. Esta noche no salgo.

—Quizá no deberías beber tanto... —dijo Isacco.

—Yo no soy el paciente —contestó con dureza Lanzafame—. Concéntrate en quien debes hacerlo.

Isacco fue a la habitación de la enferma. Podía intuir su belleza, desfigurada por la enfermedad. La mujer le dirigió una mirada ausente, extraviada por el sufrimiento. Le dolían los huesos, las articulaciones, tenía fiebre y de vez en cuando perdía el conocimiento. Isacco examinó las llagas. Era como si unos ratones le hubieran mordisqueado la carne. Le palpó otros dos abscesos que se le habían formado. Uno en la cara, que le deformaba el pómulos, y otro en el cuello. Eran duros al tacto. El capitán Lanzafame le había dicho que las dos llagas habían iniciado también con unos abscesos.

—Tengo que examinarla... con permiso... entre... entre los... —balbuceó Isacco apurado.

—¿Entre los muslos? —preguntó sonriendo la mujer, que hablaba con una voz débil, pero sarcástica—. ¿Y eso te avergüenza, doctor?

—No, señora... pensaba que...

La mujer se rio. Su risa delataba cansancio, un cansancio que Isacco no atribuyó a la enfermedad sino a algo más antiguo. A la vida, se habría aventurado a decir.

—Uno más, uno menos —dijo la mujer.

—¿Qué quiere decir, señora?

—Mírala entre las piernas sin tantas ceremonias. —La voz del capitán retumbó a su espalda—. Es una puta, ¿aún no lo has comprendido?

Isacco se quedó quieto.

Haciendo acopio de las pocas energías que le quedaban, la mujer apartó las sábanas, se levantó la falda y abrió las piernas mirando fijamente al capitán.

—Vamos, mira, doctor... toca, hurga, haz lo que quieras. ¿Verdad, señor capitán?

Lanzafame no contestó. Se dio media vuelta y salió de la habitación.

Isacco notó una úlcera en las partes vergonzosas, tal y como las había llamado uno de los médicos. Pero parecía que estaba cerrándose.

—¿Qué se ha puesto? —preguntó a la mujer.

—No lo que solía meter ahí, desde luego —contestó ella, socarrona.

Isacco no comentó la ocurrencia. Sabía que la mujer tenía miedo, y que sufría. La miró con aire grave.

—Nada —dijo entonces la mujer.

Isacco limpió las llagas con un paño de lino y les aplicó el unguento de milenrama y cola de caballo, que servía para detener la hemorragia que le había provocado la limpieza. A continuación le puso una compresa de raíz de bardana y caléndula para que cicatrizase.

El capitán había vuelto a aparecer en el umbral.

Isacco se levantó y se acercó a él.

—Debo hablar con usted, capitán... —dijo de un tirón en voz baja—. No soy médico... Mi padre sí que lo era y yo solo...

El capitán Lanzafame lo cogió por el cuello del sobretodo y lo miró con sus ojos claros y ardientes.

—Eres un médico —dijo al final quedamente, con voz firme, pronunciando con claridad cada palabra—. Te he visto cortar y coser a mis hombres. Y te he visto pensar que todas esas cosas de la astrología son puras memeces. Por eso, en mi opinión, eres un verdadero médico. —Tiró de él—. Pero que ella no te oiga o te juro que te partiré la cara.

Isacco se sintió débil y fuerte a la vez en las manos de ese hombre. Y se maravilló de lo que le había confesado, porque ningún estafador desvelaba sus engaños, al igual que ningún ilusionista estaría dispuesto a explicar sus trucos. Pero algo estaba cambiando en él desde que su mujer, H'ava, por boca de Giuditta, le había mostrado la nueva vida. Su nuevo destino.

—Con todo, deja que sea yo el que use el cuchillo en ciertas situaciones —añadió risueño el capitán—. Un médico debe tener el don de la paciencia y la tolerancia. Deja la irascibilidad al guerrero. —Apoyó una mano en un hombro de Isacco y lo miró con respeto y admiración, antes de hacerlo con dureza—. Y, sobre todo, no me vuelvas a quitar el cuchillo de la mano.

Isacco ordenó a la criada que le llevase el caldo y echó en la taza caliente incienso y garra de diablo para combatir la fiebre.

La mujer se negó a beberlo.

Al verla, el capitán arrancó de malas maneras la taza de la mano de Isacco, cogió una cuchara sucia, la limpió en su camisa y se sentó en la cama. Agitó la cuchara en dirección a la mujer y le dijo con voz sombría: —O te tragas este caldo o te ahogo y recupero mi cama, puta cabezota y caprichosa.

La mirada de la mujer se iluminó por un instante de alegría.

El capitán le acercó la cuchara a la boca. La mujer apretó los labios. Lanzafame metió la cuchara en la taza e hizo amago de darle una bofetada. La mujer lo miró desafiante y apretó aún más los labios. El capitán la abofeteó.

—Capitán... —dijo Isacco.

—No te entrometas —lo atajó Lanzafame sin mirarlo siquiera—. Este es un asunto entre un soldado y una fulana. —Acercó la cuchara a la boca de la mujer.

Ella bebió el caldo y luego lo escupió.

El capitán la agarró por el cuello.

—De algo hay que morir —dijo—. No creo que cambie mucho si la causa es la enfermedad o que yo te mate.

La mujer lo escrutaba en silencio.

El capitán le soltó el cuello e hizo ademán de darle una nueva bofetada. Pero se contuvo.

La mujer no cerró los ojos ni se volvió para esquivar el golpe.

La mano del capitán se detuvo a un dedo de la mejilla de ella. Después la rozó bruscamente, como si la estuviese acariciando.

—Come —dijo. Le tendió al cuchara llena de caldo y medicina.

La mujer tragó.

—Está asqueroso —dijo.

El capitán probó el caldo.

—Sí, la verdad es que está asqueroso. —Volvió a acercarle la cuchara llena.

La mujer le quitó la taza de la mano y la apuró de un solo sorbo.

—Eres tan lento como un caracol —afirmó.

Se miraron. Luego el capitán se puso de pie y se aproximó a Isacco.

—Ve con tu hija —le dijo.

—No es necesario. Está con Donnola. Buscan una casa.

—Tampoco es necesario que estés aquí —replicó Lanzafame.

—Quiero hablar con todos los médicos que pueda —dijo Isacco—. No estoy curando la enfermedad, solo sus síntomas.

Lanzafame asintió con la cabeza sin decir palabra.

—Eres un buen médico —afirmó.

—No soy médico.

—Eres un buen médico. —Lanzafame se dio media vuelta y regresó al lado de la

mujer. Acercó una silla a la cama y se sentó.

Isacco se volvió para mirarlos desde la puerta.

La mujer había tendido una mano hacia Lanzafame.

—Duerme —le dijo el capitán sin cogérsela.

La mujer alargó un poco más la mano, débilmente.

El capitán exhaló un suspiro.

—Eres una puta aburrida —afirmó.

—Sí, capitán.

Lanzafame le cogió la mano con brusquedad.

—Ahora duerme un poco, Marianna.

La mujer cerró los ojos.

—Sí, Andrea —dijo.

Isacco se volvió con intención de salir. La criada lo miraba fijamente.

—Hasta luego —dijo él tratando de pasar por su lado.

Pero la mujer se interpuso en su camino. Se sacó del bolsillo una tosca imagen de una Virgen con un niño, tallada en un trozo de madera. La besó, la tocó con la yema del pulgar de la mano derecha y a continuación hizo con ella una rápida señal de la cruz en la frente de Isacco.

—Soy judío —dijo Isacco.

La criada se encogió de hombros para darle a entender que le daba igual, y emitió un sonido gutural: —E gio i eeiaa...

—¡Deja ya de dar el coñazo, muda de mierda! —gritó Lanzafame. Se produjo un breve silencio, después del cual el capitán añadió suspirando—: Ha dicho: «Que dios te bendiga, doctor».

La vieja criada sonrió como una niña mellada.

Mercurio y Benedetta permanecieron escondidos un buen rato en los muelles embarrados del Canal Grande, detrás del Fontego dei Tedeschi. Mercurio se levantó la falda de vieja y se lavó el albayalde y el maquillaje. Metió todo en una bolsa de tela. A continuación se dirigieron a toda prisa al *campo* Santo Aponal.

Entraron en la tienda del herborista riéndose.

—Hola, Paolo. Mira esto —dijo Mercurio tirando al mostrador el anillo con el diamante—. Nos lo ha regalado el orfebre de San Bartolomeo.

El herborista abrió desmesuradamente los ojos y cogió el anillo como si hubiese capturado al vuelo un escarabajo haciéndolo desaparecer en la palma de la mano.

—¿El orfebre de San Bartolomeo? —preguntó temeroso y atónito a la vez—. ¿Estás loco?

—¿Por qué? —preguntó Mercurio.

—Su primo es uno de los *cattaveri*.

—¿Y qué?

—Pues... —el herborista titubeaba—, pues que... no se puede...

—¿Qué es lo que no se puede? —preguntó Scarabello entrando en la tienda con un nuevo abrigo de pieles, también negro. Observó lo que restaba del disfraz de Mercurio. Bajo la casaca, que se había abierto, se veía aún la parte superior del vestido, con el velo que ocultaba los collares. Lo apuntó con un dedo—. ¿Eres tú la vieja de la que habla todo Rialto?

—Escucha, Scarabello... lo siento... no sabía que el orfebre... —farfulló Mercurio preocupado—, esto es... ¿Cómo podía saber que...?

—¿Eres tú la vieja pедorra? —Scarabello soltó una carcajada.

—¿No estás enfadado? —preguntó asombrado Mercurio.

—¡En absoluto, muchacho! —prosiguió Scarabello—. ¡Eres un genio! ¡Eres el mago de los disfraces, muchacho! Este timo entrará en la leyenda de Venecia, te lo garantizo. —Se rio aún más fuerte—. ¡Lástima que no puedas recibir los aplausos que mereces por ser un gran actor!

—Pero Paolo ha dicho...

Scarabello se acercó al herborista y le apoyó una mano en un hombro.

—Paolo es un cagado y tiene un espíritu servil, ¿verdad, Paolo?

El herborista bajó la mirada, atormentado.

—No es culpa suya —dijo Scarabello sin escarnio mirando a Mercurio directamente a los ojos—. Nacemos perros o lobos. Si naces perro los bastonazos te vencen. Si naces lobo muerdes el bastón mientras tienes sangre en las venas. —Hizo una pausa sin dejar de mirar a Mercurio—. ¿Tú eres perro o lobo?

Mercurio miró a Paolo. Desde luego, no se reconocía en ese hombre con la

cabeza gacha. Pero tampoco podía decir que tuviera la fuerza de Scarabello.

—¿Y bien? ¿Perro o lobo?

—Zorro —contestó Mercurio.

Scarabello echó la cabeza hacia atrás, impresionado por la respuesta, que no se esperaba. Ese muchacho lo sorprendía siempre. Y Scarabello vacilaba entre aceptar la sorpresa que le producía y disfrutar de ella, u obedecer a su índole, que le advertía que un tipo como Mercurio un día le quitaría el taburete del mando de debajo del culo. Lo miró en silencio asintiendo lentamente con la cabeza. Sonrió.

—Explícame una cosa, zorro, en Rialto la gente dice que la vieja engañó al orfebre porque tenía unas monedas de oro.

—Monedas de oro falsas —se apresuró a decir Mercurio sintiendo que la conversación estaba tomando un cariz peligroso—. Cosas de teatro como el vestido de vieja, los collares...

—¿Monedas falsas? ¿Crees que un orfebre daría por buenas unas monedas que no engañarían ni al público más estúpido? —El semblante de Scarabello había perdido todo rastro de benevolencia.

Benedetta notó la tensión y se acercó a Mercurio.

—Apártate —le ordenó Scarabello.

—Sí, deja de estar siempre pegada a mí —dijo Mercurio, que parecía realmente irritado.

—Jódete —gruñó Benedetta.

—¿No me estarás ocultando algo? —preguntó Scarabello dando un paso hacia él.

El lobo mostraba su cara, pensó Mercurio. Y rezó para que el zorro estuviese a la altura de su reputación.

—Nosotros podemos ser amigos o enemigos —prosiguió Scarabello que se había plantado delante de él, tan cerca que Mercurio podía percibir el aliento a vino—. Tú decides, muchacho.

Inesperadamente, Mercurio se echó encima de él y lo abrazó.

—Te debo mucho...

Scarabello lo apartó con malos modos.

—¿Qué haces, idiota?

—Perdóname... Te debo mucho —repitió Mercurio inclinando la cabeza con aire sumiso—. Y te juro fidelidad. ¿Por qué dudas de mí?

—No me engañas —dijo Scarabello riéndose—. Abre los brazos.

—¿Por qué?

Scarabello sacó la navaja con una rapidez inaudita.

—Si te digo que saltes en el fuego, debes saltar en el fuego.

Mercurio abrió los brazos.

Scarabello lo registró. Levantó el velo que ocultaba los collares falsos. Se los

arrancó y los tiró al suelo. Le quitó de la mano la bolsa de tela y rebuscó dentro de ella, lanzó al suelo la falda, los guantes, y los anillos falsos. Encontró también el bolso con el monedero dentro. Lo hizo tintinear mirando fijamente a Mercurio. Lo abrió y tiró asimismo al suelo las monedas que contenía, que sonaron huecas en el pavimento de la tienda.

—Bájate los calzones —dijo.

Mercurio se los desató y se quedó con los calzoncillos cortos.

Scarabello le palpó entre las piernas.

Mercurio se ruborizó, pero no retrocedió.

—Quítate la prenda de arriba —le ordenó entonces Scarabello.

Benedetta temblaba.

Mercurio se desnudó. Se quedó con la camiseta de lana cocida que le había dado Anna del Mercato y con los calzones bajados.

Scarabello le levantó la camiseta. Lo miró a los ojos. A continuación, sin dejar de escrutarlo, alargó una mano y aferró a Benedetta por un brazo. La atrajo hacia él como si estuviese ejecutando un elegante paso de baile.

—Paolo, asegúrate de que la chica no tenga el dinero —dijo.

El herborista no se movió.

—¡Paolo! —gritó Scarabello.

El herborista se acercó a ellos tímidamente, a la vez que Scarabello sujetaba a Benedetta por el brazo. Le levantó la falda con la punta de la navaja. Cogió el borde de la falda y movió el arma hacia las bragas de lino. Cortó con un golpe seco el lazo que las sujetaba y, valiéndose también de la punta de la navaja, se las bajó.

—Busca —ordenó a Paolo sin dejar de mirar a Mercurio.

Mascullando disculpas, el herborista alargó las manos.

Benedetta cerró los ojos.

—¡No sirve de nada! ¡Déjala en paz! —dijo Mercurio.

Scarabello no contestó. Clavó la punta de la navaja en el cuello de Benedetta. Acto seguido, mirando a Mercurio, bajó la hoja hasta el escote, la introdujo un poco y apartó el borde del vestido de la piel blanca de Benedetta.

—Mira dentro —dijo al herborista.

—No hay nada —dijo Paolo después de haber verificado, con la cara encendida.

Scarabello, con la gracia propia de un bailarín que acompañaba todos sus movimientos, obligó a volverse a Benedetta y la empujó a un lado.

—Bájate las bragas —le ordenó. Luego se dirigió al herborista—: Paolo, esconde el vestido de la vieja. Toda Venecia lo está buscando en este momento. —Miró a Mercurio esbozando una sonrisa—. Por lo visto has dicho la verdad, muchacho.

Desfalleciendo por la tensión, Mercurio se ató los calzoncillos y lanzó un suspiro de alivio. Se llevó las manos a la cara y sintió que las lágrimas le saltaban a los ojos.

—¡Gracias, Scarabello! —exclamó mostrando el miedo que había contenido hasta ese momento y, una vez más, lo abrazó—. Gracias... gracias...

—¡Basta! —exclamó Scarabello apartándolo de un empujón.

—Perdona, Scarabello, perdona. Y gracias, gracias, gracias...

—De acuerdo, pero basta ya. Esos mohines de afeminado me sacan de mis casillas. —Scarabello se volvió hacia el herborista, que había vuelto con la casaca—. Desmonta las piedras y funde el oro, Paolo. Aprisa. Ahora saldré y me quedaré por aquí, pero no tardaré en volver para recoger la piedra. —Apuntó un dedo hacia Benedetta—. Y tú procura no llamar demasiado la atención. —Se acercó a ella, al punto que habría podido besarla—. Aquí, en Venecia, a una ladrona como tú se la condena a ser descuartizada por cuatro caballos en la plaza de San Marco, y luego echan los restos al canal. ¿Me has entendido? Están buscando a una vieja y a una criada bonita... —Benedetta sonrió contenta—. Que el orfebre reconocerá con facilidad.

—Gracias —dijo Benedetta.

—No me has comprendido —dijo Scarabello encaminándose hacia la puerta de la tienda—. He dicho criada... idiota.

Mercurio se rio. Benedetta lo fulminó con la mirada.

—Muy bien, Mercurio —dijo Scarabello desapareciendo de su vista.

Mercurio corrió en pos de él. Cuando le dio alcance le preguntó en voz baja: —Si yo estuviese buscando a una persona... tú podrías ayudarme, ¿verdad?

—Depende.

—Acaba de llegar a la ciudad —dijo Mercurio bajando aún más la voz y dando la espalda a Benedetta.

—¿Por qué tu... hermana no debe enterarse de que estás buscando a esa persona?

—Bueno... esto...

—¿Por casualidad no será una mujer y tu hermana tiene celos? Procura no dar celos a las mujeres... Pueden cometer estupideces.

Mercurio se alarmó. Benedetta se estaba aproximando a ellos.

—Donnola —dijo de un tirón—. Es un hombre y se llama Donnola.

—¿Donnola? —Scarabello lo miró—. Tienes demasiados secretos para mi gusto, muchacho.

—Se llama Donnola, de verdad.

—Sé de sobra quién es Donnola. Y, desde luego, no acaba de llegar a Venecia —contestó Scarabello—. Todos lo conocen en Rialto. Es muy fácil encontrarlo. Basta ir al mercado, siempre está allí, buscando un inocentón o un trabajito. Pero he oído decir que se había alistado.

—Ha regresado.

—Donnola... —Scarabello se alejó cabeceando—. Ay, muchacho, siento que un

día me vas a dar un disgusto...

Mercurio se volvió hacia Benedetta.

—Vamos —le dijo.

—¿Qué decía de Donnola? —preguntó Benedetta cuando llegó a su lado.

—¿Quién? No, has oído mal —dijo Mercurio esquivando su mirada. No sabía por qué, pero su habilidad para mentir no le servía de mucho con Benedetta. O quizás era tan solo una sensación. En cualquier caso, no le convenía arriesgarse.

Apenas enfilaron una calle estrecha y oscura, Benedetta empujó a Mercurio contra la pared.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿A qué te refieres? —preguntó Mercurio fingiendo asombro.

—Al dinero. Al verdadero. ¿Dónde lo has puesto? Estaba convencida de que te iba a matar.

—No tenía las monedas auténticas —explicó Mercurio riéndose—. Solo las del teatro.

—Venga ya...

—De verdad. Cuando me registró no tenía las monedas auténticas.

—¡Venga ya, idiota! —soltó Benedetta, exasperada.

—Es cierto. Yo no tenía el dinero... —Mercurio jugueteó con la punta de un zapato en el barro—. Lo tenía él.

—¿Qué?

—¿No viste que lo abracé antes de que empezara a registrarme?

—¡No me lo creo!

Mercurio se rio.

—Te digo que es así.

—Le metiste el dinero en el bolsillo y después... ¡No! Por eso lo abrazaste otra vez. ¡Para recuperarlo! —concluyó Benedetta admirada—. Y yo que pensaba que eras idiota.

—En cambio, tal y como ha dicho Scarabello, la idiota eres tú.

—Ha dicho que soy guapa.

—Lávate las orejas.

Entretanto, habían llegado a la plazoleta del Gambero y se empujaban en medio de la gente sin dejar de reírse. En ese momento, mientras se daba media vuelta para no caerse, Benedetta reconoció a la joven judía que le gustaba a Mercurio, que estaba justo a la puerta de la tienda de telas. Vio que también ella los había visto y que se estaba acercando a ellos con un brazo levantado. La sonrisa se le congeló en la cara. Sintió el mismo odio que había experimentado hacía unos días.

Sin pensárselo dos veces rodeó el cuello de Mercurio con los brazos.

Y lo besó.

Esa mañana Giuditta estaba radiante, tan feliz como nunca le parecía haber estado.

Su padre le había encargado que eligiese la casa donde iban a vivir. Donnola la había escoltado por Venecia y le había mostrado unos lugares sugerentes y mágicos, unas casas de ensueño con los cristales emplomados y de colores, con unos suelos de gravilla de mármol, frescos en los techos, tapices en las paredes, puertas historiadas, columnas de mármol amarillo y rojo, cortinas de colores. Todo en esa ciudad parecía más hermoso que en cualquier otro sitio.

Solo había una cosa que desentonaba.

Hacía días que Giuditta miraba los gorros amarillos de los judíos con los que se cruzaba. Algunos eran tan claros que casi parecían blancos, otros, en cambio, eran tan llamativos como los girasoles. En algunos casos el amarillo era tan intenso como el de los picos de los patos. A ella le gustaban los más oscuros, los que tendían al naranja. Pero todos, sin excepción, eran chabacanos, llamativos. Una marca, tal y como pretendían los cristianos. Lo veía con toda claridad cuando se desnudaba por la noche y dejaba el vestido y el gorro en la silla. En ellos había algo estridente, que desentonaba.

—¿Cómo eliges tu gorro? —había preguntado a Donnola siguiendo su razonamiento.

—Lo compro si no es demasiado caro.

—Me refiero al color —había dicho Giuditta—. Si, por ejemplo, tienes un traje negro, ¿cómo será tu gorro?

—Negro, qué narices.

—¿Y si el traje es rojo y morado?

—Bueno, en ese caso...

—O rojo... —había sugerido Giuditta.

—¡O morado!

—Exacto —había asentido Giuditta complacida—. Gracias.

—No he entendido nada —había refunfuñado Donnola.

Giuditta, en cambio, sabía adónde le llevaban sus razonamientos. La gente corriente podía elegir libremente el gorro en función del vestido. De esta forma, el vestido y el gorro combinaban a la perfección. Así que había pensado que los que eran como ella debían hacer justo lo contrario, esto es, elegir el vestido en función del gorro. La solución estaba allí, al alcance de la mano. En el fondo, era muy sencillo.

—Olvídalo —había dicho a Donnola—. Estupideces femeninas.

—Un engaño, entonces.

—No, nada de engaños. —Miró alrededor. La vida nunca le había parecido tan hermosa como esa mañana—. Llévame a una tienda de telas —le había pedido.

—Por casualidad, la mejor es propiedad de un querido amigo —había dicho Donnola—. Está en la plazoleta del Gambero.

Giuditta se había reído mientras caminaban hacia el establecimiento.

Pero había una razón especial para su alegría. Esa felicidad nueva y desconocida hundía sus raíces en la noche pasada. En un sueño que la había dejado sin aliento. Y que la había cambiado.

Hacía varios días, en especial desde que lo había visto correr por la Riva del Vin, que Giuditta no dejaba de pensar en Mercurio. Sobre todo porque lo había visto sin la sotana de sacerdote. Así que era cierto, se había dicho en la penumbra de la habitación de la fonda que compartía con su padre. No era un sacerdote. Era un joven cualquiera. Un joven en que podía pensar.

Pero esa noche había ido más lejos. Los pensamientos, los deseos, los sentimientos, se habían infiltrado en su sueño, en sus sueños. Había ido tan lejos que hasta había soñado que estaba en el carro de los víveres del capitán Lanzafame, en Mestre. A su lado viajaba Mercurio. Se acariciaban las manos. Después estas se aferraban. Sus dedos se entrelazaban. Entonces Giuditta miraba alrededor y no veía ni a su padre ni a nadie. Estaban solos en el carro. Los dos. Giuditta no había tenido miedo ni había dudado un solo momento. Se había vuelto hacia él con los labios entreabiertos y le había ofrecido un beso. Mercurio la había abrazado. «Te he encontrado», le había dicho mirándola con pasión. Y la había besado.

—¿Te encuentras mal? —le había preguntado Isacco zarandeándole un hombro.

En la penumbra de la habitación, Giuditta se había sobresaltado y se había despertado.

—Gimes. ¿Te duele la barriga? —Isacco había encendido la vela—. ¿Qué estás haciendo con esa almohada?

Giuditta se había dado cuenta de que la estaba restregando contra su boca.

—Nada —había contestado a su padre ruborizándose. Se había dado media vuelta, turbada por la intensidad del sueño. Y mientras trataba en vano de volver a dormirse había sentido un hormigueo abajo, en el interior de su cuerpo. Algo nuevo, que la atraía y atemorizaba a la vez. Y había vuelto a pensar que se había convertido en una mujer para Mercurio. Sin que él lo supiese.

De manera que esa mañana, cuando había salido de la tienda de telas del amigo de Donnola y había visto a Mercurio a pocos pasos de ella, como una visión, un regalo, al otro lado de la plazoleta del Gambero, el corazón le había dado un vuelco.

«Te he encontrado», había pensado.

Cuanto más lo miraba más se sentía en contacto con la ardiente pasión que durante la noche la había amasado por completo, que había borrado del todo su miedo. Se precipitó hacia Mercurio. No sabía qué le iba a decir, qué iba a hacer. Solo quería darle alcance.

«Te he encontrado», pensaba.

Pero, de repente, su carrera se interrumpió. Se despedazó. Los pies, que se habían deslizado ligeros por el adoquinado, se clavaron en el suelo como dos arpones. Los brazos, que se habían tendido hacia Mercurio, tan suaves como unas cintas de seda, se endurecieron transformándose en dos muletas.

Sus ojos miraron petrificados lo que estaba ocurriendo. Le habría gustado poder desviar la mirada, pero no podía.

Mercurio estaba besando a otra mujer.

Giuditta sintió que su corazón se resquebrajaba como el cristal. Sintió que un torrente de lágrimas le saltaba a los ojos. Sintió que si permanecía allí acabaría gritando. Emitiendo un sonido feroz, como un animal herido, arrancó los pies del adoquinado y los brazos del cielo. Se dio media vuelta y echó a correr.

—¡Giuditta! —gritó Donnola mientras corría en pos de ella—. ¡Espera, Giuditta!

Mientras escapaba, pesada y pálida, Giuditta se decía que, si bien no estaba segura de poder afirmar que la alegría que había experimentado esa mañana era amor, el desgarró que sentía ahora, tan brutal como si tuviera un pedazo de cristal clavado en el corazón, lo era sin lugar a dudas.

Mercurio había besado a otra, se repetía mientras corría.

Llegó jadeante a la fonda donde se alojaba. Subió corriendo la escalera y entró en su habitación. Se echó en el jergón bocabajo. Hundió la cabeza en la almohada que había besado esa noche creyendo que eran los labios de Mercurio. Se sintió estúpida. Agarró la almohada y la rompió gritando.

Cuando Donnola llegó a lo alto de la escalera se detuvo en el umbral del dormitorio. La habitación estaba llena de plumas de oca.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó preocupado.

Giuditta lo miró. Tenía los ojos enrojecidos debido a las lágrimas y a la ira, y el pelo revuelto. Jadeaba.

—Nada —contestó.

—Vamos, Giu...

—¡Nada! —gritó ella furibunda—. ¡Nada! ¡Nada!

Donnola no pronunció palabra. Dejó sobre el arca que había a los pies de la cama las telas que había comprado. Hizo ademán de salir.

—Disculpa, Donnola —dijo entonces Giuditta.

Donnola se volvió. No sabía qué hacer. Dudaba entre hablar, acercarse a ella o abrazarla.

—Perdóname —repitió Giuditta—, no quería...

Azorado, Donnola miró a su espalda, en dirección a la puerta.

—No debería haberte dicho nada —dijo Giuditta con aire melancólico.

—¿A qué te refieres?

—A que te podías marchar. En cambio, quiero que te quedes.

—Qué tonterías... —dijo Donnola cada vez más incómodo.

—Si quieres puedes marcharte.

—No tengo ningunas ganas de irme —dijo de golpe Donnola, enrojeciendo.

—Mentiroso. —Giuditta sonrió.

—¡No, si por lo visto, lo sabes todo!

—No te enojés...

—Pero ¡quién se enoja, maldita sea!

Giuditta soltó una carcajada, si bien su risa era triste.

—Mi padre y tú estáis hechos el uno para el otro. Y el capitán también.

—¿Debo considerarlo un cumplido? —preguntó Donnola perplejo.

Giuditta lo miró en silencio. A continuación dio unas palmadas en el jergón que había a su lado.

—Siéntate aquí, Donnola —dijo con una voz fina e infantil—. Abrázame.

—¿Qué has dicho? —preguntó Donnola volviéndose de nuevo hacia la puerta—. Esto es... quiero decir... sí, claro. —Pero no se movía.

—Te lo ruego —insistió Giuditta.

—Te he dicho que sí, qué narices... faltaría más... —Con torpeza, se acercó a la cama, se sentó y le rodeó los hombros con un brazo, rígido y avergonzado, con una lentitud exasperante.

—Abrázame —dijo Giuditta.

—¿Qué estoy haciendo?

—Más fuerte.

Donnola tragó saliva.

—Si entra el doctor...

—Abrázame, te lo ruego.

Donnola la atrajo hacia él con mayor convicción.

Giuditta apoyó la cabeza en uno de sus hombros.

—Más fuerte.

—No querrás que te rompa los huesos...

—¡Abrázame!

Azorado, Donnola empezó a mecerla a toda prisa.

—Así me haces vomitar —dijo riéndose Giuditta.

Donnola frenó sus movimientos.

—Así... —dijo Giuditta, y se echó a llorar.

Donnola la mecía sin saber qué otra cosa podía hacer o decir.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le preguntó al cabo de un rato Giuditta.

—¿Yo? No, claro que no. No, no... Ya ves que no soy una gran belleza. ¿Quién puede enamorarse de uno como yo?

—Te he preguntado si tú te has enamorado alguna vez.

—Ah, bueno... —Donnola se concomía, como si Giuditta estuviese cubierta de ortigas—. No te había entendido bien... Yo... veamos, quizá... Pero fue hace mucho tiempo... Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba...

—Donnola...

—Agnese... se llamaba Agnese.

Giuditta se calló durante unos instantes.

—¿Y también a ti te dolía tanto el corazón?

—Oye, Giuditta... eso es... —Donnola se calló un momento y luego habló a toda prisa, casi sin respirar—. ¿No crees que deberías comentárselo al doctor? Veamos, quiero decir, es tu padre y si bien sería más lógico hablar con una mujer, porque entre mujeres os entendéis mejor o, al menos, eso creo, porque entre hombres nos entendemos mejor... Lo sabes, ¿no? Sea como sea, si uno no tiene nada mejor que su padre... esto es, en fin... lo que pretendo decir es que no sé si soy la persona adecuada, ¿comprendes? No quiero darte un consejo equivocado y...

—¿Tan terrible es estar enamorado? —lo interrumpió Giuditta.

Donnola no respondió enseguida. Estrechó a la joven entre sus brazos y, mientras tanto, cabeceaba conteniendo un dolor que no quería confesarse, que había enterrado hacía ya muchos años.

—Sí —susurró, por fin, con un hilo de voz.

—Sí... —dijo Giuditta.

—¿Por qué me has besado? —preguntó Mercurio a Benedetta.

—Estábamos jugando, que no se te suban los humos —contestó Benedetta apretando el paso para que su amigo no viese que se había ruborizado.

—Espérame —le dijo Mercurio.

—No fastidies —dijo Benedetta y, a continuación, a hurtadillas, se llevó los dedos a los labios. Aún los sentía arder, debido al contacto con los de Mercurio. Su madre la había vendido a un sacerdote y a otros viciosos, pero ese, pensó, había sido su primer beso. Embocó una calle estrecha y caminó a toda prisa hasta que salió a un extenso *campo*.

—Mira quién está aquí —dijo Mercurio a su espalda. Tras darle alcance le apoyó una mano en un hombro y señaló a un grupo de personas.

—¿Quién es? —preguntó Benedetta distraída aún por las sensaciones que estaba experimentando.

Mercurio se rio.

—¡El idiota de Zolfo y su fraile!

—¡Arrepiéntete de tus inmundos y sucios pecados, Venecia! —gritó con los brazos levantados el hermano Amadeo en los escalones del oratorio de los Ognissanti, en el *campo* San Silvestro. El aire era frío y húmedo, pero el religioso llevaba bajo el hábito viejo, mugriento y consumido, una camiseta doble de lana y las mallas que acababa de comprarse con el dinero de Zolfo.

—¡Arrepiéntete, Venecia! —reiteró Zolfo.

El *campo* estaba atestado de gente que iba de un lado para otro, atareada. Varios se volvieron a mirar al predicador y al muchachito de pelo estoposo y tez amarillenta. Pero luego echaron a andar de nuevo, concentrados en sus ocupaciones. La mayoría no les prestó atención.

Benedetta hizo amago de dirigirse a Zolfo, pero Mercurio la retuvo.

—Espera —le dijo. Permanecieron apartados, detrás de un árbol torcido que crecía en un parterre.

El hermano Amadeo inspiró hinchando los pulmones.

—¡Arrepiéntete de tus pecados, Venecia! —repitió a voz en grito con renovado vigor.

—¡Arrepiéntete, Venecia! —lo secundó Zolfo.

Nadie se paró a escuchar el sermón.

—Parecen dos idiotas —comentó Benedetta.

—Son dos idiotas —precisó Mercurio.

—¿Qué hacemos? —preguntó entretanto Zolfo al sacerdote—. Tengo frío.

El hermano Amadeo lo miró iracundo.

—¿Cómo es posible que padezcas el frío? ¿No te calienta la fe en Cristo?

Zolfo asintió dócilmente.

El hermano Amadeo alzó los brazos al cielo y gritó testarudo:

—¡Arrepiéntete de tus inmundos y sucios pecados, Venecia!

—¡Arrepiéntete, Venecia! —repitió Zolfo.

—¡Deja ya de gritar! —vociferó una mujer al otro lado del *campo*, asomándose desde una taberna en cuyo letrero aparecía la extraña imagen de un cisne con dos cabezas. Trastabillaba al andar y tenía las venas del cuello hinchadas. Sus ojos empañados apenas lograban enfocar al sacerdote y al muchachito.

El hermano Amadeo apuntó un dedo hacia ella.

—¡Sal de esa mujer, Satanás! ¡Te lo ordeno en el Santo Nombre de mi Supremo y Altísimo Señor!

—¡Sal, Satanás! —exclamó Zolfo apuntando también con un dedo a la mujer.

Mercurio y Benedetta se volvieron hacia ella.

La mujer se tambaleó, indecisa, mientras intentaba volver a entrar en la taberna. Alguien la llamó desde dentro.

—Es un predicador —se limitó a decir. Otra cabeza se asomó enseguida desde la taberna. A ella se añadió otra, y otra más. Los borrachos confabularon.

—¿Qué quieres, fraile? —gritó uno de los últimos en salir, un hombretón grande y grueso que se apoyaba en un remo para poder mantenerse en pie.

—¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El Señor os lo ordena! —gritó el hermano Amadeo—. ¡Expulsad al judío de Venecia!

—Pero ¿qué estás diciendo? —gritó la mujer, que se esperaba una lista de pecados conocidos encabezada, claro está, por el vino y la fornicación.

—¡Expulsad al judío! —gritó con vehemencia el hermano Amadeo, concentrado en su personal cruzada—. ¡El judío es el cáncer de Satanás!

El reducido grupo de borrachos, no más de una decena, empezó a cruzar el *campo* de San Silvestro trastabillando, apoyándose unos en otros, tropezando, haciendo oídos sordos a los insultos de la gente a la que obstaculizaban el camino o pisaban los pies. Llegaron a los escalones del oratorio de los Ognissanti con una sonrisa idiota dibujada en sus caras. Y, a pesar de que no sabían lo que pretendía el religioso, habían decidido divertirse a su costa. Se plantaron delante de él, balanceándose como unas barcas ancladas. La mujer eructó. Un par de hombres se echaron a reír.

El hermano Amadeo, con una lentitud teatral, bajó un peldaño apuntando el dedo índice contra todos sus espectadores, como solía hacer.

—Expulsad al judío de Venecia, pecadores, si no queréis que la ira de Nuestro Señor caiga sobre vosotros con la feracidad con la que se abatió sobre el faraón y su estirpe.

—¿Qué te han hecho los judíos, fraile? —preguntó uno riéndose.

—¿Se follaron a tu madre? —preguntó el borracho que se apoyaba en el remo.

—¡No, lo sodomizaron a él! —exclamó la mujer provocando una carcajada general, incluso de los que pasaban por allí y no se detenían a mirar.

—¡Arrepiéntete, pecadora! —gritó con vehemencia Zolfo.

—¡Cállate, enano!

Zolfo resopló con una expresión amenazadora.

—¡Cuidado, que te quemas! —le dijo socarrona la mujer. Los borrachos que la rodeaban se rieron.

—Se van a meter en un lío —dijo Benedetta dando un paso hacia delante.

Mercurio la detuvo.

—Espera.

—¡Eva! ¡No te abandones al pecado! ¡No aceptes la manzana que te ofrece la serpiente! —gritó el hermano Amadeo a la mujer borracha guiñando los ojos.

—Eva era judía, ¿no? —dijo riéndose la mujer.

El hermano Amadeo alzó el crucifijo.

—¡*Vade retro!*

—¡Claro! Y también Moisés —dijo uno de los borrachos.

—¡Y san Juan Bautista! —añadió un tercero.

—¡Si seguimos así al final resultará que el fraile también es judío! —gritó el hombretón que se apoyaba en el remo.

La pandilla de borrachos soltó una sonora carcajada.

El hermano Amadeo se arrodilló de manera ostentosa.

—Padre que estás en los Cielos y tú, padre en la Tierra, santísimo papa León X de Médici, perdona a estos pecadores.

—Fraile, ¿has pensado alguna vez que también el primer papa era judío? —gritó la mujer, que se ensañaba con él más que sus compañeros—. Pedro-sobre-esta-piedra, el primer papa, el fundador de la Iglesia, era más judío que cualquiera de los judíos que caminan hoy por las calles de Venecia.

—¡Escoria! —gritó el hermano Amadeo poniéndose en pie.

—¡Escoria! —repitió Zolfo.

La mujer se inclinó, cogió un puñado de tierra y lo lanzó dando a Zolfo en plena cara.

—Lo sabía —dijo Benedetta.

—Ese cura es un imbécil —afirmó Mercurio.

—Tenemos que ayudar a Zolfo —dijo Benedetta, y se movió.

Mientras la seguía, a la izquierda del fraile y de Zolfo, en la escalinata de la iglesia de San Silvestro, Mercurio vio a un joven vestido con gran elegancia, que lucía unas mallas naranjas y moradas y una casaca con las mangas abullonadas, rojas y negras, adamascadas, y un gorro negro con un enorme alfiler de oro y una cadena,

también de oro y de malla gruesa con un colgante cubierto de piedras preciosas. A un lado llevaba una espada con el mango de madreperla. Alrededor de él cinco muchachos, igualmente elegantes, se reían del sermón. Mercurio sintió un escalofrío en la espalda.

—¡Escoria! —repitió el hermano Amadeo.

—¿Escoria, quién? —dijo el borracho que se apoyaba en el remo. En un abrir y cerrar de ojos, en su cara alterada por el vino, la expresión risueña se transformó en otra más bien hosca.

—¡Vuelve a Roma con tu dueño, fraile! —gritó la mujer agitando un puño en el aire.

—¡Eres tú la escoria, cura! —vociferó otro borracho con la cara encendida a la vez que se inclinaba para coger una piedra.

—¡Apártate, Zolfo! —dijo Benedetta dándole alcance.

Zolfo la miró con indiferencia, aparentemente sin sentir la menor emoción al verla.

—Zolfo... soy yo... —dijo Benedetta desconcertada por la mirada de su amigo. Después se volvió hacia Mercurio con expresión iracunda—. ¿Qué le ha hecho ese maldito cura?

La primera piedra voló por el aire. A continuación la segunda.

—Escapa, Zolfo —dijo Benedetta aferrándole un brazo.

—¡Déjame! —gritó Zolfo dándole un empujón y poniéndose delante del predicador, como un patético guardaespaldas. Una piedra lo golpeó en una pierna. Zolfo gimió.

—Calmaos —dijo Benedetta a los borrachos que se estaban acercando a ellos con aire amenazador. Acto seguido se abalanzó de nuevo sobre Zolfo, lo sujetó con más fuerza y lo arrastró por la escalinata, donde era un blanco perfecto. Zolfo se resistía.

Mercurio le dio una bofetada.

—¡Síguenos, imbécil! —le ordenó—. Por aquí —dijo a Benedetta guiándolos hacia la iglesia de San Silvestro.

Entretanto, el grupo de borrachos se había encolerizado y acosaba al fraile Amadeo.

—¡La escoria eres tú! ¡Vuelve a Roma, fraile! ¡Vuelve con tu amo! ¡Nos ha llamado escoria! ¡Nos lo pagarás!

Al verse en un apuro, el hermano Amadeo se aferró a Zolfo, a quien Mercurio y Benedetta se estaban llevando de allí a rastras.

—¡Quítate de en medio, fraile! —gritó Mercurio cuando vio que los borrachos los perseguían también.

Delante de ellos, en el camino que conducía a la iglesia donde Mercurio tenía intención de refugiarse, estaba el joven bien vestido cuya presencia había notado

antes. El joven observaba la escena con una mirada divertida y cruel a la vez. Estaba quieto, a sus anchas, con el pie derecho apoyado en el primer escalón y la mano derecha metida en el amplio bolsillo de la casaca, de forma que casi todo el brazo quedaba tapado por la tela. Su hombro derecho era bastante más alto y robusto que el izquierdo, y llevaba la espada también a ese lado, metida en el fajín, lo que indicaba que era zurdo.

Mercurio frenó el paso. Miró a sus espaldas. Los borrachos estaban ganando terreno y el joven y sus amigos les impedían la retirada.

—¡Quítate de ahí! —le gritó Mercurio.

El joven sonrió. Tenía los dientes blanquísimos, cortos y puntiagudos. A Mercurio le recordaron los de un pez carnívoro. Y también los ojos, tan distantes entre ellos que parecían artificiosamente colocados a ambos lados de la cara, tenían la vidriosa fijeza de un depredador de los mares. Inexpresivos y, sin embargo, crueles. O quizá, pensó Mercurio en ese instante, fuesen crueles por su carencia absoluta de expresividad. Fríos.

De improviso, el joven se movió con la rapidez y la torpeza de un cangrejo. Su mano izquierda se deslizó hacia la espada y la sacó del cinturón cubierto de oro y piedras preciosas. Sacó la mano derecha del bolsillo y la extendió en el aire. El brazo era corto y la mano, entumecida, solo servía para equilibrarlo, dado que también la pierna izquierda, que a primera vista parecía normal, apoyada en el peldaño, en realidad era más corta que la otra, estaba menos desarrollada y no se podía extender, de manera que quedaba siempre parcialmente doblada. Empuñando la espada se volvió apenas unos segundos hacia sus compañeros, quienes, sin pensárselo dos veces, desfundaron sus armas y lo rodearon. El joven caracoleó mostrando la joroba que le hinchaba el omóplato izquierdo. Era un monstruo deforme.

Mercurio se tensó al ver que el joven parecía que iba a abalanzarse sobre él, pero, en lugar de eso, lo dejó atrás y los protegió, a él, a Benedetta y a Zolfo, con su reducido ejército.

—¡Basta ya, idiotas! —gritó el joven a los borrachos con una voz casi femenina, chillona e irritante.

Uno de los borrachos, sin poder pararse, había caído sobre él. El joven le asestó un fendiente con su espada de doble hoja. El golpe cortó la gruesa casaca del borracho en el brazo, casi a la altura del hombro. La prenda empezó a mancharse de sangre.

El borracho gimió de dolor y se desplomó.

—Recogedlo —dijo el joven. Su voz delataba un profundo desprecio.

—Perdone, señor —dijo la mujer que había iniciado la discusión con el predicador—. No le habíamos visto. Sea clemente y perdónenos, señor. —Curvó la espalda y, sin perder de vista la punta de la espada, se inclinó hacia el borracho que

yacía en el suelo. Con una fuerza insospechada lo arrastró hacia atrás hasta dejarlo fuera del alcance del arma—. Mi marido no quería hacer nada —prosiguió la mujer ayudando al herido a ponerse de pie—. No teníamos intención de hacer daño al fraile ni al muchacho.

—Sí, estábamos bromeando —corroboraron a coro los demás borrachos.

El joven se volvió hacia el hermano Amadeo.

—¿Qué les pedía, hermano?

—Que expulsaran a los judíos de Venecia —contestó el hermano Amadeo, recuperando el valor perdido.

—¡Estamos dispuestos a convertirnos en mártires! —exclamó Zolfo.

—Cállate, imbécil —dijo Mercurio.

El joven se rio.

—Tu amigo tiene razón. ¿Mártir a manos de cuatro borrachos? Eres imbécil.

—El martirio es nuestra... —empezó a decir Zolfo furibundo.

—¡Cállate! —El hermano Amadeo le dio una violenta bofetada.

Zolfo se encogió mirándolo atormentado.

—¿Qué te dije, idiota? —dijo Mercurio—. Si buscabas un amo podías haberte quedado con Scavamorto. Seguro que habría sido más misericordioso.

El joven ladeó su cabeza deforme, como un perro, divertido. Sonrió al hermano Amadeo.

—Tú sabes de qué parte estar, ¿verdad, hermano?

—Yo estoy de la parte del Señor —contestó el hermano Amadeo.

—Y yo soy un gran señor —dijo el joven risueño—. Soy el príncipe Rinaldo Contarini. —Se volvió hacia los borrachos—. Y ahora gritad: ¡Fuera los judíos de Venecia!

Los borrachos se miraron durante un instante y después dijeron a coro: —¡Fuera los judíos de Venecia!

El joven Contarini apuntó con su espada la taberna de la que habían salido los borrachos.

—Y tú, tabernero, dado que no sabes mantener a raya a tus parroquianos, cerrarás durante una semana. A partir de este momento. Por expreso deseo mío. Y como vea que has abierto incendiaré la taberna.

El tabernero inclinó la cabeza y echó de inmediato a los clientes que aún quedaban en el local.

El joven príncipe se pavoneó con sus compañeros, luego se acercó a Benedetta.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, sin que su voz delatase el menor interés, acarició la piel del escote con la punta de su espada y dibujó un corazón estilizado con la sangre del borracho al que había herido.

Benedetta no se movía. Ni contestaba. Sentía un horror, un miedo y una atracción

indescriptibles. Algo que procedía del pasado y que la devolvía a él. Algo de lo que huía y que, sin embargo, su lado oscuro buscaba sin que ella lo supiese.

—Mamá... —susurró.

—¿Qué has dicho? —preguntó el príncipe.

Mercurio agarró un brazo de la joven y la zarandeo.

El joven príncipe Contarini lo miró encantado. Como si eso fuera, justamente, lo que estaba esperando. Le sacó la punta de la lengua con una malicia casi sexual.

—¿Sabes que si te pidiese que me lamieses los zapatos te convendría hacerlo, muchacho? ¿Cómo te atreves a entrometerte entre esta puta y yo?

—No es una puta. Es virgen —respondió instintivamente Mercurio.

El joven arqueó las cejas.

—El asunto se pone interesante. En esta época es muy raro encontrar una virgen.

—No la toques con tus sucias manos —gruñó Mercurio.

La mirada del príncipe Contarini se iluminó de alegría. Un instante después asestó el golpe.

Pero Mercurio estaba preparado. Lo esquivó, agarró el brazo del noble y tiró de él hacia delante alargando una pierna. El príncipe perdió el equilibrio y si no cayó al suelo fue porque uno de sus compañeros, más rápido que los demás, lo sujetó.

—¡Escapa! —gritó Mercurio a Benedetta.

La joven vaciló por un instante, luego echó a correr. Pasaron en medio de los borrachos. Los hombres del príncipe Contarini les pisaban los talones. Mercurio cogió el remo en que se apoyaba uno de los borrachos y lo agitó con fuerza golpeando a dos de sus perseguidores.

—¡Escapa! —gritó de nuevo a Benedetta mientras embocaban una calle angosta y oscura.

Los hombres de Contarini eran más rápidos que Benedetta, a quien la falda impedía correr, de manera que no tardarían en darles alcance. Movidado por el instinto, Mercurio se dirigió hacia el *campo* San Aponal. Antes de llegar a él, la calle del Lugegher fue bloqueada por otra figura familiar, alta y negra.

—¡Scarabello! —exclamó Mercurio con la respiración entrecortada.

Scarabello y sus hombres se apartaron para dejar pasar a Mercurio y a Benedetta. A continuación se juntaron de nuevo y detuvieron a los hombres del príncipe. Los contendientes se miraron en silencio. Scarabello y sus hombres se mostraban compuestos, con las manos a poca distancia de las espadas. Los hombres del príncipe tenían las bocas y las aletas de la nariz dilatadas por la carrera. Detrás de los secuaces de Scarabello se escondían Mercurio y Benedetta. Nadie se movía. Nadie hablaba.

Después, al cabo de un tiempo que se hizo interminable, se oyeron unas pisadas irregulares y al fondo de la calle apareció el príncipe Contarini, avanzando a duras penas. Se reunió con sus hombres. Tenía el brazo atrofiado abierto, como el ala

desplumada de un pájaro. La boca abierta, mostrando sus dientes puntiagudos de pez, y un arroyuelo de saliva que le ensuciaba el mentón.

—Lo estábamos esperando, señor —dijo Scarabello haciendo una reverencia.

El príncipe Contarini jadeaba por el esfuerzo. Se balanceaba sobre las piernas, tan distintas entre ellas, oscilando. Una vez más, a Mercurio le recordó un cangrejo.

—¿Proteges ese joven criminal, Scarabello? —preguntó con su vocecita estridente el príncipe, cuando, por fin, pudo hablar.

—Así es, señor. Da la casualidad de que es uno de mis hombres —respondió Scarabello abriendo las manos, como si el hecho le desagradase.

El príncipe Contarini sonrió y se limpió la saliva con la manga de su valioso traje. En la penumbra las sedas resplandecieron como si fueran la piel viva de un animal mitológico. Solo la cabellera albina de Scarabello lograba hacer frente a esas luces tenebrosas. Daba la impresión de que el resto de las personas presentes en el callejón eran inexistentes.

Mercurio miraba a Scarabello con admiración. Se volvió hacia Benedetta y vio que ella, en cambio, escrutaba a Contarini.

—Quiero a ese joven —dijo el príncipe—. Me ha ofendido y debe pagar por ello.

—Sabe que soy un siervo fiel, señor —respondió Scarabello—. Le ruego, sin embargo, que me disculpe si rechazo su petición. Mis hombres solo responden ante mí de sus acciones. —Miró intensamente al príncipe, sin el menor embarazo—. Y yo solo respondo ante el mundo, por eso, señor, usted y yo tendremos que discutir en caso de que tenga alguna queja que no se pueda superar o remediar de alguna forma.

El príncipe Contarini lo miró impasible. Pero, mientras tanto, se mordía ferozmente el labio inferior. Al punto que lo hizo sangrar. Cuando, por fin, habló, lo hizo con una voz más chillona. Además, había perdido la batalla.

—Dile a tu hombre que procure que no volvamos a encontrarlo solo. Su cabeza me pertenece y, si tengo ocasión, me apoderaré de ella. —Se volvió y, con un ademán, ordenó a sus hombres que lo siguieran—. Volvamos con el fraile. Me gusta. El desasosiego lo está devorando. Promete sangre —concluyó con una risa histérica.

—Zolfo... —dijo Benedetta.

Mercurio le apoyó una mano en un brazo.

—No puedes hacer nada.

Scarabello se acercó a ellos.

—Gracias —dijo Mercurio.

—No lo he hecho por ti —explicó Scarabello—. El príncipe está loco. Si suelto las riendas se apoderará de todo. Y no soy el tipo de hombre que permite que los demás se adueñen de lo que le pertenece. En cualquier caso, tengo un amigo en las altas esferas, que está muy por encima de él. Solo el Dux lo supera. El príncipe lo sabe. Y el príncipe está loco, pero no es idiota.

—Gracias de todas formas —dijo Mercurio.

—Se olvidará de ti —prosiguió Scarabello—. Encontraré otro a quien cogerle ojeriza. Pero, por el momento, te aconsejo que desaparezcas de la circulación.

—Me las arreglaré —minimizó Mercurio—. Sé cuidar de mí mismo.

—Sí, ya lo he visto —corroboró Scarabello risueño. A continuación le golpeó el pecho con el dedo índice—. No es un consejo, sino una orden.

—Escucha, Scarab...

—No, escúchame tú. —Scarabello le golpeó el pecho con tanta fuerza que lo obligó a retroceder—. Ya te lo he dicho una vez. Te lo explicaré con otras palabras. Si te ordeno que te metas por el culo una ballena, tú te la metes y basta, ¿me has entendido?

—De acuerdo.

—Irás a tierra firme. Te encontraré un alojamiento. Y te quedarás allí durante, al menos, dos semanas. No quiero ver a las ratas llevando de un sitio a otro de los canales tu cabeza mientras se comen tus ojos. Y eso es, ni más ni menos, lo que puedes esperarte del príncipe. Después de haberte hecho sufrir como corresponde, claro está. —Scarabello se recogió la melena detrás de las orejas y se hizo una coleta, que ató con un lazo rojo de seda, tan largo que le llegaba hasta la cintura.

—Intentaré arreglármelas —respondió Mercurio metiéndose los pulgares en los pantalones.

—Fanfarrón —dijo Scarabello riéndose a la vez que se alejaba de allí.

Apenas dobló la esquina, Benedetta alargó una mano y cogió la de Mercurio.

—Vamos a la taberna.

Mercurio miró los labios de Benedetta. La siguió sin rechistar.

Subieron a la habitación.

—Cierra —dijo Benedetta.

Mercurio la obedeció.

Benedetta se tumbó en la cama y se desabrochó el vestido dejando a la vista sus pequeños senos de alabastro y los pezones de color de rosa. Jadeaba. No pensaba en el primer beso que había dado a Mercurio. Pensaba en el miedo que le había dado el príncipe Contarini. En la sensación que había experimentado. En la atracción que le producía el abismo. Miró a Mercurio y pensó que no se parecía a ninguno de los monstruos a los que la había vendido su madre. Le tendió una mano. Mercurio nunca le haría daño.

Mercurio se echó a su lado, inmóvil, aturdido. Jamás había besado a una mujer.

Benedetta le cogió una mano. Mercurio se crispó.

—Quieto —dijo Benedetta.

—¿Qué haces? —preguntó Mercurio. Y se sintió estúpido. Lentamente, Benedetta guio la mano de Mercurio hacia sus pechos y la apoyó en ellos.

—¿Qué haces? —repitió Mercurio, pero ya no era una pregunta.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Benedetta.

Mientras seguía tumbado allí, con la mirada clavada en el techo y la mano apoyada en el pecho de Benedetta, sintiendo que la sangre le fluía de manera anómala en los pantalones, Mercurio pensó que sabía todo de la vida, más que la mayor parte de los seres humanos. Sabía sobrevivir en una alcantarilla de Roma y en una ciudad tan misteriosa como Venecia, sabía inventarse timos, usar la navaja, violar los bolsillos de cualquiera sin que lo descubriesen, y echar cal viva a la tierra para cubrir a los muertos, se había peleado con hombres dos veces más grandes que él, había matado a un comerciante, había plantado cara a Scavamorto y había conquistado a un criminal como Scarabello. Sabía todo de la vida.

Pero no sabía nada del amor.

—No puedo respirar —dijo.

—Acaríciame —dijo Benedetta.

—¡Te he dicho que no puedo respirar! —estalló Mercurio levantándose.

—¿Qué te pasa? —preguntó Benedetta, turbada.

Mercurio no comprendía la furia que se había apoderado de él, pero no podía controlarla.

—Tengo que salir —dijo con voz quebrada.

—Te acompaño —propuso Benedetta.

Mercurio no contestó y salió dando un portazo.

Benedetta se abrochó el vestido y se acurrucó bajo la manta. Cerró los ojos. Vio el semblante temeroso del príncipe Contarini. Se metió una mano entre las piernas. Y se sintió sucia.

Mientras tanto, Mercurio había llegado jadeante a Rialto. Se acercó al tuerto, el hombre de Scarabello.

—Tengo que marcharme enseguida de aquí. Búscame un barco —le dijo.

Mercurio bajó del barco en Mestre.

—¿Qué debo decir a Scarabello? —le preguntó el tuerto, que lo había escoltado—. ¿Dónde te podemos encontrar?

—Yo me pondré en contacto con vosotros —respondió Mercurio a la vez que se alejaba.

—A Scarabello esto no le va a gustar nada.

—Me importa un comino —dijo Mercurio sin volverse. Apretó el paso. Tenía prisa por desaparecer. En un abrir y cerrar de ojos la niebla que iba ascendiendo con la noche lo engulló.

—¡Mercurio...! —gritó el tuerto.

Mercurio se volvió. Se sintió aliviado al comprobar que ya no veía al tuerto ni el barco. Enfiló un callejón donde recordaba haber visto una pequeña estatua de la Virgen, dio unos veinte pasos más y al final encontró la calle que iba buscando. A su izquierda, donde la niebla era más espesa, oía fluir lentamente el canal. El muro irregular de juncos que crecía en la orilla amortiguaba el ruido. A su derecha, de la niebla emergía una casa achaparrada y descolorida cada cincuenta pasos. Contó siete.

Cuando llegó frente a la octava vaciló, frenó el paso y, al final, se paró. La respiración se condensaba delante de su cara confundándose con la niebla. Había oscurecido ya. Se acercó a la casa y miró a hurtadillas por los postigos de una de las ventanas. El interior estaba completamente a oscuras. Tuvo miedo. Se sintió perdido.

Se dirigió a la puerta. Estaba entornada. Tuvo un mal presentimiento. La empujó poco a poco.

—¿Hay alguien...? —preguntó con voz trémula mientras asomaba la cabeza. Aguardó una respuesta, que no se produjo. En la casa reinaba el silencio—. ¿Hay alguien? —repitió.

—¿Quién es? —dijo alguien en la habitación contigua.

Pese a que reconoció enseguida la voz, Mercurio sintió que algo no acababa de encajar.

—Soy Mercurio —dijo tímidamente—. El joven a quien diste...

—Que Dios te bendiga, muchacho —dijo la voz que, sin embargo, no transmitía el menor entusiasmo.

—Anna... ¿estás bien?

Se oyó el ruido de una silla arrastrada por el suelo, seguido del de una llave de chispa. Mercurio vio un resplandor, débil, vacilante. Después la luz se intensificó. Se aproximó a la entrada temblando.

Anna del Mercato apareció en la puerta de la cocina. Llevaba una vela en una mano. Estaba despeinada y tenía los ojos hinchados. Su aliento se condensaba en el

aire. Mercurio solo notó que hacía mucho frío en ese momento.

—¿Estás bien? —preguntó el joven una vez más.

Anna del Mercato esbozó una sonrisa, si bien parecía que estuviese llorando.

—Entra —dijo. Se volvió y se alejó arrastrando los pies.

Mercurio cerró la puerta con la cadena y se reunió con ella en la cocina. La chimenea grande estaba apagada. Anna del Mercato se había sentado a la mesa. Sobre ella estaba el collar que Mercurio había desempeñado. Al chisporrotear, la vela hacía brillar unas gotas transparentes en el rostro de Anna. Mercurio pensó que eran lágrimas. Anna no se volvió hacia Mercurio ni lo miró cuando este se sentó frente a ella. Tenía los ojos clavados en el collar y lo acariciaba lentamente con una mano, como si fuese un ser vivo.

—No se lo daré de nuevo al usurero —dijo en voz baja.

Mercurio nunca habría podido imaginar que ese rostro, tan lleno de vida, se pudiese apagar hasta ese punto, consumido por una infinita tristeza.

—El cura dice que no se puede llevar un collar al Más Allá... —enunció. Alzó la mirada y escrutó a Mercurio. La desesperación que revelaban sus ojos era tal que Mercurio pensó que estaban agujereados—. Pero yo no se lo daré de nuevo al usurero... —Miró de nuevo el collar y, a continuación, como si se acordase solo en ese momento, volvió a posar los ojos en Mercurio, esbozó una vez más la sonrisa que parecía más bien un llanto, alargó la mano con la que había acariciado el collar y tocó la del joven.

—Que Dios te bendiga, muchacho —le dijo—. Gracias.

—¿Qué pasa, Anna? —preguntó Mercurio.

Anna no respondió. Miraba el collar. Lo cogió, lo apretó en el puño y se lo llevó al pecho.

—Me da igual lo que diga el cura —dijo, obstinada, pero con un hilo de voz—. Yo me llevaré el collar al Más Allá y si san Pedro no me deja tenerlo, paciencia, me marcharé también de allí. No, no se lo daré a Isaia Saraval. No traicionaré a un marido tan bueno como el mío. Otra vez no. Dios no puede querer algo similar. No cambiaré el collar por un trozo de pan. No, yo...

—Cálmate, Anna —la interrumpió Mercurio.

—Prefiero morir a...

—Anna... —Mercurio se inclinó sobre la mesa y le cogió las manos—. Anna...

Anna alzó la mirada y la posó en él.

—Lo siento, muchacho, no puedo ofrecerte nada de comer...

—¿Qué pasa, Anna?

La mujer lo miró en silencio, con gran dignidad. Intentó sonreír y luego le tendió el collar.

—Pónmelo, muchacho —le dijo—. Tengo frío. Creo que moriré esta noche.

Mercurio se puso de pie de un salto haciendo caer la silla al suelo.

—No digas tonterías. ¿Dónde está la leña?

—Ponme el collar, muchacho —dijo Anna—. Quiero llevarlo al cuello cuando me muera.

—Aquí no se va a morir nadie —afirmó con aspereza Mercurio—. ¿Dónde está la leña?

Anna sonrió, distante.

—No queda leña.

Mercurio la miró por unos segundos. La vela casi se había consumido.

—Espera aquí —dijo con firmeza.

—¿Adónde quieres que vaya? —preguntó quedamente Anna del Mercato.

—Espera aquí —reiteró Mercurio precipitándose a la salida. Había visto una carretilla a un lado de la casa.

Mientras la empujaba por el camino oyó crujir una rueda. Se había salido del eje. Mercurio confió en que resistiera. Llegó a la casa contigua a la de Anna y llamó a la puerta.

Una vieja desdentada, con una cara ajada en la que se dibujaba una expresión maligna, le abrió y lo miró con desconfianza.

—¿Quién es? —preguntó un hombre con voz de barítono desde el interior.

—Un joven —contestó la vieja, que escrutaba a Mercurio con sus ojos rugosos—. Con una carretilla.

—Dile que no compramos nada —dijo el hombre.

—Soy yo el que compra —replicó Mercurio en voz alta.

La vieja no se movió ni habló. Al poco apareció un hombre grueso con una manta echada a los hombros, encima del vestido. Su aspecto era lozano, tenía la nariz resquebrajada, surcada por un sinfín de varices rojas que formaban una tela de araña, y apestaba a vino. Sus ojos eran tan pequeños como los de la vieja.

—Apártate —le dijo.

La vieja se hizo a un lado encogiéndose, como si temiese recibir un golpe.

—No me gusta —dijo.

—Cállate —dijo el hombre mirando a Mercurio—. Mi madre no se fía de los forasteros.

—Necesito leña, pan, vino, tocino y un poco de sopa —dijo Mercurio.

El hombre no se movió.

—Puedo pagar —explicó Mercurio.

—¿Cuánto? —preguntó la vieja.

—¡Cállate, madre! —gritó el hombre alzando una mano.

La vieja se tapó la cara.

—Es para Anna del Mercato —añadió Mercurio.

—Creía que se había muerto ya —masculló la vieja.

Mercurio se encolerizó.

—¿Tenéis lo que necesito o le doy la moneda de plata a otro?

—¿Una moneda? —preguntó la vieja.

—¡Cállate, madre!

—¡Ha dicho una moneda! —repitió la vieja.

El hombre le dio un manotazo en la cabeza. La vieja se tambaleó lanzando un gemido.

—Dos monedas —dijo el hombre a Mercurio.

Este ni siquiera respondió. Cogió los mangos de la carretilla e hizo ademán de marcharse.

—De acuerdo, una moneda —se apresuró a decir el hombre agarrándole un brazo. Se volvió hacia su madre, que se estaba masajeando la cabeza—. Coge el pan, el tocino, y mete la sopa en un cuenco. Nos lo devolverán mañana. —Salió de la casa e hizo un ademán a Mercurio para que lo siguiese a la parte posterior.

—El vino —dijo Mercurio.

El hombre titubeó.

—Y el vino, madre —gritó. A continuación se dirigió a la parte trasera. Cargó la leña en la carretilla y después volvieron a la puerta de entrada.

Cuando la vieja hizo amago de pasar los víveres a Mercurio su hijo la detuvo.

—Enséñame el dinero —dijo.

Mercurio cogió una moneda de plata y se la puso en la mano.

El hombre indicó a su madre que podía dar a Mercurio la comida.

El joven se marchó sin despedirse de ellos.

Metió la leña en casa de Anna y encendió la chimenea. La vela se había apagado. Anna del Mercato seguía sentada a la mesa. Mercurio la obligó a levantarse y la acomodó junto al fuego, igual que había hecho ella con él. Anna dejó que la moviera como si fuera un títere, sin oponer resistencia y sin colaborar. Apretaba el collar en la mano.

Mercurio la miró mientras la leña chisporroteaba. Acto seguido salió y cogió los víveres. Calentó la sopa y la vertió en un cuenco sucio que encontró en la mesa, cortó el pan y el tocino, escanció el vino y puso todo en un taburete, al lado de Anna del Mercato.

—¿Qué he hecho para merecer todo esto, muchacho? —preguntó la mujer con la voz quebrada por la conmoción.

—Si te mueres no sabré adónde ir —respondió secamente Mercurio.

Anna del Mercato asintió con la cabeza. Después comió en silencio. Cuando acabó bebió un poco de vino de una taza desportillada. Su rostro enjuto recuperó el color. Sus ojos volvieron a ver el mundo circunstante. Alargó la mano con la que

sujetaba el collar hacia Mercurio.

El joven lo cogió, se puso detrás de ella y se lo colgó al cuello.

Anna del Mercato sonrió.

—¿Qué he hecho para merecer esto, muchacho?

—Tengo que vivir aquí una temporada —le contestó Mercurio—. Necesito una cama caliente, una casa caliente, sopa caliente. No puedo vivir en una ratonera. Tienes que hacer algo.

—No tengo dinero, muchacho, lo siento.

—Yo sí. Y te pagaré.

—¿Por qué haces todo esto? —La voz de Anna era dulce.

Mercurio no respondió. Cogió una silla, la puso al lado de ella y se sentó.

Anna lo miró. Su semblante se relajó. Tendió un brazo y rodeó los hombros de Mercurio.

Mercurio se irguió en la silla, petrificado, con el brazo de Anna apoyado en los hombros.

—Estás más rígido que un pescado seco, muchacho —comentó Anna risueña.

Mercurio no sabía qué hacer. También con ella sentía la necesidad de levantarse y escapar.

Anna lo atrajo hacia ella.

Mercurio se resistía.

—Nunca he tenido una madre. No sé cómo se hace —dijo de repente.

Anna lo soltó por un instante. Después tiró de nuevo de él con más ímpetu.

—Apoya la cabeza, muchacho —le dijo.

Su voz eran tan afable como la noche en que la había conocido, pensó Mercurio.

—¿Dónde? —preguntó.

Anna del Mercato se rio con la gentileza que la caracterizaba, que no lo hería.

—En mi hombro —dijo.

Mercurio dobló el cuello, pero no se relajó. Cuando Anna le acarició el pelo pensó que le gustaría cerrar los ojos. Pero aún no podía.

—La ropa de tu marido... —dijo alzando la cabeza para mirarla.

—Apoya la cabeza —lo interrumpió Anna empujándola de nuevo hacia su hombro—. ¿No sabes hablar con el cuello doblado?

Mercurio esbozó una sonrisa.

—La ropa de tu marido apesta a pescado... tengo que lavarla.

—Podías haberla traído. Te la habría lavado yo.

—Sí... —dijo Mercurio mientras el calor del fuego le distendía los párpados.

—Ya pensaremos en eso mañana —dijo Anna.

—Sí...

—Sigues estando tan tieso como un pescado seco.

—No...

—Sí. Puedes hacerlo mejor.

Mercurio sintió que sus ojos se humedecían.

—No sé cómo se hace.

Anna del Mercato sonrió.

—No hay una forma concreta de hacerlo —explicó.

Mercurio se sentía cada vez más cansado.

—Cierra los ojos.

—Sí...

Anna lo miró.

—Te he dicho que los cierres —insistió riéndose quedamente.

Apenas los cerró, Mercurio se sintió más pesado. Calló durante un rato. Sentía que la mano de Anna le acariciaba el pelo.

—Creo que he entendido lo que querías decir la otra vez.

—¿Sobre qué?

—Cuando me dijiste que las manos tuvieron algo que ver cuando tu marido y tú os conocisteis.

Anna del Mercato se ruborizó.

—¿Ah, sí?

—Sí...

Permanecieron un rato en silencio. Anna acariciaba la cabeza de Mercurio con una mano en tanto que con la otra tocaba el collar.

—Creo que he herido a una persona... —dijo Mercurio casi dormido.

—¿A quién?

—A una chica...

—¿Ella no quería? —preguntó Anna tensándose.

—No... ella quería... era yo que...

—Si hicisteis lo que pienso —dijo Anna sonriendo y sin dejar de acariciarle el pelo— no creo que tú hayas podido hacerle daño.

La respiración de Mercurio era cada vez más profunda.

—No hicimos nada. Escapé.

—¿Estás enamorado? —le preguntó Anna. Su voz delataba una punta de melancolía, aunque también de felicidad.

—¿Cómo sabes si lo estás?

Mercurio recordó la emoción embriagadora que había experimentado mientras sujetaba la mano de Giuditta en la suya. Y la sensación tan diferente, aunque igualmente violenta, que le había producido la sangre hirviendo entre las piernas, que había experimentado al tocar los senos de Benedetta.

—Escucha a este señor —dijo Anna tocándole el pecho a la altura del corazón.

Mercurio se sentía cada vez más cansado.

—Ven, levántate. Métete en la cama —dijo Anna—. No puedes dormir aquí.

—Sí...

Anna lo ayudó a ponerse de pie. Mercurio se movía como un fantoche, estaba más dormido que despierto. Anna lo llevó hasta el jergón, lo hizo tumbarse y lo tapó con una manta. Volvió a la chimenea y echó dos grandes trozos de leña al fuego. Después se sentó al lado de Mercurio.

—Te ha enviado el cielo, muchacho —afirmó Anna.

—Sí... —masculló Mercurio.

Anna se rio entre dientes.

—Sí —repitió.

Mercurio farfulló algo.

Anna se inclinó hacia él.

—¿Qué dices?

—Giu... ditta...

—Giuditta. ¿Así se llama tu enamorada?

—Giuditta...

—Giuditta, sí. —Anna del Mercato lo tapó con la manta hasta la barbilla—. Pero ahora duerme. —Lo besó en la frente con ternura—. Duerme, niño mío.

—¿Qué proyecto podría tener yo? —preguntó Mercurio al despertarse por la mañana, en cuanto abrió los ojos y vio a Anna trajinando alrededor del fuego—. ¿Podría ser encontrar una joven?

—No. Eso es un programa —lo corrigió Anna del Mercato. Su expresión ya no era la de la noche anterior, pese a que había dormido poco y había salido al amanecer, con el frío, para ir a una granja vecina a pedir a crédito un cubo de leche recién ordeñada y unas galletas de uva pasa. En ese momento estaba echando un poco de leche en un cacito que se sostenía sobre la llama gracias a un ingenioso sistema de barras.

—Deja, yo lo haré —dijo Mercurio levantándose de golpe—. Siéntate y descansa. Anna se volvió con una expresión furibunda en la cara.

—¿Cómo te permites, muchachito? ¿Crees que puedes cuidar de mí? Podría ser tu madre, presuntuoso, ¿y tú pretendes hacer de padre conmigo?

Mercurio se detuvo desconcertado. Pero después comprendió que Anna no estaba tan furibunda como fingía.

—Mírate las manos —prosiguió Anna en el mismo tono—. Están sucias. Ve a lavártelas si quieres comer. Y no vuelvas a pedir leña y comida a los vecinos. ¿Quieres que me consideren una pordiosera? Si supieras cómo me han mirado esta mañana...

—Solo pretendía ayudar...

—Querías ayudar y, en cambio, solo haces daño. Ve a lavarte. También la cara.

Mercurio salió de la casa. El agua estaba gélida, pero se sintió feliz de obedecer a Anna. Volvió a entrar con una sonrisa estúpida dibujada en la cara. Le enseñó las manos.

—Así está mejor —dijo Anna en su habitual tono de voz—. Siéntate, la leche está caliente. —Llenó un cuenco con un cucharón y puso las galletas en la mesa.

—Entonces, ¿qué es un proyecto? —preguntó Mercurio con la boca llena.

Anna del Mercato sacudió la cabeza.

—Siempre haces preguntas difíciles.

—Perdona —dijo Mercurio—. Nunca he tenido nadie a quién preguntar. No sé cómo se hace.

Anna se volvió de golpe, dándole la espalda, y se mordió los labios. El muchacho la conmovía. Abrió desmesuradamente los ojos para enjugar las lágrimas que le humedecían los ojos.

—Un proyecto es algo que te llena la vida —le explicó volviéndose de nuevo y sentándose a la mesa. Mientras hablaba su mano seguía acariciando el collar que llevaba colgado al cuello—. Un proyecto dice quién eres.

—Pero ¿a quién se lo dice? —Mercurio experimentaba una nueva sensación, reconfortante, que nunca se había permitido sentir hasta entonces. Anna decía que sus preguntas eran difíciles. Pero él sentía que también podía hacer preguntas estúpidas.

—A ti, sobre todo. Y a los que quieres y que, por tanto, respetas.

Mercurio se metió dos galletas en la boca, una detrás de otra, luego bebió un sorbo de leche para reblandecerlas.

—Yo hago preguntas difíciles, pero tú usas palabras difíciles. No sé lo que significa querer. Esto es... no sé si puedo querer a alguien de verdad. Y no sé si puedo respetarlo.

—Eres un mentiroso, muchacho —dijo Anna esbozando la sonrisa que lo caldeaba más que el fuego de la chimenea—. ¿Crees que no quieres a Giuditta?

Mercurio se atragantó con los restos de galleta que aún le quedaban en la boca. Tosió y escupió una papilla blanca en la mesa.

—Disculpa —se apresuró a decir pasando preocupado la manga de la chaqueta por la superficie para limpiarla—. ¿Cómo sabes su nombre? —dijo enrojeciendo.

Anna del Mercato se rio. Al ver que el joven tenía las mejillas y las orejas moradas le entraron ganas de echarse a reír. Pero no quería hacerlo sufrir.

—Lo dijiste ayer por la noche.

—Ah... —Mercurio miró la taza.

—¿De verdad piensas que no sabes querer después de lo que has hecho por mí?

—Bueno... necesitaba un sitio para dormir y hacía un frío del demonio.

Anna del Mercato asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé.

Mercurio removió el contenido de la taza con la cuchara de madera.

—¿Quieres más?

Mercurio permaneció con la cabeza inclinada. Resopló. Golpeó el borde de la taza con la cucharita.

—¿Qué debo hacer, Anna? —preguntó al final.

—Por el momento buscar a esa muchacha. ¿A qué estás esperando? Supongo que no pretenderás que lo haga por ti.

Mercurio alzó la mirada y sonrió.

—Piensa en quién eres. En quién quieres ser. Por ti, sobre todo.

—¿Qué quieres decir?

—No me pareces estúpido, muchacho.

—¿Quién soy?

Anna cogió una mano del joven entre las suyas.

—Yo no puedo saberlo por ti.

—Pero ¿qué debo hacer para comprender lo que quiero ser?

Anna sonrió con dulzura.

—Es distinto para cada persona. La manera no tiene importancia.

Mercurio se limpió la boca.

—Yo quiero ser respetable.

Anna del Mercato soltó una carcajada.

—De verdad —dijo Mercurio.

—Pero tú eres respetable, muchacho.

—No. Soy un estafador. —Mercurio la miró fijamente a los ojos.

Anna siguió sonriéndole.

—Te digo que soy un estafador.

—Los estafadores no recuperan los collares de las viudas desconocidas.

—¿Y eso, qué tiene que ver?

—Ni las salvan cuando se abandonan a la muerte...

—Tú no estabas...

—¡Cállate! —Anna lo apuntó con un dedo con aire grave—. ¿Has entendido lo que te he dicho?

Mercurio se encogió de hombros.

—Eres especial, muchacho —afirmó Anna del Mercato.

Mercurio volvió a ruborizarse.

—Nadie me lo había dicho hasta ahora —masculló.

—¿Y por esa razón crees que no lo eres?

—Nadie me lo ha dicho hasta ahora —repitió Mercurio.

—Bueno, ahora te lo he dicho yo.

Mercurio callaba y seguía golpeando la taza con la cucharita.

—Ya te lo he dicho. Ve a buscar a tu chica.

—Seré especial para ella —exclamó con énfasis Mercurio.

—Sé especial para ti mismo y serás especial para ella —dijo Anna—. Las cosas solo funcionan así. Porque si tratas de ser especial para ella, acabarás traicionando tanto a ella como a ti. Nunca sabrás quién eres de verdad y le darás algo falso.

—¿Por qué es tan difícil?

—No es en absoluto difícil —contestó Anna.

—A mi me parece que sí.

—Si sientes que es difícil es porque estás usando la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿Fue difícil enamorarse de Giuditta?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Fue difícil?

—No, pero...

—¿Qué es lo que dificulta las cosas? Los «peros», por ejemplo. ¿Qué más te dan esos «peros»? Son simples zancadillas, y te las estás poniendo tú solo. Ahora

contesta: ¿fue fácil enamorarse de Giuditta?

—Sí.

—Sí —repitió Anna—. La vida es sencilla. Cuando se complica demasiado es porque nos estamos equivocando en algo. No lo olvides. Si la vida se complica es porque la complicamos nosotros. La felicidad y el dolor, la desesperación y el amor, son sencillos. Fáciles. No presentan ninguna dificultad. ¿Lo recordarás?

Mercurio asintió con la cabeza.

—Tú eres especial y...

—¡Quiero ser rico! Ahora sé lo que quiero.

Anna frunció el ceño.

—¿Eso es lo que has comprendido? Si fuese tu madre te daría un sopapo ahora mismo.

Mercurio vio que Anna se había puesto seria. Lamentó haberlo dicho. Pero, al mismo tiempo, comprendió que estaba a punto de ganar algo extraordinario.

—No me interesa. Yo quiero ser rico —dijo con arrogancia desafiándola a la vez que se ponía de pie.

Anna reaccionó instintivamente. Se levantó, se inclinó sobre la mesa y le dio un bofetón.

—No quiero oírte decir de nuevo una estupidez como esa. Enriquecerse no significa nada. Tienes que desear algo que alimente tu corazón. O morirás por dentro.

Mercurio pensó que, con toda probabilidad, Anna tenía razón. Sentía arder la mejilla debido a la primera bofetada que había recibido como hijo, y se alegraba.

—¿Soy especial para ti? —le preguntó.

—Ven aquí, muchacho —dijo Anna con la voz quebrada por la emoción. Esperó a que Mercurio diese la vuelta a la mesa y luego lo abrazó estrechamente. Al cabo de un rato lo apartó con brusquedad—. Eres una lata, ¿sabes? Tengo un montón de cosas que hacer. Debo ocuparme del fuego, limpiar la casa y organizar tu dormitorio... Supongo que no querrás dormir en el suelo como un salvaje. Además tengo que cocinar una cena como se debe para ti y para ello debo ir al mercado. Como verás, no me queda mucho tiempo para filosofías. —Apartó a Mercurio—. Desaparece. Vete. Vamos, vete.

Mientras se dirigía hacia el muelle del pescado de Mestre, Mercurio silbaba alegremente y de vez en cuando se pasaba la mano por la mejilla en la que Anna lo había abofeteado. Cuando llegó al embarcadero buscó un barco llamado *Zitella*. Apenas lo encontró dio una patada a la quilla para llamar la atención del pescador.

—¡Eh, vaya unas maneras! —dijo el pescador volviéndose. De repente, palideció.

—Bien —dijo Mercurio—, eso significa que me has reconocido, ¿verdad?

El pescador tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Y te has enterado de que ahora soy un hombre de Scarabello y que, por tanto,

no puedes venderme a Zarlino. —Mercurio se metió los pulgares en el fajín y escupió al agua.

El pescador asintió de nuevo.

Mercurio entró de un salto en el barco.

—Siendo así, llévame a Rialto.

El pescador asintió por tercera vez.

—Déjame que acabe de cargar y...

—No. Ahora —dijo Mercurio.

El pescador se curvó y se sentó en las chumaceras.

Mercurio soltó las amarras. Empujó el barco haciendo palanca en el muelle. El pescador giró la embarcación y apuntó la proa hacia Venecia.

—Tengo un programa y, mientras tanto, pienso en mi proyecto —susurró Mercurio para sus adentros esbozando una sonrisa. Acto seguido, se volvió hacia el pescador—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre un programa y un proyecto, patán?

—No, señor —respondió el pescador.

—¿Tu madre no te lo enseñó? —Mercurio soltó una carcajada, estaba exultante.

Shimon Baruch llegó a Rímini pasando bajo el arco de Augusto. El caballito árabe avanzaba lentamente, los Apeninos lo habían debilitado. Shimon soltó un poco la brida y avanzó por la pequeña ciudad. Atravesó el puente de Tiberio y entró en el casco viejo. A su derecha, a lo lejos, se veía el puerto comercial y el mar Adriático con sus anchas playas de arena clara.

Llegó a una fonda que se llamaba Hostaria de' Todeschi y se apeó del carro. Un mozo salió apresuradamente a su encuentro, lo saludó y se hizo cargo del caballito árabe. Shimon entró en la fonda. El dueño era un hombre cortés y afable. Cuando comprendió que Shimon era mudo le llevó de inmediato papel, una pluma y tinta.

—El problema es que yo no sé leer, señor —se disculpó—. Pero, si no le ofende, una mujer, una viuda, podría leer por mí. No obstante, debo advertirle que es judía...

Shimon se envaró.

—Puedo comprender que los judíos le molesten señor, podemos encontrar otra manera... —dijo de inmediato el tabernero.

Shimon negó con la cabeza.

—Entonces, ¿le va bien la mujer? —preguntó el tabernero.

Shimon asintió con la cabeza.

El tabernero se volvió hacia su esposa, que era gorda y tenía la cara roja, y le dijo:

—Ve a llamar a Ester y dile que se dé prisa.

Al oír el nombre de la mujer Shimon se sobresaltó. Como cualquier judío, conocía la historia de Ester, porque se celebraba en la fiesta de *Purim*. Con todo, la razón por la que Shimon se sintió particularmente impresionado era que Ester en judío significaba «yo me esconderé». Y él se estaba escondiendo. De sí mismo y del mundo.

—Me alegro de que no tenga nada contra los judíos, señor —dijo el tabernero—. En Rímini vivimos una época extraña. El mes pasado fueron asaltados dos bancos de empeños. ¿Por qué? Pues porque acababan de abrir dos Sagrados... Me da risa que se llamen sagrados... en fin, dos Montes Sagrados de Piedad. Que, a fin de cuentas, hacen casi el mismo trabajo que los bancos, solo que en este último caso está detrás la Iglesia, que aquí es poderosa y... si me permite... bueno, mejor me callo... los curas hablan mucho de los judíos, pero, en mi opinión, en el fondo quieren ganar más que ellos a nuestra costa. Por desgracia, el populacho no lo entiende y va detrás de la Iglesia como si...

—¡No lo digas! —vociferó la esposa del tabernero apareciendo a sus espaldas en compañía de una mujer menuda y de aire modesto.

El tabernero se rio de buena gana, inspiró y, a continuación, dijo con énfasis:

—El populacho va detrás de la Iglesia...

—¡No lo digas!

—Igual que las moscas van detrás de la mierda —concluyó soltando una sonora carcajada.

—El día en que los esbirros del papa te quemén en la plaza te quiero ver reír como ahora —gruñó la mujer. Acto seguido empujó hacia delante a la mujer que lo acompañaba—. Ayuda al tozudo de mi marido, Ester.

Shimon vio que Ester sonreía al oír la ocurrencia del tabernero. Pese a su apariencia humilde, era hermosa. Tenía una cara noble, con la nariz un poco afilada, dos ojos verdes, oscuros como escarabajos, y los labios carnosos y rosados. Inclínó la cabeza hacia Shimon con modestia, pero sin mostrar sumisión.

—Tenga la amabilidad de escribir lo que necesita y procuraremos contentarlo, señor —dijo el tabernero.

Shimon miró a Ester, que se estaba acercando a él. «Yo me esconderé», pensó.

Ester interceptó su mirada y bajó los ojos.

Shimon se sentía inesperadamente confuso. Había borrado de su mente el recuerdo de la joven de Narni y de todo lo que la concernía. Pero, si bien había hecho un esfuerzo para no pensar en ella, era consciente de que con ello había abierto una brecha en la dura coraza que se había construido para protegerse. El frío que sentía en su interior no había cesado, al contrario, era mayor, y se podía equiparar a la sensación de soledad que experimentaba.

Cogió la pluma, la hundió en el tintero y, tras titubear un poco, escribió. Cuando hubo terminado se volvió hacia Ester. Al hacerlo tuvo la impresión de que la mirada de la mujer había cambiado.

—El señor se llama Alessandro Rubirosa... Es cristiano. Va camino de Venecia. Necesita una habitación...

Shimon pensó que Ester tenía una voz melodiosa, similar a la de ciertas cantantes de su lejano país.

—Y le gustaría darse un baño caliente antes de cenar.

—Lo serviremos como corresponde —se apresuró a decir el tabernero.

—Para cenar tenemos un cochinito asado que está para chuparse los dedos —dijo la esposa del tabernero—. Con membrillo y castañas.

Cuando Shimon se aprestaba a aceptar, su mirada se desvió de nuevo hacia Ester, que lo estaba escrutando, y rechazó la oferta con un ademán de la mano, después de lo cual cogió un folio y escribió: «El cerdo me sienta mal. Preferiría un caldo de pollo». Mientras Ester repetía sus palabras a la esposa del tabernero le pareció percibir cierto alivio en su voz.

La mujer del tabernero ofreció de nuevo el cochinito a Shimon, pero este lo volvió a rechazar con un seco ademán.

—No seas pesada —dijo el tabernero. Se volvió hacia una criada—. Que alguien

te ayude a llevar una bañera a la habitación del señor y llénala con agua caliente para un baño.

—¿Un baño? —preguntó, atónita, la criada.

—No todos son tan sucios como tú —dijo el tabernero. Tras hacer una reverencia a Shimon amagó marcharse. No obstante, antes de hacerlo se dio cuenta de que Ester seguía allí—. Gracias, Ester, puedes marcharte —le dijo.

Ester miró a hurtadillas a Shimon antes de encaminarse hacia la puerta. Pero al llegar a ella se volvió de nuevo para mirarlo.

Shimon se levantó y se reunió con la mujer en la calle.

—Eres judío, ¿verdad? —dijo enseguida Ester.

Shimon se sobresaltó y negó sacudiendo firmemente la cabeza.

Ester lo observaba sin decir palabra. Sus ojos verdes e inteligentes resplandecían, sus labios carnosos se frunció ligeramente en una sonrisa divertida e infantil.

—Cuando cogiste la pluma estuviste a punto de ponerte a escribir de derecha a izquierda, como se hace en nuestra lengua —le dijo—. Si no quieres que se note que eres judío debes aprender a dominar esos gestos —concluyó risueña.

Shimon sintió que le hablaba sin un atisbo de reproche.

—Y cuando escribas tu nombre no puntualices que eres cristiano —prosiguió Ester riéndose—. Los cristianos no necesitan justificarse.

Shimon la miró sin negar. Sentía una extraña sensación. Como si le hubiesen liberado de un gran peso. O como si, al contrario, el profundo cansancio se hubiese abatido sobre él. «Yo me esconderé», pensó una vez más traduciendo el nombre de Ester.

—No tengas miedo, no se lo diré a nadie, puedes estar tranquilo —dijo Ester con la misma sonrisa comprensiva.

Shimon pensó que nunca había temido que Ester lo delatase. Pensó que esa mujer tenía capacidad para deshacer nudos y perdonar los pecados. Con un ademán, le expresó su deseo de acompañarla a casa.

Ester asintió con la cabeza y echó a andar con paso lento.

Mientras se abrían paso entre la gente Shimon rozó el vestido de la joven con una mano sin que esta se diese cuenta.

Ester no habló hasta que llegaron a una casa de dos pisos, humilde pero digna. Entonces se paró y miró a Shimon a los ojos.

—Has sido amable rechazando el cochinitillo —le dijo.

Shimon frunció el ceño, estupefacto, para pedirle que le explicase esa afirmación.

Ester sonrió, pero no dijo nada. Abrió la puerta. Acto seguido, con la cabeza inclinada, dijo quedamente:

—Espero que tengas muchas cosas que escribir al tabernero. —Alzó la mirada sin ruborizarse.

«Así volveremos a vernos», pensó Shimon. Y el pensamiento no lo atemorizó. Ester tampoco.

A la mañana siguiente, Shimon escribió una escueta frase en una hoja y se la dio al tabernero. El hombre hizo llamar a Ester.

«Me quedaré varios días», leyó Ester en voz alta con sus ojos verdes, similares a dos escarabajos, que brillaban sin malicia.

Donnola se asomó a la habitación de Giuditta. Al igual que todos los días, la joven estaba cosiendo. A sus pies, en el suelo, había al menos cinco o seis gorros amarillos de diferentes formas, cosidos con varias telas.

—Buenos días, Giuditta —dijo.

La joven respondió con una sonrisa distante y se puso de nuevo a coser.

Donnola cabeceó y recorrió el largo pasillo de la casa en la que ahora vivía el médico con su hija. Tenía una habitación solo para él, con una gran cama mullida. Y una cálida manta. Jamás había disfrutado de nada similar y jamás se había imaginado que pudiera ser tan agradable vivir con unas personas que, día a día, se estaban convirtiendo en una especie de familia.

Fue a la entrada de la casa. Isacco pateaba impaciente.

—Tengo que decirle una cosa importante, doctor... —empezó a decir Donnola.

—Caminemos mientras tanto —contestó Isacco, que, tras abrir la puerta, empezó a bajar por la amplia escalinata.

—Estoy preocupado por Giuditta, doctor —dijo Donnola.

—Sí... —dijo Isacco a la vez que rebuscaba en la bolsa donde llevaba las medicinas y los ungüentos.

—Se pasa el día cosiendo, apenas prueba bocado, y siempre está triste, es más, tengo la impresión de que su tristeza aumenta día a día...

—Sí, entiendo... —Isacco salió por el portón en forma de arco flanqueado por dos columnas coronadas por unos monos de mármol.

—Todo obedece a una desilusión amorosa... —prosiguió Donnola caminando como buenamente podía detrás de él—. Y creo que, de una forma u otra, el asunto tiene que ver con ese joven, con el tal Mercurio, ¿sabe? He descubierto que no es un sacerdote, como nos hizo creer.

—Sí... —dijo Isacco subiendo de dos en dos los peldaños de un estrecho puentecito de piedra y abriéndose paso entre la multitud que ya a esa hora abarrotaba las calles de Venecia.

—Me han dicho que trabaja para un tal Scarabello. Un malhechor muy poderoso que domina los bajos fondos de Rialto.

—Ah, bueno...

Donnola resopló.

—Doctor, usted me pidió que mantuviera alejado a ese muchacho. Pues bien, lleva diez días preguntando por mí. Le pide a la gente que me busque porque tiene algo que hacer con usted, doctor. En fin, salta a la vista que está buscando a Giuditta. Yo no le he dicho nada a su hija por ahora, porque no sé cómo afrontar el tema. ¿Qué debo hacer?

—Claro, claro...

—¡Doctor! —estalló Donnola—. ¡No ha oído nada de lo que le he dicho!

Isacco se paró con una expresión ofendida.

—Te he oído perfectamente. Giuditta cose. Bueno, me alegro.

Isacco asintió gravemente con la cabeza.

—No, doctor. —El rostro de Donnola estaba encendido—. Le he dicho que Giuditta está mal. Muy mal. Y que sufre por amor.

—A su edad siempre se sufre por amor. —Oyó las campanas de la cercana iglesia de los Santi Apostoli—. Es tarde —dijo apretando el paso por la Salizzata del Pistor, en la que flotaba un agradable aroma a pan fresco. Se volvió hacia Donnola, que se había quedado parado y le pidió con un ademán que lo siguiera—. Escúchame, tengo prisa. Hablaré con ella, ¿de acuerdo? Ahora, sin embargo, ve a la farmacia de la Cabeza de Oro y recoge el aceite que les pedí que prepararan. Diles que es el de extracto de palo santo. Los indios americanos lo usan para todo y, por lo visto, funciona. Y si te quiere dar una asquerosa triaca mándalo a hacer puñetas.

—Sí, doctor —dijo Donnola sombrío.

—Y después tráemelo a casa del capitán.

—Sí, doctor —gruñó Donnola.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó exasperado Isacco—. La mujer de Lanzafame está mal, Donnola. Muy mal. ¿Lo comprendes? Su vida está en mis manos y yo no sé qué hacer. Todos los médicos con los que he hablado me han dicho una sarta de tonterías, tampoco ellos saben cómo afrontar el mal francés, o como demonios se llame. ¿Sabes cómo me he enterado del remedio de palo santo? Pues porque fui al puerto a hablar con los marineros. ¿Entiendes? La vida de esa mujer depende de las habladurías que esos hombres traen el Nuevo Mundo. —Miró a Donnola iracundo. Se repetía que estaba haciendo todo lo posible para salvar a la prostituta que caldeaba del corazón de Lanzafame, pero en su fuero interno sentía que no estaba haciendo lo suficiente, que no estaba a la altura de las circunstancias. Y, sobre todo, confundía a Marianna con su esposa, H'ava. La curación de la prostituta lo redimiría del fracaso que había cometido hacía muchos años, cuando su mujer había muerto de parto. Si salvaba a Marianna sería como salvar a H'ava—. ¿Entonces? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres? —reiteró con agresividad.

Donnola miró al suelo.

—Nada, doctor.

—Bueno —dijo Isacco, y se encaminó hacia Ruga dei Speciali.

Cuando llegó a la buhardilla del capitán Lanzafame la criada muda lo recibió con cara triste.

Isacco pasó por su lado y se asomó a la sala. Lanzafame caminaba de un lado a otro de la habitación pateando todo lo que se interponía en sus idas y venidas. En el

suelo había una botella de espumoso vacía.

—Ya era hora de que vinieras, doctor —dijo Lanzafame a Isacco en cuanto lo vio.

—Aquí me tiene, capitán —dijo Isacco haciendo caso omiso de la provocación.

—Ve a la habitación. ¿A qué estás esperando? —refunfuñó Lanzafame.

Isacco entró en el dormitorio. Marianna se revolvía en la cama. Tenía la cara demacrada, como si, en lugar de una noche desde que la había visto, hubiese pasado un mes. Isacco se acercó a ella y le puso una mano en la frente. Estaba ardiendo. Echó incienso y garra del diablo en una cuchara y se lo hizo beber. La mujer tragó con dificultad. Acto seguido abrió los ojos y pareció mirarlo.

—¿Toda la noche o solo una hora, forastero? —le preguntó.

—Soy Isacco, Marianna... Soy el médico...

—¿Eres un soldado?

—Lleva toda la noche con esa historia —dijo Lanzafame desde el umbral.

Isacco notó que parecía embarazado. Pensó que debía ser porque Marianna hablaba como una prostituta, porque tomaba por clientes a todos los que veía.

Marianna se rio.

—¿Lanzafame? ¡Qué nombre tan espantoso! —Se rio de nuevo—. Te llamaré capitán, no quiero llamarte con ese nombre tan ridículo mientras hago el amor contigo.

Isacco se volvió hacia el capitán. Tenía los ojos brillantes, aunque la causa podía ser la malvasía que había bebido ya a esa hora de la mañana.

—No debería beber tanto —le dijo.

—No me toques los huevos —respondió el capitán, y se marchó.

Isacco sabía lo que Lanzafame estaba haciendo. Creía que el vino mantendría alejado el dolor. Había comprendido por qué el capitán se avergonzaba tanto de lo que decía Marianna. Revivía de manera obsesiva la primera vez que se habían visto. Recordaba los detalles de un encuentro que, a todas luces, había cambiado la vida de los dos.

—¿Una hora o toda la noche, mi apuesto capitán?

—Toda la vida —contestó Isacco procurando que no lo oyese Lanzafame.

La prostituta se sobresaltó. Sus ojos, extraviados en el delirio, recuperaron la vista. Miró a Isacco. Lo reconoció.

—Doctor... —dijo con una punta de angustia en la voz—. ¿Dónde está Andrea?

—¿Cómo se encuentra, Marianna? —le preguntó Isacco.

La prostituta le agarró un brazo. Lo apretó débilmente.

—¿Dónde está Andrea? —repitió.

—Está aquí. Voy a llamarlo —dijo Isacco levantándose de la cama. Fue a la sala—. Capitán... pregunta por usted.

Lanzafame no se movió enseguida. Bebió un sorbo de una botella y luego se

asomó a la habitación.

—¿Qué quieres? —preguntó con aspereza.

—Andrea... —dijo Marianna tendiéndole un brazo.

El capitán titubeaba en el umbral.

—Ven...

El capitán se aproximó a la cama.

—Siéntate...

El capitán se sentó.

Marianna le acarició la cara.

—No te has afeitado, como siempre... —Sonrió, cansada—. Si te metes entre mis piernas me harás cosquillas —dijo.

El capitán no dijo una palabra.

Marianna le cogió una mano y se la puso en el pecho.

—No tengas miedo —le dijo.

El capitán se rio forzosamente.

—¿De qué debería tener miedo?

—No tengas miedo —reiteró Marianna mirándolo con ojos luminosos—. Estaba soñando con nuestra primera vez, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —Lanzafame fingió que no sabía nada.

—En el sueño te preguntaba si querías pasar una hora o toda la noche conmigo... y tú me decías: «Toda la vida».

El capitán no dijo nada.

—Andrea... me estoy muriendo...

—No digas memeces...

—Sí, me estoy muriendo...

—Hierba mala nunca muere...

—Escúchame, Andrea...

El capitán le estrechó la mano.

—Quiero que llames a un sacerdote...

—Ahora no pienses en el sacerdote...

—Quiero que llames a un sacerdote y le pidas... —Marianna jadeaba.

—¿Qué?

—Y le pidas... que nos case...

Se produjo un instante de silencio, después el capitán se levantó de un salto.

—¡Putas asquerosas, no intentes engañarme! —gritó—. ¡No intentes engañarme!

Isacco se asomó a la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Finge que se está muriendo para casarse conmigo y atraparme, eso es lo que sucede! —gruñó Lanzafame—. ¡Cuando eres puta lo eres para toda la vida! —Se

movió hacia la puerta, empujó a Isacco y salió—. ¡Quítate de en medio! —gritó a la criada—. Voy a la taberna. Llamadme solo si se muere. —Se marchó dando un portazo.

La criada entró en el dormitorio. Guiñaba los ojos, al punto que parecían dos ranuras. Al ver que Isacco se había sentado en el borde de la cama se paró aparte.

—¿Toda la noche o una hora, guapetón? —preguntó de nuevo Marianna delirando.

—Toda la vida —le susurró Isacco.

La prostituta esbozó una sonrisa y a continuación se quedó dormida.

Pero Isacco estaba preocupado. Marianna pasó el día revolviéndose, y el incienso y la garra de diablo no le bajaron la fiebre. Por otra parte, estaba demasiado débil para darle un baño helado. No sobreviviría a él.

Al caer de la tarde Lanzafame seguía sin dar señales de vida. Isacco pasó la noche sentado en el dormitorio de Marianna, que deliraba sin recuperar el conocimiento.

Poco antes del alba tuvo un ataque de tos que le cortó la respiración. Llamó a Lanzafame, apretó convulsamente la mano de Isacco y luego sufrió un espasmo, dulce, similar a un estremecimiento. Soltó al médico y su cuerpo se relajó en la cama. Estaba muerta.

En ese mismo instante, la puerta de la casa se abrió y apareció Lanzafame. Lo seguía un sacerdote vestido con una sotana. Los hombros estaban cubiertos de caspa. El capitán palideció al oír llorar a la criada. Miró a Isacco. El médico sacudió la cabeza. Lanzafame tenía la cara descompuesta, se había pasado la noche bebiendo. Solo se había decidido al amanecer. Se volvió hacia el cura, le aferró el cuello de la sotana y lo empujó hacia la habitación.

—Entra y dale la extremaunción —dijo.

La criada muda se echó a llorar desesperada, emitiendo unos sonidos desentonados, que más bien parecían los rebuznos de un asno.

—¿De verdad crees que me habría casado con una puta? —le gritó el capitán. Al mismo tiempo que el sacerdote mascullaba las palabras del rito latino, Lanzafame se abalanzó sobre todos los objetos y muebles que había en la casa y los destrozó, como si estuviese combatiendo una terrible batalla. Destruyó toda la casa. Cuando hubo acabado se tiró al suelo y miró a Isacco.

—¿Y ahora qué hago? —murmuró.

Después de casi diez días de búsqueda Mercurio tenía la moral por los suelos. Donnola parecía haberse evaporado. Nadie sabía nada de él. No frecuentaba a las personas de antes, no iba a las tabernas de siempre. Algunos aventuraban incluso que podía haberse ahogado en un canal. La mayor parte de la gente, en cambio, solo sabía que había empezado a trabajar como ayudante de un médico del que nadie en Venecia había oído hablar aún ni sabía dónde se alojaba.

Mercurio hizo el enésimo intento en la taberna del Omo Nudo, un local miserable en el que, tiempo atrás, Donnola pasaba sus veladas. Se asomó y miró dentro, pero no vio rastro de él.

Cuando salió vio llegar por la calle del Sturio, procedente de Ruga Vechia San Giovanni, a un reducido grupo de jóvenes bien vestidos. En medio de ellos iba otro bastante más elegante que sus compañeros y que cojeaba, balanceándose como un cangrejo, con un brazo entumecido levantado para no perder el equilibrio. Mercurio reconoció al príncipe Contarini, se volvió y echó a correr hacia la Riva del Vin. Se volvió al llegar a la esquina, pero ni el príncipe ni sus secuaces habían notado su presencia.

Exhaló un suspiro de alivio y cuando se disponía seguir por la orilla vio que el príncipe estaba llamando a la puerta de una casa miserable. Se detuvo para espiarlo, intrigado, y vio que Zolfo le abría y lo saludaba con una reverencia. Detrás de él apareció la figura del fraile, que también se inclinó. El príncipe entró en la casa cojeando, seguido de sus hombres.

Mercurio retrocedió. Se acercó a la puerta y espió por una de las ventanas de la planta baja, por la que salía una tenue luz. Vio una habitación miserable, desierta, con dos jergones en el suelo. Fue a la ventana adyacente. Esta vez la habitación era algo más grande, aunque también pobre. En ella había una mesa y cuatro sillas, una chimenea y un escritorio. Eso era todo. A la mesa estaban sentados el príncipe Contarini y el hermano Amadeo. Zolfo estaba detrás del fraile y los cinco hombres del príncipe se habían quedado de pie, diseminados por la habitación. Uno de ellos se aproximó a la ventana.

Mercurio se pegó a la pared conteniendo la respiración.

El hombre se asomó, pero no miró alrededor. Después, uno de sus compañeros se acercó a él y murmuró algo. El hombre se volvió hacia el interior de la habitación.

—Lee, fraile —dijo el príncipe.

Mercurio miró a hurtadillas por la ventana. El hombre que estaba de espaldas a ella le obstaculizaba la vista, pero aun así Mercurio pudo ver que el príncipe le había pasado un bando al hermano Amadeo. El fraile acercó una vela y lo leyó en voz baja. A medida que lo iba haciendo abría más y más los ojos.

—¿Es posible? —exclamó cuando hubo acabado.

—Te prometí que te ayudaría en tu batalla, fraile —dijo el príncipe—. Esto es solo el principio. Los judíos tendrán lo que se merecen.

El fraile se hincó delante de él y besó la mano que el príncipe se había apresurado a tenderle.

—¡Es la voluntad de Cristo! —dijo—. ¡Y usted es su amado apóstol, señor!

—Me ha costado mucho dinero y muchos esfuerzos —explicó el príncipe.

Confiando en su instinto, Mercurio pensó que el príncipe estaba mintiendo. Pese a que no sabía de qué estaban hablando, estaba seguro de que se estaba jactando de un éxito que no era, desde luego, mérito suyo.

—Solo para empezar, solo para empezar, fraile... —se regodeó el príncipe.

—Dios se lo pagará con creces, señor —aseguró el fraile. A continuación cogió a Zolfo de una manga y lo obligó a arrodillarse—. Besa la mano de nuestro protector —le dijo.

Mercurio vio que Zolfo obedecía a su pesar.

«Quizá sea menos idiota de lo que creía», pensó.

—Ahora que sabes quién soy y lo que puedo hacer por tu causa —prosiguió el príncipe— quiero que escuches lo que pretendo de ti para que tu cruzada, que ahora es la mía, logre su objetivo y tenga una gran resonancia.

—Comandante —dijo el hermano Amadeo inclinando la cabeza—, Dios habla por su boca, de forma que este humilde siervo nunca podrá negarle nada.

—Pamplinas —soltó Mercurio sin darse cuenta.

El hombre que estaba al lado de la ventana se volvió de golpe. Mercurio se pegó de nuevo a la pared, pero no fue lo bastante rápido.

—¡Sé quién eres! —gritó el hombre asomándose y tratando de cogerlo.

Mercurio huyó en dirección a Ruga del Vin. Oyó que la puerta se abría detrás de él, pero sabía que les llevaba demasiada ventaja para que pudieran darle alcance. Corrió por la orilla hasta llegar al puente de Rialto y una vez allí se perdió en la multitud. Miró hacia atrás. No vio a nadie, así que se encaminó a toda prisa a la taberna de la Lanterna Rossa.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Benedetta al verlo entrar en la habitación que habían compartido hasta hacía diez días.

Mercurio se quedó de pie en la puerta sin decir palabra. Después la cerró poco a poco.

Benedetta parecía cansada, sus ojeras oscuras resaltaban en su tez de alabastro. El vestido que lucía estaba arrugado. La habitación olía mal.

—Ya sabes lo que me ordenó Scarabello —se justificó, por fin, Mercurio—. Tengo que estar fuera de Venecia por una temporada...

—Siempre hemos estado juntos... —dijo Benedetta.

—Si piensas que me roba tu dinero...

—Yo no he dicho eso —lo atajó secamente Benedetta.

Mercurio asintió con la cabeza, avergonzado. En esos diez días había pensado a menudo en el beso que se habían dado y en el seno cálido y suave de Benedetta.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Benedetta. Su mirada delataba un hondo pesar. Humillación. Y vergüenza por haber sido rechazada. Se rio para ocultar sus sentimientos—. ¿Qué creíste, que lo hice en serio? Eres un crío estúpido.

—Oye... lo siento... Yo...

—Cállate. —Benedetta se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada, como si el asunto le trajese sin cuidado. Miró a Mercurio. Pensó que era guapísimo. Sintió que un nudo le subía del estómago a la garganta, y por un momento temió echarse a llorar. Se rio y se dio una palmada en un muslo—. No se puede bromear contigo, picas siempre el anzuelo como un idiota.

—No, de verdad, Benedetta... Lo siento —repitió Mercurio.

La joven tuvo la certeza de que no iba a poder contener las lágrimas. Se acercó a él y le dio un empujón.

—Vete —dijo. Luego se dirigió a la palangana de agua y fingió que se lavaba la cara.

—He visto a Zolfo —dijo Mercurio apresurándose a cambiar de tema para salir del apuro.

—¿Dónde? —preguntó Benedetta mientras se secaba. Un mechón de pelo, de un tono cobrizo especial, se le rizaba en la frente.

Mercurio pensó que era guapa.

—Tendrás un montón de pretendientes —le dijo.

—¡Vete a la mierda, Mercurio! —soltó Benedetta.

—¿Qué he dicho?

Benedetta lo miró en silencio. Jamás notaría su presencia, aunque se desnudase delante de él. Sintió una punzada en el pecho.

—¿Dónde has visto a ese imbécil?

—Vive con el fraile en la planta baja de una casa, en la calle del Sturion, detrás de Ruga Vechia San Giovanni...

—Ah...

—Lo he visto mientras venía hacia aquí. ¿Sabes quién había ido a verlo?

—¿Quién? —A Benedetta le costaba seguir la conversación como si no le importase nada.

—El príncipe...

Benedetta sintió una punzada en la barriga. Un estremecimiento en la espalda. Pensó en su madre y, una vez más, se sintió sucia.

—El príncipe loco... No recuerdo cómo se llama...

—Contarini —dijo Benedetta en voz baja.

—Ah, sí, Contarini, eso es.

—Rinaldo Contarini... —susurró Benedetta. Se dio media vuelta, se acercó a una caja de madera que había en el suelo, cogió una aguja larga y se recogió el pelo en un moño.

—Están tramando algo —prosiguió Mercurio sin advertir la turbación de Benedetta—. Tenían un bando y decían que eso era lo que se merecían los judíos... pero no lo entendí. El fraile estaba encantado y el tullido le dijo que lo ayudaría. Forman una pareja espantosa... juntos dan miedo.

—¿Dónde has pasado estos días? —preguntó Benedetta a bocajarro.

—Fuera.

—¿Dónde?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Siempre hemos estado juntos.

—Eso ya lo has dicho.

—Vete a la mierda, Mercurio.

—Eso también.

—Somos una pareja.

—¿Qué significa...? —preguntó Mercurio alarmándose.

—Relájate, idiota —dijo Benedetta, que, de nuevo, se había sentido herida—. Somos una pareja de ladrones. ¿Lo has olvidado?

—No...

—Así que debemos estar juntos. Iré dondequiera que vayas.

—No puedes quedarte donde estoy ahora... —dijo Mercurio.

—¿Por qué?

Mercurio nunca había tenido a una persona como Anna.

—Porque no —contestó, pero se arrepintió enseguida de haberle respondido de forma tan seca y añadió—: No obstante, vengo a Venecia todos los días y podemos...

—Sí, ya me han dicho que un idiota va por ahí buscando a Donnola... —dijo Benedetta. Pensó que debería haberse callado, pero no había podido contenerse—. ¿Por qué lo buscas?

—Por nada... —contestó Mercurio—. Oye, Benedetta... estoy tratando de cambiar de vida... o, al menos, eso creo... Quiero decir, en este momento no lo sé, pero... en fin, ¿nunca piensas en eso?

—¿En qué? —preguntó Benedetta a la defensiva.

—En cambiar de vida.

—Yo he cambiado de vida. Primero vivía en Roma y ahora en Venecia. Primero pagaba al gusano de Scavamorto y vivía en una casucha con unos animales que solo pensaban en tocarme el culo y ahora estoy en una taberna de mierda con uno al que le

dan asco mis tetas... —Se detuvo—. Era una broma —aclaró enrojeciendo—. Me refiero a lo último que he dicho.

Mercurio sacó del bolsillo el saquito donde guardaba las monedas de oro que habían ganado en el primer golpe que habían dado juntos. Contó la parte de Benedetta y se la dio.

—¿Te estás desembarazando de mí? —le preguntó Benedetta con descaro, pero sintiendo que le temblaba la voz—. Lo de las tetas era una broma...

—Te estoy dando tu parte...

—¿Te estás desembarazando de mí? —repitió Benedetta.

—No. Trabajaremos siempre juntos —contestó Mercurio. La miró. Sintió que estaba mintiendo—. Al menos, eso espero. Pero quiero cambiar de vida... Quiero tener un proyecto...

—¿Otra vez con esa tontería? ¿Qué os pasa a todos? Zolfo con el cura y tú con esa vieja de mierda...

—No la llares así —dijo Mercurio crispado.

—¿Estás con ella? —preguntó Benedetta.

—No es asunto tuyo.

—De manera que estás en su casa.

—No es asunto tuyo, Benedetta.

—¿Y si quisiera ir yo también?

Mercurio la escrutó, preocupado.

Benedetta se rio.

—Pero ¿quién quiere ir allí? Relájate, idiota —dijo haciendo un esfuerzo para que pareciese que bromeaba—. No obstante, ahora sé dónde te escondes.

Mercurio la miró unos segundos más.

—Tengo que marcharme —dijo acto seguido. Abrió la puerta, salió y bajó la escalera con el corazón encogido. No sabía cómo comportarse con ella. Quizá debería haberla invitado a casa de Anna del Mercato, pero no podía. Se decía que Anna era suya y que no quería compartirla con nadie.

Llegó a la planta baja, cruzó el patio maloliente de la taberna y salió a la calle sin mirar alrededor, abrumado por el sentimiento de culpa.

A cierta distancia, Isacco se tambaleaba en la calle. Caminaba balanceándose, borracho, apoyándose en las paredes de las casas, desconchadas por la salinidad.

Una pareja de caballeros lo miró con desaprobación cuando pasó por su lado. Isacco remedió una reverencia.

—¿Necesitan un médico, señores? —preguntó con la voz pastosa—. Inicié mi breve carrera matando a mi esposa, y ahora he matado también a la puta del capitán Lanzafame. Por eso, si necesitan que mate a sus esposas solo tienen que contratar mis

servicios. —Se rio sin poder evitarlo a la vez que trataba de hacer una segunda reverencia, y cayó de bruces en el barro—. Soy el médico Matamujeres, a su servicio —gritó mientras los dos caballeros se alejaban de él.

Mercurio lo vio.

—¡Doctor! —exclamó dándole alcance.

Isacco lo miró con los ojos ofuscados por el exceso de vino. El sentimiento de fracaso que le había causado la muerte de Marianna, la mujer de Lanzafame, lo había postrado, lo había sumido en una profunda desesperación. Isacco no recordaba cuántas botellas se había bebido con el capitán; no recordaba cuántas veces se le había tirado encima llorando por la muerte de su mujer, de la que se volvía a acusar; no recordaba que Lanzafame lo había echado de su casa ni que había rodado por la escalera hasta llegar a la planta baja. No recordaba ni sabía por qué le sangraba un labio y le dolía un brazo, por qué tenía los calzones desgarrados en una rodilla y en el culo. Solo recordaba que cuando había vuelto a su casa no había podido soportar la mirada angustiada de Giuditta. Que había empujado a Donnola, quien intentaba retenerlo, y que había escapado, avergonzado por haberse comportado de esa forma.

—¿Qué le ha pasado, doctor? —preguntó Mercurio tratando de levantarlo del suelo.

Isacco lo miró con más atención. Lo centró y, al final, lo reconoció.

—¡Eres el estafador!

—No chille, doctor —dijo Mercurio levantándolo.

Isacco lo miraba asintiendo con la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos. De improviso, le volvió a la mente, aturdida por el vino, la conversación que había mantenido el día anterior con Donnola sobre la tristeza de Giuditta, sobre ese joven, que era la causa de la misma, y que, además, los estaba buscando por toda Venecia. Le agarró el cuello de la casaca temblando.

—Deja en paz a mi hija —le ordenó.

—¿Qué dice, doctor? —preguntó Mercurio maravillado.

—¡No te acerques a mi hija! —gritó Isacco con redoblado vigor.

Un grupo de curiosos los rodeó de inmediato.

—Está borracho, doctor —afirmó Mercurio—. ¿Por qué no puedo acercarme a su hija? Yo...

Isacco levantó un puño, aunque sin sentir el deseo ni tener fuerzas para golpear a Mercurio. Era una simple amenaza, tan débil como él.

—Un judío que pega a un cristiano —dijo uno del grupo de curiosos escandalizado.

—¡Padre, no! —oyeron gritar a sus espaldas.

Mercurio vio a Giuditta y sintió que su corazón se aceleraba. Abrazó a Isacco, protegiéndolo con su cuerpo.

—Detente, doctor, o te meterás en un buen lío —le susurró al oído. Luego se dirigió a los curiosos—. Marchaos, somos amigos, estamos bromeando.

Donnola, que había salido con Giuditta para buscar a Isacco después de que este se hubiera escapado de casa, se apresuró a intervenir. Cogió a Isacco por los hombros y lo sostuvo. Asintió con la cabeza dirigiéndose a Mercurio, como si quisiera darle las gracias.

Pero Mercurio ya no lo miraba y se había vuelto hacia Giuditta. Los ojos de la joven estaban allí, dispuestos a perderse en los suyos.

—¿Por qué? —preguntó Mercurio—. ¿Qué pasa?

Giuditta cabeceó. Todo carecía ya de importancia. Mercurio estaba allí, delante de ella.

—Hace varios días que te estoy buscando... —dijo Mercurio. Dio un paso hacia ella.

Giuditta se sintió aspirada por un remolino. No dejaba de repetirse que él la estaba buscando, como le había prometido. Dio también un paso hacia Mercurio y, por segunda vez, pensó que todo carecía ya de importancia.

—¿Por qué no vuelves a nuestra habitación? —preguntó en ese momento Benedetta abriéndose paso en el grupo de curiosos y cogiendo a Mercurio de un brazo.

La mirada de Giuditta se congeló.

Mercurio miró a Benedetta estupefacto, pero enseguida comprendió. Se volvió hacia Giuditta y vio que la joven estaba retrocediendo con una expresión furibunda en la cara. Lo apuntaba con un dedo tenso y vibrante.

—¿Te diviertes? —preguntó Giuditta con una voz atormentada y rabiosa.

—Giuditta, no...

—¿Cuánto os habéis reído de mí? —prosiguió Giuditta.

Benedetta la miraba desafiante.

—¡Bésala! ¡Bésala otra vez! —gritó Giuditta con el dedo tendido hacia Mercurio—. Lo vi perfectamente. Ella me miraba y se reía. Y a ti también te daba risa, ¿verdad? ¡Qué estúpida soy! —Se dio media vuelta y corrió hacia Isacco—. Vamos, padre —le dijo.

Isacco no acababa de entender lo que estaba sucediendo, pero vio que Giuditta lloraba desconsolada.

—No la busques o te mataré con mis propias manos —dijo a Mercurio con expresión hosca.

—¡Giuditta! —gritó Mercurio.

Pero la joven no se volvió.

Mercurio se quedó clavado en el sitio.

Los curiosos se reían y comentaban la escena como si estuvieran en el teatro. A lo

lejos se oyó el redoble de unos tambores.

Mercurio se volvió de golpe hacia Benedetta.

—Por eso me besaste —le dijo con la voz cargada de odio—. No quiero volver a verte. Me da igual lo que hagas. Te considero muerta. —Escupió al suelo y se abrió paso a empujones entre los curiosos, vociferando—: ¡Se acabó el espectáculo, imbéciles!

Benedetta sentía que todos la miraban. Se dijo que no debía llorar. Se irguió todo lo que pudo, pese a que en realidad deseaba acurrucarse y morir, intentó sonreír haciendo como si nada y, a paso lento, echó a andar por la calle sin rumbo fijo, concentrada en el esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo para no caerse al suelo.

El redoble de tambores se aproximaba.

Se adentró en el laberinto de calles oscuras, encontró un rincón aún más oscuro, se quitó la aguja del pelo y se la clavó en la mano, entre el pulgar y el índice, atravesándola de un lado a otro.

Solo entonces gritó y lloró diciéndose que lo hacía por un dolor del cuerpo, no del alma.

Isacco, Giuditta y Donnola, en cambio, casi habían llegado ya a casa cuando oyeron los tambores, seguidos de la voz, a lo lejos, de un mensajero de su Serenísima que anunciaba algo.

—Lo siento, hija —dijo Isacco parándose—. Lo siento por ti, siento que me hayas visto en estas condiciones, siento que...

Giuditta lo abrazó y estalló en sollozos.

En la esquina de la calle se oyó de nuevo el redoble de los tambores. Luego una voz estentórea dijo: —Hoy, veintinueve de marzo del año del Señor mil quinientos dieciséis, se decreta y ordena que todos los judíos vivan agrupados en las casas que forman el gueto próximo a San Girolamo...

Giuditta e Isacco se miraron atónitos.

—Que no salgan por la noche, libremente. Se decreta y ordena que, tanto en el lado del viejo gueto, donde está el puente pequeño, como en el lado del puente grande se erijan dos puertas, esto es, una en cada lugar. Y se ordena y decreta también que dichas puertas se cierren por la noche a las veinticuatro horas y se abran por la mañana con el primer tañido de la Maragona. Y se establece que las puertas sean vigiladas por cuatro guardias cristianos, que recibirán por ello de los judíos el importe que Nuestro Colegio considere conveniente y acorde con ellos. Y pagarán también dos barcas, con dos hombres cada una, que recorrerán sin cesar los canales que rodean dicha zona...

Giuditta e Isacco permanecieron inmóviles, abrazados, mientras los tambores y el mensajero pasaban por su lado. Dos muchachotes pegaron a una pared el bando que acababan de leer.

—Anselmo del Banco tenía razón... —dijo Giuditta.

—Nos enjaulan —dijo Isacco.

—¿Adónde iré yo ahora? —preguntó Donnola.

En ese mismo instante, mientras vagaba por la ciudad, Benedetta se dio cuenta de que había llegado a la calle del Sturion, donde Mercurio le había dicho que Zolfo vivía con el fraile.

Oía los tambores a lo lejos. Su rítmico redoble retumbaba en toda la ciudad. Hasta el aire de Venecia vibraba.

—Y se erijan dos muros altos a fin de que todas las salidas queden cerradas. Y se tapien las puertas y las ventanas que dan a los canales y más allá de ellos, esto es, hacia el exterior del gueto... —anunciaba un mensajero en Ruga Vechia San Giovanni.

Benedetta recorrió a paso lento la calle del Sturion buscando la casa donde podía vivir Zolfo. Solo le quedaba él, se decía.

Justo cuando pasaba por delante de ella vio que se abría un portón y que una figura torcida salía por él. Sintió un estremecimiento, una sensación de miedo, como si una mano la hubiese agarrado por el pelo y la estuviese hundiendo en lo más negro de su pasado. Sintió una punzada en el abdomen, apretó los muslos y contuvo el aliento. Sintió que el corazón se le paraba en el pecho como un adelanto de la muerte.

Se apretó la herida que se había hecho con la aguja. Los dedos se le mojaron de sangre. Sintió un dolor desgarrador y se dio cuenta de que había encontrado lo que iba buscando. Lo único que podía tener. Se sintió sucia, como deseaba. Se arrodilló delante de la figura torcida.

—Buenas tardes, señor príncipe —dijo inclinando la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó el príncipe Contarini en la penumbra del callejón.

—Su humilde sierva, señor.

—Ah, la virgen —dijo el príncipe escrutando a Benedetta con interés. Alargó una mano y le acarició un mechón de pelo—. Este color... —murmuró sin concluir la frase.

—¡Benedetta! —exclamó Zolfo, que apareció en ese momento cargado con un pesado hatillo—. El hermano Amadeo y yo nos mudamos a casa del príncipe, ¿sabes?

El príncipe Contarini lo miró, sonrió, y después se concentró de nuevo en Benedetta: —También hay sitio para ti— le dijo chasqueando la lengua en la boca como si tuviese delante un plato delicioso.

Entretanto, la barca que transportaba a Mercurio se había arrimado al muelle del pescado haciendo un ruido sordo.

Mercurio saltó fuera de ella con agilidad y se alejó a pie sin dar las gracias al barquero. En el trayecto tampoco había dicho una palabra. Estaba confundido. Benedetta lo había engañado, se repetía una y otra vez. Y Giuditta pensaba que él la había engañado a ella.

Mientras se acercaba a la plaza del Mercado oyó un redoble de tambores. Se desvió y entró en la plaza. Vio que una pequeña multitud se había agrupado para escuchar a un mensajero de la Serenísima. También Isaia Saraval lo escuchaba fuera de su local.

—Hoy, veintinueve de marzo del año del Señor mil quinientos dieciséis, se decreta y ordena que todos los judíos vivan agrupados en las casas que forman el gueto próximo a San Girolamo. Y que no salgan por la noche, libremente. Se decreta y ordena que, tanto en el lado del viejo gueto, donde está el puente pequeño, como en el lado del puente grande se erijan dos puertas, esto es, una en cada lugar. Y se ordena y decreta también que dichas puertas se cierren por la noche a las veinticuatro horas y se abran por la mañana con el primer tañido de la Maragona.

Mercurio escuchaba aturdido. «Ahora sé dónde encontrarte, Giuditta», fue lo primero que pensó. Pero enseguida cayó en la cuenta de que él, más que cualquier otra persona, sabía a qué había sido condenada Giuditta. Porque él también había sido prisionero. En un orfanato. En un cobertizo de las fosas comunes, donde lo encadenaban a un camastro por la noche. En una alcantarilla, pese a que había fingido que la consideraba su casa y que en ella era libre. Sabía demasiado bien lo que esa condena significaba para Giuditta. Sintió una gran pena y un dolor inmenso.

Volvió corriendo al muelle. Lanzó una moneda al barquero y le pidió que lo llevara más allá de San Marco, donde estaban amarradas las innumerables galeras que surcaban los mares del mundo. Le dijo al barquero que remara alrededor de cada una de ellas. Aún no sabía a ciencia cierta por qué lo hacía, pero respiró los olores que emanaban de ellas, miró sus costados imponentes, alargó la nariz hasta lo alto de sus palos, se imaginó a los remos lanzándose contra las olas y las velas hinchadas al viento. Y solo cuando se sintió completamente embriagado por esas imágenes le dijo al barquero que lo llevara a Mestre.

Mientras volvían por la vía del agua comprendió por qué había querido ver los barcos.

—Te sacaré de aquí, Giuditta —dijo.

—¿Qué? —preguntó el barquero.

Mercurio no contestó. Sonreía a la luna que se alzaba en el cielo.

Corrió a casa de Anna del Mercato, la despertó y le dijo excitado: —Quiero ser libre. Eso es lo que quiero.

Anna del Mercato se restregó los ojos. Se incorporó y encendió una vela.

—Repítemelo, pero habla más lento, que mi vieja cabeza no logra correr detrás de

la de un joven.

—Quiero tener un barco —dijo Mercurio—. Un barco que sea todo mío. Y quiero viajar por el mar hasta llegar al Nuevo Mundo. Y quiero... —Cerró los ojos—. Quiero encontrar un lugar donde todos sean libres y donde Giuditta lo pueda ser también —soltó de un tirón.

Anna del Mercato lo miraba conmovida. Le parecía sentir el entusiasmo del joven como se siente en la cara el viento de levante cuando sopla desde el mar.

—¿Esto es un proyecto? —le preguntó Mercurio con los ojos desmesuradamente abiertos, como un niño.

—Ven aquí y dame un abrazo —le dijo Anna. Cuando lo sintió entre sus brazos se avergonzó, porque pensaba, sin poder evitarlo, que si Mercurio realizaba su sueño ella lo perdería para siempre.

—¿Esto es un proyecto? —le preguntó una vez más Mercurio.

—Sí, es un proyecto espléndido, niño mío...

Mercurio se pegó aún más al pecho de la mujer.

—¿Y tú vendrás conmigo y con Giuditta?

Al oírlo, Anna se echó a llorar.

Segunda parte

Venecia – Mestre – Rímini

—¡Cierra! —ordenó una voz.

Las bisagras chirriaron. Los dos portones chocaron emitiendo un ruido sordo. Se oyeron rechinar las barras, hierro contra hierro.

—¡Cerrado! —dijo una voz.

—¡Cerrado! —repitió otra.

A continuación se hizo silencio.

La comunidad judía se había reunido al completo en el *campo* del gueto nuevo. Nadie se había quedado en casa. No habían obedecido a un proyecto, o a un plan. Simplemente se habían reunido todos en el *campo*. Y todos tenían la misma expresión de asombro pintada en el rostro.

Por primera vez en sus vidas los iban a encerrar. Era la primera noche.

En el silencio que siguió al cierre de los dos portones nadie sabía qué hacer. Nadie se movía. Los ojos de todos estaban clavados en los portones cerrados a cal y canto desde el exterior.

—Como gallinas en un gallinero —dijo de improviso una vieja con una voz ronca—. Es repugnante.

En el silencio, todos la oyeron.

—Podías haber encontrado otro ejemplo —le dijo un hombre que estaba a su lado.

Todos lo oyeron también a él.

—Como un puñado de chinches en una petaca —dijo entonces la vieja—. Como una tribu de escarabajos en un orinal. ¿Sigo?

—No —respondió otra voz.

El silencio se instaló de nuevo en el *campo*.

En ese momento, el tonto de la comunidad, un muchachito con la boca perennemente abierta y un chorro de baba que le llegaba al mentón, empezó a entonar con su desagradable voz una vieja nana que se cantaba a los niños por la noche para que se durmiesen: —En la oscuridad hay una luz... y en ella, dentro de ti... cierra los ojos y la verás...

Una niña de unos cinco o seis años que se estaba restregando los ojos muerta de sueño alargó una manita y se la dio al tonto.

—Cierra los ojos y la verás... es la luz del ángel que vela por ti... es la luz de mañana...

Conmovido, el padre del tonto cogió la otra mano de su hijo y se la estrechó. Y la madre cogió la mano de su marido y apoyó la cabeza en un hombro.

—Canta, hijo mío —dijo quedamente.

—Es la luz de mañana... que será tu día, tesoro... porque la oscuridad ya es luz

dentro de ti...

—Porque la oscuridad ya es luz dentro de mí... —repitieron los niños en el *campo* del gueto nuevo, como imponía la canción.

Y sus padres los acariciaron y los cogieron de la mano mientras el tonto concluía la canción: —Porque la oscuridad ya es luz dentro de nosotros... porque el cordero ha encontrado de nuevo a su rebaño... Duerme, amor mío, duerme... no tengas miedo, ángel mío... porque en la luz no hay miedo.

Una a una, en silencio, en el nuevo silencio, todas las personas de la comunidad se cogieron de las manos, sin importar quién estaba a su lado y sin apartar la mirada de los portones cerrados, y formaron una cadena que no tenía ni principio ni fin.

Entonces la voz del rabino se alzó, seria y emocionada: —Mañana al amanecer, cuando abran las puertas, seremos de nuevo una multitud. Pero esta noche somos uno solo.

—*Amén Sela* —respondieron todos a coro a la oración, que nunca habían pronunciado hasta entonces.

Se hizo un nuevo silencio.

En ese momento, al otro lado del muro, una voz gritó:

—¡Te sacaré de ahí, Giuditta! ¡Te sacaré de ahí, te lo juro!

Todas las mujeres, las jóvenes e incluso las niñas que se llamaban así se preguntaron de quién sería la voz y las más vanidosas esperaron que fuera para ellas, pese a que solo Giuditta di Negroponte reconoció a Mercurio. Al hacerlo sintió una profunda emoción, como si la voz removiese algo en sus entrañas contra su voluntad y pese a que se había jurado a sí misma que no pensaría más en ello.

Su padre, Isacco, se volvió para mirarla.

Giuditta enrojeció.

—Entremos en casa —dijo furibundo—. Tengo frío.

En un instante, dos guardias que iban a bordo de una de las barcas que daban vueltas alrededor del gueto judío, tras encontrar una palanca que, a modo de puente, unía la orilla de un angosto río con el muro de ladrillos rojos recién construido, divisaron una figura oscura en lo alto de uno de ellos.

—¡Baja de ahí! —gritó uno de los guardias mientras el otro cargaba su ballesta.

Mercurio alzó las manos en señal de rendición y bajó del muro.

Uno de los guardias lo agarró con malos modos y lo zarandeó hasta hacerlo caer en el fondo viscoso de la barca.

—¿Qué creías que estabas haciendo, idiota? —gruñó. A continuación ordenó con un ademán a su compañero que se sentara a los remos, hasta que atracaron en el muelle de los Ormesini.

Una pequeña multitud de cristianos curiosos se apiñaba hasta las blancas piedras de Istria, cuadradas, que delimitaban los muelles del canal San Girolamo, justo

delante del *campo* del Gheto Nuovo. Tampoco ellos podían apartar la mirada del portón cerrado. Incluso los que decían que detestaban a los judíos parecían estupefactos, como si jamás hubieran creído que se pudiera llegar a tanto.

—Dios misericordioso —dijo una mujer que llevaba de la mano a su nieta haciéndose la señal de la cruz—, los hemos enjaulado.

El guardia bajó de la barca y se abrió paso entre la gente arrastrando a Mercurio hasta llegar a una humilde casa de color rojizo. Abrió la puerta y lo hizo entrar en una habitación de techo bajo y oprimente. En el aire flotaba un olor rancio a vino. El guardia empujó a Mercurio hacia delante.

—Hemos detenido a este muchacho que gritaba que quería ayudar a una joven, capitán. Puede que sea judío —explicó.

El capitán alzó la mirada del vaso de vino que tenía delante. Tuvo que hacer un esfuerzo para enfocar al prisionero. Cuando lo logró su rostro enfurruñado se iluminó y soltó una carcajada.

—¡Mediocura! —exclamó.

Mercurio miraba al capitán Lanzafame sonriendo.

—Déjanos solos, Serravalle —ordenó el capitán al guardia.

El guardia asintió con la cabeza, salió de la habitación y cerró la puerta.

—Siéntate, mediocura —dijo Lanzafame, que se había puesto de buen humor, señalándole un taburete de tres patas que había delante de la mesa—. Bebe conmigo —dijo alargándole la botella.

—No, gracias, no bebo.

—Beberás conmigo por educación, muchacho.

Mercurio se llevó la botella a los labios y la inclinó hacia arriba haciendo amago de beber, pero la tapó con la punta de la lengua para que el vino no cayera. Fingió tragar y luego devolvió la botella al capitán.

Lanzafame lo miró risueño.

—Yo hacía lo mismo cuando era niño y mi padre me obligaba a beber —dijo el capitán con melancolía—. Ojalá hubiera seguido haciéndolo.

—Se equivoca, capitán, yo he beb...

—¡Mediocura! —lo interrumpió Lanzafame dando un puñetazo a la mesa—. Acepto que no bebas. Hasta he sonreído, pero no me lo pagues tomándome el pelo, porque podría cabrearme.

—Disculpe —dijo Mercurio mirando al suelo.

—Así está mejor —dijo el capitán Lanzafame antes de coger de nuevo la botella y apurarla—. ¡Serravalle! —gritó.

El guardia se asomó a la habitación. Tenía el pelo largo y castaño, que se ensortijaba alrededor de su cara redonda, alargada por una barba de chivo. Sus ojos claros y vivaces sabían lo que quería el capitán. Abrió el armario que estaba a la

izquierda de la puerta, cogió una botella y la abrió con su navaja. Luego se retiró.

—Era un buen soldado. Uno de los mejores, y ahora se dedica a vigilar a los judíos —rezongó Lanzafame con una punta de rabia en la voz. Miró fijamente a Mercurio con ojos extraviados.

—No sabía que era usted el comandante del pelotón —dijo Mercurio para romper el silencio.

—¿Pelotón? —Lanzafame lo enfocó de nuevo—. Los *cattaveri* también lo llaman así. Ocho hombres en total, cuatro a pie y cuatro en barca no forman un pelotón. Además, ningún pelotón vigilaría un grupo de judíos desarmados. ¿Para qué? ¿Para impedir que salgan por la noche? —Lanzafame bebió un sorbo de la nueva botella—. Por la mañana abrimos los portones y los presuntos prisioneros van libremente a donde quieren... Los cristianos entran en el *campo* y les piden dinero en préstamo o negocian con ellos... ¿Sabes lo que significa eso? Una sola cosa. Que los cristianos tienen miedo de la noche, muchacho. Igual que los niños. Esta payasada no durará mucho.

Mercurio asintió con la cabeza sin saber qué decir.

—¿Dónde has metido la sotana? —le preguntó el capitán.

—La perdí.

—Bueno, Dios no se enojará conmigo si digo que no lo lamento. Siempre pensé que era una pena que fueras cura. Y ahora ¿qué haces?

—Quiero ser propietario de un barco —dijo con énfasis Mercurio.

—De mediocura a medioidiota, no es, lo que se dice, un gran paso adelante —comentó Lanzafame riéndose.

Mercurio, en cambio, permaneció serio. Impasible.

—Un día tendré un barco.

A Lanzafame le impresionó la fuerza que emanaba del joven. Una fuerza que, era consciente, él había perdido ya.

—Es algo tan estúpido y absurdo —dijo sintiendo una mezcla de rabia y sarcasmo, de humillación y nostalgia que ya no era capaz de ser— que, te lo juro aquí mismo, si lo logras, te escoltaré sin pedirte una sola moneda a cambio.

—Le tomo la palabra —lo desafió Mercurio.

Lanzafame lo miró con la decepción y la debilidad que el vino estaba causando en su alma. Después se sobrepuso.

—¿Quién es la chica a la que quieres ayudar a escapar?

—No la conoce —contestó Mercurio con una vaguedad intencionada.

—¿Y tú cómo coño sabes a quién conozco y a quién no, muchacho?

Mercurio calló.

—¿No será la hija del médico?

—¿Qué médico?

—Estás empezando a caerme gordo, muchacho. —Lanzafame se inclinó sobre la mesa y tocó el pecho de Mercurio con un dedo—. Y eso no es bueno para ti. Ya estoy hasta los huevos de estar aquí. Hace menos de un año era uno de los héroes de Marignano y ahora me veo obligado a hacer de vigilante nocturno para sobrevivir. Comprenderás que mi humor no sea de los mejores.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Sí, es ella.

Lanzafame exhaló un suspiro.

—El muchachito que iba contigo ahora acompaña al fraile predicador que está pervirtiendo últimamente a Venecia. Menuda pareja de imbéciles —dijo cambiando de tema.

—Pues sí.

—¿No debías entregarlo con la chica a un pez gordo de la Iglesia?

—Debía, sí...

Lanzafame asintió.

—Pero el pez gordo no existía y por eso...

Mercurio sonrió. Lanzafame también.

—¿Y qué ha sido de ella?

—No lo sé. Nos hemos perdido de vista.

—Lástima. Es muy guapa.

—Si la veo le diré que venga a visitarlo.

—Soy demasiado viejo para ella. Te conviene a ti. Además, es cristiana, no judía —dijo Lanzafame—. Todo mucho más sencillo, ¿no te parece?

—No estoy hecho para las cosas sencillas —contestó Mercurio encogiéndose de hombros.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Serravalle retumbó fuera de la ventana que daba a la habitación—. ¡Vete!

Lanzafame se volvió y preguntó alzando la voz:

—¿Quién es, Serravalle?

—Nadie, señor —contestó Serravalle—. Una joven.

Lanzafame miró a Mercurio.

—Puede que sea tu novia, la cristiana.

—No es mi novia —replicó Mercurio.

—Bueno, da igual. Antes me pareció verla dando vueltas por aquí...

—Eso es imposible —lo interrumpió Mercurio.

Lanzafame lo miró atónito.

—¿Por qué dices que es imposible?

Mercurio pensó que solo lo había dicho porque la idea no le gustaba. Benedetta le había causado ya demasiados problemas.

—No lo sé —dijo inclinando la cabeza—. He dicho una tontería. —Miró a Lanzafame—. Sea como sea, ella no me interesa y, menos aún, las cosas sencillas.

—Quizá deberías empezar a aficionarte a ellas, al menos mientras siga aquí de guardia —replicó Lanzafame con dureza—. Pese a que esto es una payasada y no me gusta, cumplo siempre con mi deber, recuérdalo. Que no te vuelvan a pillar. Y no metas extrañas ideas en la cabeza a la joven judía. Si la capturan por ahí de noche se meterá en un buen lío. —Miró a Mercurio en silencio.

Mercurio apenas podía reconocer al hombre que había visto montado a caballo y luciendo la armadura y las insignias bélicas. Ya no veía la mirada orgullosa del guerrero que tanto lo había fascinado, y sintió una gran pena.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Lanzafame bebió con rabia un sorbo y se puso en pie tambaleándose.

—Ahora vete, muchacho. Sigue tu camino, que yo tengo cosas que hacer. —Se dirigió hacia la puerta, la abrió y con un ademán ordenó a Mercurio que se marchase—. Deja que se vaya, Serravalle —dijo a su hombre—, y tú vuelve a la barca.

—Sí, señor —dijo Serravalle. Agarró a Mercurio por un brazo y lo empujó hasta la orilla de los Ormesini. Cogió una piedra y dijo—: Vete, desgraciado.

Cuando Mercurio se hubo ido el capitán Lanzafame bebió otro sorbo, cogió un cubilete de hueso y unos dados, y salió. Se dirigió al portón del gueto. Hizo una señal a los guardias para que le abriesen y entró.

Isacco lo estaba esperando en el interior.

—Buenas noches, doctor —dijo Lanzafame.

—Buenas noches, capitán —contestó Isacco sonriendo.

—¿Jugamos?

—¿Qué pensarán de usted si lo ven en compañía de un judío?

—¿Qué pensarán de usted si lo ven en compañía de un *goy*?

Los dos amigos se sentaron en el suelo apoyando la espalda en la pared. A continuación el capitán lanzó los dados hacia el portón.

—¿Sabes a quién he visto esta noche? —dijo Lanzafame.

—¿Tengo que fingir que no lo sé? —contestó Isacco cabeceando.

—¿Por qué? ¿Lo sabes?

—Gritó esas tonterías a pleno pulmón.

Lanzafame se rio.

—Es simpático, ¿verdad?

—Si no fuese el padre de Giuditta me parecería más simpático.

—Ya. —Lanzafame asintió—. Te toca a ti, tira.

Isacco hizo girar los dados en el cubilete de hueso y luego los lanzó hacia el portón.

—Esta payasada terminará pronto, doctor —dijo Lanzafame.

—Puede que, visto desde fuera, parezca una payasada, capitán. Pero aquí dentro no lo consideramos igual. Créame.

Lanzafame calló durante unos segundos.

—Acabará pronto —insistió.

—Ni siquiera debería haber empezado —dijo Isacco en tono sombrío.

Lanzafame recogió los dados y los lanzó distraídamente. Después pasó el cubilete a Isacco, que hizo lo mismo con idéntica distracción. Mientras contaba los puntos de Isacco, cogió un collar fino, carente de valor, y pasó por encima el pulgar.

Isacco lo reconoció.

—Es de Marianna, ¿verdad? —preguntó.

Lanzafame metió los dados en el cubilete, pero no los tiró. Se quedó parado desgranando el collar como si fuera un rosario.

—No volveré a ejercer como médico —afirmó Isacco.

—Te equivocas.

—Capitán, no soy médico. Soy un estafador...

—Todos los médicos lo son —bromeó Lanzafame.

—Hablo en serio. No soy trigo limpio.

—Isacco, escucha. —Lanzafame dejó el cubilete de los dados y cogió a Isacco por el cuello de la camisa—. No soy un confesor y tú, en todo caso, no eres cristiano. Por eso no tiene ningún sentido que te confieses conmigo y aún menos que yo te escuche. —Soltó la presa—. Sé quién eres. El resto me da igual —dijo de manera expeditiva y miró de nuevo el collar.

—¿La echa de menos? —susurró Isacco.

—Como el aire —contestó Lanzafame sin alzar los ojos—. Nunca se lo dije ni me lo dije.

—Hay personas que se nos meten por la piel.

Lanzafame se volvió a mirarlo. Tenía los ojos velados por el vino y las lágrimas.

—¿Tu mujer se metió por tu piel?

—Sí —Isacco exhaló un suspiro—, y no volvió a salir.

—Juega, doctor —dijo Lanzafame agitándose—. No me gusta que nos pongamos nostálgicos.

Isacco tiró, pero ninguno de los dos cogió los dados.

—Puede que tu hija Giuditta haya entrado dentro de la piel de ese joven —insinuó Lanzafame.

Isacco se encogió de hombros.

—Peor para él.

—O afortunado él —dijo Lanzafame—. Nosotros hemos perdido a nuestras mujeres, él la acaba de encontrar.

—¿Quiere jugar o hablar, capitán? —estalló Isacco.

Lanzafame lanzó los dados asintiendo con la cabeza, pensativo.

—Ese joven es un camorrista.

—No me cabe ninguna duda —masculló Isacco.

Lanzafame le dio una palmada en un hombro.

—No obstante, reconoce que le tienes simpatía.

Isacco se levantó.

—Puede fingir que no lo sabe, pero soy un estafador —dijo seriamente—. Me marché de la isla de Negroponte, porque todos sabían ya quién era. Además, Giuditta nunca habría tenido un futuro allí: nadie se casa con la hija de un estafador, salvo otro estafador. Vine para ofrecerle una oportunidad. Por eso, que me parta un rayo si permito que ese timador de pacotilla se acerque a ella después de todas las millas que hemos recorrido.

—Sería una bonita broma del destino, ¿verdad? —dijo Lanzafame riéndose.

—Haga su trabajo, capitán. Procure que ningún judío peligroso se dedique a devorar niños cristianos —dijo Isacco con la cara roja como un tomate—. Me voy a dormir.

Lanzafame se rio aún más fuerte. Esperó a que Isacco cruzase el *campo* del Gheto Nuovo. Vio que desaparecía bajo el pórtico donde se encontraba la casa de empeños de Asher Meshullam y que luego entraba por una puertecita estrecha. Miró hacia arriba. En el cuarto piso una vela temblaba detrás de una ventana. Se imaginó a una joven judía pensando en un joven cristiano. Su corazón se enterneció y sintió un doloroso vacío en el alma. Ordenó a los guardias que abrieran el portón y volvió a toda prisa a su botella de malvasía.

Benedetta corría por las calles estrechas con los ojos anegados en lágrimas. Chocó con un hombre, tropezó, cayó. Sintió una punzada en la rodilla al mismo tiempo que se ponía de pie y le decía algo a voz en grito. Vio que el vestido se le había desgarrado. Echó de nuevo a correr, como un rayo, porque temía que si se paraba se ahogaría en sus lágrimas.

Hacía más de dos semanas que Mercurio había desaparecido. Benedetta había permanecido en la fonda abrigando la absurda esperanza de que su amigo volviera. Pero Mercurio no había vuelto a dar señales de vida. Benedetta había pensado en ir a casa de Anna del Mercato, pero luego había pensado que no iba a poder soportar un segundo rechazo. Quizás era demasiado orgullosa, se había dicho. O estaba demasiado asustada. O demasiado débil. Jamás había estado tan sola. De manera que no se había movido del jergón de la fonda, dejando que las ladillas la comieran.

Pero esa mañana, en el duermevela, había oído a los pregoneros en la calle gritando que había llegado el día en que la orden de la Serenísima sobre los judíos se iba a ejecutar. Esa noche, cuando sonase la Marangona de San Marcos, los encerrarían. Entonces había decidido ir a ver qué pasaba, movida por el oculto deseo de sufrir que forma parte de la trama de cualquier historia de amor. De manera inconsciente quería ver si Mercurio también estaba allí.

Sin embargo, no estaba preparada para lo que había sucedido después. Para lo que había oído. Había reconocido enseguida la voz de Mercurio. Cuando le había gritado a Giuditta con gran pasión que la sacaría de allí Benedetta había creído que se moría. Había huido, destrozada por el dolor, por la humillación, y por el odio que sentía hacia la joven judía. Pero después se había parado y había regresado, había vuelto al río del que había oído llegar la voz de Mercurio. Quería verlo. No le había bastado lo que había oído. Sabía que el dolor se acrecentaría, pero había vuelto de todas formas, y cuando lo habían llevado a rastras a la caseta de los guardias Benedetta se había acercado a una ventana lateral y había escuchado a hurtadillas la conversación entre él y Lanzafame hasta que la habían descubierto y la habían echado de allí.

Ahora Benedetta corría bajo los pórticos que conducían al *campo* San Bartolomeo.

Mercurio la había liquidado definiéndola «una cosa sencilla». Lo había oído. No contaba nada para él. Nada. Era como si ella no existiese para Mercurio.

Mientras se refugiaba de nuevo en la fonda, subía los peldaños de dos en dos y se echaba en el jergón que pululaba de chinches, pensó que no acababa de entender si sufría por amor o por orgullo. De una cosa, sin embargo, estaba segura: sentía una envidia desgarradora por la joven judía que lo tenía todo sin haber hecho nada para conseguirlo.

—¡No te lo mereces, puta! —gritó antes de estallar en sollozos hundiendo la cabeza en la almohada de salvado.

Esa noche le costó conciliar el sueño. Trataba de pensar en las hermosas facciones de Mercurio, como si quisiese torturarse aún más, pero el rostro de su amigo se desenfocaba en su mente. En cambio, la cara de Giuditta volvía una y otra vez. Benedetta sacudía la cabeza intentando borrar la imagen de su rival como si estuviese espantando un abejorro. Después, al rostro de Giuditta se unió, alternándose, al de su madre. Y cuando se durmió su madre le sugirió qué hacer.

Al amanecer entró en un baño público que estaba detrás de Rialto y se lavó como no lo había hecho en varias semanas. Se hizo quitar las chinches y los piojos, se aplicó un ungüento de lavanda en el cuerpo y se frotó los dientes con un emplaste de menta y cedro.

A continuación fue a una carnicería y compró lo que necesitaba.

Había tomado la decisión.

Llegó al muelle de las góndolas y dio una dirección.

Cuando bajó de la góndola Benedetta sintió un nudo en la garganta.

Miró el Canal Grande como si lo viese por primera vez, después se volvió hacia el palacio que la esperaba. Alzó la mirada hacia los tres pisos, finamente diseñados, resaltados por unas columnas ligeras de mármol que se retorcían en parejas, similares a unos signos de puntuación blancos en la fachada de mármol verde y amarillo veteado de negro. Las ventanas tenían los cristales de colores, emplomados. En el balconcito del piso noble se veía una gran cortina de tela con rayas de color dorado y púrpura, sostenida por cuatro largos bastones negros, lacados, brillantes, y decorados con unas cabezas de leones con unas melenas doradas.

Iría hasta el final, pensó Benedetta.

Un criado con una librea verde esmeralda y unas mallas amarillas se inclinó con deferencia cuando Benedetta entró.

—Su Excelencia ha dicho que la acompañemos a sus habitaciones —dijo pomposamente, y la guio al interior del palacio.

A derecha e izquierda, al patio en penumbra se abrían unas grandes habitaciones que recogían la luz del día y la reflejaban multiplicada a través de las lentes deformantes de los cristales soplados de las amplias ventanas. Al fondo del patio había un ventanal, encajonado en unos montantes de hierro forjado, que daba a un jardín bien cuidado con unos setos de boj que se perseguían, similares a las paredes de un laberinto. En el centro, una fuente obscena representaba a una mujer medio desnuda que se apretaba los senos con las manos, de cuyos pezones manaba el agua que ofrecía al angelito que estaba delante de ella con los brazos en alto.

Benedetta sintió un escalofrío en la espalda cuando notó que el angelito de la fuente tenía un brazo normal y el otro entumecido, con la manita como si estuviese

contraída en un espasmo.

Subió detrás del criado por la amplia escalinata en forma de espiral que había en el corazón del palacio. Llegaron al primer piso y cruzaron una amplia puerta de dos hojas, de nogal claro, color miel, y coronada por un santo esculpido en el granito claro que dispensaba una bendición. Desde allí se accedía directamente a la galería, desmesurada y luminosa, con cinco puertas acristaladas que daban al Canal Grande, y otra, especular, en la parte opuesta, la que daba al jardín. Las paredes de la galería estaban totalmente cubiertas de cuadros y tapices, desde la altura de los ojos hasta el techo de casetones adornados con fantasías florales. En el suelo había varias alfombras de gran valor. Y, un poco por todas partes, obedeciendo a un esquema geométrico que Benedetta no alcanzaba a descifrar, sillones, sofás, sillas y cojines de estilo oriental.

Varios hombres del dueño de la casa y perros, un sinfín de perros de todos los tamaños, estaban echados de cualquier manera en los sillones y en los sofás. Y tanto los perros como los hombres tenían aire aburrido. En la habitación flotaba un olor penetrante y molesto. En una alfombra clara, justo en el centro de la galería, había un gran excremento de perro al que nadie prestaba atención.

Benedetta se sorprendió de que no hubiese ninguna mujer.

Un par de perros y de hombres la miraron. Uno de los animales ladró perezosamente y uno de los hombres le lanzó un beso.

—Por aquí, sígame —dijo el criado. Tras cruzar la galería abrió una puerta y le señaló una habitación.

Apenas Benedetta entró, el criado cerró la puerta y echó de nuevo a andar delante de ella guiándola por un laberinto de cuartos y cuartitos cada vez más oscuros. Al final se detuvieron frente a una gran puerta de dos hojas tapizada con una tela adamascada y flanqueada por dos candelabros encendidos, con una docena de velas cada uno, que goteaban lágrimas de cera en el suelo de madera. El criado se hizo a un lado, abrió una hoja y con un ademán invitó a entrar a Benedetta.

—Su Excelencia se reunirá con usted apenas se ponga cómodo —dijo.

Benedetta entró en la habitación. Cuando la puerta se cerró a su espalda se sobresaltó. Se sintió desesperada al oír, después, que el criado daba dos vueltas a la llave. Pero hizo un esfuerzo para sobreponerse.

«Sabes de sobra a qué has venido», se dijo respirando hondo.

Cuando se había quedado inmóvil en el jergón de la fonda, a medida que el dolor del silencio que reinaba en su interior se había ido haciendo insoportable y mientras comprendía que si se quedaba tumbada allí el odio que sentía hacia Giuditta la consumiría y le devoraría hasta los huesos, peor que las chinches, Benedetta había decidido aceptar la invitación que le habían hecho el día en que Mercurio la había abandonado. Se lo había susurrado al oído la voz de su madre. Porque su madre la

conocía mejor que nadie. Porque su madre sabía quién era ella en realidad. Porque su madre le había sugerido un camino.

«Sabes de sobra a qué has venido», se repitió.

Su vista se había acostumbrado a la penumbra. Se encontraba en una especie de antecámara, sofocante, oscura y pintada de negro. Delante de ella, la luz se filtraba a través de una pesada cortina. Se acercó a ella y la describió. Al hacerlo vio una habitación inmensa, de color azul claro y dorado, luminosa y resplandeciente. Esencial. De una elegancia que Benedetta no acababa de comprender, porque era, ante todo, sobria. En el centro de la misma había una sencilla mesa, con las patas ligeramente torneadas, sutiles y también doradas. Su superficie estaba abarrotada de libros encuadernados en piel y de hojas de pergamino. Bajo ella había una alfombra azul y dorada, como el resto de la habitación. En un rincón semicircular había una alcoba dorada con unas columnas finamente taraceadas en los cuatro cantos que sostenían una gasa casi transparente, bordada con hilos de oro. La cama estaba cubierta por una colcha de seda azul con finas rayas doradas y blancas. Y, en el centro, bordado a mano, se veía el blasón de la familia. En las dos chimeneas idénticas, colocadas una frente a la otra, chisporroteaban unos troncos de madera de roble. Un aroma ligero, a jazmín, flotaba en el ambiente. No había cuadros en las paredes. Benedetta alzó los ojos al techo. El fresco que lo decoraba representaba un cielo con unas nubes blancas vaporosas y una joven pelirroja, vestida de blanco, cuya tez era tan clara como la túnica que lucía. La joven se balanceaba en un columpio, sonriente.

Mientras miraba el fresco Benedetta oyó una voz chillona, familiar, que decía: — ¿Te reconoces?

Benedetta se volvió, pero no vio a nadie.

Se oyó una risa difusa, luego la voz volvió a hablar:

—Aún no puedes reconocerte, ¿verdad?

Benedetta trató de comprender de dónde procedía.

—Hay una pequeña puerta a la derecha de la cama. Ábrela.

Benedetta obedeció. Al abrir la hoja vio una larga túnica inmaculada.

—Póntela —dijo la voz chillona.

Benedetta miró alrededor.

—Desnúdate y póntela —repitió la voz—. Quiero ver cómo lo haces.

Benedetta sintió que el nudo que sentía en la garganta se endurecía. «Sabes de sobra a qué has venido», volvió a pensar. Se metió una mano en el bolsillo de su modesto vestido. Palpó lo que había preparado para la ocasión. Respiró hondo.

—Tengo que orinar —dijo sin moverse.

En la habitación se hizo un largo silencio.

Después la voz volvió a hablar, más estridente, delatando irritación: —¿No podías

haberlo hecho antes?

—Disculpe, señor —dijo Benedetta, sumisa.

Se produjo otro largo silencio.

—Debajo de la cama hay un orinal...

Benedetta se sobresaltó. No podía hacer lo que pretendía bajo la mirada del dueño de la casa.

—Pero no lo estropees todo. Mea en la antecámara, donde no pueda verte. ¡Deprisa!

Benedetta exhaló un suspiro de alivio. Se arrodilló a los pies de la cama, alargó una mano y cogió un orinal de metal lacado. Fue a la antecámara negra que estaba al otro lado de la cortina, se levantó la falda, cogió lo que llevaba en el bolsillo, se humedeció la entrepierna y lo metió, bastante hondo, aunque no demasiado, procurando no romperlo. Sin embargo, luego vio que el orinal estaba vacío. Cualquiera se daría cuenta de que no había orinado. Así que lo hizo rodar ruidosamente por el suelo, después apartó las cortinas y volvió a la habitación azul y dorada.

—Lo siento, señor, he volcado el orinal... —dijo.

—¡Me da igual! —La voz estaba crispada.

Benedetta inclinó la cabeza.

Se produjo un nuevo y prolongado silencio. Luego la voz, tras haber recuperado la calma, habló: —Desnúdate. Tira ese vestido espantoso bajo la cama, que no lo vea, y ponte la túnica.

Benedetta empezó a desnudarse.

—Lentamente —ordenó la voz—. Un botón a la vez... una prenda a la vez...

Benedetta desabrochó poco a poco los botones del corsé y se lo quitó con lentitud. Repitió la operación con el pichi hasta que se quedó completamente desnuda. Hizo ademán de ponerse la túnica.

—¡No! —la detuvo la voz—. ¡Haz desaparecer tu ropa!

Benedetta la recogió y la amontonó bajo la cama.

—Muy bien. Ahora ponte la túnica.

Benedetta cogió la prenda y se la puso. Era de seda. Tan suave que le causó un escalofrío, semejante a una caricia invisible.

—Eso es —dijo la voz chillona—. ¿Te reconoces ahora?

Benedetta no entendía qué significaba todo aquello.

La voz se rio quedamente.

Mira hacia arriba.

Benedetta alzó los ojos al techo y se dio cuenta de que estaba vestida como la joven del columpio. Además tenía el mismo color de pelo, y una tez de alabastro idéntica.

—Sí... ahora te reconoces —susurró complacida la voz.

Una puertecita, mimetizada en la pared, se abrió.

El príncipe Contarini entró en la habitación balanceándose, con una pierna más corta que la otra, el brazo entumecido extendido para mantener el equilibrio, y el hombro izquierdo hinchado por la joroba. Iba vestido de blanco de pies a cabeza, incluidos los zapatos, que eran ligeros, escotados y adornados con una sencilla hebilla de oro, al igual que los botones de la casaca ceñida, hecha a medida, con dos mangas de longitud diferente para disimular su defecto.

Benedetta sintió la tentación de escapar, pero las piernas se le habían quedado petrificadas. Miraba al espantoso príncipe que avanzaba hacia ella.

El príncipe le cogió una mano y la guio a la alcoba. La hizo tumbarse en el centro de la cama y le cruzó los brazos en el pecho, como si fuese un difunto. Le sonrió con sus dientes puntiagudos, la miró con sus ojos crueles y fríos. Le puso una corona de jazmín en las manos. Después se dirigió a los pies de la cama, le abrió las piernas y le separó los bordes de la túnica, que no estaban cosidos sino que se cruzaban por delante como si fuese una falda cruzada. Destapó las piernas de Benedetta. Luego las caderas y la barriga. Observó con aire serio el tupido vello rojizo, sin tocarla, con la cabeza ligeramente ladeada. Olfateó el aire.

—Aprecio que te hayas lavado —dijo.

—Gracias, señor —respondió Benedetta sintiéndose estúpida.

—Espero que sea verdad lo que me has dicho —añadió el príncipe con su voz chillona, que se iba tornando ronca debido a la excitación.

—Soy virgen, excelencia —mintió Benedetta.

El príncipe Contarini sonrió.

—No será difícil comprobarlo —dijo—. Tendremos la señal, o no. A partir de ese momento se aclarará tu destino.

Benedetta cerró los ojos.

—No —dijo el príncipe deforme desabrochándose las mallas blancas por delante, donde ya se estaba hinchando—, mira hacia arriba. Mira a la hermosa muchacha a la que te pareces sin merecerlo. ¿Sabes quién era?

—No, señor...

—Mi querida hermana —explicó el príncipe Contarini subiendo a la cama—. Ella tan perfecta y yo tan imperfecto...

Benedetta sintió que la mano del príncipe guiaba su miembro hacia ella.

—Ella todo y yo nada...

Benedetta no apartaba los ojos de la joven del columpio.

—Ella muerta y yo vivo...

Benedetta sintió que la punta del miembro empujaba para penetrarla.

—Alguien la envenenó...

El miembro empezó a abrirse camino.

—Y después la lloró...

Benedetta rezó para que el sistema que su madre había usado en numerosas ocasiones, cuando la vendía, funcionase de nuevo. Solo una vez más. Rezó para que el príncipe se abandonase al ardor de los hombres y no se mostrase delicado, como en ese momento.

—¿Eres virgen? —le preguntó él con su voz chillona.

—Sí... —susurró Benedetta.

—Ahora lo veremos —dijo el príncipe penetrándola con ímpetu.

Benedetta sintió que la fina membrana para hacer salchichas, rellena de sangre de pollo, resistía unos segundos y que luego se rompía. Gritó, como si sintiera un dolor desgarrador. Y pensó: «Gracias, madre».

El príncipe se agitó dentro de ella, cada vez más deprisa, hasta que su cuerpo, destrozado por la naturaleza, se contrajo en un espasmo. Gimió y se dejó caer sobre la corona de jazmín. Permaneció inmóvil unos segundos y después retrocedió mirando la entrepierna de Benedetta, ansioso por comprobar el resultado. Su horrenda cara se ensanchó en una amplia sonrisa de satisfacción. Metió un dedo en el charco de sangre que manchaba la túnica blanca y que goteaba del vientre de Benedetta. La olfateó. Acto seguido miró a la joven.

—No me mentiste —dijo.

—No... —respondió Benedetta.

El príncipe Contarini asintió con la cabeza. Se levantó de la cama y se abrochó las mallas, también manchadas de sangre.

—No me mentiste —reiteró complacido. Miró de nuevo la sangre que enrojecía la túnica—. Te daré una vida que jamás has soñado —dijo.

Benedetta lo miró mientras se alejaba trastabillando y desaparecía por la misma puerta por la que había entrado. Se quedó quieta, tumbada en la cama donde había fingido que era virgen, igual que hacía ya varios años, cuando su madre la vendía todas las noches a un nuevo cliente haciéndola pasar por virgen.

La puerta de la antecámara se abrió.

—¡Benedetta, es estupendo que hayas venido a vivir con nosotros y el príncipe! —gritó Zolfo entrando a toda prisa en la habitación, contento de abrazarla. Pero apenas la vio desnuda y sangrando por las piernas se detuvo en seco. Hizo una mueca de disgusto y se dio media vuelta.

Se oyó la risa estridente del príncipe.

—Gracias, príncipe —dijo en voz baja Benedetta sin taparse el pubis—. Gracias, porque, al igual que mi madre, me ayudas a comprender quién soy. —Se sintió abrumada por la familiar sensación de asco hacia sí misma que la había acompañado durante toda su infancia.

Pero, a la vez, entendió que el odio que la envenenaba había encontrado una manera de manifestarse. Comprendió que, si era capaz de gobernar su crueldad, había encontrado un aliado. «Maldita puta», pensó rabiosa.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Anna del Mercato.

—Nadie —contestó Mercurio.

Anna miró al hombre alto y delgado que había preguntado por Mercurio hacía unos minutos y que ahora esperaba en una barca ancha y plana, de laguna, que estaba amarrada en el canal que había delante de la casa. Iba vestido de negro y tenía una extraordinaria melena larga y lisa, casi blanca, que llevaba atada con una cinta naranja, el mismo color del fajín que rodeaba su cintura.

—Llama demasiado la atención para no ser «nadie» —dijo.

—Sí —dijo Mercurio alejándose de ella para reunirse con Scarabello.

—¿Te sorprende que te haya encontrado, piojo? —preguntó este, risueño.

Mercurio no respondió.

—Soy el amo de este mundo, y también de ti —prosiguió Scarabello, convencido del estupor de Mercurio—. Siempre sé todo de todos. En especial de mis hombres.

Mercurio dio una patada a una piedra. Sus rizos oscuros se enroscaron en la frente. Miró a Scarabello.

—Y tú eres mío, ¿verdad? —dijo Scarabello.

—¿Qué quieres? —preguntó Mercurio.

—Tengo un trabajito para ti. Sube —dijo Scarabello.

Mercurio se volvió hacia la casa. Anna lo miraba desde el umbral, rígida e impasible.

—¿Necesitas su permiso? —Scarabello se rio.

—Idiota —dijo Mercurio saltando al interior de la barca.

—Vamos —ordenó Scarabello a los dos hombres que iban sentados a los remos con una expresión gélida en el rostro.

La barca se deslizó entre las cañas. Nadie hablaba. Solo se oía el ruido que hacían los remos al sumergirse en el agua estancada del canal.

Cuando dejaron de ver la casa, Scarabello hizo un ademán a Mercurio para que se acercase. La expresión gélida no había desaparecido de su cara. Mercurio se aproximó a él. En ese momento, con la velocidad de una serpiente, Scarabello le dio un cabezazo en la nariz.

Mercurio cayó hacia atrás sintiendo que la sangre le resbalaba por los labios y la barbilla. Sus ojos se humedecieron.

Scarabello cogió un pañuelo de lino adornado con preciosos encajes, y lo mojó con el agua del canal, mientras la barca seguía avanzando hacia Venecia. Estrujó el pañuelo, cogió a Mercurio por la pechera de su chaqueta, lo atrajo hacia él y le limpió la sangre con cuidado.

—No puedes llamarme idiota, piojo —le dijo—. ¿Está claro?

Mercurio sentía que la nariz le pulsaba dolorosamente.

Scarabello le tendió el pañuelo, que se había teñido de rojo.

—Aprieta —le dijo.

Mercurio cogió el pañuelo y taponó la sangre que seguía saliéndole de la nariz.

—Te decía que tengo un trabajito que te va como anillo al dedo —prosiguió Scarabello como si no hubiese ocurrido nada.

—No sé si quiero seguir siendo un estafador —dijo Mercurio.

Scarabello lo miró en silencio con una leve sonrisa en los labios.

—¿Por quién me tomas, muchacho? —dijo a continuación.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te he parecido alguna vez un payaso?

—No.

—Entonces, ¿por qué insistes en tratarme como tal?

—No entiendo...

Scarabello exhaló un suspiro y se sentó a su lado. Le rodeó los hombros con un brazo.

—Eres mío, ¿comprendes? Si te digo que tengo un trabajito para ti lo haces y en paz. Me importa un comino si tu Anna del Mercato te está convenciendo para que te conviertas en un campesino, un pescador, un zapatero remendón, o lo que sea. ¿Sabes qué eres, muchacho? Eres un estafador. Además de un genio del disfraz. Eso te lo tengo que reconocer. —Scarabello lo estrechó contra su cuerpo. Podía parecer tanto un gesto amistoso como un amago de estrangulamiento—. Y eres mío. —Lo soltó—. ¿Sabes lo que pienso? Pues que me ves con los ojos de... una joven. —Se rio—. Te fascinan mis vestidos, mis modales refinados... y piensas que soy otra persona. En cambio, soy ni más ni menos lo que soy, muchacho. Mira mis ojos. Solo en ellos encontrarás la verdad. ¿Te asustan mis ojos? —Sonrió—. Sí, mis ojos te asustan, porque no soy sino esto. Y, por descontado, no soy amigo tuyo ni de nadie. Y, dado que no soy tu amigo, no me interesa lo que quieres, tus crisis de conciencia. Yo soy lo único que me interesa. ¿Queda claro?

Mercurio asintió con la cabeza. Sentía que la nariz se le estaba hinchando.

Scarabello sonrió satisfecho.

—Muy bien. —Se sentó de nuevo en su sitio, cruzó las piernas y calló.

Mercurio reflexionaba buscando una solución. Había pensado que su vida estaba a punto de dar un vuelco. Que iba a poder concentrarse en su sueño, tener un barco de su propiedad y escapar con Giuditta. Amor y libertad. Pero en ese momento, mientras viajaba sentado en el banco de la barca, se daba cuenta de lo absurdos que eran sus proyectos.

«Eres un muchachito estúpido», se dijo, sintiendo un arrebató de ira.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

Scarabello le indicó con un ademán que esperase.

La barca atracó en Rialto. Se dirigieron hacia el soportal del Banco Giro, donde se reunían los comerciantes y los armadores. Scarabello hizo una señal a un hombre bien vestido y se encaminó hacia la iglesia de San Giacomo. El hombre les dio alcance, y todos se adentraron en los escombros de las Fabbriche Vecchie. Apestaba a orina y excrementos. Y a malta, ladrillos cocidos al sol y madera vieja y quemada, que se podría debido a la lluvia y a la humedad. Varias ratas del tamaño de un gato pequeño los olfatearon y huyeron metiéndose entre las piedras y los residuos que el incendio había devastado y hecho caer. Scarabello, el hombre y Mercurio se detuvieron detrás de un muro en ruinas, al lado de un montón de trastos y de materiales de construcción.

—Tengo la persona que necesita, señor —dijo Scarabello señalando a Mercurio.

—¿Un muchacho? —preguntó el hombre.

—Si alguien lo puede conseguir es él —dijo Scarabello.

Mercurio sintió una punta de orgullo.

—Dos gavias de lona —dijo el hombre—. Por el momento no hay ninguna en el mercado y mi barco debe zarpar dentro de una semana. Los únicos que tienen una buena reserva son los bribones del Arsenal. Pero se las quedan todas, y a nosotros, los armadores independientes...

—¿Es usted armador? —preguntó Mercurio interrumpiéndolo—. ¿Tiene un barco?

Scarabello lo fulminó con la mirada.

Mercurio se calló, pero de repente tuvo la impresión de que el asunto cobraba un matiz diferente. «Eres un muchachito estúpido, es cierto», pensó sonriendo. «Pero también eres asquerosamente afortunado».

—Es uno de mis mejores hombres —estaba diciendo Scarabello—. Es un mago del disfraz. ¿Cree que esto es sangre? —Le quitó de la mano el pañuelo y lo tiró al polvo, a continuación pasó un dedo bajo la nariz de Mercurio y frotó el líquido rojo entre las yemas—. Es pintura —dijo riéndose.

El armador estaba desconcertado.

Mercurio esbozó una sonrisa.

—Es cierto, señor —corroboró—. Mire, no me hace ningún daño. No está rota. —Mientras decía esto se empujó la nariz a derecha e izquierda resistiendo el dolor y abriendo desmesuradamente los ojos para que no se le anegaran en lágrimas.

Scarabello miró a Mercurio, luego a sus hombres y por último al armador. Después miró de nuevo a Mercurio con una especie de admiración, y asintió con la cabeza de manera imperceptible. El joven le gustaba y le inquietaba a la vez. Tenía la sensación, una suerte de presentimiento, de que un día le causaría problemas y que se verían obligados a enfrentarse.

—Puedo entrar en el sitio que ha dicho —aseguró Mercurio—. Y cogeré para usted las gavias de lana.

—Gavias de lona —lo corrigió el armador.

—Gavias de lona —reiteró Mercurio.

—¿Así de fácil? —preguntó el armador.

—No, de fácil nada —terció Scarabello en tono grave—. El joven se arriesga mucho. —Sus labios finos se extendieron en una sonrisa—. ¿Cuánto está dispuesto a pagar por ese riesgo, señor?

—Usted procure que mi carga pueda partir de Trebisonda y no se lamentará —dijo el armador—. ¿Algo más?

—Sí —dijo Mercurio—. Después de que le haya hecho esta cortesía, usted me enseñará cómo se compra un barco.

Scarabello y el armador lo miraron estupefactos, luego se echaron a reír a la vez.

Cuando se quedaron a solas Scarabello se encaminó de nuevo hacia la barca, que habían dejado en Rialto. Mercurio lo seguía en silencio. Subieron a bordo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mercurio.

—¿De verdad no sabes qué es el Arsenal? —inquirió Scarabello—. ¿Nunca has oído hablar de él?

—No. ¿Por qué?

Los dos remeros se echaron a reír.

La barca subió por el Canal Grande, navegó en el agua libre de la cuenca de San Marco y se dirigió a la parroquia de San Giovanni in Bragora para atracar en la zona de la Darsena Vecchia. El agua tenía un olor acre, a petróleo. Unas manchas densas y oleosas flotaban en la superficie, brillantes, sin mezclarse con el agua y tiñendo de negro las algas que emergían en ella.

—El Arsenal de Venecia es el mayor astillero del mundo. En él trabajan dos mil personas. ¿Sabes cuántas son dos mil personas? En tiempos de guerra llegan a tres mil —dijo Scarabello con cierto orgullo en la voz—. Es el lugar más vigilado de Venecia.

Mercurio lo siguió por los muelles. Dieron unos cuantos pasos y luego Scarabello se paró y apuntó un dedo.

—Esa es la Porta di Terra —dijo.

A través de la fina niebla que se había alzado Mercurio vio un gran portón. Le recordó ciertos arcos de Roma, si bien estos eran antiguos y el que veía en ese momento era completamente nuevo. A la derecha había una torre, y a ambos lados se erigían unos muros altos de ladrillo rojo. Dos guardias armados vigilaban la entrada de la Porta di Terra.

—Mi padre era un *arsenalotto* —explicó Scarabello en un tono que a Mercurio le pareció casi triste—. Eso significa que era uno de los privilegiados que trabajaban en

el Arsenal, pero al muy capullo lo pillaron robando cabos. —Cabeceó—. El Arsenal ofrece grandes ventajas a sus operarios —continuó—. La Serenísimas mantiene a los *arsenalotti* durante toda su vida y luego sus hijos tienen derecho a trabajar allí, pero se rige por normas militares. Después del deshonor que cometió mi padre, mi madre y yo fuimos expulsados de la casa en que vivíamos y abandonados a nuestro destino por esta ciudad de mierda. Mi madre se dedicó... bueno, adivina lo que puede hacer una mujer, pero tenía los pulmones débiles, y al invierno siguiente murió de tisis. Yo me convertí entonces en lo que soy. —Miró la Porta di Terra—. Nunca lo he lamentado. Si no hubieran descubierto a mi padre es muy probable que hoy fuera un *arsenalotto* que se dejaría la piel construyendo barcos por cuatro perras. Puede que incluso me sintiera afortunado. Qué extraña es la vida. —Miró a Mercurio. Cogió un trozo de madera y dibujó en el barro los muros que rodeaban el Arsenal y la Porta di Terra. Después hizo una señal—. Los almacenes de las velas están aquí, en el lado sur de la Darsena Nuova. Lo sé porque visitaba a mi padre y él trabajaba cerca, en la Tana, que está al sur del depósito de las velas. —Hizo otro ademán pegado a los muros perimetrales—. Es la tienda del cáñamo público. Verás cabos y gúmenas de todos los tamaños. Siempre hay un ir y venir de gente. Yo en tu lugar iría allí después de robar las gavias. Si te paran les dices que tu capataz te ha mandado para verificar el diámetro de los rebenques de envergue, porque los demás están encajados.

—Capataz... reben... encaje...

—Rebenques de envergue.

—Rebenques de envergue... encajados...

Scarabello dibujó un canal al otro lado de los muros.

—Este es el río de la Tana. —Apuntó el brazo hacia la derecha—. Está allí, y da directamente al agua abierta. En la parte posterior de la Tana hay una escalera. Yo subía siempre por ella cuando era niño y saltaba a los muros. Es una buena altura, pero puedes hacerlo. Luego, cuando estés en los muros, te tiras al canal. Busca a alguien que no llame demasiado la atención y que tenga una barca. Podría ser un pescador. Y ya está. Te recoge y os marcháis. —Scarabello sonrió y borró el dibujo con la punta de su bota—. ¿A qué te referías cuando le dijiste al armador lo del barco? —le preguntó.

—Un día quiero ser propietario de uno —respondió con ímpetu Mercurio.

Scarabello arqueó una ceja. Mercurio volvió a sentirse estúpido.

—Traza un plan para entrar en el Arsenal. —Scarabello dio una pequeña bofetada a Mercurio e hizo amago de irse—. Enseguida.

—¿Qué le ocurrió a tu padre? —le preguntó Mercurio.

Scarabello se paró y se volvió.

—Lo condenaron por alta traición y lo ahogaron en la laguna.

—¿Lo ahogaron? —preguntó en voz baja Mercurio.

—Es el método limpio de la Serenísima. Mira alrededor. Si algo no nos falta es agua.

Mercurio sintió que el miedo lo estrangulaba.

Giuditta se levantó de la mesa a la que estaba sentada desde hacía más de cuatro horas cosiendo con la cabeza gacha. Le dolían los dedos y la yema del índice izquierdo estaba roja e inflamada, debido a los continuos pinchazos. En el suelo y sobre la mesa había una decena de gorros amarillos, de formas diferentes, cosidos con telas de tramas distintas y de varias tonalidades de amarillo. Echó un vistazo al dormitorio de su padre. Isacco llevaba varios días tumbado en la cama con la cabeza entre las manos. La muerte de Marianna, la mujer de Lanzafame, lo había dejado desconsolado. Giuditta había asistido a su derrumbamiento sin saber qué hacer ni cómo ayudarlo. Vio una botella de vino a los pies de la cama. Entró en la habitación procurando no hacer ruido y cogió la botella.

—Déjala ahí —dijo Isacco con voz ronca, sin volverse.

—Te hace daño, padre...

—¡Déjala ahí!

Giuditta se sobresaltó. No estaba acostumbrada a que su padre hablase en ese tono.

Le entraron ganas de llorar, pero se contuvo. Dejó la botella en el piso solado.

—Estás haciendo lo mismo que el capitán...

Isacco se volvió de golpe, haciendo rechinar los dientes, con las aletas de la nariz dilatadas.

—Pero ¿es que uno no puede estar en paz en esta casa?

Giuditta reculó asustada.

Isacco se inclinó hacia la botella, la cogió y la agitó en el aire.

—¿Es por culpa de esta que no me dejáis en paz?

Giuditta retrocedió hacia la puerta.

—¿Es por esta? —gritó de nuevo Isacco lanzando la botella contra la pared. La botella se hizo añicos y manchó de rojo la pared y el suelo de baldosas—. ¡Ya está! ¡Problema resuelto! —Isacco apuntó un dedo hacia Giuditta—. Y no se te ocurra recoger los trozos y limpiar. ¡Fuera! —A continuación se volvió a echar en la cama y se sujetó la cabeza entre las manos.

Giuditta salió de la habitación atemorizada. Cerró la puerta y se detuvo junto al ventanuco que daba al *campo* del Gheto Nuovo. Se mordió los labios para no llorar.

—Te pido ayuda, *Hashem* —murmuró—. Si pierdo a mi padre... —contuvo un sollozo—, me quedaré sola.

Sintió que el miedo y la desesperación la vencían. Se volvió a mirar la miserable casa en que vivían. Los techos eran tan bajos que uno debía encogerse para caminar, las habitaciones eran pequeñas, los suelos solados, podridos y chirriantes, y las ventanas tan pequeñas que era imposible airear la casa, incluso abriéndolas. Dos

habitaciones para hacerlo todo, desde dormir hasta comer. Unas casas míseras en las que los judíos estaban obligados a vivir amontonados en una humillante promiscuidad a cambio de un alquiler mucho más alto que el que en su día pagaban los cristianos.

Por el ventanuco, Giuditta veía a unos niños jugando en el *campo*. A cierta distancia divisaba uno de los dos portones que se cerraban por la noche con un ruido sordo de madera y un raspado de cadenas que estremecía el alma.

Miró los muros de ladrillos rojos inconexos que se habían construido a toda prisa alrededor de la zona para encerrarlos como animales enjaulados. Pensó en la familia que vivía al lado de ellos, cuyo piso daba al canal, en lugar de al *campo*. Obedeciendo al bando, la ventana que daba al mundo libre había sido tapiada, de manera que, cada vez que se reunía a la mesa, la familia de cinco personas tenía delante la pared de ladrillos y argamasa que cerraba la ventana. Emparedados vivos, pensaba Giuditta.

«¡Te sacaré de ahí!», había gritado Mercurio la primera noche que los habían encerrado allí dentro.

Giuditta aún podía oír su voz. Todos los días miraba hacia el puente con la esperanza de verlo aparecer. Lo esperaba. Pero Mercurio no había vuelto a dar señales de vida, ni siquiera en los momentos en que era posible, cuando los portones estaban abiertos. Cuando Giuditta pensaba en ello sentía una rabia oscura en la que se entremezclaban el rencor y la humillación. Seguro que estaba pensando en su Benedetta, se decía. Seguro que los dos se reían de ella y de su ingenuidad.

«Eres tonta», pensó, enojada.

Pese a ello, su mano cogió el trozo de lino que llevaba siempre consigo. La tela en que, la primera vez que se habían visto, se había mezclado la sangre de los dos. Era su «contrato», tal y como lo llamaba Giuditta, y había sido redactado por el destino.

«Eres una pobre tonta», repitió con más rabia aún.

Llamaron a la puerta.

Los golpes arrancaron a Giuditta de sus pensamientos sobresaltándola.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo, ¿quién quieres que sea?

Giuditta se dirigió hacia la puerta, la abrió y se arrojó a los brazos de Donnola, que visitaba a diario a Isacco.

—Eh, calma... ¿A qué vienen todas esas confianzas? —bromeó Donnola, embarazado por la demostración de afecto.

—Está borracho —explicó Giuditta echándose a llorar.

Donnola se inquietó, sin saber qué decir.

—Está mal y no sé qué hacer... —sollozó la joven—. No sé cómo ayudarlo...

Donnola la apartó mirándola gravemente a la vez que la sujetaba por los hombros.

—Ahora me va a oír —dijo.

Giuditta miró al suelo.

Donnola se dirigió a la puerta del dormitorio de Isacco y la abrió bruscamente.

—¡Levántese, doctor! —dijo impostando la voz—. ¿Qué cosas me cuenta su hija?

—¡Vete a hacer puñetas, Donnola!

Se oyó un ruido violento, como si alguien hubiese lanzado algo. Era un gemido.

Donnola salió de la habitación restregándose una pierna.

—Tiene que calmarse —dijo a Giuditta en voz baja.

—¡Cierra la puerta! —gritó Isacco.

Donnola se apresuró a obedecer sonriendo forzosamente a Giuditta.

—Voy a dar un paseo —dijo la joven.

—Me parece una idea magnífica —afirmó Donnola—. ¡Es una idea magnífica!

Giuditta abrió la puerta de casa. Se volvió hacia Donnola con una expresión de temor en la cara.

—Vamos, ve a divertirte un poco —la animó Donnola con falso entusiasmo, tan asustado como ella por la situación.

Giuditta cruzó el umbral y bajó la escalera angosta y oscura que olía a moho. El pequeño portón del edificio estaba abierto. Salió directamente al breve porticado del *campo*, entre dos casas de empeño.

Al otro lado del portón del Ghetto Nuovo se oyó la voz ya familiar del fraile que en esos días se obstinaba en predicar el odio a los judíos. Era el mismo fraile que su padre y ella habían visto en la fonda, cerca de Adria, nada más desembarcar. Daba la impresión de que los seguía. O de que era portavoz del mundo.

—¡El Señor me ha hablado! —gritaba el hermano Amadeo—. Escucha, Venecia. ¡Ahora que los has encerrado, vigílalos! ¡Son nuestra ruina! ¡Son el cáncer! ¡Son los magos y las brujas del demonio!

Giuditta inclinó la cabeza tratando de no escuchar la desagradable voz. Respiró profundamente el aire húmedo del día. El olor dulzón y a podrido de la laguna lo envolvía todo, sobre todo cuando no había viento y el aire estaba tan cargado como ese día. Una neblina ligera, acuosa, se depositaba en el suelo mojando la tierra del *campo*. Giuditta se levantó la falda y lo cruzó procurando evitar los charcos de barro, en dirección a la tienda de telas usadas donde quería comprar unos retales.

—No es el mismo gorro de ayer, ¿verdad? —le dijo Ariel Bar Zadok, el hombre que administraba el establecimiento.

Giuditta negó con la cabeza y se puso a rebuscar con la cabeza inclinada entre los retales.

—Es precioso —dijo una clienta—. ¿Dónde lo has comprado?

—Lo he hecho yo —respondió con timidez Giuditta sin alzar la mirada.

—¿Tú? —exclamó la mujer maravillada.

Giuditta se encogió de hombros y salió de la tienda a toda prisa. Pero apenas había dado unos pasos en dirección a Cannaregio la mujer le dio alcance.

—Espera, ¿adónde vas? —preguntó poniéndose a su lado.

—Tengo que hacer unos recados, perdone —contestó Giuditta.

—¿En el mercado?

—Sí, exacto.

—Ah, bueno. Yo también. —La mujer esbozó una sonrisa, la cogió del brazo y juntas se encaminaron hacia el mercado de la verdura que estaba justo después de los soportales del *campo* del Ghetto Vecchio, al otro lado del segundo portón que se cerraba por la noche.

—¡Venecia, escucha! —gritaba desde allí el hermano Amadeo—. ¡Arrepiéntete de tus pecados! ¡Expulsa al judío inmundo!

—¡Ese fraile...! —exclamó la mujer. Su voz revelaba rabia y miedo a la vez.

Giuditta quería estar sola, pero no sabía cómo zafarse de ella.

—Me llamo Ottavia... —dijo esta sacudiendo la cabeza como si quisiese librarse del peso de la voz del fraile—. Lo sé, lo sé, no es un nombre judío, pero mi padre tenía pasión por los antiguos romanos... ¿Sabes quién era Ottavia?

Giuditta negó tímidamente con la cabeza.

—¡La esposa niña de Nerón! —exclamó—. Piensa en la estupidez que cometió el loco de mi padre, a quien Dios tenga en su gloria. —Apretó el brazo de Giuditta—. ¡Salta! —dijo delante de un charco negro, y ella misma dio un brinco riéndose.

Giuditta la imitó sonriendo.

—Basta un salto, ¿verdad? —preguntó Ottavia.

—¿Qué?

—Basta hacer una tontería que nos relaje y todo parece distinto... más liviano. —Ottavia le guiñó un ojo.

Giuditta volvió a sonreír.

—Pero, bueno, si no me equivoco eres la hija del médico que... que es amigo de nuestro guardián.

—El capitán Lanzafame —concluyó Giuditta.

—¿Cómo te llamas?

—Giuditta.

—¿Qué más?

—Di Negroponte.

—¡Ah, por eso sois tan diferentes de nosotros! —exclamó Ottavia—. Casi todos procedemos del centro de Europa. Somos alemanes, en pocas palabras. ¿Se nos nota al hablar?

Giuditta sonrió.

—Un poquito.

—¿Te da risa?

—No...

—Vamos, que no me ofendo.

—Un poquito sí...

Ottavia se rio de buena gana. Pero luego su mirada se entristeció.

—Echo de menos nuestra manera de hablar. Aquí todos piensan que Alemania es fría, en cambio, es un lugar lleno de fuerza y energía... —Miró a Giuditta exhalando un suspiro—. Las mujeres siguen a sus maridos, querida. Si hubiese podido elegir me habría quedado allí, pero mi marido quería ser prestamista y aquí estamos. Se ha asociado con Anselmo del Banco. —Se encogió de hombros—. No entiendo qué gusto les da prestar dinero. Nosotros éramos impresores, ¿sabes? En Maguncia. Los mejores impresores de Europa están allí. Pero aquí, en Venecia, no nos dejan dedicarnos a la imprenta... porque somos judíos. El ser humano puede ser realmente estúpido. Los venecianos podrían aprender gratis todos los trucos y las tecnologías más avanzadas, pero, es una cuestión de raza... —Ottavia resopló—. El ser humano es estúpido, punto y basta. Que conste que no lo digo solo por los cristianos, no, ciertos judíos tienen también la cabeza llena de serrín... En fin... Soy una cotorra, ¿verdad? —dijo riéndose.

Giuditta la secundó.

—Pero, bueno, hablemos de cosas serias —dijo Ottavia—. Cuéntame lo de ese gorro. Es precioso. Pongo a *Hashem* por testigo: jamás habría imaginado que diría algo así de esa porquería que nos obligan a llevar en la cabeza.

—¿Qué debo contestar? —preguntó Giuditta enrojeciendo.

—Niña mía, enrojece si eres culpable, no merecedora de algo —dijo Ottavia—. El ropavejero dijo que cada día llevas un gorro distinto. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que tienes más de uno?

—Giuditta asintió con la cabeza.

—Desde luego, a ti hay que tirarte de la lengua. —Ottavia suspiró—. ¿Puedo ver uno de tus gorros? Quizá te compre uno.

—¿Comprarlo? —preguntó Giuditta, sorprendida.

—Y qué quieres hacer, ¿regalármelo? —bromeó Ottavia.

—De hecho, eso era lo que estaba pensando...

Ottavia soltó una carcajada.

—¿Seguro que eres judía? —prosiguió riéndose—. Bromeo, cariño. Me gusta bromear sobre nosotros como esos estúpidos cristianos. Así me acostumbro a sus tonterías y estas me hacen menos daño.

—Venga, Ottavia —dijo de repente Giuditta cogiéndola del brazo y obligándola a retroceder en dirección a los pórticos del *campo* del Ghetto Nuovo. Cuando llegaron le dijo—: Espéreme aquí, bajo enseguida. —Subió corriendo la escalera y entró en

casa.

Encontró a Isacco y a Donnola sentados en dos sillas, uno frente a otro, en silencio y con la cabeza gacha. Isacco alzó la mirada y la escrutó durante unos segundos, después la bajó de nuevo sin decir una palabra. Eructó quedamente.

Giuditta cogió todos los gorros que había cosido en sus horas solitarias y bajó a toda prisa la escalera, feliz de salir otra vez de la casa.

—Elija uno —dijo a Ottavia.

—Oye, niña, no me hables de usted, que me haces sentir vieja.

—De acuerdo —dijo Giuditta, radiante, tendiéndole los gorros—. Elige el que más te guste.

Ottavia los cogió y los miró a toda prisa, uno a uno.

—Tienes mucho talento, niña —dijo. A continuación sonrió con malicia—. Ven —le dijo encaminándose al centro del *campo*, donde las mujeres estaban sentadas en círculo.

La mayor parte de ellas chismorreaban a la vez que remendaban o limpiaban la verdura y vigilaban a sus hijos, que jugaban a su lado. Con todo, más de una alzaba de cuando en cuando los ojos para mirar los muelles de los Ormesini, donde el hermano Amadeo seguía gritando su odio contra la raza judía.

—Buenos días, Rachele —dijo Ottavia acercándose a ellas—. Buenos días a todas.

Las mujeres miraron con suspicacia a Giuditta.

Ottavia hizo como si nada. Se sentó en una silla que estaba libre, ordenó a Giuditta con un ademán que se aproximase y se puso a examinar los gorros con parsimonia.

—¿Cómo has dicho que se llama este modelo? —preguntó a la joven agitando uno en el aire.

Desprevenida, Giuditta abrió la boca y emitió tan solo un largo sonido que no tenía el menor sentido.

—Creo que dijiste Maguncia —continuó Ottavia—. Modelo Maguncia. —Asintió ufana con la cabeza—. Muy apropiado, de verdad. —Se caló un gorro en la cabeza—. ¿Me favorece, Rachele? —preguntó a una de las mujeres.

—Es un gorro amarillo —dijo Rachele encogiéndose de hombros como si le diese igual, pero su tono era vacilante y no apartaba los ojos de la prenda.

—Sí, tienes razón —asintió Ottavia quitándose el gorro y girándolo en la mano—. Pero estos adornos, la combinación de las diferentes tramas, las distintas tonalidades de amarillo... —Se interrumpió y se encogió de hombros—. Ah, menuda tontería he estado a punto de decir. —Tendió el gorro a Giuditta—. Ten.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó una de las mujeres.

—Una tontería —reiteró Ottavia.

—Dices muchas, así que una más o una menos... Vamos, di...

—Lo encuentro tan bonito que casi no me parece un gorro judío. Lo que iba a decir es que una cristiana se lo compraría. —Se encogió de hombros otra vez—. Imagina lo estúpida que puedo ser a veces. —Se volvió hacia Giuditta—. Enséñame otro, anda.

—Ese enséñamelo a mí también, chica —dijo una de las mujeres refiriéndose al gorro que se acababa de probar Ottavia.

Giuditta se lo alargó, no sin cierta reluctancia y timidez.

La mujer lo cogió seguida de la mirada de sus amigas, que lamentaban ya no haberlo pedido en primer lugar.

—¡Este sí que es de verdad especial! —exclamó Ottavia sujetando en la mano el nuevo gorro.

—Modelo Negroponte —especificó Giuditta.

Ottavia la miró cabeceando.

—Te gusta bromear, ¿verdad? —dijo—. Antes dijiste que era el modelo Colonia.

—Ah, sí... —asintió Giuditta.

Ottavia le sonrió y le susurró al oído.

—Ciudades del Norte, niña.

—¿Qué le has dicho? —inquirió una de las mujeres.

Ottavia se volvió.

—Que debe hacerme un descuento, porque creo que le voy a comprar todos los gorros. Quiero llevar uno distinto cada día.

—¿Cómo todos? —preguntó la mujer que había cogido antes un gorro apretándolo contra el pecho—. Este es mío, precisamente iba a preguntar ahora a la muchacha cuánto cuesta.

—Y yo quiero ver ese otro —dijo la mujer que se llamaba Rachele señalando uno de los gorros que Giuditta tenía en la mano.

—¿El modelo Ámsterdam? —preguntó Ottavia—. De eso nada, Rachele. Ese lo quiero yo.

—Ni lo sueñes —replicó Rachele levantándose y arrancando a Giuditta un gorro de una mano.

En un santiamén las otras mujeres se levantaron, rodearon a Giuditta y empezaron a probarse los gorros.

Cuando, al final, se marcharon, Giuditta contó el dinero que tenía en la mano. En total había reunido dos *matapan*^[5], un sueldo de doce *bagattini* y cinco *torneselli*^[6].

—No está mal, ¿eh? —comentó Ottavia.

Giuditta no sabía qué decir.

—Tienes talento, niña —repitió Ottavia—. Y yo también, modestia aparte —añadió dándole un codazo—. Podríamos hacer negocios juntas, ¿qué te parece?

Giuditta se rio asombrada.

—¿Hablas en serio?

—¿Para qué te sirve un talento si no rinde?

Giuditta no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero era consciente de que, pese a que nunca había pensado concretamente en ello, en ese momento se estaba realizando justo lo que deseaba y había planeado hacer. Miró a las mujeres que se alejaban orgullosas, tocadas con sus gorros, y pensó que eran tan bonitos como se los había imaginado.

—¿Hablas en serio? —repitió.

Ottavia asintió con la cabeza y sonrió.

—Sé que tu padre no está trabajando... —dijo quedamente.

Giuditta se tensó.

—Nuestra comunidad es pequeña, niña...

—No quiero hablar de eso. —Giuditta dio por zanjada la conversación y echó a correr.

Cuando llegó a los pórticos encontró a una niña de unos trece años.

—¿Sabes si vive aquí el médico judío? —le preguntó la niña.

—¿Qué médico? —preguntó Giuditta a la defensiva.

—El que asistió a Marianna la puta —contestó la pequeña.

—¿Quién eres? —preguntó Giuditta.

—Mi madre también era puta, y amiga de Marianna —explicó la niña bajando la mirada. Cuando la alzó de nuevo tenía los ojos anegados en lágrimas—. Mi madre está enferma. Tiene la misma enfermedad de Marianna, y Marianna le dijo que había un médico judío que tenía un corazón de oro y que conocía unos remedios para evitar que sufriera..., que había hecho todo lo posible para salvarla.

Giuditta sintió un estremecimiento en el pecho.

—El médico es mi padre —enunció con orgullo—. Ven —dijo a la niña.

Antes de entrar en la casa se volvió hacia el puente por el que esperaba ver aparecer a Mercurio.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —exclamó Anna del Mercato cuando abrió la puerta y vio a Mercurio con la nariz hinchada.

—Nada —refunfuñó el joven de malhumor—. Me he dado un golpe.

—¿Contra el hombre que vino a buscarte esta mañana? —preguntó Anna aferrándole un brazo.

—Suéltame —dijo Mercurio desasiéndose con un empujón.

—Ese hombre no me gusta —dijo Anna.

—Me importa un carajo.

Anna alzó la mano para darle un bofetón. Mercurio le plantó cara.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó Anna—. ¿Que no soy tu madre?

—Exacto —gruñó Mercurio.

Anna bajó lentamente la mano. Se volvió y se dirigió a la habitación de la chimenea.

—Anna... —dijo Mercurio cayendo en la cuenta de lo que acababa de decir—. Lo siento...

—No. Tienes razón —le contestó Anna sin detenerse.

Mercurio cabeceó, frustrado. Oyó que Anna giraba el cucharón en el caldero de la sopa.

—Lo siento... —repitió entrando en la habitación.

Anna no se volvió.

—Siéntate, casi está listo —dijo.

—No lo pensaba...

—¡Vamos, siéntate de una vez, muchacho! —exclamó Anna aún de espaldas—. ¿Será posible que nunca hagas lo que se te dice?

Mercurio comprendió que Anna estaba llorando y que no quería que la viese. Se sentó a la mesa.

—Se llama Scarabello... —empezó a decir.

Anna siguió removiendo la sopa.

—Y es un malhechor.

Anna cogió el cucharón y sirvió la sopa en un cuenco grande de cerámica.

Mercurio vio que se enjugaba los ojos con la manga del vestido.

—Estoy toda sudada —dijo Anna volviéndose. Puso el cuenco en la mesa, dio una cuchara a Mercurio y se sentó delante de él.

—¿Tú no comes? —le preguntó Mercurio.

—Ya he comido —contestó Anna.

Mercurio hundió la cuchara en la sopa y comió.

—Estás a punto de cometer una tontería, ¿verdad? —dijo Anna de improviso.

Después de que Scarabello lo hubiese dejado solo delante de la Porta di Terra del Arsenal, Mercurio había dado una vuelta para inspeccionar el lugar. Los guardias que vigilaban la entrada estaban armados y no dejaban acercarse a nadie. De manera que se había alejado y había examinado los muros. En más de un punto el mortero que unía los ladrillos estaba roto y permitía trepar con las manos y clavar la punta de los pies. Si se quitaba los zapatos podía escalar por ellos, pese a que eran bastante altos. En el pasado lo había hecho ya para entrar en las casas donde sabía que había algo que robar. «Lo puedes hacer», se había dicho, pero después un soldado se había asomado por la cornisa del muro y había mirado abajo. Iba armado con un largo palo puntiagudo. Mercurio había dado vueltas alrededor de los muros buscando un punto débil, pero Scarabello tenía razón. El Arsenal era una fortaleza inexpugnable.

—¿Qué tontería? —preguntó Mercurio—. No... no...

—Se te nota en la cara.

Mercurio se metió una cucharada de sopa en la boca.

—Está buena —masculló.

—Cuéntame qué te ha pasado.

—Nada. —Mercurio dejó caer la cuchara en el cuenco.

—No tienes edad para hacer caprichos —dijo Anna. Después añadió con dulzura—: Pese a que nunca has tenido una madre.

—He elegido un sueño que es demasiado grande para mí —susurró al final Mercurio.

Anna exhaló un suspiro.

—Come, muchacho —le dijo.

Mercurio se puso de nuevo a comer lentamente, dándose por vencido.

Anna señaló su nariz hinchada.

—Me temo que está rota. —Sonrió—. Así resultarás más interesante. Tenías una naricita de niña. Ahora parecerás más un hombre. —Lo miró con afecto. Ese chico era todo lo que tenía—. No existen sueños demasiado grandes... —empezó a decir sosegadamente—. Los sueños no tienen medida. No son ni grandes ni pequeños.

Mercurio comió otra cucharada de sopa sin mirarla.

—Los hombres que se marcan una meta fácil... —continuó Anna como si estuviese razonando sola—, la alcanzan enseguida, se acomodan... y mueren por dentro. Se quedan parados durante el resto de su aburridísima vida.

Mercurio no dijo una palabra. Tenía un semblante sombrío, la cabeza inclinada sobre el cuenco de sopa.

De repente, Anna se levantó y se dirigió hacia una piedra de la pared que, mirándola bien, tenía poca argamasa alrededor. La sacó, metió la mano en el agujero y sacó un saquito tintineante. Volvió al lado de Mercurio, deshizo el nudo que cerraba el saquito y dejó caer en su regazo las monedas de oro que Mercurio le había

confiado.

—¿Creías que eran muchas? Pues bien, no es así. Dobla estas monedas —le dijo—. Y cuando las hayas doblado vuelve a doblarlas. Y cuando las hayas cuadruplicado vuelve a cuadruplicarlas. Sin cesar.

—¿Y luego...? —preguntó Mercurio alzando la cabeza.

—¡Y luego te compras el barco! —exclamó Anna apoyando las manos en las caderas—. Estamos hablando de eso, ¿no? Y si el dinero no te basta lo haces con tus manos.

—¡Hablar es demasiado fácil! —estalló Mercurio encolerizado—. ¡En este mundo de mierda nadie te deja hacer lo que quieres!

—Si esperas que te dé una palmada en el hombro y te diga «pobrecito» te equivocas de medio a medio —contestó Anna—. Trata de convertirte en un hombre, ya no eres un niño.

—¡No puedo hacerlo! —gritó Mercurio. Se puso de pie de un salto y subió corriendo la escalera—. ¡Soy un estafador y basta!

Mientras lo veía subir los peldaños de dos en dos, Anna sintió miedo. Una sensación de fracaso. Quizás era similar a la que experimentaba Mercurio, se dijo. Quizás ella también tenía un sueño demasiado grande. —¡Tienes razón! —le dijo a voz en grito con la fuerza del instinto un instante antes de que Mercurio desapareciese en su habitación—. ¡No estás a la altura de algo tan extraordinario! —Contuvo el aliento.

Mercurio se detuvo unos segundos y luego bajó a toda prisa.

Anna notó que estaba conteniendo las lágrimas.

—¿De verdad crees que no estoy a la altura de mi sueño? —le preguntó Mercurio con una mirada entre asombrada y herida.

Anna lo escrutó.

—No —contestó.

—Pero es casi imposible de realizar —dijo Mercurio bajando los ojos.

Anna permaneció callada.

—Es... realmente grande... gigantesco...

—¿Es grande porque el barco es grande? —Anna le acarició el pelo y le apartó un mechón—. Tengo que cortarte el pelo si no dentro de nada te confundirán con una mujer. —Le cogió una mano y lo llevó de nuevo a la habitación de la chimenea. Lo hizo sentarse en una silla al lado del fuego—. No midas la grandeza de un sueño en función de lo que esperas obtener de él —le dijo—. Los sueños no se miden por la altura ni por el peso.

—Pero un barco...

—¿Estás seguro de que tu proyecto es tener un barco? —le preguntó Anna interrumpiéndolo. Cogió las tijeras y se puso detrás de él—. Estate quieto a menos

que quieras que te corte también las orejas —dijo. A continuación metió los dedos entre los rizos oscuros de él y los cortó. Alisó el pelo con un peine de hueso claro y dio un paso hacia atrás para mirarlo.

—Nunca he pensado... —Mercurio dejó la frase inconclusa.

Anna le cortó el pelo a ras de la oreja.

—Solo eres un estafador, ¿es eso? Un delincuente que no tiene ni ideales ni sueños.

Mercurio frunció el ceño.

—No puedes entenderlo... —farfulló.

—Mírame —dijo Anna. Le puso un dedo bajo la barbilla y lo forzó a girar la cabeza hacia ella. Comprobó la longitud del pelo y lo cortó aquí y allí moviendo rápidamente las tijeras. Al cabo de unos minutos volvió a ponerse detrás de Mercurio y retocó el corte. Entonces habló—: ¿No crees que el hecho de vivir en un sumidero suponía ya un proyecto?

—¿Qué proyecto puede haber en vivir...?

Anna le dio un pescozón.

—Vaya una lengua que tienes —dijo—. ¿Quién de los dos manda? ¿Ella o tú? Se adelanta a tus pensamientos. Razona antes de contestar, pero, sobre todo, escucha las preguntas.

—He oído lo que has dicho —dijo Mercurio ofendido.

—Basta ya.

—¡Te he oído!

—¡Estate quieto o te cortaré!

Mercurio se curvó.

—Y yérgete, que no quiero destrozarme la espalda cortándote el pelo.

Mercurio resopló.

—¿Por qué vivías en una alcantarilla? —le preguntó Anna con brusquedad.

Mercurio se encogió de hombros y se rio entre dientes.

—Porque no me gustaba vivir en el palacio de mis padres, calentito, bien servido y respetado...

Anna le soltó otro pescozón.

—Si me tomas por idiota podemos dejarlo aquí —dijo, seria—. Intenta responder a mi pregunta. Los dos sabemos que no tienes padres, que eras más pobre que las ratas, que la vida es muy cruel, que todos te han tratado a patadas en el culo, y todo el resto. —Anna se plantó delante de él y le agitó las tijeras en la cara—. ¿Por qué no te quedaste con ese Scalamorto...?

—Scavamorto —la corrigió Mercurio sonriendo.

—Qué más da, no seas puntilloso conmigo. ¡Estoy perdiendo la paciencia!

—Porque...

—¡Eres un cabezota, Pietro Mercurio de los huérfanos de San Michele Arcangelo! —resopló Anna—. Deberías haberte quedado en tu asquerosa alcantarilla maloliente, a oscuras, sin comida y solo como un perro, en lugar de...

—¡Nos encadenaba a los catres! —explotó Mercurio iracundo—. ¡Como si fuéramos esclavos! ¡Como si fuéramos de su propiedad!

—En cambio, en la alcantarilla eras...

—¡Libre, coño!

Anna hizo amago de darle un revés.

—Atento a cómo hablas, deslenguado. —Acto seguido alargó una mano hacia la cara de Mercurio y la acarició—. Libre, niño mío. Libre, sí.

Mercurio no entendía por qué tenía ganas de echarse a llorar. Se dominó, pero tenía la impresión de que algo se había quebrado en su interior. O de que se había rendido. Su mente estaba ofuscada.

—Para ser uno que nunca ha tenido pasión por el mar es muy raro que de repente quieras ser dueño de un barco —continuó Anna—. Vamos, ¿qué fue lo primero que me dijiste cuando me hablaste de tu sueño?

—Que ayudaría a Giuditta a escapar...

—No.

—El Nuevo Mundo...

—¡No! —Anna lo zarandó por los hombros—. ¡Recuerda la emoción!

—Que quería... ser... —Los ojos de Mercurio se anegaron en lágrimas.

—¡Dilo!

—Libre...

—Repítelo.

—Que quería ser... libre.

Anna lo abrazó.

—Sí, tesoro. Eso es lo que quieres, lo que siempre has querido. No es un barco ni el Nuevo Mundo, que ni siquiera sabes cómo es, que quizás esté lleno de salvajes... Ser libre. Ese es tu proyecto. Siempre lo ha sido. —Se separó de él y le volvió a coger la cara con las manos, conmovida—. Tú llevas la libertad en la sangre. Y en el corazón. Tú... sabes de verdad lo que es, y se la quieres regalar a Giuditta. —Lo abrazó una vez más—. Tu proyecto es mucho más grande que un barco miserable. ¿Te das cuenta?

Mercurio la miró. El calor de la chimenea le secaba las lágrimas.

—A fin de cuentas, ¿qué es un barco? —dijo Anna poniéndose de pie. Cogió una escoba de sorgo y barrió el pelo hacia la chimenea. Lo recogió, lo sostuvo un instante en la mano con la mirada perdida en el pasado—. Gracias, muchacho —dijo—. Hace tiempo le cortaba el pelo a mi marido. Es bonito hacerlo de nuevo. —Dicho esto tiró el pelo al fuego y lo escuchó mientras chisporroteaba.

Mercurio pensó que aún no era libre, porque pertenecía a Scarabello. Pero con la ayuda de Anna lo conseguiría, pensó de improviso. Y la sensación le pareció más cálida que el fuego de la chimenea.

Retrocedió con la mente a su vida pasada y se vio niño, de pie en el borde de la fosa común que había más allá de la plaza del Popolo, en Roma. Recordó la rabia con la que había escrutado los cadáveres amontonados buscando a su madre. Entre los muertos. Con la esperanza de encontrarla muerta. A pesar de que era imposible que la reconociese, porque jamás había sabido quién era. Recordó y solo entonces comprendió que cuando Scavamorto lo obligaba a jugar a «mi madre era» lo que pretendía en realidad era liberarlo de la rabia... Comprendió que, a su manera, como un amo a su esclavo, Scavamorto lo había querido mucho. Y lo perdonó de todo corazón.

Con todo, nunca había buscado un padre. Siempre había deseado una madre. Lo único que había deseado era que no lo abandonase la mujer que lo había traído al mundo y que ella lo aceptase tal y como era.

Allí, delante de la chimenea, volvió a sentir con mayor intensidad la nueva sensación de plenitud interior. Y tuvo miedo de que no fuese real.

—Nosotros somos una familia, ¿verdad? —dijo.

—Hoy en el puerto me han hablado de una tripulación macedonia que hace un año quiso robar a dos judíos, padre e hija, y que solo encontró piedras en sus baúles. —La carcajada de Ester retumbó cristalina ahogando el ruido sordo de la resaca.

Shimon Baruch se paró a mirarla con los pies hundidos en la arena, en la orilla de la playa.

Ester también se detuvo y le devolvió la mirada sin temor alguno. El viento le agitaba el pelo y soltaba algunos mechones de las complicadas trenzas que había enrollado pacientemente alrededor de la frente y que había sujetado con unas finas horquillas de hueso. Una ráfaga de viento más fuerte que las demás le arrancó el pañuelo cuadrado, de seda bordada, que había prendido en la parte superior de la cabeza. Ester trató de sujetarlo, pero el viento se lo arrebató y lo hizo bailar en el aire como una mariposa. Ester se rio de nuevo.

Shimon Baruch, en cambio, no se distrajo con el vuelo del pañuelo. Siguió mirando fijamente los ojos de Ester, que eran verdes como escarabajos, y sus labios carnosos y rosados.

—¿No te parece divertido? —preguntó Ester sonriendo.

Shimon asintió con la cabeza, pero no sonrió, porque aún no había aprendido a hacerlo. Pero sabía que Ester no esperaba que sonriese. Al igual que tampoco esperaba que corriese como un niño por la playa donde todas las tardes se veían para andar desde que él había decidido establecerse en Rímini.

Ester se ruborizó levemente sin que por ello su mirada perdiese intensidad.

Ni se esperaba que él fuese feliz, pensó Shimon.

Ester se volvió para mirar el pañuelo que había planeado en el agua y que flotaba como un nenúfar. Se volvió hacia Shimon, le sonrió y se encogió de hombros como si pretendiese decirle que no le importaba, e hizo amago de echar de nuevo a andar.

Pero Shimon se metió en el agua tal y como estaba, vestido, cogió el pañuelo, y regresó al lado de ella. Lo estrujó y se lo dio.

Ester no sabía qué decir, de forma que se quedó inmóvil. Pero después, cuando vio que la ropa de Shimon chorreaba a sus pies oscureciendo la arena soltó una risotada sin poder contenerse.

Shimon la miró y mientras lo hacía pensó que desde que Mercurio había revolucionado su vida la muerte dormía a su lado, todas las noches, en la cama, con su cabeza descarnada, echándole el apestoso aliento de la corrupción a la cara. Y que su vida se había convertido en una piedra al borde de un precipicio. Una piedra que había empezado a rodar cada vez más rápido, sin el menor control, condenada al abismo. Shimon había descubierto que, durante años y años, había nutrido en su interior una ferocidad idéntica a la del mundo que tanto lo atemorizaba. Había

descubierto que era capaz de matar sin sentir la menor emoción, el menor sentimiento de culpa. Sin miedo.

Había descubierto que podía vivir sin Dios. O a despecho de Dios.

Hacía ya cinco meses que había llegado a Rímini y, una vez más, algo había cambiado de manera radical. Hacía cinco meses que se repetía todas las noches que al día siguiente se marcharía y, sin embargo, siempre se quedaba. «¿Por qué?», se había preguntado. Pero tardaba en darse una respuesta que lo inquietaba. Era más sencillo simular que estaba preparado para volver a marcharse. Mantenía vivo su propósito de venganza. Mantenía vivo el objetivo primordial de su vida. Eludía una respuesta que podía ser embarazosa. «Estoy cansado», se repetía. «Necesito reposar un poco».

Pero la verdad que se cernía sobre él con la pretensión de que la reconociese tarde o temprano era que, hacía cinco meses, al llegar a Rímini, había conocido a Ester. La mujer cuyo nombre significaba «yo me esconderé». La mujer que con su nombre, solo con él, parecía conocer la historia del hombre que decía llamarse Alessandro Rubirosa.

La había visto y al escuchar su voz, tan melodiosa como la de ciertas cantantes de su lejano país, había experimentado una sensación de ligereza como si, de repente, le hubiesen quitado un enorme peso de la espalda. Pero, también se había sentido cansado. Sumamente cansado. Como si solo en ese momento hubiese podido admitir la fatiga a la que se había enfrentado.

La había visto y se había sentido perdonado, acogido. Como si esa mujer pudiese perdonar los pecados y acoger a los pecadores en su interior.

—Venga —dijo Ester—. No puede estar mojado como un pollito. Se pondrá enfermo. —Le alargó una mano.

Shimon dio medio paso hacia atrás mirando fijamente la mano de ella.

Ester la retiró. Pero su expresión no era de tormento, pensó Shimon. Así que se puso a su lado y echaron a andar hacia la Hostaria de Todeschi.

Ester solo logró mantener la seriedad durante unos pasos, después se echó a reír.

—Disculpe... —dijo tapándose la boca con una mano como si fuese una niña. Se volvió a reír señalando los zapatos de Shimon que, a cada paso que daba, soltaban un poco de agua haciendo un ruido cómico—. Parece que tenga los zapatos llenos de ranas. —Se rio a la vez que se ruborizaba y sus trenzas se deshacían con el viento—. No se ofende, ¿verdad?

Shimon negó con la cabeza. No sabía ni cómo ni por qué había sucedido. Lo único que sabía era que cuando había conocido a Ester había sentido que su coraza se resquebrajaba. En ese momento había sabido que nunca se marcharía de Rímini. Que no seguiría el rastro de Mercurio. Que no tenía ganas de privarse de la compañía de Ester. Al menos, no de inmediato.

En ciertas ocasiones, por la noche, cuando se acostaba en su habitación de la

Hostaria de' Todeschi, lo asaltaban unos pensamientos funestos, sentía de nuevo el aliento de la muerte. Pero eran pensamientos ingrátidos. Ligeros como nubes en un día ventoso. Desaparecían en un instante del panorama de sus razonamientos.

Entonces todo su ser volvía a concentrarse en Ester. Recordaba el día que acababa de pasar y se imaginaba el que estaba por venir. Y el hecho de encontrarse a caballo entre uno y otro, en esa suspensión, le causaba un gran placer. Y lo equilibraba.

Porque en ese momento Shimon sabía que no estaba solo.

—¿Le avergüenzan las miradas de la gente? —le preguntó Ester.

Shimon miró alrededor y se dio cuenta de que habían dejado atrás la playa y que estaban paseando por la zona habitada. Cuando se cruzaban con ellos, los transeúntes se volvían a mirar su ropa empapada de agua.

Shimon se dio cuenta de que Ester era la única persona con la que no se sentía disminuido por su mutismo. Esa mujer sabía hacerle preguntas cuya respuesta era simplemente sí o no. Nada más. Con ella Shimon no debía escribir, hacer gestos, esperar a que intuyese. Con ella todo era fácil.

Negó con la cabeza. La gente con la que se cruzaban le daba igual.

Ester asintió, satisfecha.

—A mí tampoco —dijo.

Shimon la miró.

«Es una buena mujer, a pesar de que es judía —le había dicho el tabernero hacía unos días tras notar que Shimon salía a pasear con ella todas las tardes. Después le susurró al oído—. Pero no es de las que se convierte, señor. Por eso haga sus cálculos... en libertad, por decirlo de alguna forma. —Al separarse de él le había sonreído como solían hacer los hombres cuando hablaban de hacer lo que querían con una mujer. Shimon lo había fulminado con la mirada. El tabernero se había arrepentido enseguida y había inclinado la cabeza farfullando—: No me malinterprete, señor...». Shimon había seguido mirándolo con expresión de desprecio.

—¿Quiere entrar en mi casa a secarse? —dijo de improviso Ester parándose delante de la puerta donde todas las tarde se despedían después del paseo—. Podría ponerse la ropa de mi marido mientras la suya se seca.

Shimon se quedó pasmado. Miró alrededor.

Ese día, después de que el tabernero hubiese exteriorizado sus vulgares insinuaciones, por primera vez desde que frecuentaba a Ester, mientras caminaba a su lado por la orilla del mar, Shimon había pensado en su cuerpo desnudo. En su calor. Y había pensado en darle un beso.

—No me interesan los chismes, ya se lo he dicho —dijo Ester.

Shimon pensó inesperadamente en la joven de la posada de Narni, que no había logrado poseer, pese al deseo que había sentido él y a la belleza de ella. Por primera

vez en varios días pensó que debía marcharse de allí y seguir buscando a Mercurio. «No descansarás hasta que no encuentres a ese muchacho». Se sintió enjaulado, acorralado. Sintió que la rabia le borboteaba en el pecho. Miró a Ester como habría podido mirar a una enemiga. Luego se volvió con brusquedad y se alejó iracundo.

Ester no dijo una palabra ni intentó detenerlo.

Al llegar a la esquina, Shimon se volvió para mirar a Ester. Vio que estaba abriendo la puerta de su casa, con la cabeza gacha. Vio que la llave se le caía al suelo y que cuando se inclinaba para recogerla se pasaba el dorso de la mano bajo un ojo, como si se estuviese enjugando una lágrima.

Volvió a ver el rostro corrompido por el vicio y el cuerpo provocador de la joven de Narni que lo había humillado, que lo había hecho sentir un hombre a medias. Su respiración se inflamó en la garganta. Apretó los puños y las mandíbulas. Clavó las uñas en las palmas de las manos y sus dientes rechinaron.

Mientras Ester cerraba la puerta lentamente Shimon se precipitó sobre ella. La empujó dentro de casa, con violencia, con los ojos inyectados en sangre y abiertos desmesuradamente por la furia. Cerró dando un portazo a su espalda.

Ester le plantó cara.

Shimon se quedó quieto unos segundos. Vibrando. Después se abalanzó sobre ella con brutalidad, sin la menor consideración. La sangre le había subido a la cabeza como una oleada. Y, como la resaca, la sangre había vuelto a bajar a toda prisa por su cuerpo, lo había atravesado destrozándolo y, al reventar, había hecho crecer la carne que tenía entre las piernas. Presionó a Ester con su carne rígida, apoyando sus caderas en las de ella, agarrándole la espalda, atrayéndola hacia él. Le levantó la falda a la vez que la empujaba contra la pared. Metió una mano en las bragas de tela, las desgarró, sus dedos se insinuaron entre los muslos.

Ester cerró los ojos y abrió la boca, como si emitiera un grito mudo.

Shimon llegó a una mancha áspera de vello. La separó y se introdujo en ella. Sintió una resistencia carnosa, quebrada, hasta que, de improviso, la carne que había bajo sus yemas se abrió. Estaba mojada.

Ester no podía respirar, tenía los ojos muy abiertos.

La mano de Shimon empezó a moverse en la cálida, húmeda y viscosa boca que se había abierto entre las piernas de la joven. Una yema presionó una protuberancia minúscula, más dura que el terciopelo que la encerraba. Escuchó el cuerpo de Ester, que se transformó cuando él la tocó. La otra mano dejó de sujetar a la mujer contra la pared, se deslizó hasta el escote del vestido y lo rompió dejando a la vista los senos de ella. Apretó un pezón con ardor.

Ester gimió de dolor. Y de placer.

Shimon la besó, poco menos que mordiéndola, humillándola con la arrogancia de su lengua, que la violaba y la inspeccionaba. Se separó de la joven jadeando. Miró los

labios de Ester, que brillaban, mojados por el beso. Y vio que también ella le miraba los labios, mojados por el mismo beso.

De repente, Ester cogió la mano de Shimon y la empujó con fuerza a la vez que ella apretaba las piernas, las contraía y se curvaba sobre sí misma.

Shimon experimentó una intensa emoción, como si la furia y la alegría lo estuviesen sacudiendo al mismo tiempo. Tiró a Ester al suelo con brutalidad, le levantó la falda y le miró el vello negro, que su mano había descompuesto. Vio que Ester abría poco a poco las piernas, y con ellas la apertura pulsante y húmeda. Vio que contraía los músculos del abdomen. Se desabrochó los pantalones con furia y la penetró como si debiese matarla con su carne rígida. Vio cómo desaparecía dentro de Ester. Sintió un calor inaudito y, mientras Ester secundaba sus movimientos, notó que la sangre fluía enloquecida por su cuerpo en un vertiginoso huracán.

Ester le cogió las manos y las apoyó en su pecho.

Shimon apretó los dientes hasta que los oyó rechinar en la cabeza. Dio uno, dos, tres golpes de riñones, cada vez con más ímpetu, hundiéndose dentro de ella.

—Sí... —le dijo Ester.

Pero Shimon ya no la oía. Sus gemidos le taponaban los oídos, su mente se había fundido en la arrolladora sensación que se estaba aferrando a su espina dorsal como un parásito feroz. Al final se rindió por completo a ese placer, tan similar a un desgarró.

Luego, mientras Ester lo retenía en su interior, sintió que un nudo se deshacía en sus entrañas.

Y, por primera vez desde que se había quedado mudo, sintió que podía emitir un sonido.

—Llora —le dijo quedamente Ester—. Llora...

La niña señaló un grupo de edificios apretados entre ellos y altos como torres en la zona de San Cassiano, y apresuró el paso.

Isacco percibió un aroma en el aire que no supo identificar. No era ni un perfume ni un olor, pensó, sino, más bien, una mezcla de las dos cosas. Y las dos debían de ser fuertes, intensas, sin matices. Sintió la tentación de dar media vuelta y regresar.

Como si lo hubiese notado, Donnola le agarró un brazo. Lo miró. El médico tenía en la cara las huellas de los días tristes de vicio en que se había abandonado a la desesperación.

Parecía un viejo. Habían tardado casi una hora en llegar allí, más allá de Rialto, a través de los restos del incendio de las Fabbriche Vecchie. Isacco caminaba con parsimonia, sin mirar alrededor. A cada paso que daba Donnola temía que se parara y que cambiase de idea. La niña que los guiaba, en cambio, temblaba y aceleraba sin cesar, de manera que tras dar unos pocos pasos se quedaba sola y debía detenerse para esperarlos.

—Mi madre está allí —dijo la pequeña entrando en un patio a toda velocidad.

Donnola se volvió hacia Isacco y vio que el médico tenía la mirada perdida.

—Venga, doctor...

En un primer momento, Isacco opuso resistencia, pero al final cedió.

—De acuerdo, vamos a matar también a esa mujer... —dijo.

Donnola no hizo ningún comentario. Hacía varios días que Isacco se había encerrado en sí mismo. Se culpaba de las muertes de su esposa y de Marianna, y no había forma de hacerle cambiar de opinión. Pero algo había cambiado. El médico estaba allí, a un paso de retomar su actividad, a un paso de reaccionar. Esa niña lo había logrado, pensó Donnola. O quizá el amor de Giuditta. Isacco debía de haber visto en la mirada de su hija el orgullo que esta sentía de que fuera su padre, a la vez que la niña repetía, mientras agonizaba, que Marianna había dicho a su amiga que había conocido a un buen médico con un corazón de oro, carente de prejuicios.

—En Venecia hay unas doce mil putas —dijo Donnola mientras entraban en un vestíbulo pintado de color rojo escarlata, bullicioso, siguiendo a la niña.

—Así que puedo matar a todas las que quiera —comentó Isacco—. En todo caso, será difícil que se extingan.

—¿Cuándo dejará de compadecerse, doctor? —preguntó Donnola.

—¿Qué motivos tengo para reírme?

—Por ejemplo, porque en Venecia hay doce mil putas.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—En lugar de pensar en cuántas matará —dijo Donnola—, compórtese como un judío y piense en todo el dinero que podrá ganar.

Isacco lo miró en silencio. Nadie haría lo que hacía él.

—Gracias, Donnola —dijo.

—¿Gracias, de qué?

—Olvídalo. —Isacco sonrió con melancolía—. Gracias en cualquier caso.

—Hace falta ser inteligente para comprenderle, doctor —afirmó Donnola—. No obstante, procure no decir tonterías a su primera clienta. Haga todo lo posible para causarle una buena impresión.

—Vete a la mierda, Donnola.

—¡Oh! ¡Ahora le reconozco! —exclamó Donnola con jovialidad—. Vamos antes de que a esa niña le reviente el corazón de impaciencia.

Isacco subió los tres peldaños que daban acceso al patio del edificio. Apenas entró lo asaltó el aroma que había percibido antes. Se dijo que debía de haber entrado en el laboratorio donde se destilaba el olor que flotaba en la calle. Decenas y decenas de aromas, olores y hedores nauseabundos contendían en el aire. Olía a verbena, cilantro, especias orientales, maderas, ámbares, mirras, inciensos, flores exóticas. Y a sudor, orina, heces, suciedad y comida en putrefacción. Y a leche, cuajo, queso y moho. Y los olores y aromas peleaban entre ellos en una Babel olfativa que mareó a Isacco. Se cogió al pasamano que había a los pies de la escalera a la que habían llegado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Donnola.

Isacco alzó la mirada. Varios peldaños más arriba una mujer gorda se había desmayado y había caído contra la barandilla. Un mocoso meaba en la pared. Alrededor de ellos la gente subía y bajaba riéndose, maldiciendo, cayéndose, escupiendo, palpándose bajo la ropa, riñendo, pegándose, besándose, escapando y persiguiéndose. Y los ruidos, al igual que los aromas y los olores, se mezclaban en una única cacofonía.

La niña los esperaba saltando en un escalón manchado de vómito.

—Dios mío... —dijo Isacco—, pero ¿dónde estamos?

Donnola se rio.

—Es el Castelletto, doctor. El barrio de las putas.

—Dios mío... —repitió Isacco.

—¡Vamos, aprisa, por favor! —dijo la niña.

Isacco asintió con la cabeza y empezó a subir los escalones al mismo tiempo que una prostituta flaca como una escoba y con una nariz tan curvada como el pico de un águila real se abría la camisa delante de ellos dejando a la vista un pecho marchito y descarnado que parecía el pecho enjuto de un hombre enfermo de tisis. Isacco se tapó la cara con una mano haciendo una mueca y siguió andando.

—¡Sodomita! —le gritó la prostituta.

Isacco se volvió. La mujer tenía la boca abierta y un puñado escaso de dientes

largos y amarillos.

—¿No te gustan las mujeres, sodomita? —gritó escupiéndolo.

Donnola soltó una carcajada sin poder evitarlo. También Isacco, después de un sínfin de días, se rio. Poco. Pero se rio. Y algo nuevo y definitivo se movió en su alma. Luego, apretando el paso y subiendo los peldaños de dos en dos, dejó atrás a Donnola y se acercó a la niña.

—¿De qué te ríes, sodomita? —le preguntó la prostituta a voz en grito sacando sus senos marchitos con orgullo—. ¡Sodomita!

—¡Espere, doctor! —gritaba entretanto Donnola jadeando—. Que nos dé un... ¡Hay que ser inteligente para entenderle! ¿Qué le pasa?

—¡Aprisa, Donnola!

—Está loco, desde luego —masculló Donnola.

Cuando llegaron al quinto piso después de haber atravesado un río de hombres y mujeres, la niña guio a Isacco por un pasillo estrecho y oscuro. La mayor parte de las lámparas estaban rotas y apagadas. Al pasillo se abrían decenas de puertas, una pegada a la otra. Varias estaban abiertas, de forma que Isacco, al pasar, entreveía cuerpos de hombres y mujeres que se entrelazaban en unos coitos carentes de delicadeza en unos jergones más bien sucios. La niña pasaba por delante de ellos sin mostrar la menor turbación. Al llegar a una puerta en la que había dibujada una mujer procaz y desnuda, la niña llamó tres veces, luego dos y, por último, una, y dijo: —Soy yo.

—¿Estás sola? —preguntó una voz débil desde el interior.

—Estoy con el médico —contestó la niña.

En la habitación se oyó un sollozo sofocado seguido de una voz: —Entra.

La niña cogió la llave que llevaba colgada al cuello y la hizo girar en la cerradura. Antes de empujar la puerta se volvió hacia Isacco.

—Cure a mi madre, doctor... se lo ruego. —Se mordió el labio inferior para contener las lágrimas—. Y no le diga que he llorado —añadió susurrando.

Isacco asintió con la cabeza, pero sintió que la responsabilidad lo abrumaba de nuevo. Pensó que debía marcharse, que debía decir a la niña que su madre estaba condenada, que iba a sufrir las penas del infierno y que después moriría, devorada por la enfermedad.

—Aquí estoy —dijo Donnola apareciendo de repente.

Isacco lo miró.

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó en voz baja.

La niña los estaba observando.

Desprevenido, Donnola no contestó.

—Hágale lo que le hizo a Marianna —dijo la niña con los ojos enrojecidos—. Aunque se muera... —Contuvo un sollozo—. Que muera feliz como Marianna. —

Metió una mano en el bolsillo del delantal, sacó un pañuelo verde, atado, lo abrió, cogió un *marchetto* y se lo ofreció a Isacco.

El médico sentía la cabeza cargada debido al vino que había bebido. Olfateó el aire malsano del pasillo. Miró el *marchetto* que la niña tenía en la palma de la mano. Era una de las monedas que solo circulaban entre los niños y los muertos de hambre. Cerró la mano sucia de la niña alrededor de la moneda sucia de los pobres.

—Quédatela tú —le dijo.

Luego entró.

—Ponte a los remos —dijo Mercurio saltando dentro de la *Zitella*, la barca del pescador de Mestre que lo había llevado por primera vez a Venecia escondido bajo la cesta del pescado.

El pescador sabía ya quién era. Le habían confirmado que el joven trabajaba para Scarabello.

—¿Adónde quiere ir, señor? —le preguntó.

—Primero al río de la Tana y luego a la Porta di Terra del Arsenal —dijo Mercurio.

El pescador titubeó.

—¿El río de la Tana? —preguntó con un hilo de voz—. Pero allí no hay nada... Solo los muros del...

Mercurio se sentó en la proa dándole la espalda y no le contestó.

—¡Tonio! —dijo entonces el pescador. Cuando apareció un muchachote grande y grueso con un pendiente redondo en el lóbulo izquierdo le dijo—: Llama a tu hermano, hay que remar.

Tonio se volvió.

—¡Berto! ¡A remar! —gritó. Al cabo de unos segundos otro joven apareció en el muelle. También él llevaba pendiente y era aún más gordo que su hermano.

Mercurio los miró. No le gustaba la idea de cruzar la laguna con los dos gigantes.

—El señor es amigo de Scarabello —explicó el pescador a los dos hermanos como si hubiese comprendido el estado de ánimo de Mercurio.

Los dos gigantes se encogieron al oír el nombre de Scarabello.

—Señor... —dijo uno de los dos a Mercurio a modo de saludo.

—Vamos al Arsenal —dijo el pescador.

Los dos hermanos se sentaron en la bancada central y se arremangaron las casacas, pese al frío.

—Si reman ellos llegaremos antes —dijo el pescador a Mercurio señalando a los hermanos—. Son dos *buonavoglia*.

—¿Qué son? —preguntó Mercurio.

—Somos galeotes, señor —contestó Tonio mostrándole una muñeca y la de su hermano. Los dos tenían un signo circular más oscuro que la piel de alrededor, una suerte de cicatriz o de callo—. Pero, a pesar de que somos *buonavoglia*, galeotes voluntarios a sueldo, nos encadenan a los remos durante las batallas para que no cedamos a la tentación de tirarnos al mar y escapar —dijo con jovialidad.

Mercurio asintió con la cabeza. Tenían las muñecas tan gruesas como su brazo.

El pescador soltó las amarras y empujó la barca para alejarla del muelle. Los dos hermanos cogieron los remos. Se miraron mientras hacían la maniobra, respiraron

hondo y hundieron los remos en el agua.

—Y uno... y boga... y dos... y boga —dijo Tonio.

Los remos de haya crujían bajo el tremendo empuje de los dos hermanos.

—¡Más despacio, que los vais a romper! —gritó el pescador, que iba al timón.

Los dos hermanos se rieron, pero no aminoraron la marcha.

En un instante la barca alcanzó una velocidad que a Mercurio le pareció inaudita. La proa se hundía con ímpetu en el agua partiendo en dos las olas espumosas. Cada vez que los gigantes bogaban Mercurio tenía que aferrarse a la bancada de proa para no caerse, empujado hacia atrás por la fuerza con que lo hacían. Los miró. Tenían una expresión alegre, casi parecía que se estaban divirtiendo, y no parecían fatigados, pese a la velocidad y a que tenían el rostro perlado de sudor.

El pescador guiaba seguro la barca por los canales flanqueados de juncos, a pesar de que la niebla impedía ver a más de diez pasos. Mercurio no sabía dónde estaban. Avanzaron a esa velocidad vertiginosa durante una media hora sin que los gigantes desfallecieran o aminorasen el ritmo en ningún momento.

Mercurio estaba absorto en sus pensamientos. Había trazado un plan para entrar en el Arsenal. El único que se le había ocurrido. En su opinión era la única alternativa. Pensaba también que la relación con Scarabello era inevitable. Le pertenecía. Era suyo. Pero lo engañaría. Había engañado a los curas del orfanato, a Scavamorto y a la guardia pontificia, así que, tarde o temprano, lo engañaría también a él.

—Este es el río de la Tana, señor —dijo el pescador.

Mercurio abandonó por un momento sus reflexiones para volverse a mirarlo. A su izquierda se erigían los muros del Arsenal. Miró hacia arriba. Era un buen salto. Se volvió hacia los dos gigantes. Incluso en el caso de que los persiguieran, con ellos dos a los remos nunca los atraparían.

—Dentro de unos días necesitaré vuestra ayuda.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Tonio.

—Venid aquí al anochecer —contestó Mercurio—, y esperadme. Yo llegaré... y tendré cierta prisa.

—Señor, yo... —terció el pescador.

—Os daré tres monedas de oro a cada uno —dijo Mercurio.

El rostro de los *buonavoglia* se iluminó.

—Señor... —prosiguió el pescador.

Mercurio le apuntó un dedo hacia el pecho.

—Aún debes hacerte perdonar una cosa, así que podría pedírtelo sin darte a cambio ninguna compensación. Pero también puedo decirle a Scarabello que te has negado a ayudarme.

El pescador palideció y calló inclinando la cabeza.

—Ahora llevadme a la Porta di Terra. Quiero entablar amistad con unos cuantos trabajadores del Arsenal. ¿Cómo puedo reconocerlos?

Cuando llegaron a la Darsena Vecchia atracaron en un muelle donde estaban descargando balas de cáñamo para fabricar cuerdas de una peata de grandes dimensiones.

—Mire —dijo el pescador a Mercurio—, los más andrajosos son simples peones o descargadores. Los otros, los del uniforme gris con la raya blanca y roja en los pantalones... esos son los *arsenalotti*.

Mercurio le dio una palmada en el hombro.

—Gracias —dijo. Acto seguido saltó a tierra.

—Señor —dijo el pescador siguiéndolo por el muelle. Se paró delante de él inclinando la cabeza. Hinchó el pecho un par de veces, respirando embarazado, luego habló en voz baja, sin alzar los ojos del suelo.

—Le ruego que me perdone por lo que sucedió con Zarlino cuando nos conocimos. Me comporté como un canalla, tiene usted razón. El caso es que yo... — el pescador se torturó los dedos—, soy un verdadero canalla... —Respiró de nuevo hondo encogiéndose de hombros—. Le ruego que acepte mis disculpas, señor.

Mercurio no se esperaba las palabras del pescador. No respondió enseguida, no sabía qué decir.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al final.

—Battista —respondió el pescador.

—Yo, Mercurio. Deja ya de llamarme señor.

El pescador alzó los ojos y sonrió. Asintió con la cabeza, agradecido, y dijo:

—*Ciao*.

Mercurio frunció el ceño.

—¿*Ciao*? ¿Qué quieres decir?

—*Schiavo* —dijo el pescador—. Nosotros tenemos por costumbre decir «*schiaivo vostro*», esclavo suyo. En nuestra lengua, *schiaivo* se dice «*sciao*». Con el tiempo hemos perdido la ese... —Se rio—. A saber dónde.

—Me gusta esa palabra —dijo Mercurio. Le dio una palmada en el hombro—. *Ciao*, Battista.

El pescador lo detuvo volviendo a ruborizarse.

—¿Es peligroso lo que debemos hacer en río de la Tana? Tengo esposa y dos hijos pequeños...

—No —mintió Mercurio—. Es una estupidez. *Ciao*, Battista.

Battista sonrió contento.

—*Ciao*... Mercurio.

Mercurio le guiñó un ojo, se metió las manos en los bolsillos y se aproximó a la zona de descarga. Saludó con un ademán de la cabeza al grupo de *arsenalotti*. Nadie

le respondió. Al contrario, todos, salvo un joven que debía de tener su edad, lo miraron con suficiencia.

Era un tipo cordial, pensó Mercurio. Justo lo que necesitaba.

Fingió que seguía por su camino, pero en cuanto pudo se escondió detrás de un edificio y observó al joven. Estaba oscureciendo. Al cabo de un rato, la peata partió y llegó otro barco ancho y bajo, con el fondo plano y el blasón del Arsenal pintado en la amurada derecha. Los *arsenalotti* estibaron las balas de cáñamo en el barco de carga con rapidez y eficiencia, después la embarcación viró y se volvió a marchar por el canal en dirección a la Porta d'Acqua. Los trabajadores del Arsenal se despidieron hasta el día siguiente. En grupos reducidos se dirigieron a las viviendas que la Serenísima ponía a su disposición y a la de sus familias.

Mercurio siguió a hurtadillas al *arsenalotto* que le había devuelto el saludo. Al cabo de un instante vio que el joven se despedía de sus compañeros y entraba en un largo edificio de tres pisos. Mercurio sintió una punzada de desilusión. Si entraba enseguida en su casa no tendría ocasión de pegar hebra con él, como había planeado. No obstante, poco después de desaparecer de su vista, el chico asomó la cabeza por el portón procurando que no lo vieran, y miró a sus amigos, que ya estaban lejos. Salió a hurtadillas y se encaminó apretando el paso hacia una calle oscura. Mercurio, que se había guarecido de inmediato en la sombra, lo siguió. Pensó que el joven tenía algo que esconder.

El *arsenalotto* llegó a un farol que brillaba tenuemente en mitad de la calle, abrió una puerta y entró.

Mercurio se acercó a ella. Era una taberna. Miró por el ventanuco que había a un lado. Vio que el joven cogía con avidez el vaso de vino que le estaba ofreciendo la tabernera.

«Te gusta beber», pensó. «Bien. Un punto a mi favor».

Después vio que el *arsenalotto* se sentaba a una mesa donde estaban jugando a los dados.

«Y te gusta perder dinero. Aún mejor», pensó Mercurio.

Mientras se disponía a lanzar los dados, el joven hizo un ademán a una muchacha para que se acercara. La joven se aproximó a él contoneándose y se rio cuando él le restregó los dados por el pecho antes de arrojarlos.

«Además te gustan las putas», se dijo Mercurio. «Eres mi hombre».

Así pues, entró en la taberna sin mirar al joven, se dirigió a la barra donde la dueña del local se espulgaba perezosamente el pelo y arrojó sobre la superficie de madera un *matapan* lo bastante fuerte para que se oyese en las mesas vecinas. El aire, viciado por la respiración de los clientes, olía a vino rancio y a carne hervida y caramelizada con ciruelas y membrillo.

—Quiero comer y beber —dijo dando una palmada en el trasero a la joven que se

había restregado los dados por el pecho.

Por un momento pareció que la muchacha iba a rechazar al joven a cajas destempladas, pero después vio que este sacaba otra moneda de plata y se la metía por el escote, así que se rio haciendo una mueca maliciosa.

Mercurio se sentó de manera que el *arsenalotto* pudiese verlo. A continuación invitó a la joven a tomar asiento a su lado y le ofreció su vaso de vino. No tenía la menor intención de beber, sabía que el vino era su punto débil. Nunca lo había aguantado bien. En cambio, la muchacha apuró el vaso de un solo trago y lo dejó bruscamente sobre el mostrador.

El *arsenalotto*, que iba a lanzar de nuevo los dados, hizo un ademán a la joven para que se le acercase.

Mercurio le sirvió otro vaso de vino a la muchacha. Esta movió el seno provocando al *arsenalotto*, metió dos dedos en él y sacó la moneda que le había dado Mercurio. Entreabrió los labios y se encogió de hombros. Acto seguido dio un beso a Mercurio y se bebió de un trago el segundo vaso de vino.

El *arsenalotto* tiró los dados enfurruñado. Perdió. Dio un puñetazo a la mesa y se levantó en medio de las protestas de sus compañeros de juego.

Iracundo, se acercó a la joven y le agarró una muñeca.

—Cuando te digo que vengas a traerme suerte procura hacerlo —dijo. Luego se volvió hacia Mercurio con aire desafiante—. ¿Tienes algo que objetar?

No era robusto, pensó Mercurio. Podía tirarlo al suelo en menos que canta un gallo. Su agresividad era la propia de la gente que gozaba de una buena posición social. Como los nobles, que se creían superiores por nacimiento y que, en consecuencia, se consideraban inatacables. El joven era así. Su posición en el escalafón humano le hacía pensar que tenía más derechos que los demás y daba por descontado que todos lo veían de la misma forma. Pero no era una mala persona. No era un duro. Al contrario. Sus ojos reflejaban debilidad y, sobre todo, simpatía, pensó Mercurio. Su primera impresión había sido correcta.

—Sí, tengo algo que objetar —dijo Mercurio.

—¿Qué? —preguntó el joven apretando los puños a su pesar.

Mercurio lo miró impasible.

—Creo que esta puta debería comprender el gran honor que supone haber sido elegida por un *arsenalotto* —afirmó. El muchacho frunció el ceño asombrado—. ¿Puedo invitarte a beber algo? —prosiguió Mercurio—. Levántate —dijo a la joven tirándola del taburete con un empujón.

—Esta no te la devuelvo —dijo la muchacha apretando en el puño la moneda de plata.

—¡Le he dado un *matapan* para que os invite a beber a todos, amigos! —gritó Mercurio a los parroquianos de la taberna.

—¿Otro *matapan*? —exclamó la dueña y se inclinó hacia el borde de la barra para coger a la joven, que trató de esquivarla. Pero la tabernera la agarró por el pelo. La joven gimió. Aprovechando que la dueña la sujetaba, un par de clientes le quitaron la moneda de la mano y se la entregaron a esta gritando:

—¡Danos de beber a todos!

La joven miró a Mercurio con rencor.

—Canalla —gruñó.

—La vida es dura —dijo Mercurio—. Lo siento.

—Que te den por culo —dijo la joven.

—Vamos, desaparece —añadió el *arsenalotto* sentándose al lado de Mercurio—. ¿Nos conocemos? —preguntó.

Se habían conocido hacía apenas un instante y ya no se acordaba de su cara, pensó Mercurio. No era un buen fisionomista, circunstancia que favorecía también su plan.

—No, no nos conocemos —le contestó—. ¿Crees que si uno como yo conociese a un trabajador del Arsenal lo olvidaría así como así? —exclamó.

El joven sacó pecho, halagado en su vanidad.

Mercurio supo que lo tenía en un puño y pensó que, a buen seguro, tarde o temprano se liberaría del yugo de Scarabello y decidiría qué hacer con su vida, pero que, por el momento, se iba a divertir como un enano con ese bobalicón.

—Tienes que contarme tu vida —le dijo.

Costanza Namez —a quien llamaban Repubblica porque era «un bien común», al menos para los hombres venecianos— vivía en una habitación miserable con su hija Lidia, en el quinto piso de una de las torres, tal y como se denominaban los altos edificios del Castelletto. Ya fuese porque la enfermedad estaba en un estado avanzado o por desidia, el caso era que la habitación apestaba cuando Mercurio metió el pie en ella.

El cuarto tenía un ventanuco partido en dos por el tabique que habían construido para crear la habitación contigua, donde vivía otra prostituta, y doblar así las ganancias. Junto al ventanuco había un camastro estrecho con un colchón bajo y lleno de salvado de avena comprimido y poblado de chinches. Una cortina, colgada de un hilo que atravesaba la habitación, separaba la zona privada, por decirlo de alguna forma, de la zona de trabajo, que estaba en la entrada y donde había una cama más grande, mísera en cualquier caso, en la que Repubblica se concedía a sus clientes.

El problema era que hacía un mes los clientes habían desaparecido. La razón era que la voz había corrido enseguida. Todos sabían que Repubblica había contraído la enfermedad contagiosa.

Isacco se acercó a la cama donde yacía la mujer. La niña, su hija Lidia, estaba ya sentada a su lado y le tenía una mano. Repubblica estaba sudada, febril. Isacco la miró. No se podía decir que fuese guapa. El óvalo de su cara se interrumpía bruscamente, como si le faltase parte de la barbilla. Los incisivos superiores eran largos y saltones, y la nariz puntiaguda, de forma que parecía un roedor. Pero cuando Lidia la destapó para que Isacco pudiera reconocerla comprendió cuáles eran las cualidades de Repubblica. Pese a ser menuda, tenía unos senos grandes y redondos, que parecían de mazapán, de color blanco. Las caderas eran redondeadas y el vello del pubis, pese a que se oscurecía en la raíz, era dorado.

—Se lo tiño yo —dijo orgullosa la niña mientras abría las piernas de su madre para enseñar a Isacco la primera pústula que había aparecido.

Isacco reconoció los mismos síntomas de la enfermedad que había acabado con la vida de Marianna.

—Tápala —dijo a la niña, después se volvió hacia Donnola—. Gayuba, árnica, garra del diablo, bardana, caléndula, granos de incienso... y que te preparen otra vez el aceite de palo santo —le dijo.

—Y nada de triaca —añadió Donnola esbozando una sonrisa.

—Y nada de esa asquerosa triaca —asintió Isacco. En tanto que Donnola salía exhaló un suspiro, se quitó el gabán y el gorro amarillo y se arremangó la camisa—. A trabajar —dijo a la niña—. Necesito un paño de lino y agua caliente para enjuagar las heridas. ¿Puedes calentar agua limpia?

—Aquí no —dijo Lidia—. Hay que ir a casa de Bocca.

—Pues ve a casa de esa... Bocca —dijo Isacco al ver que la niña no se movía.

—Ahora no puedo. —Lidia inclinó la cabeza y sonrió—. Cuando pasamos por allí oí que estaba trabajando.

—Ah, comprendo... —Isacco apartó la cortina para dejar entrar un poco de luz—. Y, en tu opinión, ¿cuánto tardará?

Lidia se encogió de hombros.

—Ya —resopló Isacco acercándose a la ventana—. ¿Cómo se abre?

—Solo se puede abrir desde la otra habitación —contestó Lidia.

—Bueno, pues ve a hacerlo, tu madre necesita aire puro.

La niña apoyó una oreja en el tabique que separaba las dos habitaciones. Sacudió la cabeza.

—No puedo, Cardinale también está trabajando.

—¿Qué *cardinale*?

Lidia se echó a reír.

—Quirina se viste siempre de rojo y parece más un hombre que una mujer.

Isacco golpeó el tabique exasperado.

—¡Abre la ventana, Cardinale!

—¡Que te den por culo, cabrón! —Se oyó al otro lado de la pared.

—Además, tiene una voz masculina —comentó Isacco a Lidia.

—Y pega como un hombre —añadió la niña.

—En ese caso será mejor que no insistamos —dijo Isacco sentándose en el camastro al lado de Repubblica. Le puso una mano en la frente. Luego se volvió hacia Lidia—. Ve a ver si, al menos, puedes calentar un poco de agua... ¿Has dicho que se llama Bocca?

—Sí, la llaman Bocca porque...

—Me lo imagino —la atajó Isacco—. Plántate delante de la puerta hasta que se libere y después vuelve con agua y un paño, pórtate bien.

La niña miró a su madre.

—Yo me quedaré con ella —le dijo Isacco.

Lidia salió.

Isacco cogió un borde de la manta para enjugar el sudor que perlaba la frente de Repubblica.

La prostituta abrió los ojos. Estaban inyectados en sangre, pero presentes.

—Finjo que duermo porque me da pena mirar a mi hija —dijo la mujer con una voz cálida y sensual.

Isacco se quedó atónito. La voz, extraordinariamente hermosa, desentonaba con su fisonomía.

Repubblica pareció leerle el pensamiento.

—Apago la luz de la habitación y luego les digo lo que más les excita... me refiero a mis clientes... Lo agradecen mucho.

—Comprendo —dijo Isacco—. ¿Cuándo empezó? ¿Cómo va? ¿Cómo te encuentras?

—Escucha, doctor —dijo Repubblica con su voz sensual, cogiéndole una mano—. Sé que voy a morir. Ayúdame a hacerlo dulcemente, igual que Marianna. Fui a verla cuando contraje la enfermedad, y me dijo que la estabas ayudando a morir en paz. Te bendecía por lo que estabas haciendo. Jamás tuvo esperanzas de curarse... pero me dijo...

—Basta. Tú no vas a morir —aseguró Isacco.

Repubblica lo miró en silencio.

—No tengo dinero —dijo al cabo de unos segundos. Se rio con la entonación sabia y melancólica que tenían siempre las putas, pensó Isacco—. Dudo que quieras cobrarme en especie.

Isacco le sonrió.

—Hasta ahora he logrado mantener alejada a mi hija de este oficio —prosiguió Repubblica guiñando los ojos—. Pero ¿después...? ¿Cómo se las arreglará?

Isacco sintió una punzada en el estómago, pero no consiguió decir nada. Siguió cogiéndole la mano, con la cabeza inclinada, confiando en que la niña no tardase en volver y que Donnola llegase con ella. Cuando había pensado que dedicarse a la medicina era su nuevo destino no había comprendido que ello implicaba vivir constantemente al lado de la muerte, con sensación de impotencia en la mayoría de los casos. No entendía cómo no había caído en la cuenta de algo tan elemental, tan lógico. «Aunque quizás era aquí adonde querías que llegase», pensó como si estuviese hablando con su mujer. «¿Tenía que respirar la muerte para poder aceptar la tuya?».

La puerta se abrió de golpe y una figura imponente, con dos tetas musculosas que se balanceaban en el interior de una túnica roja, entró en la habitación.

—¿Eras tú el que daba el coñazo antes?

Isacco se puso de pie. Era, cuando menos, un palmo más bajo que ese extraño ser que era, a todas luces, Cardinale.

—Lo siento... Soy médico y...

—¿Cómo está? —preguntó la mujer.

—Nada bien.

—¿Qué necesitas?

—Quiero airear la habitación —explicó Isacco.

—Podías habérmelo dicho antes —rezongó Cardinale saliendo.

—Pues sí, qué idiota... —dijo Isacco en voz baja.

—Es una buena persona —afirmó Repubblica.

La ventana se abrió.

—Tápate bien —dijo Isacco. Después fue a la habitación de Cardinale—. Gracias. Ahora hay que limpiar el cuarto. Es importante.

Por un momento, dio la impresión de que Cardinale iba a darle un puñetazo. En cambio, salió al rellano, se asomó a la barandilla y gritó: —¿Quién tiene una escoba, agua y trapos? Tenemos que limpiar la habitación de Repubblica. ¡Vamos, zorras, si me hacéis bajar os partiré la cara!. —Volviéndose hacia Isacco le dijo: —Ahora vendrán.

Al cabo de un rato llegaron dos prostitutas con un cubo y unos cuantos trapos y cepillos. Una había llevado también un poco de lejía. Sin hacer preguntas se arrodillaron y empezaron a lavar el suelo. Entretanto, Cardinale arramblaba con los vestidos sucios, los cachivaches y los restos de comida y echaba los platos sucios a una palangana, donde otra prostituta, atraída por la actividad, los lavaba con agua y ceniza.

En un santiamén limpiaron la habitación, y el hedor desapareció. Cuando Donnola llegó con los medicamentos y Lidia con el agua hirviendo y los trapos no daban crédito a sus ojos. Cerraron la ventana y encendieron la chimenea. A la puerta del cuarto de Repubblica se había apiñado un grupo de mujeres.

—Ahora debería darle las medicinas —dijo Isacco.

Las prostitutas asintieron con la cabeza, pero no se movieron.

—Así no puede respirar, por favor —dijo Isacco.

—¿Estás seguro de lo que haces, doctor? —preguntó Cardinale con escepticismo. El médico le sonrió.

—Vamos, putas, largaos de aquí —rugió Cardinale ordenando con un ademán a sus colegas que salieran.

Mientras las prostitutas abandonaban la habitación se difundió un murmullo temeroso. Unos segundos después hizo su aparición un hombre vestido de negro que iba escoltado por dos hombres, uno de los cuales era tuerto. Pegada a un costado llevaba una espada corta, metida en un fajín de seda.

—Scarabello... —murmuró Donnola atemorizado.

Scarabello miró alrededor. Olfateó el aire. No se dignó mirar a Donnola. Miró fugazmente a Isacco y vio el gabán y el gorro amarillo en una silla. Después escrutó de nuevo a las prostitutas.

—¿Qué pasa?

—Hemos limpiado la... —empezó a explicarle Cardinale.

Con un ademán, Scarabello le ordenó que se callase. Volvió a olfatear el aire.

—Hay que vaciar esta habitación —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Lo sabéis, ¿verdad?

Las prostitutas inclinaron la cabeza, pero ninguna le contestó.

—¿Y qué será de mi madre? —preguntó Lidia.

—Eso no es problema mío —contestó Scarabello secamente—. Lo siento, pero no es problema mío. —Sopesó a Lidia con aire indiferente y profesional—. A menos que no la sustituyas tú —añadió.

La niña se ruborizó con ojos espantados.

Se oyó un rumor.

—De acuerdo —aceptó la niña.

—¡No, Lidia! —gimió su madre desde la cama.

—¡No, de eso nada! —terció Isacco dando un paso hacia Scarabello—. Pero ¿qué clase de hombre es usted? Esta mujer...

En un abrir y cerrar de ojos, Scarabello desenfundó su espada y apoyó la punta bajo la barbilla del médico, que enmudeció.

Scarabello lo escrutó en silencio. A continuación apartó el arma y se volvió hacia Lidia.

—Entonces estamos de acuerdo, pequeña —dijo—. Me da igual lo que ganes. Quiero una moneda de plata a la semana y no admito retrasos...

—Pero ¿cómo puede? —dijo Isacco indignado.

Scarabello dio un rápido salto extendiendo el brazo que empuñaba la espada y girando sobre sí mismo. Isacco había crecido en medio de las peleas del puerto de la isla de Negroponte. Dio un brinco hacia atrás, esquivó el arma y luego, antes de que Scarabello pudiese recular y la clavase con más fuerza, avanzó hacia él, pero en una posición ventajosa. El tuerto y el segundo hombre se apresuraron a sacar sus navajas.

—¡No, Scarabello! —exclamó Donnola interponiéndose entre ellos con los brazos abiertos—. No, el doctor no quería faltarte al respeto. No sabe quién eres, no sabe cómo hay que comportarse, es nuevo... Te lo ruego, Scarabello...

Las ramera contenían el aliento.

Scarabello ordenó con un gesto a sus hombres que no se movieran. Acto seguido apartó a Isacco empujándolo con un hombro.

—¿Cómo es posible que un médico, por lo demás judío, conozca las reglas de la lucha? —le preguntó en tono de respeto.

—Crecí en sitios mucho peores que este —respondió Isacco.

Scarabello lo miró fijamente y soltó una risotada. Se volvió hacia las prostitutas.

—¿Veis? Os pasáis la vida diciendo que esto es el infierno y, en cambio, el doctor asegura que, en el fondo, no está tan mal.

Las fulanas no se rieron.

—Lo siento, señor —dijo Isacco—. Pero intente comprender... esta niña es...

—¡Intenta comprenderlo tú, doctor! —lo interrumpió Scarabello alzando la voz. Se enfundó la espada y se acercó al médico hasta que los dos quedaron cara a cara—. Es una cuestión de negocios. Las torres son un lugar de trabajo, y el trabajo debe

producir ganancias, si no, no es trabajo. Esta habitación no es su casa. —Se aproximó a la cama donde yacía la ramera—. Repubblica, ¿por casualidad has comprado la habitación?

—No... —contestó la mujer con un hilo de voz.

—¿En todos estos años has ganado más de una moneda de plata a la semana? —le preguntó Scarabello volviéndose a mirar a Isacco.

—Sí...

—¿Es cierto que algunos piden a las putas dos e incluso tres monedas por una habitación?

—Sí...

—¿Te alegraste de poder estar en una de mis habitaciones? ¿Fui justo contigo?

—Sí...

—Bien. Ya ha oído lo que debía oír, doctor. Puede ocuparse de Repubblica cuando la niña no trabaje. —Scarabello escrutó por última vez a Isacco.

—Bueno, no pasa nada —terció Cardinale—. Lidia será puta. Muy bien. Yo me ocuparé de enseñarle el oficio y de pasarle los primeros clientes. ¿De acuerdo?

Repubblica estalló en sollozos.

—Cállate, puta asquerosa, eres patética —le espetó Cardinale, irritada—. Scarabello tiene razón. Punto final.

Scarabello olfateó de nuevo el aire.

—¡Ah! Todas las habitaciones deberían estar perfumadas como esta. Te irá muy bien, pequeña. Pero procura engordar un poco, hazme caso. A los hombres no les gustan los huesos. —Solo entonces, mientras se encaminaba hacia la salida abriéndose paso entre las prostitutas, Scarabello pareció notar la presencia de Donnola—. Dime una cosa, ¿por qué uno de los chicos que trabaja para mí, un tal Mercurio, tiene tanto interés en dar contigo?

Donnola miró fugazmente a Isacco. Cabeceó y se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé, Scarabello? —contestó tratando de sonreír—. ¿Cómo has dicho que se llama ese joven?

Scarabello se volvió hacia Isacco sonriendo.

—Cuántos misterios para un médico —comentó. Después se dirigió de nuevo a Donnola—. En mi opinión, se trata de una cuestión de faldas. Sea como sea, le diré que te puede encontrar aquí. Supongo que eres el ayudante del médico.

—Bueno, ya sabes cómo soy —dijo Donnola—. Un día aquí, otro allí...

Scarabello se rio y se volvió hacia Isacco.

—Entonces, ¿qué te parece el Castelletto, doctor? Creías que solo vosotros, los judíos, vivís encerrados, ¿eh? ¿Has notado que la ley obliga a las furcias a llevar un pañuelo amarillo al cuello? Eso significa que, en cierta medida, os parecéis. Así que bienvenido, doctor. Estás en tu casa. —Scarabello se echó de nuevo a reír y se

marchó.

En la habitación se instaló un denso silencio. Solo se oían los quedos sollozos de Repubblica, que lloraba bajo las sábanas. Las prostitutas miraban con aire de reprobación a Cardinale por la forma en que la había tratado, pero ninguna decía nada, porque todas temían sus estallidos de cólera.

—No te preocupes, mamá —dijo Lidia rompiendo el silencio con voz trémula—. No me pesará hacer el oficio, ya verás...

Repubblica sollozó.

—¿Se puede saber por qué lloras, idiota? —preguntó Cardinale acercándose a la cama y destapando a Repubblica con un gesto violento—. ¿De verdad crees que dejaremos que tu hija se convierta en puta? Dios mío, eres una furcia medio lela. Scarabello tendrá su moneda de plata todas las semanas, pero Lidia no se convertirá en una buscona. —Se volvió hacia las otras prostitutas, que la miraban estupefactas—. Empezad a ahorrar, zorras. Tenemos que sacar una moneda a la semana para Repubblica. Si Scarabello recibe su dinero no vendrá a vigilarnos.

Los sollozos de Repubblica se redoblaron. Aferró una mano de su hija y tiró de ella.

—¡Y ahora basta ya de historias! —refunfuñó Cardinale dando una palmada al hombro a Isacco—. Procura que Scarabello no te mate. Te necesitamos, doctor. Pero ya va siendo hora de que te pongas manos a la obra, si no, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Justo —dijo Isacco—. ¡Todos fuera!

Iban vestidos de negro. Estaban de pie, en silencio, dos en la proa y dos en popa. También el gondolero vestía de negro y remaba sin decir palabra. El agua estaba inmóvil, lisa y densa como si fuera aceite. El verdugo, con la cara tapada por una caperuza, iba sentado en la bancada central al lado de Mercurio.

Mercurio tenía los brazos atados a la espalda y la cabeza inclinada, miraba el fondo húmedo de la góndola y las manos del verdugo, que eran delgadas y delicadas, con los dedos ahusados.

La góndola se detuvo.

Mercurio alzó la cabeza y miró en derredor. Estaban en un tramo de agua abierta. La orilla, tanto a derecha como a izquierda, era solo una línea desenfocada y clara de juncos. No se veía ninguna casa. El silencio era tan perfecto y absoluto que el chapoteo de la quilla de la góndola parecía una blasfemia.

El verdugo le pidió con un ademán que se levantara.

Mercurio se puso de pie tambaleándose.

Uno de los dos oficiales que viajaban en la proa ató al brazo derecho del joven el pergamino que contenía su condena por lo que había hecho en el Arsenal.

El verdugo cogió un cabo y con sus manos sutiles y hábiles, como una araña que teje su tela, trenzó la cuerda hasta formar un nudo corredizo. Después le ordenó que subiese a la bancada.

Mercurio le obedeció.

—Aquí es donde morís todos —dijo el verdugo dándole un empujón.

Mercurio cayó de mala manera fuera de la góndola. El agua helada le cortaba la respiración. Trató de sacar la cabeza y de mantenerse a flote, pero le costaba mucho, dado que solo podía valerse de las piernas. Se volvió hacia la góndola. Todos lo estaban mirando. El verdugo estaba atando el otro extremo del cabo a una piedra cuadrada que tenía un gran agujero en el centro. Apretó los nudos y levantó la piedra por encima de su cabeza. El tiempo se detuvo. El verdugo lanzó la piedra al aire. Esta desapareció trazando un breve arco y cayó al agua salpicando.

Mercurio sintió un tirón en el cuello. Intentó resistir. Pateó con todas sus fuerzas, pero en un segundo su cabeza se sumergió en el agua. Mientras se hundía daba furiosos golpes con la espalda, arqueándola, pero sin lograr detener el descenso al abismo negro. Vio que el perfil negro de la góndola se hacía cada vez más pequeño. Dio varios golpes con los riñones aún más fuertes, y a cierto punto, cuando estaba a punto de rendirse a la desesperación, desfallecido, la cuerda se tensó y, de improviso, dejó de tirar de él hacia el fondo.

Mercurio vio el extremo del cabo cortado, deshilachado. La esperanza le dio fuerzas para patear aún más fuerte. Tensó los músculos de los brazos. También los

nudos que le sujetaban las manos se deshicieron. Empezó a nadar hacia la superficie, pero mientras subía una corriente fortísima lo empujó a un lado, cada vez más fuerte, y lo llevó a una especie de cueva excavada en un escollo.

Al entrar Mercurio en ella sintió que sus pulmones no resistirían mucho más. Miró hacia arriba y vio una luz. Comprendió que estaba en una suerte de pozo. Nadó a toda prisa, aprovechando la corriente que lo empujaba hacia la superficie. Veía que la luz se iba acercando poco a poco. No tardaría en poder respirar, se decía.

Pero cuando la luz estaba ya próxima una rejilla de hierro le impidió seguir subiendo. Mercurio alargó una mano, sintió que salía del agua. Notó la tibieza del sol. Se aferró a la rejilla y la sacudió con todas sus fuerzas, intentando abrirla, arrancarla de la roca en que estaba clavada.

Luego, súbitamente, sintió que alguien le tocaba un hombro y se volvió.

Delante de él, a menos de un palmo, estaba la cara del borracho que se había ahogado en la alcantarilla romana. El mismo borracho que lo había salvado diciéndole que nadase contra corriente. Y, al igual que entonces, el borracho tenía la lengua hinchada, los ojos cubiertos de capilares rojos, desmesuradamente abiertos, casi fuera de las órbitas.

—Mercurio... —decía. Se agarraba a su hombro y lo retenía—. Mercurio... Mercurio...

Mercurio gritó a pleno pulmón.

—¡Mercurio, despiértate!

Mercurio vio que estaba sentado en su cama, jadeante y empapado de sudor.

Anna del Mercato le zarandeaba los hombros.

Mercurio se llevó una mano al cuello. No había ninguna soga, ninguna condena atada al brazo; no había agua ni rejilla. Ni rastro del borracho. No podía hablar, respiraba entrecortadamente.

—Me has asustado —dijo Anna—. No te despertabas ni respirabas. Estabas morado.

Mercurio tragó saliva. Asintió con la cabeza, con los ojos abiertos.

—¿Ahora estás bien? —le preguntó Anna.

—Sí... —dijo Mercurio.

Anna le pasó una mano por el pelo.

—Estás sudado.

Mercurio la miraba sin decir palabra.

—¿Qué has soñado? —le preguntó Anna.

Mercurio cabeceó.

—Nada... —contestó mientras su respiración iba tornando a la regularidad.

—Volviste de madrugada —dijo Anna.

Mercurio no habló.

—Sécate y ven a desayunar. —Se levantó y se dirigió hacia un atado de vestidos grises que estaba amontonado en un rincón. Hizo ademán de cogerlo.

—¡No! —gritó Mercurio.

Anna se detuvo con la mano en el aire. Luego salió de la habitación en silencio y cerró la puerta a su espalda.

Mercurio permaneció inmóvil, sentado en la cama, estremeciéndose.

«No te cogerán. No morirás», se dijo.

Al día siguiente intentaría entrar en el Arsenal y si lo conseguía robaría los sobrejuanetes para el armador, como le había prometido a Scarabello. Pero el tipo de muerte que se imponía a los que eran descubiertos lo aterrizzaba.

Se levantó de la cama y se acercó al atado de vestidos grises que había llamado la atención de Anna. Lo desdobló. Puso los calzones anchos y cortos hasta la rodilla sobre la cama, y la malla gris con la raya roja y blanca a un lado. Añadió la casaca de pliegues, amplia y acampanada, que cubría los calzones, y el gorro con la banda estrecha en la cabeza y la parte superior blanda, que caía de lado sobre el hombro.

«No morirás», se repitió. «Tienes un buen disfraz. Tienes un buen plan. Eres mejor que esos venecianos de mierda, que ahogan a la gente».

La noche de antes había emborrachado al *arsenalotto*. El joven tenía el vicio de la bebida y a Mercurio no le había hecho falta insistir. El joven le había contado todo sobre el Arsenal, sobre el número enorme de *arsenalotti* que trabajaban en él, los diferentes cargos, los depósitos, las cuencas, los astilleros o *squeri*. Cuando salieron de la taberna Mercurio sabía todo lo que necesitaba, empezando por los horarios, y el *arsenalotto* se tambaleaba, completamente borracho. Habían llegado a una calle oscura, a espaldas del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, los tres grandes complejos residenciales destinados a los trabajadores del Arsenal y sus familias, que estaban detrás del mismo. Mercurio había tirado al suelo al *arsenalotto* y lo había despojado de su uniforme. Para que no muriese congelado, había llamado a un portón antes de escapar, amparándose en la noche.

Miró preocupado el llamativo desgarró que tenía a un lado de la casaca, en la sisa de la manga izquierda. Mientras Mercurio lo desvestía, el *arsenalotto* había forcejeado, más por la bebida que para rebelarse, y la costura había cedido, además de la tela, que debía de estar muy raída. «Ese detalle puede llamar la atención sobre mí, que, en cambio, pretendía pasar desapercibido», pensó Mercurio. Iba a tener que llevar el brazo pegado al pecho. Eso restaría naturalidad a su andar, pero no le quedaba más remedio.

«No morirás», se repitió de nuevo temblando.

Acto seguido bajó a la cocina, donde Anna lo esperaba con una taza de caldo caliente, media col hervida, un trozo de tocino crujiente y otro de pan recién horneado. Comió en silencio, con voracidad, e inclinando la cabeza.

Tampoco Anna le dirigió la palabra.

Cuando terminó de comer Mercurio salió de casa para evitar que la mujer le preguntase algo. Vagó sin rumbo fijo, sin dejar de pensar en el día siguiente. Bordoó un tramo del Canal Salso, regresó al muelle del pescado y confirmó el horario a Battista, después salió a la plaza del mercado. La gente abarrotaba el amplio espacio rectangular. Los puestos se amontonaban, casi pegados unos a otros. El aroma de la fruta y de la verdura fresca se mezclaba al hedor de la que se podría en el suelo. Unas grandes pilas, de dos brazos de ancho y altas hasta la cintura de un hombre, estaban abarrotadas de anguilas. Los cuchillos de los pescadores chasqueaban en las superficies mojadas mientras cortaban las cabezas y la cola que luego echaban al suelo, y que los transeúntes pisaban al pasar. Las tinajas barrigudas de terracota, sencillas o con adornos, emanaban aroma a vino, melaza, vinagre y aceite de orujo. Los vendedores de telas cantaban las virtudes de sus piezas. Los matarifes de cerdos se adornaban el pecho con sus preciosos collares de salchichas y las muñecas con pulseras de carne seca. Los laneros gritaban el precio de las balas de lana cardada.

Mercurio se dejó aturdir por las voces y los olores y caminó. De vez en cuando, los vendedores ambulantes lo empujaban o lo cogían del brazo. Deambulando llegó a la entrada de una tienda que tenía un amplio toldo azul claro. Reconoció el establecimiento del usurero Isaia Saraval, donde había rescatado el collar de Anna. Se paró delante de la puerta.

Uno de los robustos vigilantes del usurero lo escrutó con cara de pocos amigos.

—Buenos días, joven —dijo, en cambio, Isaia Saraval cuando lo reconoció haciendo una breve y decorosa inclinación. Empujó al vigilante, que se hizo inmediatamente a un lado, pese a que no cambió su expresión agresiva.

—¿Por qué no expone su mercancía al aire libre como todos? —preguntó Mercurio, intrigado—. Quizá vendería más.

Isaia Saraval sonrió con tristeza.

—No podemos —dijo abriendo los brazos en un gesto de resignación.

—¿Tiene miedo de que le roben? —preguntó Mercurio, que no lo había entendido.

—Oh, no, no es eso —dijo el usurario sonriendo—. La ley nos prohíbe exponer fuera del local la mercancía empeñada. Incluso cuando ha vencido el plazo y nadie la ha rescatado. Los que quieren algo deben entrar.

—¿Por qué? —preguntó Mercurio asombrado.

El usurero se encogió de hombros y ladeó la cabeza al mismo tiempo que apretaba los labios.

—¿Por qué sois judíos?

—Porque somos prestamistas.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Menuda estupidez —afirmó.

—¿Quiere ver algo? —preguntó Isaia Saraval—. A los buenos clientes como usted les hago descuento.

—Le compré el collar para devolvérselo a la mujer que lo había empeñado...

—¿No corteja a ninguna joven? ¿No tiene prometida?

Mercurio sintió que no podía respirar. Aún no había tenido el valor de ir a hablar con Giuditta después de la noche en que habían encerrado a los judíos en el *campo* del Ghetto Nuovo. La bravata de ir a gritar al muro que rodeaba el gueto había sido fácil. Mirarla a los ojos y explicarle que Benedetta la había engañado era harina de otro costal. Tenía miedo de que Giuditta no lo creyera y no quisiera volver a verlo.

Permaneció quieto, con la mirada perdida en el vacío, a la vez que el usurero lo miraba en silencio. Después, poco a poco, sus pulmones se volvieron a llenar de aire y una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Sí —dijo—. Enséñeme algo bonito.

Al cabo de un rato salió de la casa de empeños con una mariposa con las alas de filigrana de plata y el cuerpo esmaltado de color azul cobalto. Corrió al muelle del pescado y pidió a Battista que lo llevase a Cannaregio. El pescador lo dejó al lado del puente bajo el que el Bucintoro entraba en el Canal Grande durante la fiesta en que Venecia se unía con el mar.

Mercurio caminó por el muelle Barzizza y los Due Ponti, salió al muelle de San Leonardo, y llegó al muelle de los Ormesini. Una vez allí aguardó mirando alrededor, casi todo el día, detrás de un edificio, entre los restos de los tejidos elaborados en las fábricas de la zona, espionando el vaivén de gente que entraba y salía del gueto, como ya lo llamaban todos en Venecia. Escuchó durante horas al fraile que lo había puesto en contacto con Anna y que iba de un lado a otro de los muelles insultando a los judíos, tratando de instilar su veneno en el corazón de los venecianos. Vio que Zolfo, transformado, obediente como un monito amaestrado, seguía al sacerdote. Tenía el pelo corto, lavado, y lucía un bonito vestido limpio. Parecía también menos delgado. Pero estaba muerto, pensó Mercurio sin explicarse por qué le daba esa impresión. Tenía los ojos muertos. Cuando, por fin, se marcharon, Mercurio exhaló un suspiro de alivio.

El sol empezaba a ponerse poco a poco y no había ni rastro de Giuditta. Mercurio tenía la mano derecha metida en la casaca y acariciaba con la yema del pulgar el borde de las alas frágiles de la mariposa de filigrana.

La luz era casi gris cuando la vio llegar. Sintió que su corazón se aceleraba y tuvo la certeza de que nunca tendría el valor suficiente para hablar con ella.

Se caló la capucha de lana cocida, hundió la cabeza entre los hombros y echó a andar mirando al suelo y apretando el paso. De cuando en cuando, alzaba la mirada para vigilarla. A medida que ella se iba acercando a él, Mercurio sentía que su

respiración se quebraba. Pero, sobre todo, sentía una alegría profunda, excitante, que daba alas a sus piernas y le hacía tocar la mariposa de filigrana con excesivo ímpetu.

Cuando estaban a apenas a cuatro pasos el uno del otro, Mercurio levantó un poco la cabeza. Giuditta estaba radiante. Más guapa aún de como se la imaginaba todas las noches, cuando se acostaba y cerraba los ojos. Su pelo resplandecía por debajo del gorro amarillo que, al contrario de lo que sucedía con otros judíos, a ella le favorecía. Tenía la boca entreabierta. Sus ojos eran profundos bajo las cejas, oscuras y espesas. Mercurio sintió que la cabeza le daba vueltas debido a la emoción.

Dio otro paso pensando que, quizá, se atrevería a hablarle. En cambio, un instante después sintió que la emoción le estrangulaba. Bajó la cabeza de golpe. Fingió que tropezaba y cayó agarrándose a ella para no acabar en el suelo. Le tocó un hombro y le cogió una mano por un instante. La mano que había marcado el inicio de su amor silencioso, preñado de esperanza, y sin promesas.

—¿Qué haces? —preguntó Giuditta tratando de zafarse de él.

—Disculpe —dijo Mercurio sin levantar la cabeza, camuflando la voz, que emitía a duras penas. Se enderezó, se llevó la mano de Giuditta a los labios y la besó inclinándose hacia ella—. Disculpe...

—¡Suéltame! —exclamó Giuditta irritada apartando la mano. Le dio un empujón y se dirigió a toda prisa al puente de Ghetto Nuovo, suspendido en el río de San Girolamo.

Mercurio se alejó, pero antes de desaparecer por la calle de la Malvasia se volvió. El corazón le retumbaba en los oídos y tenía dos manchas luminosas delante de los ojos.

En ese momento, Giuditta, que había llegado a lo alto del puente, se volvió también a mirar movida por una extraña sensación, una especie de sobresalto, un soplo que tiraba de su vestido a la altura del pecho. Al ver que la extraña figura encapuchada la miraba a hurtadillas desde una esquina de la calle, como si la estuviese espiando, sintió que sus mejillas enrojecían sin motivo. Se dio media vuelta de golpe, como asustada, y se metió las manos en los bolsillos del vestido. La derecha palpó algo. Lo cogió y lo sacó. Era una mariposa con las alas de filigrana de plata y el cuerpo de esmalte de color azul cobalto. Se quedó sin aliento. Se volvió de golpe, pero en el muelle ya no había nadie. Giuditta se apoyó en la barandilla del puente. Le flaqueaban las piernas. Se vio reflejada en el agua turbia. Sintió que la emoción le ofuscaba la vista. Miró de nuevo la mariposa que le habían metido en el bolsillo, y después la mano que el desconocido le había cogido y besado.

—Mercurio —murmuró. Luego, como si ese nombre contuviese todo lo que tenía que decir, repitió—: Mercurio. —En un abrir y cerrar de ojos, antes de que pudiese darse cuenta, echó a correr por donde había llegado, con una esperanza en el corazón que la inquietaba como una desgracia—. ¡Mercurio! —gritó. Se maravilló de la

potencia de su grito. Sintió el impulso de pararse y callar, en cambio volvió a gritar casi desesperada—. ¡Mercurio! —Corría con el temor de haberlo perdido.

Entonces la figura encapuchada volvió a asomarse por donde había desaparecido. Giuditta se detuvo, como si se hubiera quedado paralizada.

Mercurio se bajó lentamente la capucha. Tampoco él podía acercarse a ella.

—Estoy aquí —dijo, tan bajo que Giuditta no lo oyó.

Estaban allí, al cabo de un sinfín de noches en que se habían pensado y soñado, pero ninguno de los dos lograba moverse, pese a la extraordinaria fuerza que los atraía.

—No hay otra mujer —dijo Mercurio, de nuevo demasiado bajo.

Giuditta no podía leerle los labios porque tenía la vista velada por la emoción. Se dijo que debía dar un paso. Uno solo. Cuando se dio cuenta de que podía dar otro, y otro más, hasta llegar al lado de Mercurio, una voz dijo a su espalda: —Ven, Giuditta—. El capitán Lanzafame le había dado alcance y le agarraba un brazo. —Ven, Giuditta. Es hora de cerrar los portones. Tu padre te está esperando.

Giuditta se tensó y abrió desmesuradamente los ojos, que no se despegaban de Mercurio.

—Giuditta —murmuró Mercurio.

—Mercurio —dijo Giuditta.

Lanzafame hizo un ademán a Mercurio, como si le estuviese pidiendo que se marchase.

Pero Mercurio solo tenía ojos para la joven.

—Vamos, Giuditta —dijo Lanzafame arrastrándola hacia el gueto, donde la iba a encerrar.

Giuditta lo seguía resignada, sin oponer resistencia ni colaborar. Y sin apartar la mirada de Mercurio, que la seguía, adecuando el paso y manteniendo intacta la distancia que no habían podido colmar.

Giuditta dejó que Lanzafame la llevase hasta el puente y juntos cruzaron el portón. Después, cuando el capitán le soltó el brazo y ordenó a sus hombres que cerraran, permaneció inmóvil, con los ojos clavados en los de Mercurio. Pensó que en él había algo distinto y enseguida cayó en la cuenta de lo que era. La nariz. Su nariz había cambiado y eso lo hacía parecer más hombre. Y más guapo.

Mercurio se había parado a los pies del puente. Cuando oyó el ruido sordo que hizo el portón al cerrarse se precipitó hacia él.

—¡No hay otra mujer! —gritó recuperando el aliento que antes le había fallado.

El capitán y los guardias se plantaron en mitad del puente para impedir que siguiese adelante.

A sus espaldas, al otro lado del Ghetto Nuovo, se oyó la voz de Giuditta.

—Apoya las manos en el portón —decía.

Mercurio miró a Lanzafame y a los dos guardias jadeando, desesperado.

Sin necesidad de que les diesen una orden o les dijese una palabra Lanzafame y los dos guardias bajaron la mirada y se hicieron a un lado.

Mercurio avanzó lentamente. Los dejó atrás, a paso lento. Llegó al portón y apoyó las manos, con las palmas abiertas, en la madera de roble.

—Aquí estoy —dijo.

—Aquí estoy —dijo también Giuditta imitando su gesto al otro lado del portón.

—Te siento —dijo Mercurio.

—Te siento —repitió Giuditta.

«No volveré a llorar», se había jurado Benedetta.

Tras haberse convertido en la amante del príncipe Contarini podía disponer de su dinero y había decidido emplearlo lo mejor posible.

Y lo mejor, para Benedetta, era Reina Zulian, a quien todos conocían como la maga Reina.

—Entre, se lo ruego, ilustrísima señora —dijo una voz al otro lado de una cortina ligera con el fondo de color azul cobalto y salpicada de estrellas amarillas, bordadas a mano.

A Benedetta le impresionó la reverencia que captó en la voz, al igual que el título con que la mujer la había llamado. Ni «tú» ni «muchacha». Se volvió hacia la ventana de la antecámara. En ella vio reflejada a una joven con un vestido de seda brillante y tornasolada, que, según le daba la luz, pasaba del marrón oscuro a varios tonos del naranja y de un cálido rojo. Vio los finísimos encajes de Burano que adornaban el escote del vestido. Vio el collar de perlas de río que le iluminaba el cuello. Y vio su cabellera cobriza recogida en unas trenzas sujetas con unos pasadores, también de perlas. Y percibió, en el aire que la envolvía, un aroma delicado a jazmín y maderas indias. Sonrió e hizo una ligera reverencia, burlona, a la figura elegante que estaba enmarcada en la ventana de la maga Reina.

—Ilustrísima señora —susurró.

Acto seguido apartó la cortina tachonada de estrellas.

La habitación en que la maga Reina recibía a sus clientes era, a su manera, extraordinaria. Las paredes eran de color rojo pompeyano, oscurecido por una tupida red negra de símbolos incomprensibles y pintados a mano. Las paredes estaban cubiertas de estanterías abarrotadas de cristales, amuletos, candelabros, velas antropomorfas, calaveras de animales, grandes y pequeños, patas de conejo y raíces, tarros de cristal marrón llenos de semillas, flores secas, pedruchos resplandecientes, mirra, incienso, serpientes, lagartijas muertas, e insectos de varias especies. Además de cuerdas, finas y gruesas, anudadas de mil formas. Y conchas y ojos de cristal. En un rincón, sobre un atril, había un gran libro en que se describían los símbolos astrológicos y las órbitas de los planetas; y en el suelo, alfombras orientales, superpuestas, polvorientas y cubiertas de pelos grises y blancos. Por último se veían dos grandes gatos, uno gris y uno blanco, con el pelo largo y unas colas vaporosas, que al ver entrar a Benedetta se agitaron en el aire con la lentitud de las algas en el fondo de los abismos.

—La gente los mira con temor porque cree que están al servicio de mi poder —explicó la maga Reina señalándolos a la vez que se levantaba y se acercaba a Benedetta—. Pero lo cierto es que solo sirven para comerse a los ratones, ilustrísima

señora —concluyó haciendo una reverencia.

Benedetta estaba sorprendida. Esperaba encontrarse con una vieja, quizá deforme, con una gran nariz y desdentada. En cambio, la maga Reina era alta, delgada y atractiva, y tenía una larga melena negra, teñida y suelta sobre los hombros. Vestía como un hombre, al estilo oriental; llevaba unos pantalones anchos de seda de color naranja ajustados a los tobillos y encima una túnica que le llegaba justo por encima de la rodilla, morada y negra, abotonada hasta el cuello. Se había maquillado llamativamente los ojos y en las muñecas llevaba unas gruesas pulseras de cobre con cascabeles que tintineaban cada vez que se movía.

—Quiero que me haga... —empezó a decir Benedetta sin preámbulos.

La maga levantó una mano con la palma abierta hacia ella y la interrumpió.

—Acomódese antes, ilustrísima señora —le dijo indicando un sofá bajo de piel que estaba en un rincón apartado de la habitación y sobre el que colgaba una gasa clara. Al lado del sofá había una lámpara de dos brazos encendida que representaba a un moro. Delante, una mesita aún más baja, redonda, lacada de negro y adornada con símbolos mágicos dorados. Por último, una sencilla estera de cáñamo, doblada en dos y desgastada.

Benedetta se sentó en el sofá. Era cómodo y mullido.

La maga Reina se acomodó en la vieja estera y cruzó las piernas con un movimiento pausado y armonioso, como una serpiente que se enrolla en el suelo. Hizo chasquear los dedos, cuyas uñas estaban bien cuidadas.

Un joven musculoso entró enseguida en la habitación mirando al suelo y dejó una bandeja con dos tazas humeantes en la mesita.

La maga Reina chasqueó nuevamente los dedos y el joven desapareció con la cabeza inclinada y en silencio, como había llegado.

—Beba —dijo la maga Reina.

—No tengo sed —le contestó Benedetta.

La maga reina esbozó una sonrisa.

—No sirve para quitarle la sed.

—Entonces, ¿para qué sirve? —preguntó Benedetta.

—Servirá para que hable mejor —dijo la maga Reina. Cogió una taza y bebió un sorbo.

Benedetta miraba su taza con suspicacia.

La maga Reina dejó la suya, cogió la de la joven y bebió también de ella.

—Fíese, ilustrísima señora.

Benedetta cogió la taza y olfateó el líquido lechoso que contenía. Su aroma era especiado y penetrante, agradable. Apoyó los labios en el borde de la taza y bebió un sorbo. El líquido era amargo, si bien la amargura se sentía en la garganta, no en la lengua. Benedetta hizo una mueca. Cuando se inclinó para dejar la taza en la bandeja

la mano de la maga Reina la detuvo con delicadeza y firmeza a la vez.

—No se bebe por el sabor —le dijo.

Benedetta tuvo la impresión de que la voz de la maga llegaba de más lejos. Pese a ello, parecía más poderosa. Bebió otro sorbo. La encontró menos amarga. Mejor aún al tercer sorbo. Al cuarto se dio cuenta de que había perdido la sensibilidad en la garganta. Es más, tuvo la sensación de que se estaba hinchando. Se llevó una mano al cuello, aunque el hecho no le preocupaba demasiado.

La maga Reina la observaba atentamente. Ella también bebía.

Benedetta experimentó una calma repentina, como si se estuviera distanciando de las cosas que la circundaban. Para empezar notó que su visión se había restringido. Veía perfectamente en el centro de su campo visual, puede que incluso mejor de lo habitual. Los colores eran vívidos, las sombras estaban bien recortadas, las formas eran redondas y plenas. Pero al lado del campo el mundo se difuminaba, se confundía, como si estuviese sumergido en un líquido aceitoso. Volvió la cabeza de golpe. Primero a la derecha y después a la izquierda.

—Ahora podrá enfocar lo que desea con todas sus fuerzas —afirmó la maga Reina—. Lo que ocupa el centro de su ser, los fundamentos de su naturaleza.

La voz de la maga llegaba a oleadas a los oídos de Benedetta. Y las oleadas solo ponían en evidencia algunas palabras, las demás quedaban en un segundo plano. Como si lo que más le interesaba emergiese y el resto naufragara. Se parecía mucho a la manera en que veía las cosas, pensó. Notó que no estaba ni asustada ni confusa. Al contrario, sintió que su presencia era más intensa, que nada la distraía.

—La gente viene a pedirme de todo —le contó la maga Reina—. Pero pocos saben lo que quieren de verdad. La mayoría pide lo que, en su opinión, es justo desear. Piden lo que las convenciones, la sociedad y la Iglesia les han impuesto. Piden lo que exige el honor, lo que transmite la tradición, lo que la familia espera de ellos. Piden con la voz de lo que desearían ser y, en cambio, no son...

Benedetta se sentía fascinada por la voz, dulce como la melaza, de la maga Reina. Sentía que sus palabras penetraban en ella por una vía que no era la de los oídos. Tenía la impresión de que las absorbía, como si su cuerpo fuera una esponja.

—Los sentimientos son secretos y complejos —prosiguió la maga Reina—. Aún más secretos y complejos que la tela de araña de nuestra misteriosa ciudad flotante. ¿Me comprende?

Benedetta asintió con la cabeza. Los párpados se le estaban cerrando.

—Ahora, ilustrísima señora, ¿quiere decirme cómo se llama, por favor?

—Bene... detta...

—Y es así, como lo ha pronunciado a la italiana, como se llama —dijo la maga Reina—. Es usted una mujer «*detta bene*», bien dicha.

Benedetta sonrió, encantada.

—Ahora, Benedetta, ¿quiere decirme la razón de que me haya buscado a través de su noble y poderoso protector, del cual soy y seré siempre una humilde servidora?

Benedetta pensó en el motivo que la había llevado hasta allí.

—No volveré a llorar —dijo en voz alta.

La maga Reina no dijo una palabra. Se limitó a mirarla intensamente.

—No volveré a llorar —repitió Benedetta. La frase retumbó en su interior, como si rebotase de una pared a otra de su cuerpo. Luego, de repente, sintió que la expulsaba. Tuvo miedo de haberse quedado vacía, sin nada dentro. Escrutó a la maga Reina boquiabierta, como si buscase ayuda.

—No tema, Benedetta —se apresuro a decir esta—. Era algo que no le pertenecía. Cierre los ojos y escuche mejor. ¿Qué quiere de mí? Mejor dicho, ¿qué quiere para usted?

Benedetta cerró los ojos. Oyó un gran zumbido. Le pareció el sonido del negro en que estaba inmersa. Luego llegó una mancha de color. Era roja, palpitante. «Corazón», pensó. Sintió latir el suyo. Sosegado, regular. Comprendió que no le pedía nada. De hecho, desapareció. Benedetta comprendió que no sabía si volvería a verter lágrimas o no, pero había entendido que eso no era lo que le interesaba de verdad. El dolor no la asustaba. «Sabes lo que es el dolor», pensó. Se sumergió de nuevo en la oscuridad y en la música que zumbaba y resonaba en su interior. En la oscuridad, reptante como una columna de humo denso y pesado en el aire suspendido, empezó a agitarse una serpiente informe, amarilla, sinuosa, que se dividía en un sinfín de arroyuelos que ascendieron hasta que saturaron y colorearon por completo el negro. «Amarillo», pensó. Tuvo la sensación de que había encontrado lo que buscaba en su interior.

Abrió los ojos y miró a la maga Reina. Su vista se había aclarado. Tenía la mente ligera.

—Amarillo —dijo.

—Bilis —dijo la maga Reina asintiendo con la cabeza.

—Judía —añadió Benedetta.

—¿Sabe ahora lo que desea para usted? —preguntó la maga.

—Sí —respondió Benedetta.

—¿Qué?

—Desgracia. Soledad. Desesperación. Fracaso. Separación.

La maga Reina sonrió. Su sonrisa transmitía melancolía, y una especie de consciencia.

—Muchos vienen aquí creyendo que buscan el amor —explicó en voz baja—, y descubren que se nutren de odio.

—Desgracia, soledad, desesperación, fracaso, separación —repitió Benedetta enumerando sus maldiciones.

La maga Reina asintió con la cabeza.

—Construcción y destrucción. Amor y odio. Nuestra naturaleza está ahí. En un cruce. Hay que ir por un lado o por el otro. No hay una tercera vía.

—Destrucción —dijo Benedetta.

La maga Reina la miró.

—Escúcheme bien. Debe saber lo que está eligiendo...

—Destrucción —reiteró Benedetta alzando la voz.

La maga Reina asintió con la cabeza. En su mirada brillaba una luz pesarosa. Cogió aliento y retomó la conversación: —El amor nutre y engorda. El odio consume y enflaquece. El amor enriquece, el odio roba. ¿Me entiende, Benedetta?

—Destrucción —dijo por tercera vez Benedetta con una voz resuelta, grave y ronca.

—El amor caldea —prosiguió la maga Reina—. El odio congela.

Benedetta la miró sin flaquear ni vacilar.

—Ha elegido —dijo entonces la maga—. Yo estoy a su servicio, pero no soy ni su mal ni su bien. Hago esto obedeciendo a su voluntad y, por tanto, no pagaré las consecuencias. Amén. Diga amén, Benedetta.

—Amén —dijo Benedetta.

—El mal que deseamos vuelve a nosotros tarde o temprano. Que no vuelva a mí, sino a quien lo ha deseado. ¿Entiende, Benedetta?

—No me interesa.

—Diga amén.

—Amén.

—Necesitaré que me traiga algo de esa persona. El pelo es el instrumento más eficaz, pero bastará también una prenda de ropa.

—Le traeré el pelo.

—Ahora está preparada. Si quiere proceder levántese y cierre los ojos —dijo la maga Reina poniéndose también de pie.

Benedetta la obedeció.

La maga Reina le puso una mano en la frente y otra en medio del pecho, bajo el esternón.

—¿A quién quiere destruir, Benedetta? Diga su nombre a los espíritus que serán sus aliados y a los que yo invoco. ¡Dígalo!

—Giuditta di Negroponte.

—Así sea.

Aún faltaba mucho para el amanecer cuando Mercurio se levantó de la cama. Apenas había dormido. Se había pasado la noche pensando en Giuditta. Se sentía cansado, excitado y asustado. Con todo, estaba seguro de que todo iba a salir a pedir de boca en el Arsenal. No podía ocurrirle nada. La vida le sonreía.

Giuditta y él habían hablado, se había repetido sin cesar desde la noche anterior. Se habían dicho más de lo que nunca se habría podido imaginar. Habían sido pocas palabras, pero tan importantes e intensas que contenían todos sus sentimientos. Si hubiese contado que Giuditta y él se habían «tocado» a través de un portón habrían pensado que estaba loco. Pero para Mercurio —consciente de que Giuditta había compartido la sensación— era como si se hubieran tocado de verdad. Mano contra mano.

Estaba seguro de que ella —Mercurio vaciló al formular el pensamiento, dado lo exaltante e inmenso que era—, Giuditta, sentía lo mismo que él sentía por ella. Estaban unidos. Se habían convertido en una sola cosa.

Por eso estaba seguro de que ese día no podía sucederle nada en el Arsenal.

Porque, sencillamente, no estaba escrito en su destino.

Porque su destino era coronar su amor con Giuditta.

Se lavó la cara en la palangana de agua. Cogió la ropa del *arsenalotto* y empezó a ponérsela, con una lentitud ritual, como si los movimientos estudiados lo ayudasen a entrar en el papel. Cuando se puso la casaca se apretó instintivamente el pecho con el brazo izquierdo para ocultar el desgarró que había en la tela, y bajó la mirada para ver el efecto. No se veía nada. Dio un par de pasos, tratando de andar con el brazo pegado al cuerpo. Era bastante innatural. De manera que dio otros dos moviéndolo apenas y observó si el desgarrón se notaba mucho. Comprobó que tampoco se veía así. Algo no encajaba. Levantó el brazo.

Vio que el desgarrón había desaparecido.

Anna lo había cosido.

Mercurio se echó a reír.

Después empezó a maquillarse. Cogió un mechón tupido de pelo que había cortado el día anterior a la cola de un caballo. Separó un poco y lo puso aparte. El resto lo dejó sobre la cama. Se mojó la yema de los dedos en un cuenco lleno de resina que había recogido tras hacer un profundo corte en el tronco de un abeto. Valiéndose de los dedos se untó el pelo a la altura de las orejas, en la parte posterior, justo por encima de la línea del gorro del *arsenalotto*. Luego, un mechón tras otro, fue pegando el pelo del caballo al suyo. En poco tiempo su cabellera era larga y espesa. Se la ató con una cinta roja, muy llamativa. Cualquiera que lo mirara se fijaría de entrada en ese detalle pasando por alto su fisonomía. A continuación se puso un

poco de resina debajo de la nariz y pegó otro mechón de pelo, que antes había cortado a la medida justa. Tenía bigote. Como toque final añadió pelos a las cejas de manera que estas fueran más espesas y estuvieran casi juntas. Sabía que bastaban esos cuatro detalles para convertirlo en otra persona y que el *arsenalotto* al que había robado la ropa le costaría reconocerlo, entre otras cosas porque él no tenía ganas de llamar la atención.

Satisfecho, bajó la escalera en silencio, para no despertar a Anna, y se dirigió de puntillas a la puerta de entrada.

—Ven a comer —dijo la voz de la mujer desde la cocina.

Mercurio se detuvo con una mano apoyada en la puerta.

—Hace frío y el día es largo. —Anna habló de nuevo.

Mercurio levantó la mano del picaporte y entró en la cocina. Le daba vergüenza que ella lo viera vestido y maquillado como un *arsenalotto*.

Anna se echó a reír.

—Eres realmente bueno —se limitó a decir.

El desayuno estaba en la mesa. Mercurio se sentó a ella y se puso a comer.

—¿Qué haces ya levantada?

Anna lo miró risueña.

—Tú no eres la única razón, vanidoso, más que vanidoso —le contestó—. He encontrado trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó asombrado Mercurio con la boca llena.

Anna se puso un largo abrigo de fustán forrado con piel de ardilla.

—Hay que preparar un recibimiento en casa de un noble que ha perdido su fortuna. Contrata criados por un par de meses. Hacemos de todo, pero, sobre todo, hay que limpiar el palacio. Es una auténtica pocilga.

—¿Qué necesidad tienes de trabajar? —preguntó Mercurio—. Tenemos dinero de sobra.

—Ese dinero es tuyo. Guárdalo. Tienes un sueño ambicioso. Yo puedo mantenerme sola... —Anna lo miró con afecto—. Y te lo debo a ti. Me has devuelto las ganas de hacerlo.

—No estoy de acuer...

Anna lo interrumpió con un gesto.

—Lo necesito para mí.

—Sí, pero...

—Escucha, cabezota —dijo Anna. Se acercó a él y le cogió la cara con sus manos agrietadas—. Imagina lo importante que sería para mí darte aunque solo fuese medio sueldo para tu proyecto. —Lo miró a los ojos con su sonrisa transparente—. ¿Lo entiendes?

Mercurio asintió con la cabeza.

—Sí —contestó.

Anna le dio un beso en la frente.

—Y, ahora, con tu permiso, me voy, el camino hasta Venecia es largo.

—¿Venecia? —Mercurio sonrió—. Entonces, de largo nada. —Le cogió una mano—. Ven —le dijo arrastrándola hacia la puerta.

—Espera —dijo Anna tendiéndole una cesta de mimbre.

Mercurio la miró sin comprender.

—¿No sabes que todos los trabajadores del Arsenal se llevan la comida? —preguntó Anna.

Mercurio abrió la cesta. En su interior había un pan envuelto en un paño de lino, dos gruesos trozos de tocino frío y dos cebollas.

Una vez en la puerta, Anna le echó sobre los hombros un abrigo negro, amplio y largo.

—Estate quieto. No es necesario que todos te vean vestido de *arsenalotto* —le dijo con aspereza mientras se lo ataba por delante—. ¿Es esa la tontería que llevas en mente? —inquirió.

Mercurio asintió con la cabeza y miró al suelo.

Anna le cogió la cabeza entre las manos y la atrajo hacia sí.

—El arcángel Miguel está contigo. No puede sucederte nada —dijo—. En cualquier caso, debes estar atento. No cometas imprudencias.

Después se dirigieron a paso rápido hacia el muelle del pescado. Mercurio le señaló a Battista, que lo estaba esperando a bordo de la *Zitella* con Tonio y Berto, quienes se habían sentado ya en la bancada con los remos en la mano.

—Buenos días, Anna —contestó inquieto el pescador, que, al ver a Mercurio maquillado, se quedó boquiabierto.

—De manera que es usted el compadre de Mercurio —dijo Anna.

—¿Compadre...? —preguntó Battista con voz temblorosa.

—¡Vamos, estoy bromeando! —dijo Anna riéndose. Después señaló con la cabeza a Tonio y a Berto, que miraban fijamente a Mercurio atónitos y divertidos—. Buenos días, chicos. ¿Cómo está vuestra madre? ¿Se le ha pasado la tos tan terrible que tenía?

—Sí —masculló con la cabeza inclinada Tonio, que también se sentía apurado.

Anna iba a decir algo, pero Mercurio la obligó a subir a la barca.

—Ahora verás lo poco que cuesta llegar a Venecia —le dijo. Después se volvió hacia Tonio y Berto—. Hagamos silbar al viento en el pelo de mi madre.

Anna sintió que el corazón le daba un vuelco, y notó un nudo en la garganta.

Los remos empezaron a gemir bajo el empuje poderoso de los brazos de los dos hermanos.

Anna pensaba que hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre. Recordó que

después de la muerte de su marido había pensado que no volvería a sucederle. Observó a Mercurio y, cuando sus miradas se cruzaron, le dijo: —Gracias.

—¿Eh? —dijo él.

Anna se encogió de hombros.

—Nada —dijo. Pensó que era un muchacho realmente especial, capaz de una generosidad ilimitada, pese a que nadie se lo había enseñado. Lo miró con afecto un instante y luego se distrajo con la sensación que le producía el viento en el pelo.

Al cabo de un poco enfilaron el río de la Maddalena y, poco antes de llegar al *campo*, atracaron en el muelle de las Colanete.

Mercurio bajó y ayudó a Anna.

La mujer señaló una entrada oscura, descuidada.

—Trabajo ahí —dijo.

—¿Estás segura de que tiene dinero para pagarte? —preguntó Mercurio.

—Sí. Los aristócratas venidos a menos son extraños —explicó Anna—. Yo también pensé lo mismo, pero después la cocinera, que trabaja para ellos desde hace varios años, me dijo que cuando organiza un recibimiento su patrón paga siempre. ¿Sabes por qué? Pues porque no quiere que se rumoree que no tiene dinero. Yo no entiendo nada, pero la cocinera me ha contado que cuando el amo quiere intentar hacer negocios debe demostrar que tiene el bolsillo lleno. Así que, ¿sabes qué hace? A mí me parece una locura. Abrillanta el palacio, lo limpia y... después compra, endeudándose hasta las orejas, plata, cuadros, tapices, libreas para los criados y todo lo que necesita para parecer rico, cosa que, en realidad, no es. Da la fiesta, organiza un banquete fantástico, intenta cerrar algún trato... y, al final, vende todo lo que ha comprado tratando de saldar las deudas. ¿No te parece un despropósito?

Mercurio miraba el palacio sin hablar, con ojos distraídos.

—¿Me has oído? —preguntó Anna.

—¿Eh? —dijo Mercurio.

—¿En qué estás pensando?

Mercurio esbozó una sonrisa vacua.

—En nada, solo era una idea...

—¿Qué idea?

Mercurio se encogió de hombros.

—No es nada.

—Ahora me voy a trabajar —dijo Anna. Su mirada se cruzó con la de Battista—. Usted tiene hijos —afirmó con aire serio—, así que le pido que tenga cuidado.

Battista enrojeció.

—En ocasiones me pareces un hombre —dijo Anna a Mercurio.

—¡Soy un hombre!

—Sí, claro. —Anna sonrió y mientras se encaminaba hacia el palacio del noble,

murmuró—: No crezcas demasiado deprisa, hijo mío.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Tonio cuando se quedaron solos—. ¿Vamos?

Todos miraban a Mercurio con aire grave.

—Vamos —dijo este solemnemente.

Nadie habló en todo el trayecto. La tensión era palpable. No había margen para bromas.

Atracaron en Riva degli Schiavoni, pero adentrándose en un río lateral que quedaba poco a la vista.

Mercurio se puso de pie para desembarcar. Se volvió hacia Battista y los dos hermanos.

—¿Cómo puedo reconocer... un sobrejuanete de lona? —preguntó con la voz entrecortada.

Los dos hermanos se miraron en silencio.

Mercurio los escrutó sin hablar.

—El sobrejuanete es la vela pequeña del palo de maestra. La que está más arriba —explicó Tonio—. Y todas las velas del... del Arsenal, en caso de que estemos hablando de él, son de lona.

Mercurio asintió con la cabeza. Saltó al muelle y, a continuación, con un ademán seco, se quitó el abrigo y lo lanzó a bordo de la *Zitella*.

—Ahora no me sirve. Guardádmelo vosotros.

—Es una locura... —dijo Battista, sobresaltado, al ver el vestido de *arsenalotto*.

Los dos hermanos abrieron desmesuradamente la boca, asombrados. Luego, Berto, con su voz cavernosa, soltó una sonora carcajada.

—¡Enséñales quién eres, muchacho! —exclamó—. Te esperaremos en el río de la Tana.

Battista cabeceaba. Estaba asustado.

—En el río de la Tana —dijo Tonio—. El mejor momento es cuando todos se van a casa, al anochecer. Tienen prisa y te harán menos caso.

Se hizo un sombrío silencio.

Battista seguía cabeceando.

Mercurio lo miró.

—¿Estaréis allí?

—Es una locura... —repitió el pescador.

—¿Estarás allí?

Battista alzó la mirada y asintió con la cabeza.

En ese momento retumbó en el aire el sonido vibrante de la Marangona, la gran campana de San Marco, que daba inicio a la jornada de todos los venecianos.

—Tengo que marcharme —dijo Mercurio. Se volvió y se dirigió al amplio patio que había frente a Paraíso, uno de los tres aglomerados de viviendas de los

arsenalotti. Los otros se llamaban Purgatorio e Infierno.

«Vaya unos nombres estúpidos», pensó Mercurio mirando los tres edificios inmensos que albergaban a los casi dos mil trabajadores con sus familias.

Primero en pequeños grupos, después cada vez más numerosos, los *arsenalotti*, tanto jóvenes como viejos, se dirigieron en silencio, en la claridad sombría de un alba sin sol, hacia los muros del Arsenal. Nadie hablaba. Hacía frío y tenían sueño. Sus pisadas retumbaban en las calles.

Mercurio encogió el pecho, se caló el gorro y se confundió con la multitud de trabajadores. Era impresionante caminar con toda esa gente, que iba vestida como él. Las calles estaban atestadas. Los que caminaban por el centro de ellas recibían empujones de todas partes; los que lo hacían a los lados chocaban contra las paredes de las casas. Era imposible pararse, cambiar de dirección. Mercurio pensó que, dado el número de personas que había, era como una gota en un torrente. Nadie miraba a nadie pensando que no se conocían, razonó Mercurio al notar que pasaba totalmente desapercibido, porque eran demasiados y era imposible conocer a todos.

A medida que se acercaban a la entrada del Arsenal el flujo de trabajadores iba aminorando la marcha. Avanzaban lentamente, un paso, se detenían, otro paso, quietos de nuevo. Mercurio empezó a tener miedo. ¿Habría controles? ¿Documentos? ¿Qué estaba ocurriendo? Se puso de puntillas tratando de ver a lo lejos, pero no pudo.

A su lado, un *arsenalotto* bostezó.

—El primer turno es un coñazo —dijo.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Pues sí...

—Podían hacer otra entrada, digo yo —prosiguió el hombre—. ¿No te parece? Si todas las mañanas nos quedamos aquí parados como animales es porque la puerta es demasiado estrecha para dejarnos pasar rápidamente. —Resopló—. ¿Sabes lo que te digo? Pues que si uno de esos que dictan las leyes y toman las decisiones viviese como la gente normal las cosas funcionarían mejor. ¿No te parece? Si todas las mañanas tuviese que hacer cola como nosotros, entre cientos de trabajadores, ensancharía la puerta o abriría otra.

—Pues sí... —dijo Mercurio apretando los puños en señal de victoria sin que lo vieran. El atasco se debía al número extraordinario de trabajadores, y no a los controles.

No obstante, al pasar por debajo del gran arco de la Porta di Terra sintió que el corazón le retumbaba en los oídos, como si fuese un tambor enloquecido. A pesar del frío, una gota de sudor le resbaló por la sien. Inclino la cabeza y trató de controlar la respiración. Frenó las piernas, que habrían deseado echar a correr, y la cabeza, que le aconsejaba que se diese media vuelta y huyese.

«Piensa en Giuditta», pensó. «No puede ocurrirte nada».

Los guardias no lo notaron. Ni siquiera lo miraron. Era uno de tantos. De tantísimos. Un trabajador cualquiera entre centenares de ellos. Se rio entre dientes. Mientras se alejaba de la puerta pensó que los venecianos eran unos estúpidos presuntuosos. Se jactaban de sus extraordinarias medidas de seguridad, pero, en realidad, cualquiera podía entrar en el Arsenal, incluso con cierta facilidad.

—Eh, tú, ¿adónde vas? —preguntó una voz a su espalda.

Mercurio se alarmó.

«Te has metido en un lío solo, imbécil», pensó. No se volvió y siguió andando al mismo paso.

—Tú, idiota, responde —volvió a decir la voz, y sintió que una mano le apretaba un hombro.

—¡Te prohíbo que veas a ese joven! —dijo Isacco delante del desayuno que su hija le había preparado—. ¡Menudo espectáculo diste anoche! ¡La comunidad no habla de otra cosa!

—Me importa un comino lo que digan —contestó Giuditta, impulsiva. Sintió la tentación de contarle a su padre lo que la gente decía de él, pero se contuvo.

—Es tu gente —prosiguió Isacco—. Sea como sea, no quiero que veas a ese joven...

—Se llama Mercurio —dijo Giuditta, orgullosa.

—¡No! ¡Se llama Ladrón de nombre y Estafador de apellido! —exclamó Isacco—. No te saqué de nuestra asquerosa isla para que acabes igual que... que... —Se interrumpió enrojeciendo.

—¿Que quién? —preguntó Giuditta.

Isacco se agitó, como si estuviese a punto de estallar.

—Que tu madre, maldita sea. —Calló un instante, con la cabeza inclinada sobre el cuenco caliente del caldo, resoplando como un toro—. Tu madre no tenía elección. Se había apartado de la comunidad y solo le podía tocar uno... bueno, uno como yo, ya sabes quién soy.

—Padre... —dijo Giuditta acercándose a él conmovida.

Isacco la detuvo con un ademán seco.

—No lo verás ni lo frecuentarás, que quede claro —dijo con voz firme—. Quítatelo de la cabeza.

Giuditta se sentó. Permaneció inmóvil, con la cabeza gacha y las manos en el regazo.

—Echo de menos a la abuela... —dijo quedamente.

Isacco la miró con asombro, disgustado.

—¿Qué tiene que ver ella ahora? —preguntó.

—Podría preguntarle por qué me asusta tanto lo que siento... —susurró Giuditta. Alzó la mirada hacia su padre, pero la bajó de inmediato—. Podría hablar con ella y ella me abrazaría y me haría sentir protegida.

Isacco se sintió perdido. Miró alrededor, como si estuviera buscando a alguien en quien delegar aquel asunto. Resopló, pero sin rabia ya. Casi asustado. Se abanicó la cara, que tenía encendida. Luego, poco a poco, se levantó de su asiento y se acercó a Giuditta por la espalda, tenso, torpe. Se quedó parado durante unos instantes con los ojos muy abiertos.

—Pero no puedes hablar conmigo —dijo alzando demasiado la voz—. En especial si se trata de Mercurio.

Giuditta esbozó una leve sonrisa.

—¿Ni siquiera puedo preguntarte qué es el amor? —Hizo amago de darse media vuelta.

Isacco se lo impidió.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —exclamó.

—¿No puedo saber lo que sentiste la primera vez que viste a mi madre?

Isacco retrocedió de golpe.

—¡Me estás enredando! —exclamó—. ¡Caramba, me estás enredando! —Se alejó y se puso a andar de un lado a otro de la habitación. Después se volvió de nuevo hacia Giuditta, enfurruñado—. Ese joven no te conviene. Punto final.

—¿Por qué?

—¿Me preguntas por qué no te conviene un ladrón y un timador? —dijo Isacco abriendo los brazos—. La respuesta es elemental. ¡Pues porque es un ladrón y un timador!

Giuditta lo escrutó en silencio, luego asintió levemente e inclinó la cabeza.

—Tienes razón —afirmó.

—Claro que tengo razón —corroboró Isacco, en actitud defensiva, observando a su hija. Sentía que algo no encajaba en esa rendición.

—Si tenemos hijos ¿qué género de padre puede ser un ladrón y un estafador? —dijo Giuditta con docilidad, como si razonase en voz alta—. No, tienes razón. No quiero que sea el padre de mis hijos. Un ladrón y un estafador no puede ser un buen padre.

—Pero... ¿estás diciendo que yo...? Dado que yo también soy un... —Isacco dio un pisotón—. ¡Mujeres! ¡Os ha creado el demonio en persona! Me has entendido, así que basta ya de parloteo. Yo soy yo, y él es él. No somos iguales.

Giuditta sonrió. Su padre cambiaría de opinión. La noche anterior se había acostado con la certeza de que no podía sucederle nada malo en la vida. No después de lo que había ocurrido con Mercurio. Hacía mucho tiempo el destino los había unido haciéndoles una promesa. Pero esa noche la promesa la habían hecho ellos, en primera persona. Y la vida, se había dicho Giuditta, no podía organizar ciertos encuentros e impedir después que se realizasen. Era inconcebible que existiesen historias tan estúpidas y crueles en las que no triunfaba ese tipo de amor. La vida había entrelazado sus destinos en uno solo. Sus existencias separadas en una sola. Todo lo que podía acontecer a partir de ese momento solo podía ser para bien.

Se volvió hacia los nuevos gorros que estaba cosiendo.

—Tengo que decirte otra cosa... —empezó a decir.

Al oír que tañía la Marangona, señal de que el gueto iba a ser abierto, Isacco agitó una mano en el aire.

—Si no tiene que ver con ese liante te doy mi bendición —dijo atajándola.

—Se trata de...

—Ahora no tengo tiempo —dijo Isacco echándose el abrigo a los hombros—. La enfermedad se está propagando y no sé cómo detenerla. —Abrió la puerta de casa. Al ver que había herido a Giuditta retrocedió. La besó en la frente—. Hablaremos de eso en otra ocasión... —Le cogió las manos sin concluir la frase—. Pero ¿qué te ha pasado en los dedos?

Giuditta retiró las manos. Tenía los dedos rojos y estropeados por las agujas.

—Estoy cosiendo...

—Ah, comprendo... —Sus ojos se posaron en el montón de gorros amarillos que estaban en un taburete, cerca de la mesa. Los señaló distraído—. ¿Esos? Pero ¿cuántos tienes?

—De eso quería hablarte...

—Ahora no, querida. —La besó de nuevo en la frente y salió de casa.

Giuditta suspiró y tomó asiento con la mirada perdida en el vacío. Tocó instintivamente la mariposa que le había regalado Mercurio y que tenía en la mesa de trabajo. Sonrió ensimismada. Todo se arreglaría. Todo saldría bien. Por lo visto todas las mujeres de la comunidad querían uno de sus gorros. Ottavia le había dicho que había vendido bajo cuerda varios gorros a tres cristianas ricas, *aristocristianas*, como las llamaba ella. Era una aventura excitante. Y remunerativa.

Se inclinó y cogió un gorro a medio hacer. La aguja y el hilo estaban prendidos en la vuelta. Sacó la aguja y empezó a coser. Hizo una mueca. Los dedos le dolían mucho. Si Mercurio los hubiese visto le habrían parecido feos, pensó. «No», se dijo. «No, te los cubriría de besos». Sonrió. La idea le hizo incluso reír y en el silencio que reinaba en la casa su risa retumbó alegre, como el agua de un torrente veraniego que fluye entre las piernas.

—Viéndote así uno podría pensar que estás medio loca —dijo una voz en el umbral—. En cambio, debes de ser simplemente feliz.

Giuditta se volvió.

—¡Ottavia! —exclamó.

—¿No tienes por costumbre cerrar la puerta? —le preguntó Ottavia, la mujer del prestador socio de Anselmo del Banco, entrando.

Giuditta le sonrió y cogió de nuevo la aguja.

—Déjalo ya. —Ottavia la obligó a pararse—. Mira qué dedos. —Cabeceó—. Estamos haciendo buenos negocios, pero no puedes seguir así. Además, los pedidos van en aumento...

Giuditta soltó la aguja. Tenía cara de cansancio, las facciones tensas. Acarició las alas de la mariposa de filigrana de plata.

—Si te pones enferma, adiós negocio —prosiguió Ottavia, risueña. Con todo, algo en su mirada revelaba que no estaba bromeando—. Además, tu padre no podrá curarte, nunca está en casa.

Giuditta alzó la mirada hacia su amiga.

—Mi padre se está ocupando de asuntos muy serios. No tiene tiempo para estas tonterías.

Ottavia se encaminó hacia la ventana. Miró por ella el *campo*. Tomó aliento, como si estuviese intentando atinar con las palabras.

—La comunidad no está muy segura de que sean asuntos... serios.

Giuditta se tensó.

—Mi padre está cumpliendo con su deber de médico —dijo a la defensiva.

—La comunidad opina que sus pacientes son... más bien indecorosas.

—La comunidad, la comunidad... —gruñó Giuditta—. ¿Sabes qué pienso a veces? Que los cristianos nos han enjaulado de noche, sí, pero que la comunidad, en cambio, nos encierra...

—No sigas, Giuditta —la interrumpió Ottavia—. Acabas pensando cosas peligrosas y persiguiendo las palabras que se te han escapado de la boca. Zanjemos el asunto, ¿te parece?

Giuditta cogió, irritada, la aguja y se puso a coser.

Ottavia se aproximó a ella, le cogió una mano y la obligó a pararse con ternura.

—De nada sirve que cosas con los dedos en ese estado. Acabarás tiñendo de rojo la tela. —Le sonrió—. Tiene que ser amarilla, ¿recuerdas? No roja.

Giuditta la miró aún enfurruñada.

—Estás fea con el ceño fruncido —dijo Ottavia—. ¿Nunca te lo han dicho?

Giuditta apartó las manos. Miró a Ottavia distendiendo poco a poco la frente. Habría sido fácil pensar en ella como en una madre. Puede que incluso Ottavia pensase que podía desempeñar ese papel. Su marido y ella no tenían hijos. Pero Giuditta no sentía la necesidad de tener una madre, pese a que jamás había tenido una.

—¿Quieres ser mi amiga? —le preguntó de buenas a primeras.

Ottavia ladeó la cabeza, sorprendida.

—Pero yo soy ya tu amiga —contestó.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad. Por supuesto.

Giuditta le apretó la mano.

—Yo estoy orgullosa de mi padre. Está haciendo algo muy importante —dijo mirándola fijamente a los ojos.

Ottavia la miró a su vez. Luego, lentamente, asintió con la cabeza.

—No soy una mujer valiente. Soy astuta, inteligente, buena para los negocios... pero no siempre logro pensar con mi cabeza sobre esas cosas.

—No quiero que la comunidad nos separe —dijo Giuditta.

—Sí, tienes razón —le contestó Ottavia.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Giuditta sonriendo.

—¿A qué te refieres?

—Tú eres astuta, inteligente y buena para los negocios, ¿no? ¿Cómo resolvemos el problema de los gorros? —dijo Giuditta riéndose.

Ottavia la abrazó.

—Ya lo he pensado.

—Dime.

—Nos ayudarán las mujeres. Las pondremos a trabajar y les pagaremos un tanto por gorro —explicó Ottavia.

—Pero ¿qué dirán sus maridos? —preguntó Giuditta—. ¿Qué dirá la comunidad?

—Ya pensaremos en eso, no me atosigues —contestó Ottavia abriendo mucho los ojos—. Mejor dicho, lo pensarás tú. Yo soy astuta, inteligente y buena para los negocios. Tu eres valiente y rebelde.

Giuditta se rio.

—Entonces haremos gorros de todos los colores, no solo los amarillos para los judíos.

Ottavia se llevó una mano a la boca.

—¿Has perdido el juicio? No podemos vender a los cristianos. Las tres mujeres a las que vendí los gorros no cuentan, lo hice porque me lo habían pedido, pero abrir una tienda es algo muy serio.

Giuditta esbozó una sonrisa.

—Ya he pensado en eso. Los cristianos solo nos permiten ejercer tres oficios. ¿Cuáles son?

Ottavia sacudió la cabeza.

—Lo sabes de sobra...

—¿Cuáles son? —insistió Giuditta.

—Prestamistas... —empezó a enumerar Ottavia, titubeante.

—¿Qué más?

—Médicos...

—¿Y...?

—Traperos.

Giuditta sonrió ufana.

—¡Traperos, exacto! ¿Y qué hacen los traperos?

—Venden cosas usadas, pero no entiendo...

—¿Puedo vender esto a una cristiana? —preguntó Giuditta agitando en el aire un gorro que acababa de hacer.

—¡No! ¡Claro que no!

—¿Por qué?

—Bueno, pues porque es un gorro nuevo y...

—Espera —dijo Giuditta. Cogió la aguja, la clavó en una yema y apretó esta con dos dedos hasta que salió una gruesa gota de sangre—. Mira, Ottavia —dijo apoyando la yema con la gota de sangre en el interior del gorro. La tela se manchó de rojo.

—¿Qué haces? —preguntó Ottavia.

—¿Sigue siendo nuevo o está usado? —dijo Giuditta.

Ottavia se quedó boquiabierta.

—¡Eres un auténtico demonio, Giuditta di Negroponte! —exclamó soltando una carcajada.

—¡Y quiero hacer vestidos, Ottavia! Vestidos a juego con los gorros —prosiguió Giuditta con ojos apasionados—. Hace mucho tiempo que lo pienso. Si nos obligan a llevar gorros amarillos combinaremos la ropa con los gorros en lugar de hacer lo contrario, como las personas libres.

Ottavia la miraba admirada a la vez que asentía con la cabeza.

—Podemos ganar más dinero que nuestros hombres, ¿lo sabes?

—No soy buena para los números.

—Ese podría ser un problema mayor que el hecho de trabajar como los hombres —dijo Ottavia meditabunda.

—Mi padre se pondrá de mi parte —aseguró Giuditta.

Ottavia la miró.

—Bueno, ya pensaremos en eso. —Sonrió, pese a que le asustaba lo que acababa de intuir—. Pensaremos...

—Tenemos que encontrar un nombre para la empresa —dijo Giuditta excitada.

—¿Qué nombre? ¿Giuditta, la traperera? ¿O Giuditta y Ottavia, las traperas del Ghetto Nuovo? —preguntó Ottavia.

Giuditta cogió la mariposa de plata de Mercurio y se la enseñó a Ottavia.

—¿Mariposa? —dijo Ottavia—. Es horrible.

Giuditta se rio divertida.

—En el pasado mi isla estaba gobernada por los venecianos, ahora por los turcos, pero la población es griega. Son un pueblo antiguo y noble. ¿Sabes que en su mitología la mariposa representa el alma? ¿Y sabes cómo se dice alma en griego?

—No.

—Sí que lo sabes. Todos lo saben —dijo Giuditta riéndose.

—No, de verdad...

—Psique.

—¿Psique?

—Psique. Nuestra empresa se llamará Psique.

—¿Psique?

—Deja ya de repetirlo, Ottavia.

La mujer asintió con la cabeza y miró con mayor interés la mariposa de filigrana. La señaló.

—¿Quién te la ha regalado?

—Una persona —contestó Giuditta ruborizándose.

Ottavia sonrió.

—Dado que te has puesto como un tomate excluyo que sea una mujer o un vejestorio.

Giuditta se encogió de hombros.

—¿No será el muchacho... del portón?

Giuditta no contestó.

—No es judío —dijo Ottavia—. La comunidad también habla de eso.

Giuditta bajó la mirada.

Ottavia suspiró.

—Bien. No, mal. Fatal. —Volvió a señalar la mariposa—. ¿Esa cosa representa tu alma o la suya?

Giuditta acarició las alas de la mariposa.

—La nuestra... —susurró.

—¿Nuestra? —Ottavia alzó la mirada cabeceando—. Esto va de mal en peor. Nos estamos metiendo oficialmente en un sinfín de líos. —Suspiró de nuevo—. Bueno, manos a la obra. Cada cosa a su tiempo. Ahora tengo que encontrar a las costureras. Tú, mientras tanto, piensa en los modelos para los vestidos. —Se dirigió hacia la puerta de la casa—. Mejor dicho, ven conmigo. Si nos quieren lapidar, que lo hagan cuando estemos juntas.

Giuditta se rio, se puso de pie, se metió la mariposa en el bolsillo, se echó a los hombros una gruesa capa de lana cocida, y salió de casa.

—Tengo que comprar las telas —dijo bajando por las escaleras.

—Deberías comprarte una cabeza nueva, muchacha —dijo Ottavia—. Y una también para mí. No somos normales, debes saberlo. Estamos cometiendo una auténtica locura.

—Sí —corroboró Giuditta riéndose.

—Sí, diantres —exclamó Ottavia saliendo a los pórticos. Al ver a su marido le dijo—: Señor moneda, dame un *tron* de oro, que debo cometer una locura.

Su marido la miró frunciendo el ceño. Después sonrió, metió una mano en el saquito que llevaba en el cinturón y le dio la lira *tron*.

—¿Crees que es una broma, verdad, marido mío? —preguntó Ottavia, y se volvió hacia Giuditta—. El señor moneda cree que es una broma. —Miró de nuevo a su marido—. Recuérdalo bien. Te advertí que estaba a punto de cometer una locura y me animaste a hacerlo —dijo clavándole un dedo en el pecho.

El marido sonrió, pese a que por su mirada pasó una sombra de suspicacia, dado

que no acababa de entender lo que estaba sucediendo.

Ottavia cogió a Giuditta del brazo y la empujó hacia el puente de Ghetto Nuovo.

Al pasar por delante del portón Giuditta frenó el paso. Acto seguido alargó una mano y tocó suavemente la madera a través de la cual había acariciado a Mercurio. Entornó los ojos. Pensó que las cosas podían cambiar realmente de un día para otro. El símbolo de la prisión se había transformado en un instante en un símbolo de amor.

Ottavia la zarandeó.

—Te están mirando.

—Me da igual. —Giuditta se rio.

Cruzaron el puente y caminaron por el muelle de los Ormesini mirando las tiendas de encaje y telas.

—¿Es ese tu cristiano? —preguntó Ottavia señalando a un hombre de unos treinta años, alto y con una mandíbula fuerte y cuadrada.

Giuditta miró al hombre.

—¡No! —dijo—. ¡Mercurio es más joven y mucho más guapo!

Ottavia emitió un sonido similar a un lamento.

—Mercurio... vaya nombres tienen los cristianos. Para los romanos el dios Mercurio era el protector de los ladrones. Espero que tu Mercurio no sea ladrón.

—No... claro que no... —Giuditta sonrió apurada.

En ese momento vio salir de una calle lateral a un niño delgado con un gorro espantoso calado hasta los ojos y un suéter de lana de cuello alto subido hasta la nariz. El niño se dirigía hacia ella como un rayo.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

El niño se abalanzó sobre ella, le agarró un mechón de pelo, casi por la raíz, y se lo arrancó con enorme violencia.

Giuditta sintió un dolor desgarrador, un ardor intenso. Gritó. Vio que el niño apretaba en un puño el mechón de pelo.

—¡Judía de mierda! —gritó y, dando un salto, le cogió el gorro.

Mientras escapaba a la misma velocidad a la que había aparecido, Giuditta, aturdida por el dolor y la sorpresa, tuvo la impresión de que lo conocía, quizá porque tenía la piel muy amarilla.

—¡Párate, delincuente! —gritó un comerciante. Trató de cogerlo, pero el niño lo esquivó con la agilidad de un gato. El comerciante se aproximó a Giuditta—. ¿Cómo está?

Giuditta se llevó una mano a la cabeza, donde le dolía más. Notó que le salía un poco de sangre.

Ottavia la abrazó.

—¿Está herida? —preguntó el comerciante.

Giuditta tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—No puedo estar aquí sin gorro —dijo. Se llevó la otra mano a la cabeza y bajó la mirada. Se sentía desnuda. Se precipitó hacia el puente del Ghetto Nuovo y lo cruzó a toda prisa.

Ottavia la siguió. Al llegar al *campo* le dio alcance y la obligó a pararse. La abrazó.

—Giuditta di Negroponte —dijo una voz a sus espaldas.

Giuditta y Ottavia se volvieron. Ante ellas estaba Ariel Bar Zadok, el comerciante de telas del gueto.

—¿Qué quiere? —le preguntó apresuradamente Ottavia.

—Giuditta di Negroponte —repitió Ariel Bar Zadok con una especie de tono oficial y obsequioso. Dio un paso hacia delante—. Permítame... quería hablarle de negocios y...

—No es el momento —lo interrumpió Ottavia con acritud—. ¿No ha visto lo que ha pasado?

—No, yo... —contestó el comerciante avergonzado.

—Hable, Ariel —dijo Giuditta con un hilo de voz, pensando que quizás el comerciante podría distraerla de sus temores.

—Giuditta di Negroponte... me gustaría suministrarle mis telas y todas las que necesite sin necesidad de que me las pague —dijo Ariel Bar Zadok hablando cada vez más deprisa a medida que iba exponiendo su idea. Agitó la mano en el aire con delicadeza, como si fuera un pañuelo de seda—. Nos pondremos de acuerdo y usted me dará un porcentaje de sus creaciones. Además, me gustaría también poder vender en exclusiva sus maravillosos modelos.

Giuditta miró a Ottavia. Su amiga parecía tan estupefacta como ella.

—Sobre la exclusiva ya veremos —se apresuró a contestar Ottavia dando un codazo a Giuditta—, háganos una propuesta como se debe y la sopesaremos.

Mientras tanto, una pobre mujer judía se había acercado a Ariel Bar Zadok por detrás de él. Bajó poco a poco la cabeza y juntó sus manos agrietadas en ademán de saludo.

—Señora, si necesita una buena modista yo estaré encantada de servirle —dijo.

—Puede que os sirvan dos modistas —dijo otra mujer de cara lozana aproximándose también a ellos—. Coso muy bien y mi marido es un magnífico cortador de telas, tiene unas tijeras, además de otros instrumentos.

Giuditta miró a Ottavia atónita. Luego se volvió hacia el portón del Ghetto y pensó en Mercurio. Se repitió que no podía sucederle nada malo. Había sido el gesto de un niño, sin más, se dijo. No tenía ninguna relevancia. Además, el dolor de cabeza se le estaba pasando. La vida era maravillosa. Se volvió hacia el hombre y le sonrió confiada.

Entretanto, el niño que la había agredido corría por la interminable serie de

pequeños puentes que había en los muelles. Enfiló una calle. Nada más doblar la esquina se paró. En una mano llevaba el mechón de pelo de Giuditta y en la otra su gorro amarillo. Se aproximó a una góndola. Tendió el mechón y el gorro a una mujer elegantemente vestida que ocultaba su rostro con un velo.

—Eres el mejor, Zolfo —dijo la mujer.

—Gracias, Benedetta.

—¿Adónde vas, idiota? —repitió la voz, y la mano que lo había aferrado por un hombro nada más entrar en el Arsenal lo obligó a volverse.

Mercurio se encontró frente a un hombre grande, fuerte, que llevaba una serie de extrañas herramientas de madera y de metal. Su larga barba gris estaba llena de nudos y de migas del desayuno. El hombre tenía los ojos claros, azules como el cielo en verano, y llevaba un par de gafas redondas apoyadas en su nariz aguileña.

—¿Eres mudo? —preguntó en tono rudo y expeditivo.

Mercurio miró alrededor boquiabierto, pensando qué podía decir para no delatarse. Alrededor de ellos pululaban un sinfín de *arsenalotti*.

—Eres nuevo, ¿verdad? —preguntó el hombre.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Lo sabía. Lo supuse por la forma en que caminabas. Como uno que no sabe adónde ir. —El hombre cabeceó apretando los labios—. Menudos idiotas contratan —masculló—. Luego se asombran de que ya no podamos construir tres galeras al día como antes. —Escrutó a Mercurio. Emitió un sonido de disgusto y le dio una palmada en una costilla, casi una bofetada. Apuntó el índice hacia un cobertizo de madera con tejas de abeto en el techo.

—No sé adónde te han asignado, pero me da igual. Necesito tierra en las obras, así que a partir de este momento trabajarás para mí. Coge una carretilla, novato.

Mercurio entró a toda prisa en el cobertizo y salió de él con una carretilla de madera, con la rueda de radios.

—¿Va bien esta? —preguntó.

El hombre no le contestó y le indicó con un ademán que lo siguiese. Echó a andar por un amplio muelle.

Mercurio lo siguió empujando la carretilla, que chirriaba. «Mientras estás con alguien, estás a salvo», pensaba.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó el hombre sin volverse.

—No, señor.

—Soy el *proto*, el capataz Tagliafico —dijo el hombre entrando en un recinto de palos de madera en cuyo interior, bajo un techo, se alzaba una montaña de tierra roja—. ¿Ni siquiera sabes qué es un *proto*? —dijo el hombre parándose al lado del montón de tierra.

—Acabo de llegar, señor Tagliafico.

—Pero ¿cómo es posible que te hayan contratado? Es evidente que Venecia se está yendo a pique. Por otra parte, parece que nadie tiene ganas de trabajar y que incluso la gente como tú acaba siendo útil —rezongó el hombre—. El *proto*, o *marangone* del Arsenal, o capataz, es el dios de los barcos. Yo los creo. Un barco no

puede nacer si yo no lo he fecundado. Con mis huevos. ¿Está claro?

—Por supuesto, señor Tagliafico...

—Por supuesto, novato —repitió suspirando el *proto*—. Vamos, carga la tierra en la carretilla y pongámonos manos a la obra. Hoy serás el ayudante de todos los maestros navales, uno detrás de otro. Qué coño, al final del día al menos sabrás qué demonios haces aquí, en el Arsenal. Date prisa, tenemos que parir una galera.

Mercurio vio una pala y llenó la carretilla de tierra roja, tan fina como la arena. Apenas concluyó la operación el *proto* salió a paso resuelto del recinto de las tierras, dobló a su derecha y se encaminó hacia el dique de la Darsena Nuova. Lo costeó y después cruzó un puente de barcos planos en dirección a la Darsena Nuovissima.

Mientras se acercaban a las grandes obras terrestres, Mercurio miraba cautivado ese mundo desmedidamente grande, todo un reino de agua, tan extenso como un lago, contenido por muelles, muros, atraques, gradas, y cubierto con marquesinas. Un pequeño mar al que daban almacenes llenos de leña, cuerdas, herramientas, y funderías en plena actividad de cuyos techos se alzaban densas columnas de humo. Además había virutas de madera por todas partes, al punto que, se caminase por donde se caminase, se las oía crujir bajo los pies como si hubiese habido una plaga de saltamontes. Y un penetrante aroma a resina que neutralizaba el hedor de la laguna.

—Al menos eres curioso —comentó el *proto* al ver su interés—. Pero ahora camina.

Mercurio lo siguió hasta unas gigantescas obras terrestres. Era un espacio inmenso de al menos cuarenta pasos de ancho y más de cien de largo, cubierto por una marquesina de madera, con amplias bóvedas que se apoyaban en unas columnas de granito de una altura de cuatro o cinco pértigas y unos capiteles toscos, pero robustos, que sostenían los envigados.

El *proto* le indicó una herramienta brillante, similar a una carretilla cerrada con un embudo bajo una pequeña caja de metal ligero y una palanca a un lado.

—Llénala.

Mercurio metió un poco de tierra roja en la carretilla. La tierra bajaba por la boquilla del embudo y se depositaba en el suelo.

—¡La palanca, imbécil! —gritó el *proto* al ver que Mercurio intentaba tapar el embudo por debajo.

Mercurio giró la palanca que había a un lado de la carretilla y el flujo de tierra roja se interrumpió.

Un joven sopló en un extraño instrumento, que, pese a que parecía un cuerno, producía un sonido más agudo, y al cabo de unos segundos una auténtica multitud apareció en las obras que, hasta ese momento, estaban desiertas. En primera fila Mercurio vio a los carpinteros empuñando hachas, sierras, cinceles, punzones, mazas de madera, gubias y otras herramientas para trabajar la madera, unas más sencillas,

otras más sofisticadas. Detrás de ellos había un tropel de mozos, en su mayoría jóvenes, que transportaban unas sierras de una pértiga de longitud, con las hojas dentadas y las asas rectas en ambos extremos para que pudiesen manipularlas más de dos personas. Y un grupo de trabajadores con las manos negras e incrustadas. También las caras estaban manchadas de negro y tenían el pelo estropajoso, como pegado. Transportaban varios botes, uno de ellos, más grande que los demás, estaba apoyado en la plataforma de hierro de un carro, agujereada, bajo la cual unos obreros preparaban un hornillo. También ellos tenían un montón de mozos, negros y embadurnados como ellos, que sujetaban unos mazos de madera, unos cinceles de punta plana y unas balas de cáñamo basto. Todos, indistintamente, se habían colocado alrededor de las obras como si fueran a asistir a un espectáculo. Pero sin mezclarse entre ellos, agrupados como los regimientos de un ejército.

El *proto* se encontraba en el centro de las obras, por lo demás desierto. Miraba al suelo como si estuviese leyendo algo que solo él podía ver. Permaneció así, absorto, durante mucho tiempo. Ninguno de los espectadores dijo una palabra.

Mercurio tenía la sensación de que, de un momento a otro, podía suceder algo prodigioso. Y, por lo visto, eso era lo que creían los espectadores, a juzgar por la atmósfera que se respiraba.

El *proto* Tagliafico alzó la cabeza. Giró sobre sí mismo, con los brazos abiertos y sus *sesti*, una especie de compás, en la mano, escrutando a los trabajadores. El rostro serio. Se produjo un quedo murmullo, una especie de reverberación sonora de la espera. Tagliafico cogió un puñado de tierra roja, se dirigió a grandes zancadas a un extremo de las obras e hizo un montoncito. Acto seguido se arrodilló y apuntó un complejo instrumento compuesto de lentes y de medidores semovientes hacia la parte opuesta de las obras.

—Ponte ahí con la *traccia*, novato —dijo a Mercurio.

El joven sintió que todos lo miraban.

—¿La *traccia*? —preguntó al muchacho que había tocado el cuerno.

—La carretilla —contestó el joven—. Date prisa.

Mercurio corrió de un lado al otro de las obras empujando la pequeña carretilla. Se paró en el centro.

Tagliafico le ordenó con un ademán que se acercase.

Mercurio se apresuró a obedecerlo.

—¡Lentamente! —gritó el *proto*.

Los espectadores se rieron entre dientes.

Mercurio se detuvo.

—Gira la palanca y camina en línea recta hacia mí.

Mercurio giró la palanca. La tierra roja empezó a caer por el embudo. Avanzó. A medio camino se volvió para mirar la línea que iba dejando a su espalda. Se desvió.

—¡Mira hacia delante, imbécil! —gritó el *proto*.

Mercurio obedeció. Sentía clavados en él los ojos de todos los presentes. Se curvó rezando para que el *arsenalotto* al que le había robado la ropa no lo reconociese, en caso de que estuviese allí.

Cuando Mercurio llegó al lado del *proto*, este cerró la palanca de la carretilla y luego se volvió hacia un hombre del grupo de los carpinteros.

—Maestro de azuela Scoacamin, le confío a este novato. —Cogió a Mercurio de una oreja y tiró de ella.

Mercurio hizo una mueca de dolor.

Todos los presentes se echaron a reír.

—No sabe cómo se construye un barco. Convirtámoslo en un auténtico *arsenalotto* hoy —añadió Tagliafico con gravedad. Todos dejaron de reírse y asintieron con la cabeza—. El maestro de azuela se lo pasará al maestro calafate y luego lo embarcaréis para poder confiarlo a los maestros de oficio sucesivos. — Tagliafico empujó a Mercurio hacia el primer hombre con el que había hablado.

—Soy el maestro de azuela Scoacamin —le dijo este—. Tagliafico te ha concedido un gran honor. Devuélveselo mirando con atención cómo trabajamos. Ninguno traza como él el sesto.

Mientras tanto, el *proto*, arrastrando la carretilla, había hecho unos signos a lo largo de la línea recta que había trazado Mercurio; arrodillándose a medir con su compás, dibujó en el suelo de las obras una tupida tela de araña con las líneas de tierra roja. Cuando terminó estaba empapado de sudor y la tierra le había teñido de rojo las manos, la cara, la barba, los cristales de las gafas y la túnica negra de *proto*. Al final, cuando alzó las manos al cielo, se elevó un aplauso prolongado y sincero.

Mercurio no comprendía nada.

—El barco —le dijo el maestro de azuela señalando los signos rojos que había en el suelo—, el barco está ahí. Ahora nos corresponde llevar a cabo la tarea más fácil. —Se volvió hacia sus hombres y gritó—: ¡Al trabajo!

En un santiamén aparecieron tres grandes carros cargados con tablas de madera, grandes vigas de diámetro cuadrado y otras de diámetro rectangular, más finas.

—¡Vosotros, bajad la quilla! —gritó el maestro de azuela a un grupo.

Los carpinteros cogieron una viga gigantesca de sección rectangular y la colocaron a lo largo de una de las rayas rojas que había trazado el *proto* cortándola y adaptándola a la línea. Después, haciendo gala de una velocidad extraordinaria y de una coordinación digna de bailarines, añadieron, una a una, más tablas encajándolas entre ellas. A continuación hicieron unos agujeros perpendiculares y clavaron en ellos unos largos pernos de madera para fijar las vigas de la quilla unas a otras.

Entretanto —mientras el maestro de azuela ordenaba: «¡Roda de popa y roda de proa!»— otro grupo de carpinteros incorporaba, después de haber cortado unas

cabezas de embarbillado, dos elementos curvos, también de sección cuadrada, idéntica a la de la quilla. Antes de que hubieran acabado de encajarlas introducían una serie de costillas, denominadas *varengas*, en la quilla, y las fijaban con una viga más pequeña, de corte rectangular, llamada palmejar. Robustecieron el casco con unas vigas denominadas *panas*, y luego, entre las *panas* y el palmejar, colocaron un conjunto de tablas denominado *soler*.

Después de haber inspeccionado el trabajo, el maestro de azuela ordenó a sus hombres que hiciesen una pequeña pausa en la que los mozos, entre los que se encontraba Mercurio, barrieron del suelo las virutas, las astillas de madera y otros restos. Cuando acabaron no quedaba ni rastro de las líneas de tierra roja. En su lugar se recortaba el perfil de la futura galera, similar al esqueleto imponente de un animal mitológico.

A continuación empezaron a poner la «piel» al barco, es decir, la envoltura exterior, que reforzaban con vigas y baos, hasta que sonó la campana de la comida.

Tras la breve pausa para comer el maestro de azuela Scoacamin llevó a Mercurio al maestro calafate, uno de los que tenían las manos negras e incrustadas. El hombre lo saludó inclinando la cabeza y lo confió a un mozo.

—Atento, quema —dijo el muchacho pasándole una lata de pez líquido con un cucharón completamente incrustado. Mercurio comprendió por qué tenían las manos negras. El joven vertió el pez en un cubo en el que un mozo había enrollado de forma concéntrica una serie de bandas de cáñamo en bruto.

El maestro calafate pasó una mano por la tablazón.

—Hierro calafateo —ordenó. Le pasaron una suerte de cincel con la punta plana —. Maza de calafate —dijo. Y le tendieron un mazo de madera. Se volvió hacia el joven, que metió inmediatamente las manos en el cubo y extendió una banda de cáñamo empapada de pez hirviendo entre dos tablas de la cubierta. A la vez que el muchacho mantenía tenso el cáñamo el maestro calafate lo empujaba dentro de las ranuras con el cincel plano golpeándolo fuertemente con la maza.

Mercurio miró el casco. A cada lado había, al menos, cincuenta calafates que martilleaban, en el suelo o subidos a una escalera, y, al menos, el doble de mozos. El ruido que hacían las mazas al golpear era ensordecedor, y el trabajo procedía a una velocidad extraordinaria.

Cuando terminaron la voz del *proto* retumbó enérgica:

—¡A la pila!

De improviso, se hizo un silencio tenso.

Todos los *arsenalotti* rodearon la galera en construcción. Una treintena de hombres ataron unos gruesos cabos a la proa del barco y otras cuerdas a las amuradas de babor y estribor, y tiraron de ellos.

—¡Listos! —gritó el jefe del grupo.

Los mozos del maestro de azuela dejaron caer las largas escoras laterales al mismo tiempo que otro grupo empezaba a colocar unos palos bajo la quilla a medida que el casco era tirado hacia delante con las dos cuerdas de proa. El caparazón empezó a rodar rápidamente sobre los palos acercándose a una grada que daba acceso a un dique seco. El gran dique de mampostería estaba seco y el suelo quedaba por debajo del nivel del dique de la Darsena Nuovissima, que se extendía delante. Cuando el casco llegó al centro del dique los hombres que lo habían arrastrado hasta allí salieron del dique seco y, valiéndose de unos largos palos provistos de ganchos, sujetaron los costados del barco. Los trabajadores se apiñaron en los lados del dique, a la vez que se abría el tabique mediante unos engranajes de ruedas dentadas, como si fuese un cierre metálico. El agua invadió el dique.

Todos contenían el aliento. Era el momento de comprobar si el barco era impermeable y si estaba bien centrado y era estable.

Mercurio miraba fascinado el agua turbia que formaba espuma al pasar bajo el tabique. El cascarón de la galera se agitaba bajo el empuje de la corriente. Cuando el dique se llenó cerraron de nuevo el tabique. El maestro calafate subió a bordo de la galera bajo la supervisión del *proto*. En una mano llevaba un palo para examinar el casco, empezando desde abajo, un pie tras otro. Una vez finalizada la inspección miró al *proto* y asintió con la cabeza.

El *proto*, hacia el cual se habían vuelto todos, alzó las manos al cielo y anunció:

—¡La Serenísima tiene una nueva galera!

Se oyó un coro de gritos de júbilo.

—¡Cerrad el casco! —ordenó el *proto* con una sonrisa de satisfacción.

En un abrir y cerrar de ojos los maestros de hacha, los carpinteros, los calafates y los mozos se precipitaron hacia la galera en construcción y montaron el mamparo de colisión y el de prensaestopas, cerraron los pañoles con los respectivos tanques de lastre y el pozo de cadenas, realizaron las cubiertas intermedias, tanto la de boga como las del pasillo y batería, con las escotillas para la artillería, hasta llegar a la principal; se formaron naturalmente las bodegas, las cabinas y la despensa; se pusieron las bases de la toldilla, el estay y el flanco de popa, el púlpito, las entradas para el timón y los pasantes para los palos.

Mercurio pensó que parecía una mujer vistiéndose. Se imaginó de inmediato a Giuditta. Pensó que un día la vería mientras se vestía. Pensó que si lograba realizar su sueño podría verla todos los días de su vida.

El ruido de las bisagras que chirriaban en sus guías lo devolvió a la realidad. Estaba abriendo el cierre metálico. Sacaron el barco del dique y lo arrastraron por el lado este de las dos dársenas y luego por el lado sur de la Darsena Nuovissima.

Mercurio fue a bordo durante todo el trayecto, testigo del nacimiento de cada mínimo detalle. No dejaban nada al azar. Se dio cuenta de que las horas habían

volado sin que se diese cuenta.

Usando dos altas grúas de madera dotadas de un brazo giratorio y movidas por unos engranajes dentados y unas cuerdas de cáñamo trenzadas montaron los palos de maestra, mesana y trinquete. A continuación pasaron a las vergas y la cofa, situada en lo alto del palo de maestra, y tensaron los cabos. Después entraron en la fábrica de los remos, donde se elaboraban y afinaban los troncos largos y rectos de haya de los bosques friulanos hasta darles una forma definitiva, y luego se cargaban a bordo y se introducían en las chumaceras, en correspondencia con las bancadas, dotadas de cadenas y de anillos de llave. Poco a poco fueron incorporando todos los detalles de la galera, de la boca de cangrejo para pasar los cabos de amarre a la infinita serie de motones, las garruchas que se usaban a bordo. Cargaron los catres en que dormía la tripulación e incluso el *pan biscotto*, el alimento básico de la chusma durante la navegación, una galleta que se cocía y preparaba también en los hornos del Arsenal con harina, agua y una pizca de sal.

Cargaron también las bombardas, fundidas directamente en el Arsenal, y los toneles.

—Pólvora —dijo un mozo—. Si uno hace una tontería saltamos por los aires.

A ese punto, cuando la galera estaba lista, Mercurio comprendió que había llegado su momento. Bajó del barco y siguió a los mozos que entraban en el almacén de las velas. Dado que ya lo conocían, gozaba, por una parte, de una gran libertad de movimiento, pero por otra todos querían enseñarle algo, de manera que no se sustraía a la vigilancia.

—Ha dicho el *proto* Tagliafico que necesita dos sobrejuanetes —aventuró dirigiéndose al almacenero.

El hombre lo miró de través.

—¿Se puede saber para qué necesita dos sobrejuanetes si se trata de una sola galera?

—Pregúntaselo a él —contestó Mercurio encogiéndose de hombros.

—No, yo no le pregunto nada —dijo el almacenero.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Le digo que venga a rogarte de rodillas? —preguntó Mercurio.

El almacenero no debía de estar preparado para discutir con mozos tan sueltos de lengua como el que tenía delante. Se quedó estupefacto. Masculló algo incomprensible y después, casi con rabia, preguntó:

—Bueno, entonces, ¿qué quieres hacer?

—¿Eres idiota? —preguntó Mercurio, que había comprendido que llevaba las de ganar.

—Idiota lo serás tú. Coge los dos sobrejuanetes —gruñó el almacenero, dando su brazo a torcer. Entró en una sala donde había unas enormes estanterías con decenas y

decenas de velas dobladas, cogió las dos que le había pedido Mercurio y las dejó caer de mala manera sobre el mostrador—, pero se las llevas tú —le dijo apoyando los puños en los costados.

Mercurio se echó a un hombro las dos pesadas velas y salió tambaleándose del almacén.

Cuando encontró la Tana, el almacén del cáñamo público, exhaló un suspiro de alivio. Se volvió hacia el dique de la dársena y, a la suave luz del atardecer, contempló admirado la galera que había visto nacer de unas cuantas rayas de tierra roja trazadas en un pavimento de tierra cocida. En un solo día. El barco estaba en rada, con las velas lascadas. Vio a los *arsenalotti* en la cubierta principal, saltando con los brazos levantados. No podía oírlos, pero sabía que se estaban riendo. Sintió una punzada en el corazón. Le habría gustado estar allí y celebrarlo con ellos.

«Pero tú, en cambio, eres un estafador», se dijo casi aplastado por el peso de los dos sobrejuanetes.

Entró en la Tana y aceleró el paso fingiendo que estaba muy ocupado. Nadie le prestó atención. Era un simple *arsenalotto* que se demoraba con dos velas en lugar de irse a casa a comer y descansar, como correspondía a todos después de una larga jornada.

Mercurio encontró la escalera posterior, la subió haciendo un gran esfuerzo hasta llegar arriba, a una habitación con un amplio ventanal que daba a los muros del Arsenal. Miró hacia abajo. El salto era peligroso, pero lo más difícil era tirar las velas al otro lado de los muros. Pensaba que no iba a tener la fuerza que se requería para hacerlo. Vio llegar a dos guardias y se aplastó contra la pared de la habitación. Los oyó pasar. Charlaban sobre mujeres. Uno de su esposa y el otro de una puta. Se reían.

Apenas se alejaron, Mercurio se movió. No había nada que esperar ni que pensar. Lo único que debía hacer era intentarlo. Aun así, antes de lanzar los sobrejuanetes saltó al muro desde la ventana para echar un vistazo. Aterrizó con bastante facilidad en el terraplén. Se asomó entre dos almenas y vio que la barca de Battista lo esperaba en el río de la Tana. Era un buen salto, pensó.

—Eh —susurró.

Battista y los dos hermanos alzaron enseguida la cabeza. Tonio le hizo un ademán para que saltase. Battista parecía asustado.

Mercurio tomó impulso para regresar.

—¿Quién está ahí? —gritó un guardia asomándose por una torreta que estaba al fondo del muro mientras Mercurio saltaba.

El joven aterrizó en la habitación. Se dio cuenta de que ya no tenía tiempo de lanzar los sobrejuanetes y seguirlos. O dejaba allí su botín o lo arriesgaba todo. Sintió el corazón en la garganta. Pensó que si lo atrapaban lo ahogarían. Recordó la pesadilla que había tenido, vio la cara hinchada del borracho que se había ahogado en

las alcantarillas de Roma, vio la mariposa que le había regalado a Giuditta, se imaginó la cara de Anna del Mercato llorando en su funeral, sin cadáver. Sintió que el miedo lo vencía.

«No puede sucederte nada», se dijo. Pensó en Giuditta, que era el objetivo de esa empresa. Su destino. La razón por la que no podía sucederle nada.

Aferró un sobrejuanete y reculó alejándose del gran ventanal que daba a los muros del Arsenal.

—¿Quién está ahí? —gritó de nuevo el guardia, que estaba cada vez más cerca.

Mercurio echó a correr, apoyó un pie en el marco de la ventana, abrazó con fuerza el sobrejuanete y gritó a pleno pulmón al mismo tiempo que cerraba los ojos. Aterrizó en el terraplén chocando contra el almenado, se levantó sin siquiera volverse hacia los guardias y volvió a saltar a ciegas. Mientras caía la vela se abrió, se hinchó de aire y frenó la caída. Mercurio aterrizó a medias en la barca y en el agua con un golpe tremendo. Debido al impacto, el aire salió con tanta violencia de sus pulmones que creyó que se iba a desmayar.

—¡Quietos! —gritaron los guardias desde lo alto del muro.

Tonio y Berto habían cogido ya los remos y los hacían gemir mientras remaban lo más deprisa que podían. Entretanto, Battista había recuperado a Mercurio y lo había ayudado a subir del todo a bordo.

—Coged también el sobrejuanete —gritó Tonio—. ¡Nos está frenando!

Una de las flechas que había disparado un guardia con su ballesta se clavó en el fondo de la barca. Battista se asustó y soltó el sobrejuanete, que había recuperado casi por completo. La tela se desenrolló de nuevo en el agua.

—¡Subidlo a bordo, hostia! —gritó Tonio con la voz quebrada por el cansancio a la vez que remaba apretando los dientes.

Mercurio aún estaba aturdido por el golpe. Aun así, se inclinó para recuperar la vela. Pero estaba débil y sus manos se movían con lentitud. Battista se había acurrucado en el fondo de la nave y temblaba de miedo.

—¡Battista! ¡Ayúdame, por favor, no puedo! —vociferó Mercurio.

Battista agachó la cabeza para esquivar su mirada, como había hecho ya la primera vez, cuando Zarlino había tratado de robarles, a él y a Benedetta.

—¡Cobarde! —le gritó Mercurio, iracundo.

Otra flecha se clavó en un costado de la barca, en la popa, a poca distancia de Mercurio. El joven no se dio por vencido. Se inclinó hacia el agua tratando de recuperar el sobrejuanete. Pero, justo en ese momento, los dos hermanos aumentaron el ritmo con los remos y lo hicieron caer por la borda. Mercurio se aferró al timón, pero apenas podía sujetar ya el sobrejuanete.

—¡Battista! —gritó con la voz quebrada por la desesperación—. ¡Battista! ¡Te lo ruego!

El pescador reaccionó inesperadamente. Se levantó y se inclinó en la popa para salvar a Mercurio. Mientras salía del agua Mercurio oyó un silbido en el aire. Una especie de silbo silencioso. Battista se detuvo un instante. Mercurio tenía medio cuerpo fuera.

—¡Battista...! —gritó.

El pescador tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Miró a Mercurio atónito. Apretó los dientes y lo hizo subir a bordo. Mercurio se inclinó desde la barca y ayudó a Battista a sujetar el sobrejuanete.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —vociferaba Tonio remando hacia la entrada del río de la Tana—. ¡Queda poco!

Mercurio tiró con todas sus fuerzas. Vio que Battista se movía más despacio.

—¡Vamos, Battista! ¡No te pares justo ahora, coño! —gritó. Battista pareció recuperar el ritmo, pero no tardó en aflojarlo de nuevo—. ¡Vamos, coño! —lo animó Mercurio. De repente, vio que la vela se teñía de rojo—. ¡No, Battista! —vociferó al comprender lo que sucedía. Tiró a bordo el último trozo de la vela, completamente empapado de sangre. Battista cayó de espaldas en el fondo de la barca, que avanzaba ya a toda velocidad y se perdía en las aguas abiertas de la cuenca de San Marco—. Battista... No...

El pescador boqueaba como uno de los peces que echaba a bordo desde que tenía uso de razón.

—Lo hemos... conseguido... —dijo en voz baja.

Mercurio vio la flecha que tenía clavada en un costado. Había entrado de lado, bajo el brazo.

—¿Has visto... Mercurio...? —decía Battista con un hilo de voz, sacudido por la furia con la que remaban los dos hermanos, que borraban su rastro en la laguna sin necesidad del timón—. ¿Has visto...? —repitió buscando la mano de Mercurio—. No soy un... cobarde...

Mercurio sintió que las lágrimas le ofuscaban la vista.

—No... no... no eres un cobarde... —Contuvo un sollozo—. No... Eres un hombre valiente...

En el rostro de Battista se dibujó una sonrisa, lejana y melancólica. Después sus ojos se oscurecieron y su sangre se unió a la de los pescados que había en el fondo de la *Zitella*.

«¿Por qué debe ser feliz?», se había preguntado Shimon Baruch hasta el día en que había llorado en brazos de Ester. Esa simple pregunta le había conferido la energía y la tenacidad necesarias para mantener vivo su deseo de vengarse de Mercurio. Pero, por encima de todo, afirmaba, de manera implícita, que él, en cambio, era infeliz. Sumamente infeliz.

El día en que había llorado en brazos de Ester la segunda parte del postulado había perdido toda consistencia. Las lágrimas habían deshecho un nudo, habían diluido el dolor, disuelto la dureza. Y cuando las lágrimas se habían secado en sus mejillas Shimon se había repetido por costumbre: «¿Por qué debe ser feliz?», solo que en esa ocasión pensaba o, mejor dicho, sentía que él también lo era. Quizá como nunca.

«Feliz...», pensó.

Mercurio, había reflexionado Shimon en los días sucesivos, lo había hecho caer en la más oscura desesperación. Lo había arrojado a una pesadilla, lo había hecho experimentar un miedo vertiginoso e inaudito. Y en esa dramática caída Shimon había perdido todo, no solo el dinero. Había corrido incluso el riesgo de perder la vida debido al navajazo que había recibido en el cuello. En cualquier caso, había perdido la voz. Pero, sobre todo, se había perdido a sí mismo.

Pero luego, había concluido Shimon a orillas del mar, mientras contemplaba la espuma que formaban las olas bajo un cielo plomizo, la caída le había mostrado que no era tan débil como creía. Al contrario, era un hombre fuerte. Se había levantado de nuevo. La caída había obligado a cambiar de piel al viejo Shimon y había descubierto su verdadera naturaleza. Shimon ya no se sentía capaz de volver a su antigua vida. Quizá no fuese mejor a ojo de la ley de Dios y de su gente, pero a Shimon ya no le interesaba ser mejor. Esas categorías morales ya no le concernían. Shimon había comprendido que era fuerte. Si bien el dolor aún podía destrozarlo, el miedo no, ya no. Su vida de conejo había concluido el día en que había sentido la hoja del puñal en la garganta.

De una forma u otra, Mercurio lo había matado. Porque, sin lugar a dudas, Shimon-Baruch-el-cobarde había muerto.

Pero ¿quién era en realidad Mercurio para él? ¿Un verdugo o más bien un benefactor con la brutalidad de un verdugo?

Shimon se puso de pie. Se sacudió la arena y se volvió hacia Rímini, hacia la casa de Ester, el lugar donde lograba sentirse feliz. Llegó a la calle, se sentó en un mojón, se quitó los zapatos y tiró la arena clara y finísima que se le había metido en ellos. La miró caer al suelo como una clepsidra que no medía el tiempo. Respiró hondo. Se llevó una mano al cuello. Pasó la yema del dedo índice por la espantosa cicatriz de la

quemadura con la que había cauterizado la herida. Palpó el lirio del ducado incandescente que había apretado contra la carne. Recordó que en esos días no percibía el dolor. Recordó que no podía formular otro pensamiento que no fuese la venganza. Pero también recordó la exaltante sensación que le había transmitido su fuerza, su ferocidad. La total ausencia de miedo. Ya entonces debería haberse dado cuenta de la suerte que había tenido.

«Pero eras joven», pensó mientras sus labios se alargaban en una especie de sonrisa. «Solo disponías de unos cuantos días». Emitió un sonido, un sollozo. Y, pese a que era desagradable y desentonado, Shimon lo escuchó con estupor y alegría.

Había aprendido a llorar.

Y estaba aprendiendo a reír.

Lo intentó de nuevo. Como si fuera un niño que tratase de silbar. Después de asegurarse de que nadie podía verlo u oírlo, mientras caminaba hacia la casa de Ester, siguió probando a reírse emitiendo ese sonido desagradable con su boca muda, contrayendo el diafragma y encogiéndose de hombros.

Cuando llegó a la puerta de la casa de Ester pensó que tal vez podría hablarle de Mercurio, que le gustaría compartir con ella sus reflexiones. Por ese motivo permaneció un momento con el puño alzado, perdido en sus pensamientos, antes de llamar. Le respondió una voz masculina, procedente del interior de la casa. Se alertó. Bajó la mano y dio un paso hacia atrás. Aguzó los oídos. No le gustaba el tono de la voz. O, se dijo, quizá lo que no le gustaba oír era una voz masculina en casa de Ester.

Miró alrededor. No había nadie a la vista. Rodeó la casa sigilosamente, espiando por las ventanas. Por la ventana de la habitación de la chimenea, donde a menudo se sentaban a leer juntos y donde en una ocasión habían hecho el amor, vio a un hombre grueso con los hombros redondos y fuertes, el pelo corto y unas arrugas en la piel rosada del cuello que le recordaron las de un cerdo. Tenía las manos bastas, fuertes, con unos dedos tan gordos que casi no podía doblarlos, y las agitaba mientras hablaba. Mientras gritaba, mejor dicho.

Ester parecía aún más pequeña de lo que era. Tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si pretendiese escapar, y los brazos pegados al pecho. Pero no cruzados en actitud desafiante, sino apretados, para defenderse. Estaba asustada, desesperada. Shimon lo leyó en su mirada.

—Solo eres una puta judía y te puedo aplastar como a un escarabajo, recuérdalo—decía el hombre, que estaba de espaldas. Su voz era propia de una persona estúpida y malvada, y pronunciaba mal las palabras—. Si no me devuelves el dinero me quedaré con tu casa. —Agitó en el aire un trozo de papel—. Está escrito aquí, todo es legal.

—Señor Carnacina... —dijo Ester con voz trémula—, la casa..., la casa es todo lo que tengo..., lo único que me queda...

—¿Y a mí qué coño me importa? —Carnacina se inclinó hacia ella.

Ester guiñó los ojos, como si esperase recibir un golpe en la cara.

Shimon escuchaba la conversación desde la ventana y sentía las emociones que la misma le suscitaba. Una parte de él temblaba de rabia, pero en lo más profundo de su ser estaba tranquilo. No sentía nada.

—Señor Carnacina... —prosiguió Ester—, mi casa... vale mucho más de lo que le debo... no me lo puede negar... y, además, no sabría adónde ir..., qué hacer...

Carnacina se echó a reír y se dio una palmada en un muslo.

—¿Y a mí qué coño me importa? —repitió riéndose aún más fuerte—. ¿Quién firmó este contrato? Lee aquí. Es tu nombre, estúpida puta judía. Si no me devuelves el dinero que te presté de acuerdo con la ley me quedaré con tu casa.

—Pensaba que podría devolvérselo trabajando, pero... —La angustia crispaba la voz de Ester.

Carnacina se rio aún más fuerte y se dio dos palmadas en el muslo.

—Me gustan los buenos negocios. —Se encogió de hombros—. Pídeselo al mudo. Dicen que viene a verte con frecuencia. Yo no daría un céntimo a una flacucha como tú, pero si a él le gustas... —Se rio a mandíbula batiente. Luego, de improviso, se puso serio y la apuntó con el dedo índice—. Mañana. O la casa es mía. —Acto seguido se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Shimon le vio la cara. Era ancha, aplastada, con unos labios exageradamente carnosos y rojos, unos dientes minúsculos, la nariz respingona, y las mejillas lozanas, cubiertas por una tupida red de capilares reventados.

Shimon se escondió detrás de una esquina y aguardó a que saliera. Se llevó una mano al corazón. Los latidos eran regulares, no se habían acelerado. Vio que Carnacina salía dando zancadas y que Ester cerraba la puerta con la cabeza gacha.

Shimon salió de su escondite y siguió a Carnacina sin saber por qué o, mejor dicho, sin preguntárselo. Lo siguió hasta que lo vio entrar en un edificio de tres pisos. Un viejo criado le abrió la puerta y Carnacina le dio un empujón para que se apartase y lo dejase entrar. Shimon intentó comprender adónde se dirigía, dio la vuelta al edificio asomándose a las ventanas. Al final, en el lado este, que casi daba a la playa, hacia el mar, vio que Carnacina salía al jardín y que, con una inaudita despreocupación, se ponía a cuidar una rosalada. Podaba, limpiaba los capullos de parásitos y abonaba la tierra con una sonrisa casi infantil pintada en su rostro poco agraciado.

Shimon se encaminó a casa de Ester preguntándose a cuánto podía ascender la deuda que esta tenía con Carnacina. No obstante, pensó que la pregunta estaba de más. En esos días había comprobado que casi no le quedaba dinero y que, sobre todo, no sabía cómo ganar más.

Cuando llamó a la puerta, Ester le abrió sonriente, pero Shimon notó que tenía los

ojos enrojecidos. Pasó con ella la velada y antes de despedirse, sin que se diera cuenta, cogió el grueso cuchillo que la mujer usaba para cortar la cabeza a las anguilas. La besó con ternura en los labios y echó a andar hacia la Hostaria de' Todeschi. Apenas oyó que Ester cerraba la puerta, Shimon entró en un callejón, invirtió la dirección y fue a casa de Carnacina.

Cuando llegó al edificio observó que en una ventana del primer piso aún había encendida una trémula luz. Carnacina estaba haciendo sus cálculos. A saber por qué los prestamistas cristianos no tenían la misma reputación de los judíos, se preguntó Shimon. Acto seguido saltó el muro del jardín. Se agachó en un rincón para comprobar si se acercaba alguien. Pero nadie apareció por allí. El silencio era absoluto. Se aproximó a la rosaleta y la cortó por la base. Con una crueldad fría. Luego, sin preocuparse de las espinas, cogió unas cuantas rosas, las tiró al suelo, las rompió, y se encaminó hacia la casa con el ramo de flores, que colgaban, rotas.

Forzó la cerradura de la puertecita que daba al jardín y entró sigilosamente. La casa estaba a oscuras. Los criados debían de haberse acostado ya. Vio la escalera que llevaba a los pisos de arriba. La subió en silencio. Llegó al rellano del primer piso, aguzó el oído y, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, vio temblar la luz de la vela bajo la puerta que había a su derecha. Se acercó con paso firme a ella.

No obstante, en ese momento se oyó un ruido en la planta baja. El murmullo de unas zapatillas que se arrastraban cansinamente por el suelo. A la trémula luz de una vela Shimon vio caminar al viejo criado. El hombre se dio cuenta de que la puerta del jardín estaba abierta. Se aproximó a ella y acercó la vela a la cerradura.

Shimon apretó la navaja que empuñaba.

El criado alzó la mirada hacia el rellano. Después la desvió hacia la puerta, y luego de nuevo hacia el rellano. Al final cerró la puerta y subió con dificultad la escalera, resoplando.

Shimon se agazapó en la sombra y contuvo la respiración.

El criado llegó a la puerta a cuyo lado estaba Shimon con el cuchillo vibrando en el aire. Llamó quedamente y la abrió.

—¿Qué quieres? —gruñó Carnacina en el interior de la habitación.

—¿Se encuentra bien, amo? —preguntó el criado.

—De maravilla, pájaro de mal agüero. Vete —dijo Carnacina con su desagradable voz.

El criado se inclinó a modo de disculpa e hizo ademán de cerrar la puerta, pero al agacharse vio un capullo de rosa en el suelo. Lo cogió. Lo giró en la mano y miró hacia el interior de la habitación.

—¡Cierra! —gritó Carnacina.

Acostumbrado a que su amo lo tratase como a un perro, el criado cerró la puerta, pero, a la luz de la vela, entrevió una hoja de rosa en el suelo. La cogió y, al hacerlo,

vio otro pétalo. Al dar otro paso hacia delante iluminó un par de zapatos. Alzó la vela de golpe en el preciso instante en que Shimon bajaba la mano con la que empuñaba el cuchillo.

Shimon lo golpeó en la sien con violencia y determinación, pero no con la hoja. Sin saber por qué, había girado la mano en el último momento y lo había herido con el mango del cuchillo.

El criado se desplomó inconsciente.

Shimon saltó hacia delante, aferró el picaporte de la puerta de la habitación de Carnacina y la abrió. Entró y la cerró a toda prisa.

Carnacina estaba de espaldas a él, sentado al escritorio. Dio una palmada a la superficie de cuero de este y preguntó con su disgustosa voz:

—¿Qué más quieres, idiota?

Shimon se aproximó y se detuvo detrás de él. Le veía la nuca de cerdo, con las arrugas rosadas.

Carnacina se volvió irritado.

Shimon le tendió el ramo de rosas rotas.

Carnacina abrió desmesuradamente los ojos.

—Mis...

A continuación se dio cuenta de que el hombre que tenía delante de él empuñaba un cuchillo y abrió la boca para pedir auxilio.

Shimon lo golpeó de izquierda a derecha, rápido, apuntando a la garganta.

El grito se ahogó en la sangre. Carnacina se llevó las manos al cuello cortado, estupefacto.

Shimon tiró las rosas al suelo y se rio, con su risa desagradable, palmeándose un muslo, en tanto que Carnacina moría y se desplomaba al suelo.

Shimon rebuscó entre los papeles que había esparcidos por el escritorio. El contrato de Ester estaba bien a la vista, listo para el día siguiente. Shimon lo arrugó. Luego abrió los cajones del escritorio, pero no encontró nada interesante. Registró a Carnacina y le cogió un saquito con siete monedas de oro del Estado Pontificio y una llave larga. Miró alrededor. Vio la caja fuerte y probó la llave. La caja fuerte se abrió. Dentro de ella había un pequeño cofre lleno de más monedas de oro y de joyas. Shimon cogió las monedas, una pequeña fortuna, y dejó las joyas.

Cuando acabó de vaciar la caja fuerte miró de nuevo el cadáver de Carnacina y se rio otra vez golpeándose el muslo. Después acercó el contrato de Ester a la llama de la lámpara y lo prendió. Repitió la operación con los libros contables de Carnacina y con las gruesas cortinas. Acto seguido salió de la habitación. Miró el lugar donde se había desmayado el criado. Ya no estaba allí. Shimon bajó corriendo la escalera, salió de la casa, cruzó de nuevo por el jardín y saltó el muro.

Mientras se alejaba oyó que unas voces gritaban:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Esa noche no volvió a la Hostaria de' Todeschi. En lugar de eso llamó a la puerta de Ester y en cuanto esta le abrió, sorprendida y quizás un poco asustada, la besó apasionadamente. Al hacer el amor con ella esa noche sintió que el hielo abandonaba su cuerpo y su alma.

No logró conciliar el sueño durante buena parte de la noche. Escuchó a su lado la respiración agitada de Ester, que, con toda probabilidad, estaba soñando que perdía su casa. Poco antes del amanecer, enfrentándose a la parte de su naturaleza que se había despertado, que se había deshecho de Carnacina como si fuese un rosal, se dijo que era probable que esa naturaleza, gélida e implacable, le exigiese concluir su venganza. Poco importaba que, mientras tanto, Mercurio se hubiese convertido en un benefactor. No tenía la menor importancia, porque esa naturaleza se alimentaba de muerte. De manera que, mientras se dormía, pensó, sintiendo que el rencor le envenenaba de nuevo el alma: «¿Por qué debe ser feliz?».

Cuando se levantó de la cama vio que Ester le estaba lavando la bata. La sangre había teñido de rojo el agua de la palangana.

En el pueblo se decía que Carnacina había muerto en un incendio.

Pero el criado estaba vivo y era muy posible que pudiese reconocerlo, pensó Shimon.

Shimon comprendió por qué no lo había matado: ya no podía quedarse mucho más tiempo en la ciudad.

Esa noche Mercurio soñó que Battista se transformaba en el comerciante judío que había matado en Roma. Al igual que entonces, sintió que su cuerpo se manchaba de sangre, viscosa, pegajosa.

Pero, de improviso, como solo sucede en los sueños, sin una aparente conexión lógica, se vio en la cama con Benedetta. Igual que el día de la taberna, después de que ella lo hubiera besado. Y, como entonces, Benedetta le cogió una mano y la apoyó en sus pequeños pechos de alabastro con los pezones de color de rosa. También ella tenía el cuerpo cubierto de un líquido viscoso. Solo que, en su caso, no era sangre.

Mercurio se despertó empapado de sudor, excitado.

Se forzó a pensar en Giuditta, como si se sintiera en culpa, como si la hubiese engañado. Como si tuviese que alejarse cuanto antes de ese sueño, espantoso y sensual, que le mostraba una parte de sí mismo que le daba miedo.

La noche misma en que había muerto Battista habría querido ir corriendo a ver a Giuditta, pero no pudo. Se sentía sucio. Sentía que esa muerte lo había manchado.

En ese momento también se sentía sucio, porque no podía fijar la imagen de Giuditta. Su mente volvía de manera irremediable a Benedetta, atraída como un pedazo de hierro por una calamita. Sentía sus labios. Veía su cuerpo desnudo. Sentía la piel suave bajo sus manos, el pezón túrgido entre sus dedos. Y por mucho que intentaba oponerse con la voluntad, una parte profunda e incontrolable de su ser se demoraba en las imágenes sensuales y cultivaba el deseo de volver a acariciar ese seno y poseer ese cuerpo.

Se levantó de la cama. Se acercó a la palangana de agua y metió la cara. El frío había creado una fina capa de hielo en la superficie. Mercurio sintió que se resquebrajaba y que se rompía al entrar en contacto con su cara. El agua helada le cortó la respiración, además de los pensamientos que tanto lo asustaban.

Se vistió y salió a toda prisa de la habitación, pero a mitad de la escalera aminoró el paso. Anna no debía de estar al lado de la chimenea, como esperaba. A buen seguro había salido ya para ir a limpiar el palacio del noble arruinado.

En cambio, Anna estaba allí, y parecía que lo estaba aguardando.

—¿Battista ha muerto? —le preguntó nada más verlo—. ¿Es cierto?

Mercurio sintió un peso en los hombros. Se encogió y se dejó caer en una silla que había cerca de la mesa.

—Es cierto, entonces —murmuró Anna.

Mercurio alzó los ojos hacia ella. Estaban rojos, miraban con desesperación. Quería llorar, pero no podía. Desde que Battista había muerto parecía que se le hubiesen secado las lágrimas.

—La culpa es mía —dijo con la voz quebrada—. La culpa es mía.

Anna se aproximó a él. Poco a poco. Casi con precaución.

—Era un hombre adulto, sabía lo que hacía...

—¡No, no, no! —Mercurio dio un puñetazo a la mesa. Después de la fuga del Arsenal habían atado una piedra al cadáver de Battista y lo habían arrojado al fondo de la laguna. No podían restituir a la viuda el cuerpo atravesado por una flecha. Habían recitado apresuradamente una oración y después habían abandonado a Battista a la voracidad de los peces y los cangrejos—. Tenía miedo y yo lo obligué a obedecerme. Lo amenacé. Le dije que se lo contaría a Scarabello... Él no quería. Era un pescador, un buen hombre... y yo lo maté. ¡Yo lo maté!

—En ese caso, es cierto lo que me dijeron en el mercado. Por eso compraste su barca por dos piezas de oro —dijo Anna sentándose a su lado y apoyando una mano en una pierna de él.

Mercurio volvió la cabeza hacia el otro lado.

La noche anterior había visitado a la mujer de Battista. Le había dicho que su marido se había ahogado en aguas altas y que no habían logrado recuperar el cuerpo. La viuda de Battista se había desplomado al suelo emitiendo un gemido. Empuñaba un cuchillo para limpiar pescado. Tenía la camiseta, los brazos y la barriga cubiertos de escamas. La mujer había mirado el cuchillo y después lo había dejado caer.

«¿Qué comeré ahora?», había susurrado.

Había empezado a quitarse poco a poco las escamas de la camiseta, mirándolas una a una, como si las viese por primera vez, o quizá por última, poniéndolas ordenadamente al lado del cuchillo. Como si se estuviese desnudando. Mercurio le había dicho que quería comprar la barca de Battista por dos sueldos de oro. Una cifra exorbitante. La mujer había cogido las dos monedas y las había mordido, incrédula. Después había mirado a Mercurio y, mostrándole el dinero en la palma de la mano a modo de prueba, le había preguntado: «Lo matasteis vosotros, ¿verdad?».

Anna le apretó la pierna con la mano.

—Siempre muere alguien próximo a mí —dijo Mercurio en una voz cantilenante que casi no parecía la suya. O como si no estuviera allí—. Soy portador de muerte. Estoy maldito...

—No digas eso...

—¿Sabes por qué vine aquí? —preguntó Mercurio volviéndose de golpe a mirarla—. Nunca me lo has preguntado.

—Bueno, eras un estafador...

—¡Soy un estafador!

Anna se lo quedó mirando.

—De acuerdo, eres un estafador, tienes muchas monedas de oro... No es difícil imaginarlo.

—En cambio, te equivocas —replicó Mercurio sombríamente, mirando de nuevo

la madera manchada de la mesa—. Huyo porque... porque he matado a un hombre.

Entre ellos se hizo un repentino silencio.

—No te creo —dijo Anna al final.

—Debes creerme.

Anna alzó la cara y lo miró a los ojos. Prolongadamente. Acto seguido dijo con más firmeza que antes: —No te creo.

Mercurio abrió la boca para hablar, pero se sintió abrumado por una emoción violenta, casi feroz, que pareció desgarrarlo y turbarlo. Al final rompió a llorar, con desesperación, sin poder dominarse. Era un llanto salvaje, hecho de gritos y lágrimas. Lloraba las lágrimas que no había podido llorar por Battista y por el comerciante judío de Roma. Lloraba por el borracho que se había ahogado en los sumideros que había frente a la isla Tiberina. Lloraba porque nunca había tenido una madre y solo en ese momento, en compañía de Anna, podía permitirse escuchar el dolor infinito, el vacío, la vorágine que abrigaba su corazón.

—Cuéntamelo todo —dijo Anna con sumo afecto, acariciándole el pelo, cuando Mercurio dejó de sollozar.

El joven se volvió y la abrazó. Se apretó contra su cuerpo cálido y protector. La estrechó con fuerza, mojándole el vestido con sus lágrimas.

—Ahora no —susurró—. No puedo...

Anna le dio un beso en la cabeza.

—Yo estoy siempre aquí —le murmuró a un oído. Se levantó—. Ven, vamos fuera. A mí siempre me ha ayudado mirar la hierba, los árboles, el cielo. Cuando los miro no me siento sola.

Mercurio soltó una risita gutural.

—Menuda tontería...

—Vamos, vamos —repitió Anna tirándolo de una mano.

Mercurio se levantó tambaleándose. Se enjugó la cara con una manga del vestido y salió con Anna.

La mujer lo llevó a la parte posterior de la casa, al huerto donde crecían unas cuantas hortalizas. Levantó un brazo y le señaló, a cierta distancia, un edificio enorme que parecía abandonado; la parte inferior era de piedra seca y la superior de madera de abeto.

—¿Ves? Ahí estaban el establo y el fenil —explicó—. Nos consideraban ricos. Por eso nos podíamos permitir estar en una casa que, en realidad, era para dos familias.

Mercurio miró el edificio. Lo veía desde la ventana de la habitación, pero nunca le había preguntado a Anna qué era.

La mujer le cogió una mano.

—Ven —dijo, y lo llevó hasta la puerta destrozada del establo. La abrió. En el

interior alzaron el vuelo varios pájaros, que habían anidado allí. Un ratón asomó feliz la cabeza por los pesebres—. Teníamos también cincuenta vacas. En esa época me compró el collar —dijo esbozando una sonrisa y acariciando la joya que Mercurio había rescatado del judío Isaia Saraval—. Después vino la carestía. No había hierba ni para las vacas. Adelgazaron de forma asquerosa y dejaron de dar leche. Al final de ese año, una noche, los bandidos bajaron de las montañas friulanas y nos robaron diez. Luego vinieron los campesinos del vecindario. Se disculparon. Dijeron que necesitaban la carne para sus hijos, que se estaban muriendo de hambre, y cogieron una vaca. Al cabo de diez días se llevaron otra. Y una tercera. Cada vez eran más arrogantes. Ya no pedían perdón y los cuchillos eran siempre más grandes. —Anna exhaló un suspiro y cabeceó—. Al final se produjo la epidemia, que en una semana se llevó por delante el resto de las vacas. —Anna dio un paso hacia atrás y cerró la puerta del establo—. Cuando acabó ese periodo nos habíamos quedado en la calle y nunca nos recuperamos. —Sonrió—. Pero estábamos juntos. Aún estábamos juntos, mi marido y yo. Eso era lo que contaba. Solo ahora me doy cuenta de lo afortunados que éramos. —Miró a Mercurio—. No sé por qué te he contado esto —concluyó.

Mercurio contempló el establo, meditabundo.

—Tengo que marcharme, volveré pronto —dijo al final.

Anna asintió con la cabeza. Mientras lo veía alejarse sonrió con la gentileza que la caracterizaba. Sabía de sobra por qué le había contado la historia, y también adónde iba Mercurio tan deprisa.

Mercurio llamó a la puerta de la casa de Tonio y Berto.

Debía ver a Giuditta como fuese. Esa era la conclusión que había sacado de la historia de Anna. Que, sucediese lo que sucediese, debía estar con Giuditta, porque ella era lo único que contaba.

Pidió que lo acompañaran a Cannaregio con la barca de Battista, que habían escondido entre los juncos a la espera de pintarla de nuevo para que las autoridades no la reconociesen. Quedó con los hermanos que se volverían a ver en el *campo* Aponal, al atardecer, que les daría su parte de lo que Scarabello debía pagarle.

Apenas se quedó solo se dirigió al *campo* del Ghetto Nuovo. Una vez allí se sentó a esperar a ver salir a Giuditta.

Pero mientras aguardaba no dejaba de pensar en Benedetta. No lograba quitársela de la cabeza. Además, las imágenes sensuales eran cada vez más morbosas, más tenebrosas. Pensaba en Benedetta y se sentía mal, como si tuviera una nube negra sobre la cabeza. Sin saber por qué, experimentó una sensación de peligro y de miedo.

Empezaba a anochecer. Mercurio estaba a punto de acudir a la cita del *campo* Aponal cuando vio aparecer a Giuditta en el muelle de los Ormesini, caminaba envuelta en los encajes y las telas de organza que había sacado de las tiendas, que

parecían lujosas banderas. En cuanto la vio las nubes que se habían adensado en su cabeza desaparecieron como por obra de magia. Hizo amago de salirle al encuentro, pero se paró en seco. Giuditta no estaba sola. La acompañaba un joven corpulento que llevaba un bastón corto metido en el fajín.

Giuditta alzó la mirada y lo vio. Su rostro se iluminó. Sonrió. Después se volvió apurada hacia su acompañante y lo señaló con la cabeza al mismo tiempo que se encogía de hombros.

Mercurio no comprendía. Sintió que la sangre le hervía en las venas. Quería saber como fuese quién era el tipo que caminaba dando zancadas, descarado, mirando alrededor. Se plantó delante de Giuditta.

—*Ciao* —le dijo usando el saludo que le había enseñado Battista.

—A mí también me gusta esa palabra —dijo Giuditta.

—¿Qué quieres? —terció enseguida el joven interponiéndose entre Mercurio y Giuditta a la vez que apoyaba una mano en la porra.

Mercurio no lo miró. Solo tenía ojos para Giuditta.

—Un chico me asaltó y mi padre ha pedido a Joseph que... —empezó a explicarle ella.

—¿Te asaltó? —la interrumpió inquieto Mercurio.

—Tú eres el joven del portón —exclamó Joseph apuntando un dedo hacia él.

—¿Quién? —preguntó Mercurio frunciendo el ceño.

—Vete. No te acerques a ella —lo intimó Joseph adoptando una actitud agresiva—. Su padre no quiere que te inmiscuyas.

Mercurio miró a Giuditta y notó su mirada de sorpresa. Tampoco ella sabía la verdadera razón de que su padre le hubiese impuesto a Joseph como acompañante.

—Soy capaz de tirarte al suelo cuando me dé la gana, armatoste.

Joseph sacó el pecho.

Pero Mercurio vio que Giuditta lo miraba con ojos suplicantes. Estaba avergonzada. Le pedía que diese su brazo a torcer. Que se marchase.

—Era una broma, barrigudo —dijo Mercurio. Miró una vez más a Giuditta, intensamente, y se fue.

Nada más doblar la esquina de la calle que tenía a su izquierda la rabia estalló en su interior, incontrolable.

—¡Pedazo de mierda! —gruñó—. ¡Pedazo de mierda, pedazo de mierda! —Al ver que un transeúnte lo miraba con excesiva insistencia le mostró los puños y le dijo —: ¿Qué coño quieres, cabrón? —Acto seguido se apoyó en el muro desconchado de un palacio y trató de respirar hondo para serenarse. Al cabo de un instante estaba de nuevo en el muelle de los Ormesini y miró el Ghetto Nuovo.

También Giuditta, que había llegado al puente, se había vuelto.

Sus ojos se unieron.

Pero Mercurio sentía que el intercambio de miradas en que estaban aprisionados ya no le bastaba. No aceptaba que lo excluyeran. Debía encontrar una forma de eludir la vigilancia. No podía tocar a Giuditta a través de la madera inanimada de un portón. La mera idea del roce lo asustó, porque sus manos recordaron de inmediato el seno aterciopelado de Benedetta. Se volvió y se marchó intentando desahogar en la carrera toda la rabia que había reprimido y confiando en poder acallar sus pensamientos. Cuando llegó al *campo* Santo parecía un toro furibundo.

—¿Entonces? ¿Qué parte me corresponde? —preguntó Mercurio a Scarabello a bocajarro, sin siquiera saludarlo.

—Ni un *merchetto* —contestó Scarabello escrutando a los dos gigantes que estaban detrás de Mercurio inmóviles y con los brazos cruzados sobre sus vigorosos pechos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mercurio.

—No te daré ni un sueldo, porque yo tampoco lo he recibido —explicó Scarabello—. Los marineros son supersticiosos y los armadores aún más.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Mercurio.

—El sobrejuanete estaba manchado de sangre —dijo Scarabello con una punta de malhumor. Volvió a mirar a los dos gigantes. Se tocó el lóbulo de una oreja—. ¿Lleváis pendiente porque sois marineros?

—Sí —respondió Tonio.

—¿Zarparías con una vela ensangrentada? —inquirió Scarabello.

—No.

—¡No! —exclamó Scarabello—. ¡Claro que no! —Abrió teatralmente los brazos—. Has fracasado y me has hecho fracasar a ojos del comerciante.

—¡Ha muerto un hombre! —gritó Mercurio con los ojos rojos, mirándolo con profundo odio.

Scarabello sostuvo la mirada.

—La muerte de ese hombre no me concierne —afirmó.

Mercurio seguía mirándolo iracundo, pero sabía que tenía razón. La muerte de Battista no era asunto de Scarabello.

—¿Por qué has venido con esos dos? —preguntó Scarabello—. ¿Querías intimidarme?

Mercurio frunció el entrecejo. No se le había ocurrido, pero acababa de comprender que Scarabello sentía la misma inquietud que había experimentado él la primera vez que había visto a los dos gigantescos hermanos.

—No —contestó—. Quería decirte que tenemos una barca de nuestra propiedad. Si necesitas hacer ciertos transportes especiales que deben pasar desapercibidos a la guardia somos el equipo que necesitas. No encontrarás a nadie más rápido que nosotros.

—Eres un fanfarrón —dijo Scarabello. El joven le gustaba, aunque la desagradable sensación de que un día se iba a arrepentir de haberlo tomado a su servicio no hacía sino acrecentarse—. Lo tendré en cuenta. A menudo necesito efectuar transportes... rápidos. Por lo general de noche.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Ya sabes dónde encontrarme.

—Espera, muchacho —lo detuvo Scarabello. Le rodeó los hombros con un brazo e hizo un aparte con él hablando en voz baja—. ¿Y si te dijera que he visto a tu amigo Donnola?

Mercurio hizo un ademán para darle a entender que le daba igual.

—¿Ya no lo buscas? —prosiguió Scarabello—. ¿Tampoco a su amigo el médico?

Mercurio negó con la cabeza.

Scarabello sonrió.

—¿Significa eso que te has hartado de la hija del médico o que ya has encontrado otra?

—¿Y a ti qué más te da?

—Nada, hablaba por hablar —dijo Scarabello, elusivo—. Dado que el médico se está entrometiendo en un asunto y me está tocando los huevos...

Mercurio se tensó.

Scarabello soltó una carcajada.

—Ah, ya veo que no te has hartado de la pequeña familia judía.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Mercurio.

—Nada. Negocios.

—¿Qué negocios?

—Está transformando el Castelletto y la gente ya no va a gusto allí.

—¿Qué es el Castelletto? —preguntó Mercurio.

Scarabello puso los ojos en blanco.

—Pero, bueno, muchacho, ¿nunca follas?

Mercurio se ruborizó.

Scarabello se echó a reír.

—¿No sabes lo que es el Castelletto?

—¿Qué te ha hecho el doctor? —preguntó Mercurio.

Scarabello se puso serio. Clavó el índice en el pecho de Mercurio y lo golpeó con él tres veces antes de hablar.

—Si lo ves recuérdale que los negocios son los negocios y él los está haciendo buenos, estoy seguro. Antes tenía una sola puta enferma, ahora son decenas, pero las Torri no son un hospital y yo no quiero perder clientes por su culpa. Los demás me importan un carajo. Soy como ciertos carneros... ¿Los has visto alguna vez? Son unos animales extraños. Me gustan. Nunca rodean los obstáculos que encuentran en

su camino. Los cornean y los destruyen. Esa es mi filosofía. —Pellizcó la mejilla de Mercurio y le guiñó un ojo—. Si hablas con el médico cuéntale la historia de los carneros. Ya verás como la entiende. —A continuación ordenó a sus hombres con un gesto que lo siguieran, pero antes se detuvo como si hubiera recordado algo de repente—. He sabido que tu otra amiga es ahora la amante del príncipe loco. ¡Vaya gusto! ¡Y menudo valor! —dijo.

—¿La amante? —Mercurio sintió una extraña y desagradable sensación—. No es posible...

—Ah, ahí te duele...

—Benedetta me trae sin cuidado —dijo Mercurio con exagerada vehemencia.

Scarabello se rio.

—¡Me importa un huevo! —gritó Mercurio.

Scarabello le rodeó el cuello con las manos.

—Cálmate, miserable —dijo, gélido—. La cosa ya no me divierte tanto. —Acto seguido se alejó con su abrigo de pieles negro, que se abría por delante, y el pelo plateado agitándose en el aire.

Mercurio se quedó parado en el centro del *campo*, mirando, sin verlo, el pozo de piedra de Istria. Estaba desconcertado. En su interior se movía algo que no lograba especificar.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Tonio acercándose a él.

Mercurio se giró de golpe, como si acabase de volver a la realidad. Miró a Tonio guiñando los ojos, iracundo.

—Desaparece —silbó—. Haced lo que os pase por los cojones.

Se marchó y a pasos furiosos llegó a la Lanterna Rossa, la taberna en que se había alojado con Benedetta.

—¿Dónde está? —preguntó al viejo que, como siempre, estaba sentado a la entrada.

—¿Quién?

Mercurio dio una patada a la silla. El viejo rodó por el suelo.

—¿Dónde está?

—Se marchó hace tiempo con un hombre del príncipe Contarini —lloriqueó el viejo masajeándose un codo y hundiendo la cabeza entre los hombros.

—¿Adónde?

—No lo sé —contestó el viejo a la vez que se levantaba, asustado, poniendo bien la silla—. Te lo juro...

Sin mirarlo siquiera, Mercurio se marchó. Al llegar a Rialto dobló a la izquierda y tomó asiento en un tonel vacío que estaba a orillas del Riva del Vin, mirando el paisaje compuesto de embarcaciones.

Pensó en Benedetta. En sus labios carnosos, en sus pezones de color de rosa, en

sus senos de alabastro, y de nuevo sintió un peso y una opresión en el pecho, además de la morbosa excitación que lo estaba atormentando desde la noche anterior.

«No te he protegido como prometí a Scavamorto», pensó.

Se sintió culpable.

Después pensó en la ocasión en que Benedetta lo había besado. Pensó en la desenvoltura y en la determinación con la que ella había ejecutado su plan para hacer creer a Giuditta que era su mujer.

Volvió a tener sensación de peligro y sintió miedo.

—Aquí tienes un cáliz de vino y mirra, fraile, lo mismo que ofrecieron a Nuestro Señor Jesucristo cuando llegó a la cima del Gólgota para que pudiese soportar mejor las penas que había padecido —dijo el príncipe Contarini señalando la copa de cristal soplado de Murano que un criado sostenía en equilibrio sobre una bandeja.

El príncipe deforme se rio.

—Pero Nuestro Señor no quiso sustraerse al dolor —añadió jovial—. En el fondo, te considero sabio. —Se volvió hacia la chimenea en la que ardía un fuego vivaz e hizo una señal a uno de sus hombres. A continuación se puso un par de guantes de trabajo, de cuero grueso, como los que usaban los herradores o los herreros.

El hombre le pasó una barra de hierro puntiaguda del diámetro de un clavo. El hierro estaba al rojo vivo.

Uno de los perros que asistían a la escena ladró.

—Sujetadlo —ordenó el príncipe Contarini.

Cuatro hombres, dos a cada lado, cogieron al hermano Amadeo por los brazos y los extendieron con las manos apoyadas en dos trozos de madera, con las palmas hacia arriba.

Zolfo se pegó a Benedetta.

El fraile jadeaba abriendo desmesuradamente los ojos a la vez que el príncipe se acercaba a él con el hierro incandescente.

—Sujetadlo —dijo Contarini inclinándose hacia el brazo izquierdo del fraile.

Los dos hombres que le sujetaban el brazo izquierdo lo apretaron con más fuerza.

El hermano Amadeo trató instintivamente de desasirse y cerró la mano.

—Ábrela —le ordenó el príncipe.

El hermano abrió poco a poco los dedos.

El príncipe hundió la punta incandescente del hierro en la palma de la mano del fraile. La carne chisporroteó al mismo tiempo que se abría y cedía dejando que el hierro la penetrase.

El hermano Amadeo gritó y se retorció de dolor.

Los perros volvieron a ladrar. Dos de ellos gruñeron como si quisieran morder los tobillos del fraile. El príncipe les dio una patada y los animales recularon aullando.

Zolfo cerró los ojos y hundió la cabeza en el elegante vestido de Benedetta. La joven permaneció impasible. Miró el hierro que penetraba a fondo en la palma del fraile y quemaba la superficie del tronco del leño que había debajo.

Cuando el olor a madera fue más fuerte que el de la carne quemada el príncipe sacó el hierro con una expresión complacida. El hermano Amadeo lloraba y sudaba.

—Excelencia... —dijo con voz débil—, se lo ruego...

—Cállate —lo interrumpió el príncipe rodeándolo y deteniéndose delante de la

mano derecha—. Sujetadlo —dijo a sus hombres. Al ver que el fraile apretaba el puño le ordenó—: Ábrelo.

—Excelencia... se lo ruego... no... —lloriqueó el hermano Amadeo.

—Abre la mano —repitió Contarini con un hilo de voz.

—¡No, déjelo! —exclamó Zolfo precipitándose hacia el príncipe.

Benedetta no hizo nada para detenerlo.

Uno de los hombres del príncipe dio a Zolfo un violento revés que lo hizo caer al suelo con el labio partido.

Zolfo se levantó y volvió a agarrarse al vestido de Benedetta. La joven se apartó.

—Me lo estás ensuciando —le dijo.

El príncipe Contarini la miró satisfecho. Después escrutó al fraile.

—Lo hago para facilitar tu camino y tu cruzada, hermano. ¿No entiendes que te estoy ayudando, igual que hizo Nuestro Señor con el pobre de Asís, Francisco, cuando le transmitió sus sagrados estigmas? Ahora no te escucha nadie, tus palabras se ahogan en la laguna, a nadie le interesa la batalla que has entablado contra los judíos... pero después de este pequeño sacrificio la gente te considerará un santo y tus palabras sonarán como las trompetas del Juicio Final. Abre la mano, vamos.

—Excelencia, no... —lloró desesperado el hermano Amadeo.

El príncipe Contarini se exasperó. Puso la punta ardiente del hierro sobre los dedos apretados del sacerdote. El fraile gritó de dolor y los abrió. El príncipe hundió el hierro con violencia. Agujereó la carne. Cuando hubo acabado tiró el hierro a la chimenea.

—¡Ya está, ahora eres santo! —exclamó riéndose.

Sus hombres lo secundaron y soltaron al fraile. Los perros ladraron sin acabar de entender si debían hacer fiestas o luchar. Dos de ellos se enzarzaron en una pelea y recibieron de nuevo una patada.

El hermano Amadeo se ovilló en el suelo. Las manos le temblaban de dolor y no podía cerrarlas.

Zolfo se precipitó hacia él y lo abrazó.

El fraile lo apartó de un codazo.

Benedetta miró a Zolfo, que se separó del sacerdote, torturado. «Hemos elegido dos amos parecidos», pensó la joven volviéndose hacia el príncipe. «En el fondo nos parecemos mucho».

—Llévadlo a sus habitaciones y dadle todo el vino que quiera —ordenó el príncipe señalando al hermano Amadeo, que seguía acurrucado en el suelo—. No sabía que podía convertirse en santo. Tiene que acostumbrarse a la idea. —Se volvió sonriendo hacia Benedetta.

La joven le devolvió la sonrisa y sintió una especie de temblor en las ingles. Algo que se parecía tanto al placer como al miedo.

—Vámonos —le dijo el príncipe Contarini ofreciéndole el brazo atrofiado—. Las miserias humanas que siguen a los grandes acontecimientos me ponen de mal humor.

Benedetta le cogió del brazo, como una dama bien educada y, a paso medido, los dos abandonaron la habitación que olía a carne asada. Desde el umbral Benedetta vio que Zolfo se precipitaba como un perro callejero hacia el fraile. «Sí, hemos elegido dos años muy parecidos». Miró la mano que aferraba el brazo deforme del príncipe, que nunca le había ofrecido el bueno. «Y eso se debe a que los dos solo buscamos el desprecio», pensó volviéndose para mirar con el rabillo del ojo a Zolfo, que desaparecía en las espiras del palacio.

El príncipe la llevó al dormitorio donde pensaba haberle robado la virginidad y se sentó a su escritorio, abarrotado de documentos. Abrió un cajón y sacó un par de gafas redondas, se las puso e inclinó la cabeza sobre los libros contables empuñando la pluma, listo para mojarla en el tintero.

Benedetta se quitó el vestido elegante, uno de los muchos que desde ese día el príncipe le permitía lucir y que habían pertenecido a la hermana de él. Abrió el armario que había al lado de la cama y sacó la túnica blanca del primer día, que aún estaba manchada de sangre. Sangre de pollo. Sacó de un cajón el gorro amarillo que Zolfo había arrebatado a Giuditta y lo apretó en la mano. Se dirigió hacia el columpio que el príncipe había hecho montar justo delante de su escritorio y se sentó en él. Arregló la túnica de manera que la mancha de sangre quedase bien a la vista y que los dos bordes frontales estuviesen abiertos dejando el pubis desnudo. Después empezó a balancearse ociosamente.

El príncipe se comportó como si no hubiese notado su presencia. Pero Benedetta sabía que él la sentía con toda su alma, que no era menos deforme que el cuerpo. Y sabía que no tardaría en alzar la mirada. Primero distraídamente, después con creciente avidez. Mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás Benedetta apretaba en la mano el gorro amarillo, con odio, como si deseara transmitirle toda su maldad. El príncipe se quitó las gafas, dejó caer la pluma en el escritorio y empezó a ruborizarse. Se acercó a Benedetta y la tomó allí mismo, él de pie y ella sentada en el columpio. Y en el momento del placer alzó la mirada y contempló el fresco que representaba a su hermana muerta. Luego se separó de Benedetta y, casi con desprecio, le ordenó que se quitase la túnica y se vistiera. Por último, con el miembro flácido fuera de las mallas, se dejó caer de espaldas sobre la cama.

Benedetta se puso de nuevo el elegante vestido que llevaba antes del coito, se ató al cuello un collar de perlas tan gruesas como guisantes, y se tumbó al lado de él, en la parte del brazo lisiado. Seguía apretando en la mano el gorro amarillo, del que el príncipe hacía caso omiso. Esperó a que el cuerpo de su señor se relajase por completo.

—Tengo que pedirte un regalo, amor mío —dijo entonces.

El príncipe no movió un solo músculo, pero su voz sonó tan gélida como un pedazo de hielo y tan afilada como una navaja de afeitar.

—Si me vuelves a llamar «amor» te tiraré al canal con una piedra al cuello —dijo.

Benedetta sintió que el miedo la estrangulaba. Sabía que el príncipe no dudaría en hacerlo. Calló.

—Ahora quiero dormir —dijo al cabo de un poco Contarini—. Cuando me despierte podrás pedirme lo que quieras. —Le metió la mano deforme en el escote del vestido y le pellizó un pezón hasta hacerle daño—. Y lo tendrás. —Sacó la mano y respiró hondo.

Con delicadeza, Benedetta le limpió el miembro con un borde de la sábana y se lo metió en las mallas.

—Gracias —dijo el príncipe Contarini con la voz casi ahogada por el sueño.

Cuando oyó que la respiración de su amante era profunda y regular Benedetta se incorporó apoyándose en un codo y abrió la mano que apretaba el gorro amarillo. Lo miró. Se había enterado de que muchas cristianas, nobles o cortesanas cultas, se habían quedado fascinadas con las originales formas, con las telas, muy distintas entre ellas pese a ser todas amarillas, tan bien montadas, al punto de que habían decidido comprar los gorros, a pesar de que la ley prohibía a los judíos vender.

Mientras observaba el gorro de Giuditta notó una mancha de color rojo oscuro en el interior de la vuelta. Parecía sangre.

Benedetta acarició el pecho carenado de su poderoso amante, que se hinchaba y se deshinchaba con regularidad. Dormía profundamente.

—Necesito tu dinero y no puedo esperar... amor mío —murmuró.

Abrió el pequeño saco de terciopelo y seda que el príncipe llevaba en el cinturón y sacó tres monedas de oro. Se levantó y cogió el saquito que contenía el pelo de Giuditta. Salió de la habitación y del palacio, y ordenó a un criado que la llevase a casa de la maga Reina.

—¿Has traído todo lo que te pedí? —le preguntó la maga.

Benedetta le entregó el saquito con el mechón de pelo y el gorro amarillo.

—Hay una mancha dentro del gorro —dijo enseñándosela—. Parece sangre.

—¿Será una bruja? —aventuró la maga riéndose. Acto seguido abrió el saquito y sacó el mechón—. Está mojado —dijo haciendo una mueca.

—Sí —asintió Benedetta—. He escupido dentro.

—¡Tú no te fías de mí! —exclamó furibunda Giuditta cerrando la puerta a su padre, que estaba a punto de salir.

—¡No me fío de ese ladrón! —contestó Isacco alzando la voz más que su hija.

—¡Deja de llamarlo así! —dijo Giuditta con el rostro encendido.

Isacco cabeceó tratando de calmarse, pero parecía un animal enjaulado.

—Te prohíbo que lo veas —ordenó apretando los puños.

—¿Y cómo puedo hacerlo con el guardia que no me deja ni a sol ni a sombra? —vociferó Giuditta. Estaba furibunda. En un principio había pensado que Isacco había ordenado a Joseph que la acompañase para hacerla sentirse más segura después de la agresión del muchacho que le había arrancado un mechón de pelo y le había robado el gorro. Se sentía engañada—. De noche me encierran los cristianos, de día mi padre —afirmó, sombría.

—Lo hago por tu bien —la atajó Isacco.

—Sí, claro —contestó Giuditta sonriendo despectivamente.

—Eres joven —prosiguió Isacco intentando calmar las aguas, pese a que sentía hervir la sangre—. Ahora no lo entiendes, pero un día me lo agradecerás.

—¡Un día escaparé! —le dijo rabiosa Giuditta inclinándose hacia él con agresividad.

Isacco perdió el control y le soltó una bofetada.

Giuditta se quedó boquiabierta. Lentamente, se llevó la mano a la mejilla, que le pulsaba.

—Giuditta... —susurró Isacco.

Giuditta se dio media vuelta y le abrió la puerta para dejarlo pasar. Isacco se quedó parado unos segundos. Le habría gustado abrazar a su hija, pedirle perdón. Le habría gustado explicarle el porqué. Le habría gustado decirle que lo sentía. Pero se quedó con la boca entreabierta y los pulmones contraídos, incapaz tanto de hablar como de respirar. Deseó que su mujer estuviese aún viva. Ella habría sabido resolver el problema. Se sintió impotente, inapropiado, y esa sensación lo hizo sentirse aún más aprisionado. Cruzó el umbral iracundo, casi huyendo, a la vez que Joseph aparecía en la escalera.

—Buenos días, doctor —dijo el joven con la mano apoyada en la porra.

—¡Buenos días, una mierda! —le soltó a la cara Isacco a la vez que empezaba a bajar la escalera con paso violento. Pero antes incluso de llegar al rellano se paró y se volvió hacia Joseph. Lo apuntó con un dedo y dijo—: ¡Estás despedido!

—Pero, doctor... —protestó Joseph asombrado.

—Desaparece o te parto la cabeza con la porra que llevas ahí —lo amenazó Isacco.

Sin comprender una palabra, Joseph empezó a bajar la escalera con lentitud.

—Date prisa —le ordenó Isacco.

El muchachote pasó por delante de él encogiéndose levemente de hombros, como si temiese recibir un golpe; luego se escabulló a toda prisa.

Isacco bajó dos peldaños y, de golpe, se volvió y subió de nuevo los escalones de dos en dos fuera de sí.

—¡Pero si me entero que has dado alas a ese timador...! —gritó sin concluir la frase. Agitó un puño en el aire y salió dando un portazo.

—¡Se llama Mercurio! —oyó que gritaba Giuditta a su espalda.

—Se llama Mercurio-de-los-cojones, sí, lo sé —masculló Isacco.

Cuando salió del portal vio que Donnola lo esperaba en el muelle bromeando con uno de los guardias. Pasó por delante de él sin saludarlo siquiera.

Donnola le dio alcance.

—Veo que estamos de buen humor —dijo.

—¡Diantre, Donnola! —estalló Isacco apretando aún más el paso—. ¿Por qué tenía que tocarme una hija?

Donnola se rio.

—¡Vete tú también al infierno! —exclamó Isacco.

Donnola se rio aún más fuerte.

En el aire flotaba el olor acre del vino barato que vendían las tiendas que había alrededor de la calle de la Malvasia. Isacco sintió una arcada y aceleró el paso echando casi a correr.

Cuando llegaron a la abadía de Santa Maria della Misericordia el olor a vino rancio cambió por otro más sutil, aunque no por ello menos molesto. Los enfermos, ya fuesen heridos o víctimas de una enfermedad interna, esperaban en los escalones de los cofrades que administraban el hospital. Olía a carne y a muerte.

Isacco reflexionaba sobre la evolución de la enfermedad que afligía a las prostitutas. Era un auténtico azote. El número de afectadas aumentaba día a día. En ese momento estaba asistiendo a cuarenta, pero a saber cuántas eran en realidad. Muchas se negaban a curarse para no perder a los clientes, de manera que el contagio aumentaba. Las que, en cambio, habían recurrido a él habían sido instaladas en el quinto piso de la torre de los arrendajos. Las habitaciones habían sido cedidas y las prostitutas seguían pagando el sueldo de plata a Scarabello. Pero la voz había corrido y algunas de ellas se quejaban alegando que el hospital improvisado ahuyentaba a los clientes. Solo que Isacco no veía otra solución. Con todo, lo que más le preocupaba era la idea de la enfermedad que se estaba haciendo la gente, alimentada por sacerdotes o médicos de mala fe. Tanto los religiosos como los físicos que no lograban afrontar la enfermedad eran cada vez más propensos a descuidar su origen sexual y a explicarla como el efecto de la ira divina. Según ellos, Dios, furioso con

las costumbres lascivas de Venecia, mortificaba los cuerpos. Pero ninguno sacaba la conclusión de que dichas costumbres lascivas eran, en todo caso, el vehículo de transmisión de la enfermedad. No era casual que la misma estuviese afectando sobre todo a las prostitutas que no solo estaban más en contacto con los hombres sino que, además, podían ser consideradas unos auténticos basureros. Isacco se sentía desalentado por el comportamiento de sus colegas que, de esta forma, tendían a lavarse las manos. Algunos de ellos se negaban incluso a asistir a los enfermos alegando que no querían «obstaculizar los designios divinos». Otros recurrían a absurdas conjunciones astrales negativas para no tener que reconocer su ignorancia e impotencia. Algunos abrían los brazos desconsolados y decían: «El hombre ha querido copular con los monos y ha contraído una enfermedad propia de animales», como si eso significase algo.

En medio de ese panorama desolador solo dos personas compartían sus razonamientos e intentaban combatir la enfermedad valiéndose de sistemas empíricos. Se trataba del superior de la Escuela Grande de Santa Maria della Misericordia y de su esposa, perteneciente a la confraternidad laica de los Battuti, que dirigían el hospital. Al llegar ante la iglesia de Santa Maria della Misericordia, que estaba al fondo del muelle de la Misericordia, Isacco divisó al *zappafanghi*, tal y como se llamaba al emisario del censor de cuentas de la confraternidad, y le hizo un gesto con la mano. El *zappafanghi* lo reconoció y se acercó a él para decirle que el superior y su esposa acababan de acoger a tres hombres que presentaban claros síntomas de la enfermedad.

—¿Puedo verlos? —preguntó Isacco de inmediato.

—No —contestó el *zappafanghi*—. El superior ha ordenado discreción... —Se inclinó hacia el médico y le dijo en tono de conspiración—: Se trata de personas conocidas. Aristócratas. Por lo visto, uno de ellos pertenece incluso al Consejo de los Diez...

Isacco asintió con la cabeza. El prior lo pondría a buen seguro al corriente de los aspectos de la enfermedad en los próximos días. Por otra parte, a Isacco no le interesaba saber quiénes eran los hombres sino simplemente conocer cómo evolucionaba en ellos la enfermedad. A primera vista en su caso parecía aún más letal. Sacó de su bolsa un frasco y se lo tendió al *zappafanghi*.

—Désela al prior —dijo—. Es aceite de palo santo. Ablanda las llagas. —Se despidió y, con un ademán, indicó a Donnola que podían proseguir su camino.

Cuando llegaron al Castelletto se dirigieron a la Torre de los arrendajos, cruzaron el vestíbulo sucio y maloliente y empezaron a subir la escalera. Isacco se detuvo en el tercer piso y miró a Donnola.

—¿Crees que estoy descuidando a Giuditta? —le preguntó.

—¿Usted que cree?

—Donnola... —El médico apretó los labios y suspiró mirando hacia el quinto piso—. ¿Qué estamos haciendo a estas pobres mujeres?

—Las está ayudando, doctor —contestó sin vacilar Donnola—. Y está ganando mucho menos de lo que podría.

—Estoy ganando más de lo que me merezco —replicó Isacco—. Han muerto ya cuatro mujeres, que no he podido salvar. ¿Por qué debería cobrar?

—Por el tiempo que les dedica —contestó Donnola seriamente—. Se pasa el día aquí. ¿Quién lo haría?

—Cualquier dama de compañía.

—Se lo he dicho ya varias veces, ustedes, los judíos, no dejan de compadecerse. Le confieso que a la larga resulta aburrido.

Isacco esbozó una sonrisa.

—¿Estoy descuidando a Giuditta? —volvió a preguntar a su compañero.

—Eso solo puede saberlo usted, doctor. En todo caso, debe preguntárselo a su hija, no a mí.

—Te estás convirtiendo en un filósofo insoportable, Donnola —dijo Isacco dándole una palmada en un hombro—. Sea como sea, gracias.

Subieron al quinto piso. Cardinale, que los había visto llegar, los esperaba allí.

—Hay otras tres —dijo—. Ya no queda sitio.

—Nos apretaremos —contestó Isacco.

—A decir verdad, hay dos más —explicó apurada Cardinale en voz baja—. Pero dicen que... dicen que no...

—¿Que no permitirán que las toque un judío? —concluyó Isacco.

Cardinale asintió dócilmente con la cabeza.

—Ojalá solo fueran dos —dijo Isacco suspirando—. Lamento ser judío —añadió abriendo los brazos—, pero no puedo remediarlo.

—Es nuestro médico y basta —afirmó Cardinale.

Donnola pasó por delante de ella y le sonrió.

—Buena respuesta. Como premio un día te dejaré probar mi cuerpo, guapetona —le dijo.

—Como premio un día te haré probar un sopapo en la cara —contestó Cardinale.

Donnola se echó a reír y se acercó a Isacco, que avanzaba ya por el pasillo asomándose a todas las habitaciones, saludando y sonriendo a las prostitutas enfermas. Donnola se adelantó y abrió una puerta, que estaba casi al fondo del pasillo y en la que había pintado el cuerpo de una mujer provocadora y desnuda.

—Buenos días, Repubblica —dijo, jovial—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor —le respondió la mujer.

Donnola se volvió hacia Isacco, que llegaba en ese momento. Le sonrió.

—¿Ve? —le dijo en voz baja—. Alguien se está curando a pesar de su ineptitud,

mi querida dama de compañía.

—No te apresures a cantar victoria —dijo Isacco.

Donnola se llevó las manos a la cabeza.

—Lo molería a palos, doctor.

Isacco entró en la habitación. Lidia, la hija de Repubblica, se precipitó hacia él y lo abrazó.

—¡Las llagas se están cerrando! ¡Se están cerrando! ¡Gracias, gracias! —Lo estrechó aún más fuerte y dijo—: Te quiero como si fueses mi padre, doctor.

—Ya veremos —contestó Isacco cohibido.

Donnola soltó una carcajada.

Isacco se acercó a Repubblica, se sentó en el borde de la cama y vio que tenía las mejillas menos pálidas. La enfermedad había chupado desde dentro su pecho lozano, pero aún estaba viva. Apartó la sábana y verificó el tratamiento con una atención poco menos que obsesiva. «No eres un verdadero médico», pensó. «Nunca lo olvides».

—Marianna está orgullosa de ti, doctor —le dijo Repubblica como si le hubiese adivinado el pensamiento—. Esta noche he soñado con ella.

Isacco escuchó su voz sensual, que penetraba en él como un bálsamo y lo hacía sentirse hombre. Se puso de pie de golpe.

—Sí —dijo con aire grave—, de hecho las llagas están mejorando.

Los ojos de Repubblica se empañaron. Apretó los labios conteniendo una sonrisa que la habría hecho llorar.

Isacco miró al suelo. En el silencio que se produjo a continuación sintió que una mano le cogía la suya. Vio que era de Lidia.

La niña le dejó algo pequeño y frío en la palma antes de apartar de nuevo la mano.

El médico miró y vio, brillantado para la ocasión, el *marchetto* que la niña le había ofrecido como pago la primera vez que él había entrado en la habitación. Se volvió.

Lidia lo miraba sacudiendo la cabeza, negando en silencio, pero decidida. No estaba dispuesta a aceptar que la rechazase por segunda vez, parecía decir.

Isacco cerró la mano alrededor de la pequeña moneda de los pobres.

«Te la has ganado, liante», se dijo.

—¡Apártate, criada! ¿No ves que debo pasar? —vociferó el gordo con voz quejosa, alta y desagradable—. ¿Quieres mancharme de barro mis zapatos de raso de Flandes?

Anna del Mercato contuvo un gesto de rebeldía. Inclino la cabeza, cogió el cepillo y el cubo y se aplastó humildemente contra la pared, pese a que no hacía ninguna falta, dado que el hombre tenía espacio más que de sobra para pasar, a pesar de su barriga.

«Ricos de mierda», pensó rabiosa.

—¡Menuda imagen estás dando de mí, estúpida! —exclamó el dueño de la casa, Girolamo Zulian de' Gritti, el noble arruinado para el que Anna estaba trabajando. Bajó la escalera como una exhalación, despeinado y alzando las manos al cielo, jadeante, y se acercó al rico visitante cuya llegada le acababan de anunciar. Al pasar junto a Anna le dijo—: ¡Estúpida criada, debería despedirte ahora mismo! —Acto seguido casi se postró ante el visitante—. Perdone, señor, los criados...

—Los criados son, por naturaleza, estúpidos —dijo el gordo volviéndose hacia Anna con una mueca en su extraña cara, que era delgada a la altura de los pómulos y la barbilla, y tenía unas mejillas anormales en las que crecía un poco de vello rojizo, que parecía ser víctima de la sarna.

Anna sintió una inmediata repulsión hacia él, además de antipatía. El gordo tenía la nariz aguileña, rojiza, con toda probabilidad debido a la gota o a otra enfermedad. La piel estaba, además, tan picada que, en lugar de parecer carne, recordaba a la corteza de ciertos árboles. Los ojos eran estrechos, poco menos que dos ranuras, como si le molestase la luz, y la boca se doblaba hacia abajo en una constante mueca de disgusto.

—Se dice que los negros son inferiores —prosiguió el gordo sin dejar de mirar a Anna—, pero yo creo que todos los criados son inferiores. Su ignorancia y cicatería son propias de una raza distinta a la nuestra. De hecho, están solo un poco por encima de los animales —aseveró con profundo desprecio. Acto seguido se volvió hacia la entrada del palacio y señaló a dos criados gigantescos de tez oscura y tocados con turbantes, que estaban parados delante de una silla de manos—. Como esos dos armatostes —dijo—. ¿Le parecen humanos?

Girolamo Zulian de' Gritti se rio con complicidad, si bien entretanto miraba la silla con la que había llegado el visitante, adornada con unas columnas finamente torneadas, doradas, y unos preciosos velos de seda. También los vestidos de los criados debían de costar un ojo de la cara, pensó.

Pero el gordo parecía no haber acabado con Anna del Mercato. Daba la impresión de que la había tomado con ella y pretendía humillarla. La miró intensamente y dio un paso hacia ella. Olfateó el aire.

—Esta, al menos, no apesta como un animal —comentó agitando un pañuelito perfumado bajo su nariz.

El dueño de la casa se rio forzosamente.

Anna sintió que estaba a punto de estallar. Podía tirar a la cara del asqueroso barrigudo el cubo de agua sucia. Pero, en lugar de eso, inclinó de nuevo la cabeza a la vez que el gordo se daba media vuelta y se dirigía al noble arruinado.

—Si hubiese aquí un padre de la Iglesia quizá me regañaría —dijo el gordo—, pero me importa un comino. Eso es lo que pienso. Quien está arriba está arriba, y quien está abajo... respira mis pedos. —Se rio divertido—. Pero ahora vamos, quiero proponerle un negocio que me parece hecho a medida para usted, excelencia...

—Oh, excelencia, excelencia... solo soy uno de los numerosos aristócratas de antiguo linaje de esta aristocrática ciudad... No me aturda con sus cumplidos... —dijo encantado Girolamo Zulian de' Gritti a quien la codicia y la bancarrota impedían comprender qué podía querer de él ese ricachón.

—¿No tiene nada en contra de los judíos? —preguntó el gordo encaminándose hacia la escalinata.

—¿Exceptuando el hecho de que son judíos? —dijo Girolamo Zulian de' Gritti riéndose.

El gordo lo secundó.

—Ya veo que nos llevaremos bien.

Mientras se alejaban Anna pensó que detestaba el tipo de ricos que se sentían superiores por el mero hecho de tener una bolsa llena de monedas de oro. Anna no dejó de mirarlo en tanto que el gordo subía, como si pretendiese fulminarlo.

Después cogió el cepillo y el cubo y retomó su trabajo. Le dolían las rodillas, los brazos y los hombros, y las manos se le estaban agrietando. La derecha, que sujetaba todo el día el cepillo, había incluso empezado a sangrarle.

«Estás envejeciendo», pensó.

La noche anterior Mercurio se había dado cuenta de que estaba cansada y de que tenía la mano herida. Le había pedido que dejase ese trabajo, pero Anna se había negado en redondo. Para ella era como una especie de desafío a la edad. Simplemente, se negaba a rendirse a la evidencia de que ya no podía hacer ciertos trabajos pesados.

Miró de nuevo al gordo que casi había llegado jadeando al piso de arriba.

«Quizá reviente antes que tú, cerdo», pensó con rencor.

Se volvió hacia los dos criados moros que estaban junto a la silla de manos.

—Dales agua —dijo al criado al que correspondía esa tarea. Hizo un gesto a los dos moros—. Venid a beber.

Los criados se volvieron y le dieron la espalda.

—Idos al infierno también vosotros —gruñó Anna, y se puso a fregar de nuevo el

suelo que empezaba a revelar, bajo la suciedad que se iba disolviendo, unas incrustaciones extraordinarias de mármol.

—¡Anna del Mercato! —gritó desde la barandilla de mármol amarillo del primer piso un criado uniformado con una librea al cabo de una media hora.

—¿Qué quieres? —preguntó Anna.

—Sube —contestó el hombre—. El amo y su invitado quieren verte.

Anna apretó los puños y la mandíbula.

—¿No habéis tenido bastante? —refunfuñó en voz baja.

Mientras se acercaba a la escalinata, el resto de los criados la miraba con piedad y temor. Los amos nunca los convocaban a menos que tuviesen una buena razón.

—Ánimo —le dijo una vieja criada desdentada tocándole un hombro.

—Gracias —contestó Anna a la vez que miraba la escalinata. Le parecía una cima imposible de escalar. Apoyándose en la balaustrada, subiendo un peldaño a la vez y oyendo crujir sus rodillas llegó a lo alto, donde la esperaba temblando el criado en librea.

—Apresúrate, vamos —le dijo.

—No tengo ninguna prisa —contestó sombría Anna andando por el pasillo que llevaba a la galería. Mientras avanzaba oyendo chapotear los zapatos húmedos a cada paso, pensaba que rezaba día y noche para que Mercurio encontrase su camino y para que este no fuera el de ladrón. Ahora bien, si debía serlo, confiaba en que robase todo cuanto tenía al viejo gordo que, a buen seguro, en ese instante se estaba riendo con el liante de su amo pensando en la posibilidad de humillarla de nuevo.

El criado llamó a la puerta de la galería y anunció:

—Anna del Mercato, señor.

—Hazla entrar —se oyó decir desde la galería.

El criado se apartó y miró a Anna. La mujer titubeó unos segundos, al final respiró hondo y entró pensando: «Que os den por culo a los dos».

—¿De manera que tú eres Anna del Mercato? —le preguntó el gordo casi sorprendido cuando la vio.

«Canalla», pensó Anna. «Basta ya de comedia».

—Por lo visto te debo disculpas —prosiguió el gordo con su voz chillona.

En un primer momento Anna se quedó sorprendida de lo que había oído, pero después cayó en la cuenta de que, de esa forma, los dos se divertirían más. No dijo nada e inclinó la cabeza como una bestia de carga. «Vamos, pégame», pensó.

—Y yo también —terció Girolamo Zulian de' Gritti—. El señor Bernardino da Caravaglio, con el que acabo de acordar un magnífico negocio y que goza de mi total y desmesurada estima y confianza...

El gordo protestó.

—Vamos, señor de' Gritti, no exagere...

—De eso nada, querido —replicó de inmediato Girolamo Zulian de' Gritti—, lo que es justo es justo...

—En ese caso, bondad suya. —Bernardino da Caravaglio intentó hacer una pequeña reverencia, pero su inmensa barriga se lo impidió.

«Vamos, pegadme, dadme el golpe de gracia, estoy harta», pensaba Anna con la cabeza agachada.

—El señor Bernardino da Caravaglio estaba a punto de marcharse —continuó el noble arruinado— cuando me dijo, sin saber que la mujer en cuestión eras tú, que necesitaba a una tal Anna del Mercato para organizar las provisiones de la fiesta que voy a celebrar, porque en el pasado solías hacerlo para las familias importantes de Venecia. ¿Es cierto lo que dice? ¿Eres esa mujer?

Anna levantó la cabeza boquiabierta.

—Yo...

—Mi amigo, si es que lo puedo llamar así, asegura que sabías elegir los mejores productos... al precio más bajo. ¿Es verdad?

Anna miró al gordo al que, hasta hacía poco la había insultado de todas las formas posibles. Era cierto que, tiempo atrás, había ayudado a algunas familias importantes que tenían apuros económicos a aprovisionarse, dado que conocía al dedillo el mercado de Mestre, que era bastante menos caro que los venecianos. Lo que no entendía era cómo podía saberlo ese hombre. Se dijo que tal vez conocía a una de dichas familias.

—¿Entonces? —insistió el aristócrata—. ¿Eres tú?

—Así es... excelencia ilustrísima... —balbuceó Anna.

—Bendita mujer —chilló el gordo alzando en una octava su irritante voz—. Tienes talento, conocimientos... ¿y te dedicas a fregar suelos? ¿No podías habérselo dicho enseguida a tu noble amo?

—Bueno... yo... —Anna estaba aturdida. No alcanzaba a entender nada. La cabeza le daba vueltas. Se sentía desfallecer. Se apoyó en el respaldo de una silla para mantenerse de pie—. Yo...

—Vete a casa —la interrumpió el noble arruinado—. Descansa un par de días. Luego te presentas en la cocina y les pides la lista de lo que hay que comprar y el dinero. Te pagaré cuatro veces más. Puedes irte —se despidió de ella con un ademán de la mano.

Anna se quedó atónita. Después, como si hubiese recuperado el conocimiento, se volvió de golpe y salió arrastrando los pies, casi escapando.

Los dos hombres se rieron mientras se alejaba.

—Anna del Mercato —la llamó el gordo cuando la mujer estaba ya en el umbral—. ¡En el futuro... espabila!

—Gracias, señor, gracias —dijo Anna inclinándose.

Salió, bajó la escalinata sin sentir dolor en las rodillas, dio una patada al cubo de agua sucia volcándolo en el suelo y, al pasar al lado de los dos gigantes moros les dijo:

—Vuestro amo no es tan malo como pensaba, pese a que es rico. —Desapareció en el soportal de las Colonete riéndose como una niña.

Cuando, al cabo de tres horas, llegó a Mestre, entró a toda prisa en la casa, excitada, casi gritando:

—¡Mercurio, muchacho! ¡No sabes lo que ha sucedido!

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó una conocida voz chillona y desagradable.

Anna estuvo a punto de pararse, pero al final se asomó lentamente a la habitación de la chimenea.

Y allí, sentado a la mesa, vio al gordo Bernardino da Caravaglio.

Anna estaba confusa. Luego comprendió.

El gordo se rio y después se sacó dos trozos de tela de la boca.

—Bienvenida —le dijo Mercurio dejando de simular la voz.

Anna se quedó sin aliento. El corazón empezó a latirle enloquecido y los ojos se le anegaron en lágrimas. Mientras Mercurio se quitaba el vestido relleno se abalanzó sobre él y lo zurró, riéndose y llorando a la vez debido a la alegría, la emoción y la sorpresa.

Mercurio se reía, tan feliz como ella.

—Estúpida criada, me habrías acuchillado, confiésalo —le decía, orgulloso de que ni siquiera ella lo hubiese reconocido.

—Pero ¿cómo lo has hecho? —le preguntó Anna—. Mejor dicho. ¿Cómo lo he hecho yo?

—Porque te atacué enseguida —explicó Mercurio risueño—. El truco es impedir que el tonto razone. Arrojarlo al mar tempestuoso de las emociones. —Se volvió a reír—. ¡Cuánto me he divertido! Si hubieses visto qué cara tenías. Creía que ibas a estallar de un momento a otro —dijo—. ¡Ni siquiera reconociste a Tonio y a Berto!

—Tonio y... —Anna se quedó otra vez boquiabierta—. ¡Por eso se volvían cada vez que les hablaba! Pero ¿de dónde sacaste todas esas cosas... la silla de manos...?

Anna se dio una palmada en la frente.

—¡Ahora comprendo por qué el gordo asqueroso sabía lo de las provisiones! —dijo—. ¡Porque te lo conté yo!

—La primera vez que nos vimos —dijo Mercurio— me contaste que esos cabrones no te habían vuelto a llamar porque eran ricos otra vez, dado que les recordabas la época de privaciones, te consideraban un pájaro de mal agüero, en lugar de estarte agradecidos.

—Aún te acuerdas —dijo Anna conmovida, como cualquier persona que comprueba que ha sido escuchada. Sonrió. Recordó también ese día, cuando el

hermano Amadeo había llamado a su puerta con los tres muchachitos sucios, desnutridos y atemorizados—. Estabas mojado como un pollito... ¡y vestido de sacerdote! Debería haber comprendido enseguida que eras un bribón.

Mercurio se rio. Parecía haber vuelto a la infancia.

Anna lo miró orgullosa.

—Es cierto que eres bueno, muchacho. Eres un verdadero fenómeno. Tienes un talento inmenso.

Mercurio se ruborizó.

Anna se echó a reír entonces y lo besó en las mejillas. Hizo una mueca.

—Ah, qué asco... me han entrado pelos en la boca... —dijo.

—No son míos sino del gato de la vecina —explicó Mercurio jovial—. Tendrá frío en el culo durante cierto tiempo. —Acabó de desnudarse, se desmaquilló y al final se dirigió a la salida—. Tengo que ir a ver a Isaia Saraval.

Pero Anna ya no lo escuchaba. Contemplaba el fuego a la vez que revivía las emociones y las imágenes de ese día, cabeceando y sonriendo radiante.

Mercurio llegó a la tienda que el usurero tenía en la plaza del Mercato. El noble arruinado había comprendido al vuelo la ventaja que ofrecía la idea de Mercurio. Pero ahora era necesario que Isaia Saraval la aceptase.

—Establezcamos una cifra hipotética —explicó al prestamista judío—. Con dicha cifra el noble cristiano compra todo lo que necesita, incluidas las joyas para su esposa y para él, porque debe parecer riquísimo. Le comprará todo a usted. Pero usted se lo volverá a comprar enseguida por un importe inferior, también hipotético. De esta forma, él le deberá pagar tan solo la diferencia, ¿entiende? Y todo lo que se lleve seguirá siendo, en realidad, suyo. En pocas palabras, considérela una especie de alquiler, ¿me sigue?

Saraval asentía con la cabeza, admirado.

—Pero eso no es todo —añadió Mercurio feliz—. ¿Por qué contentarse con alquilar sus maravillosas prendas?

—¿Por qué contentarme? —repitió Saraval, sin acabar de comprender.

Mercurio se rio.

—Usted me dijo que no puede exponer su mercancía porque los prestamistas judíos lo tienen prohibido, ¿justo?

—Justo...

—De hecho, en este caso, no la expondría usted...

—¡Sino el noble cristiano! —exclamó Saraval—. ¡Así nadie incumple la ley!

—Y si le hace un pequeño descuento sobre lo que, de ahora en adelante, llamaremos alquiler —concluyó Mercurio—, él dirá a sus invitados que quiere renovar la decoración de la casa... todo, cuadros, tapices, alfombras... todo lo que

usted le haya dado... hasta las joyas... de manera que todos los invitados que quieran podrán comprar lo que les gusta. Y él le encargará a usted que se ocupe, en apariencia, del negocio, alegando que está harto de esos bajos y mezquinos intercambios comerciales. ¿Qué le parece?

Saraval se había quedado sin palabras. Cabeceaba y miraba alrededor acariciando con los ojos la mercancía, que, en el futuro, ya no estaría allí, en la parte trasera de la casa de empeños, llenándose de polvo. Hasta esa fecha a ningún prestamista se le había ocurrido una idea semejante, pese a que era sencilla. Y, como todas las ideas sencillas, genial.

—Pienso... pienso... —Respiró hondo—. Pienso que eres un regalo que *Hashem*, bendito sea por siempre Su Nombre, ha querido mandarme. —Lo miró—. Supongo que una idea como la tuya merece una recompensa.

—El precio es caro —dijo Mercurio—. Quiero un cuarto de todas sus ganancias.

—¿Un cuarto? —preguntó Saraval. Reflexionó por unos segundos y al final asintió con la cabeza—. De acuerdo. Trato hecho —dijo apoyando una mano en un hombro del joven—. ¿Seguro que no eres judío, muchacho?

—Segurísimo —contestó Mercurio—. Soy un estafador.

Saraval se puso serio por un momento, dudando si creerle o no. Al final soltó una sonora carcajada.

Mercurio abrió la boca asombrado cuando llegó a un grupo de edificios tan absurdo que jamás habría podido imaginárselo, altos como torres, unidos sin la menor lógica.

—Este es el Castelletto —le dijo el niño que lo había guiado hasta allí.

Mercurio le dio el *marchetto* y luego miró en derredor. El patio que se abría entre las torres estaba abarrotado de una cantidad increíble de mujeres con las caras pintadas de albayalde y colorete, y ataviadas con unos vestidos llamativos y escotados. Además, todas llevaban un pañuelo amarillo al cuello. Eran jóvenes, viejas, de mediana edad y niñas. Algunas le hicieron gestos obscenos con la lengua cuando pasaron por su lado; una se levantó la falda, movió el culo, redondo, blanco y mantecoso, delante de él, y luego se alejó contoneándose.

—Como ves, tienes dónde elegir —comentó riéndose un hombre que salía de una de las torres al verlo tan sorprendido.

—Busco al doctor Isacco di Negroponte —le dijo Isacco.

—¿Un médico? ¿Aquí? —preguntó el hombre—. ¿No quieres follar?

—Isacco di Negroponte —repitió Mercurio.

El hombre cabeceó incrédulo mientras se alejaba.

Mercurio se dirigió con paso firme hacia la primera de las torres. Entró y sintió una especie de vértigo al respirar el olor acre y fétido del sexo barato. Se tapó instintivamente los oídos para protegerse del jaleo que retumbaba en el ojo de la escalera. Una prostituta se acercó a ellos contoneándose.

—¿Conoces al doctor Negroponte? —le preguntó.

La prostituta alargó la mano sin la menor vacilación y le cogió el miembro.

—¿Dónde te duele, tesoro? Yo te curo...

Mercurio la apartó con un empujón.

—Busco al doctor Negroponte —reiteró.

—Aquí se buscan putas, capullo —le contestó con ojeriza la prostituta. Se dio media vuelta y se alejó.

Mercurio miró alrededor. Vio una mujer de una cierta edad que estaba parada en medio del patio, de pie, con las piernas ligeramente separadas. Tenía el pelo blanco con varios mechones teñidos de color rosa y verde.

—Disculpe, señora —le dijo Mercurio acercándose a ella—. ¿Conoce al doctor Negroponte?

La mujer lo miró sin contestarle. Exhaló un suspiro de alivio.

Mercurio vio que no tenía un solo diente.

—Necesito encontrarlo urgentemente —insistió.

La mujer se levantó un poco la falda y se hizo a un lado dejando a la vista un charco de orina.

—Yo también tenía una urgencia, guapetón —dijo sonriendo.

—¿Conoce al doctor Negroponte?

—Quién sabe. Conozco a muchos hombres, pero no sé cómo se llaman. Si me dicen su nombre lo olvido antes de que saquen su cosa de mis muslos.

Mercurio amagó marcharse, pero una joven bien parecida con un escote vertiginoso que dejaba a la vista unos pezones claros, de color albaricoque, le hizo un ademán. Mercurio sintió una profunda turbación. Bajó la mirada para esquivar la de la prostituta y salió de la torre sintiendo una opresión en el pecho.

—Espera —dijo una voz detrás de él.

Mercurio se volvió. La joven lo había seguido y se estaba aproximando a él. Su pecho se balanceaba provocador.

—¡No, gracias! —le dijo con excesiva vehemencia.

La joven se rio.

—Apuesto a que eres virgen —dijo dándole alcance.

Mercurio quería marcharse, pero los ojos de ella lo retenían.

—Como sigas abriéndolos así se te van a caer al suelo.

—Disculpa... —dijo Mercurio y, haciendo un considerable esfuerzo, se volvió con intención de marcharse.

—He oído que buscas al médico de las putas. —La joven lo detuvo agarrándole un brazo.

—¿Lo conoces? —le preguntó Mercurio, y de nuevo su mirada se posó en el pecho desnudo de la prostituta.

La joven se subió el vestido para tapárselo.

—¿Así va mejor? ¿Entiendes ahora lo que te digo?

Mercurio se ruborizó.

—Eres virgen, seguro —afirmó la muchacha risueña—. En la torre de los arrendajos. Quinto piso. Pregunta por Cardinale —dijo la prostituta señalando la entrada de uno de los edificios.

Mercurio asintió.

—Gracias —le dijo.

La prostituta se bajó el vestido y sacudió el pecho delante de él. Después soltó una carcajada, como si fuese una niña, sin malicia, y se marchó.

Mercurio se encaminó hacia la torre de los arrendajos a paso lento, volviéndose de cuando en cuando hacia la prostituta. Ella le hizo un ademán con la mano, como habría hecho una joven cualquiera, y Mercurio le respondió sonriendo, aún turbado. Notó que su cuerpo y sus instintos se habían despertado. Pensó en Giuditta y comprendió que no podía contentarse con tocar la madera de un portón.

«De hecho, has venido para eso», se dijo entrando en la torre. Miró hacia arriba. La escalera se enrollaba como una gigantesca serpiente. Empezó a subir. En el

bolsillo tintineaban treinta y una monedas de oro y siete de plata. Un pequeño tesoro. Eran el fruto de la fiesta del noble arruinado. Las había cobrado esa mañana. Era su parte y la había recibido solo dos semanas después del día en que se le había ocurrido la idea. Además, Saravan se las había dado entusiasmado, porque los negocios habían ido mucho mejor de lo previsto. Y, con toda probabilidad, habría más monedas, porque dos aristócratas iban a alquilar un collar y un anillo de gran valor. Había sido un éxito redondo. Por eso llevaba las monedas encima mientras subía la sucia escalera de la torre de los arrendajos, como amuleto. Entretanto se repetía la frase que había estudiado. Era una frase sencilla, pero estaba convencido de que produciría su efecto.

—¿Qué quieres? —le preguntó una mujerona gigantesca que lucía un vestido rojo púrpura cuando llegó a un piso en el que ya no olía a sucio y a sexo, sino a jabón y lejía.

Mercurio la miró.

—¿Es el quinto piso?

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar la mujerona.

—Busco a Cardinale —dijo Mercurio.

—Hoy no trabajo —contestó la mujer.

—¿Eres tú? —preguntó Mercurio.

—¿Eres idiota?

—¿Conoces al doctor Negroponte? —le preguntó Mercurio.

En el rostro de Cardinale se dibujó una expresión de desconfianza.

—Te lo pregunto por última vez, antes de tirarte por la escalera: ¿qué quieres?

—Tengo que decirle una cosa —explicó Mercurio.

—Dímela a mí y yo se la comunicaré cuando lo vea —contestó Cardinale.

—No, tengo que decírsela personalmente. —Mercurio calló unos segundos—. Es importante. Tiene que ver con su hija.

Las facciones de Cardinale se tensaron.

—¿Está mal? ¿Le ha ocurrido algo?

—No... no... —dijo Mercurio—. ¿Qué has entendido...?

Cardinale lo escrutó por un instante.

—No te muevas de aquí —le dijo. Acto seguido se dirigió hacia una puerta que se encontraba al principio de un angosto pasillo. Llamó y la abrió.

—¿Quién es? —se oyó decir en el interior.

—Soy yo, doctor —contestó Mercurio, que había seguido a Cardinale.

—¿Yo, quién?

—Mercurio.

—¡Mierda! —exclamó Isacco.

—¿Lo tiro por la escalera? —preguntó Cardinale aferrando a Mercurio por el

cuello del jubón.

Isacco apareció en la puerta. Tenía cara de cansancio, marcada por los innumerables días que había pasado luchando contra el mal francés. Miró a Mercurio, pero como si no lo viese. Luego se volvió hacia Cardinale y cabeceó.

La mujer se alarmó y los ojos se le anegaron en lágrimas.

Isacco se volvió de nuevo hacia Mercurio.

—Entra —le dijo. La invitación no era amistosa. Después acarició un hombro de Cardinale—. Organízalo tú.

Mercurio entró en la habitación. Vio a una mujer tumbada en un jergón. Su expresión era serena, pese a que tenía la nariz hundida y comida por una llaga.

—Buenos días —murmuró.

—No puede oírte —dijo Isacco cerrando la puerta—. Hoy ha dejado de sufrir.

Mercurio dio un salto hacia atrás.

—Solo te he hecho entrar porque quiero decirte una cosa —dijo Isacco acercándose a él con aire agresivo, pese al cansancio y la frustración que se leían en sus ojos—. No te acerques a mi hija —le dijo en voz baja. Le golpeó el pecho con el dedo índice y repitió lentamente, recalcando cada palabra—. No... te... acerques... a... mi... hija.

Mercurio sintió que la sangre le subía a la cabeza. Tembló de rabia. Las viejas e innatas defensas de su carácter que saltaban cada vez que se sentía injustamente agredido se activaron. Hizo un esfuerzo para dominarse y decir la frase que había preparado. Inspiró.

—Yo soy ahora como usted... doctor —dijo sin poder evitar que la voz se le quebrase un poco—. Ahora soy honesto.

—Se ve a la legua que eres un estafador —gruñó Isacco acercando su cara a la de Mercurio—. Eres un delincuente. Eres escoria.

—¿Y qué me dice de usted?

—¿Me estás amenazando? —preguntó Isacco saltándole al cuello.

—¿Por qué usted tiene derecho a cambiar y los demás no? —dijo Mercurio con ojos de endemoniado, sintiendo el peso de la injusticia. Se zafó de Isacco—. ¿Quién se ha creído que es?

Isacco lo miró sin decir palabra.

—Escúcheme, doctor —continuó Mercurio en tono circunspecto, tratando de dominarse—. Ahora tengo un trabajo honesto. —Extrajo el saquito con las monedas que había ganado, lo abrió y se lo tendió a Isacco, seguro de que causaría efecto—. Mire. Seré rico, además de honesto —dijo ufano.

—No te acerques a mi hija —repitió Isacco como si no supiese decir otra cosa, sin siquiera mirar las monedas.

—¡Estoy enamorado de su hija! —gritó Mercurio, casi asustado de pronunciar esa

idea en voz alta.

Cuando Isacco estaba a punto de abalanzarse sobre él, la puerta se abrió.

Cardinale apareció en el umbral con los ojos enrojecidos, acompañada de otras dos prostitutas. Llevaban una camilla. Entraron en silencio, pusieron el cadáver de su amiga en la camilla con sumo cuidado, como si aún estuviese viva y, por último, la sacaron de allí.

Apenas salieron, Isacco se dirigió a la puerta con paso lento y medido y la cerró. Se quedó con la mano apoyada en el picaporte, de espaldas a Mercurio.

—Si es cierto que quieres a Giuditta —dijo con voz grave y baja— deberías darte cuenta del daño que puedes hacerle. Si la quieres, piénsalo.

Mercurio se sintió atormentado y humillado. Cerró el saquito de las monedas y se lo guardó. Una parte de él le decía que el médico tenía razón. Faltó poco para que se amedrentase y se diera por vencido. Pero después pensó en Anna, en la confianza que tenía en él. Y, sobre todo, pensó en la manera en que Giuditta lo miraba cada vez que se veían. Pensó que ella también lo quería con la misma determinación.

—¡No! —dijo—. ¡No!

Isacco se volvió con la cara encendida.

—¡Yo seré honesto! —prosiguió Mercurio—. ¡Seré digno de Giuditta!

—¿Sí? ¿Y qué más? —Isacco cada vez estaba más morado—. ¿Te convertirás también al judaísmo?

—¡Si es necesario, sí!

—Vete, muchacho. Nuestros dos mundos pueden convivir, pero no pueden unirse.

—Porque no tienen fantasía —respondió Mercurio instintivamente.

—¿Y para qué te sirve la fantasía? —preguntó Isacco arqueando una ceja y en tono sarcástico.

—Para imaginar un mundo distinto.

Isacco lo miró en silencio. Sacudió la cabeza y, a continuación, abrió la puerta.

—Vete, muchacho. Eres tan solo un imbécil.

Mercurio se movió lentamente, con la mayor dignidad posible. Pasó por delante de él y, mientras franqueaba el umbral, empezó a decir: —Seré...

—Tú ni siquiera sabes quién eres —lo atajó Isacco con rencor—. Imagínate si puedes saber lo que serás.

Mercurio se volvió de golpe.

—¡Yo soy todos los que quiero ser!

—¿Ves como solo eres un timador? —Isacco lo empujó hacia la escalera—. Eso solo puede pensarlo un estafador empedernido. Así que tú puedes ser uno, imbécil.

Mercurio se sintió herido en lo más profundo. Temía que Isacco pudiese tener razón. Temía no saber de verdad quién era. No ser nadie. El miedo se inflamó en su interior, como si fuera alcohol puro, y desencadenó la rabia, la consabida rabia que

siempre lo había ayudado a ir adelante.

—Usted que predica tanto, ¿cómo puede aceptar que su hija viva enjaulada como un animal? ¿Qué clase de hombre es? ¿Qué clase de padre es? ¿Es eso lo que se merece Giuditta?

Isacco dio un salto hacia delante con los brazos extendidos, sin siquiera darse cuenta de lo que iba a hacer.

—¡Canalla asqueroso! —gritó abalanzándose sobre Mercurio encolerizado.

Cuando los separaron no tuvo el valor de mirarlo a la cara, porque él también tenía miedo. Miedo de que Mercurio tuviese razón. Había arrancado a su hija de su isla para ofrecerle una vida mejor, se había dicho. Pero ¿era esa una vida mejor?

—¡Sacaré a Giuditta de aquí! —vociferó Mercurio.

—Y yo te arrancaré el corazón con los dientes —le contestó Isacco, pero débilmente—. Que se vaya —concluyó inclinando la cabeza.

Mercurio abandonó el Castelletto sintiendo una rebeldía que no le dejaba razonar. Sentía una profunda rabia por todas las cosas injustas que le había dicho Isacco, además de una gran sensación de inseguridad, porque, muchas veces, le retumbaban dentro. ¿Lo conseguiría? ¿Se convertiría en un hombre, en un verdadero hombre, uno de los que no deben escapar y esconderse durante toda la vida?

A la vez que se perdía en esos razonamientos caminaba iracundo sin rumbo fijo. De cuando en cuando tropezaba con alguien, pero no oía los insultos ni se paraba para disculparse. Era como si solo existiese él y sus pensamientos. La niebla que se iba adensando con el caer de la tarde lo aislaba aún más del mundo circunstante.

¿De verdad podía permitirse querer a Giuditta? ¿Qué podía darle? Isacco lo había zaherido con sus palabras. Estas habían metido el dedo en la llaga. «¿Quién eres?», se preguntaba. Todos los que quería, había respondido al doctor. Pero ¿era alguno de ellos en particular? ¿Quién era? ¿Un rico obeso, un *arsenalotto*, una vieja pedorra? ¿Quién era Mercurio? ¿Quién era cuando no se disfrazaba?

Se repitió una y mil veces la pregunta, hasta que se quedó sin aliento y se paró, jadeando, tapándose los ojos con las manos y presionándolos con una fuerza que nacía de la rabia y la desesperación. Intentó calmarse. Después apartó las manos de los ojos para comprender dónde estaba, pero el mundo era minúsculo, estaba delimitado por una niebla tan espesa como una tela de algodón.

Dio un paso hacia delante. Un zapato se hundió en el barro. Saltó y cayó sobre una piedra cuadrada, blanca, una piedra de Istria, una de las que delimitaban los canales. Pero más allá no veía agua sino solo una rampa o, al menos, eso le parecía, hecha con tablas planas y clavadas en el suelo. Entre la tierra y las tablas crecían unas algas medio marchitas. En el aire flotaba un fuerte olor a moho.

Bajó del borde de piedra de la rampa. La siguió hacia abajo, hasta el punto en que se oía un chapoteo. Allí, suspendido entre la tierra firme y el agua, vio un muro

oscuro, redondeado y gigantesco.

—¿Quién es? —preguntó una voz. Se oyó también el gruñido quedo de un perro.

Mercurio no sabía qué decir.

—¿Dónde estamos? —preguntó sin comprender de dónde procedía la voz.

Entretanto apoyó una mano en el muro que tenía delante. Era de madera y ondeaba un poco, como si respirase. Mercurio sintió una emoción intensísima, a la que no supo dar un nombre ni una explicación.

—Estás en el astillero de Zuan dell'Olmo, que soy yo —dijo la voz materializándose a sus espaldas.

Mercurio se volvió de golpe.

Un perro atigrado, con las orejas despeinadas, delgado, con una cola fina y el hocico arrugado que dejaba a la vista unos dientes amarillos y corroídos, le gruñó al mismo tiempo que se le acercaba. Parecía más inquieto que agresivo.

Mercurio alargó una mano hacia él.

El perro reculó, luego se aproximó de nuevo, tranquilizado por la aparición de un viejo que, entretanto, había salido también de la densa cortina de niebla. El perro olfateó la mano de Mercurio y a continuación movió la cola.

—Calma, *Mosè* —dijo de todas formas el viejo Zuan dell'Olmo.

Mercurio contenía el aliento, hipnotizado por la masa de madera oscura cuyo final no podía ver ni a la derecha, ni a la izquierda, ni arriba.

—¿Qué es? —preguntó en voz baja.

—Es una carraca —contestó Zuan.

—¿Una carraca? —preguntó Mercurio.

—Un velero —explicó el viejo riéndose entre dientes.

—Es grande... —murmuró Mercurio.

El viejo asintió con la cabeza.

—Debería haber dicho «era» —añadió con aire grave.

—¿Era?

—La hundirán —dijo Juan con una punta de melancolía en la voz—. Apenas tenga un poco de dinero deberé hundirla... sí... —suspiró.

—Pero ¿por qué?

El viejo dio un paso hacia delante, se detuvo junto al costado del barco y dio unas palmadas en él.

—No tienes ni puta idea sobre el mar, ¿verdad? —Se rio, pero sin alegría.

Mercurio se encogió de hombros.

—No —reconoció.

—Es como un caballo —explicó Zuan—. Cuando se queda cojo hay que matarlo.

—¿Está... coja...?

—Sí, pobre...

—¿Es suya?

—Ahora que está en ese estado, sí —respondió Zuan riéndose, de nuevo con tristeza y palmeando el costado del barco—. Me embarqué en ella cuando era apenas un muchacho. Envejecí a bordo de ella. Esta madera tiene cuarenta años. —En esta ocasión, en cambio, en lugar de darle palmadas acarició la tablazón de la quilla. El barco se inclinó ligeramente, movido por la resaca perezosa, y chirrió en respuesta.

Mercurio volvió a tener la sensación de que estaba viva.

—Cuando el armador decidió hundirlo —prosiguió Zuan—, hace casi cinco años... —Se interrumpió y cabeceó como si ni siquiera él pudiese creer lo que había hecho—. Bueno, por aquí todos se ríen de mí. Y no les falta razón... Te lo digo a ti también para que puedas pensar que soy un viejo loco y estúpido... Pues bien, cuando el armador decidió que era hora de hundirlo le pedí que me lo diese a cambio de un año de paga. No podía separarme de este... este... ¡ah! —Emitió un sonido de incredulidad—. Viejo idiota... Pensaba que se merecía que lo hundiese alguien que lo había querido y no una partida de desconocidos.

El perro movió la cola y lamió con timidez la mano de Mercurio.

Zuan lo vio.

—Tú también eres un viejo idiota, *Mosè* —dijo—. ¿Quién te dice que es una buena persona? Quizá ahora nos cortará la garganta y nos robará.

—¡Oh, no, señor! —protestó Mercurio—. No tengo ninguna intención de...

—Lo sé, muchacho —dijo Zuan deteniéndolo con un ademán de la mano, torcida por la vejez y la humedad de ese mundo suspendido en el agua—. *Mosè* no es tonto. Si fueras un delincuente te habría mordido ya.

—Entonces, ¿usted también está convencido de que no soy un delincuente? —preguntó Mercurio.

—Por supuesto, muchacho —contestó Zuan sin vacilar.

—¿Sabe quién soy?

—¿Cómo puedo saber quién eres? —Zuan lo miró sorprendido.

Mercurio lo escrutaba con intensidad, como si aguardase una respuesta. Como si el anciano pudiese resolver todas las preguntas que se había hecho, como si pudiese responder a sí mismo y a Isacco.

—Tienes aire de ser... —aventuró el viejo.

—¿Quién? —lo acució esperanzado Mercurio.

—Uno que se ha perdido —dijo Zuan encogiéndose de hombros.

Mercurio lo miró fijamente en silencio.

—Sí —asintió al final—. Tiene razón.

Zuan señaló un punto a su espalda.

—Mantén el canal a tu derecha, es el río de Santa Giustina. Ve recto hasta que encuentres otro río a la izquierda, el Fontego. Síguelo sin abandonarlo en ningún

momento y llegarás al Arsenal. ¿Sabes volver a casa desde allí?

—Sí... —contestó Mercurio—. Gracias.

—Vamos, *Mosè* —dijo el viejo encaminándose a paso lento hacia el lugar de donde había salido.

Mercurio apoyó la mano en la quilla, en el mismo sitio donde la había puesto el viejo Zuan dell'Olmo. Olía a cáñamo y a la brea endurecida en los intersticios del tableado.

El barco se movió y crujió, como si estuviese hablando también con él.

—¿Por qué no lo repara? —preguntó a la figura que empezaba a desvanecerse en la niebla.

—No tengo dinero para hundirlo —dijo con voz triste el viejo a la vez que desaparecía—, no digamos repararlo. —Al cabo de unos segundos dejaron de oírse sus pasos.

El barco crujió, como si aún tuviese algo que decir.

Mercurio tocó el saquito con las treinta y una monedas de oro que había ganado de manera honesta.

—¡Yo encontraré el dinero! —gritó al muro de niebla.

La frase retumbó en la nada hasta que las vibraciones se apagaron.

Se hizo el silencio. De él emergieron las figuras torcidas del viejo y su perro.

—Debes de ser aún más tonto que Zuan dell'Olmo, muchacho —dijo riéndose el viejo. En su risa no quedaba el menor rastro de tristeza.

—Cierra los ojos —dijo Ottavia cogiendo a Giuditta del brazo y abriéndose paso entre el grupo de curiosos que había en el *campo* del Ghetto Nuovo.

Giuditta temblaba, pero mantuvo los ojos cerrados.

Todo había sucedido en un suspiro. Su vida había dado un vuelco en apenas tres semanas. Dos de sus sueños estaban a punto de realizarse.

Ese día el cielo estaba extraordinariamente despejado y terso. Azul, como raramente sucedía en Venecia. Mientras avanzaba lentamente, guiada por su amiga, Giuditta sentía sus rayos benévolos, que le calentaban la tez. Imaginó que ese calor era la respiración de Mercurio, sus caricias, sus atenciones. Algo se agitó en lo más profundo de su cuerpo. Giuditta enrojeció. Desde el día del portón, desde que Mercurio le había confesado su amor, su cuerpo le recordaba con mayor frecuencia que era una mujer. Se ruborizó aún más y se abandonó al deseo que se había apoderado de ella. Porque ese era el primer sueño que se estaba haciendo realidad. La mariposa con las alas de filigrana de plata que estrechaba en la mano lo probaba.

—Ya verás —le dijo al oído Ottavia cuando llegaron al centro del *campo*—. Ya verás...

Giuditta sonrió. Su segundo sueño también se estaba realizando a una velocidad extraordinaria. Ariel Bar Zadok, el trapero del gueto, el comerciante de telas, había demostrado ser muy eficaz bajo la guía de Ottavia. Los dos habían puesto de inmediato a Giuditta manos a la obra. Le habían hecho diseñar diez modelos de gorros y el mismo número de vestidos. Giuditta no daba crédito. Le habían dado papel, lápiz, colores, plumas y pinceles, tinta. Le habían pedido medidas y propuesto tejidos. Habían aceptado todas sus ideas y luego habían contratado un equipo de modistas de la comunidad y un cortador de telas. Giuditta había pasado varios días con las modistas y el cortador en una gran sala que Ariel Bar Zadok había equipado con lámparas espejadas que hacían reverberar la luz alrededor. Las modistas y el cortador la habían felicitado por los modelos y por la innovadora idea, sencilla pero funcional, que los había generado.

Y ahora había llegado el momento.

—¿Estás lista? —preguntó Ottavia parándose.

Giuditta sintió que el corazón le martilleaba en la garganta de la emoción.

—Espera... —dijo sin aliento.

Ottavia se echó a reír. La ligereza de su risa calmó a Giuditta.

—¡Estoy lista! —dijo excitada.

—En ese caso, ¡adelante, Ariel Bar Zadok! —exclamó Ottavia—. ¡Abramos la tienda! ¡Y tú abre los ojos, Giuditta!

—¡Arrepiéntete, Venecia! —gritó en ese momento una voz estentórea y llena de

rabia.

—¡Arrepiéntete! —repitió otra más joven pero igualmente cargada de odio.

Giuditta se volvió hacia el punto del que procedían las voces, al otro lado del puente del río de San Girolamo. Allí, rodeado de un grupo de fanáticos, vio a un fraile con las manos alzadas al cielo.

Lo llamaban el Santo, porque aseguraba haber recibido los estigmas de Nuestro Señor de san Marco en persona. Pero Giuditta lo conocía desde que había llegado a la ciudad. Era el hermano Amadeo, el fraile que los había perseguido para lincharlos en la fonda donde su padre y ella se habían albergado nada más desembarcar. Al lado del fraile había un muchachito de aire arrogante. Por ir siempre pegado al religioso y por llevar el llamativo vestido que le había impuesto el príncipe Contarini se había ganado un mote mucho menos halagador que el del fraile: la Monita. Pero Giuditta sabía también su verdadero nombre. Se llamaba Zolfo y había intentado acuchillarla en el campamento del capitán Lanzafame. Ese día Mercurio la había defendido.

—Maldito fraile —gruñó Ottavia—. Pero no nos arruinarás la inauguración. ¡Vamos, Ariel!

Giuditta tembló asustada: había tenido un mal presentimiento.

—No lo mires, Giuditta —le dijo Ottavia zarandeándola—. Haz como si no existiera. —Se volvió hacia la gente—. ¡Haced como si no existiera! —gritó. Después dio una palmada a Ariel Bar Zadok—. ¡Vamos, Ariel, por lo que más quieras!

Pero el comerciante de telas no se movió. Apuntó con un dedo al fraile y a sus fieles fanáticos.

—Está quemando nuestros libros sagrados... —dijo horrorizado.

La gente de la comunidad se volvió. Delante del puente, en el muelle de los Ormesini, empezaban a elevarse las llamas. Los tejedores cristianos se asomaban cabeceando desde sus tiendas y talleres de telas de seda de gran valor.

—¡Los judíos son el cáncer de Dios! —gritó el Santo arrojando un grueso volumen a la hoguera.

—¡El cáncer de Dios! —repitió Zolfo, la Monita, volviéndose hacia la multitud e invitándola a unirse al coro.

—¡El cáncer de Dios! —gritó la gente en una cacofonía en que las voces se mezclaban con las risas.

—¡Libérate de su peso, Venecia! —recalcó el Santo alzando las manos estigmatizadas al cielo—. ¡Libérate de sus inmundos libros!

—¡Libérate de los judíos!

Las llamas se empezaron a elevar y cuanto más se alzaban más se excitaban los fanáticos.

—¡Pueblo de Satanás! —rugió el Santo girando sobre sí mismo con los brazos

levantados. Cogió un rollo de pergaminos, se lo enseñó a la gente y luego lo arrojó a las llamas.

—¡La Tora! —murmuraron los judíos reunidos en el *campo* mirando, aterrorizados por el sacrilegio. Una vieja se echó a llorar quedamente, resignada, como si hubiese asistido a la misma escena un sinnúmero de veces.

La muchedumbre de fanáticos gritó aún más fuerte, como si pretendiera dar voz a las llamas.

—¡Arde, Sion! —decía el Santo.

Una decena de exaltados hizo amago de precipitarse hacia el puente e invadir el *campo* del Ghetto Nuovo empuñando bastones.

Los judíos se asustaron y recularon, pese a que aún estaban lejos. Los niños se aferraron a las faldas de sus madres.

Casi sin darse cuenta, Giuditta susurró:

—Mercurio...

En ese momento, el capitán Lanzafame salió de la garita de los guardias del puente. Trastabillaba. Debía de haber bebido. Lo seguían Serravalle y cinco hombres con las espadas desenvainadas. Lanzafame se precipitó hacia la hoguera y, a patadas, tiró todo al canal. Los libros sagrados se apagaron chisporroteando. En el aire se alzó una columna oscura de humo y un olor acre.

—¡Fuera de aquí! —vociferó el capitán Lanzafame.

—¡Tenemos todo el derecho a quedarnos! —replicó el Santo.

—Siempre tú, cura —dijo sombrío Lanzafame apuntándolo con un dedo.

—Siempre tú, soldado de Satanás —contestó el Santo volviéndose hacia su reducido ejército para espoliarlos y obtener su apoyo.

Pero Lanzafame no se dejaba atemorizar así como así. Cogió al fraile por la capucha, iracundo. Lo arrastró varios pasos, como si fuera un perro con la correa, y lo tiró al suelo.

—¡Cura de Satanás! —gritó.

La multitud de fanáticos protestó, siniestra, sin saber qué hacer, en tanto que el Santo se levantaba con el hábito manchado de barro.

—¡Serravalle! —bramó Lanzafame—. ¡Tira a patadas en el culo a estos imbéciles!

Serravalle y los soldados cargaron contra los fanáticos dando unos cuantos fendientes en el aire y golpeando a varios con la empuñadura de la espada.

Incluso los más malintencionados, que hasta hacía unos segundos parecían lobos, se retiraron con la cabeza gacha, como un rebaño de ovejas. Desfilaron encogidos y apenas se alejaron lo suficiente se desperdigaron en todas direcciones.

Solo Zolfo se plantó delante de Lanzafame y lo desafió. Lo escrutó en silencio y a continuación escupió al suelo, entre los pies del capitán. Lanzafame lo levantó del

suelo sin titubear y lo tiró al canal.

—¡Te lo debía desde la primera vez que nos vimos, miserable!

Mientras Zolfo volvía a la superficie escupiendo agua sucia, la gente que se había quedado a contemplar la escena empezó a reírse.

En el ínterin, el Santo había abandonado el lugar a hurtadillas.

—¡Hermano Amadeo! —lo llamaba Zolfo corriendo en pos de él, tras salir del canal, chorreando agua—. ¡Hermano Amadeo!

—¡Corre con tu dueño! ¡Corre, Monita! —le gritaban los espectadores.

Lanzafame subió al puente del Ghetto Nuovo. Se detuvo con los puños apoyados en los costados. Jadeaba. Tenía el pelo desgreñado, las aletas de la nariz tensas, la boca apretada y los músculos de las mandíbulas contraídos.

Por un instante, a Giuditta le pareció volver a ver al guerrero que había conocido.

—¡Seguid con vuestra vida! —gritó el capitán a la comunidad de judíos asustados—. ¡No ha ocurrido nada! —Los miró en silencio, inmóvil, luego retrocedió hacia la garita de la guardia.

La comunidad, reunida en el *campo*, no se movió. De repente, un niño cogió un bastón del suelo y lo lanzó contra un enemigo imaginario.

—¡Soy el capitán Lanzafame, fraile de Satanás! ¡Me las pagarás!

—¡No, Simone! —Su madre trató de detenerlo aferrándole un brazo—. ¡No! A pesar de que nos ha ayudado, es un cristiano.

El niño la miró por unos segundos. Acto seguido se desasíó de su madre y repitió:

—¡Soy el capitán Lanzafame, maldito!

Otros dos niños lo secundaron gritando:

—¡Soy el capitán Lanzafame! —El resto de los niños se unió a ellos en alegre combate.

Giuditta los miró. ¿Qué otra cosa podían hacer los niños si ninguno de los judíos se había mostrado heroico? ¿Qué otra cosa podían hacer si los hombres de la comunidad se habían guarecido en su miedo y no los habían defendido?

—Giuditta —dijo Ottavia a espaldas de la joven—. El capitán tiene razón. No ha sucedido nada.

Giuditta se volvió a mirarla.

—¿No ha sucedido nada? —le preguntó.

Ottavia estaba pálida, pero, aun así, dijo:

—Inauguremos nuestra tienda.

Giuditta miró también a Ariel Bar Zadok. El comerciante parecía aturdido. No sabía qué hacer.

—¡Venid, buena gente! —gritó de improviso Ottavia invitando a las mujeres de la comunidad—. ¡Venid a ver las creaciones de Giuditta di Negroponte! —Empujó a Ariel Bar Zadok a la vez que le decía—: ¡Vamos, date prisa, viejo cabrón!

El comerciante tenía en la mano el borde de una tela de seda roja que había colgado a la entrada de la tienda para mostrarla solo en el último momento. Pero no se decidía a tirar de ella.

La gente de la comunidad se demoró en el *campo* unos minutos más. Todos se habían vuelto hacia el río de San Girolamo, del que aún se alzaba el humo de la hoguera de libros sagrados. El rabino, con dos ayudantes, trataba de recuperar del agua los folios que no habían quedado destrozados.

—Venga, Rachele —dijo Ottavia invitando a una de las primeras mujeres que habían comprado un gorro a Giuditta—. Venga a ver qué maravilla.

—Hoy no, Ottavia —contestó ella dirigiéndose a su casa.

Uno tras otro, todos los habitantes del Ghetto que no estaban por Venecia se marcharon a casa. Solo quedaron un par de niños que seguían jugando al capitán Lanzafame y al fraile de Satanás con sus espadas de madera.

—¿Y tú? ¿No quieres verla? —preguntó entonces Ottavia a Giuditta, descorazonada.

Giuditta se volvió hacia la tienda. Ariel Bar Zadok estaba en la puerta, con el borde de la tela de seda roja aún en la mano. A la joven le pareció irresistiblemente ridículo y triste. Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—¡Claro que sí! —dijo a su amiga fingiendo alegría—. Enseñadme lo que habéis hecho.

—Vamos, Ariel —ordenó Ottavia al comerciante quitándole la tela de la mano y tirando de ella. La tela crujió al soltarse y dejó la tienda a la vista.

Giuditta hizo ademán de entrar, pero al ver en el escaparate uno de los vestidos que había diseñado se quedó pasmada. Era aún más bonito del que había dibujado.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Ottavia con expresión complacida.

—Es precioso... —dijo Giuditta.

Ottavia se echó a reír.

—Lo dices como si no lo hubieras diseñado tú.

—De hecho... no me parece real... —balbuceó Giuditta.

—Vamos, entra —la invitó su amiga—. Ariel ha seguido tus instrucciones.

Giuditta no sabía si entrar o no. Tenía la impresión de que no era el día adecuado para inaugurar la tienda. Pensó que debían posponerlo al día siguiente, pero, mientras miraba alrededor, como si pensara en qué decir a su amiga, vio a una mujer vestida con gran elegancia a bordo de una góndola resplandeciente que atracaba en el muelle que daba al Ghetto Nuovo.

Giuditta sintió un escalofrío en la espalda sin saber por qué.

Entretanto, la dama había subido los primeros escalones del puente.

—¿Adónde va, señora? —le preguntó el capitán Lanzafame, que estaba en la puerta de la garita con una botella en la mano.

La dama se volvió. Llevaba un extraño sombrero en la cabeza y un velo de raso negro con unas minúsculas rosas azules bordadas.

—¿No puedo ir donde quiero? —dijo con voz sensual.

Lanzafame dio un paso hacia ella de mala gana.

—¿Qué interés puede tener una mujer como usted en este sitio? —preguntó.

—¿Es usted el... portero? —dijo la mujer. El tono era autoritario y manifestaba el desprecio que los aristócratas sentían por la plebe, pese a que su voz delataba también una punta de crispación.

—Hemos tenido un pequeño problema con un fraile y con un puñado de fanáticos —explicó Lanzafame.

La dama sabía de sobra qué había sucedido, dado que era ella la que había organizado la escena. Olfateó el aire.

—¿Los habéis asado? —Lanzafame sonrió—. He oído decir que es usted amigo de los judíos —añadió la mujer.

—Le han informado mal, señora —contestó Lanzafame—. Con todo el respeto, los judíos y los cristianos me importan un carajo. Soy amigo de las personas.

—En ese caso es usted mejor de lo que se dice —comentó la mujer. A continuación se dio media vuelta y subió al puente.

Mientras la veía dirigirse a la tienda del vendedor de telas Lanzafame pensó que la voz de la dama le resultaba familiar.

Benedetta caminaba tiesa y almidonada. El capitán no la había reconocido. Tampoco lo haría la judía. Respiró hondo. Debía mantener la calma y la lucidez que necesitaba para realizar lo que llevaba en mente. La primera cosa era sencilla. La maga Reina le había recomendado que tuviese un contacto físico después del sortilegio, para activarlo. El resto era más complicado. En todo caso, lograría lo que se había propuesto. Era una buena ladrona. Sabía cómo mover las manos sin que nadie lo notase. Rápidamente. Sonrió mientras se aproximaba a la tienda. Esa vez no robaría nada. Al contrario, debía utilizar su habilidad para dejar algo. Algo que se encontraba en el saquito de terciopelo pespunteado de oro que llevaba en el brazo izquierdo. El brazo del corazón. El brazo del amor. Y del odio.

Giuditta, Ottavia y Ariel Bar Zadok la habían visto acercarse y no podían apartar los ojos de ella. La mujer tenía algo magnético.

Giuditta volvió a sentir el desagradable escalofrío en la espalda.

—¿No era hoy la inauguración de la tienda de...? Giuditta... Giuditta de... no recuerdo el nombre... —dijo Benedetta llevándose la mano a la frente por debajo del velo e intentando falsear la voz.

—Giuditta di Negroponte —la ayudó Ottavia.

—Eso es, gracias —dijo Benedetta.

—¡Es ella! —exclamó Ottavia señalándole a Giuditta.

Benedetta emitió un sonido de asombro, como si no la conociese, después se quitó a toda prisa el guante y tendió una mano a la joven estrechándosela con firmeza.

—Encantada —dijo. Retuvo la mano de la joven cuando esta probó a retirarla. La apretó con fuerza, clavándole casi las uñas en la carne. «¡Actívate, sortilegio!», pensó. Solo entonces soltó a Giuditta.

La joven se sentía incómoda. Tenía la impresión de que la mujer la miraba con extraña insistencia a través del velo que le ocultaba la cara.

—Nuestra Giuditta aún no ha visto su tienda... —empezó a decir Ottavia.

Benedetta alzó la cabeza para mirar el letrero. Una mariposa de madera con una palabra escrita en las alas.

—Psique —leyó.

—Así que se la enseñaremos a las dos a la vez, señora —concluyó Ottavia riéndose.

—He venido a ver los vestidos, no la tienda —respondió Benedetta—. Esperadme fuera —dijo a los dos criados, y entró después de haber echado un vistazo al vestido que había expuesto en el escaparate y haber comentado fríamente—: No está mal.

—Nuestra primera cliente —susurró excitada Ottavia a Giuditta antes de entrar.

—Ottavia... —Giuditta, que no lograba liberarse de la sensación de opresión, trató de frenarla.

Pero Ottavia había entrado ya detrás de la dama.

—¿Ve? Color salvia en las paredes y lavanda en la cabina de prueba y en el taller. —Dio una vuelta completa—. Todo es muy sencillo. ¿Sabe por qué? Por los colores de los vestidos. La atención del cliente debe concentrarse en ellos. —Ottavia sonrió enseñando los dientes—. ¡Ese es el secreto de nuestros modelos, señora! —exclamó.

—¿Que están descosidos? —preguntó Benedetta con sarcasmo.

Ottavia se volvió hacia Giuditta.

—Vamos, explícaselo a la señora.

Giuditta no se movió.

—Vamos, explíqueme esa rareza —la animó Benedetta.

—Bueno... —dijo Giuditta titubeante—, hemos dividido los vestidos por modelo, color y... talla.

—¿Talla? —exclamó Benedetta.

—¡Talla! —corroboró Ottavia.

Por un instante, Giuditta olvidó la desazón que sentía. Miró risueña los vestidos que habían expuesto. La tienda era tal y como la había soñado. Dejó de preocuparse por la dama velada, de percibir la desagradable sensación que esta le causaba. Se concentró exclusivamente en lo que veía. Ottavia y Ariel Bar Zadok habían realizado su sueño hasta el menor detalle.

—Sí. Talla —dijo ufana—. He imaginado cinco tipos de complexión física y, de acuerdo con esas... tallas, llamémoslas así, confeccionamos nuestros vestidos...

—Si no se cosen serán defectuosos —apuntó Benedetta.

—Si los dejáramos tal cual sí —dijo Giuditta—, pero estos no son los modelos definitivos. Sobre ellos podemos hacer pequeñas correcciones. Lo que a usted le parece descosido, es, en realidad, el margen que dejamos para ensanchar o estrechar un poco, alargar o acortar, tanto la falda como el cuerpo, las mangas o el escote. La base, sin embargo, ya está lista.

—¿Y para qué? —preguntó Benedetta, que empezaba a entender que Giuditta había tenido una magnífica idea y que con ella podía ganar un montón de dinero. Al odio se añadió la envidia, y su propósito de hacerle daño se reforzó.

—Escúcheme —continuó Giuditta, excitada ya por su proyecto—, cuando voy a una modista me enseñan un modelo, la mayor parte de las veces dibujado. Luego me enseñan las telas. Me echan por encima unas piezas inanimadas de las que solo comprendo si van bien con el color de mi tez o no. De esta forma, siempre salgo del taller con dos dilemas en la cabeza. El primero es fruto de la inseguridad: ¿me quedará bien el vestido? El segundo de la impaciencia: ¿cuándo me lo entregarán? ¿Tengo razón o no?

—Sí... —dijo Benedetta.

—Aquí, en cambio, puede ponerse enseguida el vestido que prefiere. Puede verificar de inmediato si le favorece y luego, en una hora, recogerlo y ponérselo sin tener que esperar una semana, porque al otro lado de la cabina de prueba hay una modista a su completa disposición. —Giuditta miró a Ottavia y a Ariel Bar Zadok exaltada—. Es una moda...

—¡Lista para llevar! —concluyeron a coro Ottavia y el comerciante.

—Ingenioso —comentó Benedetta. Aplaudió fingiendo indiferencia, mientras que la bilis le subía a la garganta—. Una moda lista para llevar... ingenioso.

Giuditta abrazó a Ottavia.

«Maldita furcia», pensó Benedetta.

—¿Quiere probarse un modelo? —le preguntó Ottavia.

—No —respondió resuelta Benedetta—. Quiero probármelos todos.

Ottavia apoyó las manos en el pecho, emocionada. Luego cogió, uno a uno, los vestidos que Benedetta le señalaba. Se los llevó a la cabina de prueba y la dejó en compañía de la modista.

Benedetta se desnudó detrás del biombo de raso de tres hojas de color lavanda, al igual que las paredes, sobre el cual había bordadas un sinnúmero de mariposas. No se quitó el sombrero con el velo. Se puso el primer vestido. Le sentaba de maravilla, al punto que no hacía falta que la modista le modificara nada. La tela era extraordinariamente suave. El corte, envolvente, resaltaba las formas de su cuerpo. La

falda caía recta, sin defectos. El escote quedaba marcado con sensual sencillez. Benedetta sentía que el odio y la envidia la corroían por dentro, cada vez con más fuerza.

Así pues, cogió el saquito de terciopelo pespunteado de oro y lo abrió. Se quitó el vestido y escondió una pluma de cuervo en un pliegue interno, a la altura del corazón.

—No, este no me gusta —dijo a la modista—. Deme otro.

La modista le pasó otro modelo.

Era también maravilloso. La maldita judía tenía talento, pensó Benedetta. Si no se lo impedía se haría rica y famosa. Pero luego reconsideró la cuestión: «Puede que, en cambio, sea mejor esperar a que se haga rica y famosa». Saboreó la pérfida alegría que le producía esa idea. «Cuanto más subes, más dura es la caída».

No se probó el vestido, sino que escondió también en él una pluma de cuervo, a la que añadió un diente de recién nacido.

—No, no me gusta —dijo, y pidió que le dieran otro, otro y otro más, en los que metió plumas de cuervo, dientes de recién nacido, garras de gato, piel seca de serpiente, mechones de pelo anudados y hasta una perla rota con una pequeña aguja retorcida. Al final cogió el primer vestido que se había probado, esperó a que la modista se lo ajustase y lo compró sin regatear.

—Pero los judíos no pueden vender mercancía nueva —dijo Benedetta antes de marcharse.

Giuditta y Ottavia se miraron sonrientes. Giuditta abrió el paquete que contenía el vestido que había comprado Benedetta y le enseñó el borde del cuerpo, la parte en que se fruncía e iniciaba la falda. Extendió los dos bordes de tela superpuesta y le mostró una pequeña mancha roja.

—No es nuevo —dijo sonriendo—. Está usado, ¿ve? Espero que no le moleste.

Benedetta la miró fijamente.

—De manera que es usted una estafadora.

Giuditta se puso roja como un tomate.

—Bromeo, querida —dijo Benedetta. Le cogió de nuevo la mano pensando: «¡Actívate, sortilegio!». Luego examinó de cerca la mancha, cuya existencia conocía ya. Solo le quedaba una cosa por hacer. La más difícil, porque no dependía únicamente de ella. Esta vez necesitaba la colaboración de su víctima—. Parece sangre —apuntó señalando la mancha.

—No, no se preocupe —se apresuró a contestar Giuditta—. Es tinta, pero me hace gracia que lo diga...

Benedetta notó que Giuditta se interrumpía bruscamente y se volvía hacia su amiga, como si buscara su aprobación. La otra, de hecho, la animó con un ademán.

—La primera vez, cuando se me ocurrió esta idea... —prosiguió Giuditta—, la mancha era realmente de sangre.

Benedetta desconocía ese detalle. Se estremeció, excitada. La suerte estaba de su parte. Solo debía aprovecharla para zanjar el asunto.

—¿Sabe qué pienso? —dijo con dulzura—. Que el azar le ha querido hacer un regalo.

—¿Qué regalo? —preguntó Giuditta.

Benedetta se volvió hacia Ottavia. Había llegado el momento de utilizarla.

—Usted me ha entendido, ¿verdad?

Ottavia sonrió y se aproximó a ella.

—Puede... —mintió—. Dígame...

«Gracias, imbécil», pensó Benedetta.

—Yo no lo he entendido... —terció Giuditta.

—Hay mucha competencia. —Benedetta se volvió con actitud cómplice hacia Ottavia, que asintió con la cabeza.

—Vamos, déjenlo ya. No las entiendo —dijo Giuditta—. Vamos, señora, dígame.

Benedetta acarició la mancha del vestido que acababa de comprar.

—Sus vestidos son bastante bonitos... pero no extraordinarios... —Miró a Giuditta—. Para ser especiales necesitan algo más.

—¿Qué?

—Sangre.

—¿Sangre?

—Diga que las manchas son de sangre —explicó Benedetta mirando hacia arriba, como si la inspiración le hubiese llegado de allí—. Sangre de enamorados. Así las mujeres comprarán sus vestidos no solo porque son bonitos sino también con la esperanza de amar y ser amadas. Vestidos... ¡embruados! —Sin esperar respuesta, sin darles tiempo a pensar y objetar algo, cogió su paquete y salió de la tienda Psique, de la que había sido la primera cliente, y se dirigió apretando el paso a la góndola negra.

Giuditta y Ottavia permanecieron en silencio, mirándose indecisas.

—¡Sangre de enamorados! —exclamó al cabo de un instante Ariel Bar Zadok a sus espaldas—. ¡Menuda idea! Me gustaría tener como socia a una mujer como esa, pese a que es cristiana.

Giuditta y Ottavia se echaron a reír divertidas y dijeron al unísono:

—¡Sangre de enamorados!

Mientras su amiga seguía riéndose, Giuditta se ensombreció pensando en el pañuelo en que su sangre se había mezclado con la de Mercurio. Una vez más, el deseo le estremeció el cuerpo y el alma.

—Sangre de enamorados —suspiró lánguidamente.

Lo habían reconocido. Era indudable. Pero, por alguna extraña razón, no lo habían denunciado. Aún no, al menos.

Shimon simuló que no se había dado cuenta de nada. Siguió andando, pero con el rabillo del ojo observaba las reacciones del criado que había dejado con vida la noche en que había asesinado a Carnacina, el usurero cristiano que quería apoderarse de la casa de Ester.

Quizás el criado no lo había denunciado porque había robado las joyas de su amo. O quizá porque tenía miedo. O porque quería chantajearlo, pensó Shimon, cuando, tras esconderse detrás de un edificio, vio que el criado se precipitaba hacia dos tipos tatuados y les ordenaba con un ademán que lo siguiesen. Quizá, pensó Shimon, el criado era aún más ávido que su amo. Decidió averiguarlo.

Salió de su escondite y dejó que los dos tipos tatuados lo siguiesen, convencidos de que él no los había visto.

Después de haber asesinado a Carnacina había pasado varias noches agitado. Nunca soñaba con sangre o con espantosos crímenes, solo con el rosal que había cortado la noche del homicidio. Y siempre que soñaba con el seto cortado en el suelo, Shimon se despertaba turbado, como si fuese el presagio de una desgracia.

En realidad, lo que había sucedido con Carnacina lo había turbado profundamente. No por el asesinato en sí, que no lo había afectado en el ámbito emocional, y aún menos en el moral, sino porque lo había hecho por Ester. Como si ese gesto brutal pudiese ser una manifestación de afecto.

«¿Quién eres?», se preguntaba todas las mañanas al despertar.

Sabía que era el judío que había abandonado a su mujer sin mirar nunca atrás, sabía que era el asesino que se había sumergido en la sangre de muchos más hombres sin que su corazón se acelerase en ningún momento.

«¿Quién eres de verdad?», se preguntaba.

Y todas las mañanas la imagen del semblante risueño de Ester aparecía en su mente como una muda respuesta. Y todas las mañanas pensaba con alegría en su sosegado encuentro vespertino, en las apacibles veladas que pasaban juntos, en el placer de verla consumir la cena sentada delante de él, en el deseo de hundirse en el cuerpo de ella.

«¿Quién eres, entonces?».

Ese día, cuando había visto al criado de Carnacina, estaba de nuevo ensimismado en esos razonamientos. El criado lo había visto. Se habían reconocido. El corazón de Shimon se había parado de golpe. Había saltado dos o tres latidos, como si estuviese atascado. Un solo instante de suspensión. Después había echado a correr.

Y en ese momento lo seguían dos delincuentes tratando de no llamar la atención.

¿Pensaban matarlo? ¿Chantajearlo? El resto de preguntas que bullían en su mente se habían apaciguado. El corazón se había normalizado, al igual que la respiración. Su alma, que había estallado en un torbellino de emociones, había enmudecido.

Callejeó seguido de los delincuentes hasta que, cerca ya de la Hostaria de' Todeschi, decidió arriesgarse. Dobló una esquina y se escondió. Cuando los dos hombres le dieron alcance se plantó delante de ellos y los miró sin miedo.

Los criminales se detuvieron sorprendidos. Por un instante perdieron todo su descaro.

Shimon comprendió que su misión no era matarlo.

—Un amigo nuestro tiene que pedirte algo —dijo uno de los dos tipos—, pero quiere hacerlo con discreción.

Shimon asintió con la cabeza. Se veía a la legua que el criado era mucho más codicioso que su amo.

—Esta noche. Después del anochecer —dijo el individuo.

Shimon volvió a asentir.

—Iremos a recogerte. ¿Dónde vives?

Shimon dobló la esquina y les señaló la Hostaria de' Todeschi.

Los dos criminales lo miraron en silencio intentando recuperar el terreno que habían perdido y asustarlo.

Shimon sostuvo la mirada sin parpadear.

—Después del anochecer —repitió uno de los dos, acto seguido se marcharon.

Shimon entró en una armería y compró un largo cuchillo con la hoja curvada. Después se encerró en su habitación. Cogió una piedra, aceite y agua, y se pasó el día tratando la hoja, afilándola, sin ir a casa de Ester.

Poco antes del anochecer llamaron a la puerta de la habitación.

Shimon se metió el cuchillo bajo el peto y abrió.

Ester lo miró con su habitual sonrisa.

—He venido a ver si te había pasado algo —dijo sin la menor huella de reproche en la voz—. ¿Estás bien?

Como siempre, Shimon admiró la capacidad de Ester de hacerle preguntas a las que podía responder con un ademán de la cabeza, poco importaba que fuese un sí o un no, sin hacerlo sentirse jamás impotente. Pero esa noche Shimon no podía responder con un sí o un no. Se encaminó hacia el escritorio. Cogió un trozo de papel y metió la pluma de oca en el tintero. Escribió un mensaje y luego se lo dio.

«Vete», le había escrito.

La sonrisa de Ester se marchitó. Sus ojos manifestaron estupor, aunque detrás del velo que los cubría Shimon percibía también cierto dolor. Martilleó vigorosamente el mensaje con un dedo.

«Vete».

Ester dejó caer al suelo el papel y retrocedió cabeceando ligeramente, pero esa insignificante negación estaba preñada de dolor.

Shimon le cerró la puerta en la cara. Acto seguido apretó los puños y los párpados, tratando de contener el sufrimiento que también él sentía. Apoyó la frente en la puerta y permaneció allí, inmóvil. Al cabo de un poco oyó que los pasos de Ester se alejaban por el pasillo de la fonda. Eran lentos, se arrastraban por la madera.

Shimon afiló de nuevo la hoja. Se ató el cuchillo a un gemelo y lo ocultó con la larga túnica que llevaba puesta.

Cuando el dueño de la fonda le anunció que dos hombres lo estaban esperando salió y los siguió hasta el puerto, a un almacén húmedo y en penumbra. Antes de entrar los dos delincuentes lo empujaron contra la pared y le palparon la cintura y el tórax buscando un arma. Después hicieron resbalar la puerta y lo obligaron a entrar con un empujón.

El criado estaba al fondo del almacén, sentado en una caja. En otra ardía una vela de sebo.

—Venga —dijo el criado con voz meliflua.

Shimon pensó que intentaba imitar la voz de su difunto amo. Debía de haberlo odiado, debía de haber sufrido todo tipo de humillaciones, de forma que, después de haberse liberado de él, lo único que podía hacer era imitarlo.

Shimon avanzó poco a poco.

Uno de los delincuentes le dio un empujón.

Shimon no reaccionó. Quizás esta vez sería él el que muriese. Volvió a ver el rosal cortado del jardín de Carnacina. Pensó que la imagen podía contener de verdad un mensaje, que su significado era que él nunca había aprendido a amar la vida.

Entonces se detuvo en el centro del almacén, pensando en Ester. Pensando que con ella, en cambio, estaba empezando a amar la vida. Tal vez ese fuera el motivo de que hubiese dejado con vida al criado que tenía delante en ese momento. Para que lo obligase a escapar.

—¿Quién eres? —dijo el criado.

Shimon sonrió. Era la misma pregunta que él se hacía todas las mañanas.

—Has robado un montón de dinero. Si no me das la mitad te denunciaré a las autoridades —dijo sin rodeos el criado.

Shimon se inclinó, desató el cuchillo y se volvió de golpe con el brazo extendido, girando sobre sí mismo con el arma a la altura del cuello del primer criminal. Oyó un gemido mientras la hoja se hundía en la carne. Cuando completó la vuelta lo salpicó un chorro de sangre.

El criado se levantó de la caja y se precipitó hacia la salida.

Shimon corrió en pos de él, pero el otro delincuente le metió un palo entre las piernas y lo hizo caer. Acto seguido se abalanzó sobre él empuñando un cuchillo

corto de doble hoja.

En el suelo, Shimon logró pegar las piernas al pecho y a continuación las estiró golpeando al hombre en pleno abdomen.

Mientras caía hacia atrás, el delincuente clavó su cuchillo en un gemelo de Shimon.

Shimon abrió la boca y emitió un grito mudo de dolor. Se sacó el cuchillo del gemelo y luego intentó ponerse de pie para rematar al delincuente.

Pero en ese instante llegaron varios hombres que habían sido llamados por el criado.

Shimon vio que un gigante se arrojaba sobre él con un bastón corto. Sintió que el golpe le rompía las costillas. Consiguió rodar hacia un lado y levantarse. Pese a que no podía respirar, corrió hacia la puerta. Otro hombre le golpeó la cara con una maza. Shimon sintió que se le abría una ceja, y la sangre empezó a resbalarle por el ojo. Dio un puñetazo en el cuello del hombre. Al entrar en contacto con los nudillos la tráquea de este crujió. El hombre se llevó las manos al cuello y se desplomó al suelo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano Shimon dejó atrás su cuerpo y se perdió en los callejones que había detrás del puerto.

Se escondió como un animal salvaje, jadeando y resistiendo al dolor. Cuando las voces se hubieron alejado salió y se arrastró hacia el único lugar donde quería ir.

Llamó a la puerta de Ester y no tuvo que esperar mucho.

Al verlo, Ester se tapó la boca para no gritar. Lo hizo entrar y se dispuso a medicarlo sin decir palabra, como si ella también fuese muda.

Pero Shimon la detuvo. Fue al escritorio. Cogió papel y el tintero y se puso a escribir con ímpetu.

«Mi verdadero nombre es Shimon Baruch, vengo de Roma. Era un comerciante...».

Shimon escribía deprisa, con la cabeza inclinada. La sangre de la herida que tenía en la ceja caía en las hojas que iba pasando a Ester para que esta leyese su historia completa, sin censurar.

«Entonces me metí en la alcantarilla y descubrí que un hombre, que se llamaba Scavamorto, se estaba llevando las cosas de ese joven...».

Shimon respiraba con dificultad. El gigante le había roto las costillas con el bastón y ahora sentía un dolor lacerante en el tórax.

«Antes de morir me dijo que el ladrón se llamaba Mercurio...».

Ester leía con el mismo ímpetu con el que escribía Shimon. Cuando acababa de leer un folio lo dejaba caer al suelo, se levantaba y se ponía detrás de Shimon para leer lo que estaba escribiendo, guiñando los ojos a la trémula luz de la vela.

«Y cuando los bandidos asaltaron la carroza, pensé que, con toda probabilidad, iba a morir, pero no tenía miedo...».

La sangre caía ya más lentamente del corte que tenía en la ceja. Shimon escribía. Ester leía. Parecía que estuviesen compitiendo entre ellos.

«Luego llegaste tú...».

Shimon se paró con el semblante contraído por el dolor y miró a Ester.

También Ester lo miraba, conteniendo la respiración.

«No sé expresar lo que siento por ti. Ni siquiera sé...».

Ester lo escrutó y luego, poco a poco, dijo:

—Me defendiste de Carnacina.

Shimon sintió que el corazón le daba un vuelco.

«¿Lo sabías?», escribió.

—Sí.

Shimon soltó la pluma de oca.

—Deja que te cure —dijo Ester.

Shimon negó con la cabeza. La atrajo hacia él y la besó, manchándola de sangre. Ester se tumbó en el suelo y dejó que él la tomase a la vez que la mojaba con su sangre y sus lágrimas.

Por fin, Shimon comprendió qué significaba el rosal cortado: un amor que nunca florecería.

A la mañana siguiente había desaparecido.

«Adiós», decía el folio que Ester encontró sobre la almohada a su lado. Estaba escrito con una tinta roja. Densa.

Los guardias del Ghetto Nuovo estaban cerrando el portón que daba al muelle de los Ormesini cuando vieron llegar a un rezagado. El hombre caminaba deprisa, cojeando, casi arrastrando la pierna derecha. Iba muy abrigado y encogido, y tocado con un gorro amarillo tan grande que casi parecía una capucha. El judío subió el puente suspendido sobre el río San Girolamo agitando las manos.

—*Shalom Aleijem* —dijo a los guardias con la respiración entrecortada.

—Que la paz sea también contigo —gruñó Serravalle—. Si te quedas fuera te meterás en un buen problema, ¿lo sabes?

—¡*Mazel Tov!* ¡*Mazel Tov!* —respondió el judío, que tenía una nariz larga y aguileña, unas arrugas que parecían grietas, y una barba de chivo.

—Otro que no sabe una palabra de veneciano —suspiró Serravalle dirigiéndose al otro guardia—. Sí, sí, vamos, date prisa —dijo al rezagado.

El judío, curvado y con el gorro amarillo casi calado hasta los ojos, cojeó hasta el primer portón de los pórticos. Intentó abrirlo, pero estaba cerrado. Miró alrededor y en ese momento vio a uno de los ayudantes del rabino que daba la vuelta al gueto para comprobar que todo estaba en orden. Inclino la cabeza y cruzó el *campo* tratando de esquivarlo.

—*Shalom Aleijem*, hermano —le dijo el ayudante del rabino.

—*Aleijem Shalom* —contestó el judío apretando el paso, pese a la cojera.

—¿Quién eres? —preguntó el ayudante.

—¡*Mazel Tov!* —dijo el judío.

—Suerte también a ti, hermano —contestó el ayudante—. Pero te he preguntado quién eres. ¿Dónde vives?

—¡*Mazel Tov!* —repitió el judío y se metió a toda prisa entre dos palacios que daban al río del gueto.

—¡Eh! —exclamó el funcionario corriendo tras él.

Nada más meterse entre los dos palacios el judío se encontró con el huerto que había detrás de la escuela, trepó a una cornisa que había a media altura, y desde ella, agarrándose a un canalón como un gato, saltó a un pequeño tejado saliente. Se tumbó boca abajo borrando su rastro.

El ayudante del rabino llegó jadeante. Examinó todos los rincones en penumbra, pero no encontró al hombre que iba persiguiendo. Mientras alzaba la antorcha y giraba sobre sí mismo tratando de entender cómo podía haber desaparecido, vio algo a los pies de la valla del pequeño huerto que llamó su atención. Lo cogió. Le dio vueltas en la mano sin acabar de comprender qué era. Pero, de improviso, cayó en la cuenta. Se puso el objeto sobre la nariz. Asintió con la cabeza y sonrió.

—¡Chicos! —exclamó.

Volvió a girar el objeto en la mano admirando su calidad y recordando que, cuando era niño, él también había jugado con él. Pero hacía muchos años que no veía uno. Además, tan bien hecho.

—Una nariz falsa de miga de pan —dijo riéndose. Se la metió en el bolsillo. Al día siguiente se la regalaría a su hijo—. ¡Es tarde, chicos! —gritó risueño—. ¡Id a dormir!

—¡Ve a dormir tú, Mordechai! —rugió una voz desde una ventana—. ¡Estamos hasta los cojones de ti!

El ayudante del rabino se encogió y se marchó de puntillas.

Tumbado aún en el tejado, Mercurio se tocó la nariz y se dio cuenta de que la había perdido.

—Mierda —dijo entre dientes. Se llevó una mano a la barba y la arrancó conteniendo un gemido. Se masajeó el mentón, irritado por la cola de pescado, y se metió el gorro amarillo en el bolsillo. Bajó poco a poco por el canalón. Apenas tocó el suelo se metió una mano en el bolsillo para asegurarse de que no había perdido también el objeto que había llevado consigo. Volvió con cautela a los pórticos. Estaban desiertos. Sacó la ganzúa del bolsillo y abrió en un santiamén la sencilla cerradura del portón. Entró y lo cerró a su espalda sin hacer ruido.

—Cuarto piso —murmuró con el corazón en un puño.

Empezó a subir por la estrecha escalera. A medida que subía se decía que estaba cometiendo una locura. A medida que subía parecía que su corazón estuviese ascendiendo también por su cuerpo tratando de forzar la garganta. A medida que subía sentía las piernas tan rígidas que le parecía imposible doblarlas. Pero siguió haciéndolo, porque ese día, en el Castelletto, había comprendido que quería estar con Giuditta.

Cuando llegó al cuarto piso estaba tan emocionado que la ganzúa se le resbaló de la mano. La herramienta rebotó por la escalera produciendo un ruido de metal y piedra. Mercurio se aplastó contra la pared conteniendo el aliento, seguro de que todos los habitantes del edificio lo habían oído. Esperó un poco, pero vio que nadie se asomaba a ver qué había ocurrido. Así que, tras recuperar el valor, bajó los peldaños y buscó a tientas la ganzúa. La encontró y subió de nuevo al rellano del cuarto piso. En él había dos puertas. Intentando orientarse, supuso que la de la izquierda era la del piso que daba al *campo* del Ghetto Nuovo. Mercurio sabía que Giuditta vivía en ese piso, porque la había visto asomarse al ventanuco que daba al *campo* hacía unos días, a hacer algo extraño que él no había comprendido. Había apuntado el dedo hacia el cielo, como si estuviese señalando algo, y había mantenido un rato esa ridícula posición. Después había vuelto a entrar.

Metió la ganzúa en la cerradura y la hizo girar.

Cuando hubo enganchado el mecanismo interior y se disponía a hacerlo saltar, la

puerta se abrió de improviso arrancándole la ganzúa de la mano. Lo primero que vio fue un cuchillo alzado amenazadoramente en el aire.

—¡Quieta, soy yo! —dijo Mercurio reculando.

Giuditta estaba en el umbral, vestida con un camisón largo de lana cocida que le llegaba a los pies, y pálida a la luz de la vela.

—Tú... —murmuró echándose a llorar de miedo. Pero inmediatamente después su temor se transformó en un arrebato de rabia. Giuditta lo apuntó con el cuchillo sin darse cuenta, como habría hecho con el índice—. Tú...

—Chsss, baja la voz... —dijo Mercurio acercándose a la punta del cuchillo y apartándola con una mano—. Baja la voz...

—Me has pegado un susto de muerte... —dijo Giuditta, que aún tenía los ojos empañados, pese a que las lágrimas ya no eran de miedo.

—Lo siento... —se disculpó Mercurio dando un paso más hacia ella.

—¿Qué haces aquí...? —preguntó Giuditta boquiabierta, conmovida, aturdida por la emoción, mientras las lágrimas le surcaban las mejillas y sus ojos no lograban apartarse del joven al que había jurado amar.

—Quería verte... —explicó Mercurio acercándose un poco más a ella, sintiendo que apenas podía respirar.

—¿Cómo lo has hecho? —susurró Giuditta tirando al suelo el cuchillo, que se clavó, haciendo un ruido sordo, en la tablas de madera del suelo del umbral.

—Quería verte —repitió Mercurio dando el medio paso que todavía los separaba—. No podía esperar más...

—Has entrado en el gueto por mí... —Los labios de Giuditta se entreabrieron.

—Sí... —Los labios de Mercurio se acercaron a los de ella.

—Me has asustado... —dijo Giuditta suspirando y ofreciendo los suyos.

—Lo siento...

Los labios de los dos jóvenes se unieron. Después, lentamente, como si los dos conociesen los movimientos y las danzas del amor, pese a que nunca los habían ejecutado, las manos de Mercurio abrazaron a Giuditta y empezaron a acariciarle la espalda, en tanto que las manos de ella aferraban los costados de él, como si no quisiera perderlo, que se lo arrebataran. Los labios, que hasta ese momento habían permanecido unidos, compuestos, poco menos que estáticos, cobraron vida propia y se convirtieron en unos animales en lucha, como si cada uno de los dos quisiera alimentarse del otro. Por reflejo, las manos apretaron con renovado vigor, buscaron con más anhelo, arañaron, pellizcaron y se hundieron en la carne del otro sin poder contenerse por más tiempo. Movidas por este nuevo impulso, las bocas osaron aún más y las lenguas se entrelazaron, cavaron en las profundidades húmedas del otro.

De repente, casi al unísono, los dos jóvenes se pararon. Jadeantes, agotados, mirándose fijamente con los ojos desmesuradamente abiertos. Con los labios mojados

y brillantes a la luz de la vela.

Los dos escucharon el deseo en su interior. Allí. Al alcance de la mano. El deseo que los convertía en un hombre y una mujer.

—Nunca lo he hecho —confesó Giuditta.

—Yo tampoco —dijo Mercurio.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella.

—No. Ahora no. ¿Y tú?

Se miraron a los ojos con una sensación de vacío en los labios.

—¿Quieres verme? —preguntó después Giuditta.

Mercurio asintió levemente con la cabeza.

Giuditta se desató el camisón sin dejar de mirar a Mercurio. Lo dejó caer al suelo. Se ruborizó, pero no se tapó.

—Eres preciosa... —afirmó Mercurio.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Giuditta.

Mercurio extendió el camisón en el rellano, atrajo a Giuditta y la acercó a la puerta de la casa. Acto seguido le pidió que se tumbase.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—Un poco...

Mercurio se tumbó sobre ella cubriéndola con su cuerpo y su capa.

—¿Y ahora? —preguntó Giuditta.

Mercurio la besó. Mientras lo hacía sintió que su carne crecía. Giuditta, al besarlo, sintió que la suya se deshacía. Mercurio le acarició el pecho. Le pellizcó un pezón. Giuditta abrió la boca despegándola de la de él.

—¿Te he hecho daño?

—No...

Mercurio notó que Giuditta movía las caderas empujándolas contra él. Secundó su movimiento. Sintió la necesidad de apretar las mandíbulas. Un borboteo ronco subió por su garganta. Las manos de Giuditta le aferraron los glúteos y lo estrecharon convulsamente contra su cuerpo. Mercurio se bajó las mallas con ímpetu y torpeza. Las manos de Giuditta lo ayudaban, impetuosas y torpes también. Las piernas de la joven se abrieron y se entrelazaron sobre el cuerpo de él. Mercurio sintió vibrar su carne. Metió una mano entre él y Giuditta, llegó a una masa de vello y comprobó que también ella estaba mojada. La mano de Giuditta lo alcanzó. Sus dedos se juntaron entre los dos cuerpos que se empujaban, uno sobre otro, uno hacia el otro. Empezaron a acariciarse a la vez aprendiendo lo que jamás habían hecho.

—¿Tienes miedo? —repitió Mercurio con la respiración entrecortada.

—No —susurró Giuditta abriendo más las piernas.

—¿Lo quieres?

—Lo quiero...

El miembro de Mercurio empujó contra Giuditta. Se hundió en su carne. Giuditta sintió un desgarró lancinante, ardiente. Se aferró con todas sus fuerzas a la espalda de Mercurio, pero el dolor pasó en un instante, se disolvió. Giuditta lamió la piel de Mercurio. Emitió un estertor ronco mientras el dolor se iba transformando en una pulsante vibración que la invadía a oleadas, a un ritmo cada vez más rápido. Oyó que Mercurio gemía.

—¿Sientes lo mismo? —le susurró Giuditta al oído.

—Sí... —contestó Mercurio con un hilo de voz.

Después, mientras Mercurio se movía cada vez más deprisa dentro de ella, Giuditta se contraía y lo apretaba con las piernas y los brazos, tratando de sincronizarse con él.

De improviso, la joven abrió desmesuradamente los ojos.

Mercurio también.

Se miraron. Parecían asustados. Incapaces de besarse, por miedo a morir ahogados. Al mismo tiempo que algo que jamás habían podido imaginar los estremecía, se unieron y se alejaron a la vez, aferrándose el uno al otro y tratando de separarse, hasta que se quedaron inertes, uno sobre el otro, uno dentro del otro. Respirando quedamente.

—De manera que es esto... —susurró Giuditta.

—Sí... —dijo Mercurio.

Volvió a reinar el silencio. Se acariciaron la cara el uno al otro lentamente, desfallecidos. Sus respiraciones se calmaron. Sus pieles se sentían.

—¿Qué es «esto»? —preguntó Mercurio en voz baja.

—El amor —respondió Giuditta aún más bajo, enrojeciendo.

—Sí... —dijo Mercurio. Alzó la cara y miró a la joven. Jamás habría imaginado que podía ser tan hermosa como en ese momento. Pero, después de lo que acababan de vivir, no tuvo valor para decírselo. Se limitó a sonreírle y a besarla.

Giuditta dejó que la besase con ternura y le pareció que ese beso era aún más hermoso que los anteriores.

—¿Y ahora? —preguntó Giuditta en la húmeda penumbra del rellano. Aún estaba desnuda.

Mercurio, que seguía echado sobre ella, le acariciaba el pelo. Su mano se detuvo al sentir el peso de la pregunta. Desvió la mirada evitando la de Giuditta, que lo escrutaba. Hizo lo que solía hacer cuando se encontraba en un apuro.

—Ahora te vistes, a menos que quieras morirte de frío —bromeó.

Giuditta no se movió. Esbozó una leve sonrisa y sus ojos se velaron, manifestando cierta decepción.

Mercurio sentía la presión, el combate interior. No estaba acostumbrado a hablar de sus sentimientos. No sabía por dónde empezar y, por primera vez en su vida, no quería perder esa batalla. Quería salir de su caparazón.

—Ahora... —murmuró—. Ahora... —Sintió que unas lágrimas de rabia le humedecían los ojos. Pensó que era un estúpido. Sabía de sobra qué debía contestar a la pregunta. Lo sabía en lo más profundo de su alma, en la parte más auténtica de su corazón. Pero no lograba decirlo.

Giuditta lo miraba expectante. Después volvió la cabeza poco a poco desviando la mirada hacia la trémula luz de la vela que, desde el interior del piso, agitaba la penumbra.

Mercurio sintió que estaba perdiéndola.

—Ahora te sacaré de aquí —soltó de un tirón con la voz quebrada y un poco chillona, girando la cabeza de ella hacia él hasta que sus ojos se encontraron. Esperaba que, gracias a la oscuridad, Giuditta no notase el color que teñía sus mejillas. Sabía que las tenía encendidas, sentía el calor. Pero había ganado. Lo había dicho. Y una vez superado el obstáculo que en el pasado le parecía infranqueable, experimentaba una suerte de euforia.

—Tengo un barco —recordó los restos de la embarcación de Zuan dell’Olmo—. No es nada del otro mundo —sonrió—, pero tengo también un trabajo. Lo repararé y luego te sacaré de aquí —concluyó con vehemencia.

—Chito, baja la voz —dijo riéndose Giuditta apoyando un dedo en los labios de él.

Mercurio vio que sus ojos tenían una luz diferente. Le besó el dedo, después la mano, se acercó a su cara y la volvió a besar en los labios.

—Qué bien sabes —le dijo. Giuditta entornó los ojos—. Pero debes vestirte o te vas a morir de frío, de verdad —repitió Mercurio. Al separarse de ella sintió un vacío en el estómago—. Un poco más —dijo echándose de nuevo sobre ella—. Un poco más.

Comprendió que solo se sentía entero con ella, pero aún no tenía fuerzas

suficientes para decírselo. La besó apasionadamente y se estremeció de placer al sentir que los dedos de Giuditta se movían por su pelo deshaciendo los nudos. Se levantó y le tendió una mano. Ahora que era suya le pareció aún más hermosa. Sin saber por qué, se avergonzó de ese pensamiento.

—Vamos, vístete —le dijo.

—¿Ya te has cansado de mirarme? —preguntó Giuditta con un hilo de voz, ruborizándose hasta la punta del pelo, echada sobre el camisón con los pezones endurecidos por el frío.

Mercurio le cogió la mano y la levantó. La ayudó a ponerse el camisón. Recordó el día que había pasado en el Arsenal y que, al ver cómo se iba formando el barco, había pensado en el momento en que podría ver a Giuditta desnuda. Se rio.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Giuditta.

—Porque me había imaginado ya este momento —dijo Mercurio estrechándola entre sus brazos. Luego hizo sentar a Giuditta en el primer escalón y la envolvió en la capa. A continuación tomó asiento a su lado y le rodeó los hombros con un brazo.

—Entra tú también —dijo Giuditta abriendo la capa.

Mercurio se acercó más a ella. Sentía el calor de su cuerpo y apenas podía creer que estuviera viviendo un momento tan maravilloso. —Te sacaré de aquí —repitió con mayor firmeza—. No soporto verte enjaulada.

Giuditta apoyó la cabeza en su hombro. Sonrió feliz.

—Yo no me siento enjaulada —replicó.

—¿Qué es esto si no? —Mercurio tembló—. Sé lo que significa. Estuve enjaulado en el orfanato, me pegaban y me azotaban. A algunos niños los ataban a la cama por la noche. Y cuando Scavamorto me compró... —Mercurio sentía hervir la sangre, pero, por primera vez, el recuerdo le producía dolor y no rabia. Gracias a Giuditta. Se volvió hacia ella, que lo estaba mirando con ojos conmovidos.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Sé lo que significa y no puedo soportar que estés enjaulada.

Giuditta le cogió una mano, se la llevó a los labios y la besó. Después se la apoyó en la mejilla y apretó.

—Gracias —dijo—, pero yo no me siento enjaulada. Al principio, quizá. También tenía miedo. No sé de qué. Puede que uno tenga miedo de que las cosas empeoren, pero ahora no me siento enjaulada...

—¿Cómo es posible? —preguntó Mercurio, inquieto.

Giuditta le estrechó la mano.

—Porque tengo un truco. —Se rio entre dientes.

—¿Qué truco?

—Mi madre murió cuando me dio a luz —dijo Giuditta quedamente—. No la conocí.

Mercurio la abrazó con fuerza. También sabía lo que significaba eso.

—Crecí con mi abuela... —prosiguió Giuditta—. Mi abuela era amiga de un viejo al que todos los habitantes de la isla de Negroponte consideraban medio loco. Ella aseguraba, sin embargo, que eran tonterías propias de gente ignorante... —Sonrió—. Tal vez porque ella estaba más loca que él.

Mercurio se echó a reír.

—Chsss, baja la voz o despertarás a mi padre.

Mercurio le besó los párpados.

—Sigue.

—Pues bien, el viejo nos visitaba casi todas las noches. La abuela le daba de comer y después se sentaban juntos en el porche. Hablaban hasta tarde. Yo era pequeña y oía sus voces desde mi habitación. El zumbido me ayudaba a dormirme sin sentirme demasiado sola. Creo que yo también quería a ese viejo. Luego, una noche, me desperté asustada. Había tenido una pesadilla. Bajé a la planta baja, de donde venían las voces, porque necesitaba que la abuela me abrazase. Estaba adormilada, como si aún no hubiese abandonado del todo el sueño. Cuando salí de casa llamé a la abuela, pero ni ella ni el viejo me oyeron. Estaban en medio del patio, de pie, con el brazo izquierdo levantado y el dedo índice apuntado hacia el cielo estrellado. Me paré. También eso parecía una especie de sueño, y, además, que ellos no estaban allí. No sé por qué pensé eso. Pero la verdad es que pensé que no estaban allí, a pesar de que podía verlos. Por esa razón no me habían oído. Se reían quedamente, con ternura y complicidad. Eso bastó para que se me pasase el miedo. Me fui a dormir. A la noche siguiente, como todas las noches, di un beso a la abuela antes de irme a la cama y, justo en ese momento, vi llegar al viejo. Así que les pregunté:

»—¿Qué estabais haciendo ayer por la noche?

»El viejo me sentó en sus rodillas y me dijo:

»—Te revelaré mi truco, así tú también podrás usarlo. Mira ahí arriba. —Señaló el cielo—. ¿Ves las estrellas? Si las miras fijamente verás que dentro de un instante ya no están allí, se habrán movido. ¿Sabes por qué? Pues porque las estrellas son las carrozas del cielo. ¿Y sabes qué hay que hacer para subir a ellas? —Alargó mi brazo izquierdo y me obligó a apuntar el dedo índice hacia el cielo—. Tienes que usar el izquierdo, porque es el del corazón, y el corazón es mucho, pero mucho más fuerte que la mente. Luego elige una estrella. Mírala bien, porque no todas son iguales. A mí me gusta esa, por ejemplo. Tiene unos asientos comodísimos y a mi edad las nalgas duelen. Pero tú eres muy joven, de manera que también puedes coger esa otra, mira allí. Es una de las más rápidas. Siempre me ha gustado viajar. Soy un marinero, pero a estas alturas nadie me acepta ya en un barco, y me aburro mucho en esta isla. Me siento enjaulado...

Giuditta se volvió hacia Mercurio, que estaba fascinado con la historia y la

escuchaba boquiabierto, como un niño.

—Dijo enjaulado, como tú. —Sonrió—. Me explicó que él cabalgaba las estrellas todas las noches y que, a menudo, la abuela partía con él. Habían visto la India, China, África, España... —Se rio—. Y también la luna. «Pero debes creerlo con el corazón», concluyó al final el viejo golpeándome con el dedo en el pecho. —Giuditta levantó de nuevo la cabeza del hombro de Mercurio. Su voz era triste—. Mi padre nunca estaba en casa y en esos años sentía su ausencia. Es más, creía que me odiaba, porque mi madre había muerto por mi culpa...

Mercurio la estrechó contra su cuerpo.

—A partir de esa noche me asomaba siempre a la ventana de mi habitación, tocaba el cielo con el dedo y montaba en una estrella, que me llevaba a ver a mi padre. Así podía estar con él...

Mercurio comprendió por fin qué estaba haciendo Giuditta el día que la había visto asomada a la ventana del piso del Ghetto Nuovo.

—Luego crecí y me olvidé. Pero cuando nos enjaularon aquí, como dices tú, recordé que podía tocar el cielo, que podía cabalgar las estrellas y salir de aquí cuando quisiera sin que nadie pudiese impedírmelo —dijo Giuditta jovial.

Mercurio la miró. El corazón se le salía del pecho.

—Pero, ahora que tu padre está contigo, ¿adónde vas?

Giuditta se ruborizó y bajó la mirada.

Mercurio sintió que una oleada de emociones lo turbaban. No era necesario que Giuditta le dijese a quién iba a visitar. Le levantó la cara y le acarició las cejas, negras y tupidas, con el pulgar.

—Siendo así, mañana te esperaré —susurró con la voz estrangulada. A continuación acercó sus labios a los de ella.

—¡Giuditta! —se oyó gritar en el interior del piso.

Los dos jóvenes se sobresaltaron.

—¡Giuditta! —repitió Isacco—. ¿Dónde estás?

Mercurio se puso de pie de un salto. Giuditta parecía aterrorizada. El joven le sonrió y le dio un fugaz beso en los labios. Después bajó a toda prisa la primera rampa de escalera.

—¡Voy enseguida, padre! —dijo Giuditta con voz trémula.

Mercurio le volvió a sonreír y le pidió con un ademán que mantuviera la calma.

—¿Qué haces ahí fuera? —preguntó Isacco.

Giuditta seguía teniendo una expresión de miedo y no lograba encontrar una excusa. Mercurio chasqueó los dientes. Cuando la joven lo miró frunció los labios y la nariz, y sacó los incisivos.

Giuditta se rio.

—¡Un ratón, padre!

—¿Y eso te da risa? —preguntó Isacco con su voz arisca mientras se acercaba a la puerta arrastrando las zapatillas—. Mátalo con el escobillón.

Mercurio sacó la lengua, bizqueó y tendió los brazos como si lo hubieran aplastado.

Giuditta contuvo la risa.

—No, es demasiado mono.

—¿Un ratón, mono? —La voz de Isacco sonaba ya cerca de la puerta.

Mercurio lanzó un beso a Giuditta.

—Un ratón tan mono que me he enamorado de él —dijo Giuditta.

Mercurio desapareció en la escalera en el preciso momento en que Isacco asomaba la cabeza.

—Deja de decir memeces —refunfuñó cabeceando—, y vuelve a la cama, vamos.

—¡He entendido qué es el amor! —exclamó Mercurio al volver a casa y ver a Anna del Mercato, que estaba encendiendo el fuego.

—Justo en este momento me estaba preguntando dónde te habías metido esta noche —dijo Anna suspirando aliviada, a la vez que sus facciones se relajaban—, pero ahora me lo imagino —añadió sonriendo. Removió la leche que hervía en el fuego—. ¿Quieres comer algo?

—Tengo un hambre de lobo —dijo Mercurio sentándose a la mesa.

Anna cortó una gruesa rebanada de pan. Vertió leche en un cuenco y se lo dio.

Mercurio hundió la rebanada de pan en la leche y la mordió, muerto de hambre.

Anna cortó otra rebanada y se sentó delante de él.

—¿Entonces? ¿Cómo es ese amor?

Mercurio esbozó una sonrisa, tenía los ojos resplandecientes. Un chorrito de leche salió por su boca y le resbaló por la barbilla.

Anna miró sus ojos.

—Sí, es amor —dijo. A continuación rebuscó en el bolsillo del delantal gris de cañamo que llevaba sobre el vestido de color óxido. Se oyeron tintinear unas monedas. Las puso sobre la mesa—. Tres liras *tron* de oro y nueve de plata. Ha pasado Isaia Saraval. Te buscaba. Ha dicho que ya sabes por lo que son.

—¡Ha vendido un collar y un anillo! —Se frotó las manos—. ¡Nos haremos ricos, Anna!

Anna sonrió y puso más monedas sobre la mesa.

—Media lira, tres piezas de plata y dieciséis *marchetti* —dijo exultante—. Nos haremos ricos —repitió—. Es mi paga por la fiesta. —Se metió los *marchetti* en el bolsillo y alargó las otras tres monedas por encima de la mesa a Mercurio—. Cógelas.

Mercurio vio que sus mejillas ardían de alegría. Empujó sus monedas hacia Anna hasta juntarlas con las de la mujer.

—Guárdalas tú, es mejor.

—Pero son tuyas —protestó Anna.

Mercurio asintió con la cabeza. Se sentía afortunado. Tenía todo lo que podía desear.

—Saraval me ha pedido que te diga que dentro de dos semanas celebrarán una fiesta en casa Venier y, la siguiente, otra en el palacio Labia. Hace falta organizar el transporte —dijo Anna.

—Podemos contar con Tonio y Berto y con el barco de... con el barco, vaya.

—He visto a esos dos muchachos. Me han dicho que has dado más dinero a la viuda de Battista...

—Un poco de suelto —explicó Mercurio desviando la mirada.

—Necesitas ese dinero —dijo Anna.

—Ella también. No debería haberse quedado viuda.

Anna se tapó la boca con una mano y sacudió la cabeza.

—Mira lo que digo —murmuró—. Para protegerte me convierto en una bestia.

Mercurio pensó que algún día aprendería a decirle cuánto la quería.

—¿Saraval no dijo nada más?

Anna negó con la cabeza.

—¿De manera que es verdad?

—¿A qué te refieres?

—Vamos... cuando haces eso eres un pésimo actor.

—Pero ¿a qué te refieres? —insistió Mercurio riéndose.

Anna sonrió.

—Ha dicho que debo ocuparme de las provisiones para los Venier y los Labia.

—¡No me digas! —exclamó asombrado Mercurio antes de soltar una carcajada.

Anna se inclinó hacia él a través de la mesa y le dio un pescozón en su cabeza rizada.

—Dijiste que querías trabajar —dijo Mercurio—, así que ahora trota. —Engulló el último trozo de pan, apuró la taza, se limpió con una manga de la chaqueta y se puso de pie. Parecía meditabundo, sonrió y cogió el dinero—. Lo necesito. Me voy —dijo dirigiéndose a la puerta.

—Pero ¿adónde vas? Acabas de llegar...

—¡Tengo que ocuparme de mi barco! —gritó Mercurio mientras salía.

—¿Qué barco?

Se oyó un portazo. Anna se levantó y abrió la puerta.

—¿Qué barco? —gritó.

Pero Mercurio ya estaba lejos. Corría hacia el muelle de la pescadería.

Al llegar a la antigua barca de Battista silbó y de inmediato vio llegar a Tonio y Berto.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó alegremente Tonio. Habían ganado catorce piezas de plata por transportar la mercancía de la casa de empeños de Saraval a casa del noble arruinado, y por la vuelta.

—Llebadme al río de Santa Giustina —dijo Mercurio—. Al punto en que se cruza con el río de Fontego.

—¿Qué vas a hacer allí? —inquirió Tonio—. En esa zona solo hay muertos de hambre.

—Métete en tus asuntos y rema —contestó Mercurio de buen humor. No quería que lo llevaran al astillero de Zuan dell'Olmo. Prefería visitarlo solo. Pensó que era su lugar secreto.

Mientras los dos gigantescos galeotes remaban a la velocidad habitual, Mercurio

respiraba el aire matutino. La vida no podía ser más bella, se repetía. Todo había cambiado en un instante. Sobre todo, se había vuelto honesto. Y sin hacer el menor esfuerzo. Había bastado una sencilla idea. Había encontrado un trabajo que le permitiría ganar mucho dinero sin arriesgarse a acabar en una galera o en sitios aún peores. Quizá Dios existía de verdad, se dijo. Había conocido a Anna, la madre que había buscado durante toda su vida. Había conocido a Giuditta, la mujer que iba a iluminar su vida a partir de ese momento. No, no podía haber nada más hermoso. Se rio entre dientes al pensar en ello.

A la vez que se adentraban en la tupida y laberíntica red de araña de los canales de la laguna, se volvió y le pareció divisar detrás de ellos la misma barca, negra y fina. Pero fue un pensamiento fugaz, que no prendió en su mente. Alzó los ojos al cielo, que estaba terso y azul, apenas cubierto con unas cuantas nubes blancas que parecían de algodón. Mientras seguía contemplando absorto las nubes Tonio y Berto atracaron en el río de Santa Giustina.

Bajó y ordenó con un ademán a sus amigos que se marchasen. Regresaría solo. Con el rabillo del ojo vio de nuevo que la barca negra y fina se detenía detrás de ellos, pero, una vez más, no le prestó atención.

Pensaba en la noche que acababa de pasar con Giuditta. Sintió que el deseo prendía de nuevo en su cuerpo. Caminó a lo largo del río de Santa Giustina en dirección al astillero de Zuan dell'Olmo, casi corriendo.

La barca negra y fina se movió silenciosa.

Cuando Mercurio llegó al final del canal vio lo que la niebla le había ocultado hacía unos días. Estaba en el mar o, al menos, eso le parecía. Tenía la impresión de que Venecia terminaba allí. Delante de él había tan solo una inmensa extensión de agua. Incluso el olor del aire había cambiado. Ya no olía a moho, a agua estancada. Se percibía la sal, una sensación burbujeante en las aletas de la nariz. Y en el agua, justo delante de él, se veía una pequeña isla.

Miró alrededor. Las casas eran poco menos que unos cobertizos. Nada que ver con el fasto veneciano. Debían de ser casas de pescadores. Casi por todas partes, en el suelo, en la orilla fangosa y arenosa, había espigas de pescado, gatos lamiéndose las patas, barcas en seco. Las casas eran de madera. Bajas, oprimentes. Había también unos pequeños muelles, embarcaderos medio derruidos de madera. Al fondo de un par de ellos se veían dos casuchas sin ventanas con una puertecita. Mercurio vio a un niño que solo llevaba puesta una chaqueta. Debajo iba desnudo, sin zapatos. Se torturaba el pene con una mano. La madre, que estaba a su lado, le dio un bofetón sin dejar de dar de mamar al recién nacido que tenía en brazos. El niño dejó de tocarse el pene y rompió a llorar. La madre le dio otra bofetada. El niño dejó también de llorar. Luego la mujer llamó a la puertecita. Al cabo de unos segundos salió por ella un hombretón atándose los calzones. La madre metió dentro al niño con un empujón.

Mercurio vio que en el cajón suspendido en el agua solo había un agujero en el suelo. Era un retrete. Mientras el niño cagaba con la puerta abierta, el hombretón apartó al recién nacido del pezón materno y se pegó a él bromeando. La mujer se rio, y luego, cuando el niño que estaba en el retrete acabó de hacer sus necesidades, lo guio por el muelle y lo tiró al agua. El niño se ovilló y se limpió el culo.

A cierta distancia, a su derecha, Mercurio vio unas redes de pesca cuadradas, suspendidas en el aire, que podían hundirse en el agua, también ellas en lo alto de varios embarcaderos más estrechos. Y luego una serie de huertos con verdura que crecía a duras penas. Una vieja limpiaba las hojas de las coles quitando los caracoles que se ensañaban con ellas. Mercurio percibió de lleno la pobreza de esa gente, que disputaba la comida a los caracoles. Una gran rata pasó como una exhalación por un arroyuelo sucio y maloliente que desembocaba en el agua. Se tiró a él y nadó hundiéndose en el agua con el hocico. Dos niños le tiraron piedras. La rata se sumergió.

Mercurio se dio cuenta de que los mármoles y el esplendor de Venecia le habían hecho olvidar todo esto. Los muertos de hambre que deambulaban por Rialto o la gran plaza de San Marco, o a lo largo del Canal Grande, parecían menos pobres. En la periferia, en cambio, la pobreza era como Mercurio la había conocido en Roma, en su alcantarilla. Allí la pobreza era lo que era y Mercurio se sentía a sus anchas, porque eran sus orígenes. La mujer que llevaba a cagar a sus hijos a un retrete suspendido en el agua al mismo tiempo que un hombre que, a todas luces, no era su marido, le chupaba un pezón o le tocaba el culo, podía ser su madre. Uno de esos niños podía haber nacido de un coito en ese retrete. Otro quizás había sido abandonado como él en el torno de un orfanato. No, nada de ese mundo abyecto lo aterrorizaba, por la simple razón de que lo conocía.

Sin saber por qué siguió observando la terrible miseria, respirando los olores, escuchando los gritos, los ruidos, los lamentos. Sintió una fuerza en su interior: él había logrado salir de allí.

Se volvió hacia la derecha y, por fin, lo vio. Vio la razón por la que había vuelto a ese sitio. Lo vio por completo, sin el púdico velo de la niebla.

Y se dio cuenta de que estaba destrozado.

Le entraron ganas de echarse a reír. Era mucho peor de lo que se había imaginado. Con todo, mientras se acercaba al barco se sintió aún más atraído por él.

«Es como yo», pensó.

La embarcación lo representaba perfectamente. Era Mercurio en su alcantarilla. Se paró. Miró la ropa buena que lucía, los zapatos con la suela gruesa y robusta, el sombrero abrigado. Tocó las monedas que llevaba consigo. Las oyó tintinear. Las apretó en la mano. Sintió que el oro absorbía su calor y se calentaba.

«Si yo lo he conseguido tú también lo conseguirás», pensó como si estuviera hablando con el barco.

Miró la quilla oscura, quizá marchita en varios puntos. Vio incrustaciones de algas y moluscos bajo la línea de flote. Vio el palo mayor roto. La barandilla del castillo de popa había desaparecido casi por completo. Las pocas velas que quedaban se agitaban como telas de araña o como las banderas de un ejército derrotado. La cofa, las jarcias, las vergas, todo daba la impresión de estar a punto de derrumbarse, como las ramas de un árbol seco. La rueda del timón estaba tirada a un lado, arrancada de su bañera. La mitad de la carraca estaba en seco en la rampa del astillero, cuyo techo se había hundido para estar en consonancia con la ruina general. La otra mitad, partiendo de la popa, estaba en el agua.

Mercurio respiró hondo el aire salobre, y luego silbó.

Se oyó un ladrido, excitado y quejoso a la vez, insistente. *Mosè*, con su andadura ágil y trastabillante, salió del cobertizo que se erigía a un lado del astillero y se aproximó a él moviendo la cola. Mercurio sonrió y se agachó para esperarlo. *Mosè* llegó a su lado moviendo las extremidades posteriores con la cola, inició una danza alrededor de él, sin saber si tocarlo o no, con ganas de hacerlo, pero también con temor. Al final se decidió, dejó que Mercurio lo cogiese y se sentó entre sus piernas, agitado, pero feliz.

—Eres un idiota, *Mosè* —dijo el viejo Zuan dell’Olmo apoyándose en su bastón, desde la puerta del cobertizo.

—Vamos, *Mosè* —dijo Mercurio a la vez que se levantaba y se acercaba al viejo. *Mosè* corría a su lado ladrando.

—Le gustas mucho —afirmó Zuan.

—Él también me gusta —dijo Mercurio.

—Muy bien, así es recíproco —dijo Zuan volviéndose hacia la laguna.

—¿Eso es el mar? —le preguntó Mercurio.

—¡No! —respondió el viejo poco menos que escandalizado. Señaló a la derecha, hacia el Este—. El mar está allí. —Luego, poniendo las manos paralelas, como si estuviese dibujando un canal, a la derecha de donde le había indicado, hacia el Sur, añadió—: Y baja por allí, siempre recto, como un inmenso pasillo que conduce al gran salón del mar Mediterráneo. —Señaló a la izquierda—. Allí están los mercados orientales, el mar Muerto, la ruta que lleva a China. —Se giró ciento ochenta grados. Extendió las manos—. El Mediterráneo, que une África con Europa, está aquí... —Formó un embudo con las manos—... hasta Gibraltar, donde... —Se detuvo. Sus ojos se velaron. Poco a poco abrió los brazos alrededor de él, sin límite—. Allí está el océano, que, cuando era niño, pensábamos que era el fin del mundo...

Mercurio estaba boquiabierto. *Mosè* aulló.

—En cambio... —susurró como si no quisiera romper el hechizo.

El viejo Zuan se volvió.

—En cambio, maldita sea, hay tierra. —Cabeceó—. ¡El Nuevo Mundo!

—¿Cómo es?

—Y yo qué carajo sé, muchacho. —Los ojos de Zuan se volvieron a velar de tristeza—. ¿Sabes lo que significa para un marinero como yo no haber podido ir? —Miró a Mercurio y se rio dejando a la vista los pocos dientes que tenía en la boca—. No, no lo sabes. No tienes ni pajolera idea sobre el mar. —Se volvió hacia el barco—. ¡Y quieres comprar mi carraca! —Siguió riéndose, pero en su risa no había escarnio, ni la melancolía y tristeza del primer día—. ¿Qué tiene que ver uno como tú con un barco? —preguntó.

—Una vez estuve en el Arsenal —dijo Mercurio—. Y... —Se detuvo dejando suspendida la frase. Le volvió a la mente Battista, que había muerto por su culpa.

—¿Y...? —insistió el viejo marinero.

—Vi nacer un barco —dijo Mercurio—, y comprendí que nada se parece más a la libertad que un barco.

El viejo Zuan lo escrutó en silencio, luego asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—No tienes ni pajolera idea sobre el mar —dijo en voz baja—, pero puede que no seas como pareces. —Se volvió una vez más hacia su barco.

Mercurio notó que le brillaban los ojos cuando miraba la embarcación.

—¿Con este se puede ir al Nuevo Mundo?

El viejo lo miró con aire grave.

—Lo que ves ahora es un armatoste, un residuo, muchacho. Pero era una gran señora. Es una gran señora, porque yo la sigo viendo como era.

—¿Y se podría ir al Nuevo Mundo con ella? —repitió Mercurio.

—Ese capullo vanidoso de Colón, al que Dios tenga en su gloria, porque acabará hundiendo a Venecia, ya lo verás... ¿Cómo crees que llegó al Nuevo Mundo, muchacho? Pues con una carraca y dos carabelas. La *Santa Maria* era su barco insignia y era tan grande como esta, doce pértigas de longitud y cuatro de ancho. ¡Una carraca, muchacho!

Mercurio vio la embarcación, que se balanceaba perezosa. La oyó chirriar. La madera crujió. Le gustaban esos ruidos. El barco hablaba y, en ese momento, parecía que se estuviese riendo.

—Pero ¿tú sabrías llegar al Nuevo Mundo con esto? —preguntó al viejo.

Zuan cabeceó, sorprendido por la pregunta.

—Soy viejo... —dijo.

—Pero ¿sabrías ir?

—Además, no sé si *Mosè* soporta el mar, no sé si se ha embarcado en alguna ocasión...

—¿Sabrías ir, sí o no?

—¡Hostia, muchacho! Ahora que sabemos que el océano no termina cualquiera

sabe ir. ¡Basta dirigirse al Oeste, el Nuevo Mundo está allí, coño! —Escupió al suelo, emocionado. Agitó el bastón en el aire, como si pretendiese decir algo, pero no se le ocurrió ninguna palabra y volvió a escupir. *Mosè* ladró. Zuan lo miró.

—¡Cállate, imbécil! —le dijo—. ¡No has subido ni a una góndola! —*Mosè* volvió a ladrar.

Mercurio se rio y se volvió a mirar la laguna.

—¿Qué isla es esa? —preguntó.

—¿Cómo que qué isla es? —dijo el viejo—. Es la *Cavana* de Murano.

—¿Qué es?

—Eres un auténtico ignorante, muchacho —gruñó el viejo—. No sabes nada. Me sorprende que aún sigas vivo, dado lo ignorante que eres. Es el refugio de las barcas de la isla de Murano, que está más lejos, ahora no se ve. La llaman la *Cavana*^[7]. Pero, en realidad, es la isla de San Michele, porque en ella se encuentra la iglesia dedicada al arcángel que empuña la espada. ¿Sabes al menos quién es el arcángel Miguel, ignorante?

Mercurio miró al viejo, pasmado. Sí, era evidente que Dios existía y Dios debía haber ordenado al arcángel Miguel que lo cuidase, pensó. El orfanato en que había crecido estaba consagrado a él. Luego, cuando había escapado de Roma, había llegado a Venecia, pero había encontrado una madre en una casa de Mestre, que estaba protegida por el arcángel Miguel. Y ahora el barco estaba frente al arcángel Miguel. Era indudable. Era su barco.

—¿Entonces, viejo? ¿Me vendes o no este armatoste?

Zuan le dio un bastonazo.

—No lo lames así —dijo.

—Pero tú...

—¡Yo puedo! ¡Tú no! —dijo Zuan agitando el bastón—. A ti siquiera te conoce. Se lo digo yo, porque sabe que bromeo, que es una manera afectuosa de hablar... pero si se lo dices tú... No puedes decirlo, recuérdalo.

Mercurio miró el barco. El viejo estaba convencido de que podía oírlos y cuando la embarcación crujió pensó que tal vez tenía razón.

—Está bien, disculpa —dijo—. Entonces, ¿cuánto quieres?

—¿Sabes cuánto te costará echarla de nuevo al mar? —preguntó Zuan siempre con el bastón en el aire.

—¿Cuánto?

—¡Y yo qué coño sé! —vociferó el viejo—. ¡No soy un armador! —Escupió al suelo. *Mosè* se apartó para esquivarlo—. Cientos de liras *tron*... puede que incluso miles... ¡Y yo qué demonios sé! ¡Nunca he visto más de diez liras juntas!

—¿Es eso lo que cuesta el barco, diez liras?

—¿Quieres acogotarme, muchacho?

—Dime tú la cifra, viejo.

Zuan agitó el bastón como si el gesto lo ayudase a pensar.

—Espera aquí —dijo a Mercurio. Se dirigió hacia la carraca y cuando llegó a su lado apoyó una mano en la quilla. Se volvió—. ¡Ven tú también, idiota!

—¿Yo? —preguntó Mercurio.

—¡Tú no! —contestó exasperado Zuan—. *Mosè*, bastardo atigrado, hijo del demonio, ven enseguida aquí.

Mosè se aproximó al viejo con la cola baja y se sentó junto a él mirando hacia otro lado, como si quisiera darse tono.

Cuando Zuan regresó dijo en tono infantil de desafío:

—Once liras *tron* de oro. Quiero ver qué me respondes, muchacho.

Mercurio no dijo palabra. Cogió las monedas que había llevado consigo, contó once y se las tendió al viejo.

Zuan se quedó boquiabierto. Alargó su cuello rugoso y miró las monedas que Mercurio tenía en la mano como si fueran unos animales exóticos, sin tocarlas.

—Ni siquiera tengo los dientes como se debe para comprobar si son de oro —dijo.

—Son de oro, te lo juro.

Zuan cabeceó, incrédulo.

—Pero ¿para qué quieres un barco?

—Quiero llevarme de aquí a una persona.

—Eso lo puedes hacer a lomos de un mulo, muchacho.

—Quizá tenga que ir muy lejos, busco un mundo libre.

Zuan se balanceó sobre los pies. Parecía estar pensando.

—Sí, en ese caso, sí. Necesitas un barco. Podría estar más lejos de lo que cualquiera de nosotros se imagina. —Miró a Mercurio. Lo apuntó con un dedo, que movió en el aire—. Debes de ser más estúpido que yo. ¿Verdad, *Mosè*? —El perro ladró alegremente.

—¿Entonces? ¿Trato hecho? —preguntó Mercurio.

Zuan abrió los brazos.

—Quién me iba a decir que me sucedería algo así —refunfuñó mirando las monedas de oro como si fuesen una desgracia—. Al menos, quédatelas tú. Si corre la voz por aquí de que tengo once liras, no llegaré vivo a esta noche.

—Las guardaré yo, de acuerdo.

—No —dijo una voz detrás de ellos—. Te las guardaré yo.

Mercurio y el viejo se volvieron. *Mosè* gruñó.

—Sujeta el perro o te rebano el cuello —dijo Scarabello bajando de su barca, negra y fina.

Zuan cogió la correa de *Mosè*.

—Quieto, tonto.

—A propósito de perros educados, ¿no saludas a tu amo? —preguntó Scarabello plantándose delante de Mercurio. Alargó una mano enguantada de negro, con la palma abierta, hacia él.

—Dámelas.

—¿Por qué? —Mercurio dio un paso hacia atrás.

—Son mías.

—No. Son mías —contestó Mercurio muy tenso, el cuerpo le temblaba—. Las he ganado honestamente, así que son mías.

Scarabello lo miró guiñando apenas los ojos.

—Tú eres mío, de manera que un tercio de lo que ganes, sea como sea, es mío.

—No —dijo Mercurio.

Scarabello no se alteró. Pasó por delante de Mercurio y bajó al astillero. Miró alrededor, vio una maza con el mango largo, de las que servían para plantar palos, la cogió, se acercó a la quilla del barco, la alzó y golpeó con ella el tableado. La madera gimió y se rajó. Scarabello alzó de nuevo la maza y la volvió a bajar. La madera cedió de repente.

El viejo Zuan tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¡De acuerdo! ¡Siete! —gritó Mercurio.

—Eres un sentimental y eso es una debilidad. Pero te admiro, ¿sabes? —dijo Scarabello dejando caer la maza en el suelo—. Hoy me contentaré con once —prosiguió acercándose a él con la mano tendida—. Pero dile a tu amigo judío que, de ahora en adelante, yo cobraré por ti. Luego te daré tu parte. —Cogió las monedas de Mercurio y las hizo tintinear, una a una, en el saquito—. Me fío de ti, dijo sonriendo y dándole una palmadita en la cara, —pero ya sabes lo que se dice..., es mejor no fiarse. —Se dirigió a su elegante barca. Antes de subir a ella se volvió y señaló la carraca—. Un verdadero chollo —comentó soltando una carcajada.

Mercurio lo miró mientras se alejaba. Cuando desapareció se sentó de cara a los muelles, con los cobertizos a su izquierda. Miró las miserias humanas de las que, poco antes, había pensado con presunción que se había liberado. En cambio, en ese momento le parecía que no tenía ninguna salida. Jamás se zafaría de todo eso. Escuchó el odio, la rabia y la desesperación que iban invadiendo su cuerpo, dominando de nuevo su vida.

—Lo mataré —dijo en voz baja y lúgubre.

—No permitas que se lleve tu barco —le dijo Zuan.

—Por eso lo mataré.

—No permitas que te lo quite... ahora —especificó Zuan.

—¿Qué quieres decir, viejo? —le preguntó Mercurio guiñando tanto los ojos que estos parecían dos ranuras.

—Mira cómo te has sentado. Estás dando la espalda a tu barco. A tu sueño. A tu esperanza —dijo Zuan—. El odio te lo ha arrebatado ya.

Mercurio tuvo la sensación de estar en una encrucijada esencial en su vida. Las palabras del viejo marinero contenían una profunda verdad. Era el momento de tomar decisiones. Y esas decisiones condicionarían todo su futuro.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó, consciente de la importancia del momento.

Zuan lo miró sacudiendo la cabeza.

—¡Me cago en la puta, muchacho! ¿Eres idiota? —exclamó—. ¡Vuélvete! Basta que cambies de posición y te vuelvas. Tu barco está ahí.

—¡Es una payasada! —estalló Isacco acelerando el paso—. ¡Es una auténtica payasada! ¡Y usted también lo sabe, capitán!

—Me he informado —contestó Lanzafame, sereno, caminando a su lado—. El tal Scarabello es peligroso. No es un simple rufián, es un auténtico criminal que cuenta con una organización propia. De manera que es mejor que lo olvide, doctor, y que, más bien, me dé las gracias.

Isacco se volvió. Cuatro hombres de Lanzafame los seguían armados. Además estaba previsto que llegasen esa misma mañana al Castelletto cinco más, capitaneados por Serravalle. Desde hacía tres días el quinto piso de la torre de los arrendajos estaba bajo vigilancia, desde que Scarabello había vuelto a amenazar a Isacco.

—Ni siquiera el Dux goza de una protección así —resopló.

—De manera que deberías sentirte importante —dijo Lanzafame.

—Váyase también al infierno, capitán.

Lanzafame sonrió.

—¿Qué me cuentas de tu hija? He notado que en la tienda hay mucho trajín —comentó—. Por lo visto se hará más rica que tú.

Isacco contuvo la sonrisa, como si no quisiera darle satisfacción, pero dijo: —Estoy muy orgulloso de ella—. Estrujó el gorro amarillo, llamativo y con dos bandas laterales casi naranjas. —¿Por qué cree que llevo esto en la cabeza? Es de Giuditta, lo hizo ella y me lo regaló. ¿Cree que si no estuviera orgulloso de ella iría por ahí de esta guisa?

Lanzafame soltó una carcajada.

—Tranquilo —le dijo cogiéndole un brazo—. Hoy aún no he bebido y me siento débil.

Isacco cabeceó.

—Usted está débil porque bebe, no al contrario. El vino le ha confundido las ideas al punto que le hace ver las cosas al revés.

—No estoy de humor para sermones, doctor —contestó Lanzafame con una punta de crispación.

Dieron varios pasos más en silencio. Al final, Isacco dijo: —Perdóneme. No pretendía soltarle un sermón.

—No te preocupes. Sé que lo haces por mi bien —contestó Lanzafame—. Y tienes razón...

—¿Pero...?

Lanzafame no contestó.

Isacco cruzó el puente del río en silencio. Sabía que debía callarse. En ciertas

ocasiones el silencio era más eficaz que las palabras.

—Si no bebo me tiemblan las manos —dijo al cabo de un poco el capitán.

—¿Y bebiendo no le tiemblan? —preguntó Isacco sin prestarle demasiada atención.

—No puedo soportarlo, Isacco —dijo Lanzafame con una voz débil, desfallecida—. Mira. —Tendió la mano—. Me tiemblan como a una niña. —Al pasar por delante de una taberna frenó el paso.

—Pero cuanto más bebe más fuerte es el temblor después, ¿verdad? —preguntó Isacco.

Lanzafame miró de nuevo la taberna.

—Sí. Cada día peor.

—Así pues, si la lógica no es cuestión de opiniones, cada día podría ser mejor —concluyó Isacco risueño—. Y por amor a la ciencia, al menos, podría intentarlo.

—¿Intentar, qué?

—Estar un día sin beber.

—¿Un día?

—Sí. Hoy, por ejemplo.

—Me estás embrollando, ¿verdad?

—Lo intento —admitió Isacco—, pero es usted duro de pelar.

—Quizá podría beber tan solo un par de vasos, para animarme un poco, y nada más. La última copa es siempre la que me tumba.

—No creo, capitán. Me parece que, en cambio, es la primera.

—Pero ¿qué tonterías dices? La primera la aguanto de maravilla.

—Sí, pero después de la primera no se detiene. Las copas bajan por su garganta como una piedra por un precipicio. Pierde el control de la bestia.

Lanzafame caminó en silencio, meditabundo.

—¿Has dicho que solo hoy?

—Solo hoy.

—¿Y mañana?

—¿Mañana estaremos vivos? —preguntó Isacco.

—De acuerdo. Hoy.

—Hoy —repitió Isacco doblando la esquina de la calle que daba acceso al *campo* del Castelletto, olfateando en el aire el familiar olor a sexo y a miserias humanas.

—¡Doctor! ¡Doctor! —gritó una de las prostitutas enfermas saliéndole al encuentro con los ojos desmesuradamente abiertos—. ¡Venga! ¡Deprisa!

Isacco apretó el paso y la siguió. Lanzafame corría a su lado. A cierta distancia, donde se agolpaba un corro de mujeres, vieron a Serravalle empuñando las armas, al igual que los hombres que estaban bajo su mando.

—¿Qué pasa? —preguntó Isacco abriéndose paso entre las prostitutas—.

Repubblica, deberías estar en la cama —dijo al verla de pie. Se volvió hacia Lidia, su hija, que lo miró con ojos atemorizados—. ¿Por qué has dejado bajar a tu madre...?

La niña rompió a llorar.

Una a una, Isacco vio a todas las prostitutas que estaba curando.

—¿Qué hacéis aquí? Volved de inmediato a la cama —dijo.

—¡Serravalle! —gritó Lanzafame—. ¿Qué coño ha pasado?

Isacco se abrió camino entre las prostitutas, que se sostenían unas a otras, débiles y temblorosas. En sus miradas se leía el miedo.

—Han venido de noche —explicó Serravalle.

—¿Quiénes? —preguntó Lanzafame.

Las prostitutas se apiñaban alrededor de alguien que Isacco aún no alcanzaba a ver.

—Los hombres de Scarabello —dijo Serravalle.

—Levantaos, dejadme pasar —dijo Isacco a las últimas prostitutas que le impedían ver. Tenían las mejillas surcadas de lágrimas. Entonces la vio.

—Sabían que solo vigilábamos de día, por el doctor —prosiguió Serravalle—. De manera que anoche se presentaron aquí, las agredieron, les pegaron y las echaron a la calle. Una de ellas... que peleó...

Isacco vio a Cardinale en el suelo. Estaba pálida. El vestido de color rojo púrpura brillaba en un costado. Mojado y desgarrado. Comprendió que era sangre, rojo sobre rojo.

—Cardinale... —le dijo arrodillándose a su lado—. ¿Qué has hecho?

—Dos de ellos... los tiré... los tiré por la escalera... doctor —jadeó la mujerona—. Canallas... canallas...

—No hables —dijo Isacco. Miró en derredor. Señaló los pórticos, a la vez que una lluvia fina empezaba a caer del cielo, gris y oprimente—. Llémosla allí —dijo.

—Han metido nuevas prostitutas en las habitaciones y vigilan el piso —concluyó Serravalle.

—¿Vigilan? —rugió Lanzafame alzando los brazos al cielo.

—Donnola, ve a buscar mi instrumental, date prisa —dijo Isacco.

—¿Dónde está? —preguntó Donnola.

—En el quinto... —Isacco se interrumpió—. En el quinto piso...

—Pero allí están los hombres de Scarabello —protestó Donnola, asustado.

—Lleva a Cardinale bajo los pórticos. Apriétale la herida con algo. Fuertemente —ordenó Isacco encaminándose hacia la torre de los arrendajos.

—¿Adónde vas, doctor? —preguntó Lanzafame deteniéndolo.

—Tengo que recuperar mi instrumental, sino Cardinale morirá —contestó Isacco.

—No puedes ir ahí —dijo el capitán Lanzafame viendo a un anciano acurrucado en un rincón con una botella. Se acercó a él y se la arrancó de la mano—. No te

preocupes —dijo a Isacco—. Por hoy nada, estamos de acuerdo. La necesito para subir al quinto piso. ¿Dónde tienes el instrumental?

—En la habitación que está al fondo del pasillo.

—¿Hay una ventana?

—Sí.

—¿Puedo lanzarlo desde allí?

—Desde esa altura se romperá.

Lanzafame hizo un ademán a Serravalle.

—Una cuerda. Lo bastante larga para que pueda bajar el instrumental del doctor desde el quinto piso. Rápido.

Serravalle, avezado a obedecer, se precipitó hacia sus hombres y confabuló con ellos; después se dispersaron en todas las direcciones.

—Ve con la puta —dijo Lanzafame a Isacco. Mientras el médico se alejaba el capitán se volvió hacia la torre de los arrendajos y miró al quinto piso—. Voy —murmuró con una voz ronca y sombría, que recordaba el gruñido de un animal feroz. Miró la botella. Estaba empezando a temblar. Apretó la mano con rabia—. Solo por hoy —se dijo sintiendo vacilar la voluntad. Por suerte, en ese momento llegó Serravalle.

—Aquí tiene, capitán —le dijo tendiéndole la cuerda.

Lanzafame se quitó el jubón y la camisa y se enrolló la cuerda a la cintura. Señaló al borracho.

—Quítale la chaqueta. Tiene tanto vino en el cuerpo que no morirá de frío.

Serravalle desnudó al borracho.

El capitán Lanzafame se puso la chaqueta sucia del borracho encima de la cuerda.

—La última habitación, en el lado que da al Norte —dijo a Serravalle—. Asómate a la ventana del cuarto piso. Te bajaré el instrumental.

—Allí estaré —contestó Serravalle.

Lanzafame sacó la espada corta del cinturón y se la dio a Serravalle.

—Con esta no me dejarán pasar.

—Tenga cuidado, capitán.

Lanzafame se dirigió a la torre de los arrendajos. Entró. Poco antes de llegar al quinto piso empezó a tambalearse como si estuviese borracho perdido.

—Vete o te tiro a patadas en el culo —le dijo un individuo en lo alto de la escalera.

—Vete tú, muermo. Yo quiero follar...

—¿Tienes dinero?

Lanzafame se rebuscó en el bolsillo y sacó unas monedas haciendo caer varias al suelo.

El tipo las cogió antes que él y se quedó un par, convencido de que el borracho no

se daría cuenta.

—Pasa.

Lanzafame fingió que tropezaba y que se caía al suelo. Acto seguido se levantó como pudo y avanzó trastabillando por el pasillo.

—Ese ni siquiera se encuentra la polla —dijo riéndose el tipo, dirigiéndose a otros dos hombres que también estaban de guardia.

Lanzafame llegó a la habitación que había al fondo del pasillo. Vio que la puerta estaba abierta. Entró.

—Hola, querido —dijo una prostituta delgada con la tez oscura.

Lanzafame cerró la puerta.

—¿Dónde está el instrumental del médico? —preguntó dejando la botella en el suelo.

—¿Qué instrumental? ¿Quién eres? —preguntó la fulana encaminándose hacia la puerta.

Lanzafame la detuvo.

—El médico que os ayuda a vosotras, las putas.

—Suéltame. No sé nada —dijo la prostituta asustada.

—Si no encuentro el instrumental del médico, una puta llamada Cardinale morirá. ¿No te importa?

—No sé nada del instrumental del médico —dijo la prostituta.

Lanzafame la empujó apartándola de la puerta.

—No te muevas de aquí —le dijo amenazadoramente. De repente, vio una gruesa bolsa plana de cuero en un rincón. Se desató la chaqueta, desenrolló la cuerda y ató un extremo al asa. Se acercó a la ventana y se asomó.

Serravalle también se había asomado en el piso de abajo.

—Te la paso —dijo Lanzafame.

La prostituta aprovechó el momento para escapar. Salió al pasillo y se puso a gritar pidiendo auxilio.

—¡Mierda! —imprecó Lanzafame.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó Serravalle.

—Coge el instrumental y llévaselo al médico. —Lanzafame bajó la bolsa.

—Capitán...

—¡Maldita sea, Serravalle! ¡Es una orden!

Serravalle aferró la bolsa y desapareció.

Lanzafame apenas tuvo tiempo de volverse. Un hombre armado se había precipitado en la habitación. Lanzafame lo tiró al suelo dándole un puñetazo en el estómago. Luego cogió el cuchillo, rompió la botella y, sujetándola por el cuello, salió corriendo al pasillo.

Dos hombres llegaban en ese momento con otros cuatro a sus espaldas.

Lanzafame dio una patada al primero que se abalanzó sobre él a la vez que golpeaba al otro en la cara con la botella rota. Los dos hombres gritaron, pero no pudieron retroceder, porque los cuatro que llegaban en ese momento les impedían la retirada.

—¡Eres hombre muerto! —gritó uno de ellos asestándole un golpe con un puñal.

Lanzafame lo esquivó y le clavó el cuchillo en el costado izquierdo. Sintió que la hoja se hundía en la carne del hombre. Este se tensó y abrió los ojos. Lanzafame sacó el cuchillo y detuvo el golpe que le asestó otro. Con todo, comprendió que no iba a poder resistir durante mucho tiempo. Por un instante pensó que había escapado a la muerte en un sinfín de campos de batalla para morir después rodeado de putas en Venecia. Reculó defendiéndose como podía. Sintió una punzada en el brazo con el que empuñaba el cuchillo. Lo habían herido. Su mano se abrió y el arma cayó al suelo. Lanzafame levantó la botella y la agitó en el aire. Vio que la camisa del hombre que tenía delante se teñía de rojo. Hirió a otro en el cuello, pero superficialmente. Entretanto, recibió una nueva puñalada en la espalda. La mano que sujetaba la botella no iba a poder sujetarla durante mucho más tiempo. Apretó los dientes y pensó que, en caso de que hubiera creído en Dios, era el momento adecuado para rezar. Luego, como en un sueño, al mismo tiempo que todo quedaba envuelto en la niebla, vio un remolino de puñales y espadas y a los hombres de Scarabello escapando.

—¡Capitán! ¡Capitán! —vociferaba Serravalle al mando de los soldados que se habían arrojado sobre ellos para salvar a su capitán.

—¡Serravalle, hostia! —dijo Lanzafame riéndose—. ¿Cuánto tiempo has tardado en subir cinco pisos?

Serravalle cogió al capitán justo cuando este se desplomaba al suelo.

—Pero ¿cuánto... has tardado... hostia ...? —repitió Lanzafame. Se sintió desfallecer. Gimió de dolor—. Que te den por culo, Serravalle. Sabes que soy incapaz de decir... gracias.

—En ese caso no lo diga —dijo Serravalle—. Vamos a ver al médico. Por lo visto hoy nos dedicamos a la sastrería.

—El quinto piso... ¿es nuestro?

—Posición conquistada.

—Serravalle... —jadeó Lanzafame.

—Dígame, capitán.

—No me han temblado las manos, ¿sabes?

—Nunca le han temblado, capitán.

Isacco regresó al gueto después del anochecer. Lanzafame caminaba a su lado, vendado. Las vendas estaban empapadas de sangre, pero el capitán miraba como un hombre y por ello caminaba ufano, porque sabía que había recuperado esa mirada. Al llegar al portón se despidió de Isacco y pidió que lo llevaran a la garita de los

guardias.

Isacco entró en el *campo* encogido. Estaba tan cansado que apenas oyó el ruido que hizo el portón al cerrarse detrás de él. Se quitó el gorro y entró en el porticado.

—Mira adónde hemos llegado —dijo Anselmo del Banco a Isacco saliendo de la casa de empeños—. Mira adónde ha llegado el pueblo elegido. Gorro amarillo y judería, menudo negocio. ¿Has oído hablar del Santo? Solivianta los ánimos. Ahora va diciendo por ahí que el niño cristiano que desapareció en Torcello fue, en realidad, secuestrado por los judíos para sus ritos de brujería. Dice que ofrecemos la sangre de los niños a Satanás. Estoy preocupado.

Isacco se encogió de hombros.

—Yo hablo con la gente común, Anselmo. Los venecianos no tienen nada contra los judíos y no creen esas estupideces —dijo.

—Sí, yo también lo creo —asintió Anselmo—, pero, dado que soy el jefe de la comunidad, debo estar siempre en alerta, ¿no te parece?

Isacco asintió con la cabeza, distraído.

—Tengo que vigilarlo todo —prosiguió Anselmo insinuante—. Tengo que prevenir también los posibles ataques...

Isacco lo miró.

—¿Por qué tengo la impresión de que quieres decirme algo, Anselmo?

—Porque eres un hombre inteligente, Isacco —dijo Anselmo del Banco sonriendo—. Y quizá porque, en tu fuero interno, sabes que tarde o temprano debíamos abordar una cuestión.

—Estoy cansado, Anselmo. He tenido un día espantoso, créeme —dijo Isacco—. Deja de dar rodeos y ve al grano.

—Si quieres que sea tan directo...

—Sí, lo prefiero.

—Entonces seré directo. —Anselmo volvió a sonreír—. Supongo que sabes cómo te llaman en la comunidad y en Venecia.

—¿Así es como vas al grano?

—El médico de las putas —dijo Anselmo. Había dejado de sonreír y su mirada tenía bien poco de amistosa.

—Qué originales.

—No tiene ninguna gracia, Isacco —dijo Anselmo cada vez más serio—. A la comunidad no le gusta esa actividad. Mejor dicho, esa clientela. Nos desacredita.

—¿Os desacredita? —Isacco cabeceaba con una sonrisa sarcástica en los labios—. Estoy intentando combatir la epidemia...

—Son prostitutas, Isacco.

—Son seres humanos.

Anselmo del Banco lo miró en silencio, con severidad.

—¿No te interesan las preocupaciones de la comunidad de la que formas parte?

—Si son esas, no.

—Las prostitutas son seres corruptos. Despreciables. Nos infaman.

—Bueno, ya has dicho lo que tenías que decir.

—No —dijo Anselmo. Bajó la voz hasta casi convertirla en un silbido—. He fingido que creía que llegaste a Venecia por tierra. Pero si me enterase de que no eres lo que aseguras ser sino el estafador del que hablaba la chusma macedonia, ¿qué dirías a la comunidad?

—Les recordaría que a ojos del Señor, más alto que el *tzadik*, el justo, está el hombre que ha caído y se ha vuelto a levantar.

—¿De verdad crees que ese bonito discurso te ayudaría con las autoridades venecianas... doctor?

Isacco lo miró fijamente. Supuso que Anselmo del Banco tenía esa misma mirada cada vez que llegaba al momento crucial de un negocio.

—¿Me estás haciendo chantaje?

Anselmo lo miró en silencio.

Isacco sintió todo el peso de la amenaza. En un instante recordó los puestos de mala muerte que frecuentaba cuando era joven, llenos de ladrones, timadores y prostitutas. Pensó que debía de haber una razón si Dios había querido que abandonase ese camino y su padre se había empeñado en enseñarle los rudimentos de la medicina, a él y no a sus hermanos. Era evidente que el plan divino o, simplemente, su destino era permitir que conviviesen las dos realidades que tan bien conocía, se dijo.

—Eliges tú —le dijo Anselmo del Banco.

Isacco se acordó de las prostitutas del puerto, que lo habían acogido en sus camas y le habían dado un pedazo de pan para que no se muriese de hambre.

—Me siento orgulloso de ser el médico de las putas.

Cuando entró en el salón de baile Benedetta era consciente de que las aristócratas y las cortesanas no le quitaban ojo. Casi podía sentir sus miradas hostiles o de superioridad.

Mientras avanzaba cogida del brazo del príncipe Contarini tratando de permanecer lo más erguida posible y de no perder el equilibrio por culpa de los andares torcidos y cojeantes de su señor, sabía que todas esas mujeres se reían de ella y la despreciaban por ser la amante de un hombre repugnante, con el cuerpo y el alma deformes.

Dejó que la mirasen sin devolverles la mirada en ningún momento. Sus joyas no valían menos que las suyas. Su peinado no era menos actual que el suyo. Su maquillaje no era menos esmerado. Su apariencia era la de una señora. Igual que la de todas las mujeres presentes.

Pero ella tenía algo más.

Era mucho más hermosa que la mayor parte de ellas. Las miradas de los hombres se lo decían.

Y llevaba un vestido que ninguna de ellas tenía. Un vestido que mirarían con curiosidad. Todas. Y, esperaba, con envidia.

Quizá, justo gracias al vestido, le dirigirían la palabra.

La prenda era, en cierta forma, revolucionaria. De las grandes mangas abullonadas, que se ensanchaban en el antebrazo, partían dos mangas interiores, más adherentes, de una seda ligera y casi transparente que dejaba entrever la piel que había bajo la tela. El corpiño no era rígido, como en los vestidos de las otras mujeres, sino blando, perfilado de manera que no cayese recto sino que se frunciera justo debajo del pecho formando una suerte de balcón. Apenas había visto ese sencillo pero innovador corte, Benedetta había pensado que todos los hombres sentirían deseos de acariciar las copas. Cuatro varillas rígidas, dos detrás y dos a cada lado, a la altura de los costados, modelaban su cintura estrechándola y embelleciéndola. Por último, la falda no era acampanada y pesada para ocultar la parte inferior del cuerpo, sino que estaba integrada por una serie de velos superpuestos que, pese a que seguían teniendo la forma acampanada típica de la época, seguían el movimiento de las piernas que, al caminar o al sentarse, se intuían fugazmente bajo la delicada tela.

Al llegar al centro de la sala, inmensa y adornada con un sinfín de velas de todos los colores y con unas lámparas de espejo que la hacían resplandecer, el príncipe Contarini se detuvo y, con la gracia de un cangrejo renqueante, hizo una suerte de reverencia a los invitados que lo aplaudían. Iba vestido de blanco y oro de pies a cabeza. Se volvió hacia la orquesta y les ordenó que empezasen a tocar. Por último, remedando sin vergüenza un paso de danza, condujo a Benedetta a un sillón que

había a un lado y la hizo sentarse. Él, en cambio, se dirigió al sillón que estaba sobre una plataforma revestida de seda azul que dominaba la sala y tomó asiento. Solo.

Benedetta pudo percibir el suspiro de alivio que exhalaban las mujeres presentes, quienes apreciaron el hecho de que el príncipe, pese a haber impuesto a su amante, no la elevase a su nivel.

En el centro de la sala se formó un corro de invitados que empezaron a bailar. Los demás se apiñaron aplaudiendo en los lados de la sala de baile. Pese a que muchos estaban cerca de Benedetta, no se dignaron mirarla o dirigirle la palabra.

Benedetta miraba hacia delante, inmóvil. Se asombró al comprobar que, bajo sus costosos perfumes, los nobles apestaban. Sus cuerpos emanaban unos olores fuertes y acres, a sudor; el aliento apestaba a dientes podridos, y tenían el pelo sucio. Entonces decidió mirarlos, uno a uno. Sonrió pensando que la diferencia entre esa sala de baile y un establo para cabras era que allí las cabras se perfumaban. Perdió el miedo que le inspiraban. Dejó de sentirse inferior, atemorizada. Miró al príncipe y le lanzó un beso abiertamente. Después se ajustó los pliegues del vestido y esperó.

Vio que a su derecha se había formado un grupo alrededor de una mujer llamativa, con el pelo teñido de azul claro y un escote inmenso en su pecho minúsculo, al punto que se veían asomar los dos pezones, tan pequeños como el seno y tan oscuros como dos perlas negras. La mujer estaba rodeada de hombres y, por lo visto, a ella le parecía natural. Llevaba en la mano un cuaderno y declamaba poesías que se jactaba de haber compuesto ella misma. Cuando acabó de declamar, del grupo de hombres que zumbaban alrededor de ella se elevó un aplauso, amortiguado por los guantes de fieltro que llevaban puestos. La mujer metió el cuaderno en el bolsito que había atado a su muñeca izquierda y se volvió hacia Benedetta. Examinó sin pudor su vestido.

Cuando la mujer se levantó para acercarse a ella, Benedetta vio que era mucho más alta que los hombres que llevaba siempre pegados. La mujer llegó al lado de Benedetta y le bastó mirar al noble que estaba sentado al lado de la joven para que este se levantase apresuradamente y le cediese su asiento. La mujer se sentó sin darle las gracias. Benedetta vio que llevaba unos zapatos altísimos, poco menos que unos zancos. Entonces comprendió que no era una aristócrata sino una cortesana, y que los zapatos le servían para caminar por las calles embarradas de Venecia sin ensuciarse el vestido.

La cortesana sonrió a Benedetta.

—Después de mí llegarán también las demás, querida —dijo en un tono aterciopelado. Benedetta le devolvió la sonrisa, pero no dijo nada—. Y, al igual que yo, querrán saber todo sobre ese vestido.

—Es un simple vestido —dijo Benedetta.

La cortesana se rio.

—Es usted hábil, querida.

—¿Para qué?

—Para fingir indiferencia —explicó la cortesana risueña.

Benedetta la miró sin decir palabra, si bien sabía de sobra a qué se refería.

—Deje los melindres para el resto del gallinero —dijo la cortesana inclinándose hacia ella y susurrándole al oído—. Soy una puta como usted.

Benedetta sonrió.

—¿Qué quiere saber?

—¿Es uno de los vestidos que diseña la judía de la que se está hablando mucho en Venecia?

—Exactamente.

—Lo suponía. —La cortesana alargó una mano—. ¿Me permite? —Palpó la tela—. Seda de magnífica calidad.

—Sí.

—¿Es también tan suave entre las piernas? —inquirió la cortesana risueña.

Benedetta se echó a reír con ella.

—Aunque no creo que llegue a tener la suavidad de ciertas vergas masculinas —comentó la cortesana cogiéndole una mano mientras seguía riéndose con complicidad.

Al cabo de poco tiempo se acercó a ella una procesión de mujeres en una secuencia que, según le pareció a Benedetta, obedecía a cierta jerarquía. Había iniciado con la cortesana, después llegaron las damas de compañía, las esposas de los comerciantes, las más jóvenes y, por último, una mujer de semblante duro e impenetrable, con la nariz afilada y unas manos largas y nudosas cubiertas de anillos de inmenso valor.

Al ver que la aristócrata se aproximaba a Benedetta, la cortesana, que se había alejado un poco, puso los ojos en blanco y le dio a entender con un ademán que el hecho era inaudito.

Cuando la mujer estuvo a dos pasos del sillón donde estaba sentada Benedetta, esta se levantó y le hizo una reverencia.

La aristócrata pareció apreciar el gesto, pero su semblante volvió a adoptar enseguida su habitual expresión dura y antipática.

—¿Cómo se compra un vestido a una judía? —preguntó.

Benedetta tardó en responder. Sentía que la voz le iba a temblar. En cambio, debía parecer tranquila, puede que incluso descarada, si quería ejecutar con éxito su plan. Y, dado que era una buena estafadora, sabía que la agresión era la táctica más adecuada.

—Como se suele hacer —contestó, ocultando el temor que la mujer, tan encumbrada, poderosa y rica, le causaba—. Metiendo la mano en el bolso y pagando.

La aristócrata se tensó, desconcertada por la respuesta. Su dama de compañía

soltó una risita tonta y se tapó la boca con un pañuelito bordado.

—Es usted una bromista —enunció la aristócrata.

—Es usted generosa, señora.

—Bueno, ahora responda como se debe a mi pregunta. —Su voz era gélida.

De hecho, Benedetta sintió que la dejaba congelada. Esa mujer se valía de la fuerza de sus antepasados, de siglos de historia, de patrimonios inmensos. Benedetta sabía que, a ojos de ella, era insignificante. De no haber sido por lo novedoso del vestido, la aristócrata no la habría notado. Por eso debía seguir atacando, pese a que habría preferido escapar y esconderse en algún sitio, pese a que se sentía muy inferior a ella.

—¿Le gusta? —le preguntó en el tono más mundano que pudo imitar.

—¿No le han enseñado que no se responde a una pregunta con otra?

—¿Como acaba de hacer usted, quiere decir? —La respuesta había salido sola de sus labios. Benedetta se sintió exaltada. Lo estaba logrando. Estaba combatiendo con las mismas armas de la dama.

—La diferencia entre ser gracioso y ser maleducado es muy sutil —dijo la aristócrata irritada. Alrededor de ellas se había formado un corro de mujeres curiosas, incluida la cortesana, que sonreía a Benedetta abiertamente.

—Disculpe, señora —dijo Benedetta inclinándose ante ella—. Pero mi pregunta contenía ya la respuesta. Le pregunté si le gustaba. Si usted me hubiese contestado que sí, como, a decir verdad y no sin cierta presunción, supongo, le habría dicho que por ese motivo compré el vestido a una judía. Porque, pese a ser judía, no puedo por menos que reconocer que tiene talento y, si bien ella me importa bien poco, no puedo decir lo mismo de mí. El vestido, perdone la falta de modestia, me queda como un guante. ¿No le parece?

La aristócrata miró detenidamente a Benedetta.

—A veces pienso que el hecho de que la gente como usted no haya recibido una educación adecuada es una ventaja, dado que no debe someterse a una serie de reglas de las que a nosotros nos cuesta liberarnos. Lo que podría parecer un elogio de la ignorancia —concluyó mirando a sus iguales, que sonrieron satisfechos de la lección. Una vez restablecida la jerarquía, la aristócrata se dirigió a Benedetta en un tono mucho menos duro y gélido—. Sí, criatura. El vestido le sienta de maravilla, pero no creo que el mérito corresponda por completo a la judía que lo diseñó, si he de ser franca. Es usted bastante... agraciada.

La cortesana hizo una mueca a Benedetta y, aprovechando que la aristócrata se había vuelto para confabular con otras dos señoras de su rango, le susurró al oído:

—Estoy impresionada, querida. A mí nunca me ha hablado así. Creo que a nadie.

«Lo has conseguido», pensó Benedetta, sobresaltada, mirando a la aristócrata, que en ese instante se estaba volviendo de nuevo hacia ella. «El pez ha mordido el

anzuelo».

—Apártate, larguirucha —dijo la aristócrata empujando a la cortesana y dirigiéndose después a Benedetta—: No puedo permitirme ir a una tienducha que está en el mismo centro de la jaula de los judíos. Pero mis amigas y yo pensamos que quizá... —añadió señalando a las mujeres más enjoyadas de la fiesta—, que quizá podrías pedirle a la judía que venga a una de nuestras casas, sin armar mucho barullo, para enseñarnos sus vestidos.

Benedetta asintió con la cabeza. Temblaba de alegría.

—¿Qué le parece? —preguntó la aristócrata mirándola.

—Señora —dijo Benedetta—, no quiero que me repruebe de nuevo por contestarle con una pregunta, pero es inevitable: ¿qué importancia puede tener para usted lo que yo piense?

—Creía que era usted una de las habituales putas del príncipe —dijo la aristócrata—, en cambio, veo que es una joven con la cabeza sobre los hombros, y con sentido común.

Benedetta hizo una profunda reverencia.

—El vestido le sienta de maravilla —afirmó la aristócrata—, incluso cuando se mueve.

Benedetta le sonrió.

—¿Puede mandar a uno de sus... a uno de los criados del príncipe, quiero decir, a la tienda de esa judía? —preguntó la aristócrata—. Prefiero que los míos tampoco se mezclen con esa gente.

—Por supuesto, señora —contestó Benedetta.

—Dígale que venga al palacio Vendramin el lunes de Pascua.

—Como ordene.

—Me hace un favor.

—Es un placer.

La aristócrata hizo amago de marcharse, pero luego se detuvo.

—Espero que comprenda que a usted no puedo invitarla.

Benedetta se sintió humillada. Rabiosa. Pero no lo demostró.

—Por supuesto, señora.

La aristócrata miró de nuevo el vestido.

—Precioso.

—Sí, así es —corroboró Benedetta—. Esa judía me ha embrujado con sus vestidos.

—¿Embrujado? Vaya un término extraño —dijo riéndose la aristócrata.

—¿Usted cree? En cambio, es así. Tengo tres y no logro ponerme ningún otro. —Después, con naturalidad, como si no lo hubiese premeditado, abrió el pliegue del corpiño y mostró una pequeña mancha roja a la aristócrata—. Mire. Es la marca

distintiva. Sangre de enamorados. —Se rio—. Pero, claro está, yo no me lo creo...

La aristócrata no dijo nada, pero se volvió imperceptiblemente hacia un hombre que tenía su misma edad y que en ese momento estaba cortejando a una criadita. Benedetta comprendió la razón de la mirada dura y fría de la noble. Era una mujer engañada. Era una mujer humillada. Era una mujer sola. Una mujer que necesitaba un vestido manchado de sangre de enamorados para entrar en calor y poder esperar.

—Le sentará de maravilla —le susurró Benedetta.

Por un instante, la aristócrata la miró sin su máscara de frialdad. Parecía menos vieja, y mucho más frágil. Llevaba siglos de historia sobre los hombros y unas joyas que valían una fortuna, pero sus sentimientos no se diferenciaban mucho de los de cualquier mujer corriente. Tenía la altanería de los que se creen superiores, pero las mismas debilidades de una niña crecida en las fosas comunes. Sin embargo, un instante después, volvió a ser la mujer mundana a la que las miserias humanas no podían rozar.

Cuando la fiesta estaba en pleno apogeo el príncipe se aproximó a Benedetta y la invitó a bailar. La joven se levantó y los dos se dirigieron al centro del salón. Todos los miraban en silencio.

Benedetta se llevó una mano al escote, abrió la boca y se puso morada. Unos segundos más tarde yacía en el suelo, desmayada. Antes de volver en sí, mientras un médico le practicaba los primeros auxilios, empezó a temblar y a delirar.

—El alma... me está robando... el alma... me ahogo... quitadme el vestido... me ahogo... el vestido... el vestido...

La llevaron a una habitación. Dos criadas la desnudaron.

Cuando el médico entró en el dormitorio, Benedetta se había repuesto.

—Me he quitado el vestido y se me ha pasado todo, doctor —dijo.

—Quizá sea demasiado ceñido —aventuró el médico.

—Quizá... —contestó Benedetta—. Qué extraño, sin embargo... era como...

—¿Como qué? —preguntó el médico.

—Como si el vestido me... no, es una tontería. Debo de haberme sugestionado.

—Se rio—. Imagínese si un vestido puede robarnos el alma.

El médico se rio con ella.

Pero las dos criadas, que tenían el vestido en la mano, lo dejaron de inmediato en una silla y se marcharon.

El lunes siguiente, mientras Benedetta pasaba por delante del palacio Vendramin, la aristócrata salió de él con sus amigas. Benedetta la saludó con suma discreción y le preguntó cómo había ido el desfile de modelos con la judía.

—Esa joven tiene talento, tenía usted razón —afirmó la aristócrata alegremente—. Le hemos encargado varios vestidos. ¿Sabía usted que su tienda se llama Psique?

—No —mintió Benedetta—. Alma... qué nombre tan raro.

—Psique y Amor —dijo la aristócrata—. Y sangre de enamorados. —Se rio—. Menuda estupidez.

—Sí, menuda estupidez —repitió Benedetta.

La aristócrata notó que Benedetta llevaba el mismo vestido de la noche de la fiesta.

—Mi querida muchacha, no se ponga siempre el mismo vestido, acepte mi consejo —le dijo.

—Tiene razón, señora —dijo Benedetta cabeceando—. Pero no puedo evitarlo. No tengo otro que me satisfaga tanto. Ya se lo dije... esa judía me ha embrujado. —Sonrió.

—Es la segunda vez que emplea esa palabra, muchacha —dijo la aristócrata—. Es un término... comprometedor. Sobre todo porque usted alberga en su casa... mejor dicho, en la del príncipe, al Santo. Tenga cuidado, podría asarla —concluyó riéndose también.

—No me lo volveré a poner, se lo prometo —dijo Benedetta risueña. Tras hacer una reverencia se alejó.

Pero apenas había dado unos pasos se desplomó al suelo gritando y agitándose como una obsesa.

Instintivamente, la aristócrata y sus amigas se alejaron de ella. Pero luego la aristócrata se detuvo y miró a Benedetta.

Benedetta yacía en el suelo y se había llevado las manos al escote. Tenía la cara encendida y los ojos desmesuradamente abiertos, y gritaba frases inconexas.

—¡No! No me cogerás... ¡Ayudadme! Me quema... quitadme... quitadme el vestido... ¡Me quemo! Me quemo... Os lo ruego... ¡No! ¡No!

Acto seguido, mientras la gente se apiñaba en medio del *campo* y la miraba sin intervenir, Benedetta se arrancó el vestido por delante dejando el pecho al aire.

—¡Dios mío! —exclamó la aristócrata.

—¡Socorro! —gritaba Benedetta arrancándose el resto del vestido, víctima de convulsiones. Se levantó la falda y mostró las piernas, el pubis y las nalgas—. ¡Me quemo! ¡Estoy ardiendo!

Al final, justo cuando la aristócrata y sus amigas se disponían a intervenir llamando a sus criados y al portero del palacio para que la socorriesen, Benedetta se puso de rodillas y haciendo un último y doloroso esfuerzo, se quitó por completo el vestido y se quedó desnuda.

—¡Mirad! —exclamó una mujer—. Está llena de llagas. ¡Se ha quemado!

Todos vieron que Benedetta tenía la espalda morada, cubierta de unas pústulas acuosas.

—¡Llévala dentro! —ordenó la aristócrata a sus criados.

Benedetta se volvió a mirarla con los ojos ofuscados por el dolor.

—No... estoy bien... ahora estoy bien... —dijo antes de desmayarse y caer de nuevo al suelo. En ese momento le salió un grumo de sangre por la boca.

Un murmullo se elevó de la multitud. La aristócrata se tapó los ojos.

Los criados del palacio Vendramin la levantaron.

El vestido roto estaba en el suelo, sucio de barro. Una mujer se inclinó hacia el vestido y cogió algo que sobresalía de un pliegue. Se lo enseñó a la gente que la rodeaba. Era la pluma de un cuervo con una aguja retorcida en la base y una mancha de sangre en lo alto.

—¡Sortilegio! —gritó—. ¡Es un hechizo, pobre muchacha!

La muchedumbre murmuró. Una vieja se alejó apretando el paso y haciéndose continuamente la señal de la cruz.

—¡Memeces! ¡Supersticiones! —le reprochó la aristócrata. Aun así, miró el vestido que estaba en el suelo y no lo cogió. Luego entró a toda prisa en su palacio.

A cierta distancia, en el pequeño canal lateral, la barca que recogía la basura avanzaba lentamente. En la popa llevaba el cesto grande de los excrementos. En la proa el de los restantes residuos. Valiéndose de una cuerda, varios vecinos bajaban de sus casas unos cubos llenos de restos malolientes. A menudo, cuando la barca no pasaba, los cubos acababan directamente en el agua del canal aupándola y flotando en ella durante varios días. Un tropel de gaviotas revoloteaba en el aire cortejando la basura. La caja armónica que formaban los palacios, apretados alrededor del canal, amplificaba el sonido, semejante a una lúgubre risotada.

—Brujería... —murmuraba la gente asustada en el *campo*.

Giuditta miraba por la ventana que daba al campo, hacia el río de San Girolamo. Isacco dormía en su habitación. Se le oía roncar desde allí. Giuditta, en cambio, no dormía. Espiaba a la gente que entraba en el gueto buscando a Mercurio, con la esperanza de verlo esa noche.

Pero el portón estaba desierto. Los dos guardias holgazaneaban aburridos aguardando el último toque de la Marangona para cerrar.

Giuditta vio que Lanzafame salía de la garita. Había visto que estaba herido. Aún iba vendado. Su padre lo medicaba a diario, pero no le había explicado nada. Pero, sobre todo, Giuditta notaba también que no se tambaleaba, que no estaba borracho.

La Marangona sonó y los dos guardias se desentumecieron.

—¡Cierra! —ordenó Lanzafame.

—¡Cerrado! —se oyó responder desde el otro portón, el que daba al Ghetto Vecchio, cerca de Cannaregio.

Los guardias de San Girolamo empezaron a empujar las dos puertas.

Giuditta miró hacia el muelle de los Ormesini confiando en ver llegar a Mercurio disfrazado de judío. Pero el muelle también estaba desierto. En la media hora anterior Giuditta había visto entrar al relojero Leibowitz, a dos viejas lavanderas, a un hombretón manchado de sangre, que debía de ser un matarife ritual *kosher*, y a una joven con una bala de paja en la cabeza, envuelta en una tela blanca, atada como un pañuelo por las cuatro puntas, cruzadas entre ellas. Y luego a un joven delgado y sucio, sin una pierna, que caminaba a duras penas apoyándose en dos muletas. Giuditta se había sobresaltado. Podía tratarse de Mercurio. Pero luego el joven había desaparecido en lugar de rascar la puerta de su casa, como habían acordado.

Las dos hojas del portón que daba al río de San Girolamo chocaron una contra otra, encajando y produciendo una vibración grave y sombría. Se oyó pasar la cadena por las guías de hierro.

—¡Cerrado! —gritaron los guardias.

Lanzafame entró de nuevo en la garita.

Giuditta permaneció en la ventana con la cabeza apoyada en el cristal frío. Mercurio no iría esa noche.

Empezó a preparar la cama con indolencia. Pero, después, alargando el oído, oyó unos pasos en la escalera.

Sonrió y se precipitó a la puerta. Abrió antes de oír la señal convenida. El corazón se le salía del pecho.

Pero, en lugar de Mercurio, vio a una joven. La misma que llevaba la bala de heno, pensó, porque aún tenía varias briznas de paja en su melena clara.

—Oh... perdona —dijo alicaída Giuditta, e hizo ademán de cerrar la puerta.

La muchacha alzó la mirada.

—Espera. ¿Te puedo dar un beso antes? —dijo.

Giuditta retrocedió instintivamente, luego se echó a reír: —¡Idiota!

Mercurio se llevó un dedo a los labios, los ojos le resplandecían de alegría.

—Silencio... ¿Quieres despertar a todos?

Giuditta se arrojó en sus brazos.

—Qué guapa eres —le susurró Mercurio al oído sin dejar de reírse—. Ven —dijo apretándole una mano.

—Espera —contestó Giuditta. Entró en la casa, cogió la manta de la cama y entornó la puerta.

Después, en silencio, pero explorando con manos impacientes sus cuerpos, subieron a la azotea del edificio. Salieron y se metieron en un cobertizo de ladrillos y madera. Apestaba a excrementos de pájaro.

—Buenas noches, chicas —dijo Giuditta al entrar.

Varias palomas adormecidas y alineadas sobre un palo de madera respondieron emitiendo un leve sonido.

—Mira —dijo Mercurio.

Giuditta vio un pequeño fuego que ardía en el centro de la habitación. En un rincón, la paja que había transportado hasta el gueto, cubierta con la tela con la que la había envuelto, se había transformado en un jergón.

—¡Vaya lujo! —exclamó.

—Eso no es todo —dijo Mercurio tendiéndole un dulce acaramelado recubierto de avellanas troceadas y relleno de miel.

—Por eso te quiero —suspiró Giuditta. Cogió un borde del vestido de Mercurio y lo agitó riéndose—. No por tu virilidad, desde luego.

—Imagina lo que dirían si nos descubrieran. —Mercurio se rio—. Dos chicas en un palomar.

—Y una cristiana, por si fuera poco —añadió Giuditta jovial.

—Soy judía —dijo Mercurio fingiendo irritación—. Tengo el gorro. —Lo sacó del bolsillo y se lo encasquetó.

—Pero... —Giuditta estaba atónita—. ¡Es uno de los míos!

—Lo he comprado hoy. Ni siquiera te has dado cuenta que he entrado en la tienda. Estabas demasiado ocupada intentando hacer entrar a una gorda que lucía un vestido horrendo.

—Era un vestido precioso, pero la gorda... —Giuditta se calló y miró a Mercurio con aire serio—. Me habría gustado verte.

—Yo, en cambio, me divertí espiándote.

—Antipático..., mejor dicho, niña antipática.

—A propósito —dijo Mercurio—, déjame ver si ahí abajo somos dos chicas

iguales. —Deslizó una mano bajo la falda de Giuditta.

Giuditta dejó de reírse y metió las manos bajo la de Mercurio.

Luego rodaron por el jergón de paja y aplastaron con sus cuerpos el dulce caramelizado. Se fundieron el uno en el otro, como sucedía desde hacía ya varios días, cada vez que podían.

Cuando se sintieron saciados, Giuditta se pegó al cuerpo de él, acurrucándose en su abrazo, acogedor y cálido. Le acarició la espalda desnuda, le pasó el dedo entre los omóplatos y luego descendió hasta las caderas, donde se había aferrado con pasión hacía tan solo un instante, mientras él la penetraba.

—Hueles bien —le dijo hundiendo la nariz en su pecho—. Y oigo latir tu corazón... —Alzó los ojos. Lo miró, se ruborizó, bajó de nuevo la cabeza y apoyó la oreja en su corazón—. Por mí.

—Por ti —repitió Mercurio en voz baja.

Permanecieron abrazados. Fuera, la noche apenas clareaba.

—Todos hablan de ti en Venecia —dijo Mercurio—. Te estás haciendo famosa y, supongo, rica.

—¡Tengo en la mente mil modelos! —susurró excitada Giuditta—. ¡Será una gran aventura!

Mercurio la escuchaba sonriendo. Besó sus labios carnosos. Giuditta se desasíó de él.

—¿Me escuchas? —preguntó.

—Un poco... —contestó Mercurio.

—¿Solo un poco?

—Eres demasiado guapa. No logro concentrarme.

Giuditta esbozó una sonrisa.

—Mi padre no tardará en levantarse —dijo.

—Bueno, así podré darle los buenos días —comentó Mercurio.

Giuditta se volvió a reír.

—Tengo que vestirme.

—No, espera un poco. Déjame tocar tu piel otra vez.

Pasó las manos por el cuerpo de ella, que se arqueaba respondiendo a sus caricias.

—Tengo que marcharme... —susurró Giuditta.

—Es pronto. El gallo aún no ha cantado —observó Mercurio.

—En el gueto no hay gallos. —Giuditta soltó una risita.

—Mentirosa.

Giuditta lo apartó con un empujón, sonriendo.

—Quédate un poco más —dijo Mercurio tirando de ella.

—Es una locura...

—Sí —asintió Mercurio risueño.

Giuditta lo abrazó y apoyó la cabeza en el pecho de él.

—He intentado hablar con tu padre —murmuró Mercurio.

Giuditta se tensó.

—No soy su tipo —bromeó Mercurio, pero su voz sonaba pesarosa—. Nunca me aceptará, ¿verdad?

—No es extraño —contestó Giuditta—. Él es judío, y tú, cristiano.

—¿Y eso qué más da?

—¿Cómo es posible que no lo entiendas? —preguntó Giuditta—. A ti te parece todo fácil. No estás encerrado en una jaula de fieras. No debes ponerte un gorro amarillo para que todos sepan que no eres como ellos. ¡Eres libre!

—En ese caso, ¡libérate tú también!

—¿Cómo?

—¡Conviértete!

—¿Traicionar a mi gente? ¿Traicionar a mi padre? —La voz de Giuditta revelaba todo el peso de su condena, de su batalla, de su desesperación—. ¿Es eso lo que me estás pidiendo? ¿Qué me corte un brazo, un pedazo de corazón, media cabeza? ¿Qué quieres que me corte?

Mercurio sintió que las lágrimas se le saltaban a los ojos. Sintió que un dolor sin fondo lo aspiraba, que se le abría en el pecho.

—¿Cómo puedes...? —dijo Giuditta de golpe, pero se detuvo. Sintió también que los ojos se le empañaban. Calló—. ¿Qué debería hacer, en tu opinión? ¿Ponerme de parte de los que encierran a mi gente en una jaula, como dices tú, todas las noches? ¿O gritar por las calles de Venecia con ese Santo de pega que mi gente está al servicio de Satanás? Que roba y degüella niños inocentes para verter su sangre durante los rituales mágicos. Nosotros no tenemos nada, exceptuando la condena de ser judíos. Pero si renuncio también a ella, luego... ¿quién seré?

Mercurio exhaló un suspiro.

—De manera que mi condena será tenerte... sin tenerte. Ser tuyo... sin serlo.

Giuditta escondió la cara en su tórax, se pegó a su pecho en un abrazo desesperado, tratando de ahogar los pensamientos y el dolor.

Mercurio la apartó. Con delicadeza, pero resuelto. La miró.

—Déjame estar contigo... —susurró Giuditta.

—¿Cuánto? —respondió Mercurio con la voz quebrada por la emoción—. ¿Hasta el amanecer? ¿Teniendo que susurrar que te quiero porque no puedo decirlo en voz alta?

—¿Crees que a mí no me resulta también insoportable? —Giuditta lo abrazó de nuevo.

—Sí... —murmuró Mercurio—. Sí, amor mío...

Giuditta lo miró.

—¿Entonces...?

—Estoy dispuesto a convertirme al judaísmo —le dijo Mercurio—. Pero ¿tu padre me aceptará después?

Giuditta sintió una punzada desgarradora en el corazón.

—Los cristianos no te lo permitirán.

—¿Tu padre me aceptaría después? —repitió Mercurio—. ¿Y tú? ¿Estarías dispuesta a ser mía? Me da igual lo que piensen los cristianos.

—Te quemarán en la hoguera —dijo Giuditta.

—Pero ¿tú serías mía? Contesta.

—Yo soy ya tuya...

—No. ¡No lo eres!

Giuditta bajó la mirada.

—Soy un estafador, Giuditta. Encontraré la manera de ser judío sin que los cristianos me quemen. Pero, luego, ¿tú serás mía?

Giuditta sentía que Mercurio estaba dispuesto a sacrificar su vida por amor a ella.

—Tengo un barco —prosiguió Mercurio—. Un barco de verdad. Y un trabajo que me permitirá sacarlo de nuevo al mar. Cuando lo consiga vendré a buscarte y te llevaré lejos de aquí.

—¿Adónde?

—A un lugar libre, Giuditta. Libre. Donde no haya ni judíos ni cristianos, sino solo personas —dijo Mercurio casi con rabia.

—¿Cómo puedes hablar siempre de libertad y no comprender que yo quiero ser una judía libre? —preguntó Giuditta con voz cansada.

Mercurio se incorporó de golpe apoyándose en un codo.

—Pero es... —Se interrumpió.

—¿Qué? —Giuditta lo retaba con la mirada—. ¿Imposible?

Mercurio bajó los ojos y se tumbó dándole la espalda.

Giuditta se echó a su lado y lo abrazó por detrás. Una oscura desesperación cortó las alas a la esperanza. Pensó que su amor no sobreviviría, porque pertenecían a dos mundos que solo se podían rozar. Pensó que no lo conseguirían.

—No puedes entenderlo. Naciste libre —dijo—. Yo no. Yo pertenezco al pueblo de los gorros amarillos...

Permanecieron inmóviles y en silencio. Al final, Giuditta dijo: —Tengo que marcharme.

Mercurio le cogió una mano y la extendió delante de él.

—Tú te miras las manos y dices: «Se parecen a las de mi padre. Tengo sus mismas manos. Soy suya». O tu padre te cuenta que tienes las manos de tu madre y tú dices: «Soy igual que mi madre. Soy suya». —Mercurio hablaba en voz baja, acariciando los finos dedos de Giuditta. Se volvió. Sus ojos estaban preñados de

dolor. Pero no de rabia. Siguió las facciones de Giuditta con la yema del índice—. Y te dicen que tienes los labios de tu abuela y los ojos de tu abuelo. Formas parte de algo. Lo sabes porque tienes sus manos, sus ojos, sus labios, su pelo..., hasta un defecto en la manera de hablar te dice que formas parte de ellos. —Mercurio se detuvo un instante—. Yo, en cambio, nunca he sabido si tenía las manos de mi padre o las de mi madre. Quizá por ese motivo no entiendo por qué el hecho de ser judíos o cristianos es tan importante... Porque yo no soy de nadie. Perdóname.

Giuditta sollozó de repente. Tan fuerte que tuvo que hundir la cabeza en la paja para que no la oyeran en todo el edificio. Cuando se repuso abrazó a Mercurio con todas sus fuerzas, anclándose a su espalda con las uñas, y lo besó con una pasión arrebatadora. Y lo acogió en su interior. Con furia.

Cuando Giuditta bajó a su casa, Isacco se acababa de levantar.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, desconfiado.

—En la azotea...

—¿Y qué hacías allí?

Giuditta miró por la ventana y vio que Mercurio, vestido de chica, se acercaba al portón, que estaban abriendo en ese preciso momento. Aún sentía el calor de su cuerpo. Sentía que su semen le había dejado pegajoso el interior de los muslos. Sentía el deseo insaciable.

—Quería ver si arriba amanece antes.

—¿Por qué?

Giuditta vio que Mercurio, antes de mezclarse con la gente que había en el muelle de los Ormesini, se volvía hacia la ventana, pese a que no podía verla desde allí. Pero él, en su corazón, en ese corazón tan grande y generoso, pensó Giuditta, sabía que ella estaba mirándolo. Porque él habría hecho lo mismo.

—Porque el alba significa que somos libres. Durante otro día. Solo hasta la noche, pero libres.

Isacco cabeceó. Apretó los labios. Dio un puñetazo a la pared encalada.

—¿Tanto te pesa?

Giuditta se apartó de la ventana. Mercurio había desaparecido. Miró a su padre.

—¿A ti no?

Isacco suspiró. Sostuvo solo un instante la mirada de su hija, luego se volvió fingiendo que trajinaba con algo que había sobre la mesa.

—A mí me pesa doblemente —dijo—. Porque fui yo el que te traje aquí.

Giuditta comprendió en ese momento el sentimiento de culpa que atenazaba a su padre. Nunca lo había pensado.

—Me alegro de que me trajeras a Venecia —dijo.

—¿Por ese estaf... —Isacco se mordió la lengua—... por ese muchacho? —Se volvió a mirar a su hija.

Giuditta no contestó.

Isacco no apartaba los ojos de ella.

—¿Me consideras un mal padre? —le preguntó con dignidad—. ¿Crees que tu madre se hubiese comportado de otra forma?

Giuditta negó con la cabeza.

—No conocí a mi madre. ¿Cómo puedo contestarte?

Isacco exhaló un suspiro.

—Me gustaría que estuviese aquí —murmuró.

—¿Para sacarte las castañas del fuego? —Giuditta sonrió.

Isacco le devolvió la sonrisa.

—También. —Pero su mirada era distante y su expresión melancólica—. La añoro. Inmensamente. No he vuelto a sentirme entero desde que murió.

—Mientras me daba a luz —añadió Giuditta con pesar.

Isacco la miró volviendo al presente.

—Ya es hora de que te liberes de ese espectro. Es una invención de tu mente. Como la piedra que llevas en el bolsillo. Tírala, no la necesitas.

Giuditta sintió que las lágrimas se le saltaban a los ojos.

—Somos capaces de aferrarnos incluso al horror con tal de no cambiar —le dijo Isacco—. ¿Sabes cuál es uno de los puntos fuertes de las estafas? —Sonrió—. No debería hablar de eso, dado que ese... ya sabes quién. Pero bueno, si sabes que tu víctima tiene una costumbre, aprovéchate de ella, porque a buen seguro respetará lo que está habituado a hacer. Sin importar que, de esa forma, se ahorque con sus propias manos.

Giuditta sonrió.

—Lo intentaré...

—Pero solo has respondido a una de mis preguntas —dijo Isacco—. ¿Crees que soy un mal padre?

—No.

—¿Qué debo hacer, Giuditta? —preguntó Isacco acercándose a ella.

Giuditta se apartó sin responder y se dirigió al fuego.

—Te prepararé el desayuno —dijo—. Siéntate.

Isacco tomó asiento a un extremo de la mesa.

—¿Qué le ha ocurrido al capitán? —le preguntó Giuditta poniendo la olla del caldo en el fuego.

—Nada —contestó Isacco jugueteando con el cuenco de madera.

Giuditta removió el caldo con un cucharón hasta que se calentó sin decir palabra. Después cortó el pan y lo untó con mantequilla. Llenó el cuenco de su padre de caldo. Puso el pan con mantequilla en un plato y se lo puso bruscamente delante.

—¿De verdad quieres saber lo que debes hacer? —le preguntó de improviso con agresividad—. Me has preguntado qué debes hacer. ¿De verdad quieres una respuesta?

—Sí.

—Tienes que hablarme como se habla a una mujer —dijo Giuditta—. No soy una niña. Soy una mujer.

—Pero yo te hablo como a una muj...

—¿Qué le ha ocurrido al capitán Lanzafame? —lo interrumpió Giuditta.

—Tenemos problemas... en el Castelletto...

—¿Qué tipo de problemas?

Isacco agitó una mano en el aire como si pretendiese quitar hierro al asunto.

—No es nada...

Giuditta se volvió de golpe.

—Cuando acabes de comer echa las cosas al fregadero. —Se encaminó hacia la puerta—. Tengo que hacer la colada.

—Giuditta...

—Con todo respeto, padre... —dijo Giuditta saliendo de casa sin volverse—, vete al infierno.

Isacco mojó el pan en el caldo y lo mordió furioso.

—¡Maldición! —exclamó.

Acto seguido se vistió y salió, de pésimo humor, caminando a paso rápido con el capitán Lanzafame que, en cambio, estaba radiante.

—He decidido no beber hoy tampoco —dijo Lanzafame.

—Mejor para usted.

—Pero mañana, no sé. —Lanzafame se rio.

—Bueno.

—El tuyo es un buen método —prosiguió el capitán—. ¿Sabes qué me has recordado?

—No.

—Cuando era niño mi padre iba a una taberna donde había escrito: «Mañana se presta». —Se rio de buena gana—. Todos los días pensaba que al día siguiente iríamos a esa taberna y mi padre bebería vino sin pagarlo. En cambio, todos los días el cartel decía: «Mañana...». —Soltó una carcajada—. ¿Lo ha entendido, doctor?

—Sí.

—Era siempre mañana y nunca hoy —explicó Lanzafame sin dejar de reírse—. Como tu método.

—Sí, divertido.

—Demonios, Isacco, eres un amigo muy divertido —soltó Lanzafame—. ¡Cómo nos reímos juntos, coño!

Isacco esbozó una sonrisa.

—Yo odio a las mujeres.

—¿Te estás volviendo sodomita?

—Odio a Giuditta en particular.

—¿Por qué?

—Porque me hace quedar siempre como un imbécil.

—¿Y qué lección sacas de eso?

—¿Qué lección debería sacar?

—¡Pues que eres realmente un gran imbécil! —se rio Lanzafame mientras entraba en la torre de los arrendajos.

Subieron al quinto piso y se separaron. Lanzafame fue a ver a Serravalle para informarse de los turnos de vigilancia. Isacco, en cambio, fue antes de nada a la habitación donde habían metido a Cardinale después de que los hombres de Scarabello la acuchillasen. La puta estaba ya sentada y pateaba.

—¿No puedes quedarte al menos hoy en la cama? —preguntó Isacco después de haber examinado las heridas.

—No, hay mucho que hacer —contestó Cardinale, pero miraba inquieta de derecha a izquierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Isacco exhalando un suspiro—. ¿Cuál es la verdadera razón de que no quieras guardar cama?

—Bocca ha muerto esta noche —contestó Cardinale.

Con Bocca eran ya veintisiete las fulanas muertas. En cada habitación del quinto piso se amontonaban entre ocho y diez prostitutas enfermas. La epidemia no se detenía. La velocidad a la que se expandía era impresionante. Isacco había hecho correr la voz entre todas las prostitutas del Castelletto y también entre las del pequeño núcleo de Ca' Rampana pidiéndoles que se asegurasen de que sus clientes no tenían llagas en el cuerpo, sobre todo en el pene. Pero no era fácil advertir e instruir a casi once mil prostitutas. Y muchas de estas, pese a haber sido avisadas, llevaban una vida tan miserable que no estaban en condiciones de rechazar a un cliente cuando se les presentaba. Así pues, el ciclo de la enfermedad no se detenía.

—Lo siento —dijo Isacco.

Con todo, el clima de solidaridad que se había creado en la torre de los arrendajos era maravilloso. Muchas prostitutas sanas ayudaban a sus colegas enfermas durante las pausas de trabajo, limpiaban el suelo y les llevaban comida y bebida. Pero, por encima de todo, les ofrecían chismes, charla, alegría que mantenían alta la moral. Cuando menos, hasta que una de ellas moría.

—Bocca era una gran puta —dijo Cardinale— y no quiero perderme su funeral.

El cuerpo se envolvía en una tela blanca y los funcionarios de la Serenísima se lo llevaban. Se había decretado que los cadáveres infectados fueran quemados. Cada vez Isacco asistía conmovido a la procesión de prostitutas que seguían el cuerpo hasta el lugar en que este era incinerado desafiando a la ley que les prohibía circular libremente por las calles de Venecia, exceptuando el sábado. No obstante, pese a que en un principio las autoridades de la República habían intentado que respetasen la disposición, nunca les habían obligado a retroceder. Las autoridades habían tenido la flexibilidad suficiente para comprender que no debían obstinarse frente a ese sincero dolor corporativo. Tras dar el último adiós a sus compañeras las prostitutas regresaban al Castelletto sin entrar en las fondas o en las tabernas, y sin cazar ningún cliente.

Isacco se dirigió a las dos últimas habitaciones, donde se encontraban las

prostitutas que habían mejorado. Cuando entró las mujeres lo aplaudieron. Isacco les respondió haciendo una alegre reverencia. No debía privarles de la esperanza de que su mejoría obedecía a sus curas, pese a que sabía de sobra cuál era la auténtica razón. Lo único que lograba descifrar era un periodo que oscilaba entre los veintiún días y poco más, como en el caso de Repubblica, y que marcaba el débil confín entre la muerte y el lento retroceso de la enfermedad. Cada vez que fingía aceptar las felicitaciones por una curación se sentía sucio, si bien era consciente de que debía hacerlo. Por primera vez, él, que había vivido estafando, se avergonzaba de un engaño que obedecía a un buen fin.

Su mirada se cruzó con la de Donnola. Le sonrió y su ayudante asintió con la cabeza, contento. Gracias a él podía practicar la medicina en Venecia. Se le acercó.

—Estás pálido —le dijo—. Ve a descansar.

—No... Quien tiene tiempo que no lo pierda, como decía mi abuela —contestó Donnola.

—¿Cómo es posible que hayas conocido a tu abuela si ni siquiera sabes quién era tu madre? —dijo una prostituta.

Sus compañeras se rieron.

También Donnola. Luego se puso a recoger las vendas sucias y las metió en un saco.

—Voy a quemarlas —dijo en voz alta para que lo oyeran.

Isacco asintió con la cabeza, con aire serio. Mientras veía salir a su ayudante con el saco al hombro pensó que ese era el segundo enredo que había organizado, porque, en realidad, Donnola no quemaba las vendas. No tenían bastante dinero para comprar todas las que necesitaban. Lo que hacían era llevárselas a una mujer que las lavaba con lejía y a continuación las hervía en un gran caldero con hierbas de boj y plata coloidal.

—Repubblica —dijo Isacco solemnemente—, tú que eres la veterana y la primera que te curaste, asegúrate de que todo va como se debe en la habitación blanca. —Así habían llamado a la habitación a la que tenían acceso las prostitutas que se consideraban fuera de peligro. Salió y se acercó a la barandilla que había en lo alto de la escalera. Vio a Donnola charlando con dos de los soldados de la guardia.

—¿No eras tú el que dijo: «Quien tenga tiempo que no lo pierda»? —preguntó Isacco.

—¿Y no fue usted el que dijo: «Ve a reposar un poco»? —contestó Donnola.

—Yo bromeaba —dijo Isacco.

—Yo también, doctor —dijo Isacco—. De acuerdo, voy. —Fingió que refunfuñaba y bajó la escalera con indolencia, pero, antes de llegar a la mitad de la primera rampa, se paró y balbuceó—. Sca... Scarabello...

Apenas oyó pronunciar el nombre, el capitán Lanzafame bajó corriendo la

escalera seguido de dos soldados que empuñaban sus armas. Isacco los imitó, alarmado.

—Aquí tenemos al comité de bienvenida. —Scarabello sonrió, en apariencia despreocupado, enfrentándose a las armas de los soldados.

—¿Qué quieres? —le preguntó Lanzafame.

—Me he enterado de que el otro día se produjo una pequeña riña —dijo Scarabello sonriendo suavemente.

Las prostitutas y sus clientes empezaron a rodearlo, curiosos.

Scarabello se movía a sus anchas, como un consumado actor.

—Mis hombres debieron de tomar demasiado en serio mis palabras cuando dije que quería recuperar el quinto piso —dijo, sin dejar de sonreír. Miró a Isacco—. Creo que ha llegado el momento de que nos comportemos como caballeros y de que negociemos una solución que nos convenga a los dos, ¿qué le parece?

—Pienso que deberías irte a tomar por culo —gruñó Lanzafame.

—Es evidente que no está hecho para la carrera diplomática, capitán —bromeó Scarabello.

—¿No te ha bastado perder a tus hombres? ¿No has entendido que somos soldados y no juglares? —Lanzafame aferró a Scarabello por el cuello. La venda que llevaba al hombro se manchó de rojo.

Scarabello no se inmutó. Se limitó a palmetear con delicadeza el hombro del capitán, donde había empezado a sangrar.

—Quizá debería agitarse menos. ¿No es cierto, doctor? —añadió dirigiéndose a Isacco.

—Vete, no quiero verte por aquí —gruñó Lanzafame.

—Baje esas manos —dijo Scarabello sin dejar de sonreír, pero su tono había perdido jovialidad.

Lanzafame le dio un puñetazo en la boca.

—¡Vete, gusano!

Scarabello encajó el golpe sin recular. Se lamió el labio roto con un gesto sensual.

Lanzafame perdió entonces los estribos. Se abalanzó sobre él con todas sus fuerzas. Lo golpeó con las manos, y luego, cuando lo tiró al suelo, lo pateó. Si sus hombres no se lo hubiesen impedido lo habría matado, desde luego.

Scarabello se levantó sangrando. Se ajustó la camisa negra. Vio que estaba rota. Se atusó el pelo. Dirigió al capitán una mirada gélida y cortante. Después echó una ojeada a la barandilla de la torre de los arrendajos. Las prostitutas contenían el aliento, como si estuvieran en el teatro.

—¡Podíamos haber encontrado una solución! —gritó de improviso Scarabello con los brazos abiertos y girando sobre sí mismo. Se acercó a Lanzafame. Le habló en voz baja, silbante, mientras la sangre se le coagulaba en los labios y se mezclaba con

la saliva—. Pero tú has querido humillarme. Puede que seas un buen soldado, pero serías un pésimo general. Me has puesto entre la espada y la pared y esa no es una buena táctica. —Dio un paso hacia atrás mirando de nuevo a su público—. Si cedo ahora perderé la dignidad y cualquiera de estas putas creerá que puede avasallarme. O quizá lo piense uno de sus clientes. O un niño que acaba de comprar una navaja. ¿Entiendes lo que has hecho? Si te permito que hagas lo que quieras tendré que combatir un sinfín de batallas. —Respiró y gritó—: ¡Así que será una sola guerra!

Lanzafame le saltó de nuevo al cuello, pero Scarabello no se calló.

—No tardarás en descubrir que esta es una guerra muy diferente de las payasadas por las que sueles pelear. La gente como yo considera que la guerra es una cosa seria. ¡Sin reglas! ¡Sin excluir ningún golpe!

Lanzafame lo empujó.

—Te crees un veterano —dijo Scarabello—, pero no tardarás en descubrir que eres un simple novato. —Hizo una marcada reverencia y se encaminó hacia la escalera.

—¡No vuelvas a aparecer por aquí, gusano! —le gritó Lanzafame.

—Puedes estar seguro —dijo Scarabello sin volverse. Se rio quedamente, sin exagerar, como si se estuviese divirtiendo de verdad, y luego desapareció por la escalera.

—Redobla la vigilancia —ordenó Lanzafame a Serravalle.

Donnola miró a Isacco, le hizo un gesto con la cabeza y se volvió a echar al hombro el saco de las vendas sucias.

Isacco sintió un escalofrío en la espalda. Una especie de presentimiento. Habría preferido que se quedase allí, pero necesitaban más vendas. Respondió al ademán de Donnola. Luego lo miró mientras se alejaba y pensó que lo quería.

A Donnola le flaqueaban las piernas. Hacía ya varios días que exigía a su organismo más de lo que este le podía dar. Pero sabía que eran los últimos días. Luego ya no podría ayudar al doctor, era inevitable. Pero no le había dicho nada. Ni siquiera él sabía por qué. Quizá porque se avergonzaba, se había dicho. De hecho, lo primero que había sentido al descubrir, hacía varias mañanas, una llaga en su cuerpo había sido vergüenza. Al principio se había dicho que debía de ser una irritación pasajera, pero al día siguiente la llaga seguía allí. Es más, había aumentado de tamaño. Y él conocía ya bien esas llagas. Las veía a diario. Las limpiaba, las curaba. Era el mal francés.

—Veamos, Donnola, ¿qué te parece si retomamos nuestra charla? —dijo una voz a su espalda mientras caminaba hacia la barca en Riva del Vin.

Donnola sintió que la sangre se le helaba en las venas. No tuvo que volverse para saber que era Scarabello. Una mano fuerte le aferró el cuello. Donnola se encogió.

—¿Te apetece dar un paseo con nosotros? —le preguntó Scarabello.

El tuerto y otro de los hombres de Scarabello cogieron a Donnola por los brazos y lo forzaron a andar.

—Tengo..., tengo que entregar esto... —balbuceó Donnola enseñándoles el saco. Scarabello se lo arrancó de la mano y lo tiró en medio de la calle.

—Ya está. Entregado.

Mientras se alejaban unos niños se pusieron a hurgar en el saco, cogieron las vendas infectadas y empezaron a perseguirse desenrollándolas como si fueran banderas.

—Scarabello, por favor... —lloriqueó Donnola.

—¿Por favor, qué?

—No estoy haciendo nada malo...

—Puede que sea así, Donnola. Puede que sea así —dijo Scarabello en tono comprensivo, acariciándole la calva—. Pero necesito un ejemplo. Comprendes, ¿verdad?

—Te lo ruego...

—Lo siento, Donnola —dijo Scarabello, serio—. Has visto lo que me han hecho. Mira mi cara. Intenta entenderlo. —A continuación hizo un ademán a sus hombres, que llevaron a empujones a Donnola detrás de la iglesia de San Giacomo. Cuando llegaron a las obras de las Fabbriche Vecchie se metieron en una zona desierta. Una vez allí se detuvieron y Scarabello desenfundó su largo cuchillo—. Lo siento —repitió.

Donnola miró a Scarabello, que se acercaba a él con el cuchillo en un costado. Durante toda su vida había tenido miedo de todo, pese a que había estado en la guerra. Pero en ese momento, de improvviso, cuando estaba a punto de abandonar el mundo, dejó de sentir temor. Y entendió por qué ya no le asustaba morir: porque, desde hacía varios días, la llaga lo había ayudado a acostumbrarse a la idea. Aunque eso no era todo. «Gracias, Señor», pensó. «No había entendido que me estabas haciendo un regalo maravilloso». Miró a Scarabello, quien se encontraba ya a un paso de él. Miró su rostro tumefacto, el labio roto por el puñetazo del capitán Lanzafame. Vio la herida y la sangre, que empezaba a coagularse. Sonrió y se metió una mano en los calzones. Se clavó las uñas en la llaga y la rompió. Sintió un dolor lacerante, pero no se detuvo.

—¿Qué haces, idiota? —preguntó Scarabello alzando el puñal.

Donnola sacó la mano. Tenía los dedos manchados con la sangre infectada. Se abalanzó contra Scarabello al mismo tiempo que el puñal se clavaba en uno de sus costados, a la altura del hígado, y le cortaba la respiración. Aun así tuvo fuerzas para aferrarse a Scarabello, a la vez que la hoja abría la herida mortal, y meterle la mano ensangrentada en la boca, cogerle el labio y clavarle las uñas en la herida, abriéndola de nuevo.

—Has... perdido... —murmuró desplomándose al suelo.

—¿Qué dices, imbécil? —preguntó Scarabello con sumo desprecio.

—Nada de reglas... Tú mismo lo dijiste... —Donnola sintió que la muerte lo envolvía con sus brazos negros. Era un héroe. Nadie lo sabría jamás, pero él sí, sabía que era un héroe. Cerró los ojos sin dejar de sonreír.

Scarabello lo vio morir, taponándose la herida del labio. Un mal presentimiento le encogía el estómago.

—Llevad el cuerpo a la torre. Dejadlo en la escalera.

—Lo haremos esta noche —dijo el tuerto.

—¡Esta noche no! ¡Ahora! —vociferó Scarabello.

—Pero ¿cómo vamos a transportar un cadáver en pleno día?

—¡Entonces cortadle la cabeza! —gritó Scarabello a la vez que su cara se hinchaba y se deformaba debido a los golpes que había sufrido—. ¿Puedes llevar una cabeza en un saco en pleno día, gallina?

—¡No! ¡No! —Giuditta lloraba desesperada mientras Mercurio la pegaba a su pecho para que no gritase demasiado fuerte.

—Chss... chss... —le susurraba a un oído—. Cuéntame... pero baja la voz...

Las palomas se agitaban asustadas en el trípode.

Un terrible sollozo la sacudió. Después pareció calmarse. Levantó la cabeza del pecho de Mercurio y lo miró. Tenía los ojos enrojecidos. Las lágrimas hacían brillar su cara. Y su expresión manifestaba más miedo que dolor.

—Donnola... —dijo.

—¿Donnola, qué?

—Muerto...

—¿Muerto?

—Asesinado..., lo han..., lo han... —Giuditta se dominó. Se mordió el labio, con fuerza, haciendo un esfuerzo para respirar y no abandonarse a los sollozos, que volvían a oprimirla.

—Lo han... ¡decapitado! Lo han... le han cortado la cabeza y... —No pudo resistirlo más y se echó a llorar, desesperada.

Mercurio la estrechó contra su pecho. Estaba también desconcertado.

—Donnola... —dijo—. Yo... yo... ¿Quién puede haber hecho algo así?

—Mi padre ha dicho que fue un criminal... —sollozó Giuditta.

—¿Quién?

—Scannarello... o algo por el est...

—¿Scarabello? —exclamó Mercurio—. ¿Scarabello? ¿Es ese el nombre que te ha dicho tu padre?

Giuditta se apartó y lo miró.

—¿Lo... conoces?

Mercurio sintió un peso en el corazón. Y en los hombros. Escuchó el odio y la rabia que volvían a poseerlo.

—Mercurio... —dijo Giuditta con voz sutil, como si estuviese rezando.

Mercurio la abrazó estrechamente.

—No te preocupes —dijo—. No te preocupes —repitió, pero daba la impresión de que no estaba allí.

Cuando amaneció y la Marangona hizo vibrar su primer tañido en las vidas de toda Venecia, Mercurio salió del gueto. Llegó al *campo* de San Aponal y se sentó delante de la tienda de Paolo el herborista mordisqueando el pastel de jengibre que había comprado en un horno que había detrás de Rialto. Entretanto la mano que tenía

metida en un bolsillo apretaba el puñal que había comprado a un armero.

Paolo lo vio desde la ventana de casa. Bajó con una taza de caldo.

—Tengo que hablar con Scarabello —le dijo Mercurio.

—No tardará en llegar —contestó Paolo—. El tuerto ha ido a Mestre, a tu casa. Te buscaba para darte la parte que te corresponde de no sé qué golpe.

—¿De ningún golpe! —replicó Mercurio encolerizado—. Es dinero limpio. Es un trabajo honesto, pero Scarabello debe ensuciarlo también con sus asquerosas manos.

—Baja la voz, por Dios —murmuró Paolo, inclinando la cabeza hacia el suelo. Abrió la tienda y se plantó detrás del mostrador vacío, como todos los días.

Mercurio lo miró.

—Pareces un fantasma —le dijo.

Paolo no movió un solo músculo. Se quedó inmóvil, casi inanimado, hasta que apareció Scarabello seguido de cuatro hombres, armados y bulliciosos.

—Tengo que hablar contigo —dijo Mercurio.

Scarabello tenía la cara deformada por los puñetazos que le había dado Lanzafame. El labio hinchado y amoratado. Un ojo magullado. Una ceja rota. De la nariz goteaba un líquido amarillento. La piel, o estaba amoratada y escoriada, o había palidecido.

Mercurio sintió un sutil placer al verlo tan destrozado. Seguía apretando el puñal en el bolsillo.

—Estás ganando un montón de dinero, muchacho —dijo Scarabello metiéndose un dedo en la boca para tocar una muela que se movía.

—No, tú estás ganando un montón de dinero —contestó con dureza Mercurio—. Yo trabajo para ganarlo.

Scarabello se rio.

—Ayer fui a ver al judío. Por la fiesta en casa de Venier te pagaron veintisiete *tron* y ocho piezas de plata. Nada mal. Me corresponden nueve *tron* y tres piezas de plata, el resto es tuyo. —Lanzó un saquito al suelo, como quien lanza un hueso a un perro—. Está ahí dentro. Ahora desaparece, porque estoy ocupado.

—¿Si no?

—¿Si no qué, miserable? —La voz de Scarabello se endureció.

—¿Qué harás si no me voy? ¿Me cortarás la cabeza?

Scarabello lo miró, se acercó a él, su nariz rozaba la de Mercurio.

El joven percibió el aliento de Scarabello, olía a sangre y a alcohol.

—Si quieres, sí —dijo Scarabello en voz baja.

Mercurio apretó espasmódicamente el cuchillo con la mano. Le habría bastado sacarlo del bolsillo y clavarle la hoja en el pecho.

—Siento lo de Donnola —dijo Scarabello. La máscara que le cubría la cara mudó un instante y se hizo humana—. Pero era irremediable.

Mercurio se dio cuenta de que no tenía la fuerza que se requería para apuñalarlo. Nunca la tendría. Se sintió un cobarde, un perdedor. Incluyó la cabeza.

Scarabello le apoyó una mano en el hombro. Después la hizo subir y bajar por la nuca. Se la apretó. Tenía la mano caliente.

Mercurio sintió casi placer.

—¿Por qué...? —preguntó en voz baja abandonándose a ese apretón.

—No lo puedes entender —dijo Scarabello, también con un hilo de voz.

Mercurio alzó la cabeza y lo miró.

—No lo puedes entender —repitió Scarabello.

Mercurio se echó a llorar quedamente. Sin sollozos, sin desesperación. Sin énfasis ni turbación. Las lágrimas resbalaban libres, con facilidad. La rabia se estaba deshaciendo como un pedazo de hielo.

Scarabello lo atrajo hacia él con la mano aún apoyada en la nuca a la vez que con la otra le daba una pequeña bofetada en la mejilla. Después le enjugó las lágrimas con el pulgar vaciando el charco que se había formado en sus ojeras.

Mercurio sacó la mano que empuñaba el cuchillo. El brazo vibraba por la tensión.

—¡Cuidado, tiene un puñal! —gritó uno de los hombres haciendo ademán de lanzarse en defensa de su jefe.

Pero Scarabello lo detuvo levantando hacia él la mano mojada de lágrimas y sin dejar de mirar a Mercurio a los ojos.

—Lo estaba tirando —dijo mirando a Mercurio, todavía sujeto por la nuca, sin tensión.

La mano de Mercurio se abrió y el puñal cayó al suelo.

Scarabello asintió con la cabeza. Abrazó de nuevo a Mercurio, luego se separó de él y se inclinó. Cogió el saquito con las monedas de Saraval que antes había echado al suelo y se lo puso en la mano con la que el joven antes empuñaba el cuchillo.

—Vete a casa, muchacho —le dijo.

Mercurio dio un paso hacia atrás. Se sentía débil, vacío.

—Una última cosa —añadió Scarabello—. El asunto del médico no concluye con esto. No tardará en hacerlo, pero hasta que llegue ese momento, dile que ninguno de ellos está seguro.

Mercurio se tensó. Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Pensó de inmediato en Giuditta.

—¿A quién te refieres?

—A nadie en especial —dijo Scarabello—. Y a todos.

Mercurio miró el puñal que estaba en el suelo.

Scarabello le dio una patada lanzándolo hacia sus hombros.

—Convence al médico de que se quite de en medio —dijo.

Mercurio no se movió por unos instantes encajando el terrible golpe que acababa

de recibir.

Los hombres de Scarabello lo miraban como si fuese un extraño animal exótico. Si uno de ellos hubiese sacado un puñal para matar a Scarabello, no habría vivido para contarlo.

Mercurio salió de la tienda de Paolo.

Un segundo después corría hacia el Casteletto.

Llegó al quinto piso de la torre de los arrendajos con el corazón en un puño, jadeando.

—¡Doctor! ¡Doctor! —empezó a gritar ya en la planta baja, de manera que, cuando llegó a lo alto de la escalera, Lanzafame, sus soldados e Isacco lo esperaban ya.

—A ver cuándo se te mete en la cabeza que no quiero hablar contigo, muchacho —lo agredió de inmediato Isacco.

Mercurio se había plegado en dos. Jadeaba. Intentaba recuperar el aliento.

—Scarabello... ha dicho...

—¿Trabajas para ese delincuente? —lo atajó Isacco—. ¡No me extraña! Estáis hechos el uno para el otro.

—Déjalo hablar —terció Lanzafame.

—Scarabello —dijo Mercurio— ha dicho que nadie estará seguro... hasta que no ceda... —Lo miró cabeceando—. Giuditta... —murmuró.

Isacco se abalanzó sobre Mercurio. Le aferró el cuello de la chaqueta. El día anterior habían encontrado el cuerpo mutilado de Donnola tirado en medio de los trastos de las viejas fundiciones. Isacco emitió un sonido que parecía tanto un rugido como un estertor. Tenía los ojos enrojecidos, ofuscados por el dolor.

—Tu amigo ha matado a Donnola —dijo con la voz quebrada—. Reompuse su cuerpo. Le... —Isacco se detuvo. Sintió que no iba a poder soportar el dolor que suponía coser la cabeza al tronco. Apretó los puños e hizo rechinar los dientes babeando, tratando de dominar el lacerante dolor. Al recomponer el cuerpo había descubierto que estaba enfermo. Habría muerto de todas formas. Pero no había dicho nada. Quería ser útil hasta el final—. Y ahora vienes a amenazarme... —Isacco apretó la mandíbula—. ¡No!

Mercurio se zafó de él.

—¡Qué clase de hombre es usted, hostia! —gritó—. ¡Qué clase de pedazo de mierda lleno de orgullo!

—Cálmate, muchacho —terció Lanzafame.

—¡Scarabello puede hacer daño a Giuditta! ¿Lo entiende o no? —vociferó Mercurio a pleno pulmón.

Isacco, que estaba a punto de arrojarse sobre él, se detuvo. Miró al suelo. Luego a Lanzafame.

El capitán temblaba. Su índole guerrera luchaba contra el hombre y el amigo.

Isacco se volvió hacia las prostitutas. Las mujeres miraban asustadas. Aguardaban conteniendo el aliento.

—No nos abandone, doctor... —dijo una de ellas.

Isacco miró de nuevo a Lanzafame. No sabía qué hacer.

—Doctor... —dijo Mercurio dando un paso hacia delante.

—¿Mencionó a Giuditta? —le preguntó Isacco.

—No, pero...

Isacco lo apuntó con un dedo. Volcó en él toda la tensión que sentía.

—Vete —dijo entre dientes, feroz—. Vete, maldito. Vete. Dile a tu amo que no nos asusta. Vete o pagarás por Donnola.

Lanzafame se interpuso entre Isacco y Mercurio.

—Vete, muchacho —le dijo.

Mercurio no se movió.

—Relájese, doctor. Relájese. No lo conoce.

—Vete —dijo Lanzafame con firmeza dándole un empujón.

Mercurio bajó la escalera. Lentamente. Volviéndose de cuando en cuando. Todos lo miraban. No servía de nada decir que no era un hombre de Scarabello. No lo creerían. Y, en el fondo, no era cierto.

—¿Está seguro, doctor? —preguntó Lanzafame cuando se quedaron a solas.

Isacco no contestó. Estaba pálido. Se alejó con la cabeza gacha y trabajó sin descanso casi hasta el anochecer. Medicó, aplicó ungüentos, limpió las llagas, examinó el estado de sus pacientes, una a una. No paró un minuto. Ese día en el quinto piso no se oyó una sola risotada. Nadie hablaba, a menos que no fuese indispensable. Todos mantenían la mirada baja, parecían contener el aliento. El tiempo parecía haberse detenido.

—Procura no ser testarudo —le dijo el capitán Lanzafame cuando se disponían a volver a casa—. Ten cuidado. La testarudez te empuja a tomar decisiones sin haber escuchado el corazón y eso nunca es bueno. —A continuación añadió—: Yo no me doblegaría a la amenaza de Scarabello, pero soy un soldado estúpido y Giuditta no es mi hija. ¿Lo has pensado bien?

—Scarabello no piensa en mi hija —afirmó Isacco.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he leído en el corazón de ese muchacho. ¿No viste lo asustado que estaba? Habría hecho lo que fuera para convencernos. Nos habría sacado de aquí con sus propias manos si hubiese podido.

—¿Entonces?

—Scarabello lo está usando. Puede que sepa que está enamorado de mi hija. Le hace creer que piensa hacerle daño para manipularlo. El mensaje no está dirigido a mí

sino a él —dijo Isacco—. No sé cuántas veces lo he hecho yo en el pasado...

—Estás apostando basándote en una sensación.

—Es el oficio del estafador, aunque vosotros os obstináis en que sea médico.

—Eres un médico —afirmó Lanzafame.

—¿Ve? —Isacco sonrió—. ¿Qué le decía?

Lanzafame le apoyó una mano en el hombro.

—¿Estás seguro?

Isacco lo escrutó en silencio. Después bajó la mirada y apretó el paso.

—¿Estás seguro, doctor? —le preguntó Lanzafame caminando en pos de él.

Una vez más, Isacco no le contestó. Caminaba deprisa, enfurruñado. Su expresión era dura. Luego, de improviso, se detuvo junto a una casucha baja.

Una figura se escondió en la sombra.

Isacco miraba a Lanzafame temblando.

—Nosotros, los judíos, vivimos con el miedo en el corazón, día y noche. Miedo de que nos expulsen de Venecia. Miedo de que nos encierren. Miedo de que nos quemem. Miedo de que nos roben. Miedo de que nos obliguen a convertirnos. Miedo de tener que pedir permiso incluso para... para... ¡cagar! —Señaló con un dedo la torre de los arrendajos que se divisaba por encima de los techos bajos de las casas de San Matteo—. Juro por Dios que no permitiré que ese criminal me amedrente. —Volvió a mirar por unos segundos a Lanzafame, se dio media vuelta y caminó furibundo hacia el gueto.

La figura que se había guarecido en la sombra salió de su escondite.

—Maldito cabezota —gruñó Mercurio.

En el cielo se adensaban, refunfuñando sombrías, unas gruesas nubes, negras y amenazadoras.

—De acuerdo. Yo me ocuparé de tu hija.

—Te daré la mitad de lo que gano —propuso Mercurio—. A condición de que no hagas nada a la hija del médico.

Scarabello lo miró en silencio arqueando una ceja.

—Te lo ruego —dijo Mercurio.

Scarabello sonrió.

—Ya te dije que tu punto débil es que eres un sentimental —dijo.

—Te lo ruego —repitió Mercurio—. Ella está al margen.

Scarabello se encogió de hombros.

—Ella está al margen. —Lo imitó—. ¿Qué significa eso?

—Te lo ruego —prosiguió Mercurio casi llorando. Cuanto más suplicaba a Scarabello más preocupado se sentía por Giuditta.

—¿Estarías dispuesto a darme todo lo que ganas por esa joven? —preguntó Scarabello—. ¿Estarías dispuesto a convertirte en mi fiel perrito faldero?

—Todo lo que quieras —contestó Mercurio sin vacilar.

—Todo lo que quiera. —Scarabello asintió con la cabeza, complacido.

—Pero si le haces daño... —de repente la voz de Mercurio se tornó dura, firme—
... te juro que te mataré.

Scarabello se acercó a él y lo miró a los ojos. Mercurio le sostuvo la mirada.

—Te creo —dijo Scarabello.

—¿Y no le harás daño? —La voz de Mercurio se quebró.

Scarabello lo mantuvo en vilo unos segundos más.

—No. No le haré nada.

Mercurio se sintió tan aliviado que le flaquearon las piernas.

—Aún no me has dado las gracias —dijo Scarabello sonriendo.

—Gracias... —susurró Mercurio.

—Sígueme —dijo Scarabello—. Agradéceme también que no te haya quitado nada de tus ganancias.

—Gracias —dijo Mercurio siguiéndolo.

—Soy un ladrón honesto, ¿no crees? —dijo riéndose Scarabello.

—Sí...

—En realidad, no. —Scarabello se volvió. Su expresión había mudado y era seria. Alargó de golpe las manos y le aferró las orejas tirando hacia él—. Si quisiera la mitad de tus ganancias o todo lo que tienes, incluida tu vida, lo cogería sin necesidad de pedirte permiso. No se te mete en la cabeza, ¿eh? —Torció los labios haciendo una mueca—. No soy un ladrón honesto —añadió hablándole en voz baja, acercando la boca a la de Mercurio como si fuera a besarlo—. Soy un hombre muy fuerte. Y poderoso. Y diferente. ¿Está claro?

—Sí...

Scarabello asintió con la cabeza.

—Ahora ven conmigo y verás hasta qué punto soy fuerte y poderoso.

Mercurio lo siguió hasta el palacio de la Merceria donde Scarabello debía verse con un hombre que llevaba una máscara para que la gente común no pudiese reconocerlo.

—Excelencia —dijo Scarabello con respeto, aunque parecía tener confianza en él—, ¿ha decidido ayudarme?

El hombre se volvió hacia un grupo de guardias ducales que obedecían a un funcionario de la Serenísima que lucía un uniforme de gala.

—Obedecen mis órdenes —dijo.

Scarabello hizo una profunda reverencia.

—Le renuevo mi amistad, excelencia, y mis favores —dijo con voz divertida, casi irónica.

—Basta. Los dos sabemos de sobra por qué lo hago —dijo el hombre enmascarado, sin ocultar su desprecio. Se dio media vuelta y se alejó.

—Cuánto engreimiento puede permitirse un gusano cuando lleva un blasón nobiliario bordado en el pecho —comentó Scarabello observándolo mientras desaparecía. Su mirada se ofuscó, parecía melancólico.

—¿Quién es? —preguntó Mercurio.

—Alguien con una posición tan alta que si te sentases a su lado sentirías vértigo, desgraciado —contestó Scarabello—. Ven —dijo aproximándose a los guardias ducales.

—Sabemos cuál es nuestro cometido —dijo el funcionario de la Serenísima apenas Scarabello estuvo a una distancia que lo podía oír—, y me repugna hacerlo por un hombre como usted.

—Si te hubiesen ordenado que me dejases cagar en tu cabeza lo habrías hecho también —respondió Scarabello—. No eres más que un criado, por mucho que te pavonees. El uniforme que llevas es un disfraz de juglar. Así que no me irrites con tu cháchara y date prisa.

—No le consiento que me hable así —dijo el funcionario llevando la mano a la espada.

—¿Quieres matarme? —preguntó Scarabello riéndose—. Te honraría. Por fin podrías sentirte un hombre.

La cara del funcionario se encendió de rabia, pero luego se dominó. El hombre que le había dado la orden no estaba acostumbrado a que lo desobedeciesen.

—Bueno. Asunto zanjado —dijo Scarabello—. Vamos, tropa.

Mercurio lo siguió hasta el Castelletto. Cuando entrevió las torres frenó el paso.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó a Scarabello.

—¿Yo? Nada —contestó Scarabello risueño—. Yo me quedaré al margen. Los guardias del Gran Consejo se ocuparán de todo.

—¿El Gran Consejo? ¿Qué es?

—La cima donde se sienta el hombre que me ha hecho este favor.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque me lo debe —dijo Scarabello. Golpeó el pecho de Mercurio con un dedo y repitió—: Porque me lo debe. Está en lo más alto, pero yo, desde aquí abajo, lo tengo cogido por los huevos. ¿Cómo crees que sobrevive uno como yo? Gracias a las amistades importantes. Solo que no son auténticas amistades. —Se volvió hacia el funcionario ducal y le señaló la torre de los arrendajos—. Quinto piso. Cumple con tu deber.

El pelotón de la guardia ducal, formando filas cerradas, siguió a su comandante.

Scarabello subía a cierta distancia la escalera con indolencia, mirando alrededor, sonriendo complacido a las putas y los protectores que lo observaban. Su rostro aún tenía las marcas que le habían dejado los puños de Lanzafame. Se estaban curando. Solo el labio parecía estar empeorando. Estaba hinchado y amoratado, con un color poco natural.

—¿Qué queréis? —dijo el capitán Lanzafame en lo alto de la escalera tras haber sido advertido de la llegada del pelotón.

El funcionario ducal no se detuvo. Subió el último peldaño y se enfrentó a Lanzafame con aire autoritario. Sacó un rollo de pergamino de la bolsa que llevaba en bandolera.

Isacco apareció también en el rellano. Alrededor de ellos, asomadas a las barandillas, se apiñaban las prostitutas.

—En nombre y en representación de la Serenísima República de Venecia —empezó a leer el funcionario— y por orden del Gran Consejo y del Senado, se intima al médico judío Isacco di Negroponte y a sus mercenarios...

—¿Los mercenarios somos nosotros? —soltó Lanzafame encolerizado.

—No me interrumpa, capitán Lanzafame —dijo el funcionario—. Lo respeto como soldado, pero lo que está haciendo ha sido considerado fuera de sus competencias y mandatos. Se le ha asignado la tarea de mandar los guardias del *campo* del Ghetto Nuovo. Aténgase a las órdenes.

Lanzafame encajó el golpe apretando los puños. Miró alrededor. Sus ojos se cruzaron con los de Scarabello. Lo apuntó con un dedo.

—¡Tú!

Scarabello se rio en su cara.

Mercurio se escondió. No quería que Isacco y Lanzafame lo vieran, pero quería oírlos.

—Se os intima —retomó el funcionario ducal— a desalojar de inmediato este

lugar destinado al ejercicio de la prostitución a fin de no contaminarlo con la enfermedad que aqueja a las meretrices y evitar que la misma se expanda ulteriormente...

—¡Nosotros no difundimos el mal francés! —protestó Isacco.

—¡Cállese! —le ordenó el funcionario—. Así pues, se les ordena que abandonen por motivos sanitarios el citado quinto piso de la torre de los arrendajos y a la vez se les prohíbe, siempre en nombre del Gran Consejo y del Senado, que se instalen en cualquier otro lugar de la localidad llamada Castelletto.

Lanzafame se acercó al funcionario.

—Avergüénzate —dijo Lanzafame—. Has vendido la República a la mierda. — Señaló a Scarabello—. Así que no eres mejor que él. Ni tú ni quien te manda. —Se volvió hacia Isacco—. Tenemos que marcharnos.

—Pero... —dijo Isacco abriendo los brazos.

—¡Tenemos que marcharnos, doctor! —gritó Lanzafame iracundo—. ¡Ha vencido la política! ¡Ha vencido el engaño! ¿No lo entiende?

Isacco se volvió hacia las prostitutas, que lo miraban aterrorizadas.

—¿Adónde iremos? —preguntó Isacco a punto de desplomarse.

—¡No lo sé! —gritó Lanzafame aún más fuerte. Luego se volvió hacia Scarabello, que sonreía, ufano con su victoria—. ¡Te mataré, gusano! ¡Te mataré!

—Puede, pero hoy no —dijo Scarabello riéndose—. Y aquí tampoco. —Abrió los brazos como un actor que espera los aplausos—. Se liberan unas habitaciones limpias, mis queridas fulanas, pero el precio sigue siendo el mismo. Ningún aumento. ¡Dadme las gracias!

Las prostitutas permanecieron en silencio.

—La que no me dé las gracias no tendrá derecho a la habitación —silbó Scarabello con dureza.

Entonces muchas de ellas le dijeron:

—Gracias.

Mercurio, que se había escondido bajo el ojo de la escalera, en el cuarto piso, se escabulló procurando que no lo vieran. Pero, cuando llegó a la rampa, no pudo resistir la tentación y se volvió hacia Isacco. Vio que este se dirigía a sus enfermas y las invitaba a empaquetar sus escasas pertenencias con una expresión de derrota en la cara. Sintió una profunda pena.

—Eres un sentimental, piojo —le dijo Scarabello riéndose.

Mercurio bajó corriendo la escalera con un nudo en la garganta.

—Daos prisa —decía entretanto el funcionario ducal en el quinto piso.

Lanzafame se acercó aún más a él.

—Entre tú y yo, ¿te avergüenzas, al menos? —le preguntó en voz baja para que los demás no lo oyeran.

El funcionario miró al suelo y no le contestó.

—¡Vámonos, ánimo! —gritó Lanzafame—. ¡Coge tu instrumental y tus ungüentos, doctor, apresúrate!

En poco tiempo estaban todos en el rellano. Los guardias ducales se apartaron para dejar pasar la procesión de desgraciados. Las prostitutas que se habían curado daban el brazo a las enfermas. Lanzafame y sus soldados transportaban en unas camillas ligeras a las que no podían andar. Una de ellas acababa de morir, pero habían decidido no dejarla allí, en manos de Scarabello.

Empezaron a bajar a duras penas la escalera. Cuando llegaron al patio del Castelletto miraron alrededor.

Mercurio estaba escondido detrás de la columna de una de las torres. Le parecieron náufragos. Miraban en derredor sin saber adónde ir. Era evidente que nadie los iba a acoger.

Los siguió procurando no llamar la atención hasta que vio que se paraban en una explanada embarrada que había detrás de la Escuela Grande de Santa Maria della Misericordia. El prior de la confraternidad de los Battuti cabeceaba, afligido. Saltaba a la vista que les estaba diciendo que no podía ingresar a las prostitutas en el hospital.

Mercurio vio que Lanzafame y sus soldados trataban de montar un campamento para pasar la noche. El prior les había dado unas tiendas. Encendían las hogueras hundiéndose en el barro hasta las rodillas. Isacco estaba sentado en un rincón con la cabeza hundida en las manos. Estaba anocheciendo. Hacía frío. Muchas prostitutas lloraban.

Lanzafame se acercó a Isacco.

—Tienes que marcharte. Es la hora —le dijo.

Isacco alzó la cabeza hacia el capitán. Lo miró atónito. Se había olvidado por completo que no podía compartir la suerte de las prostitutas. Como todas las noches, debía volver a su jaula para que lo encerraran dentro.

Mercurio vio que apenas se podía levantar.

Mientras regresaba a Mestre, Mercurio se sentía también derrotado. La Justicia había cometido otra injusticia, se decía.

En el ínterin Isacco había recorrido los muelles hasta llegar al portón del río de San Girolamo. Entró en su casa y subió hasta el cuarto piso. Se paró delante de la puerta, incapaz de abrirla, porque no quería que su hija lo viese en ese estado. Se sentó en un escalón, donde Giuditta lo encontró dormido un par de horas más tarde.

Al día siguiente, al amanecer, Isacco se encaminó hacia el campamento en cuanto abrieron los portones. Encontró a las prostitutas en un estado lamentable. Esa noche había muerto otra. Y lo más probable es que la hubiese matado el frío, no la enfermedad.

—No podemos aguantar así —le dijo Lanzafame.

—No... —contestó Isacco. Sintió la tentación de escapar, pero, en lugar de hacerlo, se arremangó y se puso a limpiar y a vendar las llagas. Pese a ello, se sentía débil, había perdido la esperanza en el futuro.

A media mañana, sin embargo, el prior de la Misericordia apareció en el campamento.

Isacco hizo un ademán al capitán Lanzafame.

—Venga —le dijo acercándose al prior—. ¿Ha cambiado de idea, hermano? —le preguntó esperanzado.

El prior negó con la cabeza.

—Sabe que no es cuestión de cambiar de idea, doctor Negrofonte... —dijo apurado. Miró a las prostitutas sin añadir nada más.

Isacco asintió entristecido. Si no fueran meretrices la Escuela Grande de la Misericordia las habría acogido. Porque, en el fondo, la misericordia no era para todos, pensó Isacco.

—Sin embargo, hay una mujer... —prosiguió el prior—. Bueno, venga, quiero presentársela. Hoy ha venido a verme y me ha hecho una propuesta que no me interesa, pero he pensado que quizás a ustedes les convenga...

—¿Qué propuesta? —preguntó Isacco.

—Juzgue usted mismo. Venga —dijo el prior volviendo hacia el imponente edificio de la Escuela Grande de Santa Maria della Misericordia.

Isacco miró a Lanzafame y luego siguió al prior. Lanzafame los acompañó.

—La enfermedad me parece más letal para los hombres que para las mujeres —comentó el prior mientras andaban hundiéndose en el barro—. Con todo, su aceite de palo santo es más efectivo con las llagas que otros ungüentos.

—Escuché lo que decían en el puerto los marineros que volvían de las Américas, eso es todo —explicó Isacco—. No es mi aceite. El mérito no es mío.

—Escuchar es un mérito —replicó el prior entrando en la Escuela Grande—. Yo estoy usando también la plata coloidal. Por lo visto funciona, pero es difícil dosificarla. Cura las llagas, pero se corre el riesgo de envenenar al paciente.

—¿Plata coloidal? —preguntó Isacco—. Interesante.

—Entre —dijo el prior abriendo la puerta del comedor de la Escuela Grande. Señaló a una mujer que estaba al fondo de la sala—. Es ella.

Se acercaron a una mujer de aspecto sencillo.

—Este es el doctor Negrofonte, de quien le acabo de hablar —dijo el prior.

Isacco vio que la mujer le miraba el gorro amarillo.

—El prior me ha hablado bien de usted —dijo la mujer.

Tenía una voz cálida, pensó Isacco, a pesar de que no dejaba de mirarle el gorro.

—Pero no le dijo que era judío, ¿verdad? —preguntó Isacco con agresividad—.

¿Le ha dicho que mis pacientes son prostitutas?

—Quería ayudar al prior —dijo la mujer haciendo caso omiso del ataque—, pero él no necesita mi humilde ayuda. En cambio, asegura que quizás a usted le haga falta.

Isacco frunció el ceño.

—Está haciendo algo hermoso y me gustaría ayudarle —dijo la mujer—. Me da igual que sea judío.

—Se lo agradezco —contestó Isacco, arrepentido de su agresividad—. Pero ¿cómo puede ayudarnos?

—Quiero ofrecerle un lugar muy grande... Necesita algunas reparaciones... Hay que adecuarlo, en pocas palabras... —dijo la mujer—. Pero quiero ayudarles dándoles un lugar donde poder crear un hospital.

Isacco sintió un escalofrío en la espalda. Miró al capitán Lanzafame. Sus ojos también estaban atentos y no los apartaba de la mujer.

—¿De qué lugar se trata? —preguntó Isacco.

—Bueno... se trata... de mi establo... —dijo la mujer con timidez—. Es solo un establo, lo sé, pero es abrigado. Se podría convertir en un lugar habitable. Mi casa está al lado y puedo garantizarles comidas regulares si alguien me echa una mano y...

—¿Por qué? —la interrumpió Isacco.

—Porque... —La mujer miró a derecha e izquierda, como si estuviese buscando la respuesta—. Porque usted hace el bien y yo ya no tengo vacas y...

—¡Porque la envía Dios! —terció con vehemencia Lanzafame—. El mío, el tuyo, el de las putas... ¿Qué importa el porqué, maldita sea? Sea cual sea el motivo, es una bendición. ¡Igual que tú, buena mujer! ¡Dale las gracias, doctor!

Isacco se volvió hacia la mujer, pero no pudo decir palabra.

—¿Cuándo podemos ir? —preguntó Lanzafame.

—No sé... —contestó la mujer—. Al prior le dije que dentro de un mes, si él organizaba las obras.

—Un mes... —murmuró Isacco mirando por la ventana el campamento montado en el barro, detrás de la Escuela Grande—. En un mes habrán muerto todas... —Cabeceó—. Gracias en todo caso —dijo a la mujer haciendo amago de marcharse.

—Pero si cree que estarán mejor en un establo que al aire libre... —dijo la mujer.

Isacco la miró. Luego miró a Lanzafame.

—¿Significa eso que podemos ir enseguida? —preguntó Lanzafame asumiendo el papel de portavoz del pensamiento de Isacco.

—Por mí, sí, desde luego —respondió la mujer—. Si lo soportan...

—Soportaremos lo que sea con tal de tener un techo, ¿verdad, doctor? —dijo Lanzafame apretando los puños.

Isacco lo miraba titubeante.

—¡Doctor! —dijo Lanzafame casi gritando.

—Me parece una buena propuesta —corroboró el prior—. Además... —La voz del religioso delataba su embarazo—, el campamento ahí fuera..., bueno..., en fin, los sacerdotes de la iglesia me han preguntado ya cuándo piensan marcharse...

—¡Doctor! —repitió Lanzafame.

Isacco se sobrepuso.

—¡Vamos, adelante! ¿A qué estamos esperando? —dijo.

Necesitaron casi todo el día para trasladar a las prostitutas al establo, que se encontraba fuera de Venecia. Los soldados de Lanzafame se pusieron manos a la obra y por la noche habían limpiado someramente el local. Habían esparcido paja por el suelo para echar sobre ella a las enfermas por el momento y en el centro ardían tres hogueras. Las prostitutas se reían como niñas, parecía que las hubieran albergado en un castillo.

Isacco sentía renacer la confianza. Lo conseguirían.

—A partir de mañana organizaremos mejor las cosas —dijo una voz a su espalda.

Isacco se volvió.

—Bienvenido a mi casa. —Mercurio, abrazado a Anna del Mercato, le sonrió.

«Por nosotros dos», se dijo Shimon Baruch al entrar en Venecia.

Miró alrededor. El gondolero lo había dejado en el muelle de Rialto. Le había dicho que era el corazón pulsante de la ciudad, en lugar de San Marco, como creían los forasteros.

El aire de Venecia hedía, pensó Shimon. Subió al puente de madera de Rialto para mirar el famoso Canal Grande. El agua no era agua, sino barro líquido. No era ni dulce ni salada. La sal no era suficiente para que no marchitara, y demasiada para que fuese agua fluvial o lacustre. Miró en derredor. Los palacios se apretaban uno al lado del otro. La fastuosidad de sus fachadas de mármol, los cortinajes, las columnas y los cristales de colores eran pura apariencia. En los canales o en las calles laterales las paredes eran de ladrillos, como en las casas de los pobres. La gente meaba contra ellas. El aire se estancaba, aprisionado en los exiguos espacios. Venecia era solo forma y apariencia. Las barcas que abarrotaban el Canal Grande parecían insectos acuáticos.

Shimon odió enseguida Venecia.

Bajó al otro lado del puente de Rialto. Pese a que era el corazón pulsante de la ciudad, como le había dicho el gondolero parlanchín, y, por tanto, el lugar donde era más probable encontrar a un estafador como Mercurio, Shimon no tenía la menor intención de dormir en ese caos. La gente lo empujaba sin prestar atención, ni a él ni a los demás transeúntes, sin molestarse siquiera por los continuos choques. Hormigas, insectos, pensó Shimon con profundo desprecio. Una ciudad de insectos, eso era la tan celebrada Venecia. Insectos que vivían apiñados en palafitos. Por mucho que los revistieran de mármoles valiosos su naturaleza no cambiaba. Por mucho que la llamasen pomposamente la laguna, en realidad eran palafitos en una ciénaga.

Saliendo del *campo* San Bartolomeo enfiló la calle de los Preti y desde allí la del Aquila Nera. Vio una taberna casi escondida, con pocos parroquianos.

Entró y enseñó al dueño una hoja en la que había escrito: «Busco una habitación».

—No sé leer —dijo el hombre.

Shimon le explicó gesticulando que quería dormir.

—¿Quiere una habitación? —preguntó el tabernero.

Shimon asintió con la cabeza.

—Vaya a la fonda —dijo el tabernero con una mirada obtusa.

Shimon lo escrutó.

—Se entra por detrás de la calle —dijo el tabernero, e hizo ademán de salir y de doblar dos veces a la izquierda.

Shimon llegó a un pequeño *campo* que ni siquiera tenía nombre, dado lo reducido de su tamaño. Era más bien el patio interno de los edificios circunstantes. Al mismo

daban unos cuantos ventanucos estrechos, protegidos por unas rejas de hierro, y una única puerta pintada de color rojo y negro. En un rincón del patio había dos cubos llenos de basura. El hedor era insoportable.

Shimon empujó la hoja de la puerta. El interior de la casa estaba oscuro. Casi tropezó al entrar y de inmediato vio una escalera. No había nada más, solo la escalera empinada y estrecha. Los escalones estaban viscosos de humedad. Subió apoyándose en la pared. El enlucido se deshizo entre sus dedos. La pared había absorbido tanta agua que era esponjosa.

Al llegar a lo alto de la escalera vio una puerta. La empujó para entrar, pero estaba cerrada. Llamó. Al cabo de unos instantes oyó que alguien arrastraba los pies y un joven de aire indolente le abrió. Lo miró sin decir nada.

Shimon subió el último peldaño y entró, obligando al joven a hacerse a un lado. El aire olía a cerrado y a podredumbre, pero, al menos, por la ventana baja y pequeña que había a la izquierda se filtraba un poco más de luz. Vio que daba a la calle del Aquila Nera. Estaban encima de la taberna. Tendió el folio con el mensaje «Busco una habitación» al joven.

—No sé leer —dijo este—. Y la dueña tampoco.

Shimon le comunicó con un ademán que quería dormir.

El joven se volvió y, sin contestarle, se dirigió a una puerta. La abrió y dijo: — Cliente.

Se oyó crujir una cama. A continuación apareció una mujer de unos cuarenta años, gorda, con cara de mono y una mancha de vello oscuro sobre el labio superior. Se ató el vestido por delante mientras pasaba al lado del joven restregándose contra su cuerpo.

Shimon comprendió que la mujer gozaba de los favores del joven.

—Dígame —dijo. Se comportaba de manera desabrida.

Shimon le tendió la hoja de papel.

—No sé leer —dijo la mujer.

—Ya se lo he dicho —terció el joven.

—¿Extranjero? —preguntó la mujer.

Shimon negó con la cabeza.

—¿Entonces? —preguntó de nuevo la mujer.

Shimon se desabrochó la chaqueta y le enseñó la cicatriz que tenía en la garganta. Después silbó por la boca.

La mujer reculó.

—¿Mudo?

Shimon asintió con la cabeza.

La mujer cogió una vela y la acercó a Shimon. Quería mirarle la herida. Su feo hocico de mono se retorció en una mueca de asombro.

—¡Ven a ver! —dijo al joven—. ¡Caramba, mira! —Aproximó de nuevo la vela al cuello de Shimon a la vez que el joven se inclinaba hacia delante. Iluminó la cicatriz oscura, morada, sobre la que se veía un lirio impreso en la carne, al revés. Al igual que estaba impreso en negativo el borde en relieve del ducado florentino.

—¡Hostia! —exclamó el joven.

—Supongo que no querrá pagar con esa —dijo riéndose la posadera señalando la cicatriz.

Shimon no sonrió.

El joven soltó una carcajada a destiempo.

—¿Esa moneda no es buena? —dijo como si quisiera asegurarse de que había comprendido.

—Medio sueldo por noche —dijo la mujer—. Una pieza de plata a la semana.

Shimon metió la mano en el saquito y le dio cuatro piezas de plata. La posadera puso los ojos en blanco.

—Si quiere se la chupo también, señor —dijo riéndose.

El joven se ensombreció.

La posadera le dio una palmada en la cabeza.

—Coge el equipaje del cliente, imbécil.

Shimon le advirtió con un ademán que solo tenía la bolsa que llevaba en bandolera.

La mujer lo guio por un pasillo sucio y maloliente, cuyo suelo de tablas de madera crujía bajo sus pisadas. El pasillo era tan estrecho que el culo enorme de la posadera rozaba a menudo las paredes. Llegaron a una puertecita baja y la mujer la abrió. Abrió también los postigos de la única ventana de la habitación. Apenas entraba luz. La mujer se dirigió a un pequeño mueble comido por la humedad y encendió una vela. Iluminó un orinal medio oxidado.

—Para cagar y mear. Este inútil lo saca todas las mañanas —dijo señalando al joven. A continuación dirigió la vela hacia una pila—. Puede bañarse también si lo ordena —dijo con orgullo—. Le calentaré agua por tres *marchetti*. Es un buen precio. Por dos más, le daré también un trozo de jabón. —Al final le enseñó la cama. La manta estaba manchada.

Shimon asintió con la cabeza.

La posadera se paró en la puerta.

—Bueno —dijo— ¡seguro que no es un cliente ruidoso! —Se echó a reír. A continuación salió de la habitación seguida del joven.

—¿Cómo sabes que no hará ruido? —le preguntó el joven mientras se alejaban.

—Porque es mudo, idiota —contestó la mujer.

Shimon cerró la puerta y se tumbó en la cama. Solo entonces oyó reír al joven de la ocurrencia de la posadera, con retraso. Permaneció quieto hasta el anochecer, sin

mover un solo músculo ni formular un pensamiento. Luego, cuando oscureció, se levantó poco a poco. Se quitó la casaca y se apretó el vendaje del tórax. Las costillas rotas le dolían menos. En la primera semana había escupido sangre. Había llegado a pensar que no saldría indemne. La herida del gemelo se había infectado, pero aun así se había escondido en el campo, viviendo como un perro callejero, por miedo a que los guardias pontificios lo estuvieran buscando. Había encendido una hoguera y había quemado una barra de hierro puntiaguda. Se la había metido en la herida. El fuego lo había salvado una vez, cuando se le había cerrado la herida de la garganta. Lo salvaría también en ese caso, había pensado. Y, de hecho, así había sido. Pero cuando caminaba demasiado, el gemelo aún le dolía mucho. Además, había notado que empezaba a cojear. Pensó en los gatos que se calentaban al sol en las calles de Roma, al lado de las ruinas del Circo Máximo, con las orejas cortadas por los mordiscos de los combates, y el pelo estriado de cicatrices.

Salió de la habitación. Era la peor hora del día. Lograba ahuyentar cualquier pensamiento, pero no la imagen de sí mismo en casa de Ester, a esa hora, cuando se sentaba en el sillón y la oía remover la cena en la olla, delante de la chimenea.

Bajó a la calle y echó a andar. Vagó con la única intención de apartar de su mente la imagen que más añoraba. La imagen de una casa.

Desde que había abandonado a Ester el odio que sentía hacia Mercurio se había acrecentado. Si la primera vez le había arrebatado su antigua vida, en ese momento le estaba privando también de la nueva, que compartía con Ester.

«Y no tendrás paz hasta que no encuentres a ese joven y lo hagas sufrir».

Rojo de odio, Shimon llegó sin darse cuenta a un espacio gigantesco, libre de la opresión de los edificios amontonados. El mundo se abrió de repente. Delante de él había una basílica y una torre alta. A su derecha, el Canal Grande se ensanchaba hasta el infinito.

Estaba en San Marco.

Ya no había límites ni confines.

Vio que una multitud se apiñaba alrededor de una columna. Se acercó. Un hombre medio desnudo, con ojos aterrorizados, estaba atado de pies y manos a cuatro caballos grandes e inquietos que soltaban espuma por la boca.

—¡Sodomita! —gritó una mujer.

El verdugo hizo restallar el látigo y los caballos partieron en cuatro direcciones distintas. El hombre atado gritó. Se oyó un crujido de huesos y de tendones. El hombre lanzó un último grito y después se desmayó vomitando.

Con dos rápidos hachazos el verdugo cortó los hombros y los brazos se separaron de inmediato con el empuje de los caballos. La sangre salpicó el adoquinado. El verdugo cortó entonces una cadera de lo que quedaba del condenado y las piernas se separaron también. Los intestinos se esparcieron por el suelo.

La multitud se movió como si fuese una única masa, hacia delante y hacia atrás.

Olía a sangre y a miedo.

Shimon se exaltó al contemplar esa terrible grandeza.

«Por los dos, Mercurio», se dijo, mientras los pichones alzaban el vuelo escapando de una bandada de cuervos, que se disponían a dar buena cuenta de la carne del condenado.

Shimon miró los pájaros negros de mal agüero. Pensó que eran una buena señal. Olfateó el aire, como un perro sabueso. Como si pudiese percibir el olor de su presa.

—¿Qué le has hecho a mi padre? —le preguntó Giuditta en el palomar apretándose contra el cuerpo caliente de Mercurio—. Lleva renegando desde ayer asegurando que lo has engañado.

Mercurio se echó a reír.

—Sí, lo he engañado a conciencia, y él mordió el anzuelo como un tonto. Me he divertido mucho.

—Pero ¿qué le has hecho, si se puede saber?

—Le he regalado un hospital.

—¿Un hospital?

—Pues sí —dijo ufano Mercurio—. En el fondo, es el padre de la mujer que quiero, ¿no?

Giuditta se rio quedamente.

—Estás como un cencerro, ¿lo sabes?

—¿Y tú? ¿Sabes que el hospital está en Mestre? —dijo Mercurio apartándose un poco de Giuditta para poder mirarla a los ojos—. ¿Comprendes qué significa?

—No...

—Pues que tarde o temprano tu padre aceptará que le cedamos una habitación para dormir allí...

—Pero no podemos dormir fuera del...

—¿Ves que eres tan tonta como tu padre? —dijo Mercurio riéndose.

Giuditta se enfurruñó.

Mercurio se rio aún más fuerte.

—He dicho Mestre. Pero ¿es que no lo entiendes?

—No —contestó Giuditta.

—Solo estás obligada a vivir encerrada en el gueto si vives en Venecia. En Mestre no hay guetos. Eres libre de dormir donde te parezca. Basta que dejes de vivir en Venecia y te traslades a Mestre.

—¿De verdad? ¿Adónde?

—Dios mío, ¿cómo es posible que seas tan tonta?

—Vamos, basta ya. ¡Dímelo!

—¡A mi casa! —dijo Mercurio risueño—. Anna ha ofrecido ya una habitación a tu padre, así podrá estar día y noche en el hospital. Y hay otra preparada para ti. —La abrazó y le acarició el cuerpo—. ¿Qué pasa? ¿No te apetece que vivamos bajo el mismo techo?

Giuditta lo miró boquiabierta.

—Mi padre jamás lo aceptará —dijo desconsolada.

—Ya veremos —dijo Mercurio. Se levantó del jergón de paja del palomar y se

desentumeció—. Si no empezamos a hacer el amor en una cama de verdad envejeceremos precozmente. —Giuditta se rio—. He ganado diecinueve liras de oro más —explicó Mercurio—. No tardaré en tener el dinero que hace falta para reparar el barco de Zuan. Entonces te llevaré lejos de aquí.

Giuditta lo miró seriamente sin decir palabra. Día a día sentía que pertenecía más a Mercurio. Al punto que era solo suya, se decía. Por eso había escrito una carta que releía una y otra vez. Porque sabía que no tardaría en llegar el día en que se la dejaría a su padre. Era una carta dolorosa. Aunque llena de alegría a la vez.

—¿Cómo va la tienda? —preguntó Mercurio—. Siempre veo un gran vaivén de gente.

Giuditta se iluminó.

—Sí —corroboró orgullosa—. Los vestidos gustan. Vendemos más de los que alcanzamos a coser, e incluso tenemos clientas aristocráticas. Y... es...

—Todo un éxito —concluyó Mercurio.

—Sí, un éxito —asintió Giuditta, jovial.

—Vayamos donde vayamos tendrás tu tienda, te lo juro —dijo Mercurio apoyando una mano en el corazón. Después se vistió—. No permitiré que nuestros doce hijos te impidan ganar tanto dinero.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Giuditta sonriendo.

—Bueno, yo me quedaré en casa rascándome la barriga y vigilaré que la niñera, joven y guapa, que pagaremos con tus inmensas ganancias, limpie el culo a los mocosos. Además procuraré que la cocinera, que también será joven y guapa, cocine las mejores carnes *kosher*. Y pasaré un dedo por el suelo para asegurarme de que la criadita, más joven y guapa que las otras dos, haya barrido bien.

Giuditta se rio, se puso de pie y lo abrazó.

—No te daré ni medio hijo y, sobre todo, no tendremos criados. No quiero compartirte con nadie.

Mercurio la besó. Le acarició la espalda lisa y luego deslizó una mano por el pecho. Giuditta retrocedió.

—Déjame, es tarde —dijo. Mientras se ponía la falda miró como sin querer entre los pliegues internos de las costuras—. ¿Sabes que una clienta ha encontrado una pluma de cuervo en uno de mis vestidos?

—¿Y qué hacía allí? —preguntó distraídamente Mercurio mientras se abotonaba el jubón.

—Qué raro, ¿verdad? —contestó Giuditta pensativa—. Y otra, un diente de recién nacido.

—Quizá deberías decir a tus modistas que sean más cuidadosas.

—No me lo explico...

—¿Qué hay que explicar?

—No lo sé... es extraño.

—No pienses tanto y date prisa. La Marangona está a punto de sonar y el médico de las putas no tardará en despertarse.

—No lo llares así —dijo Giuditta, pesarosa.

—Bromeaba.

—Pues no bromees sobre eso.

Mercurio asintió con la cabeza, le sonrió, la besó y después bajó la escalera, listo para confundirse con la gente que salía del gueto. Pero poco después apareció de nuevo en el palomar.

—¿Te he dicho que te quiero? —Giuditta rio feliz—. Para siempre —añadió Mercurio, y se marchó.

—Para siempre —repitió Giuditta. Acto seguido bajó al piso, preparó el desayuno para Isacco, lo saludó, le deseó un buen trabajo y cuando por fin se quedó sola se sentó a la mesa y sacó de una grieta del muro la carta que había escrito y que escondía allí todas las noches. La releyó.

Querido padre:

Te comunico con gran dolor mi gran alegría. No sé cómo sobreviviré al dolor ni cómo privarme de esta alegría. Si pudiese partirme en dos te juro que lo haría. Si pudiese ser una buena hija a la vez que una buena esposa te juro que lo sería. Si pudiese evitar romperte el corazón te juro que lo evitaría. Igual que no me gustaría romper el corazón del hombre al que he prometido el mío. Ruego con toda mi alma que suceda un milagro que nos permita vivir una existencia diferente de esta, que está a punto de suceder. Ruego poder pasar mi vida contigo, al igual que ruego poder pasar mi vida con el hombre que quiero. Pero no sé cómo será mi vida a partir de ahora. ¿Será posible llamarla vida si la mitad de ella es amor y la otra mitad muerte? ¿Qué vida puede tener un corazón partido en dos?

No sé si podrás perdonarme, porque yo tampoco sé si lo conseguiré.

Pese a ello, la decisión está tomada.

Cada vez que la releía sentía el corazón en un puño. En esa breve carta estaba todo su ser. Pero, más allá de las palabras, a medida que pasaban los días se daba cuenta de un hecho ineluctable: ella pertenecía a Mercurio. Nada la podría retener. Nada. Había tomado una decisión, decía en la carta, y era exactamente así. Seguiría a Mercurio adonde fuera, porque él era su vida. La vida que deseaba con todas sus fuerzas.

—Cueste lo que cueste —dijo quedamente, pero con vehemencia—. Y para siempre.

Algunas noches, cuando Mercurio no la llevaba al palomar frío y maloliente, que, sin embargo, era para ella una especie de palacio real, Giuditta se preguntaba si había hecho bien perdiendo la virginidad. Trataba incluso de avergonzarse de ello, como

habría pretendido la sociedad, tanto la judía como la cristiana. Pero no podía. Comprendía la regla, pero, al mismo tiempo, le parecía que valía para los demás, pero no para ellos. Porque Mercurio y ella eran especiales. Estaban enamorados y su amor era tan inmenso y absoluto que nada de lo que hacían en nombre de él podía ser malo.

Su padre también acabaría aceptando esa verdad ineluctable. Giuditta estaba segura. ¿Cómo podía ser de otra forma? ¿Cómo se podía considerar que un amor tan puro fuese un pecado a ojos de Dios? ¿Acaso no había sido el Dios del Mundo, el que sabía y podía todo, el que los había hecho conocerse?

Pensó en la primera vez que había sentido la mano de Mercurio en la suya. En su primer beso. En la primera vez que ella lo había acogido en su interior y había comprendido que sus cuerpos se habían fundido en un único organismo en que ya no era posible distinguirlos ni separarlos. ¿Lo volvería a hacer? Sí. Mil veces sí. Sin lugar a dudas.

—Para siempre —repitió.

Cuando llamaron a la puerta, Giuditta se sobresaltó. Se llevó una mano al pecho y sonrió volviendo a la realidad. Dejó la carta sobre la mesa, se levantó y fue a abrir.

—¿Quién es? —preguntó.

—Giuditta, la judía —contestó la voz de un hombre—, mi ama quiere verla.

Giuditta abrió la puerta. No conocía al criado.

—Mi ama quiere verla —repitió el hombre.

—¿Quién es su ama?

—Ya lo verá.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Giuditta estaba desconcertada, no sabía qué responder.

—La góndola de la señora nos espera —dijo el criado.

—¿Es por un vestido? —preguntó.

—Mi ama me ha mandado para que la recoja. No sé más.

Giuditta se echó una capa de fustán a los hombros y siguió al siervo por la escalera y, a continuación, por el campo. Mientras caminaba no dejaba de pensar en Mercurio. Sí, iría con él a donde fuese.

La góndola estaba atracada en el muelle de los Ormesini. El criado la ayudó a subir y después ordenó al gondolero que remase.

En poco tiempo se detuvieron en el muelle privado de un palacio de tres pisos que daba al Canal Grande. La fachada era elegante y estaba finamente diseñada. Las ventanas estaban enmarcadas por unas ligeras columnas de mármol que se retorcían sobre sí mismas hasta los capiteles, y los cristales eran de colores y estaban emplomados.

El criado la hizo bajar y luego le dijo que siguiera al sirviente con librea que, en

silencio, la escoltó hasta el primer piso del palacio. En el aire flotaba el desagradable olor a excrementos de perro. El sirviente la hizo acomodar en una sala revestida de raso adamascado. Apenas entraron una criada se apartó de una pared, como si la hubiesen pillado en falta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el criado con severidad.

La criadita enrojeció y desapareció a toda prisa.

El sirviente se acercó a la pared y cerró una pequeña mirilla.

—Espere aquí —dijo a Giuditta. A continuación, salió.

Giuditta no sabía qué hacer, de manera que, atraída por el vocerío procedente de la habitación contigua, se acercó a la mirilla. Resistió unos segundos, pero después, cediendo a la curiosidad, apartó la minúscula tapa de raso, idéntico al de las paredes, y miró.

Lo primero que vio fue una mujer de espaldas. Estaba sentada muy tiesa a un escritorio ligero y dorado. La habitación era elegante y refinada.

Además de ella había dos criados apostados en una puerta. Gruesos y almidonados. Y también un hombre de unos cincuenta años, de aire enfermizo, a buen seguro un hombre del pueblo, pese a que la ropa que lucía era bastante digna. Sujetaba en la mano un sombrero blando de terciopelo negro. Estaba calvo y sudado. Parecía inquieto.

—Se lo ruego, señora —lloriqueó dirigiéndose a la mujer.

—Podías haberlo pensado antes —dijo la mujer sin perder la rigidez.

Giuditta tuvo la impresión de que conocía la voz.

En ese momento entró un aristócrata. Elegantísimo. Y deforme. Avanzó por la habitación sin dignarse mirar al hombre. Se limitó a echar una ojeada complacida a la mujer que estaba de espaldas.

—Te gusta mirar, ¿eh? —le dijo con voz chillona.

—Tu satisfacción es la mía —contestó la mujer. A continuación se puso de pie y se volvió.

Giuditta la reconoció. Era Benedetta. Giuditta sintió la tentación de escapar, pero permaneció pegada a la mirilla. Vio que Benedetta la miraba. Se apartó, pensando que la había descubierto, pero después comprendió que Benedetta sabía de sobra que ella estaba allí detrás. Quizá la criada solo había simulado que la descubrían. Quizá su intención era mostrarle la mirilla, al igual que el sirviente. Habían tramado todo para que ella los espíase.

Cuando Giuditta volvió a apoyar el ojo en la mirilla, Benedetta le sonrió. Después se volvió hacia los dos criados que, entretanto, habían inmovilizado al hombre, que ahora lloraba desesperado. El noble deforme empuñaba en la mano una navaja de barbero. La puso en la boca del hombre. El llanto de este se redobló.

—Esto por lo que dijiste —afirmó el aristócrata a la vez que le hacía un corte en

el punto en que el labio superior se une al inferior, a la izquierda, desgarrándole la mejilla.

El hombre gritó, chorreando sangre.

—Limpiad —dijo el aristócrata. Luego se dirigió a Benedetta—. ¿Vienes, querida?

Benedetta se volvió hacia la mirilla, detrás de la cual Giuditta se había quedado petrificada.

—No. Tengo una cita.

Giuditta creyó que se iba a desmayar. Corrió hacia la puerta para escapar, pero el sirviente estaba allí.

—Sígueme —le dijo.

Con el corazón latiendo enloquecido, Giuditta lo siguió por un largo pasillo. Un par de perros pequeños y sarnosos ladraron a sus espaldas. El sirviente la hizo entrar en la habitación en que Benedetta la esperaba de pie en la alfombra azul manchada con la sangre del hombre al que acababan de cortar la boca.

Benedetta la miró en silencio. «Destrucción, ruina y desgracia sobre ti. Hasta la muerte», pensaba. El odio que sentía por la judía no tenía fondo.

—Hola, Giuditta —le dijo—. ¿Te ha gustado el espectáculo?

Giuditta tenía miedo. No alcanzaba a hablar.

—Ese hombre dijo algo inconveniente sobre mí —explicó Benedetta—, y el príncipe, mi señor, no soporta que hablen mal de mí. Es irascible. Y cruel.

Giuditta asintió con la cabeza. Se sintió estúpida y vulnerable.

Benedetta la miraba contenta. No era cierto que el hombre había hablado mal de ella. De haber sido así lo más probable era que al príncipe Contarini no le hubiera importado. En realidad había hablado mal de él. Pero eso Giuditta no podía saberlo y lo único que interesaba a Rebecca era que la judía estuviese lo suficientemente asustada para creerse todo lo que pensaba decirle. Se acercó a ella.

—¿Sabes por qué soy la amante del príncipe? —le preguntó.

Giuditta estaba recuperando el aliento. Negó con la cabeza.

—Porque me conviene. Ahora soy rica y todos me reverencian. Me respetan. Tengo poder. —Asintió con la cabeza—. Porque me conviene —repitió—. Y por Mercurio.

Giuditta frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver... Mercurio?

Benedetta dio un paso hacia ella.

—¿Has podido sentir la crueldad que corre por las venas de mi señor?

Giuditta asintió con la cabeza.

—Hace tiempo Mercurio ofendió al príncipe. Pregúntaselo —explicó Benedetta desafiándola con la mirada—. El príncipe me quería, me deseaba, y Mercurio me

defendió. Lo humilló. Se salvó únicamente porque un criminal muy poderoso se entrometió. Se llama Scarabello...

Giuditta se quedó boquiabierta. Recordaba el nombre de ese tipo. Era el mismo que había matado a Donnola.

—¡Ah! ¡Lo conoces! —exclamó Benedetta encantada. Eso favorecía su plan—. En todo caso, el príncipe juró que mataría a Mercurio. ¿Por qué crees que se fue a vivir a Mestre? No porque sea una ciudad alegre, por descontado. Está allí porque en Venecia correría peligro. Se arriesga cada vez que pone un pie en ella. —Benedetta hizo una pausa dejando que el peso de sus palabras se instalase en el ánimo de Giuditta—. Por el momento puedo tener a raya a mi príncipe —continuó—. También estoy con él para salvar a Mercurio.

—¿Entonces...? —preguntó Giuditta.

Benedetta cabeceó con sumo desprecio.

—Pobre idiota —dijo—. Entonces no tengo intención de salvarlo para que se divierta contigo. —Giuditta estaba confundida—. ¿Aún no lo entiendes? —preguntó Benedetta alzando la voz—. Tienes que alejar a Mercurio de ti. Tienes que decirle que no lo quieres y debes ser convincente. —Le pellizcó una mejilla, como se hacía con los niños—. Si no lo haces, dejaré de protegerlo.

—¿Por qué haces esto...? —preguntó Giuditta, aún más aterrorizada que antes.

Benedetta se rio.

—Porque te odio. Porque no vales una mierda. Porque no te lo mereces. Y porque no quiero que puedas gozar de él gracias a mi sacrificio. —Se aproximó a ella—. O no lo tiene ninguna de las dos... o dejaré que el príncipe lo mate.

Giuditta sintió que una furia incontenible le sacudía el pecho.

—¿Y dices que lo quieres? —exclamó con la cara encendida.

Al verla tan acalorada, Benedetta sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué hay entre vosotros? —preguntó mientras una sospecha se abría paso en su mente. Conocía esa luz en los ojos de una mujer. Giuditta tenía la mirada de una que sabe lo que significa tener un hombre. La mirada de quien conoce las manos y las caricias de un hombre. Y las alegrías del amor—. ¿Te has acostado con él? —le preguntó con voz sombría, pero sin aguardar la respuesta, porque la había leído ya en sus ojos. Mientras lo decía sintió una punzada desgarradora en el corazón que la obligó a apretar la mandíbula y rechinar los dientes, como un animal feroz.

Giuditta se ruborizó y dio un paso hacia atrás.

—¡Putá! —gritó Benedetta alzando una mano para darle una bofetada, pero se contuvo—. ¡Putá judía! —repitió jadeando—. ¡Sí! ¡Lo quiero tanto que estoy dispuesta a matarlo! —Miró fijamente a Giuditta—. Pero tú nunca podrás comprenderlo —añadió con una voz baja y ronca—, porque tú no eres una mujer sino una fulana con el coño mojado y el corazón seco. Una mujer es capaz de hacer lo que

sea por el hombre que ama. ¡Incluso matarlo, sí! —La miró con un odio tan intenso que Giuditta reculó de nuevo—. ¿Y tú? ¿Serías capaz de hacerlo? ¿Estás dispuesta a hacer lo que sea? ¿Incluso a renunciar a él? —Esperó a que la respiración se le normalizase en el pecho—. Te estoy ofreciendo la ocasión de comportarte como una auténtica mujer por una vez en tu miserable y tibia vida. Demuestra que lo quieres como aseguras. Déjalo. Apártalo de ti. —La apuntó con un dedo—. ¡Y procura ser convincente! Si me entero de que lo ves a escondidas... —Dejó suspendida la frase a la vez que la miraba iracunda. De repente se dio media vuelta, aferró un cordón que colgaba del techo y tiró de él con furia. Cuando la puerta se abrió y apareció el sirviente le ordenó—: ¡Echa de aquí a esta puta judía!

Una vez en la calle Giuditta dio unos cuantos pasos y se llevó una mano al pecho. No lograba pensar con lucidez. No daba crédito a lo que había sucedido. Se apoyó en la pared de una casa. Apenas notaba el ir y venir de personas alrededor de ella. Respiró hondo a la vez que el huracán de emociones y pensamientos empezaba a calmarse. Debía razonar, se dijo. ¿Cómo podía estar segura de que Benedetta no le había mentado? ¿Cómo? De una sola forma. El único que podía decírselo a ciencia cierta era Mercurio. Le preguntaría por el príncipe Contarini. Le preguntaría... A ese punto, su mente recuperó la lucidez de improviso. No. No podía preguntárselo a Mercurio. Si lo hacía y Mercurio le confirmaba la versión de Benedetta se negaría a no volverla a ver. Comprendería que ella lo estaba evitando por una razón que tenía que ver con sus preguntas. Entendería que Benedetta estaba involucrada de una forma u otra. El riesgo era demasiado grande y Giuditta se dio cuenta de que no podía correrlo. No podía arriesgarse a que Mercurio no aceptase su rechazo. ¿Era cierto que Mercurio se había mudado sin una lógica aparente a Mestre? La respuesta era sí. ¿Mercurio conocía a Scarabello? La respuesta era sí. Y eso era todo lo que tenía en la mano para tomar su decisión, se dijo Giuditta.

Comprendió lo que pretendía hacer Benedetta. Si quería de verdad a Mercurio no podía arriesgarse a condenarlo. Pese a que no tenía la certeza absoluta, debía alejarlo de ella. Acababa de ver de qué era capaz ese monstruo del príncipe. Y había sentido el odio de Benedetta. La historia era cierta, se dijo. Debía de serlo y, en todo caso, ella no podía poner en riesgo la vida de Mercurio.

—Te quiero... —dijo. Pero no fue capaz de pronunciar su nombre.

Se dejó caer al suelo. No podía respirar, no podía llorar, no podía razonar. Solo pensaba que su vida había tocado a su fin.

Permaneció allí, en el suelo, mientras la gente pasaba por su lado, sin moverse, hasta el atardecer. Cuando se hizo de noche se encaminó cansinamente hacia el gueto.

Cuando casi había llegado al puente vio que su padre bajaba de una barca.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Isacco.

—En ningún sitio —contestó Giuditta con un hilo de voz y la cabeza inclinada,

sin mirarlo.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

Caminaron hasta casa en silencio. Cuando abrieron la puerta Giuditta vio la carta que había escrito para el día en que escaparía con Mercurio a donde él quisiera.

—¿Qué es? —le preguntó Isacco señalándola.

Giuditta la cogió.

—Un pedazo de papel.

—¿Qué hay escrito?

—Bobadas —dijo Giuditta tirándola al fuego.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Isacco.

Giuditta miraba las llamas que devoraban la carta. Y su vida.

—¿Es por ese..., por Mercurio?

Giuditta se volvió hecha un basilisco, con el semblante sacudido por el dolor y la rabia.

—¡No quiero volver a oír hablar de él! ¡No lo olvides! ¡Nunca más! —gritó.

Tercera parte

Venecia – Mestre

—Se acabó, no quiero volver a verte. No me busques —dijo Giuditta.

Mercurio la miraba con una especie de sonrisa torpe en la cara. Sabía que Giuditta no estaba bromeando y, sin embargo, no acababa de creerse lo que estaba sucediendo y los nervios le tensaban los labios en un espasmo que parecía una sonrisa. Además le contraía los músculos del abdomen y al temblar emitía una especie de gorjeo, similar a una risotada. O a un sollozo. Miró alrededor intentando recuperar el aliento.

Había oscurecido ya. La poca gente que deambulaba a esas horas por la ciudad subía y bajaba del puente de madera de Cannaregio a toda prisa, sin hacerles caso.

Esa mañana, Isacco, con el semblante sombrío, casi azorado, le había dado un mensaje que decía que fuese allí, al puente de madera de Cannaregio, por la noche, poco antes de que la Marangona ordenase el cierre de los portones. A Mercurio le había parecido extraño que Isacco le diese la nota, justo él, que se oponía a su amor con tanta testarudez. Mientras se dirigía al lugar de la cita se repetía que algo no encajaba, pero jamás se habría podido imaginar lo que estaba ocurriendo.

Miró de nuevo a Giuditta. Casi no podía distinguir sus facciones en esa oscuridad sin estrellas ni luna. Cabeceó.

—No... —dijo.

—Lo lamento, pero no me busques más —repitió Giuditta. Su voz parecía remota, sus ojos eran fríos.

—Pero ¿por qué? —logró decir, por fin, Mercurio.

—Porque he comprendido que no te quiero —dijo Giuditta en un tono de voz casi comprensivo, en lugar de áspero.

Mercurio creyó que se iba a morir. Se dio media vuelta. Notó que respiraba entrecortadamente, como después de una carrera.

—No te creo —murmuró.

—No quiero volver a verte —dijo Giuditta a su espalda.

Mercurio percibió cierta discrepancia en la voz y se volvió de golpe.

Giuditta apretó los puños. Sintió que las uñas se le clavaban dolorosamente en las palmas.

—No te quiero —dijo casi sonriendo, como si fuese una cosa sin importancia.

Mercurio seguía cabeceando.

—No. No me lo creo. No me lo creo..., no me...

—Mírame a los ojos —lo interrumpió Giuditta. Temía echarse a gritar en cualquier momento y debía mantener la calma—. No-te-quiero —recalcó.

Mercurio la miraba fijamente, tenía la impresión de que no la reconocía. Se llevó las manos al pecho sin dejar de jadear.

—Mírame —repitió Giuditta. Esperó a que los ojos de Mercurio se detuviesen en

los suyos. Confió en que la oscuridad la ayudase a ocultar su angustia—. Mírame atentamente. ¿Ves dolor? ¿Desesperación? ¿Ves miedo? ¿Mentira? —El tono de Giuditta era sereno, como si estuviera hablando con un niño por el que sentía pena, pero no afecto. Pese a que tenía la impresión de estarse muriendo por dentro—. No, ¿verdad? —prosiguió bajando la voz—. Me miras a los ojos y ves... lo que ves. Nada. ¿Y sabes por qué? Pues porque no te quiero.

Mercurio dio un paso hacia ella.

Giuditta se tensó.

Mercurio tendió una mano para tocarla.

—¡No! —dijo Giuditta. No podía soportar el contacto físico. Era imposible—. No —reiteró en un tono más neutro.

Mercurio retiró la mano.

—No me lo creo... —repitió, pero con debilidad.

—Deberás hacerte a la idea —dijo Giuditta.

—¿Por qué?

—Porque ha sucedido algo que no había previsto —contestó Giuditta con calma.

—¿Qué?

—No tiene importancia, ya no tiene importancia.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —preguntó Mercurio cabeceando, aún incrédulo, turbado—. Yo... yo...

En ese momento el último tañido de la Marangona vibró en el cielo de Venecia.

—Lo siento. Ahora debo marcharme —dijo Giuditta rezando para no desplomarse al suelo, destrozada, al menos hasta llegar al portón que daba al Ghetto Vecchio. Se volvió y caminó lentamente. Rígida.

—Giuditta... —dijo Mercurio a su espalda.

Giuditta guiñó los ojos y se mordió los labios, pero no se detuvo. A cierta distancia, un músico callejero tocaba un laúd entonando una melodía melancólica.

—Giuditta... —repitió Mercurio detrás de ella.

Giuditta siguió andando. Embocó el callejón que pasaba por debajo de un edificio y que daba acceso al *campo* del Ghetto Vecchio.

El músico seguía tocando el laúd. La melodía arrancaba remolinos de tristeza. Las notas asumieron en el callejón una sonoridad espectral, que reverberaba en el espacio angosto. En el aire se expandía el olor a orina humana y al moho que crecía a los pies de las paredes.

Giuditta sabía que Mercurio la seguía. Pese a que no oía sus pasos, podía percibir su dolor. Pero no bastaba, aún no bastaba. Giuditta había previsto que sufriera mucho más.

Antes de llegar al portón del gueto sonrió a un muchacho que la estaba esperando, el tal Joseph, que Mercurio ya había visto cuando Isacco le había encomendado que

protegiere a su hija. Giuditta le acarició con ternura una mejilla y a continuación le dio un beso en los labios. Prolongado. Lánguido.

Sintió un estremecimiento a su espalda. Pensó que era el corazón de Mercurio, que se partía en mil pedazos. A partir de ese momento, la odiaría, pensaría que era una puta.

Cogida de la mano de Joseph y con la cabeza en uno de sus robustos hombros, Giuditta, conteniendo el aliento, dejó atrás a los guardias que estaban cerrando.

Oyó el ruido sordo que hacían los portales detrás de ella y luego el chirrido de la llave. Abrió la boca. Las piernas le fallaron. Joseph hizo ademán de agarrarla. La joven lo apartó de un empujón, furibunda. Se apoyó en una pared. Intentó respirar y luego echó a andar hacia su casa. Solo que, esta vez, corriendo.

Joseph se había quedado parado en medio del *campo*. Sabía que no debía hacer más.

Giuditta cruzó el portón. Tenía en la boca el sabor de Joseph, tan diferente del de Mercurio. Se inclinó hacia delante. Vomitó a los pies de la escalera, después, trastabillando, llegó al rellano del cuarto piso. Miró el suelo de madera en que se había echado la primera vez que había hecho el amor con Mercurio. Pensó en el palomar del tejado, y en que nunca volvería a subir a ver a las palomas, que habían sido testigos de su placer y alegría. Acto seguido entró en su casa y se tiró al suelo. Exhausta.

Isacco se asomó desde su habitación. Ya estaba preparado para irse a la cama.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —le preguntó inquieto.

Giuditta no le contestó.

Isacco se acercó a la ventana para cerrar los postigos.

En ese instante se oyó la voz de Mercurio, que gritaba algo en medio de la noche.

Isacco se apresuró a cerrar la ventana. Miró a Giuditta y no fue capaz de aproximarse a ella. Se quedó de pie, paralizado.

—No digas una sola palabra... —murmuró Giuditta.

Isacco se dirigió a su habitación, asustado por el dolor de su hija, y cerró la puerta.

El grito de Mercurio volvió a rasgar la noche.

Giuditta no entendió qué decía, pero le pareció el alarido de un animal herido de muerte.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —volvió a gritar Mercurio abalanzándose sobre el portón

—. ¿Qué voy a hacer?

—Vete, muchacho —le dijo uno de los guardias.

Mercurio no lo oyó. Aporreó el portón.

—Si no te vas te tiraré de aquí a patadas en el culo —lo amenazó el guardia.

El otro soldado le hizo un ademán para que mantuviese la calma. Se acercó a Mercurio y le agarró un brazo.

—Lo siento, muchacho —le dijo.

Mercurio lo miró extraviado.

—¿Se ha acabado?

El soldado hizo una mueca de embarazo.

—Se ha acabado, sí, así que deja ya de tocarnos los huevos —dijo el otro guardia.

Mercurio se volvió de golpe apretando los puños, pero enseguida se dio cuenta de que en su alma solo había sitio para el dolor. De manera que se dio media vuelta y se marchó.

Pensó que, realmente, no sabía lo que iba a hacer.

Vagó durante toda la noche, caminó por calles y callejones, cruzó *campos*, atravesó los puentes de piedra y de madera. Se guareció de la lluvia que, a cierto punto, empezó a caer a cántaros, bajo los pórticos de San Marco. Cuando dejó de llover se sentó en un escalón mojado de la basílica.

Y cuando, al amanecer, salió el sol, se despertó y echó de nuevo a andar. A medida que aumentaba la intensidad de la luz se sentía más perdido. Pensó que de noche, en la oscuridad, podía contener su dolor, pero no estaba preparado para mirar su vida a la luz del día.

Cuando vio aparecer el sol por los tejados de las casas echó a correr en dirección opuesta, como si fuese posible huir de su primer día sin Giuditta.

Se escondió en un callejón que atravesaba un edificio hasta que la luz entró también allí, entonces subió a una barca y se hizo llevar a Mestre. Llegó a casa de Anna a media mañana.

Mientras cruzaba el huerto vio que Isacco lo miraba y que, después, bajaba los ojos.

Se sintió humillado, herido. Se abalanzó contra Isacco apretando los puños, tendiéndolos en el aire.

—¿Por qué coño me miras tan mustio, cabrón? —le gritó—. ¡Deberías bailar y celebrarlo, pedazo de mierda!. ¡Has ganado! ¡Has ganado!

El capitán Lanzafame se interpuso entre Mercurio e Isacco, listo para impedir la pelea. Pero Isacco le agarró un brazo.

—No —dijo sin más. Por un instante su mirada se cruzó con la de Mercurio.

En ese momento Mercurio se dio cuenta de que Isacco lo compadecía. Entonces se sintió aún más herido y furioso.

—¿Ahora lo lamentas? ¿Ahora? —gritó con las venas del cuello hinchadas, espumando saliva y los ojos casi fuera de las órbitas—. ¡¿Ahora?! ¡Cabrón! ¡Cabrón!

—Mercurio —dijo a su espalda Anna del Mercato que había salido de casa alarmada por los gritos.

Mercurio se volvió.

—¡Que te den por culo a ti también, Anna! —vociferó y a continuación se marchó.

Se precipitó al muelle de la pescadería, ordenó a Tonio y a Berto que lo llevaran de nuevo a Venecia, bajó en Rialto y corrió hacia el Castelletto.

Al llegar al patio que había entre las torres miró alrededor. Buscaba a la joven que lo había turbado antes de hacer el amor con Giuditta, pero las prostitutas eran numerosas y no podía encontrarla.

Así pues, siguió a una puta que lo invitó a su habitación de la planta baja. Casi le arrancó la ropa. Le cogió el pecho flácido entre las manos y lo apretó hasta hacerle daño. La tiró sobre una mesa donde un ratón mordisqueaba tranquilo un trozo de pan lleno de moho. La giró y le levantó iracundo la falda. Le abrió las piernas, se bajó los calzones y la penetró con violencia. Se hundió en el cuerpo de la prostituta con todas sus fuerzas, como si quisiera perderse, como si tuviese que desaparecer dentro de ella. O como si esa mujer fuese el cubo de la basura donde arrojar su rabia, su dolor y su desesperación.

Cuando llegó el placer gruñó apretando los dientes, como si estuviera conteniendo un sollozo. Se contrajo aferrándose a las nalgas de la mujer y clavándole las uñas en la carne.

La prostituta gritó.

Mercurio levantó un puño, listo para golpearle en la espalda.

La puta se asustó.

—No, te lo ruego..., no me hagas daño...

Mercurio la soltó. Jadeaba. Abrió la mano. Cogió una moneda y la tiró sobre la mesa. Se subió los pantalones y salió tambaleándose de la habitación donde se había transformado en un animal y había tratado a una mujer como tal.

—¡Bastardo! ¡Pedazo de mierda! —gritó a sus espaldas la prostituta cuando estuvo lo bastante lejos.

Mercurio casi no la oyó. Se miraba las manos, como si estuvieran sucias de sangre.

Las piernas le flaqueaban, pero siguió andando. Lentamente. Arrastrando los pies en el barro.

Llegó al río de Santa Giustina y caminó por su orilla hasta que se abrió en la laguna. Vio la isla de San Michele. Vio a la consabida mujer con el consabido niño delante del consabido retrete en lo alto del puente tambaleante. Vio el agua podrida llena de ratas y excrementos. Sintió el olor de los restos de pescado que se podrían apestando el aire. Vio a un borracho que caía de bruces en un charco de barro. Vio a unos niños que le clavaban unos bastones riéndose.

Dejó que su mirada se ofuscara y se vio a sí mismo en la alcantarilla romana que había frente a la isla Tiberina. Se vio encadenado a un camastro en el dormitorio de Scavamorto. Se vio en las habitaciones frías del orfanato de San Michele Arcangelo. Vio sus manos enrojecidas por el frío, con los dedos amarillos y morados, envueltos en trapos y llenos de llagas. Vio al fraile que levantaba una fina rama de sauce y le azotaba con ella la espalda. Vio el cuenco de madera en que servían la sopa de siempre en el comedor.

Y luego vio lo que nunca había visto.

Vio a una prostituta idéntica a la que acababa de penetrar en el Castelletto que avanzaba cansada, casi arrastrándose, por los escalones del orfanato. Vio que llevaba un bulto. Vio que era un niño, un recién nacido. En ese momento se reconoció a sí mismo. Vio que la puta lo dejaba en el torno, en el frío, y que le decía: «Espero que te mueras, bastardo». Lo decía con la misma rabia de los hombres que la habían poseído. Como había hecho él mismo, hacía poco.

Rabia. Rabia que generaba rabia, y que había sido generada por la rabia en una cadena infinita.

Mercurio comprendió que seguía estando allí, prisionero de su rabia. Como si jamás se hubiera movido del torno del orfanato. La gente como él había nacido en arenas movedizas y nadie se había salvado de ellas.

Se volvió hacia la derecha, inmerso aún en sus sombrías reflexiones, y se quedó boquiabierto.

Zuan dell'Olmo había puesto el barco en seco. La quilla estaba punteada por unos gruesos troncos y el tejado del astillero había sido reparado.

Mercurio se acercó. Miró el barco con el que quería llevarse de Venecia a Giuditta en busca de un mundo mejor. Un mundo libre.

Se inclinó, cogió una gruesa piedra y la lanzó contra la quilla de la embarcación.

Oyó un ruido detrás de él. *Mosè* estaba allí, pero no se atrevía a acercársele. Aullaba quedamente, coleando con temor, con la cola baja.

Mercurio cogió otra piedra y la lanzó una vez más contra el barco.

Mosè huyó.

—¿Quién es? —preguntó Zuan dell'Olmo, que acababa de aparecer.

Mercurio no le contestó.

—Ah, eres tú... —dijo el viejo—. ¿Qué te pasa?

Mercurio se volvió.

—Húndelo.

—Pero ¿qué dices, muchacho? —Zuan tenía la misma expresión de temor que su perro.

—Te quejabas de que no tenías dinero para hundirlo, ¿no? —dijo Mercurio en tono duro, como si el odio se hubiese apoderado de él. Sacó del bolsillo las once liras de oro con las que había comprado la nave y las tiró al suelo—. Bueno, ahí las tienes. Me lo has vendido. El barco es mío y te ordeno que lo hundas.

Zuan abrió su boca desdentada. Tenía los ojos brillantes. Cabeceaba. Miró a su perro y abrió los brazos.

—*Mosè* ha aprendido a ir en barco... Lo he probado... —balbuceó como un niño—. No sufre de mal de mar...

Mercurio no dijo una palabra. Miraba la laguna y la isla de San Michele, pero no veía nada.

—Húndelo —repitió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán Lanzafame—. ¿Ya no estás enfadado con el muchacho?

Isacco lo miró.

—Olvídalo —dijo—. Me da pena.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar el capitán Lanzafame.

—No lo sé, pero Giuditta no quiere que se lo nombre...

—Entonces, el chico tiene razón: deberías celebrarlo.

—Pues sí. —Isacco cabeceó con tristeza—. En cambio lo lamento. Me da pena. Pobre. Jamás me lo habría imaginado.

—¿Por qué?

—Porque... —Isacco hizo una mueca de disgusto—. Porque estaba haciendo todo lo posible para salirse con la suya, y ahora, de repente, va a tirar la toalla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque su naturaleza oscura lo empujará a hacerlo. —Isacco apretó los dientes—. Le dirá... que no vale la pena.

—¿Te ha ocurrido a ti? —preguntó Lanzafame en voz baja.

—Continuamente —contestó Isacco—. Continuamente.

—Y aquí estás. El médico de las putas que combate el mal francés enfrentándose a todos.

Isacco miró al capitán. Sus ojos se entristecieron.

—Soy más afortunado que él. Dondequiera que esté, mi mujer me cubre la cabeza con una mano. Día y noche. Y me protege. Ese chico, en cambio..., no tiene a nadie.

—Estás celebrando el funeral sin el muerto, Isacco —dijo Lanzafame.

—Espero que tenga usted razón. —Isacco miró en derredor. En el establo se trabajaba a marchas forzadas—. Vamos retrasados. A este paso no acabaremos nunca —refunfuñó.

Lanzafame olfateó el aire.

—Mira el lado positivo, doctor. Al menos ya no huele a vaca. Donnola tenía razón: vosotros, los judíos, os pasáis la vida haciéndoos las víctimas.

Isacco sonrió con melancolía.

—Nos habría sido muy útil. Era el mejor asistente que uno desearía tener.

—No te lo puedo devolver —dijo Lanzafame en tono duro—, pero ese cerdo de Scarabello me las pagará. Lo degollaré con mis manos. Lo colgaré cabeza abajo de una viga y haré salir toda la sangre de la garganta, poco a poco.

De improviso, se oyeron unos gritos en el exterior.

—¿Qué sucede? —preguntó Lanzafame dirigiéndose a la puerta.

Isacco lo siguió.

—¡Judíos y putas! —gritaba un hombre que capitaneaba a un centenar de personas—. ¡No os queremos en Mestre! ¡Marchaos de aquí!

Las prostitutas que aún podían mantenerse en pie se amontonaron en la puerta. Sus cuerpos y sus caras, antes seductoras, estaban devastadas por las pústulas, las llagas, la debilidad, el hambre y el miedo. Miraban preocupadas. Las habían expulsado de la torre de los arrendajos hacía apenas unos días y aún tenían en los huesos y en el alma el miedo que les había causado verse en la calle. Las aterrizzaba la idea de perder lo poco que tenían.

Nada más verlas la gente empezó a gritar más fuerte. Sobre todo las mujeres, que temían por sus maridos.

—¡Putas! ¡Putas!

—Entrad —les ordenó Lanzafame.

Pero las prostitutas estaban petrificadas.

—¡Malditas putas! —vociferó una mujer adelantándose. Cogió una piedra y la tiró a la entrada del establo.

La piedra golpeó a una prostituta en una rodilla. La mujer chilló y perdió el equilibrio.

Apenas cayó al suelo, al barro que olía a estiércol de vaca, la multitud se enardeció. Avanzó como un río en crecida.

—¡Quietos! —gritó Lanzafame desenvainando la espada. Pero estaba solo. Había despedido a sus soldados cuando había desaparecido la necesidad de defenderse de Scarabello—. ¡Quietos!

La multitud frenó, pero no se detuvo. Hervía y espumaba, como una ola de resaca que se dispone a romper en la playa.

—¡Quietos, en nombre de Dios! —gritó Anna del Mercato plantándose delante de la muchedumbre.

—¡Apártate, Anna! —gritó el hombre que lideraba la protesta—. ¡Maldita seas por habernos traído aquí a las putas y a los judíos! —Le dio un empujón y Anna cayó al suelo.

Lanzafame se lanzó hacia ellos apuntándolos con la espada.

La gente que iba a la cabeza se paró delante del arma, pero la de detrás seguía empujando y vociferando.

—¡Venga! ¡Aprisa! —dijo Lanzafame ayudando a Anna a levantarse. Sabía que solo iba a poder contenerlos unos segundos.

Anna lo miraba aterrizzata, no podía moverse.

La multitud empujaba y se acercaba a ellos, amenazadora.

—¡Date prisa, mujer! —gritó Lanzafame.

En lugar de levantarse, Anna se tapó los ojos con un brazo.

—Apártese, yo la ayudaré —dijo Mercurio apareciendo en ese preciso momento

y levantando a Anna—. ¡Vamos, deprisa!

Anna pareció despertarse. Se precipitó al establo a la vez que Lanzafame retrocedía también, frenando a la muchedumbre con la punta de su espada.

Anna abrazó a Mercurio cuando llegaron a la puerta del establo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —repetía.

—Porque la vida es una mierda —respondió con dureza Mercurio—. ¿Aún no lo has entendido a tu edad? —Acto seguido hizo ademán de abalanzarse sobre el hombre que encabezaba la protesta.

Isacco le aferró la barbilla.

Mercurio lo miró encolerizado.

El médico sostuvo la mirada en silencio, sin soltarlo.

La multitud empezó a apedrearlos.

—¡Dentro! ¡Dentro! —ordenó Lanzafame a voz en grito.

Mercurio se desasíó de Isacco, cogió varias piedras que les habían lanzado y las tiró a su vez con toda la rabia que seguía agitándolo.

Alguien cayó al suelo. El ímpetu de la gente disminuyó de golpe. Muchos se detuvieron y los que seguían avanzando, al verse solos, frenaron y miraron hacia atrás. Después gritaron a pleno pulmón, como si quisieran compensar el hecho de que también ellos estaban parándose y reculando.

Isacco dio un paso hacia delante.

—¿Por qué os molestamos, buena gente?

—¡No queremos putas y judíos en Mestre! —gritó la multitud.

—Pero ¿por qué? —dijo Isacco—. Son mujeres enfermas...

—¡Putas! ¡Son putas!

—Y yo soy un médico...

—¡Judío! ¡Sucio judío!

Lanzafame se acercó a él.

—Entra, doctor —le dijo.

—¡No! ¡No quiero seguir escondiéndome! —gruñó Isacco.

Mercurio miraba a la gente desde la puerta. Veía odio, rabia y desesperación en sus ojos. Veía las arenas movedizas en las que braceaban. Los veía ya muertos. Ahogados en su destino. Condenados. Y se sentía reflejado en cada uno de ellos.

Un joven se separó de improviso de la muchedumbre que hervía de animosidad. Avanzó poco a poco mirando fijamente a Isacco. Era fuerte, alto, rubio y tenía un solo brazo. El otro estaba amputado a la altura del codo.

Todos callaron repentinamente. La multitud y los asediados. Todos contenían el aliento.

El joven se paró a pocos pasos de Isacco.

Mercurio vio que no había odio ni rabia en sus ojos.

El joven sonrió al médico.

Isacco lo miraba sin saber cómo comportarse. Entonces el joven alzó el puño y lo agitó en dirección a Isacco.

—Esto me lo cortó usted —dijo jovial. Se volvió hacia la muchedumbre y buscó con la mirada a alguien—. ¡Susanna! —gritó sin dejar de agitar el puño en el aire—. ¡Me lo cortó él!

La multitud murmuró sin comprender.

Una muchacha con una melena larga y rubia, y un niño en brazos emergió de la muchedumbre. Miraba al joven asintiendo con la cabeza.

Mercurio vio que también sonreía apretando el paso.

La muchacha se acercó al joven, le pasó el niño y luego se encaminó hacia Isacco. Cuando llegó a su lado se tiró al suelo delante de él. Le cogió una mano y se la besó.

—Que Dios le bendiga, señor —dijo conmovida.

El joven, con el niño en el brazo sano y agitando el puño hacia la gente como si fuera un trofeo gritó: —¡Es el médico que me salvó!

A ese punto, mientras la gente murmuraba confusa y las prostitutas volvían a asomarse por la puerta del establo, otro hombre, de unos treinta años al que le faltaba una pierna, se separó del grupo apoyándose en unas muletas y se aproximó al joven sin brazo, después de haber mirado a Isacco risueño. Su mujer se puso enseguida a su lado. Haciendo un gran esfuerzo, dos mutilados más se unieron a sus antiguos compañeros, muy tiesos y orgullosos. Los acompañaban sus esposas y sus hijos.

—¡Gracias a él sigo respirando y puedo andar! —vociferó otro al que le faltaba un pie y que se apoyaba en una prótesis de madera atada con una correa de cuero a los restos de una pierna.

Un hombre tras otro, fue emergiendo de la multitud un pequeño y patético ejército. A unos les faltaba un brazo, a otros una pierna, algunos solo habían perdido un par de dedos, otros estaban simplemente cojos o ciegos, o tenían cicatrices que, si bien no se veían, habían sido cosidas por Isacco cuando, hacía ya mucho tiempo, se había cruzado con la tropa de heridos del capitán Lanzafame camino de Venecia.

Isacco sentía una honda emoción.

—Ahora dime que no eres médico —le susurró al oído Lanzafame.

El reducido ejército se volvió hacia su comandante.

—Cuente con nosotros, capitán —dijo el joven hablando por sus compañeros.

Lanzafame se aproximó a ellos.

—¡Nunca he tenido una tropa tan extraordinaria, vive Dios! —exclamó con los ojos resplandecientes.

La multitud había enmudecido.

Mercurio vio que el odio y la rabia se evaporaban como las gotas de rocío con los primeros rayos del sol. Miró sus pies y comprobó que se habían liberado de las arenas

movedizas. Se volvió hacia Anna.

—Siento lo de ayer... —dijo.

Anna le apretó la mano.

—Es bonito estar vivos y ver algo así, ¿verdad?

Mercurio no asintió. Aún no tenía fuerzas para hacerlo.

—¿Necesita ayuda, doctor? —preguntó el hombre de las muletas a Isacco.

—¿Qué hay que hacer? —inquirió otro.

—Todo, coño, mirad alrededor —contestó el joven lisiado.

—Los hombres podéis ocuparos de la cal —dijo una muchacha—. Nosotras echaremos una mano a estas pobres mujeres, que estarán hartas de tener manos de hombre en la entropierna.

Las mujeres se echaron a reír y se acercaron a las prostitutas.

—¿Vosotros, qué hacéis? ¿Venís a ayudarnos o no? —gritó el joven del muñón a la multitud.

La mayoría inclinó la cabeza y se marchó en silencio. Varios de ellos, sin embargo, se unieron al grupo.

Isacco buscó a Mercurio y se acercó a él.

—Todo esto es mérito tuyo, muchacho. ¿Te das cuenta? —le dijo—. Gracias.

Mercurio le lanzó una mirada torva.

—Ahora que ya no le preocupa su hija, le resulta fácil ser generoso, ¿verdad, doctor?

—Muchacho, me gustaría que supieses... —empezó a decir Isacco.

—Basta ya de idioteces, ¿no cree? —lo interrumpió Mercurio—. Ha logrado lo que quería, pero los dos sabemos que si se lo hubiera ofrecido yo, se habría negado. Así que ahórrese las escenas.

—Tienes razón —dijo Isacco—. Te pido perd...

—¡No me pida nada, hostia! —estalló Mercurio—. No me interesa —rezongó a la vez que se alejaba.

Dado que no podía soportar ver a toda esa gente que ya no miraba con odio y que había logrado salvarse de las arenas movedizas, se encaminó hacia Venecia.

Encontró a Scarabello a la entrada de la casa de empeños de Isaia Saraval.

—¿Tienes mi parte? —le preguntó.

Scarabello apenas se sostenía de pie. Estaba pálido. Tenía el labio inferior tumefacto, morado, partido en dos por una llaga purulenta. Su vestido negro estaba arrugado y sucio, y su pelo parecía opaco y menos abundante.

—Sí, muchacho..., tengo tu parte —contestó Scarabello haciendo un ademán al tuerto.

Este tendió a su amo un saquito de cuero negro, grueso y pesado, atado con un

lazo dorado.

Scarabello lo cogió y lo abrió.

Mercurio vio que le temblaban las manos.

Scarabello se quitó un guante para contar las monedas. Tenía el dorso de la mano completamente comido por una llaga infectada. Notó que Mercurio la observaba.

—Reconozco que he tenido días mejores. —Sonrió.

—Ya veo —dijo Mercurio con dureza.

Su mirada impresionó a Scarabello.

—Te has convertido en un hombre —dijo jadeando levemente—. En unos días.

Mercurio tendió la mano.

—Dame mi dinero.

Scarabello contó las monedas que le debía poniéndolas una a una en la palma de la mano. Al llegar a la última la sostuvo suspendida en el aire.

—Solo las grandes derrotas nos hacen hombres. ¿Cuál es la tuya?

—Métete en tus asuntos —contestó Mercurio arrancándole de la mano la moneda. El tuerto hizo amago de intervenir.

—No —dijo débilmente Scarabello—. Es suya.

Mercurio escrutaba al tuerto con aire desafiante.

Scarabello sonrió y dijo a su hombre.

—A partir de hoy te conviene evitarlo. Este hombre ya no tiene nada que perder.

—Siempre has sido un gran filósofo —comentó Mercurio. Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo—. ¿Cuál ha sido tu gran derrota? —le preguntó.

Scarabello señaló el labio llagado.

—Esta —respondió y, de improviso, se desplomó al suelo.

Cuando Mercurio entró en el establo con Scarabello en brazos se hizo un silencio tenso.

Lanzafame desenvainó el puñal.

Isacco se acercó a ellos con una mirada dura.

—¿Qué más quieres? —preguntó a Scarabello.

—Está enfermo —explicó Mercurio.

—¿Y qué? —preguntó Lanzafame apretando el puñal.

—Pues que él es médico —contestó Mercurio.

—No para él —dijo Lanzafame acercando el cuchillo al cuello de Scarabello—.

Para eso estoy yo. —Lo miró—. ¿Te acuerdas de Donnola?

Scarabello esbozó una débil sonrisa.

—Capitán, no necesita... vengarlo... —dijo con un hilo de voz—. Él se ocupó... de eso... —Se tocó el labio—. Esto me lo... regaló... Donnola... Me condenó a una muerte lenta y dolorosa... en lugar de dulce y rápida, como la que podría

proporcionarme su arma... Dejad... que sea él... el que me mate... —Jadeó—. No le prive... de ese privilegio... —Se desmayó.

—Tumbadlo en esa cama —dijo Isacco a Mercurio.

—¿Qué demonios estás pensando? —preguntó Lanzafame iracundo—. Este gusano mat...

—¡Tiene razón el muchacho! —gritó Isacco al mismo tiempo que las prostitutas se apiñaban a su alrededor—. ¡Soy médico y lo curaré, lo juro por Dios!

El criado entró en la tienda recorriéndola con la mirada, asombrado. Había vestidos por todas partes, tirados al suelo, sobre el mostrador y las sillas. También habían arrojado al suelo el maniquí que estaba en el escaparate que, al caer, había perdido la cabeza de madera pintada.

—¡Quiero saber cómo es posible! —gritaba Giuditta hecha un basilisco, arrancando los vestidos que estaban colgados del palo largo—. ¿Quién ha sido?

—Cálmate, hay gente —le dijo Ottavia acercándose a ella.

Giuditta se volvió hacia el criado, pero no lo vio.

—¡Quiero saber quién ha sido! —gritó de nuevo a pleno pulmón. Solo tenía rabia en el cuerpo. Desde que había roto con Mercurio no había vertido una sola lágrima. Ni siquiera una.

Ottavia la empujó hacia el probador.

—Ocúpate tú, Ariel —dijo al vendedor de telas señalándole al criado.

—¿Has sido tú? —gritó Giuditta a la modista—. ¿Tú has hecho esto? —Le mostró el interior de un vestido en el que había encontrado un pedazo de piel de serpiente—. ¿Has sido tú?

La modista hundió la cabeza entre los hombros.

—Giuditta... —dijo en voz baja.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —preguntó Ottavia.

—¡Los vestidos están llenos de cristales, pieles de serpiente, plumas de cuervo! —gritó Giuditta—. ¡Mis vestidos! Y toda Venecia...

—¡Vamos, dime quién es toda Venecia! —chilló más fuerte la joven y luego se volvió hacia Ariel Bak Zadok, que se había quedado atontado—. ¡Espabila! —le dijo iracunda antes de cerrar la puerta del probador.

El vendedor pareció volver en sí y se giró hacia el criado.

—Dime...

—He venido a retirar la ropa de las ilustrísimas señoras Labia, Vendramin, Priuli, Venier, Franchetti y Contarini —dijo el hombre.

—Ah, sí... —dijo Ariel Bar Zadok mirando alrededor desconsolado. Permaneció inmóvil unos segundos y luego alzó un dedo en el aire—. Espera un momento —dijo entrando en el probador a pasos pequeños y rápidos.

—¡Debe de haber sido alguien que trabaja para nosotros! —Se oyó gritar a Giuditta—. ¿Quién sino podría desear esto?

El comerciante cerró la puerta a su espalda. Al cabo de unos minutos la puerta se volvió a abrir.

—¡Puede haber sido cualquiera! —exclamaba Ottavia.

—¡No! ¡Los vestidos solo han estado en el taller de costura y aquí! ¡Es alguien

que trabaja para nosotros! —afirmó Giuditta a voz en grito—. ¿Qué pasa? ¿Nuestra maravillosa comunidad se opone? ¿Me tienen ojeriza a mí o al médico de las putas?

Ariel Bar Zadok apareció de nuevo con un voluminoso paquete. Sonreía apurado mientras cerraba la puerta.

—Aquí tiene, joven —dijo—. Por suerte había sido encargado ya y puesto a parte...

El criado cogió el paquete, miró de nuevo el desastre y se marchó.

Ariel Bar Zadok abrió la puerta del probador y anunció: —Estamos solos.

Giuditta lo miró y apretó la mandíbula.

—Estamos solos —repitió—. Estamos solos, sí. —Acto seguido salió de la tienda y se dirigió a su casa, donde vivía atrincherada desde hacía varios días sin contestar a las preguntas de su padre, sin hablar con Ottavia, sin comer. Y sin llorar.

Entretanto, el siervo cruzó varios soportales que conducían al puente de Cannaregio, y entregó el paquete a Zolfo.

—Gracias, Rodrigo —le dijo este.

—La joven judía gritaba como si la estuvieran degollando —dijo el criado.

—Ojalá.

—¿Qué?

—Que la degollasen.

—¿Qué te ha hecho?

—Es judía, para mí es más que suficiente —contestó Zolfo.

El criado Rodrigo se encogió de hombros.

—¿Y qué decía? —preguntó Zolfo.

—Lo que todos saben en Venecia.

—¿A qué te refieres?

—Dile a las señoras que estén atentas antes de ponerse estos vestidos —dijo Rodrigo—. Y también al ama.

—¿Por qué?

—Dile que se asegure de que no hay nada en los vestidos —insistió el sirviente en tono conspirador, como si estuviera en posesión de un gran secreto.

—¿De qué se trata?

El siervo miró alrededor.

—Brujerías —susurró—. Sortilegios.

—¿Qué tipo de brujerías? —le preguntó Zolfo.

—¿Qué crees que le ha pasado a nuestra ama? —preguntó el criado bajando aún más la voz.

—Deja ya de decir estupideces —dijo Zolfo.

—Te digo que no debería bromear con ciertas cosas —continuó el criado—. ¿Quieres saber algo? No dejaría que mi novia se pusiese esos vestidos aunque me los

regalasen. Ni aunque me pagaran. —Cabeceó—. En Venecia se dice que estos vestidos están embrujados.

—¿Quién lo dice?

—¡Todos!

—Escúchame —dijo Rodrigo pegándose a él—, conozco a una criada que es amiga de una lavandera que conoce al portero del palacio Priuli. Según parece este le ha contado que a una mujer que se puso uno de los vestidos le ha ocurrido algo peor de lo que le ha sucedido a nuestra ama.

—¿A qué te refieres? ¡Cuéntame, vamos!

—El vestido prendió fuego...

—¡No!

—¡Vaya que sí! Y cuando la mujer logró quitárselo de encima... y eso que no murió por puro milagro divino... Bueno, pues esta amiga me ha contado que la piel de serpiente que estaba...

—¿Ella la vio?

—¡Claro que no, palurdo! —contestó exasperado el criado—. Te he dicho que mi amiga es amiga de cierta lavandera que conoce al portero del palacio Priuli...

—Ah, ¿y sucedió allí?

—No lo sé, en esa zona desde luego. Ahora deja de interrumpirme. Escucha. En el vestido había una piel de serpiente. Mientras se consumía, pasto de las llamas, la piel cobró vida, se convirtió en una serpiente viva y se arrastró bajo la mirada de todos. ¿Qué me dices? ¿Es brujería o no?

—¡Caramba! —dijo Zolfo silbando.

—Ya estás advertido.

—Gracias, Rodrigo. Eres un amigo —dijo Zolfo—. Correré la voz, y hazlo tú también, te lo ruego.

—Puedes estar seguro —dijo Rodrigo—. En parte porque se dice que estos vestidos están manchados de sangre de enamorados...

—Por supuesto, ellos mismos lo dicen en la tienda —asintió Zolfo.

—Pues sí —dijo Rodrigo—, pero entretanto ha desaparecido un niño en Torcello. Ya se sabe que los judíos celebran ritos de sangre con niños cristianos...

—¡¿No?!

—Te digo que sí. —Rodrigo señaló el paquete de vestidos—. Ten cuidado.

Zolfo abrió desmesuradamente los ojos, asustado.

Después se dirigió al palacio Contarini y entró en la habitación de Benedetta. Cerró la puerta, soltó una risotada y le contó todo a su amiga, con pelos y señales.

—¡La serpiente que se arrastra por las llamas de Satanás! —dijo riéndose.

Benedetta, que estaba en la cama, asentía con la cabeza con aire lúgubre. Estaba pálida y tenía unas ojeras negras y profundas.

Zolfo se aproximó a la cama.

—¿Se te están curando las quemaduras de la espalda? —le preguntó.

—Sí —dijo Benedetta.

—El agua hirviendo es una cosa —dijo Zolfo—, pero ¿estás segura de que ese veneno no te matará?

—No tardaré en dejar de tomarlo —explicó Benedetta—, en cuanto todos crean que estoy siendo víctima de un hechizo pediré al imbécil de tu santo que me bendiga y exorcice y luego me curaré milagrosamente...

—¡No lo llares así! —dijo Zolfo.

Benedetta le sonrió. Sin escarnio. La suya era una sonrisa compasiva.

—¿No te das cuenta de que ya no te hace caso, ahora que es famoso?

—¡No es cierto!

—Parece un pavo real... con todos esos lameculos alrededor...

—No es cierto —dijo Zolfo con menor convicción.

—Ya no le sirves —prosiguió Benedetta.

—No es cierto...

Benedetta lo miró.

—Cuando hayas hecho lo que debes ve a entregar los vestidos —le dijo. Después se echó de nuevo en la cama. El arsénico que le había dado la maga Reina la debilitaba mucho.

Zolfo salió de la habitación. Escondió en los pliegues de los vestidos ortigas, esquiras de cristal, colas de lagartija, un sapo seco, y nueces podridas, que parecían unos minúsculos fetos negros. Después se asomó al salón que el príncipe Contarini había concedido al Santo desde que este había alcanzado una buena popularidad.

El hermano Amadeo estaba sentado en un sillón tapizado de terciopelo, alto y suave. Tenía las manos abiertas, con las palmas dirigidas hacia los invitados de ese día, en un ángulo tal que la luz de la ventana que estaba detrás de él se filtrase a través de los estigmas y les diese la impresión de que estos se iluminaban con luz propia. Los invitados lo miraban intimidados. Eran unas jovencitas estúpidas, viejas desdentadas, maridos enfermos de cáncer o del mal francés. Y, como no podía ser menos, había también varios estafadores que confiaban en sacar alguna ventaja de esa compañía.

—Aquí está el Monito —dijo uno de ellos al ver llegar a Zolfo.

Zolfo no le hizo caso, pese a que el mote le cargaba. Se acercó al hermano Amadeo para saludarlo.

—Ahí no, idiota, que me haces sombra —silbó el fraile.

Zolfo se apartó.

—Quería saludarlo, hermano Amadeo...

El Santo le dirigió una mirada maligna.

—Es la tercera vez que me saludas hoy. ¿No tienes nada más que hacer, aparte de zumbear a mi alrededor? —dijo irritado.

—Si zumba es una mosca y no un monito —dijo uno de los timadores.

El Santo se echó a reír.

Zolfo creyó que se iba a morir.

Cuando dejó de reírse, el Santo lo miró inexpresivo y le hizo un ademán impaciente.

—Esta noche he soñado con la Virgen María, estaba envuelta en una esfera luminosa —dijo entonces Zolfo recitando la frase que el hermano Amadeo le había escrito—, y me pidió que le dijese que el niño que desapareció en Torcello fue robado en realidad por los judíos para sus ritos satánicos —dijo.

El Santo se volvió a su auditorio.

—La Virgen María me ha hablado por boca de este torpe —dijo—. Hay que buscar al niño desaparecido en casa de los judíos, en su inmundo templo, en la cama de su rabino.

El grupo se agitó. Todos se inclinaron hacia el Santo para que la luz divina de sus estigmas y la sabiduría de sus palabras los redimiese de sus pecados.

—Judíos, gente de Satanás —murmuraron a coro.

Zolfo permaneció unos minutos más allí. Esperaba que el hermano Amadeo le hiciese algún gesto, le dedicase una sonrisa. Una señal para aplaudirlo por lo bien que había representado su papel. Pero el Santo no se dignó mirarlo. Entonces, sin que nadie lo viese, Zolfo se dirigió a la puerta y salió a la calle con el paquete de vestidos y, uno a uno, los entregó todos.

Cuando hubo terminado se dio cuenta de que casi le daba miedo volver al palacio. Tenía miedo de la soledad que ya no podía fingir que no veía. El hermano Amadeo lo había traicionado. No significaba nada para él, nunca lo había significado. Y Benedetta solo pensaba en sí misma y en el odio que sentía hacia Giuditta.

«Estás solo», se dijo Zolfo.

Y, al cabo de más de un año en que había respirado, caminado, comido y dormido gracias al odio feroz al que se había abandonado, sintió una pena en el alma y después una dolorosa punzada a la altura del estómago. Apretó los dientes para no gritar. Abrió la casaca que llevaba para examinarse, pero no se veía nada. Apoyó una mano y apretó.

—Empuja fuerte... —dijo.

Pero no era su voz, era la de Mercurio. Entonces, al inclinar la cabeza y mirarse el abdomen, se dio cuenta de que tampoco este era suyo. Al igual que el dolor. Era el dolor de Ercole, herido de muerte. Cayó al suelo llorando quedamente.

—¿Dónde estás, pedazo de bestia? —dijo en voz baja—. ¿Dónde estás? Te echo de menos..., te echo mucho de menos...

Se volvió a levantar y echó a andar por Venecia sin rumbo fijo, imaginando que iba cogido de la mano de Ercole, como antaño. Recordó su espantosa cara. Le pareció hermosa. Pensó en su mirada de idiota y tuvo la impresión de que no recordaba nada tan cálido como él. A diferencia de los de su amigo, los ojos de Benedetta y del Santo estaban vacíos. Eran unos ojos muertos.

—Te echo de menos, estúpido —dijo entrando en una zona que desconocía, que nunca había visto, compuesta de casas bajas de madera o ladrillos, hundiéndose en el barro de los callejones en que las alcantarillas estaban al aire libre, y en ellas flotaban excrementos y navegaban ratas tan grandes como gatos.

—¿Dónde estás? —preguntó al aire pensando en Ercole.

Durante algún tiempo había pensado que Benedetta podía darle amor, pero no había sido así. Hasta hacía poco se había aferrado a la esperanza de que el Santo le diese amor. Pero ninguno de los dos sabía qué era. Benedetta y el Santo eran unas criaturas tan lóbregas como él. Unas criaturas amasadas en el odio. No eran como Ercole.

—¿Dónde estás? —repitió parándose.

—Aquí —contestó una vocecita a su izquierda.

Zolfo se volvió. Por una valla medio podrida vio asomarse la cabeza de un niño que ni siquiera debía de tener cinco años. Estaba sucio. Llevaba unos pantalones cortos y mugrientos que cubrían dos piernecitas delgadas que terminaban en el interior de dos zuecos de madera. Uno de ellos estaba roto. Tenía un moco duro en el labio superior. Sonreía sujetando en la mano un extraño juego fabricado con dos piezas de madera tallada. Era un animal. Estaba tan bien hecho que parecía que moviese su largo cuello.

—Estoy aquí —repitió el niño respondiendo a la pregunta que Zolfo había dirigido a Ercole.

—Te veo —dijo Zolfo pensando que Benedetta, el Santo y él mismo eran unas criaturas de Dios, que este había olvidado colmar de amor. De manera que el diablo había podido echar una doble dosis de odio en ese depósito vacío—. ¿Dónde está tu madre? —preguntó al niño mientras en su mente iba cobrando forma una idea sugerida por el odio y su naturaleza oscura.

El niño se metió el pulgar en la boca y se lo chupó sin contestarle. Después levantó la otra mano y movió el cuello del animalito.

Jamás recibiría amor de gente como Benedetta y el Santo, pensó Zolfo. No obstante, podía pagarles con la única moneda que conocían: el odio. Solo había una manera de llamar su atención y de obtener, quizá, una caricia: desahogar el odio que nutría y ponerlo al servicio de los planes de Benedetta y del fraile.

Zolfo miró alrededor. No había nadie. Alzó los ojos. Los postigos de las casas estaban cerrados.

—¿Quieres un *marchetto*? —dijo al niño enseñándole una moneda.

El niño se le acercó tendiéndole su manecita.

—Ven —le dijo Zolfo entrando en un soportal oscuro que olía a pescado podrido y a orina humana.

El niño siguió el brillo de la moneda.

Zolfo cogió una piedra y la levantó. Pensó que si mataba al niño y culpaba de ello a Giuditta y a los judíos, Benedetta y el Santo se sentirían orgullosos de él.

Sintió que le penetraba una especie de fuerza oscura, como un humo tóxico. Sintió que su cuerpo vibraba, y también su alma. Se imaginó que golpeaba al niño con la piedra. Se lo imaginó agonizando. Desangrándose. Y la fuerza oscura que se estaba apoderando de él le hizo imaginar que él se reiría, que sentiría incluso placer. Que metería las manos en la sangre de ese niño. Que colmaría su rabia, su frustración, el odio, en ese lago de sangre. Pensó que su dolor se aplacaría. Que la fuerza oscura que albergaba en su interior enmudecería.

Lo único que debía hacer era matar a ese niño inerte. Un golpe. Seco y asestado con fuerza. En la sien, donde veía pulsar con mayor viveza la sangre. Un solo golpe. Después ofrecería el sacrificio al Santo y a Benedetta. Y ellos lo querrían, lo abrazarían, lo mimarían. Porque habría culpado de esa muerte a los judíos, a Giuditta.

Un inocente que moriría por otros inocentes, pensó inesperadamente.

Sin poder dominar esa imagen se vio a sí mismo en el suelo, con la cabeza partida y su sangre mezclándose con el barro. Vio que, al morir, el humo negro salía por su boca como un último aliento. Vio que Benedetta y el Santo se reían con placer. Comprendió que el humo negro eran ellos. Que el mal extremo eran ellos. Y que lo poseían.

Se quedó parado con la mano alzada y la piedra puntiaguda vibrando en el aire.

El niño vio algo en la mirada de Zolfo, o quizá oyó la gélida respiración de la Muerte en el aire. El juguete se le resbaló de las manos y cayó en el barro. Escapó.

Zolfo permaneció unos segundos más con la piedra en el aire. Luego, mientras se reconocía a sí mismo en el miedo de ese niño, sus ojos se anegaron en lágrimas. La mano que apretaba la piedra se abrió. Esta cayó al lado del juego del niño. Zolfo se tiró al suelo. Sus rodillas se hundieron en el barro. Cogió el juguete y lo giró en las manos. Movi6 el cuello del animalito tallado.

—Buonito... —dijo en voz baja, imitando la manera de hablar de Ercole.

Tenía miedo. No sabía qué hacer ni ad6nde ir.

—Zolfo tiene miero di oscuriddá... —dijo como habría dicho Ercole. Y se sintió aún más solo.

Giuditta caminaba lentamente entre los bancos del taller de costura. Tenía el ceño fruncido, la boca apretada y guiñaba los ojos en una expresión dura, fría y distante.

En el taller el ambiente era sombrío. Las modistas trabajaban con la cabeza inclinada, los hombros curvados, escuchando los pasos lentos de Giuditta, que las vigilaba.

Al fondo del almacén, el cortador, Rashi Sabbatai, tomaba medidas para los modelos, marcaba las telas con rápidos trazos de tiza y después deslizaba la hoja de las tijeras. Pero a él también le distraía la presencia de Giuditta. También él era sospechoso.

Ottavia entró en el taller y se acercó a Giuditta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó en voz baja—. Ven.

Giuditta la miró distraída, como si no la viese, o como si la viera al otro lado de un muro, espeso e infranqueable.

—Déjalas trabajar en paz, Giuditta —prosiguió Ottavia—. Vamos retrasadas con los pedidos. Si estás aquí no les dará tiempo...

—¿A qué? —preguntó Giuditta con la voz ronca de quien no ha dicho una palabra en todo el día—. ¿No les dará tiempo a esconder en los pliegues de mis vestidos plumas de cuervo empapadas de sangre?

—Giuditta...

—O dientes de recién nacido, pelos anudados, sapos secos, colas de lagartija, alas de murciélago... —prosiguió, impertérrita, Giuditta—. ¿Qué no tendrán tiempo de hacer?

—No pueden ser ellas, Giuditta...

—¿Quién, si no?! —exclamó la joven alzando el tono.

Las tijeras de Rashi Sabbatai se pararon a mitad de un corte. Las agujas de las modistas quedaron suspendidas en el aire. Todos inclinaban la cabeza y miraban al suelo.

Giuditta recorrió el taller con la mirada mientras Ottavia la cogía de un brazo.

—¿Cómo puedes pensar que nuestras mujeres sean capaces de hacer una cosa semejante? —dijo Ottavia con una nota de profundo reproche en la voz—. Tus vestidos, como ahora los llamas, existen gracias a ellas. Son tan suyos como tuyos. Están orgullosas de lo que está ocurriendo, del éxito, del dinero que ganan y con el que contribuyen a criar a sus hijos, están orgullosas de formar parte de un equipo de mujeres que trabaja como los hombres...

—¡Déjame en paz! —dijo Giuditta zafándose de Ottavia.

—Pero ¿qué te ha pasado? —le preguntó esta en tono compasivo.

Giuditta apretó los labios, como si estuviese resistiendo a la tentación de decir

algo. Se volvió a las modistas, que la estaban mirando.

—¡Trabajad! —gritó. Después, apretando el paso como si huyese, se dirigió a la puerta del taller y salió a la calle.

El cielo estaba oscuro y bajo, cubierto de unos nubarrones densos y llanos que lo hacían parecer un techo agobiante. Giuditta se sentía oprimida.

«¿Qué te ha pasado?», le había preguntado Ottavia.

¿Podía contestarle que su vida había terminado?

¿Podía decirle que todo le daba ya igual, incluso los vestidos? ¿Qué la violencia con la que acusaba a las modistas, con la que vigilaba su trabajo, era simplemente fruto de la terrible rabia que sentía contra sí misma? ¿Podía decirle que deseaba que todos ellos murieran por el mero hecho de que deseaba morir y no tenía el valor de confesárselo?

Caminó a toda prisa y salió del gueto. Los pensamientos asaltaban su mente como una regurgitación acre que no podía controlar y le producía angustia. A medida que resultaban más difíciles de aceptar aceleraba el paso como si pudiera sembrarlos, perderlos por el camino como una cola mal atada.

¿Podía decirle a Ottavia que su vida había terminado? No lograba pensar en otra cosa. Porque no había nada más. Era hora de que lo reconociese, al menos a sí misma. Había sido ella la que había puesto punto final a su vida, la que había alejado a Mercurio.

Se detuvo jadeando. Los pensamientos habían violado la gruesa cortina con la que había intentado mantenerlos alejados de ella. En ese momento veía, sabía, aceptaba. La rabia cedió el puesto al dolor lancinante que había mantenido apartado. El dolor lo invadió todo. Era un dolor sombrío y pulsante como el inicio de una infección y, a medida que iba perdiendo el control, se tornó feroz, como una herida recién abierta y sangrante.

Se llevó las manos a la cara, torcida por una mueca. Apretó los ojos, anegados en lágrimas, con los dedos. Con una palma se tapó la boca, que había abierto y gemía dejando salir el terrible dolor que le causaba haber renunciado para siempre a Mercurio.

Alzó los ojos y miró alrededor. Solo entonces reconoció el palacio en que vivía Benedetta con su poderoso y cruel amante. Comprendió que sus piernas no podían haberla llevado hasta allí por casualidad. Comprendió que sus piernas le estaban diciendo que debía, que podía hacer algo.

Miró la entrada del palacio. Sintió que el corazón le latía en la garganta. Estaba aterrorizada. Volvió a su mente la escena que Benedetta le había hecho presenciar. Volvió a ver al hombre al que el príncipe le había cortado la mejilla. Vio la sangre. Sintió que la respiración se le detenía en el pecho.

Pese a todo, había llegado hasta allí. ¿Por qué?

—Tienes que hablar con el príncipe —se dijo en voz alta para darse ánimo.

Quizá pudiera convencerlo de no hacerle daño a Mercurio. Pero ¿era realmente posible convencer a un hombre tan cruel? Por otro lado, ¿qué podía perder? Su vida había terminado. Debía intentarlo.

Dio un paso hacia el portón. Dos guardias armados y el portero se volvieron hacia ella. Miraron con desprecio el gorro amarillo. Giuditta dio otro paso, pero justo en ese momento vio al fraile, al Santo, rodeado de un grupo de fieles de aire perverso que empuñaban unos bastones y se reían. Se guareció en la sombra. Vio que el Santo se dirigía hacia el palacio.

El cielo plomizo empezó a soltar el agua que había contenido hasta ese momento. Al principio fueron cuatro gotas, luego un chaparrón frío que empapó la ropa de Giuditta en un abrir y cerrar de ojos. El agua calaba los estratos de seda, paño y fustán. Giuditta sintió que el agua fría le llegaba a la piel. Sus músculos se contrajeron debido al frío.

El Santo entró a toda prisa en el edificio. Alzó las manos llagadas por los estigmas hacia sus fieles y estos se dispersaron.

Giuditta estaba inmóvil, bajo el agua que seguía cayendo a cántaros, incapaz de dar un paso para refugiarse en algún lado.

Cuando estaba a punto de perder de vista al Santo vio que este hacía una profunda reverencia. Un segundo después apareció el príncipe con sus andares trastabillantes, cogido del brazo de Benedetta, que estaba muy pálida y tenía unas ojeras terribles.

Giuditta se estremeció.

Cuatro criados salieron apresuradamente del palacio sujetando, uno en cada esquina, una gran tela blanca y dorada izada sobre cuatro palos negros recargados de adornos. Se detuvieron delante del portón. El príncipe y Benedetta escrutaron el cielo, luego el príncipe se metió bajo la tela, que lo cubría ampliamente, y echó a andar. Los criados lo seguían procurando que no le cayese ni una sola gota.

Giuditta dio un paso hacia delante. Si quería hablar con el príncipe esa era la ocasión de hacerlo.

Benedetta la vio.

—¡Rinaldo! —dijo.

El príncipe Contarini se volvió.

Benedetta levantó un brazo y señaló a Giuditta.

—Es ella —dijo al príncipe.

Contarini siguió la línea que trazaba el brazo de Benedetta y su mirada se cruzó con la de Giuditta. La miró ladeando su enorme y deforme cabeza, intrigado. Hizo una mueca, que tal vez era una sonrisa, dejando a la vista una hilera de dientes puntiagudos, como los de un tiburón. Luego alzó el brazo deforme, que no podía extender del todo, y la señaló también con un dedo entumecido.

Giuditta estaba en medio de la calle, empapada. El gorro amarillo de judía se había doblado por el peso del agua. Miró los ojos inexpresivos del príncipe, sus dientes, el brazo atrofiado, y fue presa del pánico. Abrió la boca, se dio media vuelta y escapó, perseguida por las risas del príncipe y Benedetta.

Cuando llegó al gueto, jadeante, asustada, vencida, desesperada y mojada, había dejado de llover. Cruzó el puente y vio que un grupo de gente se había apiñado delante de su tienda. Se acercó.

La gente se apartó para dejarla pasar.

Giuditta vio a Ariel Bar Zadok sentado en una piedra, fuera de la tienda, con el gorro amarillo en una mano. Su mujer le apretaba la cabeza con un pañuelo. La tela se tiñó de rojo. Después vio a una mujer de espaldas con el vestido desgarrado en un hombro. La mujer se volvió. Era Ottavia. Se sujetaba el vestido con una mano para que el pecho no se le viera. La miró aterrorizada. Giuditta vio que había varios trozos de tela por el suelo. Sedas y terciopelos. Vio el escaparate roto y las esquirlas de cristal que resplandecían, mojadas por la lluvia, y reflejaban el gris del cielo.

—Se presentaron de repente... —le dijo Ottavia con un hilo de voz.

—El Santo —dijo una mujer a su espalda.

—Iban armados con bastones y piedras, y gritaban... —Ottavia enmudeció.

—Bruja —concluyó la mujer que acababa de hablar.

—Los guardias llegaron tarde —explicó Ariel Bar Zadok.

Giuditta miró de nuevo los restos del asalto. Seguía teniendo el vestido empapado y se estaba enfriando. Tembló. Se volvió hacia los guardias que estaban a la entrada del puente. Se inclinó y cogió un pedazo de seda roto.

—¿Por qué? —preguntó Ottavia en voz baja.

—Porque Dios nos ha abandonado... —contestó Giuditta.

—No digas eso —dijo Ottavia.

Todos miraban a Giuditta.

Una ráfaga de aire movió una pluma de cuervo con la punta manchada de rojo que asomaba por los restos de un vestido que estaba en el barro.

—Y porque soy víctima de una maldición —afirmó Giuditta.

Scarabello se tocó el labio. La llaga se había comido parte de la carne.

Mercurio se había sentado en el borde del camastro en que habían tumbado a Scarabello, en un rincón del establo, que era un hervidero.

Scarabello señaló a Lanzafame.

—No me quita los ojos de encima —dijo.

Mercurio se volvió y su mirada se cruzó con la lúgubre del capitán.

—Creo que no quiere perderse mi muerte —añadió Scarabello sonriendo. La llaga del labio sangró un poco. Hizo una mueca de dolor. Tenía otra llaga en el interior de la boca, y una más en el antebrazo. Por si fuera poco acababan de salirle otras dos, muy dolorosas, en el glande y en el escroto. Las glándulas de las axilas se habían hinchado también.

Mercurio veía cómo se iba apagando. Cada vez estaba más débil y pálido.

—¿Sabes lo que es peor? —dijo Scarabello—. Puedo soportar las llagas y el dolor, pero me he dado cuenta de que la cabeza me está jugando malas pasadas. En ciertos momentos me cuesta razonar.

Mercurio lo miraba sin decir palabra. Hacía poco tiempo deseaba matarlo, y en ese momento estaba sentado en el borde de su cama escuchándolo como si fuera un amigo. Su único amigo.

—Le he preguntado al médico —prosiguió Scarabello—. Me ha dicho que muchos pacientes pierden el juicio antes de morir. —Su mirada se ofuscó por unos segundos—. El médico no me oculta nada. Me describe paso a paso la enfermedad y la muerte que me espera con todo detalle. Me asiste con la misma atención que dedica a los demás, pero... —cabeceó—, pero no puede olvidar que maté a uno de sus amigos. Lo admiro. Cada vez que me medica debe combatir contra sí mismo, y eso es muy duro. Lo admiro de verdad. Yo nunca lo habría hecho.

Mercurio asintió con la cabeza.

—¿Y tú por qué lo has hecho? —preguntó Scarabello.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me has ayudado?

Mercurio se encogió de hombros.

—Porque no tenía nada mejor que hacer.

Scarabello se rio entre dientes. Se llevó una mano al pecho y tosió.

—Eres todo un sentimental, muchacho.

Mercurio no sonrió.

—Cuando se acerque el final te diré dónde guardo mi dinero —continuó Scarabello—. Darás una parte a Paolo el herborista, ¿de acuerdo?

Mercurio no contestó. Siguió escrutándolo en silencio.

—Cuando sea pasto de los gusanos el tuerto tomará el mando —dijo Scarabello—. Aguantará un par de meses como mucho, luego se desharán de él y se matarán entre ellos. —Tendió una mano hacia Mercurio—. Entiendes que no puedo pedir eso a ninguno de ellos, ¿verdad?

Mercurio asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —repitió Scarabello.

—De acuerdo —respondió Mercurio.

—El resto es tuyo —prosiguió Scarabello—. Arregla esa mierda de barco que te has comprado y haz lo que querías hacer.

—Ya no me sirve —dijo Mercurio en tono sombrío.

—Eso es asunto tuyo —dijo Scarabello—. Coge el dinero, en cualquier caso.

Mercurio lo miró fijamente.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque el dinero es la sal de la vida.

Mercurio negó con la cabeza.

—¿Por qué lo haces?

—Ah... —Scarabello lo miró con sus ojos inteligentes, en silencio, y acto seguido dijo—: Puede que yo también sea un sentimental.

Mercurio asintió con la cabeza y se levantó.

—Una última cosa, muchacho —dijo Scarabello.

Mercurio aguardó a que hablase.

—Si... —Scarabello titubeó—. Si enloquezco y empiezo a babear y a decir estupideces... tápame la cara con una almohada y mátame.

Mercurio se volvió instintivamente hacia Lanzafame.

—Él no será tan clemente —afirmó Scarabello—. Prométemelo.

Mercurio lo miró. Tenía una mirada fuerte. Y detrás de esa fuerza un dolor que no lograba simular.

—Tenemos tiempo —dijo.

—Sí, te has convertido en un hombre —comentó Scarabello—. En cierta manera lo siento por ti, porque eso significa que has sufrido y has perdido una batalla. Pero te hará bien.

—Memeces —dijo Mercurio.

Scarabello lo miró con aire grave. Luego se echó a reír.

—Sí —dijo.

Mercurio se volvió para marcharse.

—Prométeme que lo harás —insistió Scarabello.

—Tenemos tiempo —repitió Mercurio, y salió del establo, que cada vez se parecía más a un hospital.

Miró alrededor. La actividad era incesante. Las mujeres de Mestre y las

prostitutas que se habían curado trabajaban en el huerto o en la cocina, o lavaban las sábanas y las vendas. Los hombres amasaban cal y ladrillos, pintaban, fabricaban camas y reparaban el tejado. Tonio y Berto transportaban con la barca medicinas, a las prostitutas que acababan de contraer la enfermedad, o las amigas que las visitaban.

Toda esa actividad y vitalidad crispó a Mercurio. Se sintió excluido, incapaz de experimentar emociones, de tener proyectos. Nada le importaba ya. Nada merecía su esfuerzo. Había sido un presuntuoso, se decía. Había creído que podía escapar de las arenas movedizas de su destino, había creído que podía tener una vida como los demás. Pero no era así. Los tipos como él estaban condenados. Y cuanto más se lo decía más sentía que la cólera y el odio crecían en su interior. Cuanto más se lo repetía más lograba silenciar sus emociones. Cuanto más se lo repetía más lograba ahuyentar el dolor. El terrible dolor que no podía afrontar, porque lo superaba. Porque el dolor lo iba a matar, estaba seguro.

—Una persona pregunta por ti —dijo Anna a su espalda.

Mercurio se volvió.

—Una joven... —añadió la mujer.

Mercurio se sobresaltó.

—¿Dónde? —preguntó en tono apremiante. Su corazón se aceleró—. ¿Dónde? —reiteró alzando la voz.

—Te espera en la cocina —respondió Anna.

Mercurio se quedó inmóvil un instante, como petrificado, sin poder respirar. Después corrió hacia la casa. Se dijo que no era Giuditta. Se dijo que no podía ser ella. Sin embargo, corría. Porque una parte de él le aseguraba que era ella, Giuditta. Entró en la cocina jadeando. Listo para morir de alegría. Y para sufrir una decepción.

La mujer estaba de espaldas. A contraluz. Solo se veía su perfil oscuro.

Mercurio sintió que su corazón dejaba de latir.

Llevaba un elegante vestido.

Mercurio dio un paso hacia ella.

La mujer se había recogido el pelo con un valioso alfiler de perlas de río. Se volvió.

—Hola, Mercurio —dijo.

Mercurio dio medio paso hacia atrás. Sintió el peso de la decepción. Sus hombros se encogieron.

—Hola, Benedetta... —dijo. Sintió que el odio lo invadía, pero no hacia Benedetta, sino hacia Giuditta. Porque no era ella. Porque no estaba allí.

Benedetta lo miró impassible.

—¿Qué quieres? —le preguntó Mercurio en actitud defensiva.

—Qué rudeza —dijo Benedetta risueña.

Mercurio se encogió de hombros, agresivo.

—No frecuentamos los mismos ambientes.

—No, por lo visto, no —admitió Benedetta sonriendo—. ¿Puedo sentarme?

—¿Qué quieres? —le preguntó de nuevo Mercurio.

—No quiero nada —contestó Benedetta—. Vengo a ofrecerte mi amistad.

—¿Por qué?

Benedetta dio un paso hacia él.

Mercurio alzó levemente una mano, como si pretendiese detenerla.

Benedetta se dio cuenta y siguió avanzando hasta que estuvo cerca de él y pudo oler el aroma de su piel.

—Porque me he equivocado —dijo.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Mercurio se quebró. Estaba apurado.

—Cuando te besé —dijo Benedetta en tono insinuante—. Me equivoqué.

—Sí...

—Quería pedirte perdón.

—De acuerdo...

—¿De acuerdo, qué? ¿Me perdonas?

—Sí...

—Entonces, ¿seguimos siendo amigos?

Mercurio reculó.

—¿No quieres sentarte?

Benedetta se aproximó de nuevo a él.

—Me ayudaste a escapar de Scavamorto. Nunca lo olvidaré. Te ocupaste de mí y yo te traicioné. Me gustaría volver a empezar desde el principio, ser tu amiga. Éramos una buena pareja de ladrones, así que podemos ser una buena pareja de amigos, ¿no?

—Siéntate —dijo Mercurio alzando demasiado la voz.

Benedetta lo escrutó unos segundos, acto seguido cogió una silla y se sentó.

—Pareces cansada —dijo Mercurio notando sus ojeras—. ¿Estás bien?

—Sí, no tengo nada grave —respondió Benedetta sonriendo—. Un mal pasajero. Pensaba dejar de tomar el arsénico que le había dado la maga Reina al día siguiente. —¿Estoy fea? —preguntó ladeando la cabeza.

—No...

—¿No estoy fea? —dijo Benedetta con voz infantil.

—No, estás... guapa —susurró Mercurio. Se daba cuenta de que ella aún lo atraía.

—¿Me estás cortejando? —preguntó Benedetta.

Mercurio se tensó.

—Bromeo —dijo Benedetta riéndose—. Nunca has tenido sentido del humor. —

Lo miró en silencio por un instante—. Sé que tu corazón late por otra.

—Mi corazón no late por nadie —replicó Mercurio—. Te equivocas.

Benedetta sintió que un estremecimiento le caldeaba la espalda. Por lo visto esa estúpida jovencita judía la había obedecido, pero quería estar segura.

—No obstante, has creado un hospital para el padre de tu novia —dijo en tono desenfadado, fingiendo que le daba igual.

—¡No es mi novia! —protestó con vehemencia Mercurio—. ¡Me importa un carajo y no quiero volver a verla!

Benedetta sintió una punzada en el corazón. Dolorosa. La rabia de Mercurio era proporcional al amor que aún sentía por Giuditta. No se mostraba indiferente, frío. Había apretado los puños y hacía rechinar los dientes. Lo miró. La cólera aumentaba su atractivo. Era guapo, pensó, y nunca sería suyo. Sentía que ella, su cuerpo y su sensualidad lo atraían. Con toda probabilidad podía llevárselo a la cama. Pero nunca lo haría sufrir como esa maldita judía.

Mercurio se volvió hacia la ventana. Tenía el rostro encendido.

Benedetta dio un manotazo a la silla que tenía delante.

—Siéntate —le dijo. Debería haberse contentado con haberlos separado, pensó. Habría podido nutrirse de ese dolor. Era lo único a lo que podía aspirar—. ¿Quieres contármelo?

Mercurio la miró.

—¿Quieres hablar con una amiga que te quiere mucho? —murmuró Benedetta. Pensó que aprendería a conformarse. Le tendió una mano. Su voz era cálida, afectuosa, sensual—. Ven, no estás solo...

Lentamente, como un animal que se somete a la doma, Mercurio se le acercó.

—Siéntate —dijo Benedetta tras cogerle una mano.

Mercurio se sentó.

—¿Tan mal estás? —le preguntó apretándole la mano.

Mercurio se dio cuenta de que no podía seguir conteniendo el dolor que lo abrumaba. Sintió que no podía esconderlo por más tiempo, parapetado tras la ira. Tuvo miedo. Se sintió enjaulado y le entraron ganas de huir. Pero no se movió de la silla. En lugar de eso estrechó la mano de Benedetta.

—Sí, estoy mal —le dijo.

Benedetta le sonrió.

—Cuenta conmigo —susurró.

Mercurio sintió que algo se desgarraba en su interior. Sintió deseos de rendirse, de abandonarse, de aceptar que no era un hombre sino un muchacho como los demás. Pensó que sería bonito reconocer que era débil y que estaba asustado. Pensó que tal vez se podía liberar del peso que lo oprimía, tan grande que no podía llevarlo solo en el corazón, sin la ayuda de nadie. Sintió que desfallecía. Se dio cuenta de que estaba

cediendo. Respiró.

—Gracias, Benedetta —dijo.

Acto seguido hundió la cara en el regazo de su amiga y empezó a llorar quedamente, como si se estuviera desangrando.

Benedetta miraba hacia delante con una expresión triunfal a la vez que le pasaba los dedos por el pelo desenredándole los rizos como habría hecho con una muñeca.

—Ahora me tienes a mí —le decía, sintiendo que Mercurio se abandonaba con docilidad a sus caricias.

Hacía varios días que Shimon recorría la zona de Rialto. De la mañana a la noche. Los negocios, los acuerdos, las mercancías, los intercambios comerciales, todo pasaba por allí. De las minucias a las expediciones a Oriente. Ese inmenso escenario era el lugar ideal para cualquier ladrón. A diario cientos y cientos de personas se agolpaban en el laberinto circunscrito de calles, *campos* y soportales. Allí se vendía, se compraba, se imaginaba, se hacían programas y, como no podía ser menos, se robaba. Lo que fuese. En ese pequeño cuadrilátero rebosante de humanidad las grandes riquezas convivían codo con codo con la miseria más negra. La multitud aplastaba por igual al mendigo y al comerciante. Sus cuerpos, sus vestidos, tan diferentes, todo entraba estrecha y físicamente en contacto. Sus voces, sus olores, sus humores se mezclaban.

Shimon sabía que, tarde o temprano, encontraría a Mercurio en ese hervidero de humanidad.

Ese día había observado a la gente que pasaba por el Banco Giro. Los ricos comerciantes de especias y tejidos orientales caminaban rodeados de los energúmenos que debían protegerlos. Cosa poco menos que imposible, dado que, de vez en cuando, la multitud obedecía a un impulso inexplicable y empezaba a moverse de repente, a expandirse o a contraerse, como un único cuerpo, y ningún energúmeno podía hacer frente a esa fuerza. Por un instante, sin pretenderlo, la multitud separaba al comerciante de sus guardaespaldas. Dicho instante podía ser fatal para el primero en caso de que hubiese un ladrón en los alrededores.

Antes de que anocheciese, a la vez que el calor estival se anunciaba secando los canales y exaltando los olores de la ciudad y de los cuerpos, Shimon se dirigió a la zona de las viejas fábricas. En esos días había notado que cuando las obras se cerraban y los trabajadores volvían a sus casas las zonas no precintadas, donde aún se podían ver las huellas del temible incendio que había destruido los edificios, se poblaban de miserables y marginados. Buscaban un sitio entre los escombros, improvisaban unas cabañas o unos refugios con las tablas quemadas que encontraban en el suelo. Encendían hogueras y se agrupaban alrededor de ellas. Peleaban por un poco de vino rancio o por un pedazo de tocino. Había viejos desdentados y jóvenes de mirada huidiza, mujeres dispuestas a regalar sus cuerpos y niños que no tenían tiempo para jugar; había parejas que copulaban sin pudor, como los perros callejeros que deambulaban por las proximidades, algunos los miraban, los más pequeños aprendían algo que podrían hacer en el futuro y los más viejos recordaban tiempos pasados.

Shimon se movía con circunspección entre los escombros. El olor acre de los cuerpos y de los excrementos no lo molestaba. Solo el recuerdo de Ester lo frenaba y

lo oprimía en ciertas ocasiones. Pero era un visto y no visto. Después volvía a mirar alrededor, a buscar su presa con paciencia y confianza. Cuando se adentraba en esas zonas empuñaba el cuchillo de hoja larga y doble filo. Lo escondía bajo la capa, sudando, porque el calor húmedo se pegaba a su cuerpo como la cola que se producía con los viejos caballos del ejército.

Un joven con la cara sucia y una mirada perversa se le acercó. Tenía una mejilla hinchada y guiñaba el ojo de ese lado.

—Dame todo lo que tienes —amenazó a Shimon echándole a la cara un aliento apestoso a dientes podridos. Empuñaba un bastón corto.

Shimon sacó el cuchillo de la capa y se lo clavó bajo la barbilla.

El joven soltó el bastón y dio un salto hacia atrás.

—Que te den por culo, viejo —dijo. A continuación se llevó una mano a la mejilla hinchada, en cuyo interior se podrían los dientes, y se alejó lloriqueando.

Shimon vio que algo se movía a su derecha. Algo rojo. Se volvió a toda prisa, pero solo pudo entrever un vestido bien cortado y una cabellera estropajosa. Sintió el estremecimiento del cazador. Algo que iba más allá de lo poco que había visto. Como si su instinto hubiese intuido algo que la mente aún no lograba descifrar. Siguió la mancha roja que caminaba por una serie de estrechos pasajes excavados entre los escombros del incendio.

Cuando la figura roja llegó a una zona protegida por un tejado ruinoso se detuvo. Era un hombre, pequeño y delgado. Miró alrededor como una rata.

Shimon se escondió en la sombra. El pelo era lo que había llamado su atención y lo había hecho estremecerse de excitación. Si bien aún no sabía el motivo, había aprendido a escuchar a su instinto desde que se había liberado del miedo.

La frágil figura roja miró a derecha e izquierda. Después se volvió. Shimon agradeció el instinto que tenía.

El pelo estropajoso y la tez amarilla e ictérica se le habían quedado grabados en la mente. Sabía a quién tenía delante. Era el muchachito que lo había seguido hasta el mercado de las cuerdas de Roma, hacía ya mucho tiempo, poco menos que una vida. Era el mismo muchachito que lo había increpado señalándole a su amigo, el gigantesco demente, en la plaza de la Pescheria. Era uno de los que le habían robado. Shimon esbozó una sonrisa, guarecido en su escondite. No tenía la menor idea de cómo se llamaba ese granuja ictérico, pero sabía perfectamente quién era. Así que toda la banda se había mudado, pensó. Jamás habría imaginado que iba a tener tanta suerte.

Podía capturarlo con facilidad. Podía atarlo y torturarlo, enfrentarlo a una serie de preguntas escritas, obligarlo a decirle lo que quería. Pero era muy probable que el muchachito fuese analfabeto y no supiese leer. Además, si se descubría después debería matarlo para impedir que diese la voz de alarma.

No, no podía arriesgarse, esperaría a que ese piojo lo llevase ante Mercurio.

Solo entonces lo mataría como merecía.

Vio que el muchacho se acurrucaba en un rincón para pasar la noche.

Solo debía tener paciencia, pensó Shimon. Su venganza estaba al alcance de la mano.

Se sentó, sacó del bolsillo un trozo de carne seca, que no era *kosher* y se la comió poco a poco, sintiendo que la sal le picaba en la boca. Sintió que lo invadía una extraordinaria sensación de paz. Vio que el muchachito se dormía, a todas luces exhausto, después de haber jugueteado con algo. Shimon no pudo comprender de qué se trataba.

Cuando oscureció Shimon se acercó al muchacho. Tocó el cuchillo instintivamente. Pensó que le habría gustado degollarlo, lentamente, mirándolo a los ojos mientras le sacaba el alma del cuerpo. Pero se repitió que debía resistir la tentación. Debía aguardar a que lo llevase ante Mercurio.

Vio que el muchachito apretaba de nuevo con la mano el objeto con el que había jugueteado antes de quedarse dormido. Se acercó un poco más a él y se inclinó hacia delante. Era un animalito. Un caballito con el cuello largo que, a todas luces, se movía.

Pensó que aún era un crío, aunque no tanto como para seguir jugando con el caballito como si fuera un niño. Así pues, el animalito debía de tener un valor sentimental. Le recordaba algo. O a alguien.

El muchachito dormía con la boca abierta. Profundamente. Un hilo de baba le resbalaba por la barbilla.

Shimon alargó la mano, poco a poco, con una lentitud exasperante. Contenía el aliento. Rozó el caballito. Apretó con fuerza su cuello frágil, y este se rompió emitiendo un leve crujido.

El muchachito no oyó nada.

Shimon cogió la cabeza del caballito y volvió a su escondite, que estaba a una decena de pasos del muchacho, al amparo de la sombra, detrás de una barandilla de madera taraceada y comida por el fuego. El muchachito no podía verlo, incluso a la luz del día. Pero él sí.

Mientras giraba en la mano la cabeza de la jirafa pensaba: «Tu cabeza es mía».

El muchachito abrió los ojos al amanecer.

Shimon estaba despierto y en alerta. Apretó la cabeza del caballito.

El muchachito bostezó estremeciéndose. Luego miró su juguete. Se quedó boquiabierto. Rebuscó en la ropa. En el suelo. Se arrodilló y hurgó entre los escombros, donde se había sentado. Se levantó y se quitó la ropa. Al final, cuando por fin aceptó la idea de que no iba a encontrar lo que buscaba, se sentó o, mejor dicho, se agachó mirando fijamente el caballito decapitado.

Shimon vio que su espantosa cara amarilla se contraía en una mueca. Vio que algo minúsculo brillaba en su mejilla. Lloraba. Shimon sonrió encantado mientras jugaba con la cabeza del caballito. Respiró el aire viciado de esa ciudad, que se sostenía sobre una ciénaga, y le pareció que emanaba un aroma delicioso. Lo saboreó. Un día, una vez ultimada su venganza, solo iba a poder aferrarse a los recuerdos, así que debía memorizar todos los detalles.

El muchachito se enjugó las lágrimas y tiró el juguete al suelo. Se levantó y echó a andar. Shimon salió de su escondite, pero el muchachito regresó en ese preciso momento, de improviso. Shimon se volvió de golpe para darle la espalda y fingió que rebuscaba en el suelo. Con el rabillo del ojo vio que el muchachito cogía el juguete y se lo llevaba.

Shimon lo siguió.

El muchachito se adentró en el mercado que había detrás de Rialto, al lado del mercado del pescado. Robó una manzana y un pedazo de pan. Enfiló un callejón y, una vez allí, los devoró. Tenía hambre. Volvió al mercado y esta vez robó una cebolla. El verdulero lo vio y lo persiguió. El muchachito se metió por una serie de callejones y, por un instante, Shimon temió haberlo perdido.

Después, volvió a verlo. Bebía con un cucharón de un cubo que estaba apoyado en un pozo, en el centro de un *campo*.

Shimon se agazapó detrás de un edificio.

La mirada del muchachito se desviaba incesantemente del *campo* a la jirafa decapitada, y viceversa.

Shimon pensó que no sabía qué hacer. Pensó que estaba solo y temió que no pudiese llevarlo hasta Mercurio.

El muchachito se movió.

Shimon lo siguió.

El muchachito callejeó durante buena parte de la mañana, en apariencia sin rumbo. Pero al final Shimon se dio cuenta de que, en realidad, no hacía sino girar. Parecía que caminaba sin ton ni son, pero en realidad estaba trazando unos círculos. ¿Alrededor de qué?

A eso de la novena hora, el muchachito se detuvo. Debía de estar agotado. Miró hacia el Canal Grande y, de improviso, echó a andar con paso firme.

Shimon sintió que su excitación aumentaba.

No obstante, a medida que el muchachito se iba acercando a su meta aminoraba el paso. Shimon temió que cambiase de parecer, pero el muchachito no se detuvo. Fue directo a donde, a todas luces, quería ir. Se acercó a un palacio noble de tres pisos con una fachada imponente y elegante. Se detuvo delante del portón.

Shimon vio que el portero lo saludaba en lugar de tirarlo, como hubiera sido normal. De manera que lo conocía.

El muchachito se quedó parado delante del portón, inmóvil, hasta que, quizás avisado por el portero, apareció un fraile. Shimon vio que tenía las manos llastadas. Le pareció extraño que un fraile viviese en un palacio similar. El religioso también conocía al muchachito. Lo miró con dureza y le habló. El muchachito negó con la cabeza. El fraile volvió a hablar con mayor vehemencia. El muchachito negó de nuevo con la cabeza.

Shimon decidió acercarse a ellos. En un principio había creído que el muchachito se reuniría con Mercurio en un tugurio, en una fonda de mala muerte o en una taberna. En cambio, estaba delante de un fraile que vivía en un palacio aristocrático. No tenía sentido.

Cuando estuvo lo bastante cerca oyó que el fraile decía con voz dura, carente de sentimiento:

—¡Te digo que vuelvas, idiota!

—¡No! —contestó el muchachito.

—¡El Altísimo nos necesita!

—¡No! ¡Tú me necesitas! —El muchachito tenía una voz aguda. Débil, pese al volumen.

El fraile se aproximó a él. Vio el juguete. Se lo arrancó de la mano, lo tiró al suelo y lo pisoteó.

Shimon se estremeció, el sufrimiento lo excitaba.

—Llevamos una semana buscándote —dijo el fraile. A continuación alzó una mano y dio al muchachito un tremendo bofetón en la cara.

—¡Basta ya, fraile! —dijo la voz de una mujer desde una ventana del primer piso. Shimon no pudo verla.

El muchachito reculó tocándose la mejilla y mirando los restos de su juguete.

Shimon pensó que iba a marchar, así que se dispuso a seguirlo.

—¡Zolfo! —gritó la mujer del primer piso.

De manera que se llamaba Zolfo, pensó Shimon. Debía de ser huérfano. Mercurio y Zolfo, mercurio y azufre. Era evidente que los frailes del orfanato no tenían mucha fantasía, dado que ponían a los niños los nombres de los elementos, pensó Shimon sonriendo.

—¡Te ordeno que entres y que cumplas con tu deber! —dijo el fraile.

—¡Que te den por culo! —gritó el muchachito enojado, pese a que su voz delataba miedo y dolor. Se dio media vuelta y echó a correr.

—¡Zolfo! —gritó la mujer saliendo por el portón.

Shimon hizo amago de seguir al muchachito para no perderlo, pero se detuvo en seco. Una emoción violenta le hinchó los pulmones y los contrajo. No podía respirar. Shimon se quedó boquiabierto. Era distinta a la joven del día de la plaza del Sant'Angelo in Pescheria. Ahora lucía un elegante vestido y un valioso collar.

Llevaba el pelo recogido en unas trenzas anudadas, como las mujeres aristocráticas. Pero Shimon la recordaba bien y no podía equivocarse. El pelo seguía siendo cobrizo, con unos mechones más claros que capturaban la luz del sol. La piel era de alabastro. Recordaba que ese día había pensado que se parecía a Susana, la mujer que unos vejestorios habían acusado, según se contaba en el libro del profeta Daniel. Esa joven había turbado sus sentidos entonces. Al igual que le estaba sucediendo en ese instante. Con arrogancia.

Se volvió hacia Zolfo, que en ese momento desaparecía al fondo de la estrecha calle que había al lado del palacio. Si no se movía, lo perdería.

Pero había encontrado un tesoro mucho mayor, se dijo.

—¡Zolfo! —gritó de nuevo la joven.

Shimon pensó que había crecido. Su mirada había cambiado en alguna forma. Quizá los vejestorios se hubiesen salido con la suya en esta ocasión. Quizás ella no los hubiera echado a cajas destempladas. O quizás esta vez Daniel no la había salvado, pensó risueño.

—¡Eres un imbécil, hermano! —dijo la joven al religioso. Su voz no se parecía a la de Zolfo. Era dura, violenta, fuerte. No tenía miedo del fraile, ni lo quería.

—Cuida tu lenguaje, mujer —dijo el fraile.

La joven se le acercó y lo escrutó en silencio.

—¿No entiendes que si Zolfo habla puede causarnos muchos problemas?

Al oír sus palabras, Shimon prestó mayor atención.

El fraile levantó una mano con la palma abierta mostrando la llaga.

—Volverá —dijo con voz maligna—. Está amaestrado.

—¿Como tú, quieres decir? —preguntó la muchacha en tono despectivo. Después miró la calle por la que había desaparecido Zolfo. Cabeceó y entró de nuevo en el palacio.

Shimon sintió que el deseo lo atormentaba mientras la veía contonearse por el vestíbulo en penumbra.

Torturarla sería dulcísimo.

«Hasta pronto», pensó.

—Soy una idiota —susurró Giuditta abriendo los ojos al alba mientras los tañidos de la Marangona vibraban por encima de los tejados de Venecia.

La casa estaba desordenada. Hacía varios días que había dejado de cocinar para su padre, de lavarle la ropa y de ordenar. Se había encerrado en un mutismo rencoroso. Respondía con monosílabos. No dejaba que nadie se acercase a ella. Ni siquiera Ottavia. Aún menos permitía que se inmiscuyeran en sus pensamientos. La vida había perdido todo interés para ella. Miraba la vajilla por lavar sin verla. Oía los ruidos de la vida y las palabras de la gente sin escucharlas. Daba la impresión de que se había trasladado a otro mundo, tan alejado del que, en apariencia, habitaba, que nada podía afectarla.

—Soy una auténtica idiota —repitió, en cambio, esa mañana cuando se levantó de la cama.

Por primera vez desde que había renunciado a Mercurio sonrió. Al darse cuenta se llevó una mano a los labios, como si pretendiese comprobar la inesperada alegría con las yemas, con el tacto.

Se dirigió a la ventana. Vio que, mientras los guardias abrían los portones, su padre se ponía en cola con otros miembros de la comunidad que debían salir del gueto.

Se enjuagó la cara y empezó a vestirse. No tenía tiempo que perder.

Ahora que había comprendido, todo le parecía sumamente sencillo.

Entendió que el miedo le había impedido razonar. Igual que lo que le había contado una vez su padre sobre ciertos timos. Cuando quedaba entre la espada y la pared la víctima perdía la lucidez necesaria para sopesar la realidad y las posibles alternativas que tenía. Esa era la esencia de la estafa, la víctima debía sentir que solo disponía de la oportunidad que le sugería el estafador. No debía razonar con su cabeza.

Pues bien, pensó Giuditta, el miedo la había estafado.

No había sabido ver otra cosa que lo que este le sugería. Nada que no fuese lo que Benedetta quería que viese.

En cambio, tenía una solución al alcance de la mano. Y ella había sido tan idiota que no la había visto. No tenía ni idea de por qué se había desgarrado el velo esa mañana, pero en ese momento carecía de relevancia. Las cosas ocurrían de repente. De repente, la gente moría o desaparecía. De repente, uno se enamoraba, como le había sucedido a ella el día en que su sangre se había mezclado con la que manaba de la herida de Mercurio, en que sus manos se habían entrelazado en el carro de los víveres. De repente, se había convertido en una mujer. De repente, lo había acogido en su interior. De repente, la vida había empezado a fluir con prepotencia en sus

venas. Y de repente había dejado de vivir, cuando Benedetta la había puesto entre la espada y la pared.

Pero ahora, de repente, Giuditta había comprendido que tenía una posibilidad. Para ella y para Mercurio. Para los dos. Para su amor. Para su vida.

La vida, de repente, le pareció otra vez hermosa y digna de ser vivida. Sintió que la sangre volvía a fluir por su cuerpo. Sintió que la esperanza volvía a llenarle los pulmones, además del aire estival.

«Era tan evidente», se dijo riéndose a la vez que se vestía.

Benedetta le había inoculado el veneno del miedo, y ella se lo había consentido. Se había dejado llevar por el pánico. Había dejado de luchar, de pensar, de vivir.

Pero en ese momento sabía lo que debía hacer. Iría enseguida a ver a Mercurio y le contaría todo. Le pediría que escapase. El príncipe no podría encontrarlo si huía. Después le diría que ella iría con él donde quisiera. Porque lo único que le importaba era él.

Esta vez no escribiría una carta a su padre. No sería retórica. Le hablaría mirándolo a los ojos, como merecía cualquier padre. Y como merecía el amor que sentía por Mercurio. Hablaría con su padre con el corazón en la mano, porque no quería seguir siendo una cobarde, porque ya no quería tener miedo.

Abrió la puerta de casa y empezó a bajar la escalera. De abajo le llegaba un vocerío inquieto, pero Giuditta no lo oía. Solo escuchaba las palabras que pensaba decirle a Mercurio. Solo imaginaba su abrazo.

—¡Es ella! —dijo una voz cuando llegó a la planta baja.

Giuditta alzó la mirada.

Vio que el Santo la apuntaba con un dedo. Vio que Ottavia tenía los ojos desmesuradamente abiertos. A sus espaldas, entre la gente que se iba apiñando alrededor, vio que su padre la miraba y levantaba un brazo. Al lado del Santo vio a un funcionario con uniforme de gala y a varios guardias armados.

El funcionario apartó al Santo, dio un paso hacia delante y dijo: —Giuditta di Negroponte, judía, en nombre de la Serenísima República de San Marcos y por cuenta de la Santa Inquisición te declaro arrestada por brujería.

Giuditta vio que Ottavia se llevaba las manos a la boca. Vio que su padre empujaba a la gente para acercarse a ella, negando con la cabeza. Vio que el Santo sonreía complacido. Vio que el funcionario se hacía a un lado.

«Mercurio», pensó.

Después sintió que los guardias la aferraban y que la empujaban fuera del portón abriéndose paso entre la multitud.

«Mercurio», pensó de nuevo.

Sintió el metal frío de las esposas que le ponían en las muñecas. Sintió los anillos de hierro de la cadena, que tintineaban. Sintió que le levantaban la falda para ponerle

un cepo en los tobillos.

Después oyó que una voz le decía:

—Camina, judía.

Luego otra voz, la de su padre, que gritaba:

—¡Giuditta!

Y la voz del Santo que vociferaba:

—¡Bruja!

Y la voz de Ottavia que gritaba:

—¡Giuditta!

Y el coro de cristianos que repetía:

—¡Bruja!

Y oyó las voces de las modistas, y de Ariel Bar Zadok, y del cortador Rashi Sabbatai que la llamaban y que decían a voz en grito: —¡No! ¡Es una injusticia!

Volvió a oír a su padre que gritaba desesperado, ahogando el resto de las voces: —¡Es mi hija! ¡Soltad a mi hija!

Solo entonces, en medio de todo ese estruendo, se dio cuenta de que solo pensaba en una cosa: «Tengo que ir a ver a Mercurio...».

—Camina, judía —le ordenó el comandante de la guardia dándole un empujón.

Giuditta dio el primer paso. El cepo que llevaba en los tobillos la hizo tropezar. Cayó y sus manos golpearon el barro, que el verano había secado.

Isacco se abrió paso entre los guardias y la ayudó a levantarse. El gorro amarillo se le resbaló de la cabeza.

Giuditta solo pensó que el gorro le daba un aspecto cómico. Lo miró, pero no lograba verlo con nitidez. No lograba ver con nitidez nada de lo que se acercaba a ella. Era como si solo pudiese ver con claridad las cosas y las personas que estaban lejos. Apenas estas entraban en su radio los contornos se difuminaban.

—Giuditta... —dijo Isacco.

Un guardia le dio un golpe en la espalda. Isacco hizo una mueca de dolor.

—Levántate, judío —dijo el guardia.

Giuditta vio que este pisoteaba el gorro amarillo.

—Y tú camina —repitió el guardia dándole un empujón.

Giuditta avanzó a pequeños pasos, rápidos, tan largos como le permitía el cepo.

En el muelle de los Ormesini se había formado una multitud mucho mayor.

—¡Bruja! —gritaban—. ¡Bruja!

Giuditta se volvió. Isacco la seguía. Caminaba encogido. Parecía un viejo. La miraba y luego miraba alrededor, como si buscara una ayuda que nadie, sin embargo, le iba a conceder.

—¡Se ha hecho justicia! —gritaba el Santo, que caminaba delante de ellos, como si encabezara una procesión, con las manos abiertas hacia la luz, que se filtraba por

los estigmas—. ¡Se ha hecho justicia! ¡Alabado sea el Señor!

—¡Bruja! ¡Bruja! —vociferaba la gente, cada vez más excitada.

Un joven cogió una piedra y se la tiró a Giuditta.

Giuditta sintió un dolor intenso en la frente y se volvió a caer.

—¡Levántate! —le ordenó el comandante de la guardia.

Giuditta se levantó. Las piernas le flaqueaban. Sintió calor en la frente y la vista se le nubló. Algo rojo y denso resbalaba delante de sus ojos velándole el mundo.

—¡Bruja! ¡Bruja! —seguía gritando la gente alrededor.

Otra piedra le dio en la espalda. Después recibió otra en la barbilla.

—¡Apártate! —dijo una voz fuerte y autoritaria.

Giuditta sintió que alguien le agarraba un brazo y la sujetaba.

—¡No se entrometa! —lo intimó el funcionario de la República.

El capitán Lanzafame desenvainó la espada. El comandante de la guardia lo secundó.

—Ya era hora de que te acordases de que vas armado —le dijo Lanzafame sin soltar a Giuditta, que apenas podía sostenerse en pie.

—¿Has oído lo que te ha dicho? ¡No te entrometas! —dijo el comandante de la guardia.

—Tengo el deber de cuidar de los judíos —contestó Lanzafame—, y dado que tú no sabes proteger a tus prisioneros y permites que una multitud sanguinaria los linche sin que hayan tenido un proceso justo apártate tú.

—En nombre de la Serenísima... —empezó a decir el funcionario.

—¿En nombre de la Serenísima? —lo interrumpió Lanzafame gritando—. Si le sucede algo a esa muchacha, si permites que no pueda llegar al lugar donde debes escoltarla, juro que te cortaré la cabeza después de haberte denunciado al Dux en persona por no haber cumplido con tu deber. ¡En nombre de la Serenísima!

El funcionario miró al comandante de la guardia. Este miró a los soldados de Lanzafame, que los habían rodeado y tenían las manos apoyadas en sus armas. Vio que tenían el cuerpo cubierto de cicatrices y comprendió que eran auténticos combatientes.

—¡Proteged a la prisionera! —ordenó a sus guardias, que se apresuraron a rodear a Giuditta.

—¿Puedes? —preguntó Lanzafame a la joven.

Giuditta lo miró. Pensó que esa misma mañana había jurado que no se dejaría vencer por el miedo, pero no estaba preparada para eso.

—Soy una idiota —dijo en voz baja pensando que debería haber escapado con Mercurio. Si lo hubiese hecho, en ese momento no estaría allí.

—¿Qué dices? —preguntó Lanzafame.

—Déjala en nuestras manos —dijo el comandante de la guardia.

Lanzafame se volvió hacia sus hombres.

—Protección —ordenó.

Los soldados se alinearon alrededor de los guardias. Dos se pusieron delante para abrir el paso. Dos se quedaron detrás. Por último, Serravalle y cuatro soldados más se distribuyeron a los dos lados. De esta forma, parecía que Giuditta era prisionera de los guardias y estos de los soldados de Lanzafame.

—¡Soldado de Satanás! —gritó el Santo.

Lanzafame lo escrutó sin contestarle. Después, pasó al lado del joven que había arrojado la primera piedra y que ya tenía otra en la mano, y lo golpeó en la cara con el mango de su espada, iracundo, sin dignarse siquiera a mirarlo. El joven cayó al suelo inconsciente mientras un hilo de sangre le salía por la nariz y por el labio roto.

La multitud se apaciguó, pero aun así siguió el cortejo hasta llegar a la plaza de San Marco. Una vez allí aumentó desmesuradamente. La gente gruñía y protestaba.

—¡Bruja! ¡Bruja! —empezaron a gritar de nuevo.

Los soldados de Lanzafame desenvainaron sus espadas y las mantuvieron bien a la vista hasta que llegaron al palacio ducal.

—No podéis entrar aquí —dijo el comandante de la guardia a Lanzafame.

El capitán lo escrutó en silencio.

—Deja que su padre se despida de ella —dijo.

El comandante de la guardia asintió con la cabeza.

—Date prisa —ordenó a Isacco.

Isacco se aproximó a su hija. Le limpió la cara manchada de sangre con una manga de su camisa. La miraba, incapaz de hablar.

—Vamos, basta, levántate —ordenó el comandante de la guardia al cabo de un poco, preocupado porque la multitud se estaba agitando.

Isacco no se movió.

—La culpa es mía —susurró a Giuditta mientras se daba golpecitos en el pecho—. La culpa es mía por haberte traído aquí.

—He dicho que basta —repitió el comandante de la guardia.

Lanzafame cogió a Isacco del brazo, con delicadeza, y el médico empezó a retroceder sin apartar los ojos de su hija.

Entonces Giuditta le dijo, ya sin aliento:

—Mercurio...

Isacco la miraba fijamente.

—Díselo a Mercurio —susurró Giuditta.

Después los guardias la cogieron y la empujaron rudamente hacia la escalera que llevaba a los calabozos.

—¡Alabado sea Jesucristo, nuestro Salvador! —gritó el Santo dirigiéndose a la multitud—. ¡Se ha hecho justicia!

—¡Se ha hecho justicia! —repitió la gente.

—No —dijo Mercurio con un hilo de voz.

Isacco lo miró sin comprender. En su rostro se veían las huellas del sufrimiento y la preocupación. Sus hombros robustos se habían curvado, arqueado, como si un peso insoportable los hubiera aplastado. Sus ojos se habían apagado, como velados por dos cataratas de emoción.

—¿No? —preguntó Isacco.

Mercurio calló.

Permanecieron así en el establo, que cada vez se parecía más a un hospital, mirándose con desasosiego.

Las prostitutas se movían sigilosamente, con la cabeza agachada. Nadie hablaba.

—Solo dijo... —dijo Isacco a duras penas—, solo... «Díselo a Mercurio...». Eso es todo.

Mercurio asintió con la cabeza, un poco asustado. ¿Qué pretendía decir? ¿Por qué Giuditta quería que él lo supiese? Tenía otra vida, había decidido dejarlo al margen de ella, arrojarlo al mar. Entonces, ¿por qué quería que lo supiese? Empezó a inquietarse. Notó que el ritmo de su respiración aumentaba imperceptiblemente.

—Yo la he encerrado en esa prisión... —dijo Isacco—. Yo la traje a Venecia...

Mercurio lo miró como si lo viese solo en ese momento. Una especie de rabia se agitaba en su interior. Estaba enfadado con Giuditta, que primero lo había excluido de su vida y que ahora lo reclamaba con tanta intensidad.

—No tengo fuerzas para sostenerlo a usted también, doctor —dijo.

Isacco inclinó la cabeza y se encogió aún más.

—¡Mierda! —exclamó Mercurio—. ¡Pare ya, doctor!

—¿Qué pasa? —preguntó Lanzafame acercándose a ellos.

—¿Es usted amigo suyo, capitán? —preguntó Mercurio con la cara encendida, irritado por su reacción, pero al mismo tiempo incapaz de dominarla—. ¡Entonces consuélelo usted! Hasta hoy este hombre solo me ha dado patadas en el culo y ahora quiere que yo... que yo...

Lanzafame lo empujó.

—Apártate. No quiere nada de ti, imbécil. —Cogió a Isacco de un brazo—. Ven, vámonos.

—¿Adónde? —preguntó Isacco.

—No lo sé —contestó Lanzafame—. A tomar un poco el aire, ven...

—Sí, marchaos. Toda esta imbecilidad me importa un carajo —dijo Mercurio sombrío. Apretó los puños e hizo rechinar los dientes. Se mordió un labio.

Entonces, de improviso, Lanzafame soltó el brazo de Isacco, se abalanzó sobre Mercurio y lo aplastó contra la pared.

—¡Llora, muchacho! —gritó—. ¡Llora, hostia! —Lo miró antes de soltarlo. Volvió a coger a Isacco del brazo y le dijo en voz más baja, con más dulzura—: Tú también debes llorar, viejo bobo.

Isacco lo siguió dócilmente a la salida del establo.

—Tiene razón... —dijo Scarabello desde su cama.

Mercurio se volvió con la cara contraída por una mueca que le alteraba los rasgos. Emitió un sonido gutural, semejante a un gruñido, que le rasgó la garganta. Cabeceó con violencia.

—¡No! —gritó.

—Ríndete... —dijo Scarabello con la voz debilitada por la enfermedad.

Mercurio apretó aún más los puños y los dientes. Después salió sin decir palabra. Corrió por el campo, corrió hasta que su corazón no pudo más. Entonces se tiró de bruces a la hierba que la sequía estival empezaba a teñir de amarillo y clavó los dedos en la tierra seca, que se le metió bajo las uñas. Permaneció así, dejando que el sol le quemase la espalda. Permaneció inmóvil, incapaz de verter una sola lágrima.

—Díselo a Mercurio... —murmuró al cabo de cierto tiempo, durante el cual el mundo había dejado de existir.

Alzó la cabeza. La luz lo deslumbró.

—¿Por qué? —gritó al cielo.

Se puso de pie y regresó. Vio a Isacco y a Lanzafame cerca del abrevadero. Isacco estaba sentado en una piedra, destrozado por el dolor y el sentimiento de culpabilidad. Lloraba. Lanzafame estaba a su lado mirando el sol con los brazos cruzados.

Mercurio frenó el paso. Sintió cólera y miedo, pero también una punta de esperanza.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

Pensó en el día en que Giuditta le había dicho que todo había terminado entre ellos. Recordó que la había seguido como un perro callejero y que la había visto besando a Joseph, el joven al que Isacco había pedido que la siguiese para protegerla. De él.

Se volvió de golpe hacia Isacco. Lo odiaba.

«La culpa es tuya», pensó.

Nada tenía sentido, pero debía encontrar la respuesta a la única pregunta que le interesaba.

—¿Por qué? —volvió a decir mientras corría hacia el muelle del pescado, y lo repitió mientras Tonio y Berto remaban a toda prisa para llevarlo a Venecia, al puente de Cannaregio.

Bajó dando un salto y se metió la mano en el bolsillo donde tenía el cuchillo. Llegó al *campo* del Ghetto Vecchio y esperó. Estaba dispuesto a todo, pero antes

debía saber.

«Díselo a Mercurio», esas palabras retumbaban en su cabeza, le parecía oír de verdad la voz de Giuditta. «Díselo a Mercurio...».

Por fin, después de haberlo esperado con creciente tensión, apareció Joseph.

El joven caminaba con su paso balanceante. Mercurio no lo recordaba tan robusto, pero no tenía miedo. Ya nada podía atemorizarlo.

Lo siguió hasta que llegaron a un callejón oscuro y desierto. Mercurio se abalanzó sobre él empuñando la navaja, apuntándola a la garganta del joven.

—¿Me reconoces, bastardo? —le dijo echándole el aliento a la cara.

Joseph asintió lentamente.

—¿Qué hay entre Giuditta y tú? —le preguntó Mercurio pinchándole con la navaja bajo la barbilla. No podía apartar los ojos de sus labios, que habían besado a Giuditta—. ¡Contesta, pedazo de mierda!

—Me haces daño —dijo Joseph.

—¿Quieres sentir qué significa que duela de verdad? —dijo Mercurio aún más rabioso, casi a punto de clavarle la punta de la navaja—. Si no me contestas la haré salir por tus ojos, ¿me has entendido?

Joseph asintió con la cabeza. Apenas Mercurio apartó un poco la navaja el joven se liberó de él con una agilidad sorprendente, dada su mole, y lo empujó contra la pared. Acto seguido le retorció la muñeca y lo obligó a tirar el cuchillo, de forma que los papeles cambiaron en un instante. Luego le plantó el antebrazo en el cuello y lo inmovilizó.

—Puede que sea estúpido, pero soy fuerte y sé cómo utilizar mi fuerza —dijo sin rabia—. Lo único que sé hacer bien es pelear.

Mercurio lo miraba con rencor.

—No hay nada entre Giuditta y yo —aseguró Joseph.

—Entonces, ¿por qué... la besaste? —preguntó Mercurio haciendo un esfuerzo.

—No lo sé —contestó Joseph ruborizándose—. Giuditta me pidió que lo hiciera y yo la obedecí sin hacer preguntas. No tengo confianza con las mujeres, me da vergüenza... —Miró a Mercurio con sus ojos bovinos—. Ahora debo dejarte —le dijo—. No hagas estupideces.

Mercurio asintió lentamente con la cabeza.

Joseph apartó el antebrazo y dio un paso hacia atrás.

Mercurio sentía flaquear las piernas, que casi no podían sostenerlo. Tenía una gran confusión en la cabeza.

—Lo siento —le dijo Joseph.

—Que te den por culo, bola de sebo —gruñó Mercurio alejándose.

Cuando llegó al puente que estaba después del soportal del Guetto Vecchio, en Cannaregio, sus piernas cedieron y tuvo que sujetarse a la barandilla de madera.

—¿Te encuentras mal, muchacho? —le preguntó una vieja criada que volvía del mercado cargada con la compra.

Mercurio la miró con los ojos cargados de odio.

La vieja inclinó la cabeza y prosiguió apresuradamente su camino.

Mercurio se dio cuenta de que, a medida que se iba abriendo paso en su corazón la débil esperanza a la que aún no quería dar un nombre, más lo invadía una rabia ciega. Y la rabia lo revigorizó.

Se dio media vuelta y corrió hacia San Marco.

Cuando llegó a la puerta de las prisiones de la galería del Palacio Ducal estaba sin aliento. Vio a dos soldados que montaban guardia a la entrada. Detrás de ellos había cinco más, entre los que se encontraba el comandante, con su uniforme de alta ordenanza.

En la plaza había un grupo de haraganes. Todos hablaban de la bruja.

—Tengo que ver a... —dijo Mercurio con la respiración entrecortada— Giuditta di Negroponte...

El soldado lo miró con aire distraído.

—Quítate de en medio —le dijo.

—Te he dicho que quiero verla —repitió Mercurio.

El soldado se volvió hacia él.

—¿Quién eres?

—Soy... —Mercurio vaciló—. Soy...

—No eres nadie. Vete —dijo el comandante de la guardia acercándose a él.

Mercurio permaneció inmóvil. Movía el peso de una pierna a otra balanceándose de lado y alargando el cuello hacia la galería del Palacio Ducal. Sentía una angustia creciente, que no podía dominar.

—¿Me has entendido, muchacho? Vete —repitió el comandante.

—¡Giuditta! —gritó de improviso Mercurio—. ¿Me oyes, Giuditta?

—¿Qué estás haciendo? —dijo el comandante.

Varios de los haraganes que llenaban la pequeña plaza contigua a la basílica se aproximaron movidos por la curiosidad.

—¡Giuditta! —volvió a gritar Mercurio a pleno pulmón apoyando las manos abiertas a ambos lados de la boca como si, de esa forma, pudiese expeler la angustia—. ¿Por qué? Dime por qué.

Obedeciendo a un ademán del comandante los dos soldados que estaban en la puerta intentaron coger a Mercurio de los brazos.

El joven saltó hacia un lado zafándose de ellos.

—¡Giuditta! —vociferó una vez más.

—¡Cállate o te arresto, muchacho! —lo intimó el comandante.

Entretanto, los otros soldados se habían acercado y esperaban una orden.

—¡Que te den por culo! —gritó Mercurio al comandante fuera de sí.

El oficial se abalanzó sobre él y lo aferró por la chaqueta.

—Estás arrestado, tú lo has querido.

Los dos guardias lo agarraron, uno por cada lado.

—¡Giuditta! —siguió gritando Mercurio tratando de desasirse de ellos—. Dime por qué.

—Ya verás como una noche en la cárcel te aclarará las ideas —afirmó el comandante—. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

Atraído por el bullicio, el Santo subía por la escalera que llevaba a los calabozos.

—¡Siempre en medio, fraile de los cojones! —dijo Mercurio, iracundo.

El Santo lo reconoció y lo miró con sumo desprecio.

—Modera tu lenguaje —le dijo el comandante aproximándose a él. Se volvió hacia sus soldados—. Llévalo dentro —ordenó.

Instintivamente, Mercurio dio un cabezazo al oficial en plena cara.

Los guardias lo soltaron por un instante, desconcertados. Mercurio aprovechó el momento para dar un salto hacia atrás.

El comandante gimió de dolor y cayó al suelo con la nariz rota.

—¡Arrestad a ese bastardo! —gritó.

Pero Mercurio se había dado ya media vuelta y había huido.

—¡Cogedlo! —gritó el capitán sangrando copiosamente por la nariz.

—Lo conozco —dijo el Santo—. Y creo que sé dónde vive.

Entretanto, Mercurio cruzaba la plaza de San Marco con los guardias pisándole los talones, pese a que las armas y los uniformes entorpecían su carrera. Mercurio los despistó enseguida. Subió a una barca de pescadores que volvían a Mestre. Desembarcó en el muelle del pescado y se dirigió a casa de Anna.

Además de Giuditta, solo había otra persona que, quizá, podía responder a su pregunta.

—Tengo que hablar con usted, doctor —dijo a Isacco, que estaba inclinado sobre una prostituta curándole una llaga.

El médico lo miró. Asintió con la cabeza y lo siguió fuera del hospital.

Caminaron en silencio hasta el abrevadero. Al llegar a él se pararon uno al lado del otro sin mirarse.

Mercurio se sentía débil, pero no podía posponerlo más. Debía saber, debía dejar que la esperanza a la que se había enfrentado durante todo el día se desvaneciera o, por el contrario, se hiciese realidad.

Isacco no dijo palabra. Permaneció inmóvil, mirando el horizonte velado por la niebla estival.

Mercurio respiró hondo y habló.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

Isacco dejó que el sonido de la pregunta penetrase en él. Luego, en un tono preñado de compasión y afecto, respondió: —Porque te quiere, muchacho.

El pánico estalló, incontrolable.

—Socorro —murmuró Mercurio.

—*Sigillum diaboli* —dijo el Santo—. ¿Sabes lo que es, judía?

Giuditta lo miraba aterrorizada. Después de pasar la noche en una celda oscura y fría, esa mañana, al amanecer, la habían llevado a esa habitación sin ventanas que tenía el techo abovedado. En las paredes había clavados anillos y cadenas. Y el centro de la gran sala húmeda estaba ocupado por una mesa y unos extraños artilugios. Los instrumentos de tortura.

El Santo estaba al lado de un hombre musculoso. Era el verdugo. El Santo había sido nombrado Inquisidor.

—Entonces, ¿sabes lo que es el *sigillum diaboli*? —repitió el hermano Amadeo. Giuditta negó con la cabeza.

—El ganado siempre es marcado por el dueño que, de esta forma, acredita su posesión —explicó sonriendo el hermano Amadeo—. Por la misma razón tu amo, el demonio, Satanás en persona, te ha marcado a ti —se aproximó a ella—, y yo, ahora, encontraré esa marca, bruja.

Giuditta se estremeció de terror.

—Procede, verdugo —ordenó el Santo—. Y que la mano de Dios vele por ti.

El verdugo empezó a afilar la navaja en la banda de cuero.

—Desnúdate —le dijo sin rencor, con la voz neutra del que se limita a ejercer su oficio.

—No... —dijo Giuditta con los ojos desmesuradamente abiertos por el miedo, y reculó. Cruzó los brazos sobre el pecho como si ya estuviese desnuda.

El verdugo se volvió hacia los dos guardias que habían escoltado a la joven.

—Desnudadla —les ordenó.

—No... —repitió Giuditta mirando en derredor. Cuando los guardias estaban cerca se escabulló como un pájaro enloquecido. Corrió hasta la puerta que la separaba de la libertad. Aporreó la madera de alerce reforzada con unas gruesas varillas de hierro. La rascó con las uñas.

—¡No! ¡Os lo ruego! —gritó cuando la agarraron.

Los dos guardias la llevaron de nuevo al centro de la sala.

El verdugo se acercó a ella.

—Si te opones te arrancarán el vestido —dijo con voz tranquila y razonable—. Y, después, cuando hayamos acabado, cuando puedas volver a vestirte, tendrás la ropa desgarrada y será como si estuvieras siempre desnuda.

—Se lo ruego...

—Deja que te desnuden —dijo el verdugo.

Giuditta bajó los brazos. Cuando sintió que las manos de los dos guardias le desataban el corpiño inclinó también la cabeza y unas lágrimas cálidas, gruesas y

pesadas resbalaron por sus mejillas.

—¿Por dónde quiere empezar, Inquisidor? —preguntó el verdugo.

El Santo indicó el pubis.

—Tumbadla sobre la mesa —ordenó el verdugo.

Los dos guardias cogieron a Giuditta y la echaron sobre una mesa de madera con unos anillos de hierro. Le inmovilizaron las muñecas por encima de la cabeza, con los brazos extendidos. A continuación le agarraron los tobillos y los sujetaron también.

El verdugo se acercó a la mesa. Cerró un grueso anillo de hierro, frío y áspero alrededor de la cintura de Giuditta. Acto seguido giró una palanca. La parte inferior de la mesa empezó a partirse en dos. Cuando el verdugo dejó de hacer girar la palanca Giuditta tenía las piernas abiertas e inmovilizadas.

El verdugo le mostró la navaja.

—Si no te revuelves no te cortaré —dijo.

Se metió entre las piernas de Giuditta, le echó una jarra de agua y lejió por el pubis, frotó el vello sin detenerse y la afeitó.

Giuditta cerró los ojos conteniendo los gritos de desesperación que pugnaban por salir de su boca.

Cuando terminó su tarea el verdugo le echó más agua gélida entre las piernas para enjuagarla.

—Está lista —dijo al Santo.

El hermano Amadeo se acercó. Escrutaba la flor de carne suave y desnuda que Giuditta tenía entre las piernas, como cualquier mujer. Sabía que había nacido de algo muy similar. Su madre tenía casi la misma edad de la judía. Esa protuberancia carnosa, semejante a una boca traidora, había atraído fuera del convento a su padre, el hermano Reginaldo da Cortona, de la orden de los predicadores, herbolario. Y lo había corrompido. Condenado.

Apuntó la vagina de Giuditta con un dedo.

—Pinzas —dijo.

El verdugo lo miró.

—¿Para qué le sirven? —preguntó—. Si no quiere tocarla puedo hacerlo yo con las manos.

—¡Pinzas! —repitió el Santo casi gritando—. ¡Esta bruja se me ha escapado demasiadas veces, así que no me puedo fiar de tus manos!

—Ya no puede escapar —dijo el verdugo.

El hermano Amadeo se aproximó a él. Era casi dos palmos más bajo, pero sus ojos azules, tan diminutos como las cabezas de dos clavos, echaban chispas.

—Pinzas —repitió susurrando.

El verdugo se dirigió a la pared donde estaban colgados sus instrumentos. Cogió las pinzas de hierro, largas y con la punta plana.

Giuditta vio que se acercaba a ella. Cerró los ojos aterrorizada. Se forzó a pensar en otra cosa. Vio a su padre con la consabida expresión de viejo impresa en la cara. Vio el semblante de Ottavia, que reflejaba su mismo miedo. Pero cuando intentó pensar en Mercurio no pudo imaginarse el hermoso rostro que tanto amaba. Había desaparecido de su memoria. «Díselo a Mercurio», le había pedido a su padre. Porque ella pertenecía a Mercurio y no quería morir sin decírselo. Entonces, ¿por qué no lograba imaginarse sus ojos verdes y risueños? ¿Sus bonitos labios, que tantas veces había besado?

—Vamos, date prisa —dijo el Santo.

Giuditta abrió los ojos. Vio que el verdugo se arrodillaba entre sus piernas y que el Santo se aproximaba con una vela en la mano.

Después sintió que algo frío le aferraba la carne y tiraba de ella abriéndola.

—Más —dijo el Santo.

El verdugo apretó las pinzas y ensanchó el agujero.

Giuditta se mordió el labio inferior hasta que sintió que la piel cedía y sangraba por la boca.

—La estás quemando, Inquisidor —dijo el verdugo.

—¡Concéntrate en tu trabajo, verdugo! —contestó el hermano Amadeo—. ¡Dios guía mis manos!

Giuditta sintió que la llama de la vela le quemaba la carne. Gritó y forcejeó. El anillo que le apretaba los costados le desgarró la piel donde el hueso de la pelvis la tensaba.

—No hay ninguna marca —dijo el verdugo.

—¡Qué sabrás tú de las estratagemas del demonio, idiota! —exclamó el Santo—. ¿Esto, por ejemplo, te parece un simple lunar? ¡No! Es un beso de Satanás.

Giuditta volvió a sentir la llama de la vela en la carne. Chilló.

—Os lo suplico..., os lo suplico... —dijo llorando.

—Oye cómo sabe imitar esta bruja la voz de la inocencia —comentó el Santo riéndose—. Casi se podría creer en ella, ¿verdad?

El verdugo no respondió.

—Calienta las pinzas —ordenó el hermano Amadeo.

—Inquisidor... ya has visto lo que había que ver... —protestó el verdugo.

—Calientalas —reiteró el Santo—. Y también las tenazas para los pezones. Haré confesar a esta bruja y le arrancaré la obscenidad del cuerpo y del alma.

El verdugo se dirigió al brasero y metió las pinzas en él. Después fue a la pared y cogió unas tenazas torcidas, parecidas a las de los sacamuelas. Las puso también a calentar en las brasas.

—Mientras tanto córtale el pelo y el vello de las axilas —dijo el Santo—. Luego prepara el clister hirviendo y el dilatador para la inspección anal.

El verdugo se paró un instante, como si estuviese a punto de rebelarse, pero luego se puso manos a la obra.

En el ínterin el hermano Amadeo se había acercado a Giuditta.

—Si no confiesas tus fechorías te echaré plomo fundido en el cuerpo —le susurró al oído—. En todos los orificios en que Satanás te ha violado. —Sonrió—. Ya veremos si tu amo viene a salvarte. Veremos si valía la pena venderle el alma.

—Os lo suplico..., os lo suplico... —Giuditta lloraba sin poder decir otra cosa—. Os lo suplico...

El verdugo se aproximó a ella con la navaja y una jarra de agua y lejía. Le echó un poco en una axila y acto seguido se la afeitó. Pasó a la otra. Después le enjabonó el pelo. Cuando acababa de apoyar la navaja en lo alto de la frente la puerta de la sala de torturas vibró y se abrió desde fuera.

—¿Quién osa molestar? —rugió el hermano Amadeo.

Aparecieron cuatro guardias de la Serenísima y se plantaron de dos en dos flanqueando la puerta. Acto seguido entró un prelado, iba vestido de negro, con una túnica en apariencia modesta, pero confeccionada con un tejido resplandeciente. Detrás del prelado, ayudado por dos clérigos con la tonsura fresca, avanzó la figura esmirriada y frágil, aunque carismática, de un viejo tocado con un gorro con una borla roja que se apoyaba en un bastón pastoral de oro.

—Su Excelencia el Patriarca de Venecia, Antonio II Contarini —anunció el prelado vestido de negro.

El verdugo inclinó enseguida la cabeza y lo mismo hicieron los guardias que se habían ocupado de Giuditta.

El Santo se precipitó hacia la suprema autoridad eclesiástica de Venecia y se arrodilló delante de ella tratando de cogerle la mano para besar el anillo.

El Patriarca lo apartó con un gesto de irritación.

—Bésame sin tocarme —dijo con una voz sutil, levemente chillona, pero enérgica—. Tus manos me impresionan.

El Santo acercó los labios al anillo y lo besó sin retener la mano enguantada del Patriarca.

—Por lo visto llego justo a tiempo —dijo el Patriarca lanzando una rápida ojeada a Giuditta, que seguía atada a la mesa, desnuda, y a los instrumentos que estaban al rojo vivo en el brasero—. Apaga el fuego, verdugo.

—Pero, Santidad... —protestó el hermano Amadeo.

El Patriarca lo fulminó con la mirada.

—No oses interrumpirme —dijo arqueando una ceja—. En cualquier caso, según parece, de los dos, el santo eres tú. —Se volvió hacia el prelado riéndose con él—. Silla —ordenó.

Los dos clérigos cogieron una silla y lo ayudaron.

El Patriarca suspiró cansado. Apoyó el índice y el pulgar de la mano izquierda en el tabique nasal y apretó bajo los ojos como si le doliese la cabeza y tratase de aliviar el dolor.

El prelado se le acercó con un frasco y lo destapó.

El Patriarca lo olfateó. Tosió y después dio muestras de encontrarse mejor. Dio las gracias al prelado con un ademán de la cabeza.

—Hace tiempo que Roma quiere un proceso público, pese a que queda fuera de nuestras reglas —dijo entonces con su voz chillona—, para celebrar y afirmar el poder de la Iglesia también aquí, en Venecia, donde se considera acosada por el poder temporal del Dux y por la política de Nuestra Serenísima República de San Marcos. —Hizo una mueca. Saltaba a la vista que, en calidad de noble ciudadano de Venecia, fiel a los ideales de independencia de la República, la orden del jefe supremo de la Iglesia no le gustaba. Pero también era un siervo de Dios, por lo que debía obedecer—. Así que *fiat voluntas Dei*. —Miró al Santo—. ¿Y qué puede ser mejor que este escabrosísimo caso de la judía que ha embrujado a las mujeres venecianas y les ha robado el alma con sus vestidos? Se hablará en todas partes de este asunto, tendrá resonancia en el pueblo, apasionará a los poetas y los cantores... Una judía, una infiel, atenta contra el bien de Venecia. Y la Iglesia... ¡La Iglesia! —repitió con énfasis—, salva a los ciudadanos de la Serenísima. ¿Justo, Santo?

—Exactamente, Patriarca —asintió el hermano Amadeo haciendo una reverencia.

—Entonces, Inquisidor —prosiguió el Patriarca—, procura no matarla antes del proceso.

—No, Patriarca, yo...

—¡No me interrumpas!

El Santo se arrodilló con humildad.

—No la mates y no la presentes ante el tribunal como una mártir. No la reduzcas a un estado lamentable, porque alguien podría compadecerse de ella. ¿Me entiendes? Debemos actuar de forma distinta a lo que sucede en los procesos que se celebran a puerta cerrada. Debemos emplear la inteligencia que Dios nos ha concedido.

—Sí, Patriarca.

—Quiero que esté guapa —dijo el Patriarca—. Recuérdalo, Inquisidor, el mal seduce siempre. ¿Has oído alguna vez que el diablo ofrezca mierda?

El Santo no contestó.

—¿Tengo que repetirte la pregunta? —dijo el Patriarca.

—No.

—El diablo nunca ofrece mierda, ¿justo?

—Justísimo.

—Ofrece poder, riquezas, hermosura, ¿cierto?

—Ciertísimo.

—Y si no parece que esta muchacha ha obtenido poder, riquezas y belleza..., ¿quién creará que ha sellado un pacto con el diablo?

—Nadie.

—Deberías haber dicho «ni Dios».

El prelado vestido de negro se rio.

—Ni Dios.

—Me indicaron tu nombre como Inquisidor por el único motivo de que el pueblo de Venecia te conoce, te has ganado cierta fama gracias a esos... —El Patriarca hizo una mueca—... a esos agujeros de las manos —concluyó evitando adrede la palabra estigma. Lo miró casi con desprecio. Se veía a la legua que el Santo no le gustaba—. ¿Serás capaz de sostener el proceso? —le preguntó—. ¿O me conviene buscar otro paladín?

—Concédame esa posibilidad, Patriarca. No le decepcionaré. Llevo dos años dando la caza a esta judía —dijo el Santo acalorándose.

—No lo conviertas en una cuestión personal —lo advirtió el Patriarca—. Trabajas para mí, que, a mi vez, trabajo para su Santidad, que trabaja para mayor gloria de Nuestro Señor.

—Soy su humilde servidor —dijo el hermano Amadeo.

—En ese caso acércate —dijo el Patriarca.

El Santo se levantó y aproximó una oreja a la boca del Patriarca.

—Una de las acusadoras de la judía es una mujer de mala vida —susurró el Patriarca—. Por desgracia ese loco desgraciado de mi sobrino Rinaldo es su amante... como bien sabes, dado que, según me han dicho, vives a costa de la demencia del príncipe.

El hermano Amadeo se ruborizó.

—No enrojezcas como una virgencita, Santo —dijo con voz gélida el Patriarca—. Donde hay carne en descomposición hay siempre gusanos y parásitos. —El Patriarca cogió con dos dedos la oreja del Santo y la pegó a sus labios—. Lo que me interesa es que el nombre de mi familia no se asocie a esa mujerzuela ni al proceso. Al menos, no de manera oficial. Así pues, antes de hacer declarar a esa puta que vive en el *petit* palacio Contarini la instruirás como se debe. Dile que si el nombre de mi sobrino no sale a relucir, ganará un premio. Si, en cambio, lo menciona, debe saber que en cualquier momento podemos calentar los hierros de nuestro verdugo para ella.

El Santo dio un paso hacia atrás. Asintió con la cabeza.

—No tema.

El Patriarca hizo un ademán a los clérigos que, de inmediato, se aproximaron a él y lo ayudaron a levantarse. Después lo sostuvieron mientras se daba media vuelta sin haber mirado una sola vez a Giuditta, que seguía atada a la mesa. Cuando estaba casi en la puerta, se volvió hacia el Santo, que lo había escoltado caminando doblado en

dos y de través.

—La gente de Venecia te conoce. Es la única razón por la que tendrás esta ocasión, pese a que no tienes experiencia en procesos inquisitoriales. Te lo repito para que procures no olvidarlo.

—No lo olvidaré...

—¿Has leído el libro que te mandé? —preguntó el Patriarca.

—¿El *Malleus Maleficarum*? Por supuesto, Patriarca. Es un manual... asombroso —contestó el Santo.

—Atente a esos procedimientos. Apréndetelo de memoria y cita siempre la *Approbatio* de la comisión de los teólogos alemanes de Colonia para que comprendan que toda la Iglesia acepta el manual —dijo el Patriarca, pese a saber que la introducción era una falsificación que solo servía para dar al tratado el *imprimatur* de obra teológicamente irrepreensible.

—Lo haré, Patriarca. Confíe en mí.

—No me decepciones, fraile.

—No le decepcionaré —aseguró el Santo alzando las manos hacia el Patriarca.

Este miró los estigmas impertérrito.

—Ah, y no hagas demasiadas payasadas con esos agujeros cuando estés en el tribunal —dijo con profundo desprecio—. No eres el juglar de Dios. —Dicho esto salió.

El Santo se volvió hacia el verdugo.

—Desátala —le ordenó—. ¿Conoces a una prostituta?

El verdugo puso una expresión de asombro sin saber qué contestar.

—Encuentra una prostituta —explicó el Santo— y dile que cuide a la judía con sus bálsamos, sus maquillajes y sus aceites. Quiero que la laven, la peinen y la perfumen. Debe convertir a la bruja en una prostituta excitante. —Se acercó a Giuditta que se revolvía en la mesa, desnuda y humillada—. Tenemos que mostrarla como lo que es —susurró mirándola a los ojos. Se inclinó hacia ella hasta que casi le rozó la cara con la boca, como un amante que ejecuta un ritual amoroso perverso y refinado—. La puta del diablo.

Giuditta sintió entonces auténtico miedo.

Los guardias del Palacio Ducal, con el comandante a la cabeza, irrumpieron en el hospital.

—¿Dónde está el joven llamado Mercurio? —preguntó autoritario el comandante, que tenía la nariz tumefacta.

Isacco, Anna, el capitán Lanzafame, las prostitutas que se habían curado y las que aún yacían en las camas se volvieron a mirarlos. También los jóvenes soldados mutilados que habían empezado a ayudar con regularidad a Isacco salieron al encuentro de los guardias apoyándose en sus muletas. Todos miraban a los militares, como si se sorprendieran de su intrusión.

En realidad, los guardias habían llegado hacía unos instantes con dos vistosas embarcaciones que habían atracado en el canal, delante de la casa de Anna, organizando tal estruendo que cualquiera habría advertido su presencia en el radio de un cuarto de milla.

El capitán Lanzafame se aproximó al comandante de la guardia.

—¿A quién ha dicho que busca? —preguntó con fingido asombro.

—Se llama Mercurio —respondió el capitán—. No sé más.

—¿Y qué se supone que ha hecho? —preguntó Anna adelantándose también.

—Eso no te concierne, mujer —contestó el comandante.

Isacco y varias prostitutas rodearon asimismo a los guardias. Todos miraban la nariz del comandante.

—¿Entonces? Responded o se os considerará cómplices —dijo el comandante—. Sé que vive aquí.

—Tiene razón, pero a la vez se equivoca —contestó Lanzafame—. Es una especie de vagabundo. Pasa temporadas aquí. En este momento, por ejemplo, no está. Y no tenemos la menor idea de adónde puede haber ido, comandante.

—¿Lo estáis protegiendo? —preguntó el oficial.

—Puede verlo con sus propios ojos —contestó Lanzafame.

—Compruébalo si quiere —dijo Isacco—, pero le aconsejo que no toque nada. — Señaló a las prostitutas que guardaban cama—. Son contagiosas.

El comandante y los guardias miraron alrededor con inquietud. Observaron a las prostitutas cubiertas de llagas rojas.

—Si veis a ese delincuente debéis avisar a las autoridades —dijo el comandante—. Lo estamos buscando y cualquiera que lo albergue o lo esconda en su casa será considerado cómplice y enemigo de la República.

Todos los presentes guardaron silencio, sin asentir con la cabeza ni hablar.

Al cabo de un momento el comandante y sus guardias salieron del hospital haciendo el mismo estruendo que cuando habían entrado.

Lidia, la hija de Repubblica, los siguió hasta las embarcaciones. Después volvió al hospital y anunció: —Se han ido.

—Ya puedes salir —dijo Scarabello.

Mercurio apareció debajo de su cama. Estaba pálido y tenía las facciones tensas.

—Le diste una buena tunda —comentó riéndose Lanzafame—. Tiene la nariz rota.

Mercurio asintió ensimismado. Desde que Isacco le había dicho que Giuditta aún lo quería no había podido aplacar la ansiedad. La primera pregunta que lo torturaba era por qué la joven había querido romper con él. No tenía sentido y, con toda probabilidad, ella era la única que podía aclarar el enigma. Pero había algo aún más urgente. Sentía una angustia y un pánico incontrolables. ¿Podría salvarla?

—¿Entonces? —preguntó a Scarabello con la respiración entrecortada.

Scarabello lo miró con los ojos velados.

—¿Qué?

—¿Puedes ayudarla sí o no? —le repitió Mercurio, que ya le había hecho esa pregunta antes de que llegasen los guardias.

—No puedes estar aquí —dijo Anna preocupada acercándose a la cama—. Tienes que esconderte. ¿Lo has oído? Te están buscando.

—Sí, de acuerdo, ya pensaremos en eso —la interrumpió Mercurio intentando respirar. A continuación se dirigió de nuevo a Scarabello, presa del pánico—: Contéstame, ¿puedes ayudar a Giuditta?

—¿Cómo... podría...? —Scarabello cabeceó.

Mercurio se sentó en el borde de su cama.

—¿Y ese hombre poderoso que conoces? —Vio que Scarabello tenía la mirada ofuscada—. ¿El que se sienta tan alto que a mí me daría vértigo? ¿Te acuerdas de él?

Scarabello tendió una mano y le aferró la chaqueta ligera de lino. Estaba tan débil que casi no podía sujetar la tela con los dedos.

—¿Por qué me hablas como si fuera imbécil, muchacho? Te entiendo..., por el momento te entiendo.

—Entonces contéstame —insistió Mercurio.

—Tu Giuditta... está acabada —afirmó Scarabello jadeando.

—¡No!

—Sí, muchacho... Si hubiese robado el anillo... del Dux en persona... el hombre que está en lo alto del Consejo Mayor... habría podido... intervenir. —Scarabello se detuvo para recuperar el aliento—. Pero este asunto... es cosa de la Iglesia. La Santa Inquisición... no se somete al gobierno de la Serenísima... sino directamente al Papa, en Roma... ¿Está claro?

—No —repitió Mercurio—. No. Debe haber algo que...

Scarabello trató de reírse, pero le faltó el aliento. Levantó una mano para

interrumpir a Mercurio.

—Ni siquiera tiene derecho a un defensor —continuó—. ¿Sabes lo que dicen? Las brujas se asan... antes de que enciendan el fuego... —Miró a Mercurio. Vio la desesperación en sus ojos.

Mercurio le cogió una mano, tenso.

—Te lo ruego, ayúdame...

Scarabello sintió pena por él. La vida de Giuditta valía ya menos que un *marchetto*. Todos lo sabían allí dentro. Incluso su padre. En cambio ese muchacho quería cambiar un destino marcado ya a fuego. Estaba dispuesto a echarse a los hombros toda la responsabilidad, de manera que sintió que no podía decepcionarlo.

—Quizá...

Mercurio le apretó la mano.

Scarabello miró a Anna, que se había quedado a su lado. La mujer lo despreciaba, y él podía comprenderla.

—Déjanos solos —dijo Mercurio a Anna creyendo que Scarabello quería decirle con la mirada que debía confiarle un secreto.

Anna desvió la mirada hacia Scarabello. Sacudió lentamente la cabeza. Pese a que no quería que ese delincuente pusiese en peligro la vida de Mercurio, no tuvo fuerzas para oponerse. Se dio media vuelta y se marchó.

—Puede que haya una ocasión para... hacerla escapar... pero es muy difícil...

—¿Cómo? —preguntó Mercurio.

—No lo sé... ahora no lo sé... —Scarabello respiraba con dificultad mientras trataba de dar una esperanza a Mercurio—. El punto débil es el trayecto desde la prisión hasta el lugar del proceso y viceversa... Es allí que podemos intentar algo... —Scarabello agitó un dedo en el aire—. Pero aunque lo consigamos... te encontrarán... si huyes por tierra...

—¿Entonces?

—Entonces repara tu barco, muchacho. Si logras hacer salir de la cárcel a tu novia solo tendrás una posibilidad... el mar. No pensarán en eso... Sube al barco. Y reza.

—Le dije a Zuan que lo hundiera... —dijo Mercurio.

—¿Y crees que ese viejo obedecerá a un crío como tú? —Scarabello sonrió—. Lo he visto, es un viejo cabezota que se ha casado con ese barco. Nunca lo hundirá... Me apuesto lo que quieras...

—No tengo dinero para...

—Te equivocas, lo tienes. Yo te lo daré... Ya te lo he dicho...

—Te lo devolveré.

—Eres realmente idiota, muchacho. —Scarabello se rio entre dientes—. Mírame. Me estoy muriendo. ¿Pretendes metérmelo en el ataúd?

Mercurio cabeceó.

—Tú no morirás.

—Ve a ver al viejo...

—Gracias.

—Ve...

Mientras Mercurio salía corriendo del establo, Scarabello lo siguió con la mirada. Pensaba que no podría ayudar a escapar a la hija del médico. Era una locura, y la historia del barco una majadería. Pero, al menos, lo mantendría ocupado. Siempre le había gustado ese muchacho, le habría gustado ayudarlo, pero lo único que podía hacer era darle una esperanza, por frágil que fuese. Algo era algo, pensó. Mientras yacía en esa cama había comprendido que la esperanza era un bien precioso.

Mercurio se acercó a Isacco y a Lanzafame, que estaban al lado del abrevadero.

—Capitán —dijo a Lanzafame—, ¿puede pedir que le asignen la tarea de escoltar a Giuditta de la prisión al tribunal y al contrario?

Lanzafame lo miró atónito.

Isacco se volvió hacia Mercurio. Por primera vez desde que habían arrestado a Giuditta sus ojos estaban vivos.

—¿Qué has pensado? —le preguntó.

—¿Podría pedir que le concedieran su vigilancia? —repitió Mercurio a Lanzafame.

El capitán negó con la cabeza.

—¿Cómo? Son órdenes superiores y...

—De acuerdo —lo interrumpió Mercurio—, pero si logro que le asignen la tarea y luego... alguien logra hacer escapar a Giuditta... ¿Usted la mataría?

Lanzafame se volvió hacia Isacco, luego miró de nuevo a Mercurio.

—¿Me crees capaz de hacer algo semejante, muchacho?

—¿Quieres ayudarla a escapar? —preguntó Isacco con la voz trémula por la emoción.

—¿Usted no lo intentaría? —dijo Mercurio.

Sus ojos delataban el miedo que sentía, pensó Isacco. Pero también valor.

Mercurio volvió corriendo a la cama de Scarabello.

—¿Cuántos favores puedes pedir al hombre poderoso?

—Mientras siga vivo tengo... un crédito ilimitado... —contestó Scarabello.

—Tengo uno para empezar.

Isacco y Lanzafame se unieron a ellos y rodearon la cama. Parecía que estuvieran conteniendo el aliento.

—¿De qué se trata? —preguntó Scarabello.

—La escolta de la prisionera —dijo Mercurio.

Scarabello reflexionó en silencio.

—Sí... creo que se podrá hacer... —Se volvió hacia Lanzafame y le sonrió débilmente—. Pero así se arriesga a perderse mi muerte, capitán...

Lanzafame lo escrutó. Su mirada había cambiado ligeramente. Asintió con la cabeza y frunció el labio de forma imperceptible, conteniendo una sonrisa.

—Correré el riesgo —afirmó.

—Que Dios nos proteja —dijo Isacco con los ojos empañados—. Que Dios nos proteja y cuide a Giuditta.

Mercurio miró a Scarabello.

—¿Te mando al tuerto?

—No —contestó Scarabello—. Tendrás que ir tú a hablar con él.

Mercurio se llevó la mano al pecho tratando de calmar su respiración, quebrada por la ansiedad.

—De acuerdo —aceptó.

—Acércate —le dijo Scarabello. Cuando Mercurio se inclinó hacia él le susurró al oído—: Ese se come para desayunar a uno como el tuerto. Cuando te reciba debes mirarlo directamente a los ojos y hacerle comprender que no es mejor que tú. Entonces te escuchará.

—Lo intentaré...

—Y convendría pedirle todo de una vez... —prosiguió Scarabello—. Así que si se te ocurren otros favores...

—De acuerdo.

—Espera... —Scarabello cogió a Mercurio de una mano. Se volvió hacia Isacco y Lanzafame—. Dejadnos solos, por favor...

El médico y el capitán se alejaron.

Scarabello se abrió la camisa. Cogió una cadena de oro entre los dedos e intentó arrancársela, pero estaba muy débil. Los eslabones de la cadena tintinearón, y los dedos llagados de Scarabello perdieron la presa. Jadeó, cansado. Hizo un ademán a Mercurio para que lo ayudase.

El joven le quitó con delicadeza la cadena. Un largo mechón de pelo blanco quedó enganchado en uno de los eslabones. Mercurio lo arrancó enseguida, confiando en que Scarabello no lo viese.

—Enséñaselo..., enséñaselo a Jacopo... Giustiniani... —Scarabello señaló el sello que estaba pegado a la cadena—. Se llama así... pero no digas su nombre aquí... Debes... —Entornó los párpados como si estuviese buscando la palabra justa—, debes... protegerlo...

—Entiendo —dijo Mercurio. Miró el sello. El oro estaba finamente trabajado y la piedra era una cornalina casi roja. En la misma había grabada un águila de dos cabezas con las alas desplegadas.

—Si muero antes... este sello bastará para hacerle creer durante cierto tiempo que

sigo con vida... —explicó Scarabello.

—Tú no morirás —reiteró Mercurio.

—Todos mueren... tarde o temprano...

Mercurio dejó Mestre con un peso en el corazón. Todo dependía de él, era consciente. Y debía lograr su propósito para evitar que Giuditta muriese.

Pidió a Tonio y a Berto que lo dejaran, como siempre, en el río de Santa Giustina, en el punto en que este se cruzaba con el río de Fontego. Más que nunca, quería evitar que demasiadas personas estuviesen al corriente de la existencia del barco.

Mientras caminaba por los muelles apretando el paso oyó un redoble de tambores en el *campo* adyacente. Se asomó y vio que un grupo se apiñaba alrededor de un pregonero.

—Domingo, día del Señor, por voluntad de nuestro patriarca Antonio II Contarini —decía recalcando las palabras con una voz estentórea—, en la plaza de San Marco, cerca del muelle ducal, ante las autoridades de nuestra Serenísima República de Venecia, la Santa Inquisición romana leerá públicamente el resumen de las acusaciones que recaen sobre Giuditta di Negrofonte, bruja y judía...

La multitud aplaudió.

Mercurio comprendió que no disponía de mucho tiempo. La hoguera ya estaba preparada.

Quizá todos tuvieran razón. Lo más probable era que Giuditta estuviese condenada, pero él no podía ni quería darse por vencido.

Corrió hasta el astillero de Zuan dell'Olmo. Dobló la esquina conteniendo el aliento.

—¿Dónde estás, viejo? —gritó.

Mosè lo recibió ladrando alegremente.

—¡No lo has hundido! —dijo a Zuan cuando este apareció por fin.

—No, muchacho —contestó el viejo con aire serio—. Y no quiero tus monedas de oro. No te venderé mi barco. No sabría qué hacer con el oro. Prefiero quedarme aquí y podirme con él...

Mercurio se rio y lo abrazó eufórico. Al menos algo iba como debía.

—¡Te adoro, Zuan!

—¿Qué demonios haces, muchacho? —dijo molesto y cohibido el viejo tratando de zafarse de él.

—No debes hundirlo —le explicó Mercurio—. Tienes que repararlo.

—Eres tonto, muchacho —dijo el viejo Zuan apuntándolo con un dedo—. En cuanto te vi comprendí que eras tonto.

—Debes repararlo —insistió Mercurio—. Deprisa.

—¿Qué significa deprisa? ¿Con qué dinero?

—Una semana...

—¿Una semana? Ves como eres ton...

—Una semana —lo atajó Mercurio mirándolo con determinación. Apretó el hombro huesudo de Zuan con una mano—. Es cuestión de vida o muerte —añadió.

El viejo marinero se alertó.

—Una vez estuve en el Arsenal. En un día construyeron uno de principio a fin —dijo Mercurio señalando la embarcación—. Debes reflotarlo en una semana. No te preocupes por el dinero, tengo todo lo que necesitamos.

Zuan cabeceaba mientras *Mosè* ladraba excitado.

—¡Cállate, idiota! —le gritó el viejo. *Mosè* ladró aún más fuerte moviendo la cola.

—Y preparaos para partir. Los dos —dijo Mercurio señalando a *Mosè*.

Zuan lo miró.

—¡Eres idiota! Completamente idiota... —Braceó—. Necesitamos una tripulación para dirigir el barco, ¿lo has pensado?

—Encuétrala —dijo Mercurio—. Yo tengo dos remeros, ¿te sirven?

—¡Necesitamos al menos veinte, hostia!

—Solo tendrás que buscar dieciocho, viejo. —Lo escrutó—. No estoy bromeando. Créeme.

Zuan emitió un sonido que daba a entender que se rendía. Sus ojos brillaban alegres.

Mercurio lo aferró por los hombros.

—Mírame —le dijo con seriedad.

Mosè aulló y se sentó con aire compuesto.

—Te necesito, viejo —le dijo Mercurio—. No me falles.

—No... —susurró Zuan, y mientras Mercurio se marchaba se enjugó una lágrima de emoción e intentó dar una patada a *Mosè*, pero el perro lo esquivó y se puso a ladrar alrededor de él, jovial—. ¡Estúpido, te ríes de este pedazo de mierda embalsamado! Ya veremos si aguantas en el mar...

A lo lejos se oían los tambores de la Inquisición.

El sol azotaba la plaza de San Marco. Un sol despiadado y feroz. La gente caminaba boqueando debido al calor, incluso a la sombra, bajo los pórticos de las Paratie Nuove, que acababan de ser reconstruidas.

El verano se había abatido sobre Venecia repentinamente, como una enfermedad. El aire era sofocante, irrespirable. El cielo oprimente y plomizo, con una luminiscencia indefinida, innatural. Los canales más pequeños estaban casi secos. El barro aprisionaba a los peces gato. En los puntos más secos se veían las huellas de los ratones. El agua estancada olía más que nunca a podrido. Los excrementos, líquidos y sólidos, humanos y animales, fermentaban enseguida, cortejados por nubes de moscas. Los cadáveres de palomas, ratas, gaviotas, gatos e incluso caballos, hinchados y con las piernas tiesas apuntando al cielo, se deshacían rápidamente mostrando sin pudor el pulular de gusanos que daban buena cuenta de ellos. Benedetta estaba sudada, pero avanzaba de todas formas a buen paso. En una mano llevaba un pañuelito bordado de valioso encaje de Burano. En la otra un salvaconducto que pocos podían obtener esos días.

Mientras pasaba entre la gente Benedetta se volvió a mirar hacia atrás. Tenía la sensación de que la estaban siguiendo. Desde que había salido del palacio Contarini había tenido la impresión de oír unos pasos en las calles más desiertas, unos pasos que se adecuaban a los suyos, que se paraban cuando ella se paraba. Quizás el príncipe había encargado a un criado que la siguiese a sol y a sombra. Era probable que quisiera vigilarla. Al príncipe le gustaba tenerlo todo bajo control. De hecho, en esos días, en más de una ocasión, había querido saber adónde iba. Tal vez el criado que la había llevado a Mestre a ver a Mercurio había hablado. Por esa razón, hacía casi una hora, había salido de casa sola, sin acompañamiento. Y por esa razón había hecho un recorrido tortuoso para ir a la plaza San Marco.

Benedetta se volvió de golpe una vez más, pero no vio a nadie.

Al llegar al final de las Paratie Nuove cruzó la plaza, pasando por delante de la basílica de San Marco, en dirección al Campanile, a cuyos pies había varias tiendas de madera. Tras dejar atrás la última de ellas, en la que un grupo de hombres estaba apilando troncos, vio a su izquierda el Palacio Ducal. Había llegado. Estaba excitada pero, a la vez, puede que a causa del terrible calor, se sentía insegura e inquieta.

Se paró a la sombra de la marquesina de la tienda de madera. En el suelo había una alfombra de virutas y en el aire flotaba el olor de la resina fresca de abeto. Benedetta se enjugó el sudor que le perlaba la frente con el pañuelo. Después se taponó el escote y se metió el pañuelo en el vestido, bajo las axilas. Inspiró hondo. Trató de calmarse. Relajó las facciones. Intentó adoptar una expresión de desapego y, cuando consideró que estaba preparada, se movió.

Las gaviotas chillaban en el cielo sus risas estridentes y se amontonaban en los pilones del muelle ducal, en el Canal Grande.

Benedetta vio que los dos guardias del Palacio Ducal se volvían a mirarla. Sintió el sudor que le resbalaba por la espalda y entre las piernas, pero no aminoró la marcha ni bajó la mirada. Al llegar a su lado, en silencio, les entregó el salvoconducto con un gesto altivo, pero con naturalidad, como si fuese una práctica normal a la que estuviese acostumbrada por su rango.

El guardia más viejo rompió el sello y leyó. El salvoconducto estaba firmado por el Santo, el Inquisidor, y refrendado, sin que, no obstante, este lo supiese, por el príncipe Rinaldo Contarini. El guardia hizo una leve reverencia a Benedetta, miró alrededor y preguntó asombrado.

—¿No la acompaña ningún criado?

Benedetta lo miró fríamente.

—Prefiero que mi visita pase desapercibida —respondió.

El guardia se inclinó de nuevo, a continuación se volvió a su colega y le dijo: — Acompaña a la señora a la celda de la judía.

El otro guardia se inclinó a su vez y se dirigió a la galería de las prisiones.

Benedetta se volvió y miró los pórticos. No dejaba de sentir que la estaban siguiendo, pero, una vez más, no vio a nadie sospechoso. Así pues, siguió al guardia, que la esperaba a la puerta de la prisión para acompañarla.

Cuando entró en los subterráneos oscuros y húmedos Benedetta sintió que el sudor se le helaba en el cuerpo. Se estremeció. Pasaron por delante de las celdas comunes, de las que llegaban lamentos y oraciones, y que apestaban a cuerpos. Después recorrieron un pasillo flanqueado por las celdas individuales. Al final llegaron a una puerta antigua de nogal oscuro, blindada por unos grandes travesaños de hierro forjado. El guardia hizo un ademán a un compañero que llevaba un grueso manojito de llaves a la cintura.

Por fin, abrieron la puerta.

—Quedaos fuera —dijo Benedetta.

—Como ordene, señora —dijo el guardia tendiéndole una lámpara de aceite—. Tenga cuidado, el suelo resbala. Los prisioneros se mean.

El otro guardia olfateó en la penumbra de la celda y se rio. Luego se hizo a un lado.

Benedetta cogió la lámpara de aceite y la levantó delante de ella. La oscuridad de la celda era impenetrable. El olor era penetrante, pero no de orina, sino de algo distinto. Benedetta pensó que olía a miedo y se dio cuenta de que a ella también le asustaba cruzar el umbral.

—¿Está... atada? —preguntó a los guardias.

—No puede hacerle nada, señora. Esté tranquila —contestó el guardia.

Benedetta inspiró hondo y entró.

Los guardias se rieron a su espalda.

La lámpara iluminaba débilmente alrededor de ella, aclarando una zona de no más de un paso. Benedetta vio que el suelo estaba cubierto por unas grandes losas de piedra tosca que el tiempo había pulido. Las paredes eran de ladrillos rojos, con una estructura abovedada y reforzadas por unas gruesas vigas transversales. Una primera serie corría paralela al suelo a un par de palmos de él, la otra a menos de una pértiga. En los travesaños había clavadas argollas, cadenas y yugos.

Benedetta avanzó poco a poco. El olor a suciedad y humores corporales se intensificaba a medida que se adentraba en la celda.

Cuando, al bajar la lámpara delante de ella a la altura de sus rodillas vio el rostro de Giuditta dio un salto hacia atrás, asustada. Después recuperó el aliento y acercó de nuevo la lámpara.

Giuditta guiñó los ojos, como si la luz, tenue y temblorosa, la deslumbrase. Ladeó la cabeza.

Benedetta se acercó más a ella y la miró a los ojos. Esperó a que la reconociese sin decir palabra. Recorrió el cuerpo de la joven con la mirada. Estaba ovillada en el suelo. Llevaba un vestidito sucio y arrugado. A medida que la luz de la lámpara la exploraba Giuditta se acurrucaba más contra la pared. Al recular dejó a la vista una rodilla pelada. Benedetta vio que tenía los tobillos sujetos por dos argollas gruesas y oxidadas. Otra, con una cadena corta, le rodeaba la cintura y la obligaba a permanecer sentada en el suelo sin apenas poder moverse. Tenía también las muñecas encadenadas y llenas de arañazos. La cara sucia. Y una mirada de animal enjaulado.

Benedetta pensó que hacía, al menos, tres días que vivía en esa oscuridad. La celda no parecía tener ventanas. El aire era frío, húmedo, viciado. Pese a ello, Giuditta conservaba su belleza, pensó rabiosa. La odió con todas sus fuerzas, más que antes, porque ni siquiera la cárcel la derrotaba. O, al menos, no del todo. Seguía siendo una digna rival, pensó.

—Hola, bruja —dijo.

Giuditta sostuvo la mirada. Tenía los ojos enrojecidos, las mejillas hundidas, el pelo pegajoso y sucio, y los labios cortados.

—No me das... miedo... —dijo con voz ronca.

Benedetta le acercó la lámpara a la cara.

—No hace falta que yo te dé miedo —le contestó. Alzó la lámpara detrás de ella trazando un movimiento circular para mostrar la celda—. No. Ya no hace falta que yo te dé miedo. —Se rio de manera forzada. Alargó una mano, como si quisiera acariciarla.

Giuditta apartó la cara.

—Me gusta verte así —le susurró Benedetta.

—¿Qué quieres? —preguntó Giuditta.

—¿Qué más puedo querer? —contestó sonriendo Benedetta. Hizo una larga pausa sujetando la lámpara delante de los ojos de Giuditta, pensando que no había perdido un ápice de su belleza—. ¡Quiero verte morir! —le dijo furiosa.

Giuditta sintió que, pese al esfuerzo que hacía, el terror le clavaba sus garras en el estómago.

—¿Por qué? —preguntó quedamente.

Benedetta la miró sin responder. Después le escupió a la cara, se levantó y se encaminó hacia la puerta de la celda. Al llegar a ella se paró.

—Voy a ver a Mercurio —dijo tratando de que su tono fuera desenfadado, como si estuviera hablando con una amiga—. Lo estoy consolando. —Retrocedió—. Y él deja que lo consuele de buena gana. —Se plantó delante de Giuditta—. No puedo saludarlo de tu parte, lo entiendes, ¿verdad? —dijo. Se agachó iluminando la cara de Giuditta. Vio que estaba llorando. Exhaló un suspiro, regodeándose, y se marchó sin volver a detenerse.

Nada más salir de la prisión el sol la azotó con arrogancia. Casi había olvidado el calor y la luz que reverberaba en el agua de la laguna transformándola en un pavimento de pequeños espejos en continuo movimiento. Dejó que el aire caliente le llenase los pulmones, y luego, una vez recuperada, se dirigió al muelle adyacente al Palacio Ducal.

Llamó a un gondolero con un ademán y subió a su barca.

Mientras se alejaba por el Canal Grande, Benedetta se volvió de nuevo. Miró hacia la plaza, los pórticos, para comprobar otra vez si alguien la seguía, si la sensación que experimentaba estaba fundada. Pero no vio a nadie. Miró las otras barcas y las góndolas, pero eran muy numerosas y navegaban en todas direcciones.

A su izquierda oyó un redoble de tambores. Se volvió hacia la Punta da Mar, la sutil lengua de tierra que dividía el Canal Grande del Canal della Giudecca, y vio un grupo de andrajosos que seguían a un pregonero.

—Domingo, día del Señor, por voluntad de nuestro Patriarca Antonio II Contarini, en la plaza de San Marco y cerca del muelle ducal, en presencia de las autoridades de nuestra Serenísima República de Venecia, la Santa Inquisición leerá públicamente las acusaciones dirigidas contra Giuditta di Negrofonte, bruja y judía.

—Solo quedan dos días —murmuró Benedetta.

—¿Cómo dice, señora? —le preguntó el gondolero.

Benedetta se volvió y lo miró con una sonrisa angelical dibujada en los labios.

—Llévame a Mestre, buen hombre —le dijo.

Benedetta lo guio hasta el estrecho canal de irrigación que había frente a la casa de Anna del Mercato. Desembarcó y ordenó al hombre que la esperara.

—No tardaré mucho —dijo alejándose.

Mientras caminaba hacia la casa se volvió, de nuevo con la desagradable sensación de que la estaban siguiendo. No vio nada, salvo un grupo de juncos que se movían a diferencia de los demás, que permanecían inmóviles en el bochorno a unos diez pasos detrás de la góndola.

«Deja de preocuparte», se dijo. «Has ganado».

Miró otra vez los juncos. Ya no se movían. Pensó que debía de haber sido una ráfaga de viento.

Llegó a la puerta de la casa y llamó. Le abrió una niña.

—¿Estás enferma? —le preguntó, y acto seguido, sin esperar la respuesta, señaló el establo que había detrás de la casa—. El hospital está allí.

—La enferma serás tú, pájaro de mal agüero —contestó Benedetta con vehemencia, sintiendo que se le helaba la sangre, pese al gran calor.

—¿Quién es? —preguntó una voz detrás de la niña. Anna del Mercato apareció en el umbral—. Ah, eres tú —dijo sin entusiasmo. Luego se volvió hacia la niña—. Vete, Lidia. Tu madre te estaba buscando para tender las vendas que hemos lavado.

La niña miró a Benedetta y se marchó corriendo.

Anna miró fijamente a la joven con insólita dureza.

—No te gusto, ¿verdad? —le dijo Benedetta en tono desafiante.

—Si lo sabes ¿por qué me lo preguntas? —le contestó Anna.

—¿Qué te he hecho? —prosiguió Benedetta risueña.

—A mí, nada.

—Entonces no des la lata —silbó Benedetta—. Métete en tus asuntos.

—Mercurio es asunto mío —replicó Anna muy seria.

—Ah, sí, tú eres su madrecita —ironizó Benedetta.

Anna no le contestó y siguió escrutándola.

—Bueno, da la casualidad de que, en cambio, le gusto a Mercurio —afirmó Benedetta.

—Tú no le gustarías ni a una serpiente venenosa —dijo Anna—. Sé lo que sé.

—¡Benedetta, qué sorpresa! —exclamó Mercurio que llegaba en ese momento del hospital. Notó la mirada de crispación de Anna—. ¿Qué pasa?

—Nada —contestó Anna.

—Hace un calor insoportable. Acompáñame al abrevadero, debo refrescarme un poco —dijo Mercurio a Benedetta.

Mientras el joven se alejaba, Benedetta miró a Anna esbozando una sonrisa maligna.

—Que te den por culo, madrecita —le dijo antes de encaminarse también hacia el abrevadero.

Mercurio se estaba lavando con el torso desnudo.

—¿Has oído lo del proceso? —le preguntó con ojos de preocupación.

—¿Qué proceso?

—A la hija del médico.

—Ah... ¿Te refieres a Giuditta? —Mientras pronunciaba su nombre sintió que flaqueaba. No lograba quitarse de los ojos la imagen de esa maldita judía, que, pese a haber pasado tantos días en la prisión, conservaba toda su belleza. Intentó sonreír para que sus ojos no revelaran el odio y la inseguridad que agitaban su corazón.

Mercurio pensó que Benedetta lo sabía de sobra, al igual que todos en Venecia. Así pues, ¿por qué había fingido que no comprendía enseguida su pregunta?

—Sí, Giuditta —dijo.

Benedetta exhaló un suspiro.

—Pobrecilla, qué situación tan espantosa. —Miró a Mercurio. El agua resplandecía en su piel. Era magnífico—. Yo también compré uno de sus vestidos..., ya sabes, los que dicen que están embrujados.

—¿Y están embrujados? —le preguntó, atento ya a las reacciones de su amiga.

—¿Crees en esas memeces? —Benedetta se rio.

—¿Y tú?

Benedetta apretó los labios, como si lo estuviese considerando.

—¿Por qué hablamos de ella? No te conviene, ¿no crees? Deberías enterrar esa historia, como me dijiste que querías hacer.

—Sí, tienes razón —asintió Mercurio. Se preguntó si Benedetta no estaría fingiendo para protegerlo.

—¿Piensas mucho en ella? —dijo Benedetta sintiendo una dolorosa punzada en el centro del pecho. Su cara se contrajo en una mueca que no pudo contener.

Estaba enfadada, pensó Mercurio. No, no fingía para protegerlo.

—No vale la pena —dijo Benedetta con la voz ronca, cargada de hiel—. ¿No recuerdas cómo se comportó contigo? Puede que no sea una bruja, pero en cualquier caso es... —Hizo un esfuerzo para dominarse—. No vale la pena, hazme caso. No pienses en eso.

—Sí... tienes razón —contestó Mercurio. De repente se había puesto a la defensiva—. Con todo, es difícil no pensar en ello. La ciudad está llena de pregoneros anunciando el proceso. También aquí, en Mestre.

—Pues tápate las orejas —dijo Benedetta con jovialidad.

Mercurio la miró y simuló que sonreía.

—Estás mejor. Ya no tienes esas ojeras negras.

—Te dije que era un mal pasajero. —Benedetta le sonrió—. ¿Estoy más mona?

—Sí... —Mercurio la miró a los ojos—. ¿Sabes si el Santo tiene algo que ver con todo este asunto?

—¿Te refieres al hecho de que yo sea mona? —bromeó Benedetta.

—No, al proceso de Giuditta —dijo Mercurio con aire serio.

—El Santo odia a los judíos, ya lo sabes —contestó Benedetta.

—Sí, lo sé —asintió Mercurio—. Además vive en tu casa...

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Benedetta desconcertada.

Mercurio tuvo la impresión de que Benedetta ocultaba algo.

—Lo han nombrado Inquisidor, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —contestó Benedetta—. No lo sé, no hablamos...

Mercurio la escrutó en silencio.

—Caramba, sí, tienes razón —dijo entonces Benedetta—. Ahora que lo pienso... sí, creo que sí...

Mercurio siguió mirándola sin hablar.

—¿Quieres que intervenga a su favor? —bromeó Benedetta.

—¿Lo harías? —le preguntó Mercurio con frialdad.

Benedetta se agitó, se sentía molesta.

—Ya sabes cómo es ese fraile... —dijo—. No me escucharía.

—Ya... —asintió Mercurio—. Siento que hayas venido hasta aquí. Hoy no podemos estar juntos —le dijo apresuradamente—. Le prometí al médico que le echaría una mano...

—Sí, claro —dijo Benedetta. Le apoyó una mano en el brazo y ladeó la cabeza—. Comprendo, no te preocupes. —Le acercó la boca a la cara y lo besó en una mejilla—. Cuídate —dijo mientras se marchaba.

Mercurio se volvió hacia la casa y vio a Anna en la puerta.

—¡Adiós, Anna! —Benedetta se despidió en tono jovial.

Anna no le contestó y miró a Mercurio.

El joven comprendió que Benedetta no le gustaba. Pensó que quizá tampoco a él le gustaba.

Benedetta se volvió una última vez antes de llegar a la góndola y agitó una mano en dirección a Mercurio. Después miró a su izquierda, hacia una hilera ordenada de chopos, y le pareció vislumbrar una figura oscura detrás de un tronco. Por un instante pensó que la sensación de que la seguían estaba justificada. Pero después, cuando subió a la góndola, vio que el hombre vestido de negro se quedaba allí en lugar de seguirla.

De hecho, el hombre no se movió. Miraba fijamente a Mercurio, que en ese momento se estaba poniendo una camisa blanca de lino con las mangas abullonadas, y lo siguió con los ojos, sin apartarlos de él un solo segundo, hasta que lo vio desaparecer en el establo.

Entonces agarró el tronco de chopo con las dos manos, desmigajando la corteza como si tuviese miedo de caerse. Como si estuviera resistiendo al vértigo. Después sintió que una lágrima le resbalaba por una mejilla y se dio cuenta de que estaba conmovido.

«Te he encontrado», pensó Shimon estremeciéndose. «Te he encontrado».

—¿Por qué? —preguntó Jacopo Giustiniani.

El noble había dejado entrar a Mercurio en la sala del Consejo Mayor. Dos pajes con librea y con unas largas melenas rubias lo habían escoltado hasta un rincón de la gigantesca sala, que medía más de veinticinco pértigas por tres y tenía una altura de, al menos, seis, sin que una sola columna interrumpiese el desmesurado espacio para sostener el techo. Mercurio nunca había visto nada tan inmenso como esa sala, que se encontraba en el primer piso del Palacio Ducal y que daba al muelle y a la placita.

—Porque... —Mercurio se interrumpió.

Scarabello le había dicho que ese hombre era capaz de comerse al tuerto de un solo bocado. Deslumbrado por la luz que entraba por una de las siete grandes ventanas ojivales, Mercurio notó que Jacopo Giustiniani era muy diferente del hombre que había imaginado detrás de la máscara hacía cierto tiempo, cuando lo había visto en compañía de Scarabello. Era muy distinto a como esperaba. Tenía una mirada suave y unos modales corteses. Además de un carisma natural.

—Me han recomendado que no me muestre débil con vos —dijo obedeciendo al instinto—, pero es difícil no sentirse inferior en vuestra presencia.

El aristócrata, cuya familia estaba inscrita en el Libro de Oro de Venecia, y cuyos miembros se sentaban por derecho de nacimiento en los bancos del Consejo Mayor y decidían no solo la elección del Dux y de la Señoría, sino también los destinos de la Serenísima República, guiñó apenas los ojos a la vez que sonreía girando en la mano el sello que Mercurio le había enseñado cuando se había presentado en nombre de Scarabello.

—El hombre que os recomendó..., mejor dicho, que os recomienda Scarabello —prosiguió Mercurio—, es el capitán Lanzafame, uno de los héroes de la batalla de Marignano. La Serenísima lo ha humillado destinándolo a la vigilancia del gueto judío, pese a lo cual él no ha protestado en ningún momento. Es un hombre honesto y fuerte que ha estrechado amistad con un médico que está haciendo todo lo posible para combatir la epidemia de mal francés...

—Espera un segundo, muchacho —lo interrumpió el noble Giustiniani frunciendo el ceño—, ¿te refieres al mismo médico que Scarabello echó del Castelletto?

—Bueno... —dijo, embarazado, Mercurio—, en efecto, diría..., diría que sí, que es el mismo... médico.

—¿Y ahora, en cambio, quiere protegerlo?

—Él no, pero... esto es... —Mercurio estaba en apuros. No había pensado en esa contradicción y ahora temía que todo se fuese al traste.

—De acuerdo, no tiene importancia. No me interesa lo que hace... Scarabello —dijo Giustiniani.

Mercurio pensó que el aristócrata forzaba el tono despectivo que empleaba al hablar. Demasiado. Como si estuviera representando un papel.

—Bueno, da la casualidad de que la joven acusada, Giuditta di Negroponte, es hija de ese médico. Pues bien, creo que sería un gesto de gran nobleza por vuestra parte que permitierais que la protegiese alguien que la conoce.

—¿Por qué Scarabello siente tanto afecto por esa joven? —lo interrumpió Giustiniani.

Mercurio lo miró. Tenía dos alternativas: o inventaba una buena excusa o decía la verdad. Optó por la segunda.

—No es Scarabello el que siente afecto por Giuditta.

—Ah... —Jacopo Giustiniani miró a Mercurio asintiendo con la cabeza—. En ese caso, ¿por qué Scarabello demuestra tanto interés por ti? —El noble esbozó una sonrisa triste, remota. Se volvió imperceptiblemente hacia los dos lacayos—. ¿Eres su nuevo chico? —preguntó en voz baja.

—No, señor —respondió Mercurio—. No trabajo para él.

Jacopo Giustiniani lo miró y se echó a reír. Su risa era ligera, divertida.

—No me refería al trabajo —dijo a la vez que sus ojos se ensombrecían de nuevo y se distanciaban. Miró a Mercurio con cordialidad—. Veo que no te ha hablado de sí mismo ni de mí —dijo.

—¿Cómo decís, señor? —preguntó Mercurio, sin comprender.

Jacopo Giustiniani cabeceó.

—Tonterías —dijo en su tono remoto, como si estuviese por encima de los asuntos terrenales. Una vez más, sus ojos se desviaron imperceptiblemente hacia los dos lacayos—. Ordenaré que asignen al capitán Lanzafame la vigilancia de la prisionera.

—Señor... —dijo Mercurio deteniendo al noble, que se disponía a marcharse—. El sello...

Jacopo Giustiniani miró el objeto con el que había jugueteado hasta ese momento. Era un sello que conocía bien, dado que en la cornalina estaba grabado el blasón de su familia. Vio una larga cana enganchada en la cadena.

Mercurio tuvo la impresión de que sus bonitos ojos azules se empañaban. Por un instante pensó que no se lo iba a restituir.

En cambio, el noble Giustiniani le tendió el sello con brusquedad, como si se hubiese irritado o este quemase de repente.

—Otra gracia, excelencia —dijo Mercurio cogiendo el sello.

Jacopo Giustiniani lo miró.

—¿Giuditta tendrá un defensor? —preguntó Mercurio.

—Es obvio que no —contestó el noble—. A la Inquisición no le gusta correr el riesgo de perder.

—Concededle esa ocasión, vos podéis hacerlo.

—Son asuntos de la Iglesia. El Derecho Canónico prevé que el proceso inquisitorio se celebre a puerta cerrada y sin defensor.

—Pero este no se celebrará a puerta cerrada... —objetó Mercurio.

—No. Quieren usar a la bruja por motivos políticos —dijo pensativo el aristócrata.

—Vos sois poderoso.

Jacopo Giustiniani lo miró en silencio.

—Concededle la posibilidad de tener un proceso justo —dijo Mercurio.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo Giustiniani sin arrogancia—. Los procesos de la Inquisición nunca son justos.

—Concededle esa posibilidad, señor —reiteró Mercurio—. Os lo ruego.

—La muchacha ya está condenada —afirmó el noble—. Es judía. Es bruja. Además, ¿quién crees que la defendería? Yo te lo diré, un sacerdote. Un hombre de la Iglesia que la considera tan bruja e infiel como sus acusadores. Sería una farsa.

—Concededle esa posibilidad. Nombrad un defensor. —Mercurio se arrodilló ante él con dignidad—. Vos tenéis poder para hacerlo.

Jacopo Giustiniani alargó instintivamente una mano hacia la cabeza de Mercurio, hacia sus hermosos rizos oscuros. Pero se detuvo con la mano en el aire. Lo miró absorto con sus ojos azules.

—Esa judía es una joven afortunada —dijo—. Quizá sea de verdad una bruja como dicen —añadió esbozando una leve sonrisa—. Veré qué puedo hacer.

—Que Dios os bendiga, señor —dijo Mercurio poniéndose de pie.

—Al contrario, Dios me maldice todos los días desde hace muchos años —replicó Giustiniani.

—No creo, señor —dijo Mercurio mirándolo a los ojos con sinceridad.

—Ahora vete —concluyó Giustiniani.

—Excelencia, ¿creéis que existe otra salida que llame menos la atención? —preguntó entonces Mercurio, que, al entrar, había visto llegar al comandante de la guardia con la nariz rota para iniciar su turno.

Jacopo Giustiniani sonrió fugazmente. Después hizo un ademán a uno de sus lacayos.

—Acompáñalo a la puerta del muelle —le dijo.

Apenas salió del Palacio Ducal Mercurio oyó el redoble de los tambores que desde hacía unos días retumbaba insistentemente por toda Venecia.

—Domingo, día del Señor, por voluntad de nuestro Patriarca Antonio II Contarini, en la plaza de San Marco, cerca del muelle ducal, ante las autoridades de nuestra Serenísima República de Venecia, la Santa Inquisición romana leerá públicamente el resumen de las acusaciones que recaen sobre Giuditta di Negroponte,

bruja y judía.

«Mañana», pensó estremeciéndose y sintió que el miedo le encogía de nuevo el estómago.

Cuando volvió a Mestre se apresuró a ir a ver a Scarabello. Lo encontró durmiendo. La llaga que tenía en el labio dejaba ya a la vista los dientes. El pelo se había vuelto ralo y opaco, y tenía más llagas en la cabeza. La piel, tan frágil como una hoja de papel de seda, se tensaba en los huesos del cráneo. Incluso los dedos de las manos se habían secado y se veían los huesos. Mercurio pensó que parecía ya un esqueleto.

Scarabello abrió los ojos de repente. Miró a Mercurio con los ojos ofuscados durante unos instantes. Después sonrió.

—Los guardias han vuelto. Te están buscando. El comandante te la tiene jurada... —Tomó aliento—. Deberías pensar en marcharte de aquí durante unos días... Si quieres te puedo encontrar un escondite...

—No, no es necesario —respondió Mercurio—. Sé cuidar de mí mismo.

Scarabello esbozó una sonrisa.

—Fanfarrón.

Mercurio sonrió también.

—Ya estás haciendo bastante —afirmó.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó entonces Scarabello—. Seguro que se enfadó porque no fui yo, ¿verdad?

Mercurio lo miró. Comprendió que la relación que existía entre Scarabello y Giustiniani debía de ser compleja. Más de lo que él podía imaginar. Pero tuvo la certeza de que algo importante encadenaba los destinos de esos dos hombres importantes.

De repente, recordó las palabras de Giustiniani y tuvo la impresión de que estas tenían un significado diferente del que había comprendido en un primer momento. El aristócrata le había preguntado si era el nuevo chico de Scarabello y cuando él le había contestado que no trabajaba para él había dicho, entre complacido y melancólico: «Veo que no te ha hablado de sí mismo ni de mí».

—Entonces qué, ¿se enfadó? —repitió Scarabello.

—No... —contestó Mercurio, en cuya mente inexperta en asuntos humanos se iba abriendo paso un pensamiento. Vio que Scarabello se ensombrecía, casi disgustado—. Bueno..., en realidad, sí. Mucho. Se enfadó mucho —se apresuró a corregir.

La cara de Scarabello se ensanchó en una especie de sonrisa y sus ojos se tornaron remotos, distantes, como los de Jacopo Giustiniani.

—¿Y luego cómo fue?

—Bien.

—¿Le hiciste sentir que no es superior a ti?

Mercurio sintió una inesperada emoción. No podía dar un nombre al pensamiento que se iba formando a duras penas en su mente, pero tenía la impresión de estar viéndolo a través de un velo que no debía rasgar.

—Me dijo... que te saludara de su parte.

—No es cierto. —La mirada de Scarabello se endureció. Parecía casi asustado.

—Te digo que sí —insistió Mercurio.

Scarabello desvió la mirada hacia un lado.

Mercurio volvió a ver en sus ojos la misma luz remota que brillaba en los ojos azules de Jacopo Giustiniani.

—Déjame solo —dijo Scarabello.

Mercurio puso el sello en su pecho y se alejó.

—Gracias, muchacho —susurró Scarabello sin que Mercurio lo oyese. Apretó el sello. Luego, sus labios comidos por las llagas volvieron a pronunciar un nombre después de mucho tiempo.

Mercurio dio un paseo por el campo. Necesitaba pensar, recuperar las fuerzas. Todos pensaban que Giuditta no tenía escapatoria. La daban por muerta. Sentían en el aire el olor de su carne quemada.

—¡No! —gritó—. ¡No! —Sintió que el miedo se apoderaba de él. No podía volver a perder a Giuditta. Sacudió la cabeza, como si quisiera desprenderse del miedo.

Entonces, a su izquierda, entre los matorrales que limitaban el campo, vio a una persona y la reconoció enseguida.

La cólera borró el miedo de golpe, se inclinó, cogió dos piedras, corrió hacia los arbustos y gritó: —¡Vete, perro bastardo!— a continuación tiró las piedras, una tras otra.

Zolfo salió de los matorrales con las manos en alto.

—¡No me hagas daño, Mercurio! —Lloriqueó—. ¡No me hagas daño, te lo ruego!

—¡Vete! —gritó Mercurio—. ¿Qué quieres? ¿Te manda tu fraile para que compruebes lo mal que estamos por su culpa? ¿Quiere vigilarnos? ¡Vete o te mato a pedradas, perro bastardo!

—Te lo suplico, te lo suplico... —dijo Zolfo encogiéndose y acercándose a él con cautela—. No me manda nadie...

—¡He dicho que te vayas!

—He escapado, Mercurio... —Zolfo le enseñó la ropa, sucia y desgarrada—. Hace dos semanas que vivo en la calle... Ya no estoy con el hermano Amadeo...

—¡No te creo!

—Tampoco con Benedetta... Son malos... malos...

—¡Vete a tomar por culo, Zolfo! —Mercurio levantó una mano—. ¿Quién crees

que me hizo esta cicatriz? ¡Tú, pedazo de mierda! ¡Además querías matar a una muchacha que no te había hecho nada! ¡¿Y ahora vienes a decirme que ellos son malos?!

—Te lo suplico... te lo suplico... —repitió Zolfo dando un paso más hacia él.

—¡No te creo! —le gritó Mercurio inclinándose para coger otra piedra.

Zolfo se paró. Lloraba. Las lágrimas horadaban la suciedad que cubría sus mejillas.

—No sé adónde ir...

—¡Me importa un huevo! —Mercurio le tiró la piedra.

Zolfo la esquivó y dio un paso hacia atrás.

—Por favor...

Mercurio cogió otra piedra y se la tiró también. Dio a Zolfo en un costado.

—No sé adónde ir... —dijo reculando.

—Por mí puedes reventar bajo un puente, ahogarte en un canal... ¡Me da igual! ¡Vete!

Zolfo permaneció inmóvil unos segundos, y luego, al ver que Mercurio cogía otra piedra, se dio media vuelta y puso pies en polvorosa.

Mercurio tiró la piedra al suelo, encolerizado. La cogió y la volvió a tirar con todas sus fuerzas. Se quedó allí, inmóvil. En medio del campo. Le costaba respirar. Sentía que el corazón le latía en los oídos. Poco a poco, la rabia se fue desvaneciendo y el miedo se adueñó de nuevo de él. Miedo de que Giuditta muriese. Miedo de no poder salvarla. «¿Qué puedo hacer?», murmuró. Sus piernas flaquearon de improviso y cayó de rodillas en medio del prado. «No sé rezar», dijo juntando las manos. «Ni siquiera sé cómo llamarte...». Miró el cielo velado, caliente. El aire permanecía inmóvil. «Arcángel Miguel», dijo entonces recordando al ángel que lo seguía desde Roma. Pensó en las palabras que debía decir. Estuvo un rato con la boca abierta. «No sé rezar...», repitió. «Pero aun así, ¿puedes ayudarme?». No pudo decir más. Se quedó allí, en medio de la hierba seca, mientras la tierra se deshacía bajo sus rodillas, hasta que notó que tenía la frente perlada de sudor.

Entonces se levantó y volvió a casa.

Anna lo esperaba en el umbral.

—¿Qué ha pasado? Te oí gritar...

—Nada, un perro bastardo —contestó Mercurio.

—Me asusté —le dijo la mujer, angustiada—. No puedes dormir aquí. Los guardias han vuelto y el comandante...

—Sí, lo sé —la interrumpió Mercurio—. No te preocupes. No me cogerán... —Mercurio miraba de un lado a otro evitando los ojos de Anna.

—Dime —dijo la mujer.

—¿Qué?

—Vamos, muchacho.

—¿Qué?

Anna le acarició una mejilla.

—No puedes cargar solo con todo ese peso.

—Escucha, Anna...

—Desde que supiste lo de Giuditta no has vertido una sola lágrima...

—No tengo ganas de llorar...

—He hablado con Scarabello —dijo Anna—. Ya sabes que no es santo de mi devoción, pero, pese a que es un ser despreciable, te quiere. ¿Sabes por qué? Pues porque eres especial. Me ha dicho que estás a punto de hacer algo muy peligroso.

—¿Cómo puede saber lo que voy a hacer si ni siquiera yo lo sé? —preguntó Mercurio encogiéndose de hombros y tratando de sonreír.

—No puedes cargar solo con todo ese peso —repitió Anna. Lo atrajo hacia ella, lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho—. Qué alto eres —murmuró.

—¿De verdad quieres ayudarme? —preguntó Mercurio apartándola con delicadeza.

—Por supuesto. —Anna lo miró con sus ojos comprensivos.

—Entonces no me hagas llorar —dijo Mercurio—, porque tengo miedo de romperme.

La placita rectangular que había delante del Palacio Ducal, al lado de San Marco, estaba abarrotada.

La gente que se agolpaba en ella estaba sudada; el sudor de varios días había empapado sus vestidos. El aire estaba impregnado de un olor rancio, a cebolla o pescado podrido. La piel de la multitud brillaba, grasa y acre. Los humores, inestables.

Pero, más que los hedores, en el aire flotaba la muerte inminente. Como si ese mundo de palacios suspendidos en el agua y toda la laguna ardiesen ya en la hoguera que todos aguardaban. Que todos deseaban a la bruja judía que había intentado arrebatar el alma a los venecianos.

Las autoridades habían construido un palco justo delante del muelle ducal. Detrás de él se abría el amplio espejo de agua en que el Canal Grande hacía confluír sus aguas. Una miríada de embarcaciones, tanto las ricas de los nobles como las más humildes de los pescadores o de los transportistas, se amontonaban unas al lado de otras.

El palco tenía una altura de dos pértigas y estaba completamente revestido de telas de seda de color púrpura que parecían evocar la hoguera que la Iglesia se disponía a preparar para Giuditta. Además estaba dividido en dos pisos. En el de arriba había un trono dorado con el respaldo tan alto que parecía una escalera de mano apuntando al cielo. Un poco más abajo, pero siempre bien a la vista de la multitud, incluso para la gente que se encontraba al fondo de la plaza, había cuatro sillones en los que se habían acomodado el Santo, envuelto en las aclamaciones de los presentes, y tres prelados vestidos de negro y de aire grave. A los dos lados del proscenio, en caso de que se pudiera llamar así, dado que toda la estructura parecía un escenario dispuesto para una representación teatral, se erigían dos torres con dos cabrestantes a los pies de cada una de ellas. De lo alto de las torres salían dos brazos que se unían en el centro del palco, algo más adelante, y de los cuales colgaban unas cuerdas de cáñamo, gruesas y trenzadas, enganchadas a una especie de jaula de madera que estaba justo enfrente del palco. En el suelo. Vacía.

Mercurio e Isacco, que estaban entre el público, miraban alrededor, tensos y preocupados. Ninguno de los dos hablaba. Parecía que ni siquiera respiraran. Sus semblantes estaban contraídos, inmóviles, como esculpidos en piedra.

Llegado el momento, el Patriarca Antonio II Contarini, arrastrado por cuatro clérigos, hizo su aparición. La multitud enmudeció. El Patriarca subió la escalera que llevaba a lo alto del palco y se sentó en el trono. A continuación, hizo un ademán en dirección al Palacio Ducal.

Giuditta salió escoltada por el capitán Lanzafame y varios de sus soldados.

La muchedumbre empezó a gritar y a insultarla.

—No tengas miedo —dijo Lanzafame a Giuditta—. No permitiré que te suceda nada.

Giuditta sintió que las lágrimas le empañaban los ojos. Avanzó poco a poco, asustada. Y muerta de vergüenza.

—¿Qué le han hecho? —murmuró Isacco al verla.

Por un instante, Mercurio bajó la mirada, como si no soportase verla.

—Bastardos —gruñó.

La prostituta que había contratado el hermano Amadeo había cubierto la cara de Giuditta de una espesa capa de albayalde. Además le había puesto bermellón en las mejillas y en los labios, que había dibujado en forma de corazón. Valiéndose de un pincel negro le había pintado los párpados, luego le había trazado unas largas rayas de color azul claro que partían de las cejas. Llevaba el pelo recogido en lo alto, salvo dos largos mechones que le caían sobre los hombros y que la prostituta había pintado de azul oscuro y amarillo. Le había puesto un vestido con un escote tan abierto que buena parte del pecho quedaba al descubierto, y la había calzado con unos zapatos con un palmo de plataforma, como los que solían llevar las cortesanas.

—¿Qué te han hecho? —dijo una voz de mujer a su derecha.

Giuditta se volvió y vio a Ottavia, que tenía una expresión de pesar en la cara, quizá mayor que si la hubiese visto torturada.

—¡Puta! —gritó una mujer que estaba a su lado.

—¡Bruja! —vociferó otra.

Giuditta vio también a Ariel Bar Zadok, a las modistas, al cortador Rashi Sabbatai, a las mujeres de la comunidad que habían comprado al principio sus gorros, y a Joseph, con su voluminoso corpachón, que enrojeció cuando sus miradas se cruzaron.

—¡Puta! ¡Ten esto! —gritó una mujer lanzándole un vestido.

Giuditta la reconoció. Era una de sus clientas y el vestido que le había arrojado era uno de los que ella le había vendido.

Los soldados de Lanzafame estaban preparados para intervenir. Habían recibido la orden de impedir que le sucediese algo a Giuditta. Debían protegerla como el bien más precioso, les había dicho Lanzafame, que se abría camino entre la multitud empuñando la espada.

Cuando llegaron al palco hicieron subir a Giuditta a la jaula de madera que había en la base de la estructura. Después los dos cabrestantes que había a los pies de las torres se pusieron en funcionamiento. Las cuerdas de cáñamo enganchadas a la jaula se tensaron chirriando. La jaula se balanceó.

Asustada, Giuditta se agarró a las barras de madera.

—No tengas miedo —le dijo Lanzafame.

La jaula se separó del suelo. Las cuerdas gemían mientras la transportaban hacia arriba, y cuanto más subía la jaula, mayor era el silencio que reinaba entre la gente, que tenía la impresión de estar presenciando un hechizo.

Al final, la jaula se paró balanceándose. La multitud exclamó estupefacta.

—¡Vaya espectáculo! —comentó Isacco.

—Lo han planeado muy bien —dijo Mercurio sombrío—. ¡Giuditta! ¡Estoy aquí, Giuditta! —gritó.

Un hombre que estaba a su lado lo miró torvamente.

—Procura no llamar la atención —susurró Isacco—. No te conviene que te arresten, idiota. Ni que te ahorquen.

—Que le den por culo, doctor. ¿Cómo puede estar tan tranquilo?

Isacco lo miró.

—¿Ves calma en mis ojos?

—Disculpe, doctor —dijo Mercurio.

—Disculpa tú, muchacho —dijo Isacco.

Los dos miraron la jaula que se balanceaba en el aire. Giuditta estaba aferrada a las barras, aterrorizada. Miraba la multitud, pero sin ver nada.

La muchedumbre enmudeció de repente.

El Patriarca se había puesto de pie en el palco.

—En nombre y por cuenta de Su Santidad, el papa León X de Médicis y por concesión de nuestro amado Dux, Leonardo Loredan —empezó a declamar el Patriarca—, y con el consentimiento de las grandes autoridades de la Serenísima República de Venecia, y bajo el patrocinio de San Marcos, yo, Antonio II Contarini, siervo de la Iglesia y de la República, declaro abierto el debate público contra Giuditta di Negroponte, judía, acusada de brujería. —Se volvió hacia la zona inferior del palco—. Inquisidor Amadeo da Cortona, de la orden de los frailes predicadores, presente la acusación.

El Santo se levantó, se inclinó delante del Patriarca y a continuación mostró sus manos llagadas a la multitud, que se apresuró a aplaudir.

El Patriarca contuvo un gesto de irritación.

Se produjo un instante de silencio, que Mercurio aprovechó para bracear y gritar: —¡Giuditta!

Giuditta se volvió hacia la voz. Cuando reconoció a Mercurio estalló en sollozos, flaqueó, sus piernas cedieron y cayó al fondo de la jaula. Después, haciendo un gran esfuerzo, se levantó y miró fijamente al joven. Sus ojos ya no se apartaron de él.

—Pueblo de Venecia —empezó a decir el Santo—, ahí está... —Señaló en silencio a Giuditta, suspendida en el aire delante del palco como un animal en cautiverio—. Ahí está —repitió—. ¡La infiel! ¡La judía! ¡La bruja!

La multitud se agitó.

—¡Bruja! ¡Maldita!

—¡La puta del demonio! —gritó el Santo.

—¡Putá! ¡Putá judía!

—¡El cáncer de Venecia! —gritó el Santo a pleno pulmón.

La muchedumbre empezó a tirar piedras a Giuditta.

Lanzafame y sus soldados agitaron las espadas en el aire.

—¡Diles que paren, fraile! —ordenó Lanzafame al Santo.

—¡Son el pueblo del Señor! —replicó el hermano Amadeo.

—¡Fraile! —rugió el Patriarca.

El Santo se volvió.

—Te lo advertí —dijo el Patriarca—. No quiero espectáculos juglarescos.

El Santo se encogió y, a continuación, se volvió hacia la multitud.

—¡Tranquilos! —gritó—. El Señor ha puesto su justo y divino castigo en mis manos, no en las vuestras.

La muchedumbre se calmó.

—Pero ¡no temáis! —prosiguió el Santo—. ¡Será un castigo ejemplar y terrible!

—Que Dios pueda fulminarte —gruñó Mercurio. Después se llevó una mano al corazón mirando a Giuditta.

La joven seguía llorando y las lágrimas deshacían el color bermejo, que chorreaba sobre la espesa capa de albayalde, de manera que parecía que estuviese llorando sangre.

—El proceso se celebrará públicamente —anunció en tono solemne el Santo— e iniciará mañana en el colegio canónico de los santos Cosma y Damiano, en la parroquia de San Bartolommeo. —Tenía la cara sudada y el pelo pegado al cráneo.

La multitud ensalzó al Santo.

Mercurio miró alrededor con inquietud. Giustiniani había mantenido su palabra. Había incorporado enseguida a Lanzafame a las tropas que protegían a Giuditta. Pero el Patriarca solo había presentado al acusador. No había anunciado a ningún defensor.

El Santo volvió a tomar asiento. Uno de los tres prelados que estaban en el palco se levantó. También él estaba empapado de sudor.

—En nombre de Su Santidad, Leone X, y de nuestro amado Patriarca, Antonio II Contarini, y de acuerdo con el ritual de la Santa Madre Iglesia, quien tenga algo que decir... ¡que lo diga ahora!

En la plaza se hizo un silencio denso y vibrante. Todos sabían que nadie hablaría.

—Pido la palabra —dijo, en cambio, una voz.

Las personalidades que ocupaban el palco, los soldados, el pueblo de Venecia, todos se volvieron.

Abriéndose paso entre la gente, rodeado de cuatro escuderos de su escolta personal y seguido de los dos lacayos rubios, Jacopo Giustiniani, luciendo uno de sus

trajes más llamativos, pese al calor, y adornado con las joyas familiares, llegó a los pies del palco.

El Patriarca estaba perplejo. Jamás había ocurrido algo así.

—Tiene la palabra, noble Giustiniani —dijo vacilante—. Suba al palco.

Mercurio se puso en alerta. Aferró un brazo de Isacco y lo apretó.

Isacco se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Mercurio no apartaba los ojos de Giustiniani.

—¿Quién es? —preguntó Isacco.

—Cállese, doctor —dijo Mercurio.

—Y tú suéltame el brazo, me estás haciendo daño —respondió Isacco.

Entretanto, Jacopo Giustiniani había subido con agilidad la escalera hasta la zona del palco donde estaban el Santo y los tres prelados.

—Hable —dijo el Patriarca a Giustiniani.

—Nuestra amada República reconoce la autoridad de la Iglesia de Roma y de Su Santidad, Leone X, y respeta su actuación —inició Giustiniani, dirigiéndose al Patriarca. Se volvió hacia la multitud—. Y vosotros, venecianos, sabéis quién es el Papa y lo respetáis... —dijo sin concluir la frase.

Se produjo un quedo murmullo de desaprobación. Los venecianos temían que la autoridad del Papa y de Roma pudiese interferir en sus negocios e intercambios comerciales. Desde siempre tanto el pueblo como las autoridades eran conscientes de que tenían que mantener a raya el poder de la Iglesia.

Jacopo Giustiniani lo sabía mejor que nadie. Así pues, había decidido aprovechar la antigua y arraigada desconfianza que el pueblo de Venecia sentía hacia la Iglesia romana.

—Pero, además de respetar y amar al Papa —prosiguió—, amáis y respetáis por encima de todo Venecia y sus leyes. Amáis y respetáis la justicia que imparte el León de San Marco...

La multitud murmuró...

El Patriarca se dio cuenta de que Giustiniani había separado lo que él había conseguido unir. A partir de ese momento existía el riesgo de que el proceso se convirtiera en una imposición de la Iglesia susceptible de perjudicar a Venecia.

—Abrevie, noble Giustiniani —dijo, tratando de ocultar su irritación.

—Patriarca —continuó el aristócrata—, y vosotros, pueblo de Venecia... —Dejó en suspenso la frase.

—¡Hable de una vez! —exclamó el Patriarca. Un clérigo le enjugó la frente perlada de sudor con un pañuelito bordado. El Patriarca le apartó la mano con un ademán de crispación.

—¿Puede Venecia, pese al respeto que siente por la Santa Iglesia Romana, aceptar

que tenga lugar un proceso en la laguna en el que participe un inquisidor, pero no un defensor? —preguntó Giustiniani a la muchedumbre. La miró abriendo los brazos—. ¿Puede Venecia cambiar sus reglas, sufrir... si me permiten... un ritual que va en contra de sus sanos principios?

El gentío murmuró y se agitó. Nadie había pensado en un defensor y, a buen seguro, nadie sentía la necesidad de su presencia; de hecho, todos se deleitaban ya imaginando la hoguera y el chisporroteo que produciría al arder la carne de la bruja judía. Aun así, el asunto había dejado de ser una simple historia de brujería para convertirse en un pulso entre el Papa romano y la República veneciana independiente.

—Noble Giustiniani, lo que solicita va en contra de la *decretale* del papa Innocenzo III, *Si adversus vos*, de manera que no puedo...

—Perdone, Patriarca. —Giustiniani inclinó la cabeza con humildad—. Si mal no recuerdo, *Si adversus vos*, cuyo contenido tuve el placer de estudiar en mi juventud, prescribe también un proceso a puerta cerrada. —Miró con intensidad al Patriarca, que había enmudecido—. ¿Recuerdo mal?

El Patriarca se tensó. Había comprendido adónde quería ir a parar el aristócrata del Consejo Mayor. Dado que habían hecho una enorme excepción convocando un proceso público, en lugar de a puerta cerrada, ¿por qué no hacer dos?

—Noble Giustiniani, entiendo lo que quiere decir, pero... —empezó a decir buscando las palabras adecuadas para enderezar la situación.

—¡El Dux! —exclamó alguien en la multitud. Todos se volvieron hacia el balcón del Palacio Ducal.

También el Patriarca se interrumpió y se volvió. Vio que el Dux Loredan en persona se había asomado para presenciar la discusión. Era evidente que apoyaba con su presencia la petición de Giustiniani. Pero no solo, el gesto significaba también que todo el Consejo Mayor y el Consejo de los Diez estaban de su parte, pensó el Patriarca.

—Comprendo lo que quiere decir —prosiguió este sonriendo y saludando al Dux con una reverencia— y, como ciudadano de Venecia, pese a ser también siervo de Su Santidad, no puedo por menos que estar de acuerdo con usted... —Miró a la multitud. Tenía que recuperar su favor—. Por eso celebraremos un proceso conforme con las reglas de la Sagrada Inquisición, pero respetando, además, a nuestra amada ciudad —exclamó.

La gente, que hasta ese momento se había mostrado dispuesta a condenar a Giuditta sin un proceso, ensalzó a la justicia porque este se había convertido en un partido entre Venecia y Roma.

Mercurio apretó los puños en ademán de victoria.

Isacco, a su lado, alzó los ojos al cielo.

—Gracias, *Hashem* —murmuró.

El Santo se puso de pie de un salto.

—¡Protesto! —gritó.

El Patriarca lo fulminó con la mirada.

El Santo inclinó la cabeza y se sentó de nuevo.

—¡Será divertido ver a dos sacerdotes dándose una buena tunda en público! —comentó jocoso un campesino.

—¿Se pueden hacer apuestas? —preguntó otro.

La gente se echó a reír.

Con un ademán, el Patriarca pidió a Giustiniani que se acercase.

—Bien pensado, Giustiniani —dijo en voz baja.

—La idea no es mía —contestó Jacopo Giustiniani refiriéndose a Mercurio, aunque consciente de que el Patriarca la atribuiría al Dux.

—Pero no puedo permitir que el Inquisidor y el defensor se... den una buena tunda en público —dijo sombrío el Patriarca.

—Por supuesto que no —aseguró Giustiniani—. Por eso he pensado en un nombre apropiado, un fraile desconocido, que carece de experiencia y es dócil.

El Patriarca sonrió complacido. Se relajó. Era una simple cuestión política, no de justicia, pensó.

—Me causa un gran placer comprobar la sensatez de la más fina nobleza veneciana. Le confieso que me había asustado.

Jacopo Giustiniani se arrodilló y besó el anillo pastoral delante del pueblo que se había concentrado en la placita del Palacio Ducal.

El Patriarca se volvió hacia el Dux e hizo una reverencia.

—Que inicie la farsa, entonces. —Se rio entre dientes y esta vez permitió que el clérigo le enjugase la frente.

—Que inicie la farsa —repitió Giustiniani—. En nombre de nuestra amada República.

—Y de la Santa Iglesia —añadió satisfecho el Patriarca.

—¿Tienes algo que ver con todo esto? —preguntó Isacco a Mercurio.

—¿Cómo podría? —Mercurio se encogió de hombros.

—Pues sí, ¿cómo podrías haber llegado tan alto? —concluyó Isacco—. Pero, no sé por qué, algo me dice que lo sabías.

—No diga tonterías, doctor —dijo Mercurio sin dejar de mirar a Giuditta.

—¡Acompañad a la prisionera a su celda para que aguarde en ella el proceso! —anunció uno de los prelados que estaban en el palco.

Los cabrestantes chirriaron de nuevo y la jaula empezó a bajar.

—Venga —dijo Mercurio a Isacco—. Intentemos hablar con ella. —Se abrió paso entre la gente a empujones tratando de llegar a la jaula.

Isacco lo seguía.

Cuando llegó a los pies del palco, Mercurio y Lanzafame se miraron.

—¿Ahora? —silabeó Lanzafame.

Mercurio negó con la cabeza y se acercó a él.

—Ahora la lincharían —dijo. Acto seguido se volvió hacia Giuditta, que estaba saliendo de la jaula, protegida por dos soldados.

La joven era una máscara irreconocible. El calor y las lágrimas le habían corrido el maquillaje. Su cara estaba surcada por unas rayas negras, rojas y azules. Los dos mechones coloreados se estaban destiñendo y, al gotear, le manchaban el pecho. Y, en medio de ese rocío de colores, en los ojos de Giuditta se leía un miedo inefable y desmedido.

—Socorro... —susurró alargando una mano hacia Mercurio.

Él dio un paso hacia delante y la cogió por un instante. La estrechó. Intentó decir algo, pero su boca abierta no emitió ningún sonido.

Giuditta trató de retener la mano de Mercurio en la suya, a la vez que los soldados de Lanzafame se la llevaban para sustraerla a la furia de la muchedumbre.

—¡Giuditta! —gritó Isacco que llegó solo en ese momento.

Al verlo, Giuditta rompió de nuevo a llorar.

—Niña mía —dijo Isacco—, ¿qué te han hecho?

Mercurio la seguía mirando boquiabierto. Después el gentío se agolpó alrededor de la escolta y Giuditta desapareció. Mercurio dio varios empujones preocupado, temiendo que la gente pudiese arrollar al capitán y sus soldados, pero al cabo de un instante vio que Giuditta cruzaba sana y salva la puerta del Palacio Ducal.

—Malditos —gruñó Isacco a su espalda—. ¡Malditos!

—Tengo que marcharme —le dijo Mercurio—. No conviene que me vean por aquí.

Isacco le agarró un brazo.

—Me equivoqué contigo, muchacho —dijo.

—Tengo que irme, doctor —repitió Mercurio—. Dígale a Anna que no apareceré por su casa en unos días.

—¿Adónde vas?

—Conozco un lugar seguro, no se preocupe.

—Pero ¿vendrás al proceso? —preguntó Isacco con cierto temor.

—Sí, por supuesto —contestó Mercurio—. Pero tendré que disfrazarme.

El semblante de Isacco se ensombreció.

—Giuditta no te verá...

—Dígaselo a Lanzafame, él se lo dirá a Giuditta —dijo Mercurio. Miró el Palacio Ducal. Vio al comandante de la guardia con la nariz hinchada—. Debo marcharme.

Isacco asintió con la cabeza. Luego se volvió hacia Ottavia y Ariel Bar Zadok, que estaban a pocos metros de ellos. Al igual que la suya, la esperanza, por escasa

que fuese, había devuelto el color a sus caras. Giuditta tenía un defensor. No muy lejos de ellos, flanqueado por dos guardaespaldas enormes, vio a Anselmo del Banco. El jefe de la comunidad se encaminó hacia el médico, pero Isacco no tenía ganas de hablar con él, de manera que se alejó apresuradamente, abriéndose paso entre la multitud. Mientras avanzaba vio que Mercurio se paraba a hablar con el poderoso noble Giustiniani.

—Tenéis al Dux de vuestra parte —le estaba diciendo Mercurio con admiración.

—No, muchacho —sonrió Giustiniani—. Solo aconsejé al Dux que se asomase al final de la presentación, para que la gente de Venecia lo viera. La conclusión que el pueblo de Venecia y el Patriarca han sacado de ese gesto es cosa suya, no mía.

Mercurio lo miró con sumo respeto.

—Si no fuese porque temo que os ofendáis, os diría que sois un magnífico estafador.

—No me ofende. ¿Qué crees que es la política? —Giustiniani miró alrededor—. No he visto a Scarabello —dijo a Mercurio con una punta de irritación en la voz—. ¿No se digna siquiera a venir a comprobar si obedezco a sus chantajes?

Mercurio lo escrutó. Veía algo distinto bajo la máscara de irritación que cubría el rostro del noble, y sabía que no se equivocaba. Pensó que tal vez merecía saber la verdad.

—Scarabello se está muriendo, excelencia.

Los ojos azules, profundos como el mar, de Jacopo Giustiniani se helaron. Las facciones del aristócrata se contrajeron de manera imperceptible, pero solo por unos segundos, luego se ensancharon de nuevo en una sonrisa exagerada.

—Eso significa que no tardaré en ser libre —dijo de forma teatral.

—Sí, excelencia —corroboró Mercurio, que, no obstante, percibía la angustia que atenazaba a Giustiniani.

El noble no se movió.

—Está en Mestre, en el hospital de Anna del Mercato. Todos conocen ese lugar —explicó Mercurio.

El aristócrata se volvió hacia uno de sus lacayos.

—Vamos —dijo.

—¡Arrestadlo! —gritó de improviso una voz en el bullicio de la multitud—. ¡Ahí está! ¡Arrestadlo!

Mercurio vio que el comandante de la guardia del Palacio Ducal lo apuntaba con un dedo y se apresuró a perderse en la multitud.

Los soldados echaron a correr en pos de él. Cuando uno de ellos estaba a punto de darle alcance un hombre salió de entre el gentío, se abalanzó sobre él, tropezando, y lo arrastró al caer al suelo.

—¡Idiota! —gritó el joven soldado con irritación, porque el incidente le había

hecho perder de forma irremediable a Mercurio.

—Perdone, señor —se disculpó Isacco levantándose y reteniendo al soldado con la excusa de limpiarle el uniforme—. Me empujaron..., perdone...

—Viejo de mierda —le dijo el soldado dándole un empujón.

Isacco se inclinó humildemente y luego se perdió, también él, entre el gentío. Por un instante entrevió a lo lejos los rizos oscuros de Mercurio, que abandonaba en ese momento la plaza de San Marco.

—Me equivoqué contigo, muchacho —repitió—. Mereces a Giuditta.

—Abre —dijo Lanzafame al carcelero.

—No está aquí —contestó el guardia.

—¿Dónde está? —preguntó Lanzafame, inquieto.

—Arriba. Una puta la está preparando —explicó el guardia riéndose.

Lanzafame se dio media vuelta sin contestarle, subió la escalinata del primer piso del Palacio Ducal seguido de sus soldados y llegó a una pequeña galería. Los guardias de la prisión estaban apostados delante de ella.

—¿Es aquí? —preguntó.

El comandante se volvió con indolencia. Tenía la nariz tumefacta y dos grandes derrames bajo los ojos. Sujetaba un pañuelo sucio de mocos y sangre bajo la nariz. Miró a Lanzafame sin responderle y luego se asomó a la galería.

—¿Está lista? ¿Cuánto tiempo necesitas?

—He terminado —contestó una voz femenina en la habitación.

El comandante de la guardia se volvió hacia Lanzafame.

—Es toda suya, capitán —dijo.

Lanzafame entró en la galería.

—¡Deja de llorar, capulla! —le estaba diciendo la prostituta, que estaba de espaldas—. Vas a estropear todo el trabajo que...

No pudo acabar la frase. Lanzafame se arrojó sobre ella y la empujó iracundo contra la pared de la habitación.

—Cállate, fulana —gruñó. Después se volvió hacia Giuditta y le tendió una mano—. Ven —le dijo en tono afectuoso—, tenemos que irnos.

Giuditta asintió con la cabeza sorbiendo por la nariz.

—Ven —repitió Lanzafame, y la sacó de allí.

Al verla, los guardias silbaron y se echaron a reír.

Giuditta inclinó la cabeza ruborizándose.

Lanzafame los fulminó con la mirada. Hizo un ademán a sus soldados, que rodearon a la joven. El capitán permaneció a su lado, cogiéndola de un brazo, como si tuviese miedo de que pudiese caerse, y todos bajaron la escalinata en silencio.

—Doy asco —dijo Giuditta con un hilo de voz cuando llegaron a la puerta que daba a la salida.

—Parad —ordenó Lanzafame a sus soldados. Miró a Giuditta. Una gruesa capa de maquillaje le cubría la cara dándole una apariencia vulgar. El vestido era tan escotado que apenas dejaba espacio a la imaginación. Por último, la habían vuelto a calzar con los zapatos altos de cortesana.

—Doy asco, ¿verdad? —preguntó de nuevo Giuditta.

Lanzafame cogió su pañuelo y lo pasó con rudeza por los ojos de Giuditta

quitándole parte del negro que la prostituta le había puesto en abundancia en los párpados. Después le limpió los labios, pintados de rojo en forma de corazón.

—Así está mejor —dijo. Miró el escote—. No pienses en él. —Hizo un ademán a los soldados indicándoles que podían seguir.

Pese a que aún era muy pronto, en el exterior la luz del sol deslumbraba ya. El aire era caliente y húmedo, sofocante. La pequeña multitud que esperaba fuera estaba sudada, la piel de todos brillaba.

—¡Bruja! ¡Judía! ¡Putas de Satanás! ¡Maldita! —gritaron en cuanto la vieron aparecer.

—¡Apartaos! —ordenó Lanzafame.

Los dos soldados que encabezaban la procesión golpearon sin vacilar a un malhechor que escupía a Giuditta. La multitud comprendió al vuelo y se apartó. Siguió el cortejo gritando, pero sin causar mayores problemas.

—No les escuches —dijo Lanzafame a Giuditta.

—¿Cómo se hace? —preguntó la joven intentando bromear.

Lanzafame asintió con aire grave.

—Me lo imagino —dijo.

Habían dejado atrás la plaza de San Marco, habían embocado la Calle II dell'Ascension y habían proseguido por la Salizada di San Moisè. Solo entonces Lanzafame le preguntó: —¿Tu defensor ha ido a hablar contigo?

Giuditta puso una expresión de asombro.

—¿Debía hacerlo?

—Mierda —soltó Lanzafame a su pesar.

—¿Es grave? —preguntó Giuditta preocupada.

—No... claro que no... —contestó Lanzafame quitando hierro al asunto. Calló. Que el defensor no hubiera dado señales de vida no era una buena señal. Lanzafame confió en que el proceso no fuese la farsa que, sin embargo, cabía presagiar. Tras dejar a sus espaldas el *campo* San Moisè doblaron a la derecha, hacia la parroquia de San Bartolommeo, dando una tortuosa vuelta para evitar la calle de los Specchieri y que Giuditta se viera reflejada en los espejos mientras la atravesaba.

Mientras costeaban el río de los Fuseri, en San Luca, el capitán Lanzafame vio una barca. A bordo iban los dos remeros que llevaban a Mercurio de un lugar a otro. La barca los siguió a cierta distancia, hasta que casi habían llegado a San Bartolommeo. Después atracó en un pequeño muelle de madera. Lanzafame supuso que servía de apoyo.

Una gran multitud se había formado ya ante el colegio canónico de los santos Cosma y Damiano. Apenas apareció Giuditta empezó a rumorear y a agitarse, similar a las ráfagas nerviosas de viento que encrespaban el agua en calma de la laguna.

—No os separéis ni dejéis que nadie se acerque —ordenó Lanzafame a sus

soldados. A continuación apretó un brazo de Giuditta—. Tranquila. Yo me ocuparé de ti.

Mientras atravesaban el gentío, que se iba abriendo a su paso a la vez que insultaba a la bruja, Giuditta miraba alrededor buscando a Mercurio. El día anterior, cuando lo había visto en la plazoleta que había frente al Palacio Ducal desde lo alto de la jaula suspendida en el aire, había sentido que no todo estaba perdido y había comprendido, por primera vez, en lo más hondo de su ser, por qué le había pedido a su padre que lo avisara. Porque cada vez que Mercurio la miraba se sentía más segura. Porque si Mercurio estaba a su lado, el miedo se aplacaba. Porque si sabía que Mercurio sufría por ella, podía soportar cualquier dolor.

—¡Putas de Satanás! ¡Bruja!

Lanzafame la empujaba para cruzar cuanto antes la explanada que había delante del colegio canónico y reducir al mínimo los riesgos. Giuditta, en cambio, se resistía, buscando a Mercurio.

—Ya estará dentro —le dijo el capitán.

Giuditta se volvió a mirarlo.

—El problema es que se ha tenido que disfrazar, porque el comandante de la guardia lo está buscando —le explicó Lanzafame—. Lo más probable es que no lo reconozcas, pero... él está aquí.

—¿De verdad? —preguntó Giuditta con un hilo de voz.

—Sí —la tranquilizó Lanzafame—. Ahora, sin embargo, vamos. No me gusta estar aquí fuera, en medio de todos estos fanáticos. —Miró a sus soldados—. ¡Movámonos!

Llegaron a la entrada lateral del colegio, que estaba vigilada por dos guardias armados, que se hicieron enseguida a un lado. Lanzafame entró, seguido de los soldados y de Giuditta. Se encontraron en una gran sala, fría y vacía.

—Estamos preparados —dijo el Santo al verlos.

El Patriarca de Venecia, acompañado de un reducido grupo de clérigos y prelados, frunció el ceño al ver a Lanzafame.

—Espero que en el futuro sea la imputada la que espere, en lugar de nosotros —dijo en tono crispado.

Lanzafame abrió los brazos en ademán de disculpa.

—Lo siento, Patriarca, pero la... maquilladora que designó el Inquisidor no había terminado de prepararla.

El Patriarca se volvió hacia el Santo.

—No volverá a suceder —se apresuró a decir este.

—Vamos, démonos prisa —dijo el Patriarca echando a andar.

Detrás de él se agruparon el Santo, los prelados, un dominicano, que avanzaba con cautela, los clérigos y, por último, Lanzafame y Giuditta.

La sala mayor del colegio canónico de los santos Cosma y Damiano era inmensa y estaba también vacía, tenía el techo alto, formado por unas vigas oscuras a la vista y unas columnas a los lados, cada tres pértigas de distancia. En la parte anterior habían construido un palco bajo, destinado al Patriarca y a los prelados del consejo, a su derecha había una mesa larga para el Inquisidor y el defensor, y a la izquierda, una jaula, en la que hicieron entrar a Giuditta.

Cuando Mercurio la vio encerrada como un animal feroz sintió una dolorosa punzada en el corazón. «Resiste», pensó tratando de no dejarse llevar por el desaliento.

Delante del palco, ocupando toda la sala mayor, habían colocado unos bancos de iglesia en los que se habían sentado y apiñado ya los numerosos habitantes de la zona que habían acudido para asistir al proceso. Los que no habían encontrado asiento ocupaban los espacios que quedaban entre las columnas y las paredes, apretujándose hasta lo inverosímil. Otros se amontonaban a la entrada para, al menos, poder oír. A los que se habían quedado fuera, en el patio yermo del colegio, solo les quedaba imaginar lo que sucedía dentro.

El Patriarca se acercó al sillón que había en el centro del palco. Cuando se disponía a hacer un ademán a un prelado, que vestía una túnica de seda y un fajín de raso, para que se sentase a su lado, el noble Jacopo Giustiniani subió al palco dando un salto ágil y se detuvo delante del sillón contiguo al del Patriarca.

—Patriarca —dijo Giustiniani a la vez que la multitud reunida en la sala callaba para escuchar lo que decía—, este es un acontecimiento tan importante que las autoridades de Venecia deben y quieren mostrar su apoyo a la Iglesia.

El Patriarca se crispó. En sus planes no entraba compartir los méritos con nadie.

Entretanto, Giustiniani se había vuelto hacia el público.

—Sois su rebaño, pero también nuestros queridos conciudadanos —afirmó—. Al menos no dirán que en el aula solo había ovejas, sino también hombres.

La gente se rio mientras Giustiniani se sentaba al lado del Patriarca.

—Giustiniani —dijo el Patriarca en voz baja—, ¿a qué viene todo esto?

—Patriarca, lo sabe igual que yo, porque es usted sacerdote, pero además, y por encima de todo, veneciano —sonrió el noble amablemente—. Venecia no puede quedarse al margen de un acontecimiento tan relevante. No podemos quedar por detrás de la Iglesia. —Abrió los brazos—. Sé que, en el fondo, me entiende.

El Patriarca trató de ocultar la irritación que, pese a ello, le había encendido la cara, y sonrió a la multitud presente.

—Que inicie el Santo Proceso —anunció. Con una mano señaló al Santo, que estaba a su izquierda—. El paladín de la Iglesia, el Inquisidor, el hermano Amadeo da Cortona.

«Maldito seas», pensó Mercurio.

El Santo hizo una pequeña reverencia al Patriarca y luego se volvió hacia la gente con las manos alzadas, mostrando los estigmas.

—Venga aquí, Inquisidor —dijo el Patriarca—. Acérquese para que lo bendiga.

El Santo se arrodilló a los pies del palco.

—Más cerca —dijo el Patriarca. Cuando el Santo llegó a su lado le cogió la cara con las manos—. Le beso en nombre de Nuestro Señor Jesucristo... —dijo acercando la boca a la mejilla derecha del fraile—. Deja de enseñar esos agujeros, juglar —le silbó en la oreja fingiendo que lo besaba. A continuación aproximó los labios a la mejilla izquierda—. Y recuerda que no necesitamos una confesión. El pueblo la ha condenado ya, de manera que lo único que debes hacer es que no cambie de opinión. —Lo miró a los ojos—. ¡Amén! —pronunció en voz alta.

—Amén —repitió el Santo volviendo a su sitio.

—Y ahora el defensor —dijo el Patriarca con menor énfasis, como si pretendiera dar a entender a la gente que la persona que iba a presentar no tenía ninguna relevancia a sus ojos—. El padre Venceslao... ¿Cómo se llama, padre? —Sonrió.

La multitud se rio.

—El padre Venceslao da Ugovizza —concluyó el Patriarca—. ¿Dónde está ese sitio?

La gente se volvió hacia el dominico, que vestía un hábito y un escapulario blancos, además de un abrigo y una capa negros, y que se levantó vacilante de la mesa a la que estaba sentado. El religioso tenía los ojos lechosos, velados por las cataratas. Se volvió hacia el Patriarca, al que apenas podía ver.

—Es una pequeña comunidad de los Alpes, excelencia, que pertenece a los obispos de Bamberg, en Baviera —explicó.

—Entonces, ¿es usted alemán? —inquirió el Patriarca.

—No, excelencia...

—Bueno, da igual —lo interrumpió el Patriarca—. No hemos venido a estudiar geografía —dijo dirigiéndose al público, que se rio divertido—. ¿Está preparado para realizar su... ingrata tarea, padre Venceslao? —le preguntó acto seguido.

—A decir verdad, no mucho —respondió el dominico rodeando la mesa con prudencia, con las manos tendidas hacia delante para no caerse—. No sé nada sobre procesos inquisitoriales.

El Patriarca se tensó.

—Toda esa modestia está de más, padre —dijo.

—No, no. Es cierto, excelencia —insistió el dominico.

—¡Padre! —exclamó el Patriarca interrumpiéndolo—. En ese caso confíe en la voz del Señor.

—Como ordene —dijo el defensor inclinándose hacia él.

—Yo no ordeno —lo corrigió el Patriarca con crispación—. Me limito a hacer

sugerencias.

—Puede, pero cada una de sus sugerencias es una orden para mí —dijo el padre Venceslao con humildad.

La gente se rio.

Isacco, que estaba sentado en las primeras filas, miró a su hija Giuditta y le mostró los puños para darle ánimos, después murmuró iracundo al oído de Ottavia, que estaba a su lado: —Es una farsa y ni siquiera se preocupan por ocultarlo—. Miró también a Lanzafame.

El capitán tenía el semblante sombrío.

—Tranquila —susurró, con todo, a Giuditta.

La joven aferró las barras y observó al hombre que debía defenderla. Ni siquiera la había mirado. Tenía un aire inseguro y modesto, y cojeaba un poco, con toda probabilidad a causa de la gota. Además de los ojos velados por las cataratas tenía las mejillas rollizas y enrojecidas, señal de que era buen bebedor. Y la tonsura llena de pústulas. Sus manos sucias jugueteaban sin cesar con el rosario que llevaba a un lado, atado al cinturón de cuero.

—Tranquila —le repitió Lanzafame.

Giuditta se volvió hacia él.

—¿Lo dice por mí o por usted? —le preguntó.

Lanzafame no contestó y bajó la mirada.

—¿Quiere hablar un momento con su defendida? —terció Giustiniani dirigiéndose al padre Venceslao, como si pretendiera indicarle que era justo hacerlo.

El dominico se volvió hacia el Patriarca sin verlo. Calló unos segundos y luego sacudió la cabeza.

—No..., creo que no —dijo apresurándose a volver a la mesa—. Por el amor de Dios, hable usted —susurró al Santo—. Sáqueme de este berenjenal.

—Pido permiso para iniciar mi requisitoria, Patriarca —enunció retóricamente el Santo a la vez que se ponía de pie.

—¿Está preparado, *exceptor*? —preguntó el Patriarca al fraile secretario, un hombrecillo de mediana edad, menudo, que estaba sentado a un pequeño escritorio con una pluma de oca con la plumina de oro, que metía a toda prisa en un gran tintero para escribir en una decimosexta— un folio muy grande de pergamino doblado tres veces sobre sí mismo hasta formar dieciséis páginas, —sencillamente encuadernada con una doble costura de algodón.

—Sí, señor —contestó el *exceptor*, cuya tarea consistía en transcribir el proceso con todo detalle.

—Así pues, la *quaestio* puede iniciar —anunció el Patriarca.

«La payasada puede iniciar», pensó Mercurio buscando apoyo en la rabia, porque el miedo y la preocupación hacían temblar sus piernas. Miró a Giuditta. Vio que ella

lo buscaba entre la gente. Estaba seguro de que el capitán Lanzafame la había advertido de que se iba a tener que disfrazar. Pero ella lo buscaba de todas formas. Él mismo sentía un impelente deseo de hacerle un gesto para que lo reconociese, de decirle bajo qué prendas se había escondido, pero no podía. Por su incolumnidad. Si lo arrestaban —había visto al comandante de la guardia ducal buscándolo entre la gente— Giuditta ni siquiera tendría una posibilidad de salvarse. Por duro que fuera, se dijo que debía llevar solo ese peso sobre los hombros y evitar que lo reconociesen. Se concentró en el Santo. Lo miró con todo el odio de que era capaz deseando que se muriese en ese mismo instante.

El Santo se inclinó, rodeó la mesa, cruzó toda la estancia en silencio en dirección a Giuditta, apuntándola con un dedo, hasta que llegó a su lado. Pero no se detuvo. Metió el dedo en la jaula, el público se estremeció y Giuditta refuló asustada.

—¡Hemos empezado a limpiar Venecia! —gritó.

La multitud presenciaba la escena boquiabierto, fascinada.

—Es un buen actor —susurró Giustiniani al Patriarca.

—Sórdido —gruñó el Patriarca.

—¡Y las serpientes como tú serán aplastadas! —continuó el Santo. Sacó los brazos de la jaula y se precipitó al proscenio plantándose delante de la gente—. Hoy, y a lo largo de este Santo Proceso, pueblo vejado de Venecia, demostraré que esta... —dejó la frase en suspenso como si estuviera cogiendo impulso— ¡bruja! —gritó con énfasis—, ¡esta bruja ha tramado con su amo y señor, Satanás en persona, un plan para arrebatarse el alma de las mujeres de Venecia! —Se volvió hacia la mesa, donde había dejado a la vista las plumas de cuervo ensangrentadas, los dientes de recién nacido, las pieles de serpiente, los sapos secos, los pelos anudados y el resto de objetos que habían aparecido en los vestidos de Giuditta—. ¡Ahí tenéis las pruebas de sus hechicerías!

El padre Venceslao da Ugovizza se levantó para examinar las pruebas. Debido a las espesas cataratas se vio obligado a inclinarse sobre cada uno de los objetos expuestos, rozándolos de tal manera que un hombre gritó: —¿Qué haces, fraile, los hueles?

La muchedumbre se moría de risa.

—¡Silencio! —ordenó el Patriarca. Luego se volvió furibundo hacia el padre Venceslao—. ¡Y usted, siéntese!

El dominico se apresuró a tomar asiento, cohibido y humillado.

—¡Escucha, Venecia! —prosiguió el Santo. Notó que buena parte del público miraba al dominico—. ¡Venecia! —gritó aún más fuerte—. ¡Escucha!

La atención del público se concentró de nuevo en él.

—La peste de Satanás se ha difundido por nuestras amadas calles, embarrándolas, y por nuestros canales, enturbiando sus aguas —continuó el Santo—. Esta mujer trae

a esta ciudad la peste de Satanás —señaló a Giuditta—, pero también su pueblo. ¡Los judíos! ¡Asesinos de niños, deicidas, blasfemos, usureros! —El Santo miró en derredor—. ¡Gorros amarillos!

Los ojos de muchos se clavaron en Isacco, Ottavia, Ariel Bar Zadok y en otros miembros de la comunidad que habían acudido para asistir al proceso. Pero la mayoría de los judíos de Venecia, empezando por el jefe de la comunidad, Anselmo del Banco, no habían acudido temiendo que se produjesen desórdenes y ataques contra ellos.

Los soldados de Lanzafame y los guardias del Palacio Ducal se llevaron las manos a las armas para demostrar a la multitud que no iban a admitir gestos de intolerancia.

—A primera vista puede parecer que este proceso es contra una sola mujer, pero en realidad es contra los hijos de Satanás —dijo el Santo.

Giuditta miró preocupada a su padre. Después dejó vagar la mirada entre la gente, tratando de adivinar dónde podía estar Mercurio.

Mercurio volvió a sentir la tentación de hacerle una señal, de atraer su atención y mostrarle que estaba allí, a su lado. Pero se volvió a contener.

Al ver que su hija buscaba a Mercurio, Isacco intentó ayudarla. Vio a su derecha un hombre cuya complexión era más o menos la de Mercurio. Su melena, larga y despeinada, le tapaba la cara. Iba vestido como un pordiosero y no dejaba de rascarse. Lo miró intensamente y le hizo una señal casi imperceptible con la cabeza.

—¿Qué coño miras, judío de mierda? —gruñó el hombre.

Isacco se apresuró a bajar los ojos, pero después, pensando en ello, asintió con la cabeza.

«Claro», se dijo a sí mismo. «Eso es». Miró a su hija y le señaló al hombre.

Giuditta lo escudriñó.

—¡Putá! —le gritó el hombre.

Giuditta se volvió hacia su padre y negó con la cabeza.

Isacco cabeceó, como si pretendiera decirle que no estaba tan convencido.

—¡Venecia no tardará en ser libre! —concluyó el Santo—. ¡Porque el Señor Omnipotente nos guía y nos ha señalado a... la bruja!

La muchedumbre aplaudió excitada.

«Pedazos de mierda», pensó Mercurio. «Creen que están en el teatro».

—¿Tiene algo que decir? —preguntó el Patriarca al defensor.

—No, excelencia... —contestó el padre Venceslao—. Concuero con cuanto ha dicho el hermano Amadeo da Cortona inspirado por Nuestro Señor, en cuyo nombre habla. *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum.*

—¿Qué has dicho, hermano? —gritó una mujer del pueblo.

—Ha dicho que el juicio de Dios es recto y justo —tradujo el Santo.

La gente murmuró. Pese a que, en un principio, ninguno de ellos había sentido la necesidad de que hubiera un defensor, ahora parecían casi descontentos de que el proceso fuese en una única e ineluctable dirección.

—Imbéciles —masculló Isacco mirando de nuevo al hombre cubierto de pelo.

—Para que podáis comprender la gravedad de las acusaciones —vociferó el Santo — quiero llamar a declarar a Anita Ziani, lavandera, que fue testigo de un suceso prodigioso y aterrador. ¡Hacedla entrar!

Dos guardias del Palacio Ducal hicieron entrar a una mujer humildemente vestida y con las manos enrojecidas, que hizo su aparición mirando al suelo y con los hombros encogidos, asustada por la presencia de tanta gente.

—Anita Ziani —dijo el Santo acercándose a sus hombros y alzando su cara hacia la gente—, cuente con sus palabras a sus conciudadanos los sucesos satánicos que presencié.

La mujer se ruborizó y sonrió con nerviosismo dejando a la vista unos grandes agujeros negros entre los dientes.

—Señor, como ya le he dicho —dijo la lavandera dirigiéndose al Santo.

—¡Diríjase al público! —la interrumpió el Santo obligándola a volverse—. ¡Cuénteselo a la gente!

La lavandera se encogió aún más.

—Era el día del Señor... veinte del mes de noviembre del invierno pasado y yo volvía de mi taller después de haber lavado diez pares de sábanas finas de hilo y veinte...

—Sáltese los detalles —dijo el Santo exasperado—. ¿Qué ocurrió?

—Pues bien... sucedió que una mujer, cuyo nombre desconozco, señor..., esa mujer se puso a gritar frases obscenas en Campiello del Squelini, donde están los fabricantes de cuencos, en San Barnaba...

—¡Los hechos! ¡Los hechos! —se consumía el Santo.

—Esa mujer gritaba frases obscenas... —La lavandera hizo apresuradamente la señal de la cruz—, maldecía a la Virgen sobre todo y, además, si me permite... después se levantó el vestido y mostró las vergüenzas..., esto es... lo que tiene entre las piernas.

—¿Y luego? —la azuzó el Santo tratando de mantener viva la atención.

—Luego, de las partes bajas... aquí... —La lavandera se señaló la entrepierna— salió un huevo... pequeño, verde, que vibró como si dentro hubiese algo que empujaba...

La multitud había enmudecido. Todos escuchaban boquiabiertos.

—De hecho... —sugirió el Santo, invitándola a proseguir.

—De hecho el huevo verde se rompió... —continuó la lavandera—, y de él salió una criatura horrenda. Tenía los ojos amarillos y pérfidos. Parecía una serpiente

pequeña, solo que tenía ocho pares de patas con garras...

La muchedumbre murmuró, asustada y maravillada.

—¿Y luego? —insistió el Santo.

La lavandera se encogió de hombros:

—Luego la criatura monstruosa desapareció... y la mujer que la había parido tenía uno de los vestidos de la judía y dijo que desde que lo llevaba puesto ponía uno de esos huevos verdes satánicos todos los días...

—¡Putas! ¡Brujas! —gritaron varios de los presentes a Giuditta.

El Santo asentía con la cabeza sin decir palabra, dando tiempo a que el episodio colmase la imaginación de los presentes.

—Que Dios me deje ciego si no es cierto —dijo el padre Venceslao asintiendo con la cabeza, absorto y concentrado en el relato—. Decidlo, buena mujer, porque un juramento hecho a Dios contra Satanás vale cien mil oraciones.

—No... —balbuceó la lavandera.

El padre Venceslao la miró estupefacto.

—¿Cómo que no? —preguntó casi asustado volviéndose hacia el Patriarca.

La lavandera hizo la señal de la cruz.

El padre Venceslao seguía mirando al Patriarca.

—Lo siento, no pretendía... —dijo en medio del silencio general.

La gente miraba a la lavandera y algunos reían.

El Santo tiraba espuma por la boca, como una fiera salvaje.

—¡Jura, mujer! —intimó a la lavandera.

La mujer los miraba aterrorizada, pero no se decidía a hablar.

—¡Jura! —repitió el Santo.

—En todo caso, yo os creo aunque no juréis, buena mujer —dijo el padre Venceslao.

—¡Callaos! —le ordenó el Patriarca.

La gente se rio.

—¡Jura! —gritó el Santo—. ¿O te has puesto de acuerdo con Satanás?

—Juro... —La lavandera se echó a llorar.

El Santo se volvió hacia la multitud esbozando una sonrisa triunfal, pero muchos de los espectadores cabeceaban.

—Lo siento, Patriarca... —dijo el padre Venceslao acercándose al palco—, solo quería... —Abrió los brazos, se volvió hacia la jaula de Giuditta y la apuntó con un dedo vibrante de rabia—. ¡Así es como Satanás confunde nuestras mentes! —gritó histérico.

La muchedumbre protestó, malhumorada.

—¡Recuerda que eres el defensor! —gritó uno.

La multitud se rio.

El padre Venceslao se agitó, embarazado, mirando con sus ojos opacos a la gente, y dijo con voz vacilante: —¡Yo defiendo a Dios!

—¡Siéntese! —le ordenó, exasperado, el Patriarca.

El dominico se dirigió a su asiento y se sentó, después de haber hecho tres veces la señal de la cruz.

—Los imbéciles pueden causar más daños que los deshonestos —susurró el Patriarca a Giustiniani—. Instrúyalo mejor. Dígale que basta con que esté callado.

Giustiniani asintió con la cabeza, pensativo. Luego lanzó una mirada cargada de desprecio al padre Venceslao.

Mercurio miró al aristócrata. Se preguntó si estaría de verdad de su parte, como aseguraba. En realidad, no sabía de quién fiarse, pero no tenía otra alternativa.

Entretanto, el Santo se había acercado a la lavandera. Le rodeó los hombros con un brazo y le tocó amorosamente la frente con la otra mano.

—Mujer... —dijo en tono afable y sereno—, la prueba que has sufrido ha hecho enloquecer a los mártires y a los profetas. Mi corazón está contigo. Ve en paz y agradece a Dios que te haya ayudado a sobrevivir al encuentro con Satanás. —Hizo un ademán a los guardias para que se la llevaran. Después miró al público. En silencio. Notaba el escepticismo general. Asintió con la cabeza y relajó los hombros—. Mi noble y puro adversario tiene razón, padre Venceslao. Así de grande es el poder de Satanás —dijo en voz baja como si hablara para sus adentros, pero de forma que todos lo pudiesen oír. Se volvió e hizo amago de marcharse.

La multitud había enmudecido de repente.

No obstante, mientras se encaminaba aparentemente derrotado a la mesa, el Santo se paró, sin dejar de dar la espalda a la gente, miró a su izquierda, hacia la jaula donde estaba encerrada Giuditta y se acercó a ella con paso fatigado.

Agarró las barras, colocándose de perfil a la gente, y escrutó a Giuditta. Después intentó sacudirlas. Pero parecía desfallecido. Su cuerpo empezó a temblar. Primero con debilidad, luego con mayor violencia. A continuación echó la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco, como si una energía procedente del exterior se hubiese apoderado de él. Su fuerza aumentó a la vez que emitía un sonido aterrador y grave que parecía haberle partido el pecho y que se expandía por la sala, sumida en un profundo silencio. La jaula de Giuditta empezó a vibrar, cada vez con mayor violencia, como si la estuviera sacudiendo un terremoto, al mismo tiempo que el sonido animalesco aumentaba convirtiéndose en un grito.

—¡Putas de Satanás! —vociferó el Santo desplomándose al suelo, como fulminado.

Al verlo la multitud desechó sus dudas y gritó encolerizada exigiendo la vida de Giuditta.

—¡Ese idiota dijo que estaba de acuerdo con el Santo! —exclamó Isacco furibundo—. ¡Es una farsa! ¿Un defensor que concuerda con el acusador? No tiene sentido. ¡Es una tomadura de pelo!

Mercurio asintió con la cabeza con aire grave. Estaba al lado de la cama de Scarabello, en el establo que hacía las veces de hospital. Todos se habían reunido alrededor de ellos. Lanzafame, Anna del Mercato y las prostitutas que lograban estar de pie, además de las enfermas. En los semblantes de todos los presentes se dibujaba una expresión de desánimo.

Solo Lidia, la hija de Repubblica, no estaba al lado de Mercurio sino a la puerta del hospital, escudriñando en la penumbra del atardecer estival, en dirección al canal.

—No es justo —masculló, asomándose—. No oigo nada...

—¡Cállate! ¡Quédate fuera y vigila por si vienen los guardias! —le ordenó Repubblica.

La niña se enfurruñó.

—Te lo ruego —le dijo entonces Mercurio—. Mi vida depende de ti.

—¿De verdad? —preguntó Lidia maravillada.

—Por supuesto —contestó Mercurio.

La niña se enderezó. La expresión caprichosa que tenía en la cara desapareció y salió del hospital orgullosa de la tarea que le habían encomendado.

Repubblica miró primero a Mercurio y después a Anna. Las dos mujeres se sonrieron admiradas. Anna puso una mano en el hombro de Mercurio.

—Es tan imbécil que hizo dudar a la gente, pero, a cierto punto, pese a que fue de forma involuntaria... —Isacco retomó el relato tratando de convencerse de que aún había esperanza.

Mercurio hizo amago de responderle, pero Anna le apretó el hombro. El joven comprendió y se contuvo, pero cabeceó exhalando un hondo suspiro.

—Giuditta miraba aterrorizada... —susurró.

—Sí —corroboró Isacco.

—Sí, pobre muchacha —corroboró Lanzafame.

Isacco miró a Mercurio.

—¿Dónde estabas? —le preguntó.

—Bastante cerca de Giuditta —respondió Mercurio sombríamente.

—Ella te estaba buscando, ¿lo viste? —dijo Isacco.

—Sí, doctor —asintió Mercurio con tristeza—. Pero usted le señalaba a esa bestia del pelo largo...

—¿No eras tú?

—No, doctor... —Mercurio estaba embarazado—. En todo caso, no podemos

hacernos señales; si me descubren me arrestarán y... no puedo ir a la cárcel en este momento. Lo entiende, ¿verdad?

Isacco cabeceó.

—Tienes razón, disculpa, muchacho. No obstante, uno como yo debería saberlo de sobra. Parezco un novato. Tengo la cabeza hecha un lío desde que empezó esta historia —suspiró, atormentado.

Mercurio miró a Lanzafame.

—Dígale que se fíe. Dígale que estoy allí.

—Ya se lo he dicho —contestó Lanzafame.

—Bueno, pues repítaselo. Estoy y siempre estaré con ella —dijo Mercurio con una profunda pena en los ojos—. ¡No debí atacar al comandante de la guardia, maldita sea! ¡Ahora no debería esconderme!

—A lo hecho, pecho —afirmó Lanzafame—. Lo importante es que tengas cuidado.

—Ella sabe que estás allí —terció Anna.

Mercurio se volvió a mirarla, al igual que todos.

—Una mujer lo sabe —prosiguió Anna—. Lo siente.

Los ojos de Mercurio se empañaron de lágrimas.

—Canallas —gruñó entre dientes.

—Tengo la cena en el fuego —le dijo Anna—. ¿Quieres comer algo?

Mercurio negó con la cabeza.

—No, es mejor que me vaya.

Una a una, las putas se acercaron a él, unas lo abrazaron, otras le cogieron la mano, otras le regalaron una sonrisa, todas intentaron transmitirle la confianza que necesitaba. Porque todas sabían que la salvación de Giuditta no dependía del proceso.

Isacco y Lanzafame se alejaron charlando.

—¿Jacopo asistió? —preguntó Scarabello con un hilo de voz.

Mercurio lo miró. Daba lástima. Era el espectro de sí mismo. Asintió con la cabeza.

—No solo asistió, se sentó al lado del Patriarca.

—¿Y...?

Mercurio se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo entiendo...

—Debes presionarlo, muchacho —dijo Scarabello tratando de hacer rechinar los dientes—. Recuérdale... que lo tengo... cogido por los huevos...

Mercurio asintió con la cabeza.

—No pierdas la esperanza —añadió Scarabello.

—No...

—¿Has cogido el dinero? —le preguntó Scarabello.

—Sí.

Scarabello sonrió, pese al dolor que sentía en el labio comido por la llaga.

—Habrías sido un magnífico delincuente... —aseguró—. Eras el único que podía aspirar... a mi puesto...

—Gracias. —Mercurio sonrió.

—Ahora haz lo que debes... —dijo Scarabello casi sin aliento—. Ve hasta el final.

—Hasta el final —asintió Mercurio mirando al suelo. Permaneció así unos minutos, en silencio, pensativo. Cuando alzó los ojos, Scarabello dormía, agotado por la enfermedad.

Mercurio se alejó y se unió a Isacco y a Lanzafame. Apretó un brazo de Isacco.

—Resista. Necesito su ayuda, doctor.

—¿Qué debo hacer? —preguntó enseguida el médico.

Mercurio sacó una gruesa bolsa de cuero desgastado, pesada y tintineante. Se la tendió a Isacco.

—Son ciento cincuenta liras de oro.

Isacco miró la bolsa boquiabierto, pero no la cogió.

—Es un montón de dinero —murmuró Lanzafame.

—Vaya al Arsenal, doctor —dijo Mercurio—. Mañana. Pregunte por el capataz Tagliafico. Dígale que debe hacer zarpar un barco en unos cuantos días y páguele con esto.

Isacco cogió el dinero.

—Quítese el gorro amarillo —añadió Mercurio—. Y córtese también esa barba de chivo, doctor. No debe parecer un judío. Diga que es un armador. —Lo miró—. Griego.

Isacco lo escrutaba sin decir palabra, pero en sus ojos brillaba una nueva luz.

—¿Podrá, doctor? —preguntó Mercurio.

Isacco se rio.

—¡Hostia, claro que podré, muchacho! —Lo apuntó con un dedo—. Nací para hacer estas imbecilidades. —Se rio de nuevo. Miró a Lanzafame—. ¡Imagínate que el capullo del capitán aún piensa que soy un médico!

Lanzafame y Mercurio se rieron con él.

Las prostitutas se volvieron hacia ellos casi escandalizadas, pese a que muchas de ellas sonreían tímidamente. Hacía varios días que nadie se reía allí dentro.

—El barco está en el astillero de Zuan dell'Olmo, al fondo del canal de Santa Giustina, frente a la isla de San Michele —dijo Mercurio. Isacco asintió con la cabeza—. Y tiene que ir al Arsenal, porque yo no puedo dejarme ver por allí —añadió.

—Muchacho —dijo Lanzafame—, ¿hay algún lugar en Venecia donde puedas moverte con libertad?

Mercurio sonrió.

—He visto tu barca con los dos remeros —dijo entonces Lanzafame—. ¿Está siempre a disposición? —preguntó.

—Si no cambia el itinerario sí —contestó Mercurio.

—No lo cambiaremos —dijo Lanzafame.

Mercurio asintió con la cabeza y se dirigió a la salida del hospital.

—Córteme la barba, capitán —dijo Isacco.

—¿Por quién me has tomado? ¿Por tu barbero? —preguntó Lanzafame.

—Vamos, capitán. No me incordie. Volvemos a las viejas y sanas costumbres de todo buen estafador —dijo Isacco frotándose las manos.

Mientras tanto Mercurio había salido y había llegado a la casa de Anna. Cuando estaba a punto de entrar para saludarla vio un pedazo de pergamino en el umbral, tirado en el suelo. Lo cogió. En la carta, con una caligrafía vacilante e infantil, había escrita una frase: «Lo hizo Benedetta».

Mercurio se volvió de golpe hacia las hileras de chopos. En el atardecer rojizo entrevió una figura oscura que se escondía detrás de un tronco.

—¡Vete, Zolfo! —gritó.

Arrugó el trozo de pergamino y lo arrojó con rabia al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna apareciendo en la puerta.

—Nada —contestó Mercurio, sombrío, lanzando otra mirada a los chopos—. El perro bastardo de siempre.

Anna le acarició la cabeza.

—Ten cuidado —le dijo en tono afectuoso.

Mercurio sonrió e hizo ademán de irse, pero antes se paró y, con torpeza, hundiendo la cabeza entre los hombros, medio encogido, le besó en una mejilla. Después echó a correr sin volverse, con la cara encendida.

Anna lo contempló conmovida hasta que desapareció. Después entró de nuevo en su casa.

Zolfo, en cambio, había salido de detrás de una zarzamora y cuando se disponía a echar a correr en pos de Mercurio para pedirle que lo aceptase de nuevo en el grupo, vio aparecer entre los chopos una figura negra encapuchada. Se volvió a esconder enseguida. Vio que la figura encapuchada seguía a Mercurio en dirección al canal. Con cautela, echó a andar detrás de él.

Zolfo vio que Mercurio subía a la barca con Tonio y Berto, que la figura encapuchada se perdía en una maraña de juncos y cañas, y que luego salía de ella a bordo de una barca pequeña y ligera.

Zolfo se acercó al canal.

De repente, una ráfaga de viento arrancó la capucha de la cabeza de la figura negra que seguía a Mercurio.

Zolfo sintió que la sangre se le helaba en las venas. No daba crédito a sus ojos. Saltó hacia delante, corrió como alma que lleva el diablo hasta llegar al muelle de madera y se agachó. La barca que seguía a Mercurio pasaba en ese momento. Zolfo se encontraba a menos de cinco pasos del hombre, que remaba con la cabeza descubierta.

—No... —murmuró Zolfo, que, al reconocer al hombre, se sintió agitado por una violenta emoción—. No... —repitió en voz baja—. ¡No! —dijo de nuevo abrumado.

El hombre que iba a bordo de la barca se volvió y miró hacia el puente.

Por un instante su mirada se cruzó con la de Zolfo. El muchacho temió que lo hubiese descubierto, pero de inmediato comprendió que no podía verlo a través de las tablas de madera. Vio una terrible cicatriz en forma de moneda en la garganta del hombre.

—No estás muerto... —susurró.

Apenas el hombre estuvo lo bastante lejos, Zolfo abandonó su escondite. Corrió hacia el canal para advertir a Mercurio, pero la barca de su amigo estaba ya en aguas profundas, lejos.

Así pues, sintiendo los latidos del corazón en los oídos, Zolfo volvió a toda prisa al hospital. Entró jadeando y se acercó a Isacco y Lanzafame.

—¡Tengo que hablar con Mercurio! —gritó con los ojos desmesuradamente abiertos—. ¡Tengo que hablar con Mercurio!

Isacco y Lanzafame se pusieron de pie. Isacco tenía la cara enjabonada y Lanzafame empuñaba una navaja de barbero en la mano.

Varias prostitutas hicieron amago de acercarse, pero Isacco las detuvo alzando una mano.

—Os lo juro... está en peligro —dijo Zolfo con la respiración entrecortada.

—¿Por qué? —preguntó Lanzafame desconfiado—. Nosotros se lo diremos.

Zolfo tenía los ojos desmesuradamente abiertos por el horror, la emoción, la sorpresa. Estaba confuso y no podía razonar.

—No. No podéis.

—Vete, muchacho —dijo Isacco.

—No lo entendéis... ¡Está en peligro!

—¿Por qué? —preguntó Lanzafame en tono duro.

—Porque el judío... —balbuceó Zolfo.

—¿Sigues con esas tonterías? —gruñó Lanzafame dando un paso hacia él.

—No, espere... —dijo Zolfo retrocediendo con las manos tendidas hacia el capitán.

—Vete —repitió Lanzafame.

—Decidle... que el judío de Roma... no está... —balbuceó Zolfo. Se calló y cabeceó—. Os lo ruego, tengo que decírselo yo, vosotros no lo entenderéis. —

Lloriqueó.

—¿Quién te envía, el fraile o el comandante de la guardia? —preguntó Lanzafame con voz despectiva.

Zolfo lo miró sin dejar de cabecear, con los ojos que iban de derecha a izquierda, como un pájaro enloquecido. Se volvió y escapó.

Se precipitó a casa de Anna y aporreó la puerta.

Cuando Anna abrió alarmada, Isacco y Lanzafame corrían ya hacia ella.

—Se lo ruego, señora —le dijo Zolfo volviéndose inquieto hacia Isacco y Lanzafame, que estaban ya a pocos pasos—. Mercurio está en peligro... dígame dónde está... se lo ruego... El judío de Roma no está muerto... Está aquí, señora...

—¡Te he dicho que te vayas! —gritó Lanzafame.

—¿Qué judío...? —preguntó Anna.

—Se lo ruego, se lo ruego... —Lloriqueó Zolfo llevándose una mano a la garganta—. Tiene... una cicatriz aquí... y...

—¿Ese es el judío? —dijo Anna—. Se llama Alessandro Rubirosa. Pobrecillo, es mudo. Le di de comer y él me enseñó su certificado de bautismo para que supiese cómo se llamaba...

—¡No, no! —exclamó Zolfo—. ¡Es el judío! ¿Por qué nadie me cree?

—Quizá porque ya has traicionado a todos una vez, muchacho —dijo Anna en tono duro guiñando los ojos—. Mercurio no quiere verte por aquí. Vete. Lamento tener que echarte, pero debes marcharte.

Lanzafame aferró a Zolfo por la pechera de su chaqueta roja y sucia. Le dio un empujón, con rabia.

Zolfo cayó al suelo, en el polvo.

Lanzafame hizo ademán de darle una patada.

Zolfo huyó.

Corrió mientras tuvo aliento para hacerlo, como si temiese pararse. Luego las piernas le flaquearon. Estaba en un prado, rodeado de hierba seca.

—No estás muerto... —murmuró.

Se arrodilló. Cerró los ojos. Vio a Ercole mirándose la herida que chorreaba sangre y luego mirándolo a él. Lo vio caer al suelo, poco a poco. «Ercole tiene daño», había dicho en su extraña lengua.

—No estás muerto —repitió Zolfo apretándose la cara con las manos.

Vio a Ercole tumbado en el camastro del cobertizo de las fosas comunes. Oyó el terrible sonido que había emitido cuando la vida lo estaba abandonando. Vio su enorme cara de demente retorcerse de miedo.

—¡No estás muerto! —gritó poniéndose de pie, estremeciéndose de ira con las manos alzadas al cielo.

Y sintió que tenía una razón para seguir viviendo. Una verdadera razón. Una

única razón.

Pese a que remaba con todas sus fuerzas, Shimon no lograba seguir a la barca a la que había subido Mercurio. La veía alejarse cada vez más. Los dos remeros navegaban demasiado rápido para él. Debían de ser unos profesionales, se decía Shimon presa de la ansiedad.

El calor de ese verano ardiente lo hacía sudar, le quemaba los pulmones y aceleraba los latidos de su corazón.

Shimon apretaba los dientes y hundía los remos en el agua quieta de la laguna. Odiaba cada vez más esa ciudad. Todo era difícil. Seguir a una persona en el agua era sumamente complicado.

Pero no podía perder de vista a Mercurio.

Había temido haberlo perdido ya en los dos días anteriores. Mercurio se había marchado de repente y no había vuelto a dormir a la casa. En un instante Shimon había pasado de la euforia de haberlo encontrado a la desesperación por haberlo perdido.

Mientras remaba se volvió angustiado. La barca que perseguía se estaba perdiendo entre las decenas y decenas de embarcaciones que surcaban el Canal Grande. Apenas podía verla ya. Intentó remar a mayor velocidad, pero sus brazos empezaban a ceder.

Durante esos días, en los que había temido perder a Mercurio, Shimon había deambulado angustiado alrededor de la casa de Anna, de forma tan imprudente que esta lo había visto y se había acercado a él sin que se diese cuenta. Por un momento Shimon había pensado que iba a tener que matarla. Después, sin embargo, la mujer lo había invitado a su casa, lo había tomado por una persona necesitada y le había ofrecido una comida caliente.

Shimon se había sentado en la cocina sujetando el mango del cuchillo con una mano. Pero no había ocurrido nada. Poco a poco, la tensión que sentía se había ido aplacando. La mujer —Anna, según había dicho que se llamaba— tenía una voz delicada, unos ojos transparentes y unas maneras afables. Shimon le había enseñado su certificado de bautismo. La mujer sabía leer. Había mirado el documento y después lo había llamado «señor Rubirosa», con respeto, pese a que, viéndolo tan necesitado, le había ofrecido una comida. Entonces Shimon había apuntado con un dedo su nombre y ella, sonriendo, lo había llamado «señor Alessandro».

Shimon había experimentado una extraña sensación. De calor. Se había sentido a gusto, de una forma muy diferente a como se sentía con Ester. Si bien esa mujer no lo atraía, su manera de comportarse caldeaba incluso una naturaleza gélida como la suya.

—Vivo aquí con mi hijo —le había dicho a cierto punto la mujer.

Shimon la había mirado pensando: «Yo he venido a arrebatarte a tu hijo». Se había levantado y se había ido. No podía correr el riesgo de quedarse allí.

Shimon seguía remando, pero apenas sentía ya los brazos debido al cansancio. Cuando llegó a Rialto no pudo ver la barca de Mercurio. Lo había vuelto a perder, pensó encolerizado. Soltó los remos. Mientras avanzaba con lentitud, empujado por la inercia, con la ropa empapada de sudor y la garganta seca por la sed, miraba alrededor con la esperanza de ver la barca atracada en uno de los muelles.

Prosiguió lentamente, la furia y la desazón se iban apoderando de él.

Estaba a un paso de su venganza, pero, a la vez, temía tener que volver a la casa de Anna y esperar allí que Mercurio volviese a dar señales de vida. Era arriesgado. La mujer sospecharía, pero, sobre todo, el último día Shimon había visto que el muchachito de la banda deambulaba también por allí. No podía correr el riesgo de que lo descubriera. Si lo hacía, avisaría a Mercurio y este desaparecería para siempre.

Dio un furioso puñetazo al banco en que estaba sentado. Sintió que el dolor vibraba en la mano y subía por el antebrazo.

Cogió de nuevo los remos. La mano con la que había asestado el puñetazo pulsaba. Avanzó lentamente por el Canal Grande, pese a que había perdido casi la esperanza. Lo había perdido, se decía. Aun así, siguió avanzando, mirando a un lado y otro del Canal Grande. Dejó atrás el muelle ducal de la plaza San Marco. La laguna se abría en esa especie de mar que era la desembocadura grande. Sintió la tentación de volver atrás, pero al final decidió costear un poco más la orilla izquierda, en los alrededores de la plaza San Marco. Avanzó mirando los puestos de la Riva degli Schiavoni, de la que llegaba el aroma de las *castradine*, la carne de carnero asada y ahumada.

Cuando había perdido ya toda esperanza vio salir una barca de un canal como una exhalación. La reconoció enseguida. Era la barca a la que había subido Mercurio y los remeros eran los dos gigantes que conocía.

Pero Mercurio ya no iba a bordo.

Shimon se acercó a la orilla y enfiló el canal del que había salido la barca. Lo más probable era que no sirviera de nada, pero valía la pena intentarlo y la esperanza de encontrar a Mercurio le hizo olvidar el hambre que el aroma de las *castradine* le había despertado.

Pasó por debajo del puente de la Pietà y embocó el río homónimo.

Prosiguió con lentitud, mirando alrededor con suma atención. Su objetivo ya no era una barca atracada, sino Mercurio, y para encontrarlo ya no tenía un punto de referencia. Se decía que era una empresa imposible, a menos que el joven estuviese en los muelles. Pero se repitió que valía la pena probar.

El río de la Pietà era bastante ancho y, a cierto punto, artificialmente tortuoso, similar a una serpiente, cosa poco frecuente en Venecia, donde los canales eran en su

mayor parte regulares. Al cabo de un rato, en la orilla derecha vio una explanada herbosa en la que pastaba un rebaño de cabras. Al pasar por delante varias de ellas alzaron la cabeza y lo miraron. Poco después, Shimon divisó un grupo de niños y un sacerdote. Al acercarse vio que el sacerdote estaba charlando con una monja, que estaba al otro lado de una puerta, rodeada de un grupo de niñas sucias y mal vestidas, al igual que los niños que cuidaba el sacerdote. Shimon frenó instintivamente. Al mirar alrededor notó que los edificios de esa zona estaban habitados por un número excesivo de niños y religiosos de ambos sexos. Así pues, se trataba de un orfanato.

«¿Estás aquí?», se preguntó Shimon, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

Sabía que Mercurio era huérfano. Sin saber por qué, el instinto le decía que estaba allí. Le parecía una ecuación que no era fruto del azar.

Detuvo la barca en la orilla opuesta, se puso la capucha, a pesar del calor, y esperó.

Recordó que los guardias ducales habían visitado en dos ocasiones la casa de Anna y pensó que Mercurio debía de estar en apuros, cosa que no lo sorprendía, dado que era un ladrón y un timador. Si andaba metido en líos tenía que esconderse.

Quizá se había refugiado en el orfanato de la Pietà. Pero, a medida que pasaba el tiempo, Shimon iba perdiendo de nuevo la esperanza. En ese lugar solo había curas, monjas y niños. Un tipo como Mercurio habría llamado la atención.

Al anoecer Shimon concluyó que no podía estar allí. Una vez más, temió haber perdido su rastro. Otra vez.

Solo le quedaban dos alternativas. Una era la mujer que aseguraba ser la madre de Mercurio, pero quería tanto al joven que iba a ser muy difícil tirarle de la lengua.

La otra vía era la joven pelirroja. Al pensar en ella Shimon se lamió los labios. Torturar a esa muchacha tan sensual podía ser una experiencia maravillosa.

Con todo, decidió seguir un poco más por el río de la Pietà antes de dar la vuelta a la barca y regresar al palacio donde había visto que vivía la joven. Si Mercurio no había bajado en el orfanato podía no estar muy lejos.

Shimon se puso a remar de nuevo lentamente. En el cruce con un canal ancho el río de la Pietà se enderezó y pasó a llamarse de Santa Giustina. Shimon prosiguió por él y al cabo de un rato desembocó en una parte de la laguna aún más extensa que la que había frente a San Marco.

Allí la ciudad era totalmente distinta. En el canal flotaban excrementos y animales muertos. Los muelles estaban formados por unos simples palos, viejos y medio podridos, plantados en las orillas fangosas sin las piedras cuadradas de Istria. Allí Venecia mostraba su miseria sin el menor pudor. Y esa miseria olía a rayos, pensó Shimon arrugando la nariz.

A su izquierda vio unos embarcaderos de madera con redes y retretes. Las casas, bajas y también de madera, más bien chamizos, tenían unos míseros huertecitos que

el calor sofocante había secado. Una cabra, delgada hasta el punto de que parecía más bien un esqueleto cubierto de pelo, se movía con parsimonia buscando algo que tascar; tenía las mamas deshinchadas. Unas gallinas escarbaban en el barro. Un gato con las orejas peladas por las continuas grescas deambulaba circunspecto por una empalizada.

Frente a él, en el agua abierta, Shimon vio un islote y varias barcas de pescadores.

A la derecha, en cambio, había una extensión de barro y un cobertizo destrozado. Bajo el cobertizo se veía un barco alrededor del cual trabajaban varios hombres. El barco estaba en muy mal estado.

Cuando se disponía a retroceder del astillero le llegó una voz que reconoció de inmediato.

—¿Cuándo estará listo, viejo?

Shimon se volvió de golpe y vio a Mercurio, que acababa de salir del barco que estaba en seco.

El corazón le latió a toda velocidad y la sangre le pulsó en las venas.

El dios de la Venganza había querido que encontrase a Mercurio. Le estaba diciendo que su misión era justa. El dios de la Venganza estaba de su parte.

Shimon amarró la barca a un muelle que quedaba bastante lejos. Bajó a tierra y regresó lentamente.

Los obreros que estaban trabajando en el barco abandonaron su tarea, se despidieron y se marcharon.

Mercurio se quedó con el viejo, que se apoyaba en un bastón y al que seguía un perro espantoso con la piel atigrada y las orejas torcidas.

Shimon aguardó a que anocheciese y luego se acercó a la chabola y espió por una ventana sin cristales. La chabola estaba compuesta por una única habitación. En un rincón había un jergón. A cierta distancia se veía otro, improvisado, hecho con paja y tapado con una manta llena de agujeros. Mercurio debía de dormir allí. Entre los dos jergones había un orinal. La habitación no permitía ningún tipo de intimidad. En el fuego, en una chimenea ruinoso, hervía una olla.

Mercurio y el viejo estaban sentados a una mesa sucia y comían pescaditos con las manos. El viejo tiró una cabeza al perro, que la cogió al vuelo moviendo la cola.

No obstante, de repente soltó la cabeza del pescado, olfateó el aire y, volviéndose hacia la ventana, gruñó quedamente.

Shimon pensó que lo primero que debía hacer era liquidar al perro, pero tenía tiempo.

Retrocedió poco a poco, procurando no hacer ruido, y se escondió detrás del barco. La noche iba a ser dulce. Tenía que decidir cómo matar a Mercurio. Cómo y cuánto lo haría sufrir.

—Dame todo lo que tienes, cabrón —dijo una voz ronca detrás de él.

Shimon sintió la punta de una lanza en la espalda e intentó volverse.

—Quieto, no te muevas —dijo la voz, que se había tornado aguda y que delataba cierta alarma—. Dame todo lo que tienes —repitió.

Shimon pensó que su agresor tenía miedo. Era débil y, con toda probabilidad, también inexperto. La punta del arma se apoyaba en una parte de la espalda donde no había órganos vitales. No lo mataría aunque se la clavara en la espalda, pensó.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Dámelo todo, capullo —repitió otra vez su agresor con voz ya temblorosa.

Shimon bajó poco a poco la mano derecha, como si estuviese metiéndola en un portamonedas. En cambio, en el último momento saltó adelante y hacia un lado, se volvió empuñando su navaja y la hundió rápidamente y con violencia bajo la barbilla de su agresor, empujándola hacia arriba, hacia el cerebro.

Shimon vio que era un joven.

Mientras moría, el muchacho abrió desmesuradamente los ojos, babeó sangre y se desplomó al suelo. Shimon vio que el arma que le había apoyado en la espalda era un simple trozo de madera puntiagudo.

«Has muerto en vano, muchacho», pensó sin sentir la menor pena.

Todo había ocurrido en un santiamén. En silencio. Shimon alargó el oído. Nada, no se oía ningún ruido. Bajó la mirada hacia el cadáver. Tenía que desembarazarse de él. No podía dejar un cuerpo allí. Encontró una cuerda en la base del barco. La cogió. Buscó una piedra lo bastante grande como para que arrastrara el cadáver al fondo. Ató un extremo de la cuerda a la piedra. Fue hasta la orilla. El agua era baja y fangosa. Inspeccionó mejor el terreno hasta que vio un embarcadero bajo a unos pasos de distancia. Debía arrastrar el cuerpo hasta el extremo del muelle y tirarlo al agua. A buen seguro, allí había bastante profundidad. Llegó al muelle y apoyó la piedra asegurándose de que las tablas resistieran. Después retrocedió y cogió el cadáver por el cuello de la chaqueta. Lo arrastró unos pasos. Oyó que se desgarraba algo. La tela de la chaqueta estaba raída y había cedido. La luna iluminaba el tórax desnudo del cadáver y dos pequeños senos caídos con unos gruesos pezones oscuros, ajados como dos flores.

Una mujer.

Shimon vio que algo brillaba en uno de los pezones y se inclinó. Era una gota blanquecina. Una gota de leche en un pecho flácido.

Una madre.

La arrastró a toda prisa hasta lo alto del muelle, ató el otro extremo de la cuerda a un tobillo y luego la arrojó al agua.

Cuando volvió atrás vio que la luz de la luna iluminaba el rastro rojo de sangre en las tablas, pero no sabía cómo limpiarlo.

Volvió al astillero, cogió un cubo de madera y limpió la rampa. Luego alargó de nuevo el oído.

Oyó un llanto quedo, ahogado.

Siguió el sonido y llegó, pocos pasos atrás, a un montón de troncos. Encima de él había un bulto de trapos. Una gruesa rata lo estaba mordiendo. El bulto se agitaba.

Shimon dio un manotazo a la rata. El animal chilló y salió huyendo.

Shimon desenvolvió el hatillo. En su interior vio un recién nacido, feo, desnutrido, con la piel opaca y tan ajada que parecía un viejo en miniatura.

Vio que la rata había vuelto y olfateaba el aire moviendo el hocico, erguida en las patas posteriores y agitando su gran cola desnuda. No parecía resignarse a que le robasen la comida. Shimon alargó una pierna para darle una patada, pero la rata lo esquivó con agilidad.

Entretanto, el niño se había puesto de nuevo a llorar. Shimon comprendió por qué su madre lo había envuelto en los trapos. Así no solo estaba menos expuesto a las ratas, además evitaba que se oyera su llanto mientras intentaba robar a alguien.

Shimon le tapó de nuevo la cara con los trapos, después miró hacia el muelle. Era más piadoso hacer que se reuniese con su madre en el fondo de la laguna que permitir que fuese pasto de la rata, pero al final echó a andar, costeó el río de Santa Giustina hasta llegar al río de la Pietà y dejó al niño en el torno en que se abandonaba a los huérfanos.

«Te has salvado por casualidad», le dijo mentalmente pensando que sabía que allí había un orfanato por pura coincidencia.

Después tocó la campana de los frailes del instituto y se marchó a toda prisa.

Cuando volvió al astillero escudriñó de nuevo en la casa del viejo. Mercurio seguía allí. El perro volvió a gruñir. Shimon pensó que jamás había matado un animal. Luego, mientras se volvía a esconder detrás del barco, se dijo que había una primera vez para todo.

Sacó la navaja y, para pasar el tiempo, empezó a tallar el tableado del barco.

«Es la hora del juicio», se leía cuando terminó.

En el embarcadero vio a la rata, que había seguido el olor de la sangre y que estaba mordisqueando la madera.

Shimon sonrió como un niño.

La vida era hermosa, pensó.

—Que la testigo sea conducida ante la Santa Inquisición —ordenó el Patriarca.

El Santo miró la multitud y señaló a su izquierda tendiendo el brazo, como si estuviese presentando la atracción principal de un espectáculo circense.

La gente que ocupaba la sala mayor del colegio canónico de los santos Cosma y Damiano enmudeció y se volvió.

Mercurio se volvió como todos hacia la puerta por la que iba a entrar la testigo. Estaba tenso. Hasta ese momento los testimonios habían sido vagos o demasiado fantasiosos. A menudo parecía evidente que los testigos, en su mayor parte mujeres, habían sido instruidos. La gente creía en ellos o no. Permanecía en suspenso, pese a que deseaba en todo caso la muerte de la bruja Giuditta. Y esa suspensión del juicio mantenía abierta una rendija a la esperanza. Pero este nuevo testigo había sido anunciado con demasiado énfasis desde el día anterior y Mercurio temía que su peso fuera muy distinto.

Ottavia, que estaba entre el público, miró alrededor. Isacco aún no había aparecido y era ya media mañana, pero después sintió que alguien le apretaba un brazo y vio al médico a su lado.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó al ver que ya no llevaba barba y que lucía un llamativo traje sin el gorro amarillo.

—He tenido que pasar por el Arsenal para hacer un... encargo —explicó Isacco—. Pero, dígame, ¿cómo va?

—Nada bien —contestó Ottavia—. El defensor no hace nada y ahora han anunciado la entrada del testigo clave.

—¿Quién es? —preguntó Isacco mirando a Giuditta, que, al igual que todos, no apartaba los ojos de la puerta por la que iba a entrar el testigo.

También Mercurio se había vuelto hacia ella, que aferraba las barras de la jaula.

En el aula no se oía volar una mosca.

Isacco y el capitán Lanzafame se miraron. El médico hizo un ademán afirmativo al capitán. El capataz Tagliafico había aceptado el encargo. Mostró los cinco dedos de la mano a Lanzafame, que comprendió al vuelo. El barco de Zuan dell'Olmo estaría arreglado en cinco días.

La multitud murmuró de repente.

Mercurio se volvió.

—Ahí está —dijo Ottavia.

Isacco se volvió.

«¡Maldita!», pensó Mercurio. «¡Maldita seas!».

—Putas... —murmuró Isacco.

—¿La conoce? —le preguntó Ottavia en voz baja.

Isacco no contestó. Escrutaba a la testigo, que avanzaba mirando a Giuditta con aire de desafío y odio.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo Ottavia.

—Una puta, eso es lo que es —gruñó entre dientes Isacco.

—Diga a esta corte su nombre a fin de que el *exceptor* pueda anotarlo —dijo el Santo después de haber hecho acomodar a la testigo en una especie de púlpito preparado para la ocasión, como si pretendiera darle aún más protagonismo.

—Me llamo Benedetta Querini —recitó la testigo mirando con orgullo al público que tenía ante sí.

Los hombres reunidos en la sala mayor la observaron con admiración y deseo. Pese a que iba vestida de forma poco llamativa para no despertar la envidia de las mujeres, Benedetta estaba radiante. Llevaba su melena cobriza recogida en un sofisticado moño compuesto de decenas y decenas de trenzas que se enrollaban entre ellas, sujetas por unas perlas de río. El tono encarnado de la cara y del escote, generoso sin llegar a ser impúdico, era transparente y luminoso. De alabastro, pensaron muchos. El vestido era azul celeste, con unos bordados de color azafrán y unos delicados encajes de Burano. Al cuello llevaba un sencillo colgante con una aguamarina tallada en forma de gota que reflejaba el color del vestido. En las manos unos guantes de raso con dos anillos de oro bajo y jade.

Giuditta la miraba con una expresión de tormento. No pensaba en lo que podía decir, solo se sentía abrumada por el peso de su odio.

—Benedetta Querini —dijo el Santo mirando a la multitud allí reunida—, cuéntenos su historia... —Hizo una pausa alzando una mano en el aire con el dedo índice apuntando hacia arriba para puntualizar—. Una historia... que puede contar, porque sobrevivió a ella... de forma milagrosa.

El público murmuró, sorprendido y excitado.

—Sí, Inquisidor —contestó Benedetta inclinando la cabeza, como pensativa—. Sí, eso es..., me salvé de milagro. —Alzó la cabeza y miró a la gente. Tenía los ojos brillantes, como si estuviese a punto de echarse a llorar, conmovida.

—Maldita... —susurró Mercurio.

—Y deje que diga a esta buena gente de Venecia —prosiguió Benedetta pasándose un valioso pañuelo por los ojos— que, en parte, debo a usted mi salvación..., aunque sé que habría preferido que no revelase este detalle.

La multitud murmuró, cada vez más sorprendida y fascinada.

«Lo han planeado de maravilla», pensó Mercurio enrojeciendo de cólera y haciendo un esfuerzo para estar quieto y no llamar la atención.

También Isacco se agitó furibundo y miró alrededor buscando a Mercurio, pese a lo que habían acordado. Vio un joven fraile que se ponía la capucha de su túnica y bajaba la mirada, cruzándola con la suya. Podía ser él, pensó. La primera vez que se

habían visto Mercurio iba disfrazado de sacerdote. Se volvió hacia Giuditta, pero notó que Lanzafame lo miraba seriamente, con el ceño fruncido. Así que dejó de buscar a Mercurio y se concentró de nuevo en Benedetta.

—¿Y qué pasó? —estaba diciendo el Santo después de haberse escarnecido teatralmente, como si de verdad hubiera preferido que se hubiese enterado del gran mérito de haber salvado a Benedetta—. Cuente a los ciudadanos de la Serenísima el riesgo mortal que corrió.

—Riesgo mortal, sí —asintió con gravedad Benedetta—. Es fácil decirlo. Al igual que muchas mujeres venecianas, yo también me sentí atraída por lo que se contaba de los vestidos de la judía. —Se volvió hacia Giuditta sonriendo de manera imperceptible, para que solo ella pudiese notar su alegría—. Es más, diría que fui su primera clienta —dijo como si hablase solo con ella.

Giuditta se sobresaltó.

—¿Tú? —exclamó—. ¿Fuiste tú?

—¡Calla, puta de Satanás, a menos que quieras que te corten la lengua! —la amenazó el Santo precipitándose hacia la jaula.

Lanzafame se acercó a las barras.

—Cállate, Giuditta.

La joven se volvió hacia el capitán abriendo la boca, como si quisiera protestar.

—Cállate —repitió Lanzafame.

Giuditta miró de nuevo a Benedetta, que la escrutaba con aire triunfal.

Mercurio temblaba. Percibía el dolor, el miedo y la desesperación que transmitía la mirada de Giuditta. En la de Benedetta, en cambio, veía la alegría que a esta le causaba el daño que estaba haciendo. Sintió que la ira le subía a la cabeza y pensó que, de una forma u otra, se lo haría pagar.

—Aunque tenga que matarte —susurró con voz rabiosa.

—Prosiga —dijo el Santo a Benedetta.

—Había oído hablar de los gorros que hacía y sentía curiosidad por los vestidos —continuó la joven—. Sabía que los judíos no podían vender vestidos nuevos y me sorprendió. Ella me mostró entonces una pequeña gota de sangre que había en el interior de un vestido y me dijo que era «sangre de enamorados» y que gracias a ese truco los vestidos no se podían considerar nuevos, que de esa forma engañaba a las autoridades venecianas...

La multitud murmuró.

—Me dijo que era un sortilegio para atraer el amor hacia las mujeres que los lucían... —prosiguió Benedetta.

Al oír la palabra sortilegio el público vociferó indignado.

—¡Bruja! —gritó una mujer.

—¿Y luego? —preguntó el Santo, invitando a Benedetta a continuar—. ¿Se

enamorado? ¿O alguien se enamoró de usted? —bromeó.

La gente se rio, pero entre dientes. Benedetta tenía un aire tan inocente que su relato partía el corazón.

—No. —La joven sonrió por un momento, luego adoptó un aire grave—. Me puse enferma.

El público contuvo el aliento.

—Explíquese mejor —dijo el Santo.

—Todo empezó de forma imperceptible —continuó Benedetta en voz baja, como si estuviese reviviendo el drama, forzando a la gente a permanecer en absoluto silencio—. Al principio solo podía ponerme sus vestidos... Pensaba que lo hacía porque eran bonitos, y debo reconocer que lo eran...

Varias mujeres de la sala asintieron con la cabeza.

—Cuando hablaba de ellos decía que me habían «embrujaado» —dijo Benedetta exhalando un suspiro—. No sabía hasta qué punto era verdad.

La multitud lanzó una exclamación silbante.

«¡Te mato! ¡Te mato!», pensó Mercurio mirando a Giuditta, que escuchaba el relato llorando.

—No obstante, al cabo de cierto tiempo se produjo un episodio grave y molesto. Además de doloroso —prosiguió Benedetta—. Estaba en el muelle del Forner, en Santa Fosca, frente al palacio Vendramin, cuando sentí un dolor lancinante, como si alguien me hubiese prendido el pecho, como si el vestido que llevaba puesto se estuviese quemando..., era una sensación tan viva que... —Benedetta cabeceó y se tapó la cara simulando embarazo—, incluso ahora me avergüenzo, pese a que ahora sé que era un hechizo...

—¿Qué pasó? —insistió el Santo.

—Qué bonito dúo —gruñó Isacco. Se volvió hacia el defensor, el padre Venceslao da Ugovizza, quien siquiera parecía estar escuchando el relato, hasta tal punto le daba igual el proceso y la suerte de Giuditta—. ¡Canalla, que *Hashem* te fulmine!

—Pues bien —continuó Benedetta—, el dolor era tan fuerte que me desplomé casi muerta al suelo, gritando y revolviéndome... como si estuviera poseída por un ejército de demonios...

Muchas de las mujeres del público se llevaron una mano a la boca, asustadas. Otras aferraron el brazo de sus hombres. Las madres taparon las orejas a sus hijos.

—Al final, como si estuviese endemoniada, me arranqué el vestido... y me quedé... —Benedetta inclinó la cabeza— desnuda...

El silencio fue total.

Rompiéndolo, Benedetta añadió:

—Escupí un coágulo de sangre.

Mercurio miró a Giuditta. Vio que tenía los ojos anegados en lágrimas.

Cabeceaba negando, sin poder hablar, la terrible mentira. Mercurio sabía lo que estaba pensando. Pensaba que iba a morir por culpa del amor y del odio a la vez. La iban a quemar viva porque quería a Mercurio y porque, a causa de ello, Benedetta la odiaba.

Entretanto, el Santo sacudía la cabeza.

—Lo que dice, joven temerosa de Dios, es, cuando menos, terrible e impresionante, pero ¿qué relación tiene con este proceso? ¿Pensó que la causa era el vestido que llevaba puesto? ¿Encontró alguna prueba?

—¡No es cierto! ¡Todo es falso! —gritó de improviso Giuditta con la voz quebrada por la desesperación.

—¡Calle! —se apresuró a decir el Patriarca—. Tiene un defensor. ¡Usted no puede hablar!

«Y tú estás seguro de que el defensor callará, ¿verdad?», pensó Mercurio. «Podéis hacer lo que queráis, incluso seguir adelante con esta mentira, porque nadie la negará jamás». Miró alrededor, pero vio que, como siempre, la gente era indiferente a la injusticia cuando no la sufría en su propia carne.

—Dime —continuó el Santo—. ¿Encontraste pruebas?

—Ninguna, Inquisidor —contestó Benedetta con candidez—. Ni siquiera se me ocurrió. Me socorrieron, pese a que apenas me quité el vestido me sentí de inmediato mejor. Pero no relacioné las dos cosas. Tampoco cuando me dijeron que una mujer había encontrado una pluma negra de cuervo con la punta manchada de sangre en los pliegues del vestido que me había quitado. Y a pesar de que mi piel se había llagado de forma incomprensible, se había cubierto de ampollas que solo el fuego podía causar.

—No pensaste en nada... —repitió el Santo lentamente. Luego se volvió hacia el público—. Satanás sabe confundir nuestras mentes, envolverlas con su niebla.

—Y tampoco sospeché nada cuando, varios días después, me volví a poner los vestidos de la... de la bruja —dijo con rabia Benedetta volviéndose hacia Giuditta—, no lo pensé ni siquiera cuando empecé a sentirme débil, cada vez más, al punto que debía guardar cama durante horas y horas... —Sonrió—. Qué ingenua. Tampoco en la cama quería desprenderme de los vestidos.

La multitud exclamó sobrecogida. A diferencia de los relatos de los anteriores testigos, plagados de monstruos escurridizos con ojos amarillos y voces de espectros del Infierno, la historia de Benedetta impresionaba la imaginación del público por su sencillez.

—Me estaba apagando... como si alguien me estuviese chupando la sangre... o la vida... —murmuró Benedetta.

—¡O el alma! —exclamó el Santo.

La multitud se sublevó. Gritó, encolerizada. Todos reclamaban la hoguera. Si

Lanzafame y sus soldados no hubieran rodeado la jaula de Giuditta con las espadas desenvainadas alguno de ellos habría intentado ahorcar a la bruja allí mismo.

—¡Orden! —gritó el Patriarca poniéndose de pie y lanzando una mirada de satisfacción al Santo, que le respondió inclinándose imperceptiblemente.

Mercurio tembló al verlos. Si esa farsa estaba teniendo lugar era porque todos se habían puesto previamente de acuerdo. Porque todos estaban seguros de que nadie haría nada. Se volvió hacia Giustiniani, pero el aristócrata no parecía dispuesto a intervenir. Permanecía sentado, impasible, con la mirada perdida delante de él.

—Si usted no me hubiese salvado con su exorcismo —dijo Benedetta cuando la multitud se calmó— habría muerto y Satanás se habría apoderado de mi alma. —Bajó corriendo del púlpito y se arrodilló delante del Santo. Le cogió una mano y se la besó con un gesto teatral, apoyando los labios en los falsos estigmas.

El Santo se humilló de nuevo, la levantó del suelo y le hizo la señal de la cruz en la frente con el pulgar.

—Ve con Dios, buena mujer. Hoy has prestado un gran servicio a la lucha contra el Mal —le dijo devolviéndola a los guardias ducales para que la acompañasen al salir.

—Pero ¿el defensor no quiere hacer ninguna pregunta? —preguntó Giustiniani, que seguía sentado al lado del Patriarca.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora, Giustiniani? —le dijo en voz baja el Patriarca mientras los guardias se paraban y todos se volvían hacia el padre Venceslao.

El dominico de los ojos velados levantó la cabeza con una expresión confusa.

—Señor... —empezó a decir.

—Si no hace nada la gente pensará que no se ha impartido justicia —susurró Giustiniani al Patriarca.

—Ese idiota me da miedo —le contestó este.

El padre Venceslao seguía mirando al Patriarca en silencio.

—Quizá... debería hablar antes con la imputada —dijo, por fin.

—¿Para qué? —le preguntó el Patriarca.

—Podría decirme por qué no debemos creer en esa buena mujer que acaba de testimoniar —respondió el dominico—. O arrepentirse, derrumbarse y confesar sus fechorías. ¿No cree, excelencia?

—¿Me lo pregunta a mí?

El público se rio.

El padre Venceslao tendió los brazos y hundió la cabeza entre los hombros.

—Sí... sí, tengo que hablar con la imputada... —decidió al final, pero titubeando, como siempre.

—De acuerdo. Tiene una hora de tiempo. Mientras tanto nosotros iremos a refrescarnos —dijo el Patriarca irritado. Luego se dirigió a Lanzafame—. Lleve a la

imputada a una de las celdas de los frailes y vigile que no suceda nada. —Después se volvió hacia el Santo—. Y usted, Inquisidor, entretenga a su hermosa testigo hasta que comprendamos si su... digno adversario tiene intención de interrogarla también.

El público soltó una sonora carcajada.

—Grandísimos bastardos —susurró Mercurio. Luego trató de atraer la mirada de Giuditta, mientras la hacían salir.

Pero Giuditta caminaba con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo, perdida en su desesperación.

—Si te hace algo o sucede algo, llámame —dijo Lanzafame a Giuditta.

—¿Qué debería suceder? —preguntó el padre Venceslao a la puerta de la celda que uno de los frailes del colegio canónico de los santos Cosma y Damiano había puesto a su disposición.

El capitán Lanzafame miró con desprecio al dominico sin responderle. Después miró a Giuditta y le sonrió para tranquilizarla.

—Estaré ahí fuera. Llama y entraré en un santiamén —dijo cerrando la puerta.

Giuditta miró por unos segundos al padre Venceslao, después se dirigió al fondo de la celda, hacia el ventanuco que daba al patio interior del colegio, y le dio la espalda. Detestaba al sacerdote y no comprendía qué quería de ella. Era evidente que se había puesto de acuerdo con los demás.

—¿Quieres convertirte a la verdadera fe? —le preguntó el padre Venceslao en voz alta.

Giuditta se volvió de golpe. Era claro lo que pretendía.

—Te convendría, muchacha, viendo cómo se están poniendo las cosas —dijo el dominico—. Causaría una buena impresión.

—No —dijo Giuditta con firmeza.

El padre Venceslao dio un paso hacia ella.

—No se acerque o llamaré al capitán —le advirtió Giuditta.

El padre Venceslao cabeceó suspirando.

—Eres orgullosa y soberbia, como todos los judíos.

Giuditta irguió la espalda.

—Nosotros, los judíos... —empezó a decir.

Pero el padre Venceslao la interrumpió alzando una mano.

—Sí, sí, la misma cháchara de siempre. Lo que cuenta ahora es que sepas que será duro —dijo dando otro paso hacia ella.

—Con un defensor como usted, seguro —afirmó Giuditta en un tono lo más despectivo posible.

—Controla tu lengua, muchacha, y da gracias a tu Dios —dijo el padre Venceslao—. Soy lo único que tienes.

—En ese caso me he hundido en la miseria —dijo Giuditta.

El padre Venceslao se aproximó aún más.

—No se acerque —dijo Giuditta.

El religioso cabeceó.

—No te tocaré, solo quiero enseñarte una cosa —dijo llegando al ventanuco.

—¿Qué? —preguntó Giuditta.

El padre Venceslao apuntó el índice hacia el cielo.

—Cuando estés en tu celda, por la noche, y tengas miedo —dijo en un tono repentinamente cálido—, no te olvides de apuntar un dedo como estoy haciendo yo hacia una estrella... y pídele que te lleve con ella. Adonde quieras... —Se volvió y miró a Giuditta—. Con quien quieras.

Giuditta estaba boquiabierta. Había reconocido la voz.

—Pero usted... —Las lágrimas se le saltaron a los ojos—. Tú...

El padre Venceslao esbozó una sonrisa.

—¡Mercur...! —exclamó Giuditta.

Mercurio le tapó la boca riéndose.

—Chito, baja la voz... baja la voz, amor mío —dijo atrayéndola hacia él—. Habla bajo, no debe saberlo nadie...

Giuditta se apartó. Miraba el rostro odioso del dominico cabeceando, aún incrédula, pese a que podía reconocer ya bajo el maquillaje a su querido Mercurio. Jadeaba sin dejar de cabecear.

Mercurio la volvió a abrazar.

—Cálmate —le susurró a un oído—. Estoy aquí...

—Estás aquí... —repitió Giuditta llorando y deshaciéndose en su abrazo—. Estás aquí..., estás aquí...

Giuditta se volvió a apartar y sacudió de nuevo la cabeza a la vez que lo miraba.

—Pero... ¿cómo es posible que no te haya reconocido? Yo... yo...

Mercurio se rio entre dientes.

—Menos mal que no me has reconocido, amor mío.

—Pero ¿los ojos...? —Giuditta estaba turbada y sorprendida, apenas podía hablar ni pensar.

—Es un viejo truco —explicó Mercurio risueño cogiéndole la cara entre las manos y acariciándole las cejas, tupidas y negras—. Me lo enseñó un hombre que se llama Scavamorto. Es la estratagema que usan los mendigos carteristas de Roma. —Se señaló los ojos—. Es intestino de pescado... bueno, la piel del intestino de un pescado. Es muy fina. Se corta y después se hace un pequeño agujero en el centro. No sé cómo, pero el caso es que se ve. —Volvió a sonreír—. Al principio escuece un poco.

—Lo has hecho por mí... —dijo Giuditta por el mero placer de oír esas palabras.

—Lo he hecho por nosotros —replicó Mercurio.

—¿Mi padre lo sabe? —preguntó ella.

—No, cuantas menos personas conozcan la estafa menor será el riesgo.

Giuditta casi se echó a reír.

—Jamás habría imaginado que tu falta de honestidad me podía hacer tan feliz.

—Yo tampoco —dijo Mercurio abrazándola otra vez—. Por primera vez en mi vida agradezco a Dios ser un estafador y un experto en disfraces. Ahora sé por qué

recibí este don... —La miró a través del velo artificial de los ojos—. Para salvarte —concluyó con solemnidad.

Giuditta, que había estado a punto de echarse a reír, frunció los labios y cerró los ojos empañados.

—Perdóname..., perdóname... —dijo sollozando—. Yo... —Lo miró—. Te hice mucho daño, ¿verdad?

Mercurio se puso serio.

—Jamás habría imaginado que podía sentir un dolor tan aterrador —dijo.

—Lo sé... —asintió Giuditta—. Yo también creía que me iba a morir...

—Fue ella, ¿verdad? —preguntó Mercurio en tono iracundo.

Giuditta bajó la mirada.

—Sí. Me dijo que el príncipe Contarini te estaba buscando para matarte y que ella solo te protegería si yo me alejaba de ti, y yo...

Mercurio dio un puñetazo a la pared, furibundo. A continuación levantó la mano tratando de dominarse.

—Perdona...

Giuditta lo abrazó con ímpetu.

—Tenía miedo de perderte para siempre —murmuró.

—Yo también —le susurró Mercurio acariciándole el pelo.

—Pero ¿cómo es que sabes latín? —preguntó Giuditta apoyando la cabeza de él en su pecho mientras una nueva sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Me lo enseñaron a latigazos los frailes del orfanato de San Michele Archangelo, en Roma —contestó Mercurio—. Querían que fuera sacerdote. Los odiaba... Ahora, en cambio, debo agradecerélos. Qué cómico, ¿verdad? —Le acarició el cuello sintiendo la suavidad de su piel—. Además, Giustiniani me está ayudando. Estoy aquí gracias a él. Él encargó a Lanzafame que te vigilara y tenía poder para imponer un defensor...

—¿Por qué lo hace? —lo interrumpió Giuditta.

Mercurio estaba seguro de que no lo hacía por miedo a que Scarabello lo chantajease. Pero no dijo nada. Se encogió de hombros.

—Giustiniani es el único que lo sabe —le dijo en voz baja—. Me está dando instrucciones, tanto sobre el proceso como sobre la estrategia que hay que seguir... Ahora te explicaré lo que debemos intentar hacer. —Apretó la mandíbula cabeceando con rabia—. ¿Has visto qué se creen capaces de hacer? Piensan que nadie los puede desmentir, que pueden decir cualquier mentira. A ti te han cosido la boca, y están seguros de que nadie hablará y de que yo nunca les pondré trabas. Canallas. Esa es su justicia. Pueden decir lo que les parezca. —Intentó serenarse. Miró a Giuditta con aire grave—. Pero antes debes prometerme una cosa.

—Lo que quieras.

—No me mires de otra forma —le dijo Mercurio—. Nadie debe sospechar, porque, si lo hacen, estamos acabados.

—Lo intentaré...

—No. —Mercurio le agarró los hombros—. Lo harás.

Giuditta lo abrazó.

—Pero ¿cómo podré ocultar la alegría que siento?

Mercurio oyó un ruido fuera de la puerta. Voces, bullicio.

—Tenemos que darnos prisa. Escucha... —Le acercó los labios a la oreja y la instruyó rápidamente.

—Abrid —decía a la vez la voz del Santo, que estaba fuera de la celda.

—¿Qué quieres, maldito fraile? —oyeron que respondía Lanzafame.

—¡Te ordeno que me abras! —dijo el Santo—. ¡Soy el Inquisidor!

—Yo obedezco las órdenes del Patriarca —replicó Lanzafame.

—¿Entonces estamos de acuerdo? —preguntó Mercurio a Giuditta.

Giuditta sonrió asintiendo con la cabeza.

—No sonrías —le dijo Mercurio.

Giuditta sonrió aún más.

—¡Abre! —vociferó el Santo.

—¡Abrid! —repitió desde dentro Mercurio. Luego se volvió hacia Giuditta.

—Lo siento, amor mío.

—¿Por qué? —preguntó Giuditta, atónita.

La puerta se abrió.

En ese momento Mercurio dio una violenta bofetada a Giuditta en plena cara.

Giuditta gritó de dolor y cayó al suelo. Se llevó una mano al labio. Sangraba.

—¡Bastardo! —dijo Lanzafame entrando para socorrerla.

Mercurio miró al Santo y, a la vez que salía de la celda, masculló: —¡Estos judíos! ¡Son imposibles!

El Santo contempló al padre Venceslao mientras se alejaba y, por un instante, le pareció distinto. Pero solo fue un instante.

—Bruja —dijo con ferocidad a Giuditta apuntándola con un dedo—. Cuando haya acabado contigo me ocuparé también de tu padre, puedes estar segura. —Se volvió hacia Lanzafame—. Llévela abajo. El proceso va a reiniciar.

Al ver que Giuditta entraba de nuevo en la jaula, el público se animó. Los ánimos se habían enfriado durante la pausa. La gente se aburría. En ese momento, en cambio, el espectáculo volvía a empezar.

—¡Silencio! —ordenó un prelado en tanto que el Patriarca y Giustiniano, volvían a tomar asiento en los sillones del palco.

Mientras se sentaba, Giustiniani miró a Mercurio. El semblante del aristócrata también estaba tenso. El proceso sumario que había organizado la Iglesia estaba

tocando a su fin. Era el último acto. Después ya no habría nada que hacer.

Mercurio respiró hondo. Cojeó hacia el centro de la zona procesal e hizo una torpe reverencia al Patriarca.

—¿Entonces? —preguntó el Patriarca arqueando una ceja y esbozando una sonrisita burlona—. ¿Ha tomado una decisión?

Mercurio se rascó la cabeza, cubierta de pústulas que había fabricado tiñendo con zumo de coles rojas unos grumos de harina de cebada que había cocido para que parecieran de goma.

—Excelencia... —dijo mostrando la consabida inseguridad, sobre la cual había construido el personaje del padre Venceslao da Ugovizza—, la imputada me ha revelado unos detalles que... cómo diría... bueno, que quizás habría que comprobar... —Se encogió de hombros, abrió los brazos y los ojos—. Aunque, si he de ser franco...

—¿Significa eso que quiere interrogar a Benedetta Querini? —preguntó Giustiniani.

—Quizá... —dijo Mercurio—. ¿Qué opina usted?

El público se rio.

El Patriarca resopló, exasperado.

—Hagan entrar a la testigo Benedetta Querini —ordenó.

—Se lo agradezco, Patriarca —dijo Mercurio inclinándose varias veces y suscitando, de nuevo, la hilaridad de la gente.

Isacco, que estaba en primera fila, muy cerca de Mercurio, le dijo en voz baja, rabioso: —Cura vendido.

Mercurio se hizo el sordo. Después recibió a Benedetta como si se tratase de una cita mundana, escoltándola personalmente hasta el púlpito.

Benedetta tenía un aire altivo. No sospechaba nada y al subir al púlpito miró con odio a Giuditta.

—¿Dónde ha dicho que vive usted? —preguntó sin preámbulos Mercurio.

Benedetta se volvió de golpe a mirarlo.

—No lo he dicho —respondió, inquieta. El Santo la había advertido. No debía mencionar al príncipe Contarini bajo ningún concepto.

El Patriarca se sobresaltó y se inclinó hacia Giustiniani.

—¿Ha advertido a ese imbécil de que el nombre de mi sobrino y de mi familia no debe salir a colación? —preguntó, alarmado.

—Por supuesto, Patriarca —contestó Giustiniani—. No entiendo...

Mercurio se volvió de golpe hacia el Patriarca con los ojos desmesuradamente abiertos, fingiendo que, como siempre, el torpe del padre Venceslao se había equivocado. Agitó las manos en el aire, con la boca abierta, y a continuación farfulló, confuso: —De hecho, ¿qué más da dónde viva?— miró a Benedetta y, acto seguido,

al Patriarca. —¿Correcto, excelencia?

La gente se volvió a reír.

El Patriarca contrajo los músculos de la mandíbula y no contestó.

—Sí, claro... —farfulló apurado Mercurio—. Así que... no, quería decir... ¿Qué quería decir? —preguntó escrutando a Benedetta.

La joven arqueó una ceja.

—Tal vez pretendía que me hiciese la pregunta a mí misma —le sugirió guiñando un ojo al público.

El público estalló en carcajadas.

Isacco miró a Giuditta. Le pareció que no estaba tan preocupada como debía. Tenía apoyada una mano en una mejilla. La mejilla estaba roja y le sangraba un labio. Pero Giuditta no parecía tocársela como si le doliese. Es más, Isacco tuvo la impresión de que estaba acariciando la piel enrojecida.

—¡Ah, sí, eso es! —exclamó de repente Mercurio dándose una palmada en la frente—. ¡Eso es! —repitió—. Me preguntaba, excelencia —dijo dirigiéndose al Patriarca—, cómo se puede montar una acusación de brujería...

El público murmuró.

—¿Qué pretende decir? —preguntó el Santo.

—Nada, por el amor de Dios... —contestó Mercurio inclinándose ante él—. Solo que, dado que no tengo mucha experiencia en procesos, como ya les he dicho, he intentado comprender cómo... cómo... bueno, no sé explicarme bien, pero me gustaría preguntar a la testigo... si conoce a la imputada, eso es.

Benedetta lo miró con evidente desprecio.

—Por supuesto. Me vendió sus vestidos embrujados.

—Lo que quiero decir es si la conocía antes —aclaró Mercurio.

Benedetta se encogió de hombros.

—Más o menos...

—Más o menos... —repitió Mercurio como ensimismado—. ¿Quiere decir, por ejemplo, que usted y Giuditta di Negroponte llegaron juntas a Venecia viajando en el mismo carro de víveres del capitán Lanzafame, cuando este regresaba de la batalla de Marignano?

Benedetta se alarmó y miró al Santo.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó el Santo con arrogancia.

—No sé si tiene algo que ver... —dijo Mercurio manteniendo la actitud de falsa inseguridad y volviéndose hacia el Patriarca.

Este observó a la multitud. Todos los presentes lo estaban mirando. Comprendió que no tenía escapatoria.

—¡Bueno, pues intente entenderlo, mi buen padre Venceslao! —exclamó fingiendo que bromeaba.

Pese a que el público sonrió por la ocurrencia, de repente todos se habían puesto serios.

—¡Protesto, Patriarca! —terció el Santo.

El Patriarca lo fulminó con la mirada. «Demasiado tarde, imbécil», pensó.

—Me preguntaba... —prosiguió Mercurio dirigiéndose a Benedetta—, si recuerda, gentil muchacha, que con usted iba un joven bribonzuelo llamado... llamado... ¡Zolfo! ¡Eso es, Zolfo! Y si dicho Zolfo intentó acuchillar a la imputada, Giuditta di Negroponte y...

—¡No! —exclamó Benedetta—. ¡Miente!

—¿Sobre qué miente, en concreto? —preguntó Mercurio acercándose al capitán Lanzafame—. Quiero decir, tenemos aquí al capitán, el héroe de la batalla de Marignano, que podría confirmar...

—Miente cuando dice que... —terció Benedetta, consciente de que estaba acorralada.

—Cuando dice que... —Mercurio la animó a continuar.

—Que... Zolfo era solo un niño..., no un delincuente —dijo Benedetta.

—Pero intentó acuchillarla —insistió Mercurio.

—Puede ser..., no me acuerdo... —contestó Benedetta.

Mercurio se aproximó cojeando al público, que murmuraba, porque comprendía que el proceso, que hasta ese momento se había desarrollado en una única dirección, estaba tomando un nuevo rumbo.

—No recuerda si uno de sus amigos quiso apuñalar a la joven que ahora está encerrada en esa jaula acusada de brujería y...

—¡Es una bruja! —gritó Benedetta. Señaló a Giuditta mirando al público—. ¡Es una bruja! —repitió.

Pero la gente, esta vez, no se soliviantó. La mayor parte ni siquiera se volvió a mirar a Giuditta. No apartaban los ojos de Benedetta.

—¿Qué pretende demostrar, padre Venceslao? —terció el Santo.

—Eso es justo lo que intento comprender, hermano Amadeo —contestó Mercurio dándose golpecitos con un dedo en la sien—. Por ejemplo... esto tengo que preguntárselo a usted. Necesito que me aconseje. —Fingió concentrarse para buscar las palabras apropiadas—. Perdone, Inquisidor —prosiguió—, pero el muchachito que intentó apuñalar a la imputada, el muchachito que viajaba con su testigo... la desmemoriada... se llama Zolfo, como... —Dio un paso hacia el Santo, aunque sin dejar de mirar al público con los ojos velados por las finas cataratas—. Vamos a ver, quiero decir que el tal Zolfo, el que se llama como el aroma de Satanás, el azufre, ¿es el mismo Zolfo que vive con usted y que lo acompaña en sus sermones?

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó el Santo encogiéndose de hombros como si acabase de oír una tontería.

—Nada, por el amor de Dios —se apresuró a decir Mercurio—. Solo intento comprender las numerosas coincidencias que, por lo visto, hay en esta historia...

El público murmuró.

—¿Seguro que el padre Venceslao es un imbécil? —preguntó en voz baja el Patriarca a Giustiniani.

Este no contestó. Miraba admirado a Mercurio, que iba tejiendo la trama sin vacilar.

—¡Solo es una puta! —gritó de improviso Benedetta—. ¡Solo es una puta! ¡Bruja! ¡Bruja!

La gente no la secundó.

Mercurio esperó a que se hiciese de nuevo silencio. Un silencio cargado de tensión. Después, a pasos vacilantes, cojeando ostentosamente, llegó al púlpito y subió el primer escalón.

—¿Por qué dice que es una puta? —preguntó.

Benedetta cabeceó. Miró al Santo buscando ayuda.

—¿Porque está con el hombre que desea usted? —preguntó Mercurio.

La gente murmuró sorprendida.

—¿Te lo ha dicho ella, hermano? —contestó Benedetta mirándolo iracunda—. Eso son memeces. Esa puta lo único que intenta es salvar el pellejo...

—¡Modera tu vocabulario, muchacha! —terció el Patriarca.

Benedetta tenía la cara encendida, estaba fuera de sí.

Mercurio se volvió hacia Giuditta y le hizo una pequeña e imperceptible señal.

—Mercurio me lo contó todo —explicó entonces Giuditta dirigiéndose a Benedetta—. Me dijo que le parecías patética cuando te desnudabas para él en la habitación de la Lanterna Rossa...

—¡No sabes lo que dices, puta!

—¡Orden! —dijo el secretario haciendo sonar la campanilla.

—Me dijo que hace unos días le acariciaste el pelo creyendo que estaba llorando, pero que, en cambio, él se burlaba de ti —añadió Giuditta—. Me lo cuenta todo. Incluso que le repugna ver cómo te contentas con unas simples migajas...

—¡Putas!

—¡Haced callad a esas mujeres! —gritó el Patriarca.

—Me dijo que si chasqueaba los dedos te tirarías a sus pies...

—¡Quiero verte morir!

—¡Silencio!

—¡Me dijo que solo cuentas mentiras! ¡Dices que eres la amante de un hombre importante, cuando en realidad eres solo una de sus numerosas criadas! —Giuditta se rio con desdén.

—¡Putas! ¡Eres una puta! —Benedetta hizo amago de bajar del púlpito para

agredirla, pero Mercurio y el Santo se lo impidieron. La joven tenía las venas del cuello hinchadas mientras gritaba—: ¡Soy la amante del príncipe Contarini y él ordenará que te degüellen en la cárcel cuando se entere de cómo me has tratado, puta!

El Santo le dio un bofetón en la boca.

—¡Calla, desgraciada! —le gritó zarandeándola por los hombros.

Benedetta lo miró. Aún no se había dado cuenta de lo que acababa de hacer.

Mercurio retrocedió un paso, se volvió hacia Giuditta y asintió imperceptiblemente con la cabeza.

Isacco miró a Lanzafame boquiabierto.

El público había enmudecido.

—Espero no haber cometido un error... —dijo Mercurio al Patriarca abriendo los brazos—. Yo... yo...

—Usted ha cumplido con su deber de defensor, padre Venceslao —dijo el Patriarca conteniendo la rabia que le hervía en las venas. Se volvió hacia Benedetta mirándola furibundo—. La que ha hecho algo muy grave es esta mujer...

La multitud murmuró.

El Patriarca la apuntó con un dedo tembloroso.

—Ha calumniado a mi sobrino Rinaldo y, con él, el buen nombre de toda mi familia. Mañana, en esta misma sala, mi sobrino, el príncipe Rinaldo Contarini, la desmentirá.

—No lo entiendo, Patriarca —dijo entonces el torpe padre Venceslao, abriendo mucho los ojos, maravillado, con su voz ingenua—. ¿Quiere decir... que esta mujer miente?

Benedetta sintió que la tierra se hundía bajo sus pies.

—El proceso ha concluido por hoy —dijo con gravedad el Patriarca—. La corte se retira y volverá a reunirse dentro de dos días. —Se levantó tratando de ocultar la cólera que hacía temblar sus rodillas y, precedido de sus prelados y seguido de los clérigos que le sujetaban la capa purpúrea, salió de la sala mayor del colegio canónico de los santos Cosma e Damiano.

El público solo tenía ojos para el padre Venceslao. Pero, entre todos los que miraban al dominico de ojos velados que había dado un vuelco al proceso, el que más lo admiraba era un hombre que permanecía al margen, procurando no llamar la atención, con la cabeza cubierta con una capucha, pese al calor. Miraba intensamente al padre Venceslao mientras se torturaba una extraña cicatriz oscura, en forma de moneda, que le sobresalía en el centro del cuello.

Dos días más tarde la multitud se apiñaba en la sala mayor del colegio de los santos Cosma e Damiano. La noticia de que el proceso había dado un clamoroso vuelco había atraído a más gente. Todos temblaban, curiosos, por ese proceso que se había anunciado el día anterior.

Y, como todos los días, Shimon lo seguía entre el público. Solo que su interés difería mucho del de la gente común.

La primera vez que había echado un vistazo a la chabola del viejo marinero, Shimon había pensado que en la olla que había en la chimenea hervía comida. Pero al alba del día siguiente, mientras lo espiaba, había visto que Mercurio cogía una papilla pegajosa de la olla y se la ponía en la cara, en la nariz y en el cuello. Boquiabierto, había visto cómo se disfrazaba. La peluca con la falsa tonsura, el relleno para parecer gordo, el palo atado a la rodilla para que la andadura fuese más rígida y para obligarlo a cojear, los colorantes que resaltaban las pústulas rojizas o marrones, la fina capa de pez que se pasaba por los dientes para que parecieran más viejos y, por último, los intestinos de pescado que lavaba todas las mañanas y que después cortaba con habilidad para cegar sus ojos.

Shimon estaba estupefacto y fascinado, y había comprobado que lo mismo le sucedía al viejo, al que Mercurio había tenido que dar cuenta de lo que estaba ocurriendo, dado que la chabola, compuesta por una única habitación casi vacía, le impedía ocultarle su plan.

También esa mañana, como ocurría desde hacía ya varios días, Shimon había seguido al padre Venceslao desde la chabola de Zuan dell'Olo al colegio canónico, saboreando de antemano el momento en que lo mataría. Con todo, nutría cierto respeto por Mercurio. Pese a que solo era un muchacho, tenía en jaque todo un proceso inquisitorial.

Shimon se había colocado al lado de la pared, en una zona en la que había una columna detrás de la cual podía esconderse para no llamar la atención. Miraba hacia la puertecita por la que iban a entrar los actores de la farsa encabezados por el Patriarca de Venecia. Pero, de repente, oyó un estrépito a su espalda y tuvo que volverse.

Vio que un pequeño grupo de guardias ducales se abría paso entre la multitud escoltando a varias damas aristocráticas. Las capitaneaba una vieja de aire antipático y duro, huraña, seguida de otras nobles más jóvenes. Todas ocultaban con sus miradas altivas el disgusto que les causaba estar en estrecho contacto con la multitud.

Los guardias liberaron los dos primeros bancos sin demasiadas contemplaciones. La gente se levantó rezongando. Las damas se acomodaron en la primera fila en tanto que los guardias tomaron asiento detrás, en la segunda, para protegerlas.

El secretario del proceso y el *exceptor* tocaron al unísono dos campanillas de iglesia.

La multitud enmudeció, Shimon se volvió. Por la puertecita lateral entró el Patriarca, el noble veneciano que se sentaba a su lado, el reducido grupo de preladados y clérigos que asistían a todas las sesiones, el fraile acusador y Mercurio, como el padre Venceslao.

Giuditta estaba ya en la jaula, pese a que no había ninguna razón, dado que ese día no era ella la procesada. La habían expuesto como si fuera un animal exótico.

Al cabo de un instante, escoltada por dos guardias, Shimon vio aparecer a la joven de pelo cobrizo que tanto le gustaba. Caminaba con la cabeza gacha evitando mirar al público con la arrogancia del día anterior, y llevaba un vestido modesto, arrugado, con el borde de la falda liso. No lucía ni joyas ni perlas en el pelo, que ese día había dejado suelto. Al verla tan débil, tan derrotada, Shimon la deseó con más intensidad. La joven le parecía más sensual.

Se volvió hacia Mercurio. Él la había condenado a esa humillación. La banda no solo se había disuelto, pensó, además se había desencadenado una guerra entre sus miembros. La judía acusada de brujería había desvelado el motivo: Mercurio había rechazado a Benedetta.

No sería de ninguna de las dos, concluyó Shimon sonriendo. Porque Mercurio era suyo. Y tenía las horas contadas.

Al llegar al sillón donde se sentaba, el Patriarca se volvió hacia la gente y habló abriendo los brazos:

—Pueblo de Venecia, hoy tenemos la desagradable tarea de desvelar un engaño, de descubrir a un falso testigo, de desdecir una mentira, de aclarar una calumnia. —Apuntó el índice lleno de anillos hacia Benedetta—. Pero quiero que recordéis que pese a que un testigo ha sido desmentido, los otros diez son perfectamente fiables. —Recorrió la multitud con la mirada—. Hoy no celebramos la inocencia de la judía Giuditta di Negroponte sino la culpabilidad de Benedetta Querini.

La multitud murmuró.

Mirando al público, Mercurio se dio cuenta de que había asestado un duro golpe al desarrollo del proceso. Los testigos a los que aludía el Patriarca no habían impresionado mucho al pueblo veneciano. Sus testimonios eran demasiado vivos, estaban mal contados y en muchos casos él, representando el papel del torpe padre Venceslao, los había ridiculizado. Era evidente lo que pretendía el Patriarca. Debía salvar el proceso, pero, por encima de todo, le preocupaba la reputación de su familia.

La noche anterior Mercurio había logrado mantener una breve conversación con Giustiniani. El aristócrata le había dicho que el Patriarca estaba furibundo y que pensaba obligar a su sobrino a reconsiderar el testimonio de Benedetta. Cuando Mercurio le había apuntado que, sin embargo, todos sabían que Benedetta era la

amante de Rinaldo Contarini, Giustiniani le había contestado:

«La verdad es irrelevante. Lo que cuenta es lo que se afirma, incluso en contra de la evidencia. En Roma se ordenan obispos y cardenales a jóvenes retoños de quince años para que en el futuro se conviertan en papas, y a esos jóvenes, al igual que a los papas, no se les exige que renuncien a tener un sinfín de amantes o innumerables perversiones, sino, simplemente, que nieguen tenerlos. El aparato está preparado para confirmar sus declaraciones. Recuerda, en nuestro mundo la verdad es la que escriben los poderosos, no existe por sí misma».

Mercurio atravesó la sala con el andar cojeante e inseguro del padre Venceslao hasta llegar a la jaula de Giuditta.

—Retrocede, cura —gruñó de inmediato Lanzafame.

—No —se apresuró a decir Giuditta—, me gus... —Se calló y sacudió la cabeza—. No me molesta.

Lanzafame la miró estupefacto.

—Hagan entrar al príncipe Rinaldo Contarini —dijo el secretario.

Todos se volvieron.

Benedetta se había vuelto también hacia la puerta que quedaba a su derecha.

El príncipe hizo su entrada con su andar trastabillante y acompañado de dos pajes. Como siempre, lucía un vestido blanco, resplandeciente, bordado de color azul claro.

La multitud murmuró comentando su repugnante deformidad.

—No admitiré desmanes —dijo el Patriarca con dureza.

Al ver que los guardias desenvainaban las espadas, la multitud comprendió lo que quería decir.

—Este debate lo conduciré yo —prosiguió el Patriarca—, dado que el hermano Amadeo da Cortona debe concentrarse en el proceso por brujería. —Esperó a que su sobrino se sentase en el sillón que habían dispuesto para él.

Por primera vez en su vida Benedetta sintió algo similar a la ternura al ver que su amante tenía miedo. Miedo del Patriarca.

—Príncipe Contarini —dijo el Patriarca—, esta mujer, Benedetta Querini, ha afirmado que es su amante. ¿Es cierto?

El príncipe deforme se volvió apenas hacia Benedetta, pero no pudo sostener la mirada de la joven. Respiró hondo y acto seguido dijo con su voz chillona:

—No, Patriarca.

—Pobrecilla, me da pena —susurró Giuditta.

Mercurio la miró atónito. Vio que los ojos de la muchacha no reflejaban el odio que habría debido sentir. Se volvió hacia Benedetta y se sorprendió al comprobar que él tampoco la odiaba. También a él le daba pena verla allí con la cabeza inclinada. Todo el mal que había urdido se había vuelto contra ella.

—¿Puede decirnos si tiene alguna relación con ella? —prosiguió el Patriarca.

El príncipe se ruborizó. Su boca se contrajo en una mueca.

—La verdad es la que escriben los poderosos —dijo Mercurio para sus adentros repitiendo la frase de Giustiniani.

—¿Qué? —preguntó Giuditta.

—Míralos, todos alineados para defender su casta —dijo entre dientes Mercurio mirando a las damas que estaban sentadas en el primer banco—. Nosotros, los plebeyos, los ensuciamos como el barro o el estiércol.

—Ahora sabes lo que sienten los judíos a diario —susurró Giuditta.

—¿Y bien? Estamos esperando, príncipe —dijo el Patriarca con una dureza que no dejaba escapatoria.

Contarini se volvió de golpe hacia Benedetta. Sostuvo la mirada de la joven por un instante.

Benedetta vio que tenía miedo. Le sonrió con benevolencia, confiando en que se pusiese de su parte. Esa sonrisa la condenó.

El príncipe se sintió aún más humillado. La cólera le oprimió la garganta.

—No la recordaría si no hubiese organizado este lío inmundo —exclamó histérico—. Es una de las criadas de palacio. Una de tantas.

Se volvió de nuevo hacia Benedetta. Vio que la sonrisa había desaparecido de su rostro. Pensó que era hermosa. Pensó que había sido la que mejor había interpretado el papel de hermana muerta. Pensó que ninguna de sus antecesoras se había balanceado con tanta sensualidad en el columpio del dormitorio. Pensó que iba a ser difícil encontrar otra como ella.

—Es una persona totalmente irrelevante —mintió.

—Siendo así, ¿cómo es posible que haya testimoniado que...? —dijo el Patriarca.

—¡No lo sé! —lo interrumpió el príncipe.

El Patriarca lo miró irritado.

—Es una loca..., ha importunado a todas mis conocidas con sus fantasías. Han venido aquí para confirmarlo, si es necesario. —El príncipe señaló a las aristócratas que estaban sentadas en primera fila.

Benedetta reconoció a la anciana aristócrata que le había pedido que comprara vestidos de Giuditta para ella. La vieja le lanzó una mirada distante, hostil. La estaban arrojando al mar. Todos.

En ese momento, hicieron sentar a la maga Reina en un banco. Tenía las muñecas atadas. Estaba despeinada y mostraba una expresión de dolor en la cara. Era evidente que la habían torturado.

Mercurio miró a Benedetta. Al ver entrar a la mujer, la joven se había asustado.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja a Giuditta.

—No lo sé —contestó ella.

Benedetta supuso lo que debían de haber hecho confesar a la maga Reina. Sus

miradas se cruzaron. «El mal que deseamos vuelve a nosotros tarde o temprano», le había dicho la primera vez que se habían visto. La había advertido, pero ella no la había creído. «Que el mal no vuelva a mí sino a quien lo ha deseado», había añadido la maga. Benedetta sonrió con tristeza. El mal había vuelto a las dos, en cambio. Entonces, movida por el instinto más que por la razón, se liberó del guardia que la vigilaba, se precipitó hacia el príncipe y se arrojó a sus pies.

—¡Perdóneme, príncipe! —Lloró—. Le ruego que me perdone, no pretendía hacer nada malo..., solo quería imaginar que estaba a su lado..., que era su... Se lo suplico, príncipe, solo quiero que me perdone. —Lo miró y jugó su última carta—. Los demás no me interesan, príncipe. —Lanzó una mirada fugaz al Patriarca para despejar por completo las dudas que pudiese tener Contarini—. Lo único que me importa es que usted me perdone.

«Muy bien», pensó Mercurio.

—¡Guardias! —dijo el Patriarca.

Mientras dos soldados la aferraban y la empujaban con malos modos, Benedetta miró al príncipe a los ojos y comprendió que había hecho lo correcto.

—Patriarca —dijo el príncipe—, por desgracia esta mujer se ha prendado de mí. Ha mentido, es cierto. Ha afirmado ser lo que no era, es cierto. Ha estado a punto de mancillar mi reputación y la de mi familia... —Se levantó tambaleándose y extendió el brazo deforme—. Pese a ello, le pido que sea clemente. Pretendo salvaguardar mi buen nombre y, por eso, no quiero denunciarla. Confío en que usted se muestre tan magnánimo como yo. Basta despedirla del palacio.

El Patriarca apretó los puños. Su sobrino estaba echándole un pulso y no tenía intención de ceder.

—Nunca lo hará... —murmuró Giuditta.

Mercurio la miró y vio que la pena que revelaban sus ojos era auténtica.

—Qué gesto tan noble —terció entonces en voz alta apartándose de la jaula—. Sí. Qué gesto tan noble —repitió y acto seguido gesticuló con la torpeza con la que había caracterizado al padre Venceslao—. Por eso un noble... es noble, ahora lo entiendo.

La multitud se volvió para mirarlo.

También Giuditta lo miraba, seria y orgullosa.

Después los ojos de todos los presentes se clavaron de nuevo en el Patriarca.

—Sin lugar a dudas —dijo a su pesar el jefe del clero veneciano—, la Iglesia y Venecia desearían mostrarse clementes. —Miró a su sobrino, después al padre Venceslao y a Benedetta—. Sin lugar a dudas... —repitió con la voz contraída por la rabia.

Miró a las damas de la nobleza que estaban dispuestas a apoyarlo por interés de casta, y a la maga Reina, vencida por la violencia y el poder. Sacudió la cabeza tratando de ocultar la crispación que sentía. Todo lo que había tramado hasta en el

menor detalle carecía ya de sentido.

Giustiniani, en cambio, solo tenía ojos para Mercurio. El joven le gustaba cada vez más, le parecía sorprendente. Tenía la venganza al alcance de la mano, podía aplastar a Benedetta como una cucaracha y, sin embargo, había tomado parte por ella. Sí, lo había sorprendido, pensó. Y valía la pena ayudarlo. Se inclinó hacia la oreja del Patriarca y susurró:

—Es usted un demonio. La Iglesia sale con la cabeza bien alta y su familia tendrá fama de ser misericordiosa. Les felicito, a usted y a su sobrino. Bonita comedia. Lo ha instruido muy bien.

El Patriarca se volvió. ¿Giustiniani pensaba que todo aquello formaba parte de su plan? De repente la situación le pareció muy diferente. Incluso ventajosa. Se puso de pie.

—En ese caso, que triunfe la misericordia —dijo con énfasis—. La declaro absuelta, muchacha. —Miró a la gente mientras se preparaba para decir una frase que debía sonar como una orden—. No sé quién le dará trabajo de ahora en adelante —dejó las palabras suspendidas para que todos pudiesen captar por completo su significado—, pero está absuelta. Debe agradecer al príncipe su magnanimidad... que es la magnanimidad de toda la familia Contarini.

Benedetta sintió que la vida volvía a fluir por sus venas. Se inclinó y, al cruzarse con el padre Venceslao mientras se la llevaban de la sala, le preguntó en voz baja:

—¿Por qué lo ha hecho? —No podía creer que el mismo hombre que la había arrojado al barro la hubiese ayudado después a levantarse.

El dominico la miró con sus ojos ciegos y no respondió. Luego se volvió hacia Giuditta.

La joven le sonrió imperceptiblemente.

Volvieron a sonar las campanillas de iglesia.

—Mañana se efectuarán los alegatos finales —anunció el secretario.

—Mañana se hará justicia, Venecia —dijo el Patriarca, que seguía de pie. Abrió los brazos y trazó en el aire la bendición pastoral.

Los asistentes estaban indecisos. No sabían si sentirse satisfechos o decepcionados. Era como si el espectáculo, porque así era como se vivía, se hubiese suspendido a la mitad, se hubiese interrumpido bruscamente.

—Patriarca, deje que esta mujer diga tan solo por qué está aquí —exclamó entonces el Santo como si hubiese intuido la atmósfera y deseara calentarla de nuevo.

Acto seguido corrió hacia la maga Reina y la apuntó con un dedo a la vez que fruncía el ceño y hacía rechinar los dientes. Se volvió hacia el Patriarca, quien, tras unos segundos de vacilación, asintió con la cabeza. El Santo cogió a la maga del brazo y la obligó a levantarse. La llevó al centro del palco y la hizo volverse hacia el público mostrándola tal y como estaba, demacrada, desgreñada, maniatada.

—¡Habla, vamos!

La maga Reina abrió la boca. Sumisa. La noche anterior había aprendido, gracias a los hierros al rojo vivo, lo que debía decir. Lo que querían que dijese.

—Benedetta Querini vino a verme porque quería... un veneno para Giuditta di Negroponte —afirmó.

La multitud enmudeció. Varias viejas hicieron la señal de la cruz.

—Le dije que... yo no hacía esas cosas... Pero ella estaba obsesionada. Volvió una y otra vez..., parecía enloquecida...

—¿Y tú qué pensaste? —le preguntó el Santo.

—Vi con claridad que estaba... embrujada.

—¿Embrujada? ¿Por qué? —insistió el Santo fingiendo asombro.

—Porque la obsesión solo se manifestaba cuando llevaba puestos los vestidos de esa judía —dijo la maga Reina señalando a Giuditta.

La multitud murmuró estupefacta.

Mercurio miró preocupado a Giuditta.

—¡Mañana decidiremos que arda la carne de una bruja! —gritó el Santo.

El público se volvió a animar. El espectáculo se iniciaba de nuevo. Una vez más el estremecimiento de la muerte recorrió la sala mayor y todos se sintieron más vivos.

Shimon, siguiendo con la mirada a Mercurio, que salía cojeando, sonrió de nuevo. Quizás al día siguiente la multitud se llevaría otra sorpresa. Quizá solo hubiese un alegato. El de la acusación.

Y un cadáver más.

Esa noche, en el hospital, la atmósfera era de suma excitación e inquietud.

—Mañana —repetía Isacco, incapaz de añadir nada más. Con todo, sus ojos resplandecían esperanzados.

—¿Cómo está Giuditta? —preguntó Mercurio a Lanzafame—. ¿Cómo se ha tomado lo que ha ocurrido?

—Bien —dijo el capitán—. Te manda saludos. Tiene confianza. Por primera vez desde que la arrestaron la veo confiada. Cambió el día en que el imbécil de su defensor fue a verla... Pretendía convertirla. Lo oí con mis propios oídos. Luego la abofeteó, le hizo sangrar un labio...

—Pero después lanzó un ataque impresionante contra esa puta de... —Isacco se tapó la boca con una mano mirando a las prostitutas que estaban a su alrededor—. Perdonad —dijo.

Repubblica se rio con su voz sensual.

—Esas son las verdaderas putas —dijo Cardinale muy seria.

Todas sus compañeras asintieron con la cabeza.

—Pero después la salvó —apuntó Lanzafame—, y permitió que ese Santo endemoniado hiciese su juego. No me fío.

—No se entiende si es astuto o un gran idiota —dijo Isacco.

—No se esperaba la jugada del hermano Amadeo —afirmó Mercurio, sombrío—. Se veía a la legua. No sabía quién era esa mujer...

—Podía ser cualquiera. Pero ¿la viste? —dijo Lanzafame agitando un puño en el aire—. La torturaron. Si se lo hubiesen ordenado habría sido capaz de decir que el príncipe Contarini es un Adonis.

—Los demás testimonios no valen mucho, en mi opinión, es cierto —dijo Isacco con firmeza—. Antes no habría apostado nada por ella, pero ahora... el pueblo está comenzando a razonar con la cabeza.

—En ese caso debemos preocuparnos —dijo Mercurio.

Anna soltó una carcajada.

—¿Es hora? ¿Tienes que marcharte? —le preguntó.

—Sí... —dijo él.

—¿Cómo va la reparación del barco? —preguntó.

Mercurio se volvió hacia Isacco y lo señaló.

—Gracias al armador griego Karisteas está prácticamente acabada —explicó—. Mañana pondrán a punto las velas y el barco estará listo para zarpar.

Anna miró a Isacco.

—Resulta usted cómico sin la barba —dijo.

Isacco esbozó una sonrisa.

—Esa gente..., los obreros del Arsenal, en fin... son asombrosos. —Se volvió hacia Lanzafame—. ¿Sabe quiénes son los *cafalates*, capitán?

—*Calafates* —lo corrigió Mercurio.

Lanzafame se echó a reír.

—Da igual, no te hagas el sabihondo conmigo, muchacho —dijo Isacco, a continuación se dirigió de nuevo al capitán—. En fin, ¿sabe quiénes son?

—Lo estás haciendo revivir, pobre hombre —dijo Anna a Mercurio al oído—. Creía que se iba a poner enfermo... En cambio, el barco lo ha absorbido por completo. Tonio y Berto me han dicho que hasta da órdenes estrictas al capataz Tagliafico. Dicen que parece un auténtico armador.

Mercurio se rio.

—Vaya, para ser un médico sabe actuar.

Anna lo cogió del brazo y salieron del hospital. Apenas estuvieron fuera la mujer se detuvo.

—¿De verdad crees que soy tan estúpida? —le preguntó.

—¿A qué te refieres? —dijo Mercurio.

Anna miró hacia el hospital. Isacco seguía hablando del barco con Lanzafame.

—Ningún médico tiene los ojos tan vivos —afirmó—. Y tú y él os entendéis demasiado bien. Creo que sois de la misma calaña...

—¿Eso piensas? —preguntó Mercurio fingiendo asombro.

Anna lo miró sonriendo. Después le alborotó el pelo.

—Reconozco que sabes mentir... —dijo.

Mercurio se echó a reír.

Anna miró el cielo tachonado de estrellas. Las cigarras entonaban su monótona canción. Se puso seria.

—Todo irá bien —le dijo.

Mercurio no contestó.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Anna.

—Por Giuditta —respondió Mercurio.

Anna lo miró.

—No es malo tener miedo —dijo—. Yo en tu lugar... me cagaría encima.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Me estoy cagando encima.

Anna le cogió una mano.

—Eres especial, nunca lo olvides. —Le acarició una mejilla—. Y a las personas especiales solo les suceden cosas especiales. Todo irá bien, ya lo verás.

—¿Lo dices porque lo piensas o porque lo esperas?

Anna lo miró seriamente con sus grandes ojos comprensivos y cálidos.

—Todo irá bien —reiteró.

—Si logramos escapar... ¿vendrás con nosotros? —le preguntó Mercurio.

—Nada de «si» —dijo Anna—. Lograréis escapar.

—No has contestado a mi pregunta.

Anna bajó la mirada, después la alzó de nuevo hacia Mercurio. Sacudió levemente la cabeza.

—No...

—Pero tú eres..., tú eres mi... —protestó Mercurio, sin poder acabar la frase.

Anna le acarició la cara, conmovida.

—Sí, soy tu madre —dijo orgullosa—. Y nunca dejaré de bendecirte por la alegría que me has regalado.

—¿Entonces?

—Entonces siempre seré tu madre. Siempre.

—Pero...

Anna le tapó la boca con una mano.

—Seré siempre tu madre y estaré siempre aquí, para ti, suceda lo que suceda. —Lo escrutó—. Seré tu madre incluso cuando esté muerta. —Le tocó el tórax, donde estaba el corazón—. Y estaré siempre aquí.

Mercurio volvió la cabeza.

Anna le cogió la cara entre las manos.

—Escúchame. Este es mi mundo. No me veo viviendo en ningún otro sitio...

Mercurio apartó de nuevo la cabeza.

Anna la retuvo otra vez.

—Mírame —le dijo.

Mercurio la miró. Tenía los ojos brillantes.

—Cuando un pajarito aprende a volar abandona el nido —le dijo Anna en el tono afectuoso que llegaba a lo más hondo—. Así debe ser. —Sus ojos se colmaron de amor y ternura—. Cuando llegaste ya sabías volar... —le sonrió conmovida—, pero nunca habías tenido un nido.

Mercurio notó que estaba a punto de echarse a llorar.

Pero Anna lo contuvo.

—Déjalo ya, vamos. Mírame, por favor. Y si tienes ganas de llorar... ¡llora, qué coño! —exclamó—. Y resígnate a la idea de que tu madre no sea una gran señora.

Mercurio se rio. Mientras lo hacía sus ojos se empañaron.

—Tú y Giuditta tenéis toda la vida por delante. Cogedla. Sin dudar. Es vuestra. —Sujetó a Mercurio por los hombros—. Te corresponde, muchacho. ¿Lo entiendes?

Mercurio asintió suavemente con la cabeza.

—Quiero que lo digas —dijo Anna.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto. Quiero que digas que te corresponde.

—Me... corresponde...

—Parece que lo preguntas. Que pides permiso. No me obligues a soltar más palabrotas.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Mercurio.

—¡Dilo!

—¡Me corresponde, hostia!

Anna se echó a reír y lo abrazó.

—Así, muchacho. Así. —Le acarició el pelo y le enjugó las lágrimas—. Yo estaré siempre. Jamás lo dudes. Siempre.

—Siempre —susurró Mercurio.

—Sí, siempre.

Permanecieron unos minutos en silencio. Después Anna lo atrajo hacia ella y lo abrazó.

—Abrázame fuerte —le dijo.

Mercurio la estrechó entre sus brazos.

—No puedo contener las lágrimas —sollozó.

—Menos mal —susurró Anna—. Menos mal, cariño. —Le acarició los hombros y el pelo—. De vez en cuando recuerda que eres un muchacho —le dijo. Lo apartó y le levantó la cara hacia ella—. ¿Me lo prometes?

Mercurio asintió con la cabeza y sorbió por la nariz.

Anna sonrió y le pasó una manga del vestido por encima de los labios.

—¡Qué asco! —protestó Mercurio.

—No me das ningún asco —dijo Anna—. Es como si fueras sangre de mi sangre..., de manera que tus mocos son también míos.

Mercurio se rio.

—Qué guapo eres, niño mío —le dijo Anna. Lo cogió de la mano y lo llevó a la casa. Al llegar a ella se asomó a la puerta y preguntó—: Tonio, Berto, ¿habéis acabado de comer?

—Sí, aquí estamos —contestó Tonio con la boca llena.

Mercurio se enjugó a toda prisa las lágrimas.

Anna lo miró.

—No se nota que has llorado, tranquilo.

Mercurio le sonrió.

—Porque es de noche.

Anna se rio mientras Tonio y Berto aparecían en la puerta.

—Aquí nos tienes, estamos listos.

—¿Tenéis una buena tripulación? —preguntó Anna—. ¿Puedo fiarme?

—Hemos reclutado a los mejores remeros de la zona, señora —contestó Tonio—. Esa carraca irá como la seda.

—Bien —dijo Anna—. ¿Y los marineros?

Tonio y Berto se encogieron de hombros.

—Zuan me ha dicho que ha llamado a todos sus compañeros de viaje —dijo Mercurio.

—Ah, bueno... —dijo Anna. Se había quedado sin palabras.

Mercurio la miró embarazado.

—Entonces...

Tonio y Berto estaban cohibidos.

—Bueno, nosotros te esperamos en el barco —dijeron, y se encaminaron hacia el canal.

—No es un adiós —dijo Anna—. Vete. Y recuerda: yo estaré...

—Siempre —concluyó Mercurio.

—Sí. Siempre.

Mercurio se marchó apretando el paso. No sabía si la volvería a ver. Sintió una punzada en el centro del pecho, como si el esternón se estuviese rompiendo. Respiró hondo.

—¡Esperadme! —gritó y echó a correr para dar alcance a Tonio y Berto, porque no quería estar solo ni un instante.

Los dos gigantes se volvieron y lo esperaron.

Ninguno de ellos vio la figura que los precedía en dirección a la barca, subía a bordo de ella y se escondía bajo una manta en la bañera de proa.

Tonio, Berto y Mercurio subieron a la embarcación, soltaron las amarras y se dirigieron al centro del canal sin saber que llevaban un pasajero clandestino. Tras dar unos cuantos golpes de remo se cruzaron con una góndola cubierta. Las dos embarcaciones se rozaron.

Mercurio miró la góndola. Vio solo una mano que aferraba el borde superior de la puerta de la parte que estaba cubierta. Le pareció ver un anillo, una suerte de blasón, iluminado por la luz de la luna llena. Un águila con dos cabezas.

—¿Quién será? —preguntó Tonio.

Mercurio no contestó, pero vio que la góndola iba en dirección a la casa y el hospital.

La góndola se detuvo en el muelle. El gondolero saltó a tierra y amarró la embarcación a un palo, entre los juncos. Después se inclinó hacia la cabina.

—Hemos llegado, excelencia. ¿Quiere bajar? —preguntó.

—Aún no —contestó una voz en el interior.

El gondolero se calló. Permaneció quieto durante casi dos horas.

Pasado ese tiempo, el hombre que se encontraba en el interior de la embarcación habló de nuevo: —¿Han apagado las luces?

—Sí, excelencia.

—Ayúdame a bajar.

El gondolero abrió la puerta y sujetó la góndola para que no se moviese. Acto seguido alargó un brazo.

El hombre que viajaba en ella bajó y se dirigió con paso vacilante hacia el hospital seguido del gondolero. Cuando llegó a la puerta se detuvo como si pretendiese retroceder. Se volvió hacia el gondolero y le dijo: —Espérame en la barca.

—Sí, excelencia.

El hombre entró con cautela en el hospital. La gran sala estaba débilmente iluminada. Solo había unas cuantas velas, esparcidas aquí y allí. Todos dormían exceptuando un enfermo que leía al fondo de la sala, en el lado izquierdo. El hombre se dirigió hacia él. Cuando llegó a su lado se paró sin decir palabra.

Scarabello alzó los ojos del libro. Tenía la mirada absorta, perdida en sus pensamientos, pero reconoció de inmediato al visitante.

—Jacopo... —dijo.

—Hola, Scarabello —dijo Giustiniani.

Scarabello lo escrutó. Se llevó una mano a la boca de forma instintiva para tapar la gangrena que le había comido ya todo el labio. Pero luego bajó la mano lentamente. Su mirada se tornó dura y cínica.

—¿Has venido a verme morir?

Giustiniani lo miró a la tenue luz de la vela.

—No... —contestó—. He venido a verte.

Scarabello guiñó sus ojos de hielo. Reflejaban sorpresa. O miedo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Giustiniani.

Scarabello no podía hablar. Se apartó un poco hacia un lado con dificultad.

Giustiniani se sentó en el borde de la cama.

Se miraron en silencio.

—¿Te lo ha dicho el chico? —preguntó, por fin, Scarabello.

Giustiniani asintió con la cabeza.

—No debería haberme hecho esto —dijo Scarabello con amargura.

—Yo, en cambio, me alegro de que lo haya hecho.

Los dos hombres se volvieron a mirar en silencio.

—¿Te impresiono? —preguntó Scarabello.

—No...

—Siempre has mentido de forma asquerosa.

Giustiniani no respondió.

—No me gusta tu piedad —dijo Scarabello.

Giustiniani lo miró intensamente. Sus profundos ojos azules parecían escabullirse

a la luz trémula de la vela.

—Tu peor defecto ha sido siempre el orgullo —le dijo—. No siento piedad.

—Entonces, ¿qué? —La voz de Scarabello vaciló.

—Dolor —contestó Giustiniani.

Scarabello se volvió hacia la sala.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir aquí? —refunfuñó—. Un hombre como tú no puede mostrarse en un sitio como este.

—¿Has acabado? —preguntó Giustiniani.

Scarabello exhaló un suspiro.

—Sí...

—Bien.

Se hizo de nuevo el silencio.

—¿Seguirás ayudando al chico cuando haya muerto? —preguntó al cabo de un poco Scarabello.

—¿Por qué te interesa tanto?

Scarabello lo miró.

—No es por lo que piensas.

—¿No?

—No —dijo Scarabello. Miró a Giustiniani y después, lentamente, como si estuviese confesando un crimen terrible, añadió—: Nadie ocupará nunca tu lugar.

Las manos de los dos hombres se tocaron. Apenas. Con virilidad.

—En ese caso, ¿por qué? —preguntó Giustiniani.

—Porque, en cierta manera, es como nosotros. Sueña con una libertad que no existe...

Giustiniani asintió con la cabeza, conmovido.

—Lo ayudaré si tengo ocasión.

—Debes hacer lo que yo te diga... Recuerda que te tengo cogido por los huevos... —dijo Scarabello.

Giustiniani esbozó una sonrisa.

—Fanfarrón.

Se callaron de nuevo.

—¿Duele tanto? —preguntó al final Giustiniani.

Scarabello se encogió de hombros.

—Siempre he pensado que moriría de una puñalada en la espalda... —dijo—. No temo el dolor... pero esto... esto sí que no me lo esperaba...

Giustiniani asintió lentamente con la cabeza.

—Estoy perdiendo el juicio, ¿sabes? Esta enfermedad hace enloquecer... —Scarabello esbozó una especie de sonrisa—. Me humilla más eso que... —Se señaló la llaga del labio.

Giustiniani lo escrutaba.

—Según los cálculos del médico me quedan entre cinco y siete días... pero yo preferiría morir antes... —Bajó la mirada posándola en el libro. Le dio unos golpecitos con un dedo—. Estaba intentando leer... pero ya no sé hacerlo..., no entiendo lo que hay escrito... —Miró a Giustiniani. Intensamente—. Solo hay una manera de morir antes —dijo, exhausto—. Le pedí al chico que lo hiciera...

Giustiniani no podía dejar de mirarlo. No respiraba.

—Pero sería más bonito que lo hicieras tú...

Giustiniani sintió que su corazón dejaba de latir. Se puso de pie de golpe dándole la espalda.

—No, no puedo —dijo.

Scarabello no dijo nada.

Giustiniani se quedó de espaldas a él, inmóvil. Miraba la hilera de camas que tenía delante de sus ojos, en la penumbra.

—No soy un asesino —susurró.

Cuando se volvió, Scarabello tenía la mirada extraviada. Giustiniani temió que la demencia se lo hubiese arrebatado ya. Así, en un santiamén.

Se sentó en el borde de la cama, angustiado.

—Scarabello... —lo llamó.

Scarabello se volvió y lo miró. No dijo una palabra.

Pero Giustiniani tuvo la certeza de que estaba allí, con él.

Scarabello asintió con la cabeza lentamente. Serio.

Entonces Giustiniani le sacó con delicadeza la almohada de debajo de la cabeza.

Scarabello le sonrió. Lo miró con reconocimiento y amor. Después cerró los ojos y aguardó.

Con la vista velada, Giustiniani acercó la almohada a la cara de Scarabello, la apoyó en ella y empezó a empujar.

Scarabello no opuso resistencia. Solo al final alargó una mano y le agarró la muñeca, pero no para defenderse o detenerlo sino para tocarlo. Por última vez.

El cuerpo de Scarabello se estremeció y se quedó inmóvil. Giustiniani levantó la almohada y se la volvió a poner bajo la cabeza. Peinó su bonita cabellera, de color blanco resplandeciente, y permaneció a su lado, inmóvil, aturdido por el dolor, apretando la mano inerte de su amigo hasta que sintió que el hombre al que siempre había querido se había quedado frío.

Después salió como un fantasma del hospital.

La barca de Tonio y Berto atracó al lado del astillero de Zuan dell'Olmo en plena noche. Mercurio bajó dando un salto. Sus pies se hundieron en el lodo de la orilla. Tonio lo siguió de inmediato, en tanto que Berto ataba un cabo de la barca a un palo.

Pese a lo tarde que era el astillero estaba iluminado por numerosas hogueras y se oían canciones groseras.

Cuando Mercurio, Tonio y Berto estuvieron lo suficientemente lejos de la barca, Zolfo salió de debajo de la cubierta de la bañera de proa, bajó a tierra y se encaminó también hacia el astillero. Pero procedía con precaución, pasando de una esquina a otra de los cobertizos que había en la zona, agachándose detrás de las vallas de los huertos, escondiéndose detrás de los árboles. No temía que Mercurio lo descubriera. No era la presa, sino el depredador. Estaba cazando. No miraba hacia el astillero, trataba de entender de dónde podía espiarlo una persona.

Porque Zolfo estaba buscando al comerciante judío que había matado a Ercole.

Después de tanto tiempo había comprendido, por fin, que no odiaba a los judíos sino solo a ese hombre. Si hubiera sido turco, musulmán o cristiano habría sido lo mismo. Odiaba exclusivamente al asesino de Ercole y agradecía al cielo y al destino que aún estuviese vivo. Porque había aclarado sus ideas y tenía un objetivo.

Se agachó en un rincón oscuro y aguardó.

A cierta distancia, en la rampa del astillero, veía unas hogueras, gente, mucha gente que bebía y festejaba un gran barco que se balanceaba perezosamente en el agua.

—Habéis hecho un trabajo extraordinario —dijo Mercurio a Zuan admirando la quilla brillante de la embarcación, sus palos derechos, las velas recogidas en las vergas.

Mosè lo recibió ladrando alegremente.

Zuan bebió un largo sorbo de una jarra de vino y después se la pasó a Mercurio.

—No bebo, gracias —le contestó el joven. Luego miró en derredor. Vio muchos hombres de cierta edad—. ¿Dónde está la tripulación?

Zuan le señaló a los hombres que Mercurio estaba mirando.

—Parece un asilo —dijo Mercurio.

En lugar de ofenderse, Zuan se echó a reír.

—Son los marineros más expertos de toda Venecia —afirmó.

Mercurio seguía mirándolos, preocupado.

—No lo dudo. Con los años que tienen si no son expertos...

Zuan se volvió a reír. Había bebido un poco. Alzó la jarra hacia sus hombres y estos le respondieron levantando las suyas. Acto seguido Zuan se volvió hacia Mercurio.

—Son marineros que han navegado en el mar creyendo que el mundo acababa allí... —señaló un punto en Occidente—, en el horizonte del océano... Luego, en cambio, resultó que allí había un Nuevo Mundo... —Señaló a los hombres—. Míralos, estarían dispuestos a pagar por poderlo ver. Están contentos como niños. Pese a los achaques de la edad, no encontrarás una tripulación mejor. La alegría es como el viento en popa...

—¿Quién te dice que nos dirigiremos al Nuevo Mundo?

—Muchacho, el lío que estás organizando es tal que no podrás pararte en África ni en Turquía, ni siquiera en China —dijo Zuan risueño—. Menudo follón.

—¿El barco podrá? —preguntó Mercurio.

—*Shira* nos llevará a donde le digamos que nos lleve —contestó Zuan ufano.

—¿*Shira*? —dijo Mercurio al oír por primera vez el nombre del barco—. ¿Qué clase de nombre es? ¿Qué significa?

—No lo sé —contestó Zuan—. Pero no se te ocurra cambiarlo. Trae mala suerte. Sería como arrebatarle el alma.

—Si lo dices tú —dijo Mercurio encogiéndose de hombros.

Zuan se rio.

—Ayer, mientras lo metíamos en el agua, *Mosè* levantó una pata y meó encima de él. —Se volvió hacia el perro y le dio una cordial palmadita en la cabeza—. Trae suerte.

Mosè ladró alegremente.

—Idiota —le dijo Zuan.

Mosè ladró aún más fuerte.

Zuan y Mercurio se echaron a reír.

—¿Mañana? —preguntó luego Zuan.

—No lo sé, viejo. En cualquier caso di a tus hombres que estén preparados.

—Lo estarán —dijo Zuan. Acto seguido se volvió hacia los marineros—. ¡Borrachos! —gritó—. ¡Marchaos a casa! Y los que aún podáis, follaos a vuestras mujeres esta noche. ¡Pasaréis un poco de tiempo sin ver una!

Se oyó un coro de carcajadas. Después los marineros se encaminaron hacia sus casas. Muchos de ellos trastabillaban.

—Te repito que parece un asilo —dijo Mercurio.

—Un marinero se juzga en el mar, no en tierra firme —afirmó Zuan—. Y tú del mar no entiendes un carajo... repito.

Mercurio sonrió. Hizo un ademán a Tonio y a Berto para cerciorarse de que al día siguiente, como todos, también estarían en el trayecto que realizaban Giuditta y Lanzafame. Después se despidieron.

Cuando el astillero quedó desierto, Mercurio y Zuan bajaron por la rampa y se quedaron de pie contemplando el barco.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Zuan con orgullo.

Mercurio asintió con la cabeza, muy serio.

—Sí —dijo—. Es precioso.

—La gente dice que la judía puede salir bien parada —comentó Zuan.

—¿Quieres dejar de llamarla «la judía»? —dijo Mercurio.

—¿No es judía?

Mercurio cabeceó.

—De acuerdo, llámala como quieras, viejo demonio. —Lo miró—. ¿Qué significa eso de que saldrá bien parada? ¿La consideran culpable o inocente?

—De vez en cuando me sorprende ver lo tonto que eres, muchacho —dijo Zuan suspirando—. A la gente no le interesa averiguar si la judía es inocente o culpable, como tampoco si una cosa es verdadera o falsa. Todos saben que este proceso es una payasada...

—¿Entonces?

—El pueblo comprendió hace ya mucho tiempo que la justicia es una imbecilidad que se inventó para los crédulos.

—De acuerdo. ¿Y qué? —preguntó Mercurio.

—Pues que apuestan sobre las probabilidades que tiene la judía de salir del apuro.

—Apuestan... —repitió Mercurio con una punta de amargura en la voz.

—Por supuesto —dijo Zuan—. Hacerlo es de sabios.

—¿De sabios? —preguntó Mercurio sarcásticamente.

—De sabios, sí, mi querido sabihondo. Cuando eres un muerto de hambre tu vida depende de un tiro de dados..., así pues, es mucho más sabio no tomársela demasiado en serio. —Se volvió hacia Mercurio. Vio que la inquietud empañaba sus ojos. Le dio una palmada en el hombro—. La gente siente más simpatía por el padre Venceslao que por ese fanático del Santo. Eso cuenta mucho.

Mercurio respiró hondo, como si jadease.

Zuan sonrió.

—Está resuelto. Ten confianza.

—Sí... —dijo Mercurio con un hilo de voz.

—¿Sabes ya lo que dirás mañana? —le preguntó Zuan.

—Más o menos...

—Habla con el corazón, muchacho. Habla a la gente. No es una cuestión de justicia. Enárdcelos. Ponlos de tu parte. Ese es el juego. Si logras su apoyo, los poderosos no podrán salirse con la suya.

—Sí...

—Sí una mierda. No has oído nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

—No —contestó Mercurio riéndose—. Disculpa.

—Que te den por culo, muchacho —dijo Zuan—. Me voy a dormir.

—No te enfades...

—Vamos, *Mosè* —dijo el viejo marinero dirigiéndose hacia la casucha—. Tú también deberías acostarte, muchacho. Mañana será un día difícil.

—No tengo sueño.

—Entonces repito: a tomar por culo —dijo Zuan riéndose.

También Mercurio se rio. Después se sentó en el borde del astillero y permaneció allí, balanceando las piernas, mirando su barco.

—*Shira* —dijo en voz baja—. Me gusta. —Miró la quilla brillante de la embarcación. Trató de sonreír, pero sentía el peso del día siguiente sobre los hombros. Tenía miedo de fracasar, de no lograr salvar a Giuditta. Todo dependía de él. Se llevó una mano al pecho. Inspiró hondo. Desvió la mirada un poco hacia la izquierda, hacia la laguna. La luna llena dibujaba el contorno de la isla de San Michele—. Coño, aún no he aprendido a rezar, arcángel Michele... —dijo. Se dio una palmada en la pierna a la vez que alzaba los ojos—. Disculpa, no quería decir «coño»... —Miró de nuevo la isla—. Ayúdame —añadió.

Oyó un ruido detrás de él. No se volvió.

—¿Tú tampoco puedes conciliar el sueño, viejo de mil demonios? —preguntó.

Nadie contestó.

Mercurio se volvió alarmado. Escudriñó en la noche, aclarada por la luna llena y por las hogueras que se iban apagando poco a poco. No vio a nadie. Exhaló un suspiro. Se volvió de nuevo hacia el barco.

Oyó otro ruido a su espalda.

Se levantó de golpe. El astillero estaba desierto, pero Mercurio se sentía inquieto. Alarmado. «Cálmate», se dijo. Se volvió hacia la chabola de Zuan. Pensó que debía tratar de dormir. El viejo tenía razón.

Subió la rampa con la cabeza gacha, pensativo.

De repente, en lo alto de la rampa, vio dos botas negras.

Saltó hacia atrás asustado.

Pero no fue lo bastante rápido.

Una hoja resplandeció en la oscuridad. Veloz como el zarpazo de un gato.

Mercurio sintió un golpe en el costado izquierdo, como un puñetazo. Después un calor, como si hubiera prendido fuego. Luego un dolor que debilitaba sus piernas y le ofuscaba la vista. Se dio cuenta de que iba a caerse si algo no lo sujetaba. Comprendió que el hombre lo había apuñalado, y que en ese momento estaba girando la hoja en su cuerpo. Trató de verlo pero no pudo. La noche se había llenado de mil resplandores.

El hombre le sacó la hoja y Mercurio cayó al suelo como un saco.

No podía moverse. No podía escapar. No podía pensar.

El hombre se abalanzó sobre él y se quitó la capucha negra.

Pero Mercurio no lo veía.

El hombre emitió un sonido aterrador, una especie de silbido, e inclinó la cara.

Mercurio lo reconoció.

—Tú... —balbuceó—. No... estás... muerto... No... te... maté... —dijo Mercurio.

Vio que Shimon alzaba el cuchillo.

En ese momento oyó un gruñido feroz.

Mosè dio un salto y mordió el brazo de Shimon.

El puñal cayó al suelo.

Shimon, con una expresión de dolor y rabia en la cara, cogió al perro por el cuello y la cola. Lo levantó del suelo, giró sobre sí mismo y lo lanzó a uno de los montantes del astillero.

Mosè voló por el aire y chocó con violencia con el grueso palo cuadrado de madera de haya. Se oyó un ruido de huesos, un golpe, un aullido.

Shimon se arrepintió de no haber matado al perro. Había cometido un error al salvarlo. No le quedaba más remedio que liquidarlo. Se volvió para coger el puñal.

Entonces se encontró frente a la cara de un muchacho, contraída por el odio.

—Bastardo —le dijo Zolfo al mismo tiempo que le clavaba un puñal en el estómago—. Bastardo —repitió sacando el arma y hundiéndola en la barriga.

Shimon abrió desmesuradamente los ojos. Aún no sentía el dolor. Solo estaba vencido por el estupor. «No», pensó volviéndose hacia Mercurio, quien intentaba levantarse del suelo. Sintió que la hoja del puñal le entraba en la espalda. «No», pensó a la vez que se desplomaba casi encima de Mercurio.

—Bastardo... bastardo... —repetía Zolfo llorando, babeando, gruñendo como un animal rabioso, y seguía clavando el cuchillo en el cuerpo de Shimon.

—Basta... —dijo Mercurio alargando una mano hacia él—. Basta... Zolfo... detente...

Zolfo dio un paso hacia atrás. La luz de la luna hacía brillar la sangre que tenía en las manos. Dejó caer el cuchillo al suelo y, por fin, rompió a llorar. Como no había vuelto a hacer desde la muerte de Ercole. Como un niño.

—Zolfo... —dijo Mercurio quedamente. No supo añadir nada más. Se volvió hacia Shimon, que lo estaba mirando, un hilo de sangre manaba de su boca. Se acercó a él—. Perdóname... —le dijo—. Perdóname...

Shimon lo miró atónito. No le asustaba morir. Se preguntó si todo sería tan sencillo. Sintió que una gran paz y un silencio reconfortante acudían a él para llevárselo. Intentó hacer emerger de la niebla los rasgos de Mercurio, pero, de improviso, comprendió que el joven que había sido el objetivo de su vida ya no le importaba nada. En su corazón reinaba un gran silencio, por fin. Sonrió. Después murió.

En la noche solo se oía el llanto quedo de Zolfo.

—Me... has salvado... —dijo Mercurio.

Zolfo lo miró como si no entendiese lo que estaba diciendo.

—¿Yo? —preguntó.

Mercurio se llevó una mano al costado. La apoyó en la herida. Gimió. Acto seguido señaló el cadáver de Shimon.

—Tenemos que hacerlo desaparecer —dijo.

Zolfo asintió mecánicamente sin dejar de mirarse las manos empapadas de sangre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zuan apareciendo en la puerta de su chabola.

—Nada —contestó Mercurio.

—¿*Mosè* está ahí? ¿Está bien? —preguntó el viejo en tono angustiado—. He soñado que...

Mercurio vio que *Mosè* se levantaba cojeando.

—He soñado que aullaba...

—Está bien —dijo Mercurio—. Ha peleado... con un gato...

—Estúpido perro —rezongó Zuan. Mientras entraba en la casa añadió—: Ven a dormir, muchacho.

—Sí...

—La defensa tiene la palabra —anunció el secretario.

La multitud se volvió hacia el padre Venceslao.

Mercurio tenía la cabeza inclinada y estaba acodado a la mesa. Inmóvil.

También el Patriarca se volvió hacia él. Al igual que Giustiniani, con los ojos enrojecidos y velados por el dolor que le había causado la muerte de Scarabello.

Mercurio no se movía. Respiraba con dificultad.

Zolfo, que estaba en primera fila, se levantó preocupado.

—Siéntate, muchacho —dijo en voz baja Zuan a su lado mirando a Mercurio inquieto.

El público murmuró embarazado.

—Padre Venceslao —dijo exasperado el Patriarca—. ¿Y bien?

Mercurio apretó los dientes. Levantó la cabeza y asintió a duras penas. A continuación, agarrándose al borde de la mesa, se puso de pie. El esfuerzo lo dejó sin aliento. Miró a Giuditta.

La muchacha sonrió imperceptiblemente.

No, no sabía nada, pensó Mercurio. Esbozó una sonrisa dejando a la vista los dientes ennegrecidos por la brea. Después se volvió hacia la multitud. Interceptó la mirada inquieta de Zolfo. Asintió con la cabeza en dirección a él para tranquilizarlo. Hizo lo mismo con Zuan. Dio un paso. Sintió que las piernas apenas lo sostenían. Le dolía la herida. Esa mañana Zuan había apretado la venda. Le había dicho que no podía ir al proceso en ese estado. Mercurio lo había mirado sacudiendo la cabeza.

«Si tratas de detenerme hundiré tu barco con las últimas fuerzas que me restan, viejo», le había contestado. Después, con gran fatiga, se había maquillado de padre Venceslao, y Tonio y Berto lo habían llevado en barca al colegio canónico de los santos Cosma e Damiano.

Dio otro paso y miró al público.

El alegato del Santo había sido excepcional. Si bien disponía de poco, había conseguido instilar la duda en todos los presentes. A primeras horas de la mañana, cuando había llegado, Mercurio había percibido con claridad que tenía la victoria al alcance de la mano. La gente quería que Giuditta se salvase. Quizá solo por revancha contra el poder, contra lo que ya estaba escrito. Pero el alegato del Santo había estado tan inspirado, era tan pasional, tan violento, que el público se había quedado suspendido, como si se encontrase en medio de un puente, sin saber qué orilla elegir.

Mercurio miró a la gente y sonrió tratando de mostrar desenvoltura. Zuan le había dicho que hablase con el corazón. ¿Lo conseguiría? Ni siquiera sabía si iba a ser capaz de emitir su voz. La sonrisa se le evaporó de los labios. Sudaba. Temía que el sudor le corriese el maquillaje.

—Hermano Amadeo... —empezó a decir.

—¡Más fuerte! —gritó alguien en medio de la sala.

Mercurio se sintió vencer por la desesperación. Se aferró al borde de la mesa. En ciertos momentos se le empañaba la vista. Se volvió hacia Giuditta. Ella también lo miraba preocupada. Pese a que no sabía nada intuía que algo iba mal. Mercurio se asustó. No podía desistir. Apartó la mano de la mesa. Resuelto, dio un paso hacia delante, hacia el público. Sintió una punzada en el costado. Contuvo un gemido. Apretó los dientes.

—Hermano Amadeo —repitió forzando la voz. Volvió a sentir una dolorosa punzada en el costado—, habla tan bien que me gustaría oírlo de nuevo, desde el principio. —Sacudió la cabeza—. Me ha... acunado con sus palabras.

El público no entendía nada. Aguardaba en silencio.

—De verdad —prosiguió Mercurio—. Me ha acunado... —Señaló el lugar en el que antes estaba sentado—. Lo habéis visto, me he quedado dormido.

La multitud se rio divertida.

—No, no bromeo... —dijo Mercurio. Al moverse sintió que la herida del costado se abría con una punzada aguda. Apretó los dientes. Procuró que nadie se diese cuenta—. Estoy realmente admirado, hermano Amadeo —dijo al Santo, que lo miró con odio. Mercurio se puso a conversar de nuevo con la multitud a la vez que se acercaba a la jaula de Giuditta y se cogía a un barrote para mantenerse en pie—. Pensad qué memoria tan extraordinaria que tiene —dijo—. Todos los testigos que ha recordado... —Se volvió una vez más hacia el Santo—. Gracias. Gracias, de verdad —le dijo. Acto seguido cabeceó mirando a la gente—. Si he de ser franco, no recordaba uno solo de esos testigos...

El público se echó a reír de nuevo.

—Eso es, muchacho —dijo Zuan.

Zolfo escrutaba al hermano Amadeo. Se habían mirado antes y el Santo ni siquiera lo había saludado. Pero Zolfo no se lo había tomado a mal. El Santo ya no era nada para él, porque había reemprendido su vida. Cuando había arrojado el cadáver del judío a la laguna, Zolfo había pensado que la vida le ofrecía una nueva oportunidad.

—Mercurio es el mejor del mundo —dijo orgulloso a Zuan.

El viejo lo miró y asintió con la cabeza.

Mercurio miró a la gente en silencio. El dolor era ya tan agudo que lo dejaba sin aliento. Permaneció con la boca abierta con la esperanza de poder mantenerlos en suspense hasta que recuperase el habla. Apretaba el barrote de la jaula con una mano. Con la otra señalaba, uno a uno, a los presentes, como si ese gesto significase algo.

Y, a decir verdad, la multitud lo seguía en silencio. Cautivada.

—¿Cuál es el único testigo que todos recordamos? —preguntó, por fin, Mercurio

haciendo un gran esfuerzo.

Muchos de los asistentes asintieron con la cabeza. Algunos hasta dijeron el nombre.

Mercurio, que aún no podía respirar, señaló a una mujer que había hablado y le hizo un ademán para que repitiera lo que había dicho.

—La amante del príncipe Contarini —dijo la mujer—. Ah, no... —corrigió dándose una palmada en la frente de manera teatral—, era solo la criada del príncipe.

La gente se echó a reír estruendosamente.

El Patriarca se ruborizó, pero no dijo nada. Apoyó las dos manos en los brazos del sillón dorado en que estaba sentado y los apretó encolerizado.

—¡Aquí está! —exclamó un hombre del público señalando un punto en la sala mayor.

La gente se volvió. Algunos se levantaron, otros se pusieron de puntillas alargando el cuello. Lo mismo hicieron el Patriarca y las personalidades que ocupaban el palco. Y también el Santo, Mercurio y Zolfo.

Benedetta sintió que los ojos de todos se clavaban en ella. Miró hacia Giuditta con la boca abierta, como si debiese decirle algo.

Mercurio se alertó.

Pero Benedetta no tenía rabia en los ojos y, en todo caso, no dijo nada. Retrocedió en silencio seguida de las miradas del público y salió de la sala mayor encogida, con la cabeza inclinada y luciendo un modesto vestido.

Zolfo sintió que se le encogía el corazón. Se precipitó hacia la salida abriéndose paso entre la multitud al mismo tiempo que el secretario gritaba: —¡Orden! ¡Orden!

Al llegar a la puerta del colegio canónico la buscó entre la gente que se apiñaba en la plazoleta, pero no la vio. Entonces, con una opresión cada vez mayor en el corazón, entró de nuevo y se sentó al lado de Zuan.

—¿La conoces? —le preguntó el viejo.

Zolfo lo escrutó.

—Puede —dijo en tono extraño. Asintió con la cabeza, ensimismado—. Puede...

—¡Orden! ¡Orden! —seguía gritando el secretario.

Entretanto, Mercurio había agarrado la barra con las dos manos. Se sentía desfallecer. La voz del secretario le retumbaba en los oídos, reverberada. Las caras de los presentes se iban desdibujando. El aire era irrespirable. El corazón le latía cada vez más lento. Cada vez más lejano. Tenía la frente perlada de sudor. Sentía que el maquillaje se estaba corriendo. La luz que entraba por las grandes ventanas ojivales se había transformado en una hoja dolorosa.

Se volvió hacia Giuditta con los ojos y la boca abiertos. Jadeó.

—¿Qué sucede? —preguntó Giuditta repentinamente preocupada acercándose a él al otro lado de los barrotes.

Mercurio cabeceó.

En la sala mayor se había instalado un silencio innatural. Todos miraban la extraña figura del dominico agarrado a la jaula de la acusada, casi doblado en dos, mientras sus manos resbalaban poco a poco hacia abajo por los barrotes.

—Lo... siento... —susurró Mercurio.

Giuditta, que lo observaba espantada, bajó la mirada. Lo que vio la asustó aún más.

—Amor mío... —susurró y después todos los presentes vieron que tendía una mano hacia él, a la altura del costado izquierdo.

—Lo... siento... —repitió Mercurio soltando los barrotes. Dio un paso vacilante hacia atrás.

Todos pudieron ver que en el punto en que había apoyado la mano Giuditta había una gran mancha roja que se iba agrandando en la túnica blanca.

Mercurio hizo una especie de pirueta y cayó de rodillas.

La multitud contuvo la respiración.

Giuditta se tapó la boca con una mano, sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Muchacho... —dijo Zuan.

—Mercurio... —dijo Zolfo.

Pese a que el dolor aún lo cegaba, Giustiniani se puso lentamente de pie.

Por un instante el tiempo pareció detenerse.

Y en ese instante el Santo se puso de pie de un salto apuntando a Giuditta con un dedo y alzando la otra mano para mostrar el estigma que tenía en la palma.

—¡Bruja! —gritó—. ¡Hija de Satanás!

El público lo miró y después se volvió hacia Giuditta.

La joven miraba a Mercurio sacudiendo la cabeza.

—¡Hija de Satanás! —gritó una vez más el Santo—. ¡Te adueñaste también del alma de este buen siervo de Dios para que te salvase! ¡Lo embrujaste también a él!

La multitud empezó a soliviantarse.

Giuditta miró a la gente y se apartó la mano de la boca. Tenía sangre de Mercurio en los labios.

—¡Te has apoderado incluso de su sangre! —gritó el Santo a pleno pulmón.

La multitud enloqueció. Olvidó todo. Olvidó lo que había pensado hasta hacía unos instantes y gritó con el Santo: —¡Bruja! ¡Putas de Satanás! ¡Arderás en el infierno! ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!

Mercurio se volvió hacia Lanzafame que, al igual que sus soldados, había desenvainado la espada y se había apostado al lado de la jaula para protegerla.

—Capitán... —lo llamó.

Lanzafame lo miró.

El maquillaje de Mercurio se estaba corriendo.

—Ahora o nunca, capitán —dijo.

—Pero tú... —dijo Lanzafame reconociéndolo.

—Ahora o nunca más —repitió Mercurio—. Sáquela de aquí... El barco os espera... ya sabe dónde...

—Sí, lo sé —corroboró Lanzafame.

—Marchaos... —jadeó Mercurio luchando contra sus ojos, que querían cerrarse.

—¡Mercurio! —gritó Giuditta.

—Sálvela... —dijo de nuevo Mercurio a Lanzafame.

El capitán abrió la jaula.

—¡Protección! —ordenó a sus hombres mientras los primeros exaltados trataban de forzar el bloqueo de los guardias ducales—. Vamos, Giuditta —dijo cogiéndola del brazo.

—¿Qué hace? —gritó el Patriarca poniéndose de pie. Cuando se disponía a ordenar a los guardias que los detuvieran, Giustiniani, saliendo de la postración que le causaba el dolor, le agarró una muñeca.

—¿Qué hace usted, Patriarca? —preguntó iracundo—. ¿Quiere que la linchen?

El Patriarca miró desconcertado la mano de Giustiniani que sujetaba la suya.

—¿Cómo se permite?

—¡Siéntese! —le dijo Giustiniani con tal ímpetu que el Patriarca se apresuró a obedecerlo. El aristócrata se volvió hacia Lanzafame—. ¡Fuera! ¡Sacadla de aquí! —gritó. Acto seguido apuntó con un dedo al comandante de la guardia ducal—. ¡No dejéis pasar a nadie!

Lanzafame abrazó más estrechamente a Giuditta. Se volvió hacia Mercurio.

—Muchacho...

—Marchaos... —dijo con un hilo de voz Mercurio, que seguía arrodillado, cabeceando ya sin fuerza y con la mirada velada.

—¡Mercurio, no! —gritó Giuditta.

—¡Vamos! —ordenó Lanzafame cogiendo a Giuditta para sacarla de la sala.

—¡No! ¡No! —gritaba la joven.

Mercurio se volvió a mirarla. Intentó sonreírle, pero un gran resplandor lo cegó de improviso y unos segundos antes de que Giuditta desapareciese por la puerta lateral cayó de bruces al suelo.

Los ruidos, los estrépitos, los miedos enmudecieron.

El mundo entero calló. Y se tiñó de negro.

—¡Coño, muchacho, me has engañado! ¡No te había reconocido! —dijo Isacco con la voz entrecortada bajo el peso del cuerpo de Mercurio—. ¡Que no se te ocurra morirte, porque, pese a ser judío, iré al infierno de los cristianos a darte patadas en el culo!

—¿Dónde... estamos...? —susurró Mercurio abriendo los ojos y viendo aturdido Venecia.

—Te llevo sobre la espalda, muchacho. Y pesas como un ternero —dijo Isacco—. Estoy debajo de ti, cargado como un mulo.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —señaló Zolfo, que caminaba delante de ellos.

—¡Sigue, yo los detendré! —le gritó Zuan arrastrándose a la cola del grupo. Zolfo echó a correr costearo el canal.

—¿Qué... ha sucedido...? —preguntó Mercurio. Lanzó un gemido.

—¿Te duele? —preguntó Isacco.

—Sí...

—Bien —dijo Isacco—. Aprieta los dientes. Es una buena señal.

—¿Qué ha pasado...? —insistió Mercurio.

—Es fácil parlotear cuando se va a lomos del puerco —jadeó Isacco—, pero para el puerco no es tan fácil...

Mercurio tosió.

—Te he hecho reír, ¿eh? —dijo Isacco.

—No...

—Vamos, resiste, hemos llegado —anunció Isacco.

Al ver que Lanzafame se llevaba a Giuditta, Isacco había salido y se había reunido con ellos en la parte posterior del edificio. Giuditta lo había mirado con los ojos desmesuradamente abiertos, implorantes.

«Mercurio», había dicho. No había necesitado añadir nada más. Isacco había regresado a la sala mayor. Tras asegurarse de que el joven seguía con vida se lo había echado a la espalda con la ayuda de Zuan y de Zolfo. Y en ese momento se dirigía a toda prisa al muelle del río de los Fuseri, en San Luca, donde Lanzafame le había dicho que lo esperaría hasta que pudiera.

Zolfo apareció al fondo de la calle de las Schiavine. Brincaba de un pie al otro.

—¡Vamos, daos prisa! —gritaba.

—¡Vete a hacer puñetas! —jadeó Isacco—. ¡Menuda prisa, coño! —Dio un golpecito a la cabeza de Mercurio—. ¿Sigues ahí, muchacho?

—Tengo fri... frío... —balbuceó Mercurio.

Aprovechando que pasaban por delante de una tienda sin vigilancia, Zuan cogió una *schivina*, una de las gruesas mantas de lana que se fabricaban en esa zona, y tapó con ella a Mercurio.

—Hemos llegado —dijo Isacco—. No me abandones justo ahora, después de que casi me dejo la piel. Sería como echar todo el esfuerzo por la borda.

—Es usted... judío... doctor... —bromeó Mercurio.

—Eso es, así me gusta —dijo Isacco apretando el paso.

Mientras doblaban la esquina y llegaban al canal, Zuan vio que una joven los estaba siguiendo. Tenía el pelo cobrizo y una tez tan blanca y transparente como el alabastro. Tuvo la impresión de que era la muchacha que todos habían mencionado en el proceso asegurando que era la amante o la criada de cierto príncipe.

—Aquí estamos —dijo Isacco tras doblar la esquina vislumbrando la barca de Tonio y Berto, que estaba atracada en el puente de los Fuseri.

—¡Mercurio! —gritó Giuditta levantándose y corriendo hacia él.

Isacco estaba sin aliento. Bajó a Mercurio al suelo. Jadeaba tanto que no podía hablar. Zuan les dio alcance.

—Giuditta... —susurró Mercurio.

La joven se aproximó a él.

—Mercurio...

En ese momento uno de los soldados de Lanzafame dijo:

—¡Detente!

Todos se volvieron.

Benedetta miraba fijamente a Giuditta. Dio un paso hacia delante.

—¡Vete...! —exclamó Mercurio tratando de incorporarse.

Benedetta no lo miraba. Escrutaba a Giuditta con la boca abierta, como si quisiese decir algo.

Todos la miraban.

—Lo siento... —dijo Benedetta a Giuditta.

—¡No la escuches, Giuditta! —la advirtió Mercurio—. Vete, Benedetta... ¿No te basta con lo que has hecho? Echadla de aquí...

Benedetta no apartaba los ojos de Giuditta. Parecían dos heridas oscuras, preñadas de dolor.

Por eso Giuditta no podía dejar de mirarla. Apoyó una mano en el pecho de Mercurio, como si pretendiese decirle que se callara, y siguió mirando a su rival.

—Lo siento... —reiteró Benedetta en voz baja.

—¡No es cierto! —exclamó Mercurio, cada vez más débil, agarrando la mano de Giuditta e intentando sacudirla.

—Ya no puedo hacer nada... mírame... —dijo Benedetta volviéndose por un instante hacia Mercurio y abriendo los brazos, como si quisiese mostrar por completo su reciente miseria.

Giuditta asintió con la cabeza a Benedetta. Lentamente. Una sola vez.

Benedetta sintió que las lágrimas le saltaban a los ojos. Las contuvo. Asintió

también, una sola vez, con el poco de dignidad que le quedaba y después dijo en un murmullo: —Gracias.

Giuditta la miró unos segundos más, sin rabia, sin rencor, y se sintió repentinamente libre. Se volvió hacia Mercurio y le sonrió llena de esperanza.

Cuando Benedetta vio lo unidos que estaban sintió una dolorosa punzada en el centro del pecho y empezó a recular poco a poco. Acto seguido se dio media vuelta y se marchó.

—Cargadlo en la barca, de prisa —dijo Lanzafame señalando a Mercurio.

Los soldados lo transportaron a la barca; después, Isacco, Giuditta, Zolfo y Zuan subieron también a bordo.

No obstante, Zolfo no dejaba de mirar a Benedetta, que se iba alejando. Mientras soltaban las amarras recordó cuando habían llegado todos juntos, procedentes de Roma. Recordó que Benedetta, en Mestre, cuando él había decidido seguir al hermano Amadeo, no había dudado, había saltado del barco y lo había seguido para tratar de salvarlo de las garras del fraile. Recordó que, por aquel entonces, Benedetta era una persona distinta, con una mirada diferente.

Entonces, movido por un impulso, bajó de un salto de la barca.

—Zolfo... ¿qué haces? —preguntó Mercurio, asombrado.

Zolfo lo miró y, por primera vez después de mucho tiempo, en sus ojos había un atisbo de esperanza. Quizás él y Benedetta podían volver a empezar juntos. Miró hacia la calle de los Fuseri. Benedetta caminaba a paso lento, encogida.

—Está sola, Mercurio —dijo cabeceando, como si se estuviese disculpando—. Me necesita...

Mercurio miró a Zolfo, conmovido.

—Ve... —le dijo.

Los ojos de Zolfo se empañaron.

—Gracias —susurró.

—Corre... —le dijo Mercurio sonriendo conmovido.

Zolfo sonrió a su vez y a continuación se dio media vuelta y echó a correr por el barro, seco por el verano. —¡Benedetta, espérame! —gritó.

Mercurio se volvió hacia Giuditta, que lo estaba mirando. Adivinó lo que la joven estaba pensando. También ella recordaba ese día, cuando habían llegado a Mestre y él se había tirado al agua dejándola en el barco de los héroes de la batalla de Marignano, porque quería quedarse con sus compañeros de viaje. Cabeceó y esbozó una sonrisa.

—No... esta vez no me tiraré al agua...

—En cualquier caso, no tienes fuerzas para hacerlo —apuntó Lanzafame riéndose mientras la barca se alejaba del muelle.

Mercurio no se rio. Miraba fijamente a Giuditta.

—Porque ahora sé cuál es mi sitio.

Giuditta le cogió una mano. Miró al fondo de la calle de los Fuseri, donde Zolfo había dado alcance a Benedetta. Estaban parados en medio de ella y parecían hablar animadamente.

—¿Y ahora qué harán? —preguntó Giuditta.

—Robarán..., estafarán... —contestó Mercurio en tono ligero y complacido. Se quitó la peluca con la falsa tonsura—. No sabemos hacer otra cosa...

—Deja que eche un vistazo —dijo Isacco—. ¿Te fías de un médico farsante?

—Más que de un auténtico médico... —contestó Mercurio tumbándose.

Isacco cortó la túnica en el costado con un cuchillo y examinó la herida. Sacudió la cabeza.

Los ojos de Giuditta se anegaron en lágrimas.

—¿Quién demonios te vendó? —preguntó Isacco.

—Yo —respondió Zuan.

—Más te vale seguir dedicándote al mar —refunfuñó Isacco.

Mientras tanto, la barca había tomado velocidad. Avanzaba con rapidez por el río de San Moisè, de manera que llegaron al Canal Grande en un abrir y cerrar de ojos. Viraron a babor, en dirección a la Riva degli Schiavoni.

—Hay que volver a coser al muchacho y medicarlo —dijo Isacco a Lanzafame—. Tenemos que ir al hospital.

—Ni pensarlo, doctor —contestó el capitán.

—¡Sí, ahora mismo! —exclamó Giuditta.

—No —insistió Lanzafame—. No podemos cruzar Venecia contigo a bordo, ni hablar. Dentro de nada, cuando vean que no llegamos a la cárcel, se iniciará una batida de caza sin precedentes.

—Pero...

—Ni hablar —dijo secamente Lanzafame—. Ahora iremos al barco. Después el doctor irá con estos dos remeros a Mestre, cogerá lo que necesita y volverá. Es la única posibilidad de que no nos atrapen. Cualquier otro plan fallaría. —Miró a Mercurio—. ¿Correcto, muchacho?

—Desde luego... —Mercurio alzó la cabeza y se volvió hacia Tonio y Berto—. Ha llegado el momento de que demostréis quiénes sois —dijo, y con el poco aliento que le quedaba en la garganta intentó gritar—: ¡A los remos!

Tonio y Berto hicieron crujir los remos en el agua remando con todas sus fuerzas y arqueando sus espaldas vigorosas.

Cuando llegaron al astillero de Zuan casi no se detuvieron para que bajara su carga humana, partieron enseguida de nuevo con Isacco a bordo.

El grupo bajó a Mercurio en brazos. Giuditta no le soltaba la mano. Lo tumbaron en la toldilla de la embarcación.

Mosè aullaba alrededor de Mercurio, coleando lentamente, con el rabo entre las

patas, a la vez que lamía el aire con la lengua.

Zuan había tenido el tiempo justo para embarcar en el barco a su vieja tripulación. Antes de que los bogadores hubiesen hundido los remos en el agua Tonio y Berto estaban ya de vuelta.

A bordo viajaba también Anna, pálida y asustada.

—No he podido mantenerla al margen, lo siento, muchacho —bromeó Isacco subiéndola a la cubierta de la embarcación con la bolsa del instrumental y un saco en el que había metido hierbas medicinales y ungüentos.

Giuditta había permanecido en todo momento al lado de Mercurio, angustiada.

—Venecia ha enloquecido —dijo Tonio—. ¡Menuda confusión! La mitad de los venecianos quiere capturar a la bruja y la otra mitad estaría dispuesta a esconderla en su casa. Podría estallar una guerra civil.

Isacco abrió la bolsa del instrumental.

—Hijo mío —dijo Anna arrodillándose atemorizada al lado de Mercurio.

El joven esbozó una débil sonrisa.

Anna miró a Giuditta, a quien veía por primera vez. Pensó que era la muchacha por la que Mercurio había cambiado el mundo. Pensó que era una joven afortunada. Y también que, si no hubiese tenido en su día un hombre dispuesto a cambiar el mundo por ella la habría envidiado. En cambio, al ver cómo miraba a Mercurio, la leve sonrisa que se dibujaba en sus labios se ensanchó. Le abrió su corazón.

—Juro por Dios que si no lo salvas puedes dar por perdido el hospital —dijo Anna a Isacco.

—Cállate ya, pesada —le contestó Isacco con brusquedad—. Déjame trabajar en paz.

Anna se hizo la señal de la cruz, cerró los ojos y se puso a rezar.

Mercurio sintió que la aguja de sutura se hundía en su carne y lanzó un grito.

Mosè dio un brinco hacia atrás, asustado, y ladró.

—Eres un quejica, muchacho, pareces una mujer —comentó Isacco. Se volvió hacia Lanzafame y sus soldados—. No sabía que soy un carnicero.

Lanzafame se rio.

Mosè miraba a Isacco y gruñía quedamente.

—Tengo que darte más puntos, muchacho. Deja de lloriquear y aprieta los dientes —dijo Isacco introduciendo de nuevo la aguja y el hilo en el costado de Mercurio—. Y, por favor, decidle al perro que no me muerda.

—Quieto, *Mosè*... —dijo Mercurio. El perro se sentó a su lado y le lamió la cara. Mercurio sintió que la aguja le entraba en la carne, gimió y apretó la mano de Giuditta.

—Y no le rompas la mano a mi hija —añadió Isacco.

—Váyase a tomar por culo, doctor —dijo Mercurio.

Cuando hubo acabado Isacco extendió un unguento de milenrama y cola de caballo en la herida para detener la hemorragia. A continuación le puso una compresa de raíz de bardana y caléndula para favorecer la cicatrización.

—¿Has mirado bien? —preguntó a Giuditta—. Deberás hacerlo todos los días hasta que la herida se haya curado.

Giuditta asintió con la cabeza.

Isacco le dio los tarros con el unguento y la compresa, además de dos tarritos.

—Es incienso y garra del diablo —le dijo—. Los disuelves en una taza de caldo, o incluso en agua caliente. Sirve para combatir la fiebre.

—De acuerdo... —dijo Giuditta con un hilo de voz.

—No se está muriendo, niña mía —le dijo Isacco al oído—. Pero no se lo des a entender, porque, si no, se moverá demasiado pronto, ¿de acuerdo?

Giuditta estalló en sollozos y abrazó a Isacco.

—Oh, padre...

—¡Oh, hija! —la imitó Isacco separándose de ella—. ¿A qué vienen todas estas carantoñas? —Pero los ojos se le empañaron también. Con rabia, dio un puñetazo a la toldilla de la embarcación—. ¡Qué demonios! ¡Mírame! ¿Estás contenta? —Sorbió por la nariz, luego se pasó el dorso de la mano por los ojos, que lagrimeaban.

—Padre... —sonrió Giuditta llorando—, ¡eres un hombre rudo e insoportable! —Lo abrazó—. Pero te quiero tanto... tanto... —Se apartó—. ¿Así que no vendrás con nosotros?

Isacco miraba al suelo.

—Hija... yo...

—Cuando un pajarito aprende a volar abandona el nido. Así debe ser —dijo Mercurio.

—¿Qué estupideces dices, muchacho? —preguntó Isacco.

Mercurio se rio y miró a Anna, que se acercó a él y le acarició el pelo sudado.

Acto seguido alargó una mano y cogió la de Giuditta. La miró en silencio asintiendo con la cabeza.

Giuditta se había quedado rígida de repente, como si no supiera qué hacer, como si temiese el juicio de Anna.

—Mercurio me dijo que eras guapa, pero... —empezó a decir Anna. Se interrumpió enseguida. Alzó los ojos al cielo cabeceando—. ¡No sé qué decir! En estos momentos pensamos que debemos encontrar palabras especiales... —Sonrió apurada—. Incluso una mujer ignorante como yo piensa que puede... ¡Vete al infierno, Anna! —se dijo. Atrajo hacia sí a Giuditta—. Deja que te abrace, chiquilla. Deja que te abrace y basta.

Giuditta se abandonó entre sus brazos, azorada.

—No eres una niña, lo sé —le susurró Anna al oído. La apartó un poco y la miró

a los ojos—. Es que nosotros estamos más asustados que vosotros... pequeños. Lo siento —le dijo con voz quebrada.

De improviso, Giuditta le besó en la mejilla. Tres veces.

—Uno por mi madre, porque nunca lo he podido hacer. Otro por mi abuela, porque me gustaría seguir haciéndolo. Y otro por la madre de Mercurio, porque sé lo mucho que te debo —le dijo.

Anna enrojeció, bajó la mirada y se volvió hacia Mercurio.

—Ahora estoy más tranquila —le dijo tratando de dominarse—. Ella cuidará de ti.

Giuditta sintió que se le encogía el estómago. Trató de contener las emociones que la sacudían.

Anna evitó su mirada, porque sabía que tampoco ella iba a poder soportar la emoción. Acarició casi con furia la frente de Mercurio. Después se puso seria.

—Estás ardiendo —dijo apesadumbrada.

—¡Faltaría más, tiene fiebre! —exclamó Isacco—. ¡Vaya un descubrimiento!

Anna miró a Giuditta.

—Qué suerte tienes de marcharte —le dijo—. Nosotros, en cambio, tendremos que convivir con él.

Giuditta se rio, pero unos segundos más tarde rompió de nuevo a llorar. Abrazó a su padre.

Isacco la estrechó contra su cuerpo.

—Eres mi niña —le dijo quedamente al oído—. Nunca lo olvides. Eres mi niña.

Giuditta sollozó.

—Lamento ser aguafiestas, pero si no empezamos a movernos nos encontrarán... —advirtió Lanzafame.

Isacco se separó de Giuditta y lo miró.

—¿Ha dicho «empezamos a movernos», capitán? —preguntó asombrado.

—He traicionado a Venecia, doctor —dijo Lanzafame—. No lamento haberlo hecho... pero, si he de ser franco, prefiero seguir teniendo la cabeza pegada al cuello varios años más. —Miró a Mercurio y a la chusma—. Además, esta gente necesita a alguien que sepa usar la espada.

Isacco sintió un profundo dolor.

—Así que hoy también lo pierdo a usted —dijo—. Siendo así, le confío a mi hija —añadió señalando a Giuditta.

Lanzafame asintió con la cabeza con aire grave.

—Estoy en deuda contigo, doctor. Me has curado.

—¿De qué? —preguntó Isacco, sorprendido.

—De la esclavitud del vino.

—Lo hizo todo usted, capitán —contestó Isacco.

—No —dijo Lanzafame—. Tú me diste el método.

—Un día a la vez... —Isacco sonrió y después asintió con la cabeza, complacido—. Funciona, ¿verdad?

—Funciona.

Los dos hombres se miraron prolongadamente, envueltos en el silencio general. Todos percibían la fuerza y la nobleza de la amistad que los unía.

—Cuélgate esto al cuello —dijo Zuan apareciendo de la nada y rompiendo el silencio. *Mosè* ladró alegremente.

Isacco se volvió y se quedó boquiabierto.

—No me lo puedo creer...

Zuan llevaba en la mano un cordón desgastado y ennegrecido por el tiempo y, colgado de él, un saquito de cuero aún más sucio.

—No me lo puedo creer... —repitió Isacco.

Giuditta sonrió tan asombrada como su padre.

—Tus medicinas no se pueden comparar con este amuleto —dijo ufano Zuan dirigiéndose a Isacco—. Lo hizo un verdadero médico con un par de huevos, a diferencia de ti. Gracias a él jamás he padecido el escorbuto en todos los años de navegación. Se llama...

—Qualonimus... —murmuró Isacco.

—Ah, veo que tú también lo conoces —dijo Zuan satisfecho. Se volvió hacia Mercurio—. Debes saber que este prodigioso amuleto fue creado por un médico que había recibido la última voluntad de una santa martirizada por los bárbaros y entonces...

—¿Cómo puedes creerte esas tonterías? —Isacco se rio.

—Yo me lo creo —terció Giuditta—. Padre, ¿no ves que *Hashem* nos está bendiciendo, nos está mandando una señal? —Sonrió—. Quizá sea el último Qualonimus que queda... y me recordará a ti. Ahora estoy segura de que estarás conmigo.

Isacco la abrazó sonriendo.

—Qué raro... pero deja en paz a *Hashem* —le dijo, bonachón—. No me gustaría que recuerde que soy un estafador —le susurró al oído.

Entretanto Zuan había colgado al cuello de Mercurio el amuleto que había enriquecido a Isacco durante muchos años.

—Apesta... —dijo Mercurio.

Isacco soltó una carcajada.

—Debe de ser el estiércol de cabra —explicó.

Giuditta le dio un codazo en la barriga.

De improviso, se hizo un gran silencio. El sol se estaba poniendo en los tejados de Venecia. Todos inclinaron la cabeza. Nadie habló ni volvió a sonreír.

Se les había acabado el tiempo.

—Tenéis que marcharos —dijo entonces Anna del Mercato—. Dentro de nada anochecerá.

Mercurio la miró a través de un velo de lágrimas.

Anna se acercó a él, le pasó un dedo por las cejas y lo besó.

—Estoy orgullosa de ti... padre Venceslao da Ugovizza. —Acto seguido se dio media vuelta, se encaminó hacia la escalera y fue la primera en bajar a tierra.

Isacco la siguió sin decir palabra.

—Doctor —dijo Mercurio—, pídale el dinero a Isaia Barucco, el usurero de Mestre. Me lo debe. Úselo para el hospital.

Isacco asintió con la cabeza, pese a que no lo había oído. Un pensamiento lo seguía atormentando. Retrocedió a toda prisa, se acercó a Giuditta y la aferró por los hombros.

—No hice mal trayéndote a Venecia, ¿verdad?

Giuditta se volvió hacia Mercurio.

—No, padre. Al contrario.

—Tu madre se sentiría orgullosa de ti —le dijo Isacco.

—Y está orgullosa de ti, padre —respondió Giuditta.

Isacco la besó por última vez, desembarcó y se reunió con Anna del Mercato.

El barco se alejó poco a poco del muelle.

La tripulación de Zuan izó las velas.

Los remeros, obedeciendo al ritmo que marcaban Tonio y Berto, hundieron los remos en el agua de la laguna.

Zuan se puso al timón.

Lanzafame se asomó por estribor.

Como si estuviera loco de alegría, *Mosè* se puso a correr girando sobre sí mismo en la cubierta del barco a la vez que ladraba.

—¡Quieto, idiota! —le gritó Zuan.

Crujiendo como los viejos huesos de su tripulación, la carraca *Shira* se alejó de la costa en dirección al mar.

Ninguno de los que viajaban a bordo sabía lo que le esperaba. Ninguno conocía el Nuevo Mundo ni sabía si arribarían a él y lo que encontrarían en caso de que lo hiciesen. Pero eran marineros y no morirían felices si no lo intentaban.

Cuando dejó de verse el astillero de Zuan a popa, Giuditta cogió una palangana con agua y un paño de lino y se sentó al lado de Mercurio.

—Qué feo estás, amor mío —le dijo. Luego empezó a quitarle delicadamente de la cara el maquillaje con el que se había caracterizado de padre Venceslao.

Mercurio sonrió, exhausto. Sus ojos brillaban de fiebre.

—Me gustaría poder reconocerte durante cierto tiempo —dijo Giuditta—, así que

nada de disfraces. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Giuditta lo miró.

—Me has salvado la vida —susurró.

Mercurio la miraba con ternura. Tendió a duras penas una mano y cogió la de Giuditta. La estrechó. Tan débilmente que Giuditta se conmovió.

Tratando de contener las lágrimas, Giuditta miró hacia lo lejos desde la proa del barco. Recordó el día en que había llegado a Venecia. Cuando ella y su padre habían desembarcado del barco macedonio en la desembocadura del Po. Recordó el río que había aparecido ante sus ojos, tan misterioso como su futuro. Nunca se habría imaginado que experimentaría las mismas sensaciones en tan poco tiempo. Pero era así.

Escrutaba la oscuridad de la noche y veía el mar frente a ella, tan misterioso como su nuevo futuro. Sintió miedo por un momento, pero después bajó la mirada hacia Mercurio, que dormía con una expresión serena en el semblante y aún le estrechaba la mano, como si le estuviera diciendo que lo iban a conseguir.

Giuditta se sintió segura.

Alzó los ojos al cielo y a la noche, apuntó el índice hacia la estrella que conocía desde que era niña y dijo en voz baja: —Guíanos tú.

Nota del autor

En Venecia, en el barrio de Cannaregio, en los muelles de los Ormesini, se encuentra la vieja casa de mi familia. Es un edificio de color rojo oscuro, de dos pisos, del siglo XVII. Frente al portón hay un puente de hierro que atraviesa el río de San Girolamo, un canal bastante grande.

Pues bien, mi infancia estuvo influenciada por esa casa y, en especial, por su *mezza'*. El *mezza'* es una suerte de salón-galería de las viejas casas de los intermediarios comerciales, tan ancha como un salón, tan larga como un pasillo, y con una bóveda tan alta como las galerías de cuadros de las mansiones aristocráticas. El *mezza'* se caracterizaba por tener dos ventanas triples en los extremos. Las nuestras daban al río de San Girolamo a un lado y al otro al jardín interior.

Allí, en el *mezza'*, los intermediarios comerciales realizaban su trabajo. En un lado estaban los vendedores. En el otro los compradores. Los dos grupos estaban cerca de las ventanas opuestas, a la luz, pero, sobre todo, lo suficientemente lejos de los otros para poder discutir entre ellos y hablar con el intermediario sin poder ser oídos. Este iba de un lado a otro buscando sin cesar el compromiso, llevando propuestas, ofertas, rechazos y correcciones. En pocas palabras, tal y como indicaba su nombre, mediaba. Y a la vez que iba obteniendo resultados animaba a cada grupo a dar un pequeño paso hacia el otro. Al final, si el negocio se concluía, los vendedores y los compradores se reunían en el centro del *mezza'* y se daban la mano.

Yo escuchaba fascinado cuando me hablaban de estas cosas. En esos años aprendí a amar la historia y, en especial, la de Venecia.

Desde la ventana que daba al río de San Girolamo podía ver si llegaban niños para jugar a la pelota en el campo que estaba al otro lado del puente de hierro. Entonces bajaba corriendo, cruzaba el puente y me unía a ellos.

—Hace tiempo no podrías haberlo hecho libremente —me dijeron una vez.

Porque al otro lado de ese puente está el campo del Ghetto Nuovo.

A despecho de su nombre, el Ghetto Nuovo es el primer lugar europeo en que se decidió que los judíos debían vivir separados de los cristianos. Antes del edicto del 29 de marzo de 1516 no existía la palabra «gueto». Mejor dicho, existía, pero tanto en la forma *getto* como *ghetto*, en veneciano significaba *fonderia*, fundición. Así pues, en ese lugar había surgido la Fonderia Nuova.

¿Quién iba a imaginar que esa palabra, *ghetto*, iba a asumir un significado tan diferente y afirmarse como el lugar donde se circunscribía en cualquier ciudad de Europa a los judíos?

Nadie y, desde luego, no los venecianos de esa época.

Yo, por aquel entonces, además de la pelota empezaba a tener otro interés: las chicas. Y había una, en particular, que me gustaba mucho. Era una chica delgada, con

el pelo oscuro, un poco rizado, y dos ojos grandes y profundos que me hacían enrojecer las pocas veces que miraban los míos.

No sé cómo se llamaba, pero vivía allí, en el *campo* del Ghetto Nuovo. El portón de su casa estaba bajo los pórticos, donde, antaño, se encontraban las casas de empeño.

En una ocasión la vi asomada a una ventana del cuarto piso que daba al río del Ghetto Nuovo. Estaba recogiendo la ropa tendida a secar haciéndola resbalar por un hilo tendido hasta el edificio de enfrente. Esa noche, mientras soñaba con los ojos abiertos, pensé que habría dado cualquier cosa por vivir en él. Pensé que podría enganchar al hilo un mensaje de amor, sujeto con una pinza, de forma que, al día siguiente, la chica lo encontrase en medio de la colada. Imaginaba que entonces nos asomaríamos y que alargáramos los brazos, casi de puntillas, hasta casi tocarnos. Porque los dos edificios estaban muy cerca.

Sin embargo, según me habían contado, en el pasado habían estado realmente lejos.

Entonces, sin darme por vencido, me imaginé lo que habría podido suceder en aquella época remota en la que ella habría estado encerrada y yo no. Tuve la certeza de que me habría convertido al judaísmo por amor.

Obviamente, no sabía que, en aquella época, la Inquisición quemaba en la plaza a los cristianos que se convertían al judaísmo. Tampoco sabía que las ventanas que daban al río del Ghetto estaban tapiadas.

Pero creo que, aunque lo hubiese sabido, habría seguido soñando que podía salirme con la mía.

Esa emoción jamás me abandonó. No tenía nada que ver con los ideales de justicia, de moral, de política, de religión o de conciencia social. Era simplemente amor. El amor puro y turbador que es capaz de sentir un adolescente.

Por algún motivo, al cabo de todos estos años, tenía la necesidad de que esa historia, que nunca había sucedido, me sucediese de verdad.

Así que imaginé que esa chica se llamaba Giuditta.

Al igual que entonces, este libro no narra las condiciones en que vivían los judíos o los cristianos, sino tan solo la historia de un amor entre dos jóvenes que no conoce fronteras, convenciones, y que no puede encerrarse en un recinto.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi editora, Iris Gehrman, por haberme guiado con mano segura en esta aventura.

Gracias también a Carla Vanghelista que, como siempre, me ha dado unos consejos preciosos y un apoyo emotivo constante, vital y cotidiano.



LUCA DI FULVIO (Roma, Italia 1957). Vive y trabaja como escritor en Roma. Su talento versátil le permite escribir con la misma facilidad tanto novelas para adultos como cuentos infantiles.

Antes de ser novelista, participó en el cortometraje *Exit* (ganador de la Concha de Oro del Festival de San Sebastián en 1985 y nominado al Oscar) y estudió teatro en la Academia de Arte Dramático de Roma, al tiempo que se convertía en discípulo de Andrea Camilleri.

Notas

[1] En italiano, comadreja. (*N. de la T.*) <<

[2] Barco grande de carga, a remos, ancho y plano, con una proa elevada, usado en la laguna véneta para el transporte de mercancías. (*N. de la T.*) <<

[3] Ama a Dios y no a las mujeres. (*N. de la T.*) <<

[4] *Bagattino* era el nombre popular de las monedas de escaso valor. El más conocido fue el veneciano, creado para las necesidades del comercio minorista en el continente.
(*N. de la T.*) <<

[5] Ducado veneciano de plata. (*N. de la T.*) <<

[6] Moneda acuñada en Venecia destinada a los territorios venecianos en Grecia. (N. de la T.) <<

[7] Una Cavana es un refugio cubierto para embarcaciones típico de la ciudad de Venecia, de la laguna y de los ríos navegables interiores. (N. de la T.) <<